DIA QUINTO.

Señor, que del linaje descendiente
De las aguas, en ellas parte dejas,
Y parte sobre el aire trasparente,
Del nativo y profundo nido alejas;
Enmudeciendo la húmida en su fuente,
Y la aérea esparciendo al cielo quejas,
Permite que yo el género diverso,
De una estirpe nacido, cante en verso.

Antes que de las aves las edades
Pinte, diré los varios escuadrones
De los peces, las dulces amistades,
Los tálamos bañados, las quistiones,
Las castas bodas, las enemistades,
Las sagaces astucias, las traiciones,
La pesca contra algunos cautelosa,
Inventada del arte gananciosa.

Son de Neptuno las escuadras mudas
Sin número, las cuales serpeando
Van, cual culebras, por las ondas crudas,
Los cuerpos encogiendo y alargando,
Y como proas ágiles y agudas,
Con los rostros de modo el mar cortando,
Que fácilmente en el profundo vaso
Al cerrado camino abren el paso.

Hácia delante por el lago frio,
Extienden y retiran igualmente
Las alas, como cuando de algun rio
Contra la fuerte y rápida corriente
El marinero con gallardo brio,
Sacudiendo los remos fuertemente,
Los líquidos cristales va rompiendo,
Alargando los brazos y encogiendo.

Los que las aguas dulces ó saladas
Habitan, que del uno y otro viento
En alto se levantan azotadas,
Son para el hombre de mejor sustento,
Principalmente si entre frias heladas
Las bate Bóreas con rigor violento,
O el Euro, que con rojo néctar moja
Las sueltas alas desde el alba roja.

Porque con los suspiros impelidos
Los ministros de Eolo voladores,
Los lagos de los mares detenidos
Turban y de los rios corredores;
Con cuyo movimiento combatidos
Los peces sutilizan los humores;
Y consumiendo las superfluidades,
Engendran mejor sangre á sus edades.

Deste grande rebaño, unos del cieno,
Como el barbo y la raya, se sustentan;
El aleche y cabron del pasto ameno
Que en las riberas nace, se alimentan;
Entre las piedras del salado seno
Los crueles ratones se apacientan,
Que desafian á campal batalla
Al mas fuerte escuadron que en torno se halla.

Los ligeros atunes, señalados
Con suelta ligereza en la carrera,
De las vecinas tierras apartados,
Nadando corren puestos en hilera,
Y sus bastardos hijos, respetados
Del marinero en la salada esfera,
Siguiendo van de los bajeles altos
Las blancas velas, dando alegres saltos.

Como del pueblo la confusa gente
Sigue al son de añafiles y atabales
Al luchador soberbio nuevamente
Con las cortadas ramas inmortales,
Hasta que pisa el vencedor valiente
Ufano de su casa los umbrales;
Asi los peces siguen las antenas
Hasta ver de la tierra las arenas.

La rémora del húmido elemento
En las profundidades siempre vive,
Cuyo prodigio y milagroso cuento
El que lo oye por falso lo recibe;
Que el no experimentado entendimiento
Dificilmente su verdad concibe,
Mas la experiencia con los varios usos
Los solisticios alcanzó confusos.

Cuando juntando el Aquilon furioso
Todas sus fuerzas, y favorecido
Del bravo mar, combate riguroso
A la nave con ímpetu atrevido,
Si el hocico en el leño temeroso
Y de las fieras ondas sacudido,
Clava el pece, le tiene tan parado,
Que parece en el suelo estar clavado;

Como la dura y encumbrada roca,
Que mil veces los soplos despreciando
Del recio Noto, con la cima loca
Las inferiores nubes sojuzgando;
O como el pino, que en el cielo toca
Con la frente, á la tierra amenazando,
Que, cuanto mas desdeñan á los vientos,
Tanto mas firmes tienen los asientos.

Viendo en tal punto el marinero triste
El caso extraño, semejante al sueño,
Y que á los vientos y al furor resiste
Del gran Neptuno el animal pequeño,
Confuso y lleno de temor desiste
De gobernar el afligido leño,
Que, queriendo partirse, no se atreve
A proseguir su curso ni se mueve,

Como la suelta gama, perseguida
Del cazador y del astuto perro,
Que deseosa de salvar la vida,
Corriendo vuela por el llano y cerro;
Mas si entonces acaso fué herida
De la saeta con el fuerte hierro,
Tanto con el mortal golpe se altera,
Que, no queriendo, al cazador espera.

La anguila y la tortuga abroquelada,
Desamparando el océano lecho,
Hacen habitacion dulce y morada
Fuera, mas cerca del salado estrecho;
Y el castor, que en la orilla atribulada,
Cuando arroja el cruel grito del pecho,
Si alguno le oye por su mala suerte,
En vano huye de la presta muerte.

Hay otros peces que del lago ondoso
En lo mas apartado siempre habitan,
Y en el tálamo casto y vergonzoso
Las deseadas bodas ejercitan;
Otros, que con estímulo celoso
A Marte en la sangrienta guerra imitan,
Y el que vencedor sale en la contienda,
La victoria se lleva con la prenda.

Otros, que con cuidado enorme y feo
Nuevo amor buscan por la tierra enjuta,
Como el sargo insaciable, que el deseo
Con las cabras en público ejecuta;
Mas de su esposa el piadoso eteo
Jamás la honesta compañía refuta,
Como si el casto yugo los ligase
Del sancto matrimonio y los juntase.

Mas no es igual el fin del casamiento
Al del bastardo lucio, que escondido
En detenidas aguas hace asiento,
Al uso de las mesas no eligido,
Por ser de catarroso nutrimento,
Y de pasto nocivo y desabrido,
El cual de la flemosa tenca nace,
Que las arenas cenagosas pace.

Con grandes ansias y apetito ciego
A la adúltera anguila incita y llama
Para el sabroso y deshonesto juego
La serpiente que en torpe ardor se inflama;
La cual herida con rabioso fuego,
Que por todas sus venas se derrama,
Con la ponzoña que en su pecho cuece,
En los dulces deleites se embravece.

Antes de entrar en la amorosa guerra,
En una piedra cóncava vomita,
En los confines del gran lago y tierra,
De los dientes la cólera maldita;
El veneno mortal que dentro encierra
Juntamente con ella deposita,
Mientras que manso el animal furioso,
A las bodas se acerca presuroso.

Herido con la flecha rigurosa
Del blando amor pasea en la ribera,
Por verse en compañía de su esposa,
A quien en la bañada arena espera;
La cual del agua sale presurosa,
Mas que del arco la saeta fiera,
Y alegres, del gran piélago en la punta,
Ambos celebran la amorosa junta.

Hechas las bodas, la cruel serpiente
Vuelve á sorber la cólera y veneno
Que amorosa escupió del mortal diente
Y vomitó del ponzoñoso seno;
Mas, si alguno con mano diligente
La peste derramó por el terreno,
Indignada sobre él su cuerpo inclina,
Mientras la acerba muerte se avecina.

Y de vergüenza y de dolor cubierta,
Viéndose de las armas despojada,
Con que tenia la victoria cierta,
En la contienda mas necesitada;
Sobre el duro peñasco medio muerta,
Y de poder vivir desconfiada,
En repentino y desdichado punto
Pierde con el veneno el cuerpo junto.

Deste ganado, que del Océano
Habita las campañas extendidas,
Nacen algunos cuando del verano
Las dulces horas rien ya floridas,
Y con su sciencia Apolo soberano
Da vigor á las plantas destruidas,
Cuando los cuernos dora de Arïete,
Y en los guerreros vientos paz promete.

Otros nacen al tiempo que el pasaje
Por el leon Nemeo el sol extiende,
Que inflamado de rabia y de coraje,
Con el aliento la campaña enciende,
Y en el callado y húmido linaje
A veces su abrasada peste prende,
Agotando sediento de los rios
Y de las fuentes los humores frios.

Otros, cuando los bosques acopados,
Que deleitaban llenos de alegría,
La verde gracia pierden, injuriados
Con los desdenes que el otoño cria;
Otros, cuando los tiempos prolongados
Que la bañada sombra al mundo envia,
Son mas espacïosos y mayores
Que del dia los breves resplandores.

Hay tambien peces, que ni son nacidos
De adulterio, ni en bodas engendrados,
Ni de alguna simiente concebidos
De padres, que jamás fueron casados;
Las ostras en sus senos extendidos,
De los vapores tenues y bañados,
Que del medio aire á lo inferior subieron,
Los queridos despojos concibieron.

Deste escuadron armado con paveses,
Con el ánimo junto el vigor crece,
Cuando corriendo por los doce meses,
Llena de plata Cintia resplandece;
Mas, no siempre en un ser su virtud peses,
Que su fuerza adquirida desfallece,
Cuando la luna de la frente llena
Poco á poco los cuernos enajena.

En este nácar, sobre el cual andaba
En otro tiempo la lasciva diosa,
Y con serena vista el mar pisaba,
En la estacion del año mas hermosa;
Aquí pues, do nació y se recreaba
Vénus, nace la perla preciosa,
Como la piedra, que se cria agorera
Entre los ojos de la hiena fiera.

Mas, cuando por el aire va corriendo
Júpiter, de relámpagos vestido,
Y de las nubes con terrible estruendo
Baja á la tierra, en llamas encendido;
Las ostras el horrible son oyendo,
Si no han del todo acaso concebido,
Cierran los vientres llenos de temores,
Abortando los cándidos humores.

Todas pues estas húmidas edades,
Ahora engendren en el lago Euxino,
O de Helesponto en las profundidades,
O en las cuevas del seno Tarentino,
O del gran Jonio en las concavidades,
O en las del Adriático vecino,
O en las honduras del Océano extenso,
Crian sus hijos con amor inmenso.

En esto exceden á cualquier viviente
Los delfines, los cuales habitaron,
Segun fingió la fama, antiguamente,
La tierra, y con los hombres conversaron;
Mas por Dionisio rigurosamente
En peces las figuras reformaron;
Pero hoy la fiel prudencia y el consejo
Conservan del varon mas docto y viejo.

Luego que salen los queridos hijos
A las horas del dia sosegadas,
De los puntos del parto tan prolijos,
Del Ponto entre las ondas plateadas;
Dando muestras de grandes regocijos,
Entorno de las madres rodeadas,
Saltos van dando, y ellas en los dientes,
Reciben á los tiernos descendientes.

Alegres, de los ásperos semblantes
Placer vertiendo en el profundo lecho,
En sus bocas las madres vigilantes
Distilan leche del preñado pecho;
Porque naturaleza semejantes
En esto á las mujeres las ha hecho,
La cual en cualquier parte resplandece,
Y siendo fin, de término carece.

Y cuando de la edad ya recia y fuerte
El estío colérico y adusto
En la crecida descendencia vierte
La dura fuerza y el vigor robusto,
Los padres les enseñan de qué suerte
Puedan ejecutar el robo injusto
En otros peces, y jamás se alejan
De ellos hasta que prácticos les dejan.

En la tierra el marino lobo cria
Sus dulces prendas con igual cuidado,
Y al trabajo que el vientre padecia
Pone fin con el parto sazonado;
Pero después, al catorceno dia
Con ellas entra en el Océano hinchado,
Y por las calles ásperas les guia
De la extendida patria, vasta y fria.

Cual la mujer que del nativo cielo
Ausente, pare en el extraño nido,
Mas volviendo después al patrio suelo,
Con el niño en los brazos ya crecido,
Le va enseñando, llena de consuelo,
Las casas que sus padres han vivido;
Así esta bestia al mar sus hijos lleva,
Su habitacion les muestra, antigua y nueva.

Cuando bañado de furor contiende
El padre de las aguas con los vientos,
Y con embates rigurosos hiende
De los duros escollos los asientos;
Su linaje el leal perro defiende
De los golpes y estrépitos violentos,
Y en el vientre amoroso los recibe
Por los meatos mismos que concibe.

Mas luego que la paz engendradora
De familias y estrechas amistades,
Por las ondas se vierte, y el sol dora
Con luz las plateadas humedades,
Y de Eolo la escuadra voladora
Treguas publica á sus enemistades,
La madre á parir vuelve al pez nacido,
En su vientre dos veces concebido.

¡Oh gran naturaleza piadosa,
Que no solo en el hombre derramaste
La fuerza de los hijos amorosa,
Mas al pez y ave la comunicaste,
Y á la fiera mas brava y espantosa
Con tan suaves dones amansaste,
Que por el parto, cuyo amor la preme,
Ningun peligro rehusó ni teme!

Con los tiernos cachorros abrazado,
Por llevarlos á dulce salvamento,
Menosprecia el leon encarnizado
Del cazador el ímpetu sangriento;
Y en las feroces garras confiado,
Conserva el concebido atrevimiento,
Sin temer las saetas atrevidas,
Con rigor de los arcos sacudidas.

Y ¿por ventura alguno el triste llanto
De los quebrantahuesos nunca ha oido,
Y de la tartamuda Progne el canto,
En funestas endechas esparcido,
Cuando el fiero dragon lleno de espanto,
El hombre sin piedad, del caro nido
Las ya nacidas prendas dividieron,
Que después muerte con rigor les dieron?

Pero aunque su querida descendencia
Las madres aman tanto, en el rebaño
Del gran Neptuno reina la inclemencia,
Ejecutando entre ellos mortal daño;
Que el mas feroz y de mayor presencia,
Con dura fuerza ó con astuto engaño,
Al flaco y débil que huir procura,
Da en la hambrienta tumba sepultura.

Sin poder aflojar del vientre onusto
La gran voracidad intolerable,
La espantosa ballena el pasto injusto
Apetece con cólera insaciable;
Cuyo feo espectáculo y robusto
Promete mortandad irremediable,
Y si acaso el disforme cuerpo alarga,
Isla parece su bañada carga.

Cuando la hambre pálida la embiste,
Sus ansias augmentando impacientes,
Erizado el cabello, el rostro triste,
Llenos de orin los escabrosos dientes,
El vasto monstruo, que con furor viste
De nuevo los espíritus valientes,
Y contra el mismo Océano se enoja,
Olores por la abierta boca arroja,

El suave perfume de ámbar, cuando
De los peces por cóncavos canales
Penetra hasta el celebro, despertando
El olor en los ciegos animales;
Ellos el oloroso don gustando,
De la hambrienta entrada los umbrales
Incautos pasan, y la bestia experta
Les cierra entonces al vivir la puerta.

Pero naturaleza, á las criaturas
Del mar, que de vigor no son dotadas,
Ni sus miembros armó de puntas duras,
Les infundió asechanzas recatadas,
Cautelas encubiertas y seguras,
En cuya sagaz arte confiadas,
La vida quitan al mas bravo y fuerte,
Y otras veces se libran de la muerte.

¿Qué virtud poderosa, dí, acompaña
A la tramielga perezosa y tarda,
Mas débil que la humilde y frágil caña,
Tan medrosa que todo la acobarda?
En las cavernas que Neptuno baña,
Del mas flaco animal se esconde y guarda,
Mas del engaño con la fortaleza,
Socorre en tal conflito á su flaqueza.

Si algun inadvertido pez la toca
En las agudas puntas del costado,
Yace en el suelo, como inmoble roca,
Su triste cuerpo, de temor cargado;
Y palpitando la tremante boca,
Muestra el vientre hácia arriba trastornado,
Ignorante del don favorecido,
Que de naturaleza ha recibido.

Al punto su contrario en las arenas
La viva carga desmayado arroja;
La sangre se le hiela por las venas,
Y de los miembros el vigor afloja;
Y como si con grillos y cadenas
Fuese ligado, por la gran congoja
Que de la flaca complexion le viene,
De los pasos el ímpetu detiene.

Como cuando del sueño perezoso,
Entre escuras ideas en los brazos,
Huir desea el hombre presuroso,
Y queriendo correr, como con lazos
Se halla atado, así el pez temeroso
Con semejantes cuerdas y embarazos
Se para, y la tramielga en mortal hora
Cobrando el ser perdido, le devora.

Cuando sobre las rocas asentada
Se abre la concha, el cancro, que está en vela
Por hacer la ganancia deseada,
Se le acerca, encubierto con cautela,
Y en medio de ella, estando descuidada,
Arroja una pequeña pedrezuela;
Queda entonces abierta, él sin encuentro,
Con ardid roba cuanto halla dentro.

¿Quién del prudente erizo no se admira?
Que cuando alborotado el Ponto grueso
Las playas inundó, bañado en ira
Sobre sí pone de una piedra el peso,
Temeroso del mar, cuando suspira,
Sus límites pasando con exceso;
Con cuya carga al golpe que le embiste,
Como lastre de nave, le resiste.

¿Y alguno nunca ha oido por ventura
Del pulpo los engaños naturales,
Que los colores á la piedra dura
Usurpa, que abrazó con los ramales?
Con cuya ajena y natural figura,
Huye de muerte los propincuos males,
Y semejante á la imitada roca,
Del pescador no teme el ansia loca.

Este astuto animal con la lamprea
Odio engañoso y cólera ejercita,
Y con alterno daño en la pelea,
El espíritu el uno al otro quita;
Ella, que el robo ejecutar desea,
Desde el profundo escollo solicita
Dar al medroso pulpo muerte fiera,
Y en viéndole, los pasos acelera.

De la mortal necesidad forzado,
Con ella el enemigo prestamente
Se revuelve de aqueste y de aquel lado,
Procurando apretarla fuertemente;
Mas, la lamprea el cuerpo deslizado,
Mil veces de los ñudos fácilmente
Y intricados ramales desenlaza,
Y otras tantas con ella el pez se abraza.

Cual los fuertes varones, que mostrando
Por el don prometido fuerza y brio
En la trabada lucha, y ondeando
Sudan sobre la tierra un largo rio;
Los brazos enlazando y desatando
Como culebras, en el desafío,
Así trabajan en su gran porfía
Los dos guerreros de la rueda fría.

Otras veces se añuda y se revuelve
Con las cuerdas el pulpo miserable
En la roca, y de su color se vuelve,
Huyendo del contrario intolerable,
Y el peñasco á dejar no se resuelve,
Aunque padezca llaga penetrable,
Antes tiene al escollo endurecido
Con las corvas tenazas siempre asido.

Como cuando el soldado victorioso
A la mujer captiva del regazo
Quitar procura el hijo temeroso,
Que la ciñe con uno y otro brazo,
Pero el infante triste y congojoso
Jamás desata el añudado lazo;
Así, abrazada tiene el pulpo mudo
La piedra con estrecho y recio ñudo.

Mas, como el ciervo que en la selva umbrosa
Siguiendo por el rastro á la serpiente,
Con la potencia descubrió olorosa
Las señales que busca diligente,
Y sacando á la fiera ponzoñosa
Del lugar escondido, ella impaciente
Se le revuelve al cuerpo, pero en vano,
Que allí la despedaza el ciervo insano;

Así, con fuertes garfios y tenazas
Forzado el pulpo al enemigo traba,
Que confiado en sus astutas trazas,
El ánimo acrecienta y furia brava;
Mas su cautela y grandes amenazas
Deshace el pez deslizador, y clava,
Dándole muerte, la hambrienta boca
En su cuerpo con rabia y ansia loca.

Tambien del mar entre el sagaz rebaño
El céfalo piadoso se apacienta,
El cual no hizo agravio, mal, ni daño
Al compañero, ni privar intenta
De la vida al pariente, ni al extraño,
Ni jamás de sus carnes se alimenta,
Sino de la ova y cenagosa arena,
Sin que sus labios manche sangre ajena.

Pero, no es todo de malicia falto,
Porque cuando se ve entorno sitiado
De la ñudosa red, se arroja en alto,
Y de su astucia no es desamparado;
Que muchas veces con el presto salto
Del circular engaño se ha librado,
Pasando en los profundos manantiales,
Sobre el agua los términos fatales.

La trucha de granates esmaltada,
Que de las mismas ondas se recata
De la prision, á trechos añudada,
De la propria manera se rescata;
La cual en la corriente arrebatada,
Que de los altos montes se desata,
Con ímpetu se arroja, y de los rios
Rápidos busca los humores frios.

Si el escario quedó captivo y preso
En la cárcel cruel entretejida
De varas, con la dura hambre opreso,
Por robar del anzuelo la comida,
Astutamente del contrario peso,
Poniendo en dulce libertad la vida,
Con la cola la entrada alarga estrecha,
De verdes juncos y de mimbres hecha.

Mas, aunque los callados nadadores,
Libertad cobran con astucias tales,
Con mas sagacidad los pescadores
Captivan á los tristes animales,
Como cuando los diestros cazadores
Engañan á las aves celestiales,
Con falso cebo de los rubios granos,
Y inadvertidas mueren á sus manos.

Suele tambien en la bañada esfera
Matar amor al húmido rebaño,
Que al mortal casamiento se acelera,
Apeteciendo su amoroso daño;
Cuando el albur descubre en la ribera,
Preso al marido con el falso engaño,
Hasta morir, siguiéndolo porfia,
Por verse en su querida compañia.

¡Oh fiero amor! hermoso en el semblante,
Mas con ímpias hazañas te eternizas
Cuando invisiblemente del amante
En el turbado pecho te deslizas,
Y con dolor y saña penetrante
La fuerza de tu fuego dentro atizas,
Cuyo ardor á su rostro el color quita,
Como al clavel cortado el sol marchita.

Tú, á muchos, de su honor haciendo ultraje
Entre funestos paños envolviste,
Cuando lleno de rabia y de coraje
Impetüoso les acometiste;
Tú el primo que juntó el débil linaje
Con el estrecho matrimonio fuiste,
Y en cualquier corazon que entras, derramas
Temor helado y encendidas llamas.

Y no solo en hacer guerra te cebas
Contra el hombre, aves, fieras espantosas,
Pero tambien en las profundas cuevas
Del mar tiras saetas ponzoñosas;
Allí en sus monstros abrasadas pruebas
Ejecutan tus flechas poderosas,
Porque ningun mortal vivir intente,
Que tu necesidad no experimente.

Mas, oh mi musa, no te pares tanto
Entre las ondas amenazadoras;
Sal presto de sus aguas, nuevo canto
Esparce entre las huestes voladoras,
Que al recoger la negra noche el manto,
Con las lenguas suaves y sonoras
Hieren del mundo las sublimes vueltas,
Sacudiendo á compás las alas sueltas.

Tú, aire, entre las plumas encerrado,
Que á las aves aprietas sutilmente,
Y cuando dellas eres azotado,
Se levantan en alto fácilmente,
Recibe de mi musa el vuelo osado
En tus regazos, que atrevidamente,
Saliendo del Océano, procura
Subir á tu region líquida y pura.

Vosotras, oh cuadrillas celestiales,
Que acordais vuestros dulces instrumentos,
Cual la harpa, con cuerdas desiguales,
Acompañad ahora mis acentos;
Porque, los que entre mudos animales,
A mis ásperas voces tuve atentos,
No se entreguen al sueño leve y blando,
Mientras conmigo en verso vais cantando.

Ven tú, mi Filomena deseada,
Que de la triste noche eres consuelo,
Y en tierno son la música acordada
Derrama de tu cuerpo pequeñuelo,
Que en dulzura á la cítara dorada
Vence, que tocó Apolo en Delfo y Delo;
Tú sola puedes á la noche fria
Con su canto igualar y al claro dia.

La negra merla dulcemente canta,
Mas luego pone término á sus quejas
Al punto que la sombra se levanta,
Encubriendo de Febo las madejas;
Comienza el ruiseñor con la garganta
A herir del oyente las orejas
Al tiempo que el aurora las mejillas
Muestra sobre las húmidas orillas.

Mas cuando el sol se nos desaparece,
De sus endechas cesa el triste llanto;
Pero la dulce filomela ofrece
De sus querellas el continuo llanto,
Mientras el alba hermosa resplandece,
Vertiendo aljófar del rosado manto;
Al suelo alegra con su vista el dia;
Ciñe al aire sutil la noche fria.

Como del cisne el canto prodigioso
Hace al salir del cuello gran viaje,
Mas que otra ninguna ave deleitoso
Forma de sus acentos el pasaje;
Y cuando de su cuerpo perezoso
La edad cansada, con caduco ultraje
Se avecina á la muerte sorda y dura,
No se olvida jamás de su dulzura;

Que al cruel punto que la breve vida
Deja del mortal peso los despojos,
Canta suave, y con el son herida
Anuncia de la Parca los enojos;
Y con el ala débil y caida
Cubre anhelando los marchitos ojos,
Como quien el futuro mal publica
Y funestos presagios pronostica.

Muestra el aurora la rociada frente,
Llenos de blancas perlas los regazos,
Y al labrador el gallo diligente
Rompe del sueño los mortales lazos,
Para que del arado el corvo diente
Vuelvan á ejercitar sus fuertes brazos,
Y con guirnaldas de doradas mieses
Corone á Céres en los grandes meses.

De esta ave la inmortal fuerza contemplo
En aquel mármol soberano escrita,
Sobre el cual levantó su sacro templo
El que á los cielos leyes pone y quita;
Cuando el falso concilio, dando ejemplo
De obstinacion frenética y maldita,
Saetas de mentiras esparcian
Contra Dios, y contra ellos se volvian.

Niega á Cristo el apóstol aflígido
Primero que del gallo penetrase
Sus orejas el canto prevenido,
Y á Oriente el padre de la luz llegase;
Y porque lo que habia establecido
El próvido Señor se efectüase,
Apenas le oye, cuando Pedro cobra
El sentido, y con él milagros obra.

Y acordándose al punto de la ofensa
Que contra Dios y contra sí habia hecho,
Condenando su olvido, en recompensa
Saca suspiros del contrito pecho;
La condenada culpa, aunque era inmensa,
Huyó del viejo en lágrimas deshecho;
El delicto, que tanto le congoja,
Dió lugar á las lágrimas que arroja.

Pero como estas y otras muchas aves
Que la carrera líquida nivelan
Del sutil aire, con acentos graves
Y voces acordadas nos consuelan,
Así hay otras que anuncian á las naves
Tristes succesos cuando espesas vuelan
Cantando, y otras con suspiros varios
Torbellinos y casos temerarios.

Al tiempo que los cuervos congregados
En apiñadas bandas y graznando
Se hieren con los picos aguzados,
La reñida contienda ejercitando,
Salen de la caverna alborotados
Los hijos de Neptuno suspirando,
Y contra el mar y tímidos bajeles
Se muestran desdeñosos y crueles.

La parlera picaza con sus quejas
Nos pronostica, cuando en la edad fria
Del año, nieve de la barba y cejas,
El erizado tiempo al mundo envia;
En sus antiguos siglos las cornejas
Con las mudanzas que el invierno cria,
Mudan la voz, y de los vientos fieros
Despiertan los espíritus guerreros.

El buho anuncia desde la alta peña
Al triste pueblo los futuros daños;
Con su graznido el ánsar nos enseña,
Que con bañados y funestos paños
Cubren las nubes la dorada enseña,
Que sacó el sol, descubridor de engaños,
Y levantando negras tempestades,
Tiemblan del Ponto las profundidades.

Destos varios ejércitos alados
No todos siempre habitan solo un cielo,
Que Progne en los palacios levantados
De Ménfis tiende el conturbado vuelo,
Cuando de los vapores añublados
Agua distila el aire, y con el hielo
Que el recio Bóreas por la boca vierte,
En los tiernos pimpollos causa muerte.

Pero si acaba el término prescrito,
El frio de su rígida aspereza,
De las altas pirámides de Egito
Parte luego con pronta ligereza,
Y de nuestra region en el distrito
Anuncia al pueblo como Febo empieza
A pintar de odoríferos matices
Los campos y á dar fuerza á las raíces.

Y entre sublimes y dorados techos
La extranjera ave sus polluelos cria,
Al tiempo que, encendida de los pechos,
La canícula fuego al mundo envia,
Que penetrando los bañados lechos
De los rios, agota el agua fria,
En cuyo nacimiento el sol abrasa
Los campos secos con ardor sin tasa.

Las grullas del helado humor huyendo,
Van á habitar á la etíopa tierra,
Amenazando con rumor y estruendo
A la gente pigmea fiera guerra;
La cual al volador caudillo viendo,
Que en forma de escuadron se espesa y cierra,
Y que extiende las alas con grande ira,
En señal de banderas se retira;

Cual cazador que por la selva escura
Siguiendo al gamo ó jabalí cerdoso,
Descubre entre las matas y espesura
Algun dragon airado y espantoso,
Y viéndole, los pasos apresura
Hácia atrás, de su vista temeroso,
Huyendo junto por el cuerpo helado
La sangre al corazon necesitado.

Entonces los ligeros animales,
Los pechos con furor y odio cebando,
Bajan de las regiones celestiales
Los picos como lanzas enristrando;
Y en lugar de trompetas y atabales
Graznan, cruel estrago ejecutando
En la nacion enana, á quien del suelo
Levantan con las uñas hasta el cielo.

Tambien las aves sus amados nidos
Fabrican en lugares diferentes;
Unas entre las aguas escondidos
Los ponen de los mares inclementes,
Otras, sobre los árboles subidos,
En las partes mas altas y eminentes;
Otras entre el arena polvorosa
Su descendencia crian amorosa.

Los halcones, así como adelantan
El vuelo por las nubes remontadas,
Así su habitacion tambien levantan
De la planta en las ramas encumbradas;
Al contrario, su casa en tierra plantan
Las perdices sabrosas y pintadas,
Que por la mucha carne, el torpe vuelo
Apenas alzan del humilde suelo.

Compone el alción de secas flores
Su nido cuando con los recios vientos
Suben del mar mas altos los humores,
De las rocas turbando los asientos;
El ave varïada de colores,
Sin temor de los ímpetus violentos,
En las ondas la tierna carga arroja
De los huevos, y el Ponto la ira afloja.

Al principio la madre piadosa
Las caras prendas con amor fomenta,
Y los polluelos sobre quien reposa,
Ya nacidos engorda y alimenta;
Entonces de fortuna procelosa
Ajeno el marinero, dar intenta
Al viento velas, y la proa aguda
Hace sonar del mar el agua muda.

Nace, y de ornatos ricos adornada
Del padre Adan la humana descendencia,
Muchas veces se halla despojada
Del paño celestial de la clemencia;
Y el alción, que entre la fuerza airada
Del Océano y indómita inclemencia,
Deposita desnudo el fructo grato,
Le viste al punto con divino ornato.

¡Oh gran naturaleza inaccesible,
Que á los torpes linajes ennoblece
Con virtud tan preciosa y increible
Y con tan ricos dones enriquece!
¿A quién no causa admiracion terrible
El amor que en las aves resplandece
Con los hijos, el vario nacimiento,
La fe incorrupta del consentimiento?

Cuando pierde la tórtola viúda
Su amada compañía ausente ó muerta,
De la primera fe jamás se muda,
Ni otro amor busca de su vida incierta;
Antes con llanto la memoria aguda
De su querido con dolor despierta,
Y en el estéril campo donde habita
Con enturbiadas aguas la sed quita.

Tú, sencilla paloma, que ligada
Como con santos lazos con tu esposo,
Nunca mientras él vive das entrada
A otro en tu pecho puro y amoroso;
Enseña cómo debe ser guardada
En el tálamo casto y vergonzoso
La fe del inviolable matrimonio,
De que da tu vergüenza testimonio.

El gusano de seda muere y nace,
Sin que de otro gusano sea engendrado,
Y aunque cada año con rigor deshace
A su dorada casta el fiero hado,
No deshecho de todo punto yace
En el mundo el linaje eternizado,
Que la simiente destos animales
Vive, aunque muerta, siglos inmortales;

Como cuando á las plantas hiela el frio
Del invierno cruel con fuerza dura,
O como cuando el sol en el estío
Las quema estando en su mayor altura;
Que con todo eso queda un vital brio
En las raíces, y una virtud dura,
Que brotar hacen en las selvas nobles
El verde ornato á los caducos robles.

Cuando la luna cándida y serena
Muestra alegre en el tépido verano
De sus mejillas la redondez llena
Opuesta contra su luciente hermano;
A la generacion de aliento ajena,
Con un velo sutil cubre la mano
De la avara mujer, que solicita
El vellon que en el pecho deposita.

Y antes que la septena luz del dia
Descubra al cielo la hermosa frente,
En el seno comienza do se cria
A moverse la cálida simiente;
Y por ser vista la dorada cria,
Que cada año renace nuevamente,
A caminar comienza cuidadosa
Con otra forma ya maravillosa.

Luego á cada una en repartido asiento
La gente con afan pone y divide,
Y de tardos morales el sustento
Con su boca insaciable ajusta y mide;
La nueva casta, sin conocimiento
De sus vidas el verde pasto pide,
Y llena con los fértiles manjares
De los estrechos cuerpos los lugares.

Cuando las pequeñuelas avecillas
Se acercan á la muerte inexorable,
Se traslucen las rubias hebrecillas
En los vientres del gremio miserable;
Como cuando las uvas amarillas
Vuelve el sol con su fuerza penetrable,
Y el humor como el oro resplandece,
Que dentro dellas en dulzura crece.

Harto ya de roer de los morales
El frondoso manjar y fértil cebo,
Mueve hácia los orbes celestiales
Los ojos el caudillo antiguo y nuevo;
Al punto los alados animales
Otros reinos buscando andan de nuevo,
Donde cada uno trabajando pueda
Ir extendiendo la dorada seda.

Entonces los sarmientos prevenidos,
Los espinos estériles prepara
La guardia entre los techos conocidos,
Con diligencia á la juventud cara,
La cual por los lugares repartidos,
Trepando á trechos va de vara en vara,
Donde haciendo asientos los linajes
Olvidan sus antiguos hospedajes.

Por los portales de retamas hechos
Y de sutiles mimbres, derramando
Los buscados estambres de los pechos,
Están el rico oficio ejercitando,
Hasta que forman los ovados lechos
Con los delgados hilos vueltas dando,
Do voluntariamente en su ejercicio
Se encierran por dar fin al tierno oficio.

Los hermosos ovillos suspendidos
Quedan clavados por las altas ramas;
Usurpan los vellones encendidos
Con su color dorado al sol las llamas;
Como cuando en los valles extendidos,
Pendientes de los árboles derramas,
Dulce otoño, los fructos encumbrados,
Con pálidos matices esmaltados.

Encerrada en la cárcel tenebrosa
La nueva juventud, romper procura
Con mil ansias herida y cuidadosa
El muro de la ovada sepultura;
La polilla en pequeña mariposa
Se vuelve cuando de la prision dura
Barrena y rompe el edificio rico
Con el valiente y porfiado pico.

Admirados de ver sucesos tales
En sus menudas formas los gusanos,
No se atreven los tristes animales
Sulcar volando los aéreos llanos;
Antes imaginándose mortales,
Olvidan de su vida los ufanos
Contentos: tanto efecto la memoria
En ellos hace de su acerba historia.

Y en el punto que ven se va acercando
Con presteza otra vez su muerte fiera,
Se turban, como todos harán cuando
De las edades en la luz postrera
El fuego universal amenazando
Al mundo entero, abrasará la esfera
De la redondez sólida y pesada,
Tanto tiempo en sí misma sustentada.

Al fin contra ellos los funestos hados
Ejecutan cada año su inclemencia,
Y siendo de la vida despojados,
Por inmortalizar su descendencia,
En las muertas simientes encerrados
Dejan, segun nos muestra la experiencia,
De una esperada succesion los dones,
Reparo á los eternos escuadrones.

Pero entre las cuadrillas divididas,
Que las campañas extendidas hienden
Del aire con las alas sacudidas,
Y con su alegre canto nos suspenden;
Entre las que con voces doloridas
Pronosticando daño al hombre ofenden,
Sola nace de sí la Fénix rara,
Y sola ella á sí misma se repara.

En cierto espacio del rosado Oriente
Un bosque reverdece, rodeado
De las marinas ondas, el cual siente
Los azotes que mueve el sol dorado;
Cuando la húmida luz resplandeciente
Resuena con el carro rociado,
De donde se levanta el claro dia
Y del caos la hija negra y fria.

En medio dél está una fuente pura
De dulces aguas, clara y abundante,
Donde la única Fénix la figura
Humedece del cuerpo rutilante;
Cuando con la rosada vestidura
Vierte aljófar del cándido semblante
Y dorados cabellos el aurora,
Del rubio Febo fiel anunciadora.

Luego volando á la mas alta rama
De la planta mas bella y olorosa,
Está esperando á la celeste llama,
Que el sol esparce de su frente hermosa;
Y al mismo punto que Titan derrama
La lumbre de su esfera luminosa,
Humilde le saluda la única ave;
Con honesta aparencia y voz suave.

Ufano Apolo por el ancho cielo
Los caballos fogosos rige y guia;
Ella, tres veces sacudiendo el vuelo,
Se queja con sonora melodía,
Y á la cabeza del señor de Delo,
Que con rayos en círculo atavía,
Hace otras tantas grande acatamiento,
Poniendo fin al regalado acento.

Después al tiempo que á cumplir empieza
Los diez siglos de vida tan cansada,
Hácia Siria el veloz vuelo endereza,
Que Fenicia por ella fué llamada;
Vencida entonces su naturaleza
Con tanta edad, se hace mas cargada;
El humor perezoso se enflaquece,
Que de virtud con la vejez carece.

Las alas que á las nubes inferiores
Con su ligero curso sojuzgando,
Exceden á los vientos voladores,
Rendidas yacen al reposo blando;
Y como los dudosos resplandores
A los cuernos de Cintia van faltando,
Así la breve luz se disminuye
De sus ojos, y poco á poco huye.

Y de su vital muerte sabidora,
En la palma que al aire mas se opone
Del tépido collado, donde mora,
Las secas yerbas recogiendo pone;
Y con los dones que á los nardos Flora
Y á la mirra aromática compone,
Hace la tumba cuando mas reposa
De Hipotades la escuadra impetüosa.

En el tiempo que el sol al Aries toca,
Que del año la edad verde renueva,
Sobre el ara se asienta, donde invoca
Al fuego, que ha de darla fuerza nueva;
A que pare su carro al sol provoca,
El cual su justa peticion aprueba,
Y al animal, que por morir anhela,
Sobre el lugar sagrado así consuela.

«Oh sola Fénix, aborrecimiento
De la torpe vejez, tu natal suerte
Comenzará á tomar su antiguo aliento
Sobre el falso sepulcro de tu muerte;
Muda el cuerpo forzado y descontento,
Tu senectud en tierna edad convierte,
Y cobrando otra vez tu misma forma,
En figura mas bella te trasforma.»

Esto dicho, del círculo dorado,
Que en torno á su encendida frente gira,
Arranca un rayo, que, sin ira airado,
A la perpetua Fénix se le tira;
Con el golpe vital acelerado
El ánima del ave eterna espira,
La cual en llamas del ardiente Febo
Gusta morir para vivir de nuevo.

Naturaleza entonces pïadosa,
Y atenta en la hoguera fiel, procura
No consuma la lumbre poderosa
De las aves al ave única y pura;
Luego una pequeñuela mariposa
Nace en la engendradora sepultura
De las cenizas, que, sin ser forzadas
De ninguno, se mueven animadas.

Por su cuerpo un vigor nuevo esparcido
Se calienta, la sangre se derrama
Por las venas, el que antes habia sido
Muerto en fuego, renace con la llama;
El ardor de los rayos encendido,
Con que al orbe estrellado el sol inflama,
Aparta las dos vidas semejantes,
Confines entre sí, poco distantes.

Mas cuando á florecer su edad empieza,
Del aire usado las campañas hiende,
Volando, y el veloz curso endereza
Al primo albergue, do habitar pretende;
Adornada de pompa y de grandeza,
Las prestas alas sacudiendo extiende,
Con cuyo color rojo el ave sola
En su púrpura vence al amapola.

Y deste modo la cerviz y espalda
Con el oro distinctas enriquece,
Entre las bellas alas la esmeralda
Con su verde riqueza resplandece;
A su cabeza ajusta una guirnalda
De rayos, como la que al sol guarnece,
Y entre ellos las señales claras pinta,
Que el iris muestra en su mezclada cinta.

De la vista en los círculos, iguales
A dos jacintos, arden vivas llamas,
Del templo las columnas inmortales
Son cubiertas con cándidas escamas;
Las uñas de rubies y corales
Honora el alba con las rojas tramas
De sus cabellos, y su imágen bella
Del pavon los colores atropella.

Es de tan grande cuerpo, que ni fiera,
Que en la fértil Arabia se apacienta,
Igualar puede á su grandeza altera,
Ni ave á quien en la Siria el sol calienta;
Mas no por eso es torpe en la carrera,
Que con su vuelo al pensamiento afrenta,
A la cual con las alas sacudidas
Sigue gran turba de aves suspendidas.

Como cuando del Tigre en las orillas,
Del enemigo ejército triunfando,
Van en tropas las bárbaras cuadrillas,
Al valeroso parto acompañando,
Sus empresas y heróicas maravillas
Con las sonoras cajas publicando,
Así la única Fénix coronada
Vuela de varias aves redeada.

Venturoso animal, que fuerza adquiere
Con lo que el mortal hombre se deshace;
Su muerte de la vida no difiere,
Que del sepulcro su principio nace;
Su senectud jamás, muriendo, muere,
Ella misma de sí misma renace,
Y sienda engendradora, es heredero,
De sí engendrado y padre verdadero.

El buitre, raro al mundo y monstrüoso,
Pare sin haber de ave concebido,
Y el que rie del culto misterioso
De nuestra fe, creer nunca ha querido
Que de María en el jardin precioso
Aquella eterna Vara haya nacido,
Conservando la Vírgen pura y santa
La flor entera de su casta planta.

Pero ya que dar crédito rehusa
Esta gente perversa y obstinada
A los justos profetas, no se excusa
De castigo su culpa condenada;
La ira, de que el sumo Jüez usa,
Deshará presto su intencion dañada,
Porque al infiel ejército resiste,
Y en defensa del suyo siempre asiste.

Aquel soberbio Filisteo gigante,
Cuya terrible y hórrida figura
Sobrepujaba al encumbrado Atlante,
En las nubes tocando su estatura,
Contra el pueblo de Dios sale arrogante,
Menospreciando al mundo su bravura,
Y al último vinieron á rendillo
Los brazos de un humilde pastorcillo.

Y así, como en el aire suspendidas
Las fieras ondas, con los recios vientos
Se rompen, de sí mismas sacudidas,
Enfrenando los ímpetus violentos;
Así serán deshechas y vencidas
Con el proprio furor de sus intentos
Las falsas opiniones que sustentan
Estos ciegos espíritus y inventan.

FECA PUBLI LEON

DIA SEXTO.

Dios, que con tus palabras sacrosantas
Vida á los varios animales diste,
Y de vil cieno con tus manos santas,
Al hombre frágil inmortal hiciste;
Tú, que en el Hijo maravillas tantas
Para solo servirte estableciste,
Muéstrame los linajes desiguales
De los mansos y fieros animales.

Humilla los soberbios corazones
De los tigres y toros enojados,
Doma la ira y furor de los leones,
Espanto de los bosque apretados;
Sujeta á mis acentos los dragones,
Los cerastes, los áspides pintados
Que hoy produce la tierra piadosa,
Obediente á tu voz imperiosa.

Pare el curso á mi canto numeroso,
Esparcido en octavas derramadas,
El caballo que suelto y presuroso,
Revuelve á todas partes las pisadas,
Rompiendo con las manos orgulloso
Sobre el pecho las cintas apretadas,
Y al batir el jinete el acicate,
Vuela, cual ave que las alas bate.

Deste suelto linaje, que sustenta
Con sus pastos la tierra, el mas ligero
Es el que en las orillas se apacienta
Del Ebro en el ibérico hemisfero;
En el arrebatado curso afrenta
Al armenio y al bárbaro guerrero,
Y contender con el halcon podria,
Cuando en seguir al pájaro porfia.

Pero el que en los Eliseos campos pace,
Que Guadalete con sus aguas baña,
En todo conocida ventaja hace
Al siculo, al tirreno, al de Bretaña,
Al que en Tesalia y en la Scitia nace,
Al de Africa, al de Creta, al de Alemaña,
Y así por padre al Céfiro le dieron
Los que su ligereza conocieron.

Este animal, si extiende la carrera,
Señal ninguna de sus piés parece
En el arena, ni sobre la esfera
De las ondas las uñas humedece;
Ni las espigas puestas en hilera
Dobla cuando sobre ellas acontece
Volar corriendo, que es como la estrella,
Que veloz pasa por la rueda bella.

Cuando en la guerra las escuadras mira,
Y oye el son de la bélica trompeta,
Por las narices vivo fuego espira,
Como cuando el gran Júpiter saeta;
Y ardiendo en llamas de coraje y ira,
Al son del instrumento, cual saeta,
Parte, y en la trabada escaramuza
Las encontradas picas desmenuza.

No el confuso rüido le acobarda
De añafiles y roncos atambores,
Ni de las armas ni de la bombarda
Los truenos y encendidos resplandores;
Aquí unas veces al peligro aguarda,
Allí apresta los pasos voladores;
Con asalto atrevido y temerario
Desbarata al ejército contrario.

Símil furor al elefante enciende
Del cruel Marte en el ensayo fiero,
Cuando la torre sobre sí defiende
Del ímpetu adversario y duro acero,
Y con los vastos piés derriba y hiende
Con gran rumor al escuadron guerrero,
Como cuando el crecido rio baja
De montes altos y las peñas raja.

No hay cuerpo vivo de tan grande peso
En la tierra que iguale al elefante,
Que de léjos parece el bulto grueso
Cuando camina, que pasea Atlante;
O el soberbio bajel que, siendo opreso
De los vientos, el mar sulca inconstante,
O la nube cargada de humedades,
Que de sí vierte negras tempestades.

Esta viva montaña, segun fama,
Conoce con espíritu agorero
Cuando la funesta Atropos la llama,
Ejecutando en ella el ciego agüero;
Que como el blanco cisne que derrama
El canto, anuncio de su dia postrero,
Así la bestia tristes quejas vierte,
Conociendo acercarse ya su muerte.

Y ninguno de cuantos animales
En diversas regiones hay nacidos
Imita mas las fuerzas naturales
De nuestras tres potencias y sentidos;
El cual de las esferas celestiales
Mira á veces los fuegos encendidos
Con cierta summision, y á alcanzar viene
Que el cielo sobre sí dominio tiene.

Cuando la luna á renovar empieza
De los cuernos las puntas plateadas
Movido de la gran naturaleza,
Ramas corta en las selvas laureadas;
Y levantando en alto la cabeza,
Las mira con las luces renovadas
De Cintia, y blandamente las menea,
Como quien algun don della desea.

Y ¿á quién no admira en carga tan pesada
Tan presta ligereza, que haciendo
Fiestas Neron, entró en la empalizada
Esta bestia por un arco subiendo,
Y en la maroma, en alto levantada,
Anduvo, sobre sus hombros trayendo
A vista de la gente á su maestro,
Cual suele el volatin prático y diestro?

De su conchosa carga en la grandeza
La abada casi al elefante iguala,
Y en la frente cubierta de aspereza
Un cuerno lleno de rigor señala;
Con el cual del acero la dureza
Con ímpetu feroz hiriendo, atala,
Y cuando el elefante la acomete,
Venciéndolo, contra él fiera arremete.

Este linaje, muchos escriptores
Dudan si tuvo á las entrañas duras
De la tierra por madre, ó sin amores
Ni bodas recibieron sus figuras,
Como hemos visto entre los nadadores,
Monstros del mar, algunas criaturas
Nacer sin padres, cual las conchas y ostras,
En torno armadas de aceradas costras.

Mas ¡oh musa! divierte tus razones
De cosas tan pequeñas por ahora,
Ni trates de las símias ni hurones,
Ni de la comadreja dañadora;
Deja tambien aparte los lirones,
En quien el sueño tanto tiempo mora,
Siempre encerrados en las tumbas frias,
Hasta que nacen los templados dias;

Mas, cuando alegres del verano tierno
Los primeros aspectos se rieron,
Y los desdenes del nevado invierno
Y helados disfavores perecieron;
Dejan el sueño, al parecer eterno,
Donde, viviendo, muertos estuvieron,
Y del sol viendo el fuego luminoso,
Se acuerdan luego del manjar sabroso.

Ni de la harda tratarás vellosa,
Que cuando hiere al Cancro el sol dorado,
A la nativa casa calurosa,
De la acopada cola hace tejado;
Como el pavon cuando la suya hermosa
En arco encorva, de arrogancia hinchado,
Con mas colores que no el iris vino
Tras el tempestüoso torbellino.

Y así, no se dilate ni suspenda
De los toros indómitos y atroces
La furiosa nacion, y la contienda
Que mueven entre sí, cuando feroces,
Soltando á los bramidos larga rienda,
Con rabia aguzan las valientes hoces
De los agudos cuernos en las rocas,
Niebla arrojando por las grandes bocas.

Destos bravos y fieros animales
El dominio entre todos ejercita,
Como el rey en los súbditos leales,
El que en fuerzas no halla quien le imita;
El cual, como con leyes naturales
A obediencia, á la mandra necesita,
Y como á capitan el gran rebaño
Le busca y sigue con amor extraño.

Pero cuando del gremio se retira
Alguno de celosa rabia herido,
La ñudosa cerviz, bramando de ira,
Alza en alto con ímpetu atrevido;
La cruel vista á todas partes gira
Buscando al que en tal furia le ha ofendido,
Y si acaso con él solo se halla,
Se traba entre los dos fiera batalla.

Puestos los enemigos frente á frente,
El uno contra el otro al punto cierra,
Vierten por las narices fuego ardiente,
Segando con los piés la seca tierra;
El desdeñado toro, que, impaciente,
El fuego del sangriento Marte aïerra,
Al adversario asalta por dar muerte
Hiriéndose ambos con el cuerno fuerte.

Como cuando con ímpetu violento
Dos naves de contraria gente armadas,
Alborotando el húmido elemento,
Se encuentran con las proas azotadas;
Así llegan los dos á rompimiento,
Sin cesar de las armas destroncadas
La riña atroz, hasta que el uno alcanza
De la alegre victoria la alabanza.

Y el que por su naturaleza flaca
Quedó vencido, la cerviz rehuye
Del duro yugo, y á la selva opaca
Corrido y lleno de vergüenza huye;
El dolor concebido nunca aplaca,
Que por todas las venas distribuye,
Cuya edad el callado curso hace
Entre rocas, do á solas siempre pace.

Mas si goza do vive retirado
De mas valientes soplos, temerario
Baja del monte, y de furor armado
Traba guerra otra vez con el contrario;
Y apenas el combate es comenzado,
Cuando vencido brama el adversario,
Los valles con mugidos atronando,
Las celestes esferas penetrando.

Pero castrando á este hórrido linaje,
Aunque está armado de rigor insano,
Doma y amansa á su feroz coraje
Del hombre astuto la maestra mano;
Y con derecho y circular viaje
Sulcando de la tierra el monte, el llano,
Los ojos van torciendo oblicuamente,
El yugo atado á la ñudosa frente.

¡Oh animal sobre todos venturoso,
Que no solo eres útil cuando vivo
Para nuestro uso, pero provechoso
Cuando ya de la Parca eres captivo!
Con tu piel se arma el hombre, y animoso
Al ímpetu resiste ejecutivo,
Y de tus armas las ballestas hechas
Disparan muerte con agudas flechas.

Los fieles perros son á nuestras vidas
De no menor utilidad, que airados,
Acompañan con fuerzas atrevidas
Sus cuerpos, sus espíritus osados;
Y vibrando centellas encendidas
Y rayos de los ojos abrasados,
Los ladridos derraman con tal grito,
Que aseguran el tímido distrito.

Hay tambien destos raza belicosa,
Que contra el fiero ejército se ïra,
Cuando de la trompeta sonorosa
Enciende la señal á Marte de ira;
Y en los ánimos rabia impetüosa
Ciego furor el son horrible inspira,
Y las escuadras de á caballo aguza
Para la peligrosa escaramuza.

No del Medo las flechas herboladas,
Que amenazando están mortal destino,
Le espantan, ni las balas enviadas
De plomo con el negro remolino;
Ni le mueven las pértigas vibradas
Con el arrebatado torbellino,
Antes al enemigo espera inmoble,
Como en la tierra el arraigado roble.

Ni jamás habrás visto alguno destos
Que vuelva las espaldas huidoras
A los terribles ímpetus opuestos
De las lanzas y espadas vengadoras;
Antes todos, ó turban en los puestos
Al contrario con fuerzas vencedoras,
O del bélico ejército heridos,
Con daño universal quedan vencidos.

Con ellos los antiguos Colofones
Aseguraron su afligida tierra,
Y del Caspe los fuertes torreones
Deshechos fueran con sangrienta guerra,
A no ser defendidos sus cantones
Destos, si la vulgar fama no yerra,
Y así hacian á los muertos perros
Con pompa funeral gratos entierros.

El suelto ciervo, para su defensa
Del perro astuto huyendo, diligente
Al hombre busca, aunque en la selva densa
Provoca á guerra á la cruel serpiente,
Con la cual ejercita furia inmensa
Siempre en su pecho y odio impaciente,
Y en la parte del monte convecina
La sigue, amenazando su rüina.

Luego que el ciervo á la enemiga fiera
Vió con las grandes vueltas retorcida,
Alegre las pisadas acelera
A las cavernas, donde está escondida,
Violentando los soplos de manera
Por la nariz abierta y encendida,
Que á la batalla del profundo asiento
Salir la hace con forzado aliento.

Ella cubierta de ira y de veneno
Le mira, alzando la espantosa cresta
En alto, y de ponzoña el diente lleno
A un tiempo bate y la cerviz funesta;
El suelto ciervo, de temor ajeno,
A la que en vano por huir se apresta,
Revuelta por el cuello y las rodillas,
Mata, clavando en ella las mejillas.

Deste áspero linaje ponzoñoso
Varias formas de Libia en las arenas
Se apacientan, do hiere impetüoso
El hinchado Océano con sus venas;
Allí vierten veneno lastimoso
Los escorpiones, las anfisibenas,
Los basiliscos y otros animales,
Que escupen muerte contra los mortales.

La víbora el dañoso cuello extiende,
Encogiendo la cola y alargando,
Y con la lengua vibradora hiende
Al aire, negra peste vomitando;
Al fin es hembra y mas que otra se enciende
La ofensa venenosa ejecutando,
Con cuyos golpes al herido triste
Mas presto la espantosa Parca embiste.

De la lujuria en el ardor amado,
Este animal con el agudo diente,
La cabeza al marido desdichado
Corta, incitada del furor ardiente;
Y cuando ya del parto sazonado
El riguroso tiempo está presente,
Los hijos al nacer, vengando al padre,
Rompen el vientre de la cruel madre.

El esparamarin, que el africano
Compara al dardo acelerado y fiero,
Desde el tronco se arroja y huye insano
Por la pasada sien del pasajero,
Mas ligero que cuando al aire vano
Sale la bala del colado acero;
Pero aunque la ponzoña no le mata,
Con la herida el hado lo arrebata.

La salamandra muestra su figura
Tan solamente cuando el torpe frio,
Soplando el Aquilon con rabia dura,
Hace parar el caudaloso rio;
Esta vomita peste, que en blancura
Excede al puro y cándido rocío;
Ni sale á luz, mientras desde su cinta
Al suelo húmido el sol enjuga y pinta.

En sus miembros tan gran rigor derrama
El fiero invierno, que en el fuego puesta,
La fuerza amansa de la ardiente llama,
Como á las brasas hace el agua opuesta;
El cerástes con una y otra escama,
El viaje torciendo en la floresta,
Resuena, como cuando el mar golpea
A la nave, que á un lado y otro ondea.

Si en el triste hombre la lucerta toca,
El ponzoñoso golpe ejecutando,
En brasas vuelve la sediente boca
Del herido, el mortal cuerpo hinchando;
Y el dañado veneno, que á sí avoca
Al radical humor, se va ensanchando
Mas que el cuerpo, que ya su ser perdiendo,
Los límites humanos va excediendo.

De todo punto en el mezclado peso
El enfermo se esconde y se retira,
El globo informe con hinchado exceso
Consumiendo al doliente en torno gira;
No puede recebir el bulto grueso
Los miembros del que apenas ya respira;
Al fin, al mísero hombre en sí escondido
Desampara el espíritu afligido.

Pero no hay animal tan riguroso
Entre las varias ponzoñosas huestes
Que el basilisco, cuyo silbo odioso
Atemoriza las letales pestes,
Haciéndolas con paso temeroso
Volver atrás volando mas que Oestes,
Aunque en los bosques y en las selvas toscas
En arco doblen espantosas roscas.

Y con los ojos, sin que le resista,
Al varon mas robusto el monstro horrible
Mata, porque los rayos de su vista
Corrompen en el hombre lo visible;
Por cuya causa á lo demás conquista,
Que pende del celebro aprehensible
Y de la vida del corazon fuerte,
Y así con mirar solo causa muerte.

Estos y otros crueles animales
Que saetean muerte venenosa,
No ejecutaban ímpetus mortales
Al principio con ira ponzoñosa;
Y así, contra las obras celestiales
No se vuelva la lengua maliciosa,
Ni culpe al Criador, porque los dientes
Tan dañosos volvió de las serpientes.

Que á verter ciega rabia comenzaron
Al punto que gustó Adan la manzana;
Las víboras y dipsadas vibraron
Las lenguas contra la progenie humana;
De las ofensas hechas se vengaron
Con el dañado aliento y boca insana,
Y entre árboles floridos encubiertas,
Ejecutaron las heridas ciertas.

Mas no es bien espaciarme por la arena
De la abrasada Libia tiempo tanto,
De fieras hidras y serpientes llena,
Sordas del mago al poderoso encanto;
Porque de horrendos animales suena
Una escuadra, que así propria da espanto,
Y poco á poco por la selva escura
Los temerarios pasos apresura.

Miro al furioso jabalí, que ajeno
De humildad, con el corvo diente astillas
Hace los robles, y de duro cieno
Fabrica áspera cota á las costillas;
Y sacando el anhélito del seno,
Vierten caliente espuma sus mejillas,
El cual descubre sobre el lomo juntas
Cerdas, que imitan aceradas puntas.

Miro tambien al puercoespin armado
De agudos dardos por la selva umbria,
Que sin cuerda, del arco levantado,
Saetas mil al enemigo envia;
Y después en el rígido costado
Y en las espaldas otras tantas cria,
Con que renueva la áspera batalla
Cuando en necesidad estrecha se halla.

¡Oh flechero, á quien nunca en el aljaba
Faltó saeta, y mientras se retira,
Cuando la fiera mas robusta y brava
Le sigue, flechas rigurosas tira!
Como cuando el mancebo el arco traba,
Y con la experimentada mano estira
La cuerda, y retirándose constante
Huye y pelea, todo al mismo instante.

El erizo, que en torno trincheado
De agujas y de espinas duras nace,
Cuando el peligro ve, del cuerpo armado
Un globo para su defensa hace;
Y dentro de sus armas encerrado,
Contra el peligro como muerto yace,
Y en la circular fuerza recogido,
Se defiende del ímpetu atrevido.

El suelto lince, vivos resplandores
De los ojos y pálpebras derrama,
Y cuando los astutos cazadores
Roban sus hijos, suspirando brama;
Como cuando los partos vencedores
Con ímpio asalto y encendida llama
La ciudad baten, y la madre llora
Al niño tierno, que defuncto adora.

Tambien es justo, ¡oh musa! me reñeras,
Pues su generacion has conocido,
Los mezclados linajes de las fieras,
Que la naturaleza ha confundido;
Cuando considerando las panteras,
Les hizo de camellos el vestido,
Mas no por eso la piel mansa quita
La furia que la gran bestia ejercita.

Este monstro feroz jamás concibe
Mas que una vez, porque en la madureza
Del parto, cuando el hijo se apercibe
Para nacer y á ver la luz empieza,
Al vientre, que piadoso lo recibe,
Despedaza (cruel naturaleza);
Y así la madre de dolor forzada
Aborrece la prenda tanto amada.

Tambien tiene odio y aborrecimiento
Con el dragon, y cuando satisface
Con su carne mortal al pecho hambriento,
Sepultada en el manso sueño yace;
Mientras que con su claro nacimiento
Tres veces á la noche el alba hace
Huir debajo de la tierra fria,
Trayendo al mundo el deseado dia.

Pero cuando la bestia se levanta
Del grave sueño, somnolenta y floja,
Un suavísimo olor por la garganta,
Entre gritos envuelto, al aire arroja,
De cuya dulce voz teme y se espanta
El dragon, y la rabia y fuerza afloja,
Y deseoso de salvar la vida,
Da espaldas á la tímida huida.

El veloz dromedario, descendiente
De los camellos, con los piés misura
Treinta y tres leguas, mientras refulgente
Vertiendo por el cielo lumbre pura,
Una vuelta da el sol resplandeciente,
Al globo entero de la tierra dura,
Huyendo de sus vivos resplandores,
La noche rodeada de temores.

Todas las carnes de su carga vasta,
Este animal con el caliente exceso
De su complexion deshace y gasta,
Casi mostrando descarnado el hueso:
Y así el calor, que el gran cuerpo desbasta,
Nunca permite que el carnoso peso
Que sobre el alto dromedario estriba
Sea grande como la figura viva.

El leon, de los ojos encendidos
Arroja vivo fuego, y cuando saca
Del enojado pecho los bramidos,
Mueve las cimas de la selva opaca;
Herido con los ásperos gemidos
El monte de temblar nunca se aplaca;
Con trépido rumor el eco suena
En los valles, y el denso bosque truena.

Y cuando por sus miembros se desliza
La ira, la tierra con la cola azota;
El fuego de la saña ardiente atiza
Con el proprio furor que della brota;
Mas las brasas se vuelven en ceniza,
Y del enojo el mar profundo agota,
Cuando del gallo mira la alta cresta
En la cabeza, cual corona puesta.

¡Oh tú, Clio! los bravos corazones
Canta ahora, los ímpetus osados
De aquellos etiópicos varones,
Que en sus fuerzas y astucias confiados,
En la sangrienta caza á los leones,
Espanto de los bosques apretados,
Acometen con ánimo atrevido,
Disfrazados en hábito fingido.

Estos fabrican ágiles broqueles
Entretejidos con espesos ñudos
De mimbres, extendiendo secas pieles
De fuertes toros sobre los escudos,
Porque á las uñas fieras y crueles
Y á los dientes solícitos y agudos
Sirva de muro el circular reparo,
De los pechos astutos firme amparo.

De lana el cazador el cuerpo cubre,
De acero armando la cabeza y frente,
Y con cierta invencion solo descubre
Lleno el rostro de luz resplandeciente;
Entonces por la selva alta y lugúbre
Hendiendo el aire la animosa gente,
Con espesos azotes, busca y llama
Al enemigo, que espantoso brama.

Sale armado de enojo y rancor ciego
De las cavernas, y con furia loca,
Viendo el leon al abrasado juego,
Arroja espuma por la cruel boca;
Y semejante al atronado fuego
Que desmenuza á la mas dura roca
Y al laurel reservado nunca agravia,
El animal ardiendo en llamas, rabia.

Como del suelto Gánges la carrera,
Los pueblos de Bitinia rodeando,
Hace grande rumor en la ribera
Cuando se va del monte despeñando;
Así se muestra la espantosa fiera,
Con bramidos los cielos atronando,
Y como torbellino áspero, embiste
Al contrario, por darle muerte triste.

Los sagaces etíopes inmobles,
Del animal soberbio y anhelante
Esperan á pié quedo, como robles,
El ímpetu atrevido y fulminante;
Mas si en los miembros del cazador nobles
Clava las uñas rígidas triunfante,
A la una y otra parte lo derriba,
Y de la vida con rigor le priva.

Tambien al adversario encarnizado
Hace huir el escuadron valiente,
Que en las astutas armas confiado,
No teme el golpe de su agudo diente;
El cansancio otras veces irritado
Acaba la feroz bestia impaciente,
Que sin deleite á todas partes vuelve,
Y con estos y aquellos se revuelve.

Cual soberbio soldado, que ceñido
Entorno de enemiga turba se halla,
Y aquí y allí de cólera encendido,
Con el alfanje acude en la batalla,
Pero al último cae, mal herido
De la guerrera indómita canalla,
Así el leon, los premios de la guerra
Renunciando á los hombres, cae en tierra.

Y como el que vencido en ella queda,
A manos del contrario riguroso,
Y traspiés dando por el suelo rueda,
De arena envuelto y todo sanguinoso;
En la infausta y reñida polvareda,
Los miembros extendiendo perezoso,
Así el leon sobre la yerba alarga
Del mortal cuerpo la sangrienta carga.

Entonces las cuadrillas animosas
Persiguen mas la fiera desangrada,
Y con grillos de cáñamos y esposas
Triunfan della, fuertemente atada;
¡Oh gentes de Etiopía valerosas,
Que en vuestros pechos habeis dado entrada
A tal atrevimiento, y cual cordero
Llevais ligado al animal mas fiero!

Después que á los terrestres animales
Dió vida el Criador de la luz pura,
Formó con sus palabras inmortales
Al último del hombre la figura;
No porque de sus obras celestiales
Fuese menor tan noble criatura,
Sino porque primero no naciese
Rey, y no hallase quien le obedeciese.

El Hacedor del círculo estrellado,
«Hagamos, dijo, al hombre á imágen nuestra,
Y á cuantos animales he criado
Sujete y dome su invencible diestra;
De los cielos el curso arrebatado
Penetre y el viaje que el sol muestra,
Y con ingenio perspicaz posea
Cuanto ve, y el Olimpo en sí rodea.

Luego templando el polvo derramado
Con el húmido barro el Padre Eterno,
Dió forma á un cuerpo bello y acabado,
Figura al fin de su dibujo interno;
Cual suele el escultor ejercitado,
Fingir de blanda cera ó yeso tierno
Alguna estátua, cuya muestra hermosa
Compuso con la masa perezosa.

Forma los cielos Dios, su curso mide,
Hace la tierra, el mar, el fuego, el dia,
Y ni consejo ni parecer pide
Cuando la universal máquina cria:
Y hoy que al mayor el menor mundo añide,
Llama al amor y á la sabiduría
Como á consulta, porque al hombre gusta
Dar forma, que á su imágen venga justa.

El sempiterno Artífice criando
Todos los animales, juntamente
Les dió ánima y cuerpo, pero cuando
Al hombre hizo el Verbo omnipotente,
Principio á la obra milagrosa dando,
Nuestros cuerpos crió primeramente,
De la tierra, y después el alma pura
Inspiró con su aliento en la figura.

Padre incomprehensible y soberano,
Que del Olimpo la voluble rueda
Con tu voluntad mueves, guia mi mano,
Para que yo sobre esta tabla pueda
Retratar con pincel, hoy, mas que humano,
Al que del universo el reino hereda,
De suerte que el pincel pintando arguya
En su rostro señal alguna tuya.

Dios, que manda correr con las edades
Al tiempo, y los espíritus violentos
Enfrena, y procelosas tempestades
Del mar hinchado y sopladores vientos,
Reconciliando las enemistades,
Entre los repugnantes elementos,
Dió forma de una informe y débil masa
Al hombre, en cuyo dulce amor se abrasa.

Y como con suprema providencia
El inmenso poder estableciese
Que la figura simil á su esencia
Sola entre las demás celestial fuese,
Enderezó en dos piés su real presencia
Para que el hombre contemplase y viese
El sitio, que inmortal asiento tiene,
De donde su divino origen viene.

Y á la celestial mente dió morada
En la parte mas ardua y excelente
Del cuerpo, porque en alto levantada
Como desde un alcázar eminente,
Pueda domar la ira arrebatada,
Apagando al furor la llama ardiente,
Y á los demás afectos y pasiones
Ligar con fuertes grillos en prisiones.

Este don, este fuego esclarecido,
Este ingenio adornado de luz pura,
En la esfera del hombre está incluido
Como el inmenso Artífice en su altura;
Y como Dios con natural vestido
La cumbre ornase desta criatura,
Adornó juntamente al mismo instante
Con necesarios miembros su semblante.

La delicada frente, do se escribe
El nombre eterno, fué libre y abierta
Con las desnudas sienes, y recibe
La fe, que del olimpo abre la puerta;
Y de lo que el mudable hombre concibe
Cual viva imágen del corazon cierta,
En su figura habla, dando indicio
Del ánimo malévolo ó propicio;

En cuya superficie tersa y lisa
De la infamia el temor casto reposa,
Que la cabeza al mal intento pisa
Con sola su apariencia vergonzosa;
Del honor invidioso la divisa
Se descubre con pompa victoriosa,
Y el humor melancólico que envia
Saturno desde su morada fria.

Los ojos, cuyos vivos resplandores
Igualan á los fuegos inmortales,
Vibrando de allá dentro sus ardores
Por claros y diáfanos cristales,
Ilustran á las cosas inferiores,
Puestos en alto como dos fanales,
Y con el alma viven mas unidos
Que no los demás hábiles sentidos.

Y así, cuando el tranquilo aire reposa
En el pecho con plácido semblante,
O alguna causa inquieta ó dolorosa
Con fuerza bate al ánimo anhelante,
O torciendo la vista rigurosa
Le perturba la ira fulminante
O otra diversa enfermedad le oprime,
La vista dellos el efecto exprime.

Las cumbres, que en dos arcos se aparecen,
Con unida distancia divididas,
Como con baluartes fortalecen
Las fieles centinelas defendidas,
Porque á los claros fuegos que escurecen
Del Olimpo las hachas encendidas,
No los apaguen los sudores frios
Que de lo alto bajan hechos rios.

Tienen tambien una virtud secreta
Que descubre del alma las pasiones,
Porque cuando se ven cual línea reta
Publican mujeriles intenciones;
El animal humano se sujeta
A padecer sangrientas corrupciones
Cuando muestra las cejas tan sutiles
Que casi iguales son á los perfiles.

Si están caidas demasiadamente
Y como espesos bosques apretadas,
Vierte la invidia del rabioso diente
La ponzoña en las venas apestadas,
Y del veneno con el fuego ardiente
Devora las medulas abrasadas,
Haciendo la cruel ave de Ticio
En sus entrañas nuevo sacrificio.

Las orejas, que son fieles espias
Del cuerpo, van torciendo y revolviendo
Como dos torres, por oblícuas vias,
La ingeniosa lumaca componiendo;
Para que cuando en los turbados dias
Soplare Bóreas con terrible estruendo,
No penetre tan fácilmente el viento
Y impida del oido el instrumento.

Y porque al tiempo que el escuro velo
Del aire con el trueno sacudido
Se rompe, al punto que el vapor del cielo
Baja á la tierra en llamas encendido,
Por las orejas con derecho vuelo,
Del rayo entrando el áspero gemido,
No atronase el jüicio en tal conflito
O otro cualquiera temerario grito.

Pero ¿qué soberano entendimiento
De la nariz abierta no se admira
Por donde sale y entra el vital viento,
Con que el humano corazon respira,
Y del celebro baja el excremento
Pesado, y el ligero en alto tira,
Y recibe al vapor fumoso y grato
Con animado espíritu el olfato?

¡Oh dulce boca, fiel annunciadora
De lo que en el erario deposita
De la memoria el hombre, y atesora
Y de lo que en el pecho solicita!
Por tí enjuga los ojos cuando llora
Y á la pasion mortal el dolor quita,
Por tí se enciende fuego generoso
En el ánimo helado y temeroso.

Eres puerta por donde el aire entrando
En tu concavidad se sutiliza,
Y del pulmon por el canal pasando
Al corazon caliente se desliza;
Donde la ardiente fuerza extenüando
Que dentro el demasiado fuego atiza
Del calor natural, no es destruido
El corazon en llamas encendido.

Del amoroso afecto se declara
Con el beso la fe, y la dulzura
Se manifiesta de la amistad cara,
Que en triste adversidad se conjectura;
Pero tú ¡oh Júdas! la señal tan rara
Y claro indicio de caridad pura
En traicion truecas, y para dar guerra
Usas de prendas que la paz afierra.

Los labios son murallas de los dientes,
Porque como de su naturaleza
Se humillan á los soplos inclementes
Del cierzo y del invierno á la aspereza,
Estando ellos expuestos y patentes
Del hielo penetrante á la dureza,
Padecieran del frio los agravios,
A no ser defendidos de los labios.

Los duros dientes puestos en hilera,
El sitio de la boca defendiendo,
Cuanto se les opone en la carrera
Cual rueda de molino va rompiendo;
Y el que crió la universal esfera
Los fué con rojo ornato componiendo,
Porque horror no causase con su vista
Del blanco aljófar la ordenada vista.

La lengua, entre los labios encerrada,
La cual con sus inquietos movimientos
Varia la voz herida y azotada,
Del ánimo declara los intentos;
Pero ella por sí sola puede nada
Para cumplir el don de los acentos;
Si con la ofensa no fué socorrida
De los dientes y labios oprimida.

Por estar junto del celebro, tiene
Con la cabeza el brazo conveniencia,
De quien naturalmente á tomar viene
De una virtud secreta la influencia;
Y así, cuando sobre ella contraviene
De algun ímpetu fuerte la inclemencia,
Al fiero golpe que el varon dispone,
Al punto en su defensa se antepone.

Las manos, pensamientos inmortales
En retórico estilo solemnizan,
En los arcos de mármoles triunfales
Las empresas y hazañas eternizan;
Entre el Verbo divino y los mortales
De la celeste gracia el fuego atizan;
Con ellas fama eterna el hombre cobra
Y Dios compuso la universal obra.

Mas ¿quién podrá los ñudos y junturas
Callar de las rodillas inclinadas,
Con las aptas y promptas dobladuras
Para servir al cuerpo acomodadas?
Por ellas el Señor de las alturas
Se olvida de las culpas condenadas;
Los piés son base sobre donde estriba
Del templo humano la columna viva.

Y si tambien en lo interior se mira
El hombre, grandes maravillas causa
El eterno poder. ¿Quién no se admira
Del corazon, de todas obras causa?
El cual, si con las llamas de la ira
Se enciende, al fuego ardiente pone pausa
El varon con la sana medicina
Del húmido pulmon, con quien confina.

En la mitad del animal se anida
Para que en las virtudes naturales
Del alma influya movimiento y vida
Y en todos los demás miembros mortales;
Como el sol, que con lumbre esclarecida
Da espíritu á las luces celestiales
De las estrellas que sobre él se encumbran
Y de las que debajo dél alumbran.

Hace asiento en el hígado la llama,
Que hasta el blando celebro se divierte,
Y después por los ojos se derrama
Y en los demás sentidos su ardor vierte;
A la humedad á sí tirando inflama
Con el calor, y en sangre la convierte,
La cual por todo el cuerpo caminando,
Va los miembros y vida acrecentando.

¿Qué diré de las venas, por las cuales
El humor y la sangre discurriendo
Con licuores bañados y vitales
Todos los miembros van humedeciendo,
Así como los líquidos raudales
Que de las altas cumbres descendiendo,
Por las vegas y valles extendidos
Corren en varias partes divididos?

Después que fué acabada la figura
De la perfecta novedad, y el cieno
Recibió en todo entera hermosura,
En los campos del valle damasceno,
En carne se volvió la carga dura,
Y los huesos sacaron de su seno
Las médulas creciendo, como cuando
Cintia el rostro con fuego va augmentado.

Por las venas y arterias esparcida
La sangre poco á poco se difunde,
En las blancas mejillas encendida
El aurora el color rojo confunde;
Entonces Dios, por darla eterna vida,
En su semblante inmortal llama infunde,
Que fué un divino espíritu soplado
Con que el humano cuerpo fué animado.

Y la suprema y soberana lumbre
Que del hombre el dominio y el gobierno
Tiene, se asienta en su mas alta cumbre
Como en el cielo el Criador eterno;
Pero cuando en alguna pesadumbre
Se ocupa, baja por camino interno
Para tomar consejo, al sabio pecho
Como á tesoro de prudencia hecho.

Este vivaz y celestial sentido
Es tan pronto á cualquiera movimiento,
Que cuando en el reposo está escondido
No reposa jamás solo un momento;
Antes, batiendo el vuelo sacudido,
En un punto traspasa el firmamento,
Y es menos caudaloso el mar profundo
Que no un ingenio peregrino al mundo.

El cual del ancho Ponto escudriñando
Va los secretos reinos y honduras,
Las grandes maravillas penetrando
De sus calladas y húmidas criaturas;
De donde después sale levantando
El vuelo hasta las últimas alturas,
Y vencedor, con la sabiduría
Torna á la redondez bañada y fría.

¿Y el infiel argüirá cómo presente
Y divertida en todas partes pueda
Del único Hacedor la eterna mente
Regir del orbe la universal rueda,
Siendo el humano ingenio tan potente
Que en parte alguna nunca se le veda
El paso, con estar aprisionado
En la cárcel del cuerpo y asediado?

Son del hombre tan grandes los primores,
Tan altas las grandezas que hoy alcanza
Del Criador, y tales los favores,
Cuantos puede tener su semejanza;
Que al mismo, en tres potencias interiores,
Por singular consejo y ordenanza
De la una y trina esencia soberana,
Figura y representa el alma humana.

Porque así como Dios, siendo uno, abraza
Todas las cosas con potencia eterna,
Y en todo asiste, y con divina traza
Las produce, da ser y las gobierna,
Así en la obra que fabrica y traza
Del hombre hoy el Señor, el alma interna
Toda está, y en cualquier miembro se anida
Y le mueve, gobierna y le da vida.

Y cual la compañía de Dios trina
Es solo un Dios que tres personas tiene,
Así en un cuerpo el ánima divina
Es una, que tres ánimas contiene;
En estas excelencias tres camina,
Y en la naturaleza que mantiene
Nuestro hombre interior con rico ornato,
De Dios guiando el celestial retrato.

Habiendo el sumo Padre á Adan formado
En los valles del campo damasceno,
Y de vida inmortales siglos dado,
Después lo trasportó al lugar ameno
Del paraíso, en torno rodeado
De umbrosas plantas y de flores lleno,
Que hizo el arte y poderosa mano
Del sempiterno y próvido hortolano.

Hay un sitio en las playas orientales,
Donde está el giro que desde Levante
Al ancho mundo en partes corta iguales
De ambos polos igualmente distante,
Por donde cuando el sol á los mortales
Calienta con el tépido semblante,
La luz iguala del hermoso dia
Con las tinieblas de la noche fria.

Allí de espesos árboles vestido
Un monte se levanta y sube al cielo,
Do ni el vapor en niebla convertido
Ni condensado en agua extendió el vuelo;
Ni sopló torbellino sacudido,
Ni cayó tempestad ni duro hielo,
Ni lleno el rostro de ñublado escuro,
Entristeció el invierno al aire puro.

Antes en su alta cumbre, decir oso,
Mueve las alas un templado viento,
Que el cielo, que jamás tuvo reposo,
Cria con su perpetuo movimiento;
Vistiendo al bosque espeso y deleitoso
Con fértil y odorífero ornamento,
Adonde el rubio Apolo, cuando nace,
Alegres sombras de las plantas hace.

No en la cola de estrellas adornada
Muestra el bello pavon tantos colores,
Ni la hija Taumancia levantada
Sobre cálidos y húmidos vapores,
Cuantos la excelsa altura matizada
Con verde esmalte derramando olores
Mas suaves que no los que apercibe
El ave con que eternamente vive.

Nunca á la cima hiere oblicuamente
El sol, pero aunque en las bordadas faldas
Bate, no quita con el fuego ardiente
El ornato frondoso á sus espaldas;
Resplandeciendo están continuamente
En ellas las floridas esmeraldas,
Y del rocío el puro aljófar hecho,
A la selva acopada esmalta el pecho.

Allí el influjo celestial conserva
Entre jazmines al verano tierno,
Allí entre flores la crecida yerba
Jamás teme al rigor del duro invierno;
Y como dél y del ardor reserva
La clemencia del cielo al bosque eterno,
Los dones del otoño y primavera
Ocupan todo el año la ribera.

En medio deste sitio se desata
El raudal dulce de una hermosa fuente,
Que ni la gracia de la rica plata
Es tan lucida como su corriente,
Ni la luz que el cristal puro arrebata
Al hiemal hielo es tan resplandeciente,
Y en blanca espuma argenta las orillas
Cándidas, cual de Cintia las mejillas.

El corredor y caudaloso rio
En cuatro grandes brazos se reparte:
En el Eufrátes, que con su humor frio
Por la mitad á Babilonia parte;
En el furioso Tígris, que con brio
Como saeta voladora parte;
En el Nilo, que cuando se desliza
Por Egipto, los campos fertiliza.

Que siempre que con curso acelerado
Las márgenes de sus riberas hiende
Y á la terrestre lluvia derramado,
Estando el aire enjuto y claro, extiende,
La tierra del torrente arrebatado
A la esperada fertilidad prende;
Queda Menfis entonces asediada,
Y el húmido rebaño en torno nada.

El Gánges es el cuarto, que lamiendo
Los valles con sus aguas extendidas,
Siempre que crece, el límite excediendo,
Roba y hurta en las selvas escondidas
Las cortadas riquezas, que esparciendo
Están del sol las llamas encendidas,
Y en sus profundidades olorosas
Lleva juncos entre ovas cenagosas.

En este albergue ameno, que compuso
Con tantos dones el Rector del mundo,
La imágen hecha á su figura puso,
Y en ella infunde un sueño tan profundo,
Que al humano sentido grabó el uso
Con peso tan inmenso y tan yocundo,
Que á su mente rumor no pueda alguno
Despertarla con ímpetu importuno.

Haciendo luego milagrosa prueba
De sus hazañas, del siniestro lado
Un hueso la sacó, y de carne nueva
Lo cubre, y forma de mujer le ha dado;
Pónese al punto en pié la engendrada Eva,
Reconociendo á su consorte amado,
Y Dios con ley suave y poderosa
Juntó al marido su mitad hermosa.

Atento en la una y otra criatura
El que rige las ruedas celestiales,
Consagrando del lazo la figura,
Ligó las bodas con palabras tales:
«Vivid llenando el orbe en paz segura,
Y vuestros años sean inmortales,
Multiplicando las futuras gentes
Al mundo con felices descendientes.

»Siempre de todos sea respetada
La ley del matrimonio venerable,
Y la hembra á su santo yugo atada,
Guarde fe casta al tálamo inviolable;
A los que yo ligué con tal lazada,
Nadie interrompa el ñudo maridable,
Por el cual dejará al padre el marido
De la fuerza amorosa constreñido.»

Desta suerte los dos consentimientos,
Dios con tranquila paz ató, y cantaba
El himeneo angélicos acentos,
Y á la honesta vergüenza saludaba;
El coro celestial con instrumentos,
Las dos almas en una publicaba:
Fué el paraíso el tálamo, la dote
El mundo, el Padre eterno el sacerdote.

Después tales palabras les presenta
El que sus voluntades ha ligado:
«¡Oh obra, que á mí mismo representa,
A la cual ser mi mano firme ha dado!
Ya veis la fértil gracia que frecuenta
Este bosque de dones tan hinchado:
Gozad pues de los fructos suspendidos
Para vuestro uso libre concedidos.

»En medio dél veréis que se levanta
El árbol de la sciencia, que noticia
Trae en el fructo la vedada planta
Del rico bien y cálida malicia;
Mas advertid á mi palabra santa:
No probeis el rigor de mi justicia;
Que no toqueis en él, que el temerario
Cuidado de saber os es contrario.

»A cielo y tierra por testigos pongo,
Que si del árbol que os prohibo y quito,
Probare alguno el fructo, le propongo
Que con la muerte pagará el delito.
Cosa dificultosa no os impongo,
Que fácil es servar el justo edito;
Y tendrá vida el que esta ley guardare;
Muerte cruel el que la quebrantare.»

Aprueban nuestros padres la sentencia
Por el Verbo divino promulgada,
Y alegres en su estado de inocencia,
La ley reciben para ser guardada.
Entonces viendo la divina Esencia
Del mundo la grandeza fabricada,
Y todo cuanto en ella obrado habia,
Y que era bueno, fin dió al sesto dia.

DIA SÉPTIMO.

Si acaso el hombre el son oye acordado
Desde léjos de algun dulce instrumento,
De altas y bajas cuerdas concertado,
Haciendo en voz unida su concento,
Conoce sin ser visto que es formado
De perito maestro el grave acento,
Que con arte mezcló experimentada,
Para formar la música acordada.

Así en la grande fábrica del mundo,
Que con tal maravilla Dios dispone,
Que sorbiendo tanta agua el mar profundo
Nunca el límite excede, que le impone,
Luego el hombre con ánimo yocundo,
Acude al cielo, y la esperanza pone
En el que la gran máquina compuso
De la esfera inmortal para nuestro uso.

Fué acabada su bella arquitectura,
Y el Criador, que las estrellas guia,
Perficionó la universal criatura
De todo punto en el septeno dia;
Y reposando el Padre de la altura
Del edificio que labrado habia,
Al momento de todo lo criado
Tomó el cargo, el gobierno y el cuidado.

Deste cuidado inmenso la excelencia,
La igualdad de las cosas la publica,
Con que dispuso la divina esencia
Cuanto abraza en contorno la obra rica;
Adonde la mayor circunferencia
A la menor en nada perjudica,
Y las cosas supremas y abatidas
Por unas mismas leyes son regidas.

Guardan la antigüedad de cada cosa
Del Olimpo el ejército estrellado;
El sol desde la cinta calurosa
No impide con su lumbre al polo helado;
Ni desde la alta cumbre la fria Osa
Mirando en el Océano hinchado
Sumergir las demás claras estrellas,
Apetece bañar sus llamas bellas.

Cintia de plata las mejillas llena,
Contra los rayos de su hermano opuesta,
Y del orbe los cuernos enajena
Acercándose á Febo, y sin luz resta;
Después la rueda de claridad llena
Alegre á los mortales manifiesta,
Desterrando sus vivos resplandores
Del cielo á los demás fuegos mayores.

El astro perezoso nos avisa
Que la nocturna sombra se avecina,
Que Apolo al inclinado Ocaso aprisa
Los cansados caballos encamina;
Al dia lleno de placer y risa,
Vuelve á traer la estrella matutina;
Así el amor renueva á los mortales
Las alternas carreras desiguales.

Esta regla discorde y acordada
Templa los elementos cada instante,
Para que pueda la humedad bañada
Dar lugar al contrario repugnante,
Y que la llama en alto levantada
Se acuerde con el frio penetrante
Y la carga del sólido elemento
Haga en su mismo peso firme asiento.

Por cuya causa en el verano tierno
Favonio sopla produciendo flores;
Amaltea del uno y otro cuerno
De ambrosía y néctar vierte los olores;
Enjuga el rostro el erizado invierno,
Rodeado de nieblas y vapores,
Y desde las pirámides de Egito
Progne viene á habitar nuestro distrito.

Falta á las fuentes el corriente rio,
Con veneno á la tierra el Cancro baña,
El sol despierta al riguroso estio,
Encendiendo la pálida campaña;
Codicia el segador el bosque umbrío,
Cortando con la rústica guadaña
A Céres los cabellos á manojos,
Que de espigas doradas son despojos.

Al dia con mas breve giro encierra
Titan en su carrera apresurado,
Poniendo treguas á la adusta guerra
Del leon en centellas abrasado;
Baja entre tanto de la inculta sierra
Con rumor el raudal acelerado;
El otoño la fructa suspendida
Distingue con la púrpura encendida.

Cubren los montes las desnudas frentes
Con lana espesa de bañada nieve,
El Aquilon con soplos inclementes
De los asientos los escollos mueve;
El añublado invierno turbias fuentes
Del ceño escuro y blancas canas llueve,
Y desde la region helada y fria
El rigor perezoso al mundo envia.

Mantiene este órden cuantos animales
Nivelan por el aire la carrera,
Y cuantos en los húmidos cristales
Del mar respiran y en la dura esfera;
Este mismo, con términos fatales
Las cosas arrebata, y de manera
Después las rige, que con voz experta
Del sueño de la muerte las despierta.

Entre tanto el Señor, único y solo,
Que con arrebatado torbellino
A los cielos sobre uno y otro polo
Con solo el pensamiento abre camino,
Y ordena que á su tiempo el rubio Apolo
Preste á la luna el resplandor divino,
Desde el trono inmortal do está asentado
Rige y gobierna todo lo criado.

Aquello que sacude y acelera
Con movimiento de ira, lo detiene,
Haciendo que atrás vuelva la carrera
Con el ímpetu mismo con que viene;
Y de su fuente natural saliera
Lo que encerrado el estable órden tiene,
Si las heridas justas no atajase,
Y después otra vez las renovase.

De suerte que el cuidado soberano
De Dios, se extiende en toda criatura,
Principalmente en el linaje humano,
Que fué hecho á su imágen y figura;
Y sobre todos en el fiel cristiano,
Que á su presencia sacrosancta y pura
Ruegos envia con piadoso celo,
Su solio penetrando con el vuelo.

Por él dió á Febo luz esclarecida,
Virtud en las estrellas infundiendo,
Y hizo que á la tierra suspendida
El mar ciñese con sonoro estruendo;
Y en nuestro corazon mortal se anida
El Padre Eterno, en torno dél poniendo
Para su guardia vigilantes huestes
De inmortales espíritus celestes.

Mas todo cuanto dentro de sí encierra,
Del círculo hermoso el primer moble,
El proprio cielo, la pesada tierra,
Que sobre el aire tiene asiento inmoble,
Están sujetos á continua guerra
De inquietud y trabajo, y todo es moble,
Y los tiempos que son irrevocables,
Entre sí tienen lites implacables.

El cielo con perpetuo movimiento
En torno al mundo gira apresurado,
Y los planetas con el firmamento
Se encuentran en el curso arrebatado,
Del cual el seco y pálido elemento
En su ardiente region es violentado;
El aire en varias partes dividido
Es de uno y otro viento embravecido.

Las centellas en alto se levantan,
Inquietas con estrépito y rüido,
Como cuando las olas se quebrantan
En las piedras del Ponto sacudido,
Y las riberas tímidas se espantan
Del rumor con bañada ira encendido,
O como cuando suena el bosque umbrío
Herido con rigor del Bóreas frio.

Los vientos entre sí desenfrenados,
Suspirando con ímpetu contienden,
Como cuando dos toros enojados
Con las frentes indómitas se ofenden,
Y la tierra con golpes porfiados
Nubes de polvo levantando, hienden,
Y á quien ha de seguir, todo el rebaño
Duda, mientras está dudoso el daño.

La redondez pesada de la tierra,
Que tan sólida y firme nos parece,
Tiembla en sus fundamentos, con que atierra
Los pueblos y la gente desfallece;
El reino do Plutón mueve la guerra
Por los abiertos pechos se aparece
Amenazando el cavernoso abismo
A otra provincia el torbellino mismo,

Muda su curso la naturaleza,
El año nunca tiene firme estado;
Dora el sol de Arïete la cabeza,
Vertiendo olores el florido prado;
Al verano derriba de su alteza
El estío, el otoño coronado
Con fructos vuelve, y el invierno triste
Con añublado luto al aire viste.

No hay animal que esté libre y exento
De inquietud ó contienda rigurosa,
Ni el que volando corta el sutil viento,
Ni el que nadando el agua bulliciosa,
Ni el que en la dura esfera hace asiento,
Escupiendo del diente ira rabiosa,
Ni el que animoso de sus fuerzas fia,
Ni el que en su curso tímido confia.

El robador neblí, que con el vuelo
En la presteza al fiero rayo imita,
Contra la garza desde el alto cielo
Con hambriento furor se precipita;
Y con los garfios y el agudo anzuelo
Del pico y de los piés, la vida quita
Al ave triste, cuyas blancas plumas
Tiñeron sin piedad rojas espumas.

El quersidro cruel, y semejante
En el aspecto al áspid ponzoñoso,
Y de los verdes lagos habitante,
Con las ranas mantiene odio dañoso;
Fomentando el veneno penetrante
Debajo del estío caluroso,
Saliendo de las aguas detenidas,
Do faltaron las ondas retorcidas.

El seguro leon, del bosque espanto,
Se espanta de las crestas levantadas
Del nuncio de la luz y de su canto,
Pero mas de las llamas abrasadas
Y del sonoro estrépito y quebranto
De las ruedas del carro arrebatadas;
Y guerra con los rústicos pastores
Tienen los lobos arrebatadores.

Feroces cosas canto; ¿qué descanso
Por ventura se halla ó qué paciencia
En el rebaño mas humilde y manso
Si se consideró con diligencia?
En referillo yo proprio me canso;
¿Qué dolor del rendido, qué insolencia
Del vencedor, y qué tenaz memoria
Entre ellos hay de la vencida historia?

¿A quién no admiran los cabritos tiernos,
Que concibiendo cólera en el pecho,
Entre sí riñen con los flacos cuernos,
Cual soldado en el bélico pertrecho?
Y ¿con qué ardor, los ánimos maternos
De las gallinas en cualquier estrecho
Se muestran, que ni el miedo de la muerte
Por librar sus polluelos las divierte?

Los gallos con los duros espolones
Se acometen las crestas levantando,
Como las de los fuertes morrïones,
Con los soberbios cuerpos estribando:
Tal ira en los pequeños corazones,
Tal invidia y soberbia está reinando,
Tanta vergüenza á cada cual ultraja
De dar el uno al otro la ventaja.

¿Qué diré si cesando estos rancores
Tan sangrientos no cesa la contienda,
Y qué mayor que la de los señores
Con los vasallos sobre la hacienda?
El amor, ¿qué sospechas, qué dolores
Causa en el que camina por su senda?
¡Y cuántas controversias han nacido
Del matrimonio en santa paz unido!

Mas ¿por qué causa yo desto me admiro,
Si en el amor patente hay odio ciego,
Si en la concordia la discordia miro,
En la tranquila paz desasosiego?
¿No ves las bestias contra el mortal tiro
Opuestas solo por el dulce fuego
De un frágil incentivo, que sin tasa
Sus corazones rígidos abrasa?

Con terrible rumor las fieras osas,
De la blanda lujuria provocadas,
Fin á su pasion dan, que deseosas
No se juntan jamás, sino forzadas,
Como las meretrices codiciosas,
Que fingiendo que están enamoradas,
Perdiendo á la vergüenza su decoro,
Fuerzan la voluntad por solo el oro.

De las fieras, las unas levantando
Hasta los cielos el terrible grito,
Las otras con las uñas porfiando,
Riñendo satisfacen su apetito
En la amorosa junta, como cuando
En el cerrado y público distrito
Porfian los mancebos señalados,
En la lucha revueltos y trabados.

Añidamos tambien del ronco suero
La turba inquieta, las altercaciones
De los mercantes, y del usurero
Las injustas ganancias y ambiciones;
El trabajo del pobre jornalero,
Que las tristes endechas y canciones
Regala con la voz, y del dentado
Peine y telas el son desacordado.

Pasemos á las cosas insensibles:
Con el hierro, la piedraiman ¿qué tiene
Que con cuerdas y garfios invisibles
A ligar al valiente metal viene?
Pero al punto los lazos invincibles
Suelta, y en atraellos se detiene
Cuando ella en el diamante reberbera,
Nueva lite, y no fin de la primera.

Callo cuando los ángeles vencidos
En aquel celestial primer encuentro,
Cayeron afrentados y abatidos
En el opaco y tenebroso centro;
Y hechos desiguales y excluidos
De los que el claro olimpo abraza dentro,
Mueven contra los fieles escuadrones
Guerra inmortal de varias tentaciones.

El mismo hombre que puede quietamente,
Llevando solo á la razon por guia,
Sulcar del hondo pielago inclemente
La arrebatada y peligrosa vía,
¡Con qué armado furor vlolentamente,
El mísero es tratado noche y dia,
No solamente con el enemigo,
Pero ofendiendo á la razon consigo!

No hay mal atroz por nuestra gran flaqueza
Que contra el hombre el hombre no maquine,
Que el que sucede, ó por naturaleza,
Ó porque la desdicha lo encamine,
Si comparamos su cruel dureza
Con este, nadie habrá que determine,
Que no es peor suceso tan extraño,
Que el natural y desdichado daño.

Porque cuando no hubiera sucedido
Otra inquietud que la de los romanos,
Se hallaria un número crecido,
Sin número de encuentros inhumanos;
Cuando aguzando el hierro endurecido
De las espadas contra sus hermanos,
La rara juventud con ira brava
Los dormidos asaltos despertaba.

Añadir quiero cosas en las cuales
Vemos tambien litigio sin contrario:
Guerra tiene el que abriendo los metales
Eterniza del scita sagitario
Las empresas con letras inmortales,
Ó el mal suceso y próspero de Mario,
Cuando en el trabajoso movimiento
Guia la mano el noble entendimiento.

Las armas sobre el yunque fatigado,
El adusto ciclope revolviendo,
Con el trabajo y golpe porfiado
Está cuando las forja combatiendo;
Y cuando con la reja del arado
El pastor los terrones va rompiendo,
Encaminando los unidos bueyes,
Sufre de Marte las amargas leyes.

El soldado feroz, no solo riñe
Con el que por vencelle se desvela,
Que el animal que en blanca espuma tiñe
El freno, con rigor se le revela;
Y las pesadas armas con que ciñe
El cuerpo fatigado y se abroquela,
A las veces de tal modo le oprimen,
Que los ñudosos huesos dentro gimen.

Sin fuerzas con la fria edad contiende
El viejo miserable y anhelante,
Cuando con el estéril sulco hiende
La senectud su pálido semblante,
Y el terrible pavor ¿cuánto le ofende
Del hierro inexorable y penetrante?
Que el temor de la Parca, si se advierte,
Lastima mas que no la misma muerte.

En fin, no es otra cosa nuestra vida
Que un extendido campo de pelea;
En la parte mas honda y escondida
Del ánimo el audaz Marte campea;
Y sin que la razon justa lo impida,
Consigo mismo el flaco hombre pelea,
De un solo afecto ahora perseguido,
Ahora en varias partes dividido.

Ya el dulce amor se rinde y obedece,
Ya de su yugo la cerviz rehusa,
Ya como el fuerte acero se endurece,
Ya blando su atrevido intento excusa;
Ya como fiero tigre se embravece,
Ya humilde su dañada rabia acusa,
Ya el insano furor le hiere el pecho,
En triste llanto y lágrimas deshecho.

Ya la cólera en llamas abrasada,
Torciendo ardiente los sangrientos ojos,
Con la hiel inficiona derramada
Del corazon inquieto los despojos;
Otras veces la ira alborotada
Mitiga y el rigor de sus enojos,
Y como escollo cuando el mar le embiste,
De su apetito al ímpetu resiste.

Ya al enemigo ejército acomete,
Como airado animal bañado en ira,
Que, ignorando el mortal golpe, arremete
Contra las flechas que el contrario tira,
Y cuando la fortuna le promete
La victoria, venciendo se retira,
Como el lobo que habiendo hecho presa
Del cordero, partió á la selva espesa.

Ya estima y menosprecia juntamente,
Ya ignora, ya deprende, ya se olvida;
En fin, el hombre vive inquietamente,
Desde la entrada hasta la salida;
Como cuando en el mar violentamente
Bate Bóreas con furia embravecida,
Y las ondas del rápido elemento
Contrastan con perpétuo movimiento.

Pero entonces el curso arrebatado
Se quietará de la estrellada esfera,
Y sosiego tendrá cuanto ha criado
El que impuso á los cielos la carrera,
Cuando el octavo dia señalado
Llegará amenazando muerte fiera,
Dia en el cual la fábrica divina
Del mundo verá la última rüina.

En torno el fuego vencedor robando
Los reinos de Neptuno y tierra adusta,
Parecerá que en llamas va trocando
Del Olimpo á la maquina robusta,
Y que las demás ruedas abrasando,
Pone fin á su fábrica vetusta,
Y las cenizas de tan triste historia
Serán trofeos de inmortal victoria.

Nuevo estupor en todas las regiones
Se extenderá con rígido quebranto;
Gimiendo de Cocito las legiones,
Padecerán el infeliz espanto;
Veránse las banderas y pendones
Sobre los aires del escuadron santo,
Que amenaza con ira al orbe entero,
Absorto de espectáculo tan fiero.

El ronco son de la trompeta horrible
Retumbará como ventoso trueno
Por el cóncavo etéreo inaccesible,
De temerosas novedades lleno;
La gran naturaleza horror terrible
Ansiada esparcirá dentro del seno,
Y con humilde y tímido decoro
Temblará de los ángeles el coro.

Como cuando entre nubes va trocando
Los vapores en llamas abrasadas,
Y con ellas los montes penetrando,
Hiere Jove las rocas levantadas;
El rumor repentino, retumbando
En las cuevas del Ponto alborotadas,
Hace temblar los cielos y la tierra,
Heridos ya con la encendida guerra.

Los negros mares de ambicion hinchados,
Alzarán con soberbia sus grandezas
En alto, y cual los muros levantados,
Sustentarán las húmidas altezas;
Después con humildad baja inclinados,
Sepultarán las ásperas cabezas
En las honduras del escuro abismo,
Amedrentado de su furor mismo.

Y cuantas bestias en las cuevas hondas
Del mar inquieto habitan derramadas,
Se juntarán, y encima de las ondas,
Como el ave en el aire, sustentadas
Bramarán, atronando las espondas,
Con proceloso ímpetu azotadas,
Y del cielo á las ruedas dolorosas
Ofenderán con quejas espantosas.

Las aves, que con dulce y tierno canto
El repartido vuelo sacudiendo,
Al recoger la negra noche el manto,
Anuncian que el sol claro va naciendo;
Publicarán con lastimoso llanto
La venida del dia tan horrendo,
Sin poder, en el vuelo suspendidas,
Mover jamás las alas impedidas.

En lugar de los líquidos cristales
Que de los montes bajan bulliciosos,
De vivo incendio ardientes manantiales
Correrán por la tierra impetüosos;
Los cuales á las partes orientales
En su encendido curso presurosos,
Vertiendo llamas moverán el paso,
Desde el opuesto y tenebroso ocaso.

Brotará fuego por los pechos rotos
De la dura region el elemento,
Herido con terribles terremotos,
Ondeando su denso y firme asiento;
Como cuando en los montes y en los sotos
Con la furia del uno y otro viento,
Tiembla del árbol la frondosa cima,
Que con su altura al cielo pone grima.

Los alzados escollos y altas rocas,
Los soberbios collados y montañas
Iguales mirarán sus cumbres locas
Con los humildes valles y campañas;
De las cavernas y profundas bocas
Saldrán al llano cuantas alimañas
Crió la tierra, y con terribles gritos
Atronarán los míseros distritos;

Como cuando el gran piélago impelido
Del cruel Austro al Calpe hercúleo bate,
Y en sus senos el lago retorcido
Hiere entrando con uno y otro embate;
Gime entonces el monte sacudido,
Oyen el gran rüido del combate,
Que repiten las ondas quebrantadas,
Las gentes con no poca agua apartadas.

Tristes tinieblas con funesto velo
Del alto Olimpo ceñirán la frente;
Negará Febo al afligido suelo
De sus rayos la luz resplandeciente;
Y las virtudes que posee el cielo
Movimiento harán, la lumbre ardiente
Morirá de los astros, y Diana
Esconderá su vista soberana.

Después el Hijo eterno rodeado
De innúmeras angélicas legiones,
Y con su majestad propria adornado,
Vendrá á juzgar del mundo las naciones;
Castigará del hombre rebelado
Contra su ley las malas intenciones
Y obras inicuas con que le ha ofendido,
Dando á los justos premio merecido.

Entonces desde el trono soberano
De su grandeza, con aspecto horrible
Convocará ante sí al linaje humano,
Que en torno abraza el cielo inaccesible;
Cuantos en torno ciñe el Océano
Vendrán de la trompeta al son terrible,
Y los que de la amada vida ajenos
La madre universal tiene en sus senos.

El que entre los confines abrasados
De Egipto habita y encumbrado Atlante,
El que con los humores deslizados
Del Liso quieta el ánimo anhelante;
El que arrastra en los valles y collados
De Numidia el arado relumbrante,
Y la nacion en tomar leyes tibia
Que pisa las arenas de la Libia.

El que debajo del Ecuátor tiene
Duplicado el invierno y el estío,
Mientras vertiendo rayos el sol viene
Desde el Aries templado al Piscis frio;
El que de bastimentos se previene,
Cuando inundando el caudaloso rio
En Egipto las villas y ciudades,
Fertiliza los campos y heredades.

Vendrán temblando al general jüicio
Los que los altos obeliscos miran,
Cuya máquina excelsa y artificio
Mas á la vista que al oido admiran;
Y de la antigua Roma á su edificio
Comparadas las fábricas espiran,
Que descubiertos por los horizontes,
Humillan á los mas soberbios montes.

El que del mar junto al gran seno prueba
Del adusto calor el rigor fiero,
Los moradores de la España nueva
Que antes que otro ocupó Cortés primero,
Haciendo en los contrarios mortal prueba
De su invencible espada el duro acero,
Y acudirá ante Dios el yucatano
Que al arco aplica la robusta mano.

Los que gustan del rio de la Plata
Que enriquece los pueblos y naciones,
Por donde el curso nítido dilata
Con sus preciosos y argentados dones;
El que en el puerto del Perú contrata
Y de Chile los bélicos varones,
Que de las pieles que á los lobos quitan
Se visten, y las flechas ejercitan.

El que habita tus montes, bella aurora,
Y encumbrados peñascos de Nifates,
El que los campos fértiles labora,
Que con bañados pasos mide Eufrátes;
El que en las tierras del Coaspe mora,
Que de sí arroja á la preciosa Acátes,
El que de Aráxes prueba el agua clara,
Y el que los fructos del amomo ampara.

Acudirá al precepto soberano
Del que los elementos reconcilia,
El incola del Tauro y del Amano,
El que goza las selvas de Pamfilia,
El que de Licia rompe el monte y llano
Con el arado, la civil familia,
Que entre Cilicia y Licaonia vive
Y las leyes isáuricas recibe.

El que los muros levantados mira
Del soberbio edificio guarnecido
De dispuestas columnas que por pira
Puso la reina bárbara al marido;
Aquel á quien Meandro en torno gira
Tantas veces con curso retorcido,
El que las aguas del Caistro bebe,
Do el cisne las nevadas alas mueve.

Los que ciñe el Pactolo caudaloso,
Naciendo de las cuevas de oro llenas,
Aquellos entre quien Hermo abundoso
Corre resplandeciendo en sus arenas;
Las gentes que rodea el mar ondoso,
En cuya márgen de tristeza llenas
Las neréides con llanto se dolieron,
Cuando de Aquiles la tragedia oyeron.

De la Grecia los sabios moradores
Ante el justo jüez serán llamados,
De las buenas costumbres formadores
En sagaces astucias señalados;
Y los que de los Alpes superiores
A las nubes habitan rodeados;
Los que divide y corta el Apenino,
Que por medio de Italia abrió camino.

Los que junto á las aguas aumentadas
Del Danubio nacieron, que bañando
Los bosques y las selvas apartadas,
Va diversas ciudades sustentando,
Hasta que con las ondas enojadas
Llega á Peuce, sus fines azotando;
Acudirán del Ródano las gentes,
Arrebatadas como sus corrientes.

Los que mira el cortado Pirineo
Hasta las dos columnas levantadas
Que puso el Héroe, que por Euristeo
Hizo tantas empresas señaladas;
En suma, hasta las sombras del Leteo
Y cuantas criaturas encerradas
Tiene en sus reinos Lucifer blasfemo,
Parecerán ante el Jüez supremo.

Entonces el divino Presidente
De espíritus angélicos ceñido,
Asentado en su trono omnipotente,
Apartará del malo al elegido;
Como cuando el pastor atentamente
Del cabrito el cordero ha dividido,
Y al justo dará el lado de su diestra,
Poniendo al reprobado á la siniestra.

«Venid, benditos de mi Padre eterno,
Dirá al dichoso gremio el Jüez recto,
Gozad del justo reino que *ab æterno*
Para vosotros fué en mi mente electo;
Porque cuando mojado el frio invierno
Nieve vertia con horrible aspecto,
De su ciego furor me defendistes,
Y en vuestros blandos lechos me acogistes.

» Cuando la cruel hambre me acosaba,
Con el sustento el paso la impedistes,
Cuando con la sed áspera anhelaba,
Mis labios con el agua humedecistes;
Cuando en la cárcel afligido estaba,
A mi grave dolor consuelo distes,
Y rendido al calor del accidente,
Me visitastes en su estío ardiente.»

Después de su justicia ejecutando
La sancta ira, dirá á los reprobados:
«Id, malditos (su muerte amenazando),
A las eternas penas condenados;»
Y como el fiero incendio, que abrasando
Va las mieses y pastos agostados,
Así el Señor castigará al precito
Con su proprio furor y odio maldito.

De la sólida fábrica el adorno
Será deshecho, ardiendo en vivas llamas;
El mismo triste dia arderá en torno
Como en las brasas las adustas ramas;
O como cuando el encendido horno
Se quema con innúmeras retamas,
Y el condenado pueblo, eternamente
Muriendo, vivirá entre azufre ardiente.

Pero aunque la caduca arquitectura
Del arenoso círculo encendida
Se deshará, trocando la figura
En menudas cenizas convertida;
Después con mayor gracia y hermosura
Le dará el Padre immenso nueva vida,
Y no estará sujeta á las edades
Del tiempo ni á sus duras tempestades.

Antes tendrán los círculos errantes
Del mundo con Apolo firme asiento,
Y pondrán fin los astros inconstantes
A su torcido curso y movimiento;
Nuestros ánimos, quietos y constantes,
No mudarán jamás el pensamiento
Que ahora apartan del camino llano
Contra el entendimiento soberano.

De cuadrillas angélicas ceñido,
El justo será en alto levantado
Para gozar el premio merecido
Que Dios tiene á los suyos reservado,
Y el malo de su culpa convencido,
Caerá con la carga del pecado
En precipicio del profundo infierno,
Condenado á vivir en fuego eterno.

¡Oh feliz dia, á cuya lumbre pura
No encubrirá con el nocturno manto
De tinieblas la opaca sombra escura,
De horrible vista y temeroso espanto!
¡Oh dia de descanso y de dulzura,
Dia alegre, en el cual el gremio santo,
Del enemigo alcanzará victoria,
Y tendrá premio de reposo y gloria!

FIN DE LA CREACION DEL MUNDO.

NÁPOLES RECUPERADA

POR EL REY DON ALONSO.

POEMA HERÓICO

QUE DEDICA Á LA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV, EL GRANDE,

DON FRANCISCO DE BORJA,

PRÍNCIPE DE ESQUILACHE, CONDE DE MAYALDE, COMENDADOR DE AZUAGA, DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO, GENTILHOMBRE DE SU CÁMARA.

AL LECTOR.

Hállome obligado á satisfacer una objecion, que en Italia han puesto á este poema antes de verle, reparando en que eligí un héroe y una accion moderna, que pasó en Italia há pocos años, y que la notoriedad de la historia es fuerza que me estreche, para no poder dilatar la invencion y episodios, que son el lustre, ser y ornato del poema, y que deste peligro me librara habiendo escogido asunto mas antiguo, y suceso que hubiese pasado ó en Asia ó en Africa, donde pudiera inventar con mas largueza, sin atarme en este inconveniente, que ellos juzgan que lo es.

A esto respondo lo primero, que si este reparo fuese de tanta consideracion como ellos juzgan, seria de mayor estimacion si el poema saliese acertado y con todos los requisitos que pide el arte, como se ha procurado disponer.

Lo segundo, que el rey don Alonso el Quinto fué singular héroe, con quien no se pueden comparar los mas antiguos que en Asia y en Africa fueron príncipes señalados, y mas siendo esta accion tanto mas ilustre cuanta es la diferencia de vencer alarbes en Jerusalen, ó franceses aliados con todos los príncipes de la cristiandad, y esto en el reino de Nápoles, despojándolos dél por fuerza de armas; y de las excelencias, hechos y dichos deste príncipe han escrito los extranjeros tantos libros y elogios, que ellos satisfarán por mí.

Lo tercero, que siendo la casa de los príncipes de Esquilache descendientes del rey don Alonso, no fuera razon que buscara héroe mendigado, teniéndole grande de puertas adentro.

Este poema no contiene mas que doce cantos, en que imité á Virgilio, porque de escribir muchos se corre gran peligro de que alguna parte de lo que en ello se trata, ó que no sea á propósito, ó que los versos sean faltos de ritmo, y las sentencias de juicio; y si yo hubiera de tratar ahora del desempeño desta proposicion, yo mostrara á los autores difusos cuánto mejor les estuviera haberse recogido que desplegado. Lo que puedo asegurar es, que ha pasado este poema por el juicio y censura de los hombres mas doctos deste siglo, y que todos, no solamente me animaron, sino que me compelieron á sacarle á luz, y no presumo que sus letras los engañaron á ellos, ni la modestia con que me sujeté á su parecer mereció que me engañasen á mí; y cuando todo esto faltara, lleva en su favor la mayor aprobacion, pues tiene la que dijo Casiodoro: *Pompa meritorum regale judicium.*

Procuré tambien seguir los pasos de los que justamente pudieron ser legisladores en la parte épica, habiendo visto juntamente en lo que están reprehendidos de los que han escrito después, porque, como dijo Séneca: *Primi ductores sunt, non domini.*

He procurado tambien huir de palabras ásperas y de ruido, porque dellas dijo Horacio: *Pro-*

jicit ampulas, et sexquipedalia verba; y porque lo cierto es, que son espanto de los ignorantes y risa de los cuerdos, pues con ellas se falta á la dulzura y al número, y mezcladas después con obscuridad, hacen intolerable la locucion y aborrecible la sentencia; y los que usan este modo de escribir dicen que son sus versos crespos, y engáñanse, porque no son sino erizados; y si en un jardin hubiese mucha variedad de flores, es, sin duda, que faltándole la luz y claridad del dia, no se verian ni lograrian, aunque tuviesen en sí la hermosura natural, que no se aparta dellas: ¿qué será, pues, en los versos, donde faltando el lustre natural y careciendo de la perspicuidad que los hace inteligibles y hermosos, y particularmente saliendo á juicio de todos, y faltándoles la energía con que sus autores suelen representarlos diciéndolos, como advierte san Agustin de los filósofos gentiles: *Buccis concrepantibus ventilantes?* Y esta diligencia no les vale después que salen de su mano y de su representacion; y como todos los estilos están viciados, reconoció esto un moderno, en crédito y abono de la claridad con que escribe, y dijo, usando del adagio y propiedad latina: *Nec dedi opera, ut omnia quaestionum Meandris perinde, atque sorites chrisipaei essent intricata, aut reconditorum verborum foetoribus suffarcinata;* y de los que no entendieren el peso deste juicio, alcanzaré lo que pretenden los que escriben con obscura novedad, queriendo ser admirados y no entendidos. Este error ha lastimado á todas las edades, habiendo en el idioma legítimo muchas bastardías, como dice Suetonio en una carta que refiere de Augusto á Marco Antonio, que escribia con esta afectada confusion, hablando de Augusto, que dice así: *Praecipuam curam ducebat sensum animi quam apertissimè exprimere ipsum, quae Antonium, seu insanientem increpabat, quod ea scribere vellet, quae mirarentur potiùs homines, quam quae intelligerent* Y la culpa de pasar este engaño en nuestro siglo, nace de la presuncion de la ignorancia, que juzga que lo que ella no alcanza es de tan superior estimacion, que es corta toda alabanza que en su calificacion se gastare; esto quiso decir Aulo Gelio en sus *Noctes Atticas: Obscuritates non assignandas culpae scribentium, sed inscitiae non assequentium;* y al fin quieren que los ignorantes los alaben como si los entendiesen; y los que saben, como si ellos se declarasen y lo mereciesen.

Tambien aborrecí con particular cuidado los hipérboles imposibles, porque son de grave culpa en lo épico; y la razon es clara, porque si consiste su ser en la imitacion de lo natural, no puede haber semejante error como proponer á la imitacion un objeto, que por su naturaleza es increible y por su disposicion ridículo.

En todo este poema y su contexto, ni se alteran los tiempos, ni truecan las acciones, prohijando á unos las guerras que hicieron otros; con que tendrá menos en que reparar quien se hallare con ánimo de censurarle.

Y aunque se imprime ahora, há muchos años que está escrito y visto por personas que se pudieron aprovechar de lo que yo primero tuve trabajado en él.

NÁPOLES RECUPERADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

De España deja la querida tierra
Alfonso, y lleva con su armada errante
A Nápoles rebelde luto y guerra.
Fenisa llora el fugitivo amante;
El mar sus leños en Mecina encierra;
Vuelve al peligro el capitan constante,
Parte á Gaeta, y en su fe seguros,
Se atreven sus guerreros á los muros.

Aquel glorioso capitan hispano,
Que á fuerza de sus armas peregrinas
Bebió con menosprecio del tirano
Las aguas del Sebeto cristalinas:
Triunfos que honraran el blason romano
Y sus banderas célebres latinas,
Empresas que al valor y al tiempo exceden,
Cantar pretendo, si cantar se pueden.

Divina musa, que en eterna lumbre
Piadosa vives la region quïeta,
Eleva ahora la mortal costumbre,
Y el plectro sienta tu virtud secreta;
No pido aliento á la profana cumbre,
De espíritu gentil vida imperfeta,
Un fuego si que vuelva el pecho mio,
Osado, ardiente, de cobarde y frio.

Admite ¡oh gran Filipo! de mi pluma
El justo ruego y turbacion debida,
Pues no recelan que la edad consuma
Del ambicioso don la inculta vida;
De empresa tanta es fuerza que presuma,
Y á tus piadosas manos ofrecida,
En ellas, la humildad que yo le enseño
Será soberbia justa de su dueño.

Por tí de entrambos mundos la corona
Vida recibe en siglos inmortales,
Que el número de cuatro perficiona
El ser de los compuestos naturales;
Y el cielo fiel, que tu grandeza abona,
Transfiere de los rayos celestiales
En tí la obligacion, lustre y decoro,
Y el cuarto asiento del planeta de oro.

Y pues del sol igualas el cuidado,
Y las violencias solas otomanas
Retienen de tu imperio venerado
De Cristo Dios las prendas soberanas;
Las aguas bebe del Jordan sagrado,
Y haré, invocando sus espumas canas,
Al son de mas gallardos instrumentos
Cantar las musas y parar los vientos.

Segura entonces Palestina hermosa
La fe de sus antiguos moradores
Producirá constante y religiosa,
Sin miedo de insolentes opresores;
La Iglesia universal, madre piadosa,
Volviendo su ganado á los pastores,
Sacará, renovando las tiaras,
En paz dichosa sus reliquias caras.

Aquí consagro el plectro á los blasones
De tu glorioso nombre eternamente,
Y las remotas bárbaras naciones,
Emulacion forzosa de tu gente;
Edades largas de opulentos dones
Vestirán, tributarios del Oriente,
Tus aras, sustentando en vivo ejemplo
La fe su amparo, y la piedad su templo.

Cantar del Quinto Alfonso en tanto quiero
El celo santo, el ánimo robusto,
Y si soberbio y grave al pueblo fiero
Acrecentó el romano el mes augusto;
Cuando el valor entonces lisonjero
Amó el agravio del poder injusto,
Yo haré crecer, si tu favor me inflama,
Años al tiempo y siglos á la fama.

Rompió sus grillos de cristal la nieve,
Doblando el curso de las aguas frias,
Y el sol torciendo su carrera breve,
Vistió las sombras y alargó los dias.
El viento apenas las coronas mueve
De las robustas ayas y sombrías,
Abril mostrando su ingeniosa mano
En el primer dibujo del verano.

Cuando resuelto en su dorada popa
Alfonso dió sus leños al amigo
Del argonauta, robador de Europa,
Y de su justo llanto fiel testigo;
Las fieras armas, la preciosa ropa,
Que del contrario son premio y castigo,
Recibe el mar y se apareja el viento,
Que dió á las velas su forzoso aliento.

La antigua Barcelona se miraba
Vestida de colores y plumajes,
Y el mar suspenso y mudo le robaba
Sus fuertes pechos y lucidos trajes;
Igual respeto su valor llamaba,
Haciendo á tantas lágrimas ultrajes
En la comun y triste despedida,
Primer ensayo de perder la vida.

La anciana madre al hijo representa
Su edad en los umbrales de la muerte,
Del frágil techo la vecina afrenta,
Que anuncia entre las lágrimas que vierte;
La viuda esposa lastimada cuenta
Pasados gustos que el dolor convierte
En siglos largos de inmortales daños,
Y en tristes horas sus alegres años.

Entre lucientes ondas la madeja,
Honesta envidia del metal de Arabia,
Al viento presta la sentida queja,
Y al suelo entrega la violenta rabia;
Su blando oficio cudicioso deja,
Y al dueño injusto, que el dolor agravia,
No lleva el viento, por coger el oro,
Las tristes nuevas del amargo lloro.

Ya de los pechos, sin piedad distintos,
Los hijos esperando el dulce fruto,
Pagaban con suspiros indistintos
A su desdicha natural tributo;
Y entretejiendo estrechos laberintos,
Con los autores sordos de su luto,
Lloran su mal forzoso, y las orejas
Ni ablandan voces ni lastiman quejas.

Sucesos lamentables de la guerra
Repite la elocuencia lastimada,
Y el fin dudoso que el amor destierra
Del caro albergue de su patria amada;
La que pasion de amor oculta encierra,
Al filo se condena de una espada,
Fingiendo en sus amores el sentido,
Sin fe al troyano, y sin ventura á Dido.

Apenas entre el humo y el estruendo
Oir pudieron la postrera seña,
Cuando las blancas alas descogiendo,
Camino el mar á su valor enseña;
Y la vagante selva dividiendo
Mudables campos, el favor la empeña
Del blando viento á penetrar las olas,
Lisonjas de las playas españolas.

La vista poco á poco se destierra
De los paternos montes desiguales;
Huye ligera la pesada tierra
A las veloces máquinas navales;
Amor comienza su importuna guerra,
Y el mar escucha sus llorados males,
Y si las ondas llevan sus enojos,
Ellos las llevan dentro de sus ojos.

Fenisa, en tanto que del viudo lecho
Perdió la fugitiva compañía,
Las manos tuerce, despedaza el pecho,
La luz maldice del cansado dia;
El rostro hermoso en lágrimas deshecho,
Con voz cansada, temerosa y fria,
El leño llama que á Gerardo esconde,
Y el mar con tristes ecos le responde.

Sobre una parda y erizada roca,
En quien del agua el ímpetu frecuente
En arco deja el límite que toca,
Y sobre el blando mar corvo y pendiente;
Con sus amargas lágrimas provoca
Las sordas aguas al dolor que siente,
Y al viento pide que en el mar acabe
El enemigo curso de la nave.

«Espera, ¿de quién huyes? le pregunta,
Injusta tabla, que mi vida llevas:
De fiera peña rigurosa punta
Tus bandas rompa con lloradas pruebas.»
La esposa triste de la armada junta,
Apenas pierde las dudosas nuevas,
Cuando con el vestido y con la mano
Volver la nave procuraba en vano.

«¿Dónde caminas, dice, qué procuras,
Fingido esposo, burlador amante?
Que si las ondas surcas mal seguras,
Yo el mar de tus mudanzas inconstante.
¿No ves que entrambas vidas aventuras?
Vuelve, y tendrás quietud dulce y constante,
El cuerpo paz, el desengaño calma,
Los ojos mares, y lucero el alma.

»¿A qué region desierta, inhabitable,
A qué lugar tan lóbrego y sombrío
Irá la infame vida miserable
Que no le ofenda el triste llanto mio?
El mar imitas, desleal, mudable:
¡Triste de mí, que cuanto mas porfio,
Dan á los remos fuerza tus cautelas,
Y viento mis suspiros á las velas!

»Castigue el cielo la ambicion primera
Por quien la vida al piélago se ofrece,
A merced de una tabla lisonjera,
Que á todos vientos tímida obedece;
Y quien primero á la inconstancia fiera
Su leño encomendó, que ocioso crece,
Dando del soplo alegre sacudido,
Al campo sombra, y á las aves nido.

»Mejor fueras, oh pino vagabundo,
Vestido de hojas en el monte altivo,
De el sol ardiente vencedor fecundo,
Que tronco estéril, piés de un fugitivo;
Si á los soberbios brazos del profundo
La vida entregas donde ausente vivo,
Bien es que muerta por tu reino siga
Al dueño injusto que á morir me obliga.»

Esto diciendo, despeñar intenta
Al mar suspenso el cuerpo fatigado:
Venció la injusta fuerza de su afrenta
Al femenil temor desacordado;
Cuando el confuso vulgo que lamenta
El fin de su tragedia desdichado,
La muerte impide y el furor amansa;
Fenisa solo con llorar descansa.

Las vagas ondas á compás azota
El ancho pino con igual concierto,
Siguiendo todos su fatal derrota
Por mar dudoso y por camino incierto;
Ni ver nacer las sombras alborota
Del lago el insolente desconcierto,
Ni ver que á su region desierta y fria
Bajar pretende á descansar el dia.

Iban las velas cóncavas hinchadas,
Siendo del sol los últimos espejos,
Del blanco soplo llenas y engañadas
Cambiantes con la luz de los reflejos;
Y las alegres ondas argeniadas
Tambien corrian, por llegar de léjos
A besar con quietud dulce y propicia
Los piés que dió á los hombres la cudicia.

Aun no mostraba la luciente luna
Ceñido el medio rostro de nublados,
Cuando sin descubrir lumbrera alguna
Bajaron brevemente desatados;
Creció de suerte el agua, y la importuna
Fuerza del mar y el viento conjurados,
Que algun asalto á competir con ellas
Temieron de sus montes las estrellas.

En sierras de agua repastaba el viento
El blanco ganadillo que detiene,
En tanto que con nuevo movimiento
Con ellas mismas despeñado viene;
Los ojos del luciente firmamento
La negra sombra tan obscuros tiene,
Que apenas, porque el mar turbado vea,
Alguna escasa lumbre centellea.

Tormenta nueva sin piedad respira
El Euro que las ondas azotaba,
Y el frágil bosque sin concierto gira,
Que ya su fin sin resistir lloraba;
Gime el piloto, el cómitre suspira,
Y el árbol mas robusto se quejaba,
Al soplo tan rendido y á las olas
Como en el campo espigas y amapolas.

El aire con relámpagos se enciende,
Con largos truenos resonaba el cielo,
La misma luz con el temor ofende,
Y el fuego engendra con los rayos hielo;
La escota caza, la relinga prende,
Quien no salió jamás del patrio suelo,
Y en el furor que á todos sobresalta,
Al mar vuelven el mar que los asalta.

Los últimos remedios no consiente
La ciega obscuridad triste y lluviosa,
Las voces roba el aire diligente,
Y aplica á su insolencia vitoriosa;
Mas no descansa el trabajar frecuente
De la oprimida gente temerosa
En naves y galeras destrozadas,
De indiestros Palinuros gobernadas.

El mar embiste la siniestra banda
Del leño invicto domador del mundo,
Y al cielo llaman, que con pasos anda
Tan lentos cuanto leves el profundo;
Allí sin órden la fortuna manda,
Y de su injuria el ímpetu segundo
Del fiel costado penetró el abrigo,
Y dió forzoso paso al enemigo.

Y el viento que le impele con bramidos,
Tras él de suerte sin piedad se arroja,
Que entena y árbol de su fin rendidos,
Gimiendo le mostraron su congoja;
Deshace los reparos prevenidos,
Y con furor indómito despoja
De su amistad antigua la madera,
Que ya divide y consumir espera.

Las aves de Alcïon su triste canto
En las desiertas playas comenzaban,
El mal cantando y el funesto llanto
Que en la pasada injuria se acordaban;
Los roncos argonautas entre tanto
Del cielo las deidades invocaban,
Y el viento con soberbio desatino
A la conforme voz cerró el camino.

Requieren por las ondas divididas
Los mudos peces la region obscura,
Y en sus moradas turbias conocidas
Ni encuentran peñas ni quietud segura;
Juzgando de sus glorias prometidas,
Suspenso el fin que conseguir procura,
El cielo Alfonso con piedad invoca
Del mar y viento en la contienda loca.

«Padre comun, que el mundo á tu gobierno
Con decreto inviolable sujetaste,
Y en tu divina idea y ser eterno,
Las dos constantes máquinas formaste;
Dividiste el verano del invierno,
Sol, dia, luna y noche fabricaste;
Con justa ley en sus enojos pones
Freno á los vientos, y la á mar prisiones;

»Si en el desierto mundo al patriarca,
Segundo poblador del solo imperio,
Libró tu diestra cuando hurtaba el arca
Al corvo pino el propio ministerio;
Si al medroso colegio que en la barca
Temió el suceso y ofendió el misterio
De aquella nave, á quien el mundo aflige,
Que vela Pedro, y por tu norte rige;

»Piadoso humilla del soberbio Egeo
La frente, que á los cielos se avecina;
Camine el sol, pues descubierta veo
La blanca estrella de su luz vecina;
Que si paró del vencedor hebreo
Al fuerte ruego por piedad divina,
Tu eterna y justa mano nos iguale,
Si aquí, Señor, para el vencido sale.

»Dos y tres veces venturosos fueron
Los que entre alarbes bravos y andaluces
Del Ebro al Bétis con valor tiñeron
Con nueva sangre las bermejas cruces.»
Dijo, y mirando al cielo descubrieron
Brillando alegres sus eternas luces,
Diciendo al mar el horizonte solo
Que ya queria despertar Apolo.

Con menos miedo la confusa arena
Las ondas insolentes recebia,
Y el mar cansado con quietud serena
En las desiertas playas se tendia;
Besando el agua la fatal cadena,
La gran conjuracion se dividia,
Con que llegar al sol quisieron antes
Sobre montes de sal vientos gigantes.

El campo Febo del Oriente deja,
Y en los frondosos valles y sombríos,
Tendiendo de pinceles la madeja,
Pintó las selvas y doró los rios;
Y alegre viste, cuando mas se aleja,
De la difunta sombra los vacíos,
Cuando les dió el sosiego vitorioso,
Al viento sueño, y á la mar reposo.

Con mas presteza la turbada gente,
Con nuevo aliento y ánimo gallardo
Acude á su ejercicio diligente,
Libre del miedo perezoso y tardo.
La tierra mira que oprimida siente
Iguales surcos del isleño sardo,
Y della entre las ondas atraviesa,
Por no avisar la sierra ginovesa.

Ni quiere de Toscana que en los puertos
Sus rotos leños repararse puedan,
Ni del romano Tibre los abiertos
Brazos seguro albergue le concedan;
Cortando blanca espuma en los desiertos
Campos del mar de Italia, hinchados vedan
Al viento el paso los deshechos linos,
Que en sal rompieron al valor caminos.

Y en breve tiempo el vulgo certifica
Que ve la gran Sicilia montüosa,
Patria de fuego y de cosechas rica,
Y en mil antigüedades fabulosa;
A su quietud sin detenerse aplica
Alfonso la derrota peligrosa,
Por ver seguro en su querida tierra
Las caras prendas de la antigua guerra.

La furia de Neptuno sosegada,
Y en paz segura la fatal rüina,
Por mar tratable procuró la armada
Tomar el ancho faro de Mecina;
Del viento favorable gobernada
A las amigas márgenes camina;
Corona luego su naval concierto
El hospedaje pródigo del puerto.

Llevó las mas el húmedo elemento
A tierra, sin gobierno en los forzados,
Las popas retiradas de su asiento
Y los robustos mástiles troncados,
Sin velas, que el usado movimiento
Prestasen á los remos destrozados;
Cuál sin temor, que á su remedio importe,
Ni busca el puerto ni conoce el norte.

Apenas sus orillas abrazaron,
Libres del mar, los pálidos devotos,
Cuando en concurso público ordenaron
El breve fin de los sagrados votos;
Y los que entre las ondas consagraron
Su vida á los sagrarios mas remotos,
Con mas aliento del naufragio tratan,
Y el justo voto sin temor dilatan.

Olvídase la ofrenda que se debe,
Imitacion del árbol del navío,
Y el bronce, que descubra en su relieve
Del mar airado el insolente brío;
Ya la culpable dilacion se atreve
Al sacro voto, religioso y pío,
Que se ofreció con miedo en la tormenta,
Y en tierra agora sin cumplir se cuenta.

Teniendo pues sus armas en sosiego,
Y en paz ociosa su guerrera gente,
Que alguna vez con atrevido ruego
Término pide al ocio negligente,
Su armada quiere que se apreste luego,
Alfonso, lastimado y diligente,
Y armas, aprestos, máquinas y asombros,
Del mar sintieron los cansados hombros.

La negra noche, desigual autora
De gustos, pesadumbres y reposo,
Recogió las tinieblas á deshora,
Que huyendo parten del planeta hermoso;
El dulce lecho despreció la aurora,
Cansada de los brazos de su esposo,
Y tienden por los aires á porfía,
El alba perlas, y su luz el dia.

Cuando en un campo alegre y dilatado,
A trechos de altos árboles ceñido,
A quien deciembre rígido y helado
Jamás le roba el natural vestido,
Estaba el fiero ejército formado,
Atento, valeroso y prevenido,
La seña procurando que ordenase
Que al mar soberbio sin tardar marchase.

En tanto el sol de la celeste esfera,
Con el acero rígido contiende,
Y dél su luminosa primavera
Dudosos rayos por el aire tiende;
La vista teme que su luz primera
Celeste llama consumir pretende,
Pues muestran con vistosa pesadumbre
Fuego en las armas, y en los aires lumbre.

Cambiante se estrechaba en los cristales
De la luciente espada fulminosa,
Turbando de las armas los iguales
Realces de la mano artificiosa;
Miraba, no en tributos naturales
Céres, de sus ofrendas cudiciosa,
En vez de las espigas coronadas,
De altivas astas mieses erizadas.

Caliente deja el perezoso lecho,
Prueba á los miembros el despojo usado
El celtíbero indómito, que el pecho
Tiene de antiguas glorias ocupado;
Muestra el osar vestido del provecho,
Seguro el fin y favorable el hado,
Mirando en desigual concierto juntas
El cielo escuadras de aceradas puntas.

A Pedro, invicto jóven, obedece
Con fe constante y ánimo robusto
La noble gente que Aragon ofrece
Al fiel efecto de su intento justo;
Tambien la que los muros ennoblece,
Que el nombre guardan del piadoso Augusto,
Siendo su adulacion grabada en bronces,
Honor agora, si lisonja entonces.

Sin ella sus pendones y banderas
Inculta sigue la feroz montaña,
Que las francesas armas extranjeras
Doma en el márgen último de España;
Donde las atrevidas llamas fieras
Con ciega furia, con violenta saña
El cuerpo de Pirene consumieron,
Y al duro monte su renombre dieron.

Eran diez mil, y con Urgel gallardos
Cuatro mil catalanes se descubren,
De cuyas manos arrojados dardos
La luz forzosa sin piedad encubren;
En yeguas moras y en caballos sardos
Mil hombres de armas los costados cubren
Del escuadron, que el sol amenazaba
Con los temidos hijos de su aljaba.

Pasaban los navarros belicosos,
Siguiendo en Juan la luz de su fortuna,
En su nativo esfuerzo vitoriosos
De cuanto gira el curso de la luna;
Eran tres mil los pechos animosos,
Que en la primera cama de la cuna
Inclina por estrella ó por oficio,
Sangriento Marte, al trágico ejercicio.

A Enrique de los muros de Valencia
Siguen seis mil en la dudosa suerte,
Cuyo valor armado de experiencia,
Ni amó la vida, ni temió la muerte;
Compuestos en gloriosa competencia,
Con brio juvenil, robusto y fuerte,
Sus nobles generosos caballeros
Vuelven al sol su luz en los aceros.

Así pasó su muestra diligente,
En iguales hileras dividido,
Aquel concorde ejército impaciente,
Del inconstante reino detenido;
A Hesperia ofrece la indomada gente
Mas sangre del tirano aborecido,
Que Roma vió con pérdida de Italia
En los funestos campos de Farsalia.

La ambicion animosa de la guerra
Ordena y justifica la partida;
Dejan los mas la favorable tierra,
Y al mar entregan la cansada vida;
Recela la experiencia que se yerra,
Si en la gloriosa empresa inadvertida
Muestra al suceso la fortuna avara
Segunda vez la vengativa cara.

Juntando pues los viejos consejeros
De acciones atrevidas resistencia,
Pues nacen los consejos verdaderos
De quien enseña el tiempo y la experiencia,
Sentándose por órden los primeros,
Dando á la voz la suspension licencia,
Alfonso dijo con templanza mucha
Al viento y al consejo que le escucha:

«En larga guerra con prolijos males,
Mis compañeros fuísteis y mi ayuda,
En fe de una adopcion, como leales,
Que dió una reina, que cumplirla duda;
Llamóme, despidióme en sus umbrales
Con trato vil, que su palabra muda
Un senescal, que á mi pesar pregona
Por sucesor Anjous de su corona.

»Segunda vez con ánimo sencillo
Su rey me llama el pueblo conjurado,
Cuando rendí con vengador cuchillo
Al Sardo, justamente castigado;
Negué me á sus fieles por caudillo,
Temí el engaño de su error pasado,
Mas ya su atrevimiento y mi fatiga
Me ordenan que esta empresa se prosiga.»

Dijo, y al punto aspiran, satisfechos
Todos á la victoria que prometen
Su honor, su capitan, sus nobles pechos,
Que el tiempo y Marte es justo que respeten;
Dejar quisieron los amigos techos,
Por no esperar que algunos interpreten
Lo que es acierto con el nombre vario
Que da al valor el miedo de ordinario.

Mas Nava, fuerte y venerable viejo,
El mas prudente en experiencia larga,
De cuantos llevan con igual consejo
Del fiel consejo la pesada carga,
Siendo forzoso y respetado espejo,
A quien la edad el desengaño encarga,
Les dice á los que aceros y astas vibran
Y el fiel consejo en los aceros libran:

»¿Qué destino fatal la rienda suelta
Arrastra vuestra furia acelerada,
Sin advertir del tiempo la revuelta,
Amada tantas veces y llorada?
Dicha es de muchos la ordinaria vuelta,
Que tiene su inconstancia deseada,
Que á no tenerla, con razon seria
El bien de los dichosos tirania.

»Reiner, duque de Anjous, tiene ocupados
Del reino los presidios de importancia,
Con muros y defensas tan guardados,
Que sobra el juvenil furor de Francia;
No pueden ser por sitios conquistados,
Ni con marcial fatiga su ganancia,
Y cuanto nuestras armas pretendieren,
Con no tomarlas gozarán si quieren.

»Tentar el hado es bárbara locura
Con breves fuerzas, en ajena tierra;
Y el vencedor ejército, si dura,
Con la victoria misma se destierra;
Y si el valor y resistencia dura
Deja neutral la peligrosa guerra,
Guardado de sus techos sin castigo,
Con no perderlos, queda el enemigo.

»Pues si de Quinto Fabio en la tardanza
Forzoso ejemplo afecta la osadía,
Y con remisas armas la venganza
Tomais con dilacion de su porfía,
Él vió que el africano su esperanza
A los paternos campos oponia,
Donde sin dueños guardan obligados
El logro de sus mieses los arados.

»Por rey su errado vulgo le recibe,
Sus nobles pierden las amigas vidas;
Reiner á su defensa se apercibe
Y ellos á ser por él de sí homicidas.
Francia en sus pechos generosa vive,
Las armas celtíberas abatidas,
Y el pueblo con cabezas principales
Es tan osado como son leales.

»El griego acero, con razon temido,
Perdió su fuerza en límites extraños;
Que contra el flaco imperio dividido,
El tiempo junta peligrosos daños.
Testigo es Roma, con piedad creido,
Y sus deshechos muros desengaños,
Que la corona, á su ambicion sujeta,
El mundo ciñe, pero no le aprieta.

»Ocultos son del cielo los secretos,
Con que á otros tiempos reservados deja
La divina justicia sus efetos,
Que agora á nuestras lágrimas aleja.
Quedarse los sucesos imperfetos
No es materia de agravio ni de queja,
Si el que aparente á nuestros ojos hace.
Con el fin prometido satisface.»

Apenas acabó su consejero
De proponer el caso peligroso,
Cuando enojado Alfonso, fué el primero
Que replicó con ánimo orgulloso:
«¿No sabes que el consejo verdadero
Será seguir el hado religioso,
Pues á pesar del tiempo y de la muerte,
Es su poder inevitable y fuerte?

»Si á Nápoles el cielo me destina
Por justa ley de su decreto eterno,
Y el duro cuello su poder inclina
Con larga servidumbre á mi gobierno,
Presto verán con trágica ruina
Sus campos en los brazos del invierno,
En vez de iguales surcos, cultivallos
Violentas invasiones de caballos.

»Roma se descuidó, y el mar Tirreno
Tantos piratas libres ocuparon,
Que el sacro Tibre, de violencia ajeno,
Con remos insolentes azotaron;
Y al fin del mar el inconstante seno
Sus leños vencedores navegaron,
Formando el gran Pompeyo en sus arenas
Selva extranjera de árboles y entenas.

»Entre Aragon y Francia, tan pequeña
Raya los montes ásperos divide,
Que un breve arroyo, parto de una peña,
De entrambos reinos la violencia impide;
Allí la antigua enemistad enseña
Qué debo hacer en lo que Italia pide,
Cuando este brazo su inquietud detiene
En la cabeza helada de Pirene.

»Si agora le consiento al enemigo
Vibrar el asta en posesion ajena,
Mañana osado intentará conmigo
Romper de España la neutral cadena.
De empresas atrevidas el castigo
Corrige el hierro y el furor enfrena;
Y en sangre envueltos guardarán, si puedo,
Armas á Hesperia, y á Pirene miedo.»

Con públicos aplausos satisfecho
Quedó el glorioso acuerdo que esperaban,
Y amando todos el comun provecho,
Con muestras animosas le ayudaban.
En el turbado viento, á su despecho,
Armas, estruendo y voces resonaban,
Y el eco por el seno de los valles
Volvió las nuevas que escuchó á las calles.

Ya moderaba la perpetua lumbre
Del largo dia las prolijas horas,
Y el año con pacífica costumbre
Lograba sus espigas vencedoras;
De blancas mieses la nevada cumbre
Crecia entre las hoces labradoras,
Cuando sus velas, admirado el dia,
Entre salados montes descubria.

No dejó tan contento el hospedaje
El huésped fugitivo de Cartago,
Y á la homicida reina en el ultraje
Que el casto lecho recibió por pago,
Como emprendió de nuevo su viaje,
Cortando el fiero y proceloso lago,
El hijo de Fernando, en cuya diestra
El cielo ofrece generosa muestra.

Al mar que la Calabria ciñe y baña,
Los remos mueven presurosa guerra
En casi el mismo estrecho que de España
Furioso aparta la africana tierra;
Y el viento que las ondas acompaña
Con blando soplo, su temor destierra,
Y alegres de Gaeta divisaron
El puerto, que seguros ocuparon.

Las armas desembarcan y soldados
Con presta furia y militar concierto;
Tiemblan los fuertes muros levantados
Y el ancho mar en recogido puerto;
Y para resistir de los cercados
El presto daño y natural acierto,
Los hierros ejercitan, que en la guerra
Descubren las entrañas de la tierra.

Cupo al navarro la encumbrada parte
Que el Norte ciñe y riguroso mira,
Y en ella diestramente se reparte
La gente, que al asalto breve aspira;
Ya con furor violento, ya con arte
Quiere acercar la que jamás retira
De las espesas nubes, que deshechas
Parieron rayos en volantes flechas.

Enrique y Pedro intrépidos cercaron
El sitio que bañaba el Mediodía,
Y en mengua de sus armas comenzaron
Con excesivas muestras de osadía;
Trincheas y defensas levantaron
Con tal destreza y bélica porfía,
Que recelar su perdicion pudiera
El alto muro con la luz primera.

Su blanco rostro la inconstante diosa
En las cambiantes aguas retrataba,
Y el mar dormido con quietud ociosa
En brazos del silencio reposaba;
Y en medio de la sombra temerosa
La hurtada luz los montes coronaba,
Mirando con los ojos celestiales
De amantes ciegos adorados males.

Medroso olvida el tímido ganado
Del verde prado la risueña fuente,
Y del arroyo manso despeñado
Murmura miedo la veloz corriente.
El sueño rinde al rústico cansado,
Y blando llama la soberbia gente,
A quien los ricos lechos se aperciben
Y entre algodones cándidos reciben.

Cuando las centinelas, que velando
Por una y otra parte se tenian
Las soñolentas horas paseando,
Dañosas asechanzas prevenian;
Las unas ver los muros procurando,
Las otras sus defensas oponian,
Y á veces las perdidas se encontraban
Cuando mas de las sombras se fiaban.

Allí el silencio, la ocasion y el arte,
Forzosos consejeros de la guerra,
La furia templan del airado Marte,
Que todo estruendo militar destierra.
Si el muro rondas sin dormir reparte,
Alfonso rompe su vecina tierra,
A todos ocultando sola y muda
La obscura noche con igual ayuda.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Prosigue Alfonso el sitio de Gaeta,
Y Laura, de Gerardo enamorada,
Con el combate y la ocasion secreta
Descubre mal herida en la estacada.
Llega al cumano templo, y su perfeta
Fábrica mira Enrique, y la morada
De la Sibila; Alcimedonta en pago
Le muestra en sueños el averno lago.

Apenas los umbrales de la puerta
Pisó de Oriente la lumbrera de oro,
Y al blanco dia sin parar despierta
De fuentes y aves el alegre coro,
Cuando el piadoso Alfonso, que concierta
Amor y miedo con igual decoro,
A la cercada gente con el dia
Un fiel heraldo diligente envia.

Haciendo pues la seña acostumbrada,
Ligero toca el prevenido muro
Por darle su pacífica embajada,
Fiado solo al natural seguro;
Y con voz atrevida y sosegada,
Nacida en pecho juvenil y duro,
Así les dijo al tiempo que de aceros
Los muros coronaban sus guerreros:

«Alfonso, que posee por herencia
De Aragon y Sobrarve la corona,
Si dais á sus mandatos obediencia,
Vuestro perdon y su amistad pregona;
Si de Reiner amastes la violencia,
Perdona el yerro, y el amor abona
Por cuyo medio solo sustentastes
Sus armas atrevidas, que ayudastes.

»Por ley forzosa de adopcion llamado
Está de vuestro imperio dividido,
Que ya de injustos dueños ocupado,
Rebelde al propio sin temor ha sido;
Si no aprovecha haberos perdonado,
Para el castigo viene prevenido;
Que donde pierden su razon los reyes,
Las armas entran á vengar las leyes.

»Naves del mar y gente de la tierra
Publican destas piedras el estrecho;
Dejad las fieras máquinas de guerra
Que el bien se ofrece en su piadoso pecho.
De la querida patria le destierra
La paz de todos y el comun provecho;
Abrid las puertas, derribad los muros,
Que sin defensa viviréis seguros.»

Calló la gente indómita, que estaba
En torres, baluartes y traveses,
Que el arrogante Zoppo gobernaba
Con premio de sus fuertes milaneses;
Y Espínola tambien, que militaba,
Guardando fe inviolable á los franceses,
Cuando por todos Zoppo fué el primero
Que respondió, diciendo al mensajero:

«Decir al Godo sin tardanza puedes
Que si él esta ciudad nos entregara
Y Anjous en sus domésticas paredes
Las vencedoras armas levantara,
Que al bárbaro castigo de Diomedes
Con manos vengativas igualara,
Tiñendo en sangre aleve aquestas piedras
Que agora lamen ambiciosas hiedras.

»Y siendo así, piadoso solicita
De tantos pechos la comun afrenta,
Y á sus gloriosos simulacros quita
La honrosa fama del olvido exenta;
A injusta mengua su piedad incita,
Y de la guerra rígida que intenta,
Buscarse debe en el suceso vario
La muerte, y no la infamia del contrario.

»A los antiguos muros de Gaeta,
No de sus fuertes máquinas defiende
De piedras duras amistad secreta,
Que sus robustos ánimos ofende,
Sino lealtad severa, que interpreta
Tan contra sí sus leyes, que pretende
Librar, eternizando nuestros pechos,
De injustos dueños sus paternos techos.

»Ni el cerco es grande, que tan solo tiene
Cercadas estas piedras mal compuestas,
Pues la osadía justa no detiene
De tantas vidas á morir dispuestas;
Tal cerco á tal valor solo conviene,
Porque si están sus armas tan opuestas,
No importa, que si está la fe cercada,
Cuantos mas enemigos mas guardada.

»Al gran Alfonso holgara de rendirme,
Por ser temido príncipe piadoso,
Y por querer benigno recebirme
Y reducir mi gente á mas reposo.
En pago desto quiero atribuirme
Dejarle á las edades mas famoso,
Siendo mayor victoria conquistarme
Que la que puedo dar con entregarme.

»Al fin decirle puedes que la fuerza
Suele valer á falta de concierto,
Y pues por armas su partido esfuerza,
Que libre está el asalto y descubierto;
Y cuando el pecho con promesas tuerza
La fe rendida y el esfuerzo muerto,
De mí será forzoso que se guarde,
Pues siendo su contrario fuí cobarde.»

Con tal respuesta, injusta y no esperada,
El campo mide el jóven mensajero,
Y luego que de Alfonso fué escuchada,
Sus armas piden el asalto fiero;
Y con soberbia furia apresurada
De los ferrados cuernos del carnero
Bajaron, como vieron los troyanos,
Sus altas piedras á besar los llanos.

El duro bronce en tímidas vislumbres
Robaba la corona de los muros,
Que no se ven de las confusas lumbres
En sus antiguas márgenes seguros.
Su niebla vuelve en las alegres cumbres
Los verdes lejos pálidos y osbcuros;
Vistióse de humo la vecina selva,
Sin que á ser verde con el aire vuelva.

Mirando Alfonso el riesgo conocido,
Licencia dió á la furia, y al momento
La gente, con el miedo despedido,
Embiste con furioso movimiento.
El polvo incierto al aire detenido,
Tiranamente le ocupó el asiento,
Y cuando su furor la injuria oprime,
Las piedras temen, y la tierra gime.

De Pedro admiran ánimo y presteza,
Y la espantosa peña dividida,
Testigo fiel que ofrece su tristeza
Al muerto dueño de la misma vida,
Dejando la cerviz de su aspereza,
En tres distintos montes repartida,
Y en piadosas ruinas desatada,
Fué del Calvario imitacion sagrada.

Cuál del que va adelante quiere asirse,
Cuál asido del otro se desata,
Cuál tienta el escalon sin desasirse,
Cuál sin pensar se atreve y se recata;
Cuál vuelve á porfiar por no rendirse,
Cuál su valor le anima y le maltrata,
Cuál arrastró su amigo compañero,
Cuál no subió que arremetió primero.

Y la cercada gente que á porfía
La indómita contienda sustentaba,
Ya en el furor sin límite crecía,
Ya las dudosas armas retiraba;
El desigual suceso detenia,
Osaba el miedo y el valor dudaba,
Que en la confusa noche de la guerra
Su mismo oficio el animoso yerra.

¡Qué heridas fieras, crudas estocadas
Y golpes que mataron por inciertos!
¡Cuántas cabezas rotas desarmadas
Y pechos entre mallas descubiertos;
Cuerpos sin piernas, piernas destroncadas,
Brazos sin manos, palpitantes muertos,
En quien la furia del violento tiro
Dejó en el cuerpo el último suspiro!

Haciendo al hierro generosa injuria,
Enrique sus ofensas atropella,
Y excede la violencia de su furia
Del vengativo rayo la centella.
Tambien la gente que el humilde Turia
Los muros besa de su patria bella
Sus atrevidos pasos acompaña,
Y entrambos juntos el valor de España.

Cual suele de Nemeya en los collados
La generosa bestia fatigada
Buscar los montes lóbregos cerrados,
Con fiera y animosa retirada,
Así viendo cerrar por todos lados
De espesas armas nube acelerada,
Los muros deja el celtíbero infante
Con tardos pasos y feroz semblante.

El viejo consejero, que apresura
El flaco asalto en tanta resistencia,
Esfuerzo nuevo respirar procura
En su atrevida, inútil diligencia;
Cansado entre las armas se aventura,
Dando á la edad el ímpetu licencia,
Mas no animó su gente, aunque renueve
El verde brío entre la blanca nieve.

Mirando Alfonso el desigual provecho
Y el osado vigor de sus contrarios,
Y cómo entre su mengua y su despecho
Fabrica el tiempo los sucesos varios,
Ardiendo en furia juvenil el pecho,
De adversa suerte efetos ordinarios,
Temiendo que su triunfo se dilate,
Retira las reliquias del combate.

Mostróse entre esta gente una guerrera
Bellísima, y tan dura y belicosa,
Que aunque matar con la beldad pudiera,
Su acero tiene á la hermosura ociosa;
Vibrando el asta su inclemencia fiera,
En esta batería peligrosa,
Vió de Gerardo la fatal espada,
Y hallóse por envidia enamorada.

Creció de suerte el amoroso fuego
Por el secreto albergue de las venas,
Que en él turbó su general sosiego,
Fiándole al error de sus cadenas;
Ya poco á poco con piadoso ruego,
Ya con palabras de piedad ajenas
Llama y desecha al jóven animoso,
Que roba sin oirla su reposo.

Ya finge hablarle, ya la voz retira,
Ya puede hablar, ya enfrena su locura,
Ya pierde el tino, ya su ser la admira,
Ya vive ardiendo, ya olvidar procura;
Ya todo es muerte, ya á vivir aspira,
Ya llora el mal, ya rie su ventura,
Ya cobra aliento, y cuando el bien aguarda,
Lo mismo que le anima le acobarda.

En tal estado pues se representa
El venturoso ausente inadvertido,
La ciega llama, la razon violenta,
La fe dudosa y el amor perdido.
Tomando al alma rigurosa cuenta,
Laura se esfuerza, anímase el sentido,
Porque consiste á fuerza de razones
El seso y la locura en opiniones.

Salir al nuevo dia determina,
¡Oh ciego amor, oh peligrosa hazaña!
A probar del autor de su rüina
Juntas la fuerza y la piedad de España;
Y el blando error que de su pecho inclina
A injustas armas la piadosa saña,
La lleva entre sus máquinas sin arte
Con dulces pasos al rigor de Marte.

Volvíase la noche tenebrosa
A sus funestos montes enlutados,
Abriendo por la puerta perezosa
Confusa entrada al sol y á los cuidados;
Y Laura enamorada, licenciosa,
Los trasparentes rayos y dorados
Suspensa aguarda, que salió por vella,
Porque es del alba su amorosa estrella.

Apenas se mostró, cuando salieron
De las robustas puertas destrozadas
Aventureros fuertes, que midieron
Con los antiguos filos sus espadas;
De acero impenetrable se cubrieron,
De escudos, de lorigas y celadas,
Y Laura entre sus armas parecia
Al planeta veloz, padre del dia.

Viendo el airado Alfonso que intentaban
Trabar contienda nueva en las primeras
Trincheas, que su puesto sustentaban
Al duro impulso de las huestes fieras,
Dió la temida seña á las que estaban
En la siniestra parte aventureras,
De suerte, que tiñeron los primeros
De las ferradas mieses los aceros.

En tal estrecho ardia la contienda,
Que el mas cobarde por vencer trabaja;
No se ejecuta golpe que no atienda
Quien le recibe á darle con ventaja;
Cual negra nube á la anüal ofrenda
En agua espesa desatada baja,
Asi salian arrojados dardos
De fuertes diestras y de brazos tardos.

Cuando la hermosa Laura, que procura
Ver repetir la furia á su enemigo,
Sepulta cuerpos en la noche obscura,
De intentos locos natural castigo;
Mas del invicto jóven la ventura,
De Laura el yerro y el suceso amigo,
De suerte los juntó, que el celtibero
Apenas pudo acometer primero.

Cual buen halcon, que si gallardo mira
Surcar el aire robador milano,
El aire mismo presuroso gira,
Que ayuda al triste fugitivo en vano;
Así á Gerardo, que á vencer aspira,
Probando Hesperia la intratable mano,
Al noble triunfo generoso parte
El fuerte rayo del sangriento Marte.

Halláronse tan cerca, que arremeten,
Perdido el miedo del comun sosiego;
Las armas con relámpagos prometen
Centellas nuevas al celeste fuego;
Los caballos ardientes acometen
Con tal furor, con tal desasosiego,
Que apenas de sus puestos arrancaron,
Cuando frentes y dueños se juntaron.

Atruena de las armas el rüido
Con impetuoso y duro movimiento,
Cual suele entre peñascos el bramido
Del impaciente estrépito del viento,
Que en las constantes peñas resistido,
Robando el polvo del terreno asiento,
Traslada ciego con violencia presta
Los árboles del monte á la floresta.

Así, batiendo á la turbada tierra
Con ímpetu y furor acelerado,
Suenan los golpes, trábase la guerra,
Tentándose por uno y otro lado;
El suelo gime, y en su seno encierra
Confusos ecos del furor airado,
Dando el acero en luces y arreboles
Al cielo rayos y á la tierra soles.

A Laura dió tal golpe su guerrero,
Que á sus vislumbres tímidas salia
Entre las negras alas el lucero,
Forzosa sombra del cansado dia;
Inútil fué del riguroso acero
La dura resistencia que tenia,
Habiendo herido con violenta palma
La espada el cuerpo y el amor el alma.

Sobre la blanda arena dibujado,
Sin fuerza el cuerpo y el color difunto,
Se muestra aquel bellísimo traslado
De cuanto el cielo fabricó por junto;
Deja el veloz caballo fatigado,
Y dél se arroja el vencedor al punto,
Cuando el despojo mísero vencido
Le dice en los umbrales del sentido:

«Si basta una mujer de amor vencida,
Famoso capitan, para moverte,
Que muerta pide la cansada vida,
Que, siendo tuya le robó la muerte;
Deten la fiera espada inadvertida,
Pues cuando mas la animas á que acierte,
Con sangre propia tu rigor escribes,
Si el pecho rompes donde agora vives.

»Rendida temo, y si á rogar aspiro,
La ley de ser vencida no permite
Que envueltos en el último suspiro
Piedad y amor á un tiempo solicite;
Si entre mis tristes lágrimas espiro,
¿Será razon que su remedio quite
A un daño tan humilde, que pretende
Saber que su fineza no te ofende?

»Yo cumplo con morir, tú con matarme;
Mira el furor con que mi vida tratas,
Y si ofendido quieres acabarme,
Por ley injusta sin razon me matas;
Y puede en mis desdichas animarme
La fugitiva muerte que dilatas.
Desate el hierro tan estrecho ñudo,
Mas ¿quién podrá lo que el amor no pudo?

»Aunque tu brazo en abundante vena
Mi sangre tan sin límite derrama,
La mengua vil de la desdicha ajena
Poco ennoblece tu gloriosa fama;
La airada mano vencedora enfrena,
Perdona, y quiere al que te ofende y ama,
Porque en el perdonar está la gloria,
Y es la piedad honor de la vitoria.

»Campos de Hesperia, que os mirais bañados
De roja sangre y frágiles despojos,
Daldes sepulcro agreste, lastimados
Del lamentable fin de mis enojos;
No rieguen blancos mármoles helados
Ofrendas tristes de piadosos ojos,
Ni en ellos por memoria se levante
Forzosa admiracion del caminante.»

No dijo mas; y con amargo llanto
Interrumpió el silencio mas piadoso
Que á humano pecho con debido espanto
Pidió jamás suceso lastimoso;
Y el fuerte godo, que calló entre tanto,
Viendo teñido en sangre el rostro hermoso,
Imitacion del cielo, así restaura
La vida á un tiempo y el amor de Laura.

«Atónito, confuso, inadvertido
Callo y escucho, en tanto que me atrevo
A dar debidas fuerzas al sentido,
Que en vano agora lastimado pruebo;
Mas al fin digo con razon rendido
Que te ofrece y entrega un amor nuevo,
Una amistad eterna, que recibe
El sér del alma, donde alegre vive.

»¿Qué monte entre peñascos eminente
Tu llanto no midiera con el suelo?
Qué pecho helado del Idaspe ardiente
No derritiera su inclemente hielo?
Tuyo seré, guerrera, si consiente
Por ley piadosa y favorable el cielo
Que desta fe amorosa no divida
El lazo el tiempo y el dolor la vida.»

Esto diciendo, el cuerpo levantaba
Herido y satisfecho, y al momento
Al cansado caballo le fiaba
Para llevarle al conocido asiento;
Mas ella, que su dicha recelaba
En las turbadas manos del contento,
Dudosa está, que en voluntad ajena,
Cual sombra al sol, el bien sigue la pena.

Tocar las vagas ondas procuraba
Con luz escasa el trabajado dia,
Y de los altos montes se arrojaba
La obscura sombra de la noche fria;
La blanca luna apenas coronaba
De incultas peñas la cerviz sombría,
Cuando con fuga vil sus muros buscan
Los que la noche y el temor ofuscan.

Las duras puertas con soberbia altivas,
Que á Alfonso vieron desarmado y roto,
Reciben las reliquias fugitivas
Con popular y bárbaro alboroto;
Siguen las fuertes diestras vengativas,
Hasta que al rico antípoda remoto,
Con nueva lumbre de sus rayos bellos
Sacó del mar Apolo sus cabellos.

Las mismas armas que la luz primera
Vió compitiendo con su hermosa cara,
El tiempo con su alegre primavera,
La esfera ardiente con su lumbre rara,
Cubre la noche con su sombra fiera,
Y el mismo tiempo y la fortuna avara
Arrastran con infame pesadumbre
Luz, hermosura, primavera y lumbre.

Cuando el forzoso sueño los sentidos
A sus secretas fábricas retira,
Y en las pintadas tiendas recogidos
El fuerte Enrique sus guerreros mira,
De los gloriosos triunfos prometidos,
Viendo suspenso el fin, gime y suspira,
Y al cansado caballo dió la rienda,
Que vió el principio y fin de la contienda,

Por una selva solitaria, obscura,
Por un lugar desierto, inhabitable,
Donde la muda soledad figura
Confuso miedo al corazon mudable;
No viste el sol su campo de verdura,
Y el murmurar sonoro y agradable
Olvida el viento, y con furor inclina
El duro fresno y la robusta encina.

A un bosque luego que miró vecino,
Tan fresco, que jamás sus hojas pierde,
Llevó el caballo á Enrique sin camino,
Antes que el indo torpe al sol recuerde;
Risueño un manso arroyo cristalino
Su plata esparce entre la yerba verde,
Y con rumor alegre se presenta,
Rota en las piedras su carrera lenta.

El sitio umbroso sus corrientes bañan
Con el torcido desigual discurso,
Los árboles cerrados acompañan
Escondido del sol su eterno curso;
Las varias flores su poder engañan,
Prodigio el suelo en natural concurso,
Porque el sol, de no verle lastimado,
Persigue mas que influye al verde prado.

Si á las aves su lumbre se dilata,
Cantando llaman la dormida aurora,
Que viendo el agua de cristal y plata,
De envidia perlas en los campos llora;
En sus dorados lienzos se retrata
Al año desigual la hermosa Flora,
Sin tristes léjos del invierno cano
Por las floridas manos del verano:

La rosa colorada y vergonzosa
En su nativo espino defendida,
La pálida mosqueta temerosa
De verse en mano rústica oprimida,
El lirio azul y la azucena hermosa
De su amarilla espiga dividida,
El jazmin, que agradece con su aliento
La blanda adulacion del manso viento.

Rendido el celtíbero al ejercicio,
La rienda presta á la derecha mano,
Y usando las espuelas de su oficio,
Pica al caballo fatigado en vano;
Y en breve espacio, á su quietud propicio,
El templo descubrió en el verde llano,
Que Dédalo fundó para memoria
De su atrevida y venturosa historia.

Fué consagrado al cazador de Delo,
En las hespérias márgenes de Cúmas,
Cuando de Arcturo el intratable hielo
Pasó fiado en sus ligeras plumas;
Y del Tirreno, en el errado vuelo,
Dieron sepulcro al hijo las espumas,
Cuando fué su osadía la primera
Que vió el oculto seno de la esfera.

El sucesor glorioso de Fernando,
Viendo tan cerca el fin de su jornada,
Deja el caballo suelto, procurando
Pisar la antigua cueva retirada,
Donde con sus oráculos tratando,
A dudosas respuestas consagrada,
Residió la Sibila, en quien emplea
Su antigua patria el nombre de Cumea.

Y agora en ella Alcimedonta vive,
De cuyo imperio el erizado averno
Mágicas leyes con temor recibe,
Y enfrena la soberbia del infierno;
Tal vez, cuando venganzas apercibe,
Desata su poder del llanto eterno
Las negras puertas, y el Cocito mismo
Sus furias suelta del confuso abismo.

Del vario tiempo la aversion conforma,
Turba los aires libres y serenos,
Y en ellos nubes aparentes forma,
Que al miedo paren espantosos truenos;
Los montes y los árboles trasforma,
Y uniendo al fin sus ojos y venenos
Al hombre en su constante señorío,
Si no le fuerza, engaña el albedrío.

En pocos años y hermosura tanta,
No vió poder tan absoluto el cielo:
Si admira el rostro, la impiedad encanta;
Por bella y maga la obedece el suelo;
Y aunque tierna dejó la amada planta
Su madre Alcina, con infame celo,
Quiso que fuese á la beldad contrario
Su mágico poder hereditario.

Por ver el templo, injuria de los años,
Que sus violentas manos acobarda,
No siendo las rüinas desengaños,
Que en polvo envueltas la experiencia aguarda,
Y ver quién hace fabulosos daños,
¡Cuántos la edad en sus archivos guarda,
De aquellas cuyo horrendo ministerio
Hizo temblar el tenebroso imperio!

Cien brazas la gloriosa pesadumbre
De la cornija ocupa hasta la tierra,
Medida por geométrica costumbre;
Con ciento en cuadro igual la frente cierra,
Con esta proporcion hasta su cumbre,
Ni el arte falta, ni el ingenio yerra;
Y el sol, por ilustrar sus chapiteles,
Los rayos de oro convirtió en pinceles.

Son diez las frentes; sus espacios cubren
De serpentin y mármol fabricados
Cartones varios, que á la vista encubren
El ser de opuestas piedras matizados;
Entre ellos las ventanas se descubren,
En cuyos cercos con buril formados
De cuanto en breve espacio se dilata,
Los marcos eran de luciente plata.

Alcídes y Anteon eran la puerta
Del templo solo y límites ocultos,
Y así quedó la de marfil abierta,
Al vivo ser de los tallados bultos;
Con la moldura el arco se concierta
Entre alabastros cándidos y ocultos,
Siendo donde comienzan los umbrales,
De piedra la escalera, desiguales.

El átrio daba con vistosa muestra
En mosáico labor confusa duda,
Uniendo al viso la ingeniosa diestra
La bien formada con la parte ruda;
Mostrábase otra, puesta á la siniestra
Parte, que su labor divide y muda,
En la que da principio al viejo templo,
De osados hechos generoso ejemplo.

La nave cien colunas sostenian
De azul zafir y de cristal luciente,
Las basas y remates guarnecian
Las pródigas entrañas del Oriente;
Las cándidas paredes componian
Felices partos de pincel valiente,
Cuya destreza en el escorzo y sombra,
La vista admira y el ingenio asombra.

Suspenso estaba el celtíbero Marte,
Viendo paredes, techos y colunas,
Cuya excelencia, término del arte,
Descubren sus labores importunas;
Luego siguiendo, vió por una parte
La fe tirana de inconstantes lunas,
Domando el mar con providencia cauta
En su primera nave el argonauta.

Luego la reina, autora de su daño,
Y el adúltero toro desconforme,
El mezclado linaje por engaño
Y el espantoso sucesor biforme
El ciego error, el laberinto extraño,
A su ingeniosa fábrica conforme,
Y Dédalo en el cóncavo luciente,
Admiracion y engaño de la gente.

Tras esta Apolo vencedor se ofrece,
Vibrando el arco que el furor aprieta,
Y de la cuerda despedida crece
Con nueva fuerza la mortal saeta;
Y cuando el fiero monstruo se embravece,
Ministra á su rigor furia secreta;
El uno hiere, el otro se fatiga;
Fiton se atreve, Apolo le castiga.

A un monte se igualaban sus espaldas,
Y cada diente á una coluna gruesa;
Tres cuernos le servian de guirnaldas,
De negro y verde era su piel espesa;
El ancho pecho y desiguales faldas
El fuego de los ojos atraviesa,
Y á la escama mudó del monstruo fiero,
De su aljaba las flechas y el acero.

Siguiendo luego el mismo Apolo, mira
La hermosa Dafne enamorado y ciego,
Tan cerca ya, que en el cabello espira
Su aliento el pecho, y el amor su fuego;
Los brazos tiende al cuello, que retira
Honesta fuga al encendido ruego,
Y Dafne, fugitiva á sus amores,
Ligera pisa sin doblar las flores.

En otra parte, entre sus verdes cañas,
Vestido de ovas, desgreñado y feo,
Coronada la frente de espadañas,
Airado asoma el húmedo Peneo;
Enfrena su corriente en las montañas,
Sin dar tributo al robador Egeo,
Y vueltos mira de sus miembros bellos,
El cuerpo en tronco, en ramas los cabellos.

En frente mira el mar y el duro caso
A que su admiracion espacio debe,
Cuando del rojo Oriente al negro Ocaso,
A dilatar sus límites se atreve,
Siendo en las altas cumbres del Parnaso
Pirra y Deucalïon, familia breve,
Del Tajo al Pó, del Gánges al Danubio,
Las últimas reliquias del diluvio.

La antigua enemistad, nuevos abrazos
Procura al sér, que su hacedor conforma;
Las duras piedras con eternos lazos
Se visten otra vez de nueva forma;
Levántanse cabezas, piernas, brazos
De bultos imperfetos, que trasforma
Nueva piedad por mano del segundo
Que vió sin gente y ambicion el mundo.

La vista prende y su discurso impide
El falso toro en la desierta arena,
Y el tardo paso, que engañoso mide,
Cuando lascivas máquinas ordena;
Ya las postreras márgenes divide,
Ya vuelve atrás, ya rompe la cadena
Del mar, y entrega el premio á su vitoria,
Su fuego al agua, y al amor su gloria.

Medrosa teme la engañada Europa,
Siendo su nave el fugitivo toro,
El pardo cuello su dorada popa,
Y mar de Tiro el agua de su lloro;
La mano extiende por asir la ropa
De sus desnudos mármoles decoro;
Teme caer, y si el remedio traza,
Al encubierto robador abraza.

Turbó su paso una confusa lumbre,
Que en la secreta cueva se le ofrece,
Medrosa por la tímida vislumbre,
Que apenas al silencio se parece;
Ó fué respeto ó bárbara costumbre
La breve claridad que resplandece,
Pues siendo á sus deidades consagrada,
Fué del temor sacrílega morada.

Los techos mal formados conservaban
Ruda labor entre la tosca piedra;
Las rústicas paredes adornaban
Escuras quiebras entre verde hiedra;
Dos lámparas pequeñas alumbraban
Del metal sacro, que en el fuego medra,
Un seno, que mostró entre ornatos viles
Que no es cristiano altar ni aras gentiles.

Viendo el lugar que religioso y pio
Fué del error antiguo respetado,
El nuevo Alcídes con osado brío
Pisó su oculto límite vedado;
Cuando del seno lóbrego y sombrío,
De aquel espacio cóncavo guardado,
Salió alegrando el aire una doncella,
Iris del miedo, y de su noche estrella.

Era su hermoso gesto como el cielo,
Cuando destierra el sol la sombra vana
Y el verde manto del florido suelo
Con blanca luz corona la mañana;
Suelto el cabello al avariento velo,
Que encubre aquella nieve soberana,
Ceñida la cabeza de diamantes
Entre oro crespo y alas de volantes.

Y dijo: «Generoso descendiente
Del que fijó en las márgenes de España
Término al mundo y límite á su gente,
En cuanto el mar con insolencia baña:
Pues ver esta morada te consiente
El cielo, que tus hechos acompaña,
Lo que hay verás, si conseguirlo puedo,
Donde empieza el dolor y acaba el miedo.

»Dichosa fue tu vencedora mano,
Con quien la fe sus límites dilata,
Pues eclipsó del bárbaro africano
Las medias lunas de luciente plata;
Igual renombre gozarás ufano
Cuando glorioso vencedor combata
Tu invicto hermano en los soberbios muros,
Afrenta de sus príncipes seguros.»

Apenas la palabra postrimera
Salió vestida del fatal aliento,
Cuando con muestra alegre, verdadera,
El fuerte capitan responde atento:
«¡Oh beldad admirable, que pudiera
Deducir su divino nacimiento
De los principios vanos que solia
Fingir á su deidad la idolatría.

»Pasado va el discurso miserable
De tan prolijos años en la guerra,
Del fiero viento y mar inexorable
La injuria defensora de tu tierra;
Contemplo cómo el cielo favorable
La negra noche con piedad destierra
De tan largo trabajo y riguroso,
Porque amanezca el sol de mi reposo.

»Descúbreme el lugar triste y funesto
Donde entre horror y míseras prisiones
La antigua culpa y el error han puesto
Glorias, triunfos, lauros y blasones.»—
«Como es posible le verás muy presto,
Le dijo, si á la empresa te dispones;
Descansa, y la region verás conmigo,
Donde viven la culpa y su castigo.»

Esto diciendo, por la cueva adentro,
A su compuesta habitacion camina,
Y cuanto mas se encaminaba al centro,
Cuál es su forma apenas determina;
La vuelta dieron, y ofreció al encuentro
Una cuadra, en labor tan peregrina,
Que el rico adorno de brocados era
Injuria de su fábrica primera.

Allí en un lecho del metal que cria
Al sol su padre en todo semejante,
La fértil cuna donde nace el dia
En opulentas venas abundante;
Temiendo la materia que á porfía
El arte con la gloria se levante,
Con sutil y acordada diferencia
Mostraban su ingeniosa competencia.

Vió su descanso Enrique prevenido,
Y al sueño dió los miembros fatigados,
Prisiones agradables al sentido,
Y soñolienta tregua á los cuidados;
Quedó del peso natural vencido,
Con tan estrechos lazos y apretados
Del fuerte encanto y del pesado sueño,
Que pareció entre tanto ó piedra ó leño.

Dormido en esta pesadumbre ociosa,
Vió que la Maga al lecho se llegaba,
Y asiéndole con mano poderosa,
De las calientes plumas le sacaba:
«Sígueme, Enrique,» dijo, y presurosa
El diligente paso aceleraba;
Siguióla sin moverse, y (¡tanto pudo
El grave sueño en el silencio mudo!);

Por no pisadas selvas y serenas,
Una de ramas pálidas vestida
Vieron, de cuyos árboles apenas
Ligeras plumas hallarán salida;
Siéntense entre ellos perros y cadenas,
Que con turbada desigual huida,
Los mal vestidos troncos azotaban,
Y con aullidos tristes se quejaban.

Suena tambien con movimiento leve,
Al triste son de las confusas hojas,
El abrasado viento, que las mueve,
Templado en fuego y míseras congojas;
Tal vez horrible á vomitar se atreve
La fiera boca sus vislumbres rojas,
A cuya luz los árboles sombríos
Sus negras frentes miran en los rios.

Obscuros iban por la noche muda,
Que el triste reino de silencio baña,
Y el tardo paso, que medroso duda,
Las fugitivas sombras acompaña;
El triste pensamiento que le ayuda,
Con ilusiones trágicas se engaña,
Y á veces ciñen las horribles lumbres
Las aguas con sus rápidas vislumbres.

En la primera entrada del averno,
El llanto y los cuidados habitaban,
Que como moradores del infierno
Sus lamentables salas ocupaban;
De la vejéz el perezoso invierno
La pena y la dolencia acompañaban;
El menester infame en otra parte
Vive, sin que el enredo dél se aparte.

La falsa adoracion, los propios daños,
Los tratos dobles, la amistad fingida,
Vestidos de llaneza los engaños,
La fe sin ley, la obligacion sin vida;
La pretension, tragedia de los años,
La injusta sumision aborrecida,
Los chismes, los sobornos, la esperanza
Del que muriendo su remedio alcanza.

Desnudas se descubren las mentiras,
Que pasan por lisonjas ó verdades;
Lo que allá fué justicia, aquí son iras,
Las falsas rectitudes son crueldades.
No templa aquí la adulacion sus liras,
Ni matan aparentes amistades;
Y si estos constituyen el profundo,
El verdadero infierno está en el mundo.

Con fiero aspecto y formidable ceño
La muerte y el trabajo residian,
Y por pariente de la muerte el sueño,
A quien sus falsos gustos divertian;
Luego á la guerra, inexorable dueño
De tantas vidas, con temor servian
La ira, la discordia, el mal, la furia,
La ciega rabia y la violenta injuria.

En medio tiende sus ancianos brazos
Un olmo antiguo, rústico, sombrío,
De quien los sueños con estrechos lazos
Cuelga el vulgar errado desvarío.
Cubren sus negras sombras á pedazos
El fiero Lerna de intratable brío,
Horribles monstruos, espantosas fieras,
Scilas, Harpías, Górgones, Quimeras.

Nace de aquí la mísera ribera,
Donde jamás la cara de Latona
Acompañó la triste primavera,
Que sus funestos árboles corona;
En el desierto campo reverbera,
No blanca luz del alba que pregona
La venida del sol, sino vislumbre
De aquella eterna y justa pesadumbre.

Sobre la negra arena su corriente
Las turbias aguas últimas dilatan;
Desenfrenando el curso diligente,
Sus agostados límites maltratan;
Espesa niebla del humor caliente,
Que las ardientes minas arrebatan,
Obscurece las fúnebres orillas,
Sin que el fuego de luz pueda vestillas.

Sola una rota barca se descubre,
Que el vómito importuno de la arena
De negras ovas sus costados cubre,
Y el agua en ellos su furor enfrena;
Su antiguo ser con igualdad encubre
El turbio cieno, que á perder condena
La prolongada fábrica su forma,
Y en un inculto leño la trasforma.

En ella muestra, en su gobierno cierto,
Con fiero aspecto el rígido Caronte,
La barba inculta y el cabello yerto,
El cuerpo igual á un erizado monte;
Era la frente en desigual concierto
De los ardientes ojos horizonte,
Y un roto y negro manto que tenia,
La espalda montüosa le cubria.

Con el ñudoso cuento que gobierna,
Los divididos límites abarca,
Y rige presto en la jornada eterna
Sin vela y remos la deshecha barca;
Al paso llega, y de su arena tierna
Los desnudos espíritus embarca,
Y de la orilla, que cansado mide,
La trabajada vara le despide.

Era infinito el número lloroso
De aquellos desdichados pasajeros
Que viendo el duro tránsito forzoso,
Repiten sus lamentos postrimeros;
Jamás alcanzan plácido reposo
Del viejo los helados miembros fieros,
Porque apenas descansan, cuando vienen
Almas que al aire el ímpetu detienen.

Cual de palomas nube matizada,
Que con doradas plumas y ligeras
El aire surca, y logra acelerada
Las últimas reliquias de las eras,
Así, en banda veloz desordenada
Coronan las tristísimas riberas
Los cansados espíritus, que el suelo
Cubren, dejando el trabajoso vuelo.

Del nuevo paso atónitos se admiran,
Unos se embarcan, otros se aparejan;
Si aquellos llegan, otros se retiran,
Los unos buscan, y los otros dejan;
Los mas osados tímidos suspiran,
Todos, al fin, de su dolor se quejan;
Y en mal tan fuerte es desdichado medio
Tener el no esperarle por remedio.

Suspenso tiene en la region obscura
A Enrique invicto el trágico concurso,
Y osado luego dividir procura
De las fatales aguas el discurso;
Daba el valor en la quietud segura
Dormida fuerza al presuroso curso,
Mas el errado paso desengaña
La ninfa, que le aduerme y acompaña.

«¿Dónde, guerrero generoso y fuerte,
Sin mí, le dice, intrépido caminas
A ser igual en la precisa suerte
Con las eternas míseras rüinas?
¿No sabes que por mano de la muerte
Las fugitivas sombras peregrinas,
De la prision del cuerpo desatadas,
Pasan á ver sus últimas moradas?

»Por santa ley divina irrevocable,
Contra el engaño, el vicio y la malicia,
Aquí su tribunal inexorable
Fijó con fuerte brazo la justicia.
Si en la confusa vida miserable
El acero ocultó blanda y propicia,
Aquí desnudo sin piedad condena
Injustas culpas á su eterna pena.

»Otro es el campo, y otra la ribera,
De angélicos racimos coronada,
Que los despojos últimos espera
De tu gloriosa vida fatigada;
Allí la eterna y dulce primavera,
De las divinas manos fabricada,
Segura muestra del estío ardiente
Al tiempo cano su dorada frente.

»No de trabajos importuno viento
Perturba los divinos resplandores,
Mas con alegre y blando movimiento
Mueve la paz sus agradables flores;
Aquí les dió su verdadero asiento
A los robustos fuertes vencedores
Que al bien eterno hacer violencia tratan,
Y al reino de los cielos arrebatan.—

«¿Qué gente es esta, que en la orilla triste,
Replica el invencible Celtíbero,
Por no pasar tan lastimada insiste,
Y en vano clama al sórdido barquero?—
»Desta, responde, que furiosa viste
Medir el paso por su mal postrero,
Diréte los estados, los delitos,
A las eternas cárceles precitos.

»Un mal gobernador la barca pisa,
Que fué del siglo escandalosa queja,
Tirano fiero con alegre risa,
Lobo en los dientes y en la piel oveja;
Aquí padece, y á ninguno avisa
De cuantos ciegos en peligro deja.
¡Oh justa permision en desconciertos,
Que hacer pudieran despertar los muertos!

»Mató al segundo, que tras él se ofrece,
La infame confusion de su deseo,
En cuyo efeto la verdad perece,
O muda mas figuras que Proteo;
Si con el llanto eterno que padece
Pudiera conseguir su devaneo,
Con mucho gusto su ambicion bajara
Al centro obscuro donde agora para.

»El blanco aspecto, tierno y regalado,
Con amorosa y frágil osadía,
Es de un lascivo amante desdichado,
Que vió el engaño en su postrero dia.
¿No ves cómo revuelve al diestro lado
Y busca la querida compañía,
Cuya memoria con piedad celebra,
Y entre sus tristes lágrimas requiebra?

»Luego le sigue Taïs, que convida
A la prision de amor y sus engaños
Con dulce vaso, gente inadvertida
Del tierno agravio y apacibles daños.
A muchos engañó su corta vida,
Y en flor secó sus malogrados años,
No el cierzo de la edad, sino la suerte
Que amó sus ojos, y escuchó su muerte.

»Aquel confuso número, que aguarda
Del triste bosque en los escuros léjos
La pasajera máquina que tarda,
Son locas mozas y engañados viejos.
La necia madre temerosa guarda
A quien con insolencias y consejos
Dejó perder cuando enfrenarla pudo;
Aquí la llora espíritu desnudo.

»Es infinito el trágico proceso
De culpas de personas y naciones,
Que las arrastra mísero suceso
A ver la confusion destas regiones:
No quieras mas noticias, pues confieso
Que en parte me atormentan sus prisiones;
El gran dolor la resistencia excede,
Y viste cuanto el cielo te concede.»

Esto diciendo, sin respuesta parte,
Y el manso viento con furor despide;
De paso sigue el espantado Marte,
Y el suelo estéril presuroso mide;
Dejan el monte á la siniestra parte,
Que al turbio curso la corriente impide,
Y haciéndole seguir su espesa falda,
Ciñe á su negra frente de guirnalda,

Por nuevos campos, libres de congojas,
Donde en las verdes ramas y sombrías
Hacen espejo de cristal las hojas
Del manso curso de las aguas frías,
Las tiernas flores, amarillas, rojas,
Que el avariento curso de los dias
Suele agostar con abrasada diestra,
Aquí su alegre primavera muestra.

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

Llegan del sueño á las confusas puertas,
Por donde sus quimeras fabulosas
Suben al cielo, hallándolas abiertas,
En breves horas de silencio ociosas;
Por la de duro cuerno van las ciertas,
Y por la de marfil las mentirosas;
Salen por esta, y llegan al camino
Del conocido albergue mas vecino.

Requiere con presteza el aposento
Despierto Enrique, y con turbadas quejas
Le dijo en tan injusto apartamiento:
«¿Por qué de mí tan sin piedad te alejas?—
«Aunque con mudo y triste sentimiento,
La Maga dice, en soledad me dejas,
Contigo va la voluntad tan firme,
Que de tí no es posible dividirme.

»Después de larga y peligrosa guerra,
De Alfonso el lauro se verá logrado;
El cielo sigue y el temor destierra,
Verásle eternamente coronado;
Francesas lises besarán la tierra,
Y á su gloriosa fama dedicados,
Verán sus cuellos en fatal coyunda
Con vil cadena y humildad profunda.»

Así acabó, y el hijo de Fernando
Al campo vuelve, que en confusa junta
Su gente algun peligro recelando,
Ni duda, ni asegura, ni pregunta;
Y en el caballo alarbe ejercitando
Su duro oficio, la cansada punta
Hizo que con ayuda de las riendas
En breve viese las amigas tiendas.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Recibe Juana al fuerte Paradino,
Que trujo armada gente de Lorena,
Y refiriendo el caso peregrino
De Alfonso en Ponza, se acabó la cena.
Gran turbacion en todos sobrevino
De estar Gaeta en posesion ajena
Y ver en ella al español guerrero,
Siendo Lisauro el triste mensajero.

En tanto que las fuerzas celtiberas
Los muros altos de Gaeta oprimen,
Y al son confuso de sus armas fieras
Del monte inculto las cavernas gimen,
De Nápoles coronan las riberas
Cantones diestros, que el acero esgrimen,
Regidos por el fuerte Paradino,
Que de Lorena á defenderla vino.

Fué Paradino lorenés valiente,
Constante amigo de las lises de oro,
Caudillo osado de su altiva gente
Y atento celador de su decoro.
Juntó tres mil guerreros diligente
Con excesiva mengua del tesoro,
Que pródigo gastó su duque astuto,
De Italia siendo perdicion y luto.

En muda paz la confusion se puso,
Y la gallarda gente dividida,
Fué del acuerdo popular confuso
Con públicos aplausos recebida;
Mas luego en órden, observando el uso
Que guarda la milicia prevenida,
Con lento paso y ordenado espacio
Llevó sus escuadrones á palacio.

Llegó á la sala Paradino en tanto,
Ceñido de la plebe y la nobleza,
Siendo del vulgo generoso espanto
De su conforme cuerpo la grandeza;
Mostraba airoso un dilatado manto,
Pendiente de la altiva gentileza
De los distantes hombros, que descubre,
Besando el suelo, que sus puntas cubre.

Entre brocados de escarchadas flores
Que las paredes blancas adornaban,
Cuyos relieves, venas y labores
Del tiempo los pinceles afrentaban,
Sobre distintas sedas de colores,
Que pérsicas alfombras matizaban,
Pisando su inventada primavera,
La reina Juana al Lorenés espera.

Suspensa aguarda la culpada Juana,
Viendo en Italia los temidos godos,
De Anjous la injusta sucesion tirana,
Dudosos muchos, y revueltos todos.
Su fe perjura la promesa vana
Soldar pretende por diversos modos,
Y ve medrosa en tan confusa duda
Que cada cual por su interés le ayuda.

En esta triste y congojosa lucha
Llora entregada á príncipes extraños,
A todos ruega y cautelosa escucha,
De todos teme prevenidos daños;
Reprime á veces su insolencia mucha,
Mas no contrasta su ambicion y engaños,
Y en tal estrecho, si el dolor lastima,
Tambien la falta de remedio anima.

Después que los forzosos cumplimientos
Al huésped dieron natural licencia,
Habiéndose ocupado los asientos
Con su ordinaria y justa diferencia,
Teniendo á todos el silencio atentos
Con mayor suspension á su elocuencia
Que en el patrio Senado vió el Latino,
Así empezó diciendo Paradino:

«Temida Reina, que de Hesperia toda
Lo mas fecundo con imperio riges,
Y á tu querer preciso se acomoda
Cuanto con armas vencedora afliges,
Y en mar y tierra la insolencia goda
Con mengua infame oprimes y corriges:
Conmigo de Lorena á defenderte
Las armas vienen de su Duque fuerte.

»Y si atreverse puede el que es vasallo
A tanta gloria y majestad sagrada,
Aunque revuelta de tiranos hallo
Tu patria sediciosa y alterada,
Con armas, desarmado, á pié, á caballo,
En mar, en campo, en muro, en estacada,
En tu defensa ofreceré la vida,
Que está de mis promesas ofendida.

»No pienses que del hijo de Fernando
Las rojas bandas y el acero temo,
Y ver diviso el reino, amenazando
A Italia triste funeral extremo;
Pues no tendrá su gente, peleando,
Hierro en el campo y en las aguas remo,
Que en mar y tierra mi furor resista,
Con vergonzoso fin de su conquista.—

«Así, le dice, de tu brazo espero,
La hermosa Reina con fingido brio,
¡Oh, nuevo Alcides, ínclito guerrero!
De quien mi reino y libertad confio.
Desnude Alfonso el vencedor acero
Que tiñó del Ibero el curso frio
Con sangre alarbe; que afrentado y boto
Veré su dueño entre mis lanzas roto.»

Esto diciendo, de marfil y plata
Dejó el vestido asiento de relieves,
Que de sus patrios héroes retrata
La antigua gloria con figuras breves.
El pueblo circunstante se desata;
Gimió la sala, aunque con pasos leves:
Todos procuran ver cómo se ordena
La pródiga opulencia de la cena.

Asiento á todos con industria rara
Distintamente estaba prevenido,
Cuya labor sin confusion declara
Curiosa mano con marfil bruñido.
Sentóse Anjous, y con alegre cara
La Reina, al capitan agradecido
Sentóle enfrente, por dejar exenta
La sola cabecera en que se sienta.

Ceñia de rubíes y diamantes
Con varios lazos el desnudo cuello,
Mostrando entre matices y volantes
El dulce fuego su alabastro bello.
De perlas, á sus dientes semejantes,
En crespas ondas coronó el cabello,
Que pudo ser segundo testimonio
Del loco amor y perdicion de Antonio.

No vió de egipcias damas adornadas
Cleopatra sus mesas insolentes
Con vulgo mas hermoso de criadas,
En patrias y colores diferentes.
Las unas en servir apresuradas,
Las otras con acuerdo negligentes,
Mostraban blandamente su hermosura,
Neutral entre el bullicio y la mesura.

El buril formador de la vajilla
Labró en el oro troncos y guirnaldas,
Que adornan con suspensa maravilla
Racimos de zafiros y esmeraldas.
No baña el Indo por su rica orilla,
Ni ve Ceilan en sus copiosas faldas
Mas piedras escondidas en sus venas,
Que aquí se ven de resplandores llenas.

Compiten sus reflejos con el techo,
Donde el Oriente trasladó sus minas,
Colmando el gusto en el prolijo trecho
Las mesas con delicias peregrinas;
Cuanto del monte el enramado estrecho,
Las aguas del Sebeto cristalinas
Y el mar soberbio esconde en su tesoro,
Servia á la ambicion en grillos de oro.

Lo mas remoto con destreza aplica
Al torpe exceso, que sin ley regula;
La vanidad tirana sacrifica
Al vientre los manjares que acumula;
Las cautas asechanzas que fabrica
Con vano estudio la ingeniosa gula,
No pueden contrastar en tierra y cielo,
Ligera fuga ni apartado vuelo.

Las ramas, que con pródiga costumbre,
Por mas que ajenos brazos se lo impiden,
Rendidas á su dulce pesadumbre,
De los paternos troncos se dividen,
Las mesas con debida servidumbre
Colmando adornan y ocupando miden,
Con tan varias ofrendas, que desiertos
El sol bañaba sus nativos huertos.

Miraba en campos de oro sus tributos,
Que en secas eras hospedó el estío
Altiva Céres, y sus blancos frutos
La nieve afrentan del invierno frio.
Si de oro fueron, si de plata, enjutos
Del verde humor, si encaneció su brío,
A sus pasados meses los retrata,
A junio en oro, y al agosto en plata.

Levanta el vino alegre licencioso
Espumas canas en las anchas copas,
No menos que en el lago proceloso
Los remos fuertes y las altas popas.
Cantaba en tanto Lícidas famoso
Con plectro grave, emulacion de Jopas,
No el sol errante ni la ménstrua luna,
Sino de Alfonso y Juana la fortuna.

«Calla, le dice lastimada y triste
La hesperia Reina con turbado gesto,
Suspende el daño que en mi pecho hiciste,
A voz y cuerdas por su mal dispuesto.
Mis patrios campos de españoles viste,
El muro asalta de Gaeta, y presto
En Nápoles hará las mismas pruebas,
¿Y tú cantando mi dolor renuevas?»

Todos se miran, sin que nadie evite
La muda suspension por largo rato;
En mesas y atrios el temor repite
Dudosas nuevas al comun recato.
En breve espacio se acabó el convite,
Cesó la ostentacion y el aparato,
Quedó el silencio, enmudeció la pieza,
Y así á romperle Paradino empieza:

«¿Qué turbacion ó qué imprudente miedo
Tu pecho asombra y mi furor enciende?
Perdona ¡oh Reina! si en hablar excedo,
Pues tu quietud mi libertad pretende.
Desta nobleza asegurarte puedo,
Y ella lo mismo de mi pecho entiende,
Que armada piensa, aunque se oponga Marte,
Poner en Zaragoza tu estandarte.

»Este terror del Ártico hemisferio,
Soberbio por sus armas y blasones,
Le vió Milan con diferente imperio
Pisar sus calles y arrastrar prisiones.
En ellas con indigno cautiverio
Sujetas vió sus bandas y pendones,
Cuando de sangre y prendas españolas
Sintió el Tirreno fatigar sus olas.

»Quien como yo de su desdicha sabe
Los mas ocultos trances que pasaron,
Testigo soy que en su cadena grave
Tus flechas ciegamente me acertaron.
Mi libertad perdí en aquella nave,
Que con cuatro galeras me robaron
Corbera astuto y mi enemiga estrella,
A vista de las pomas de Marsella.—

«En tales brazos hallará recurso
(Responde Juana) mi infeliz carrera:
Cuéntame en tanto su fatal discurso,
Sus presos reyes y tragedia fiera.
La hermosa luna de su helado curso
Alegre pisa la estacion primera;
Sin miedo empieza, que olvidado agora
El sol reposa de su amada aurora.»

Callaron todos, y moviendo el labio,
Así le dice el extranjero Eneas:
«Si puede ser aliento de tu agravio
El triste caso que escuchar deseas,
Si cabe en tal dolor consejo sabio
O fiel presagio que cumplido veas,
Empezaré: con armas insolentes
Turbaba Alfonso tus seguras gentes;

»Los muros combatia de Gaeta,
Que estaba á sus ofensas prevenida,
Su osada gente, que el mayor planeta
Tenia en varias tiendas recogida.
Llegó afrentando la veloz saeta
Una barquilla, al soplo agradecida,
Besó la parda arena, que pisaron
Los que del borde en ella se arrojaron.

»Corrió la plebe atónita y curiosa,
Formando corros en confusa junta;
El discurrir cansado no reposa
Y el mas atento, por hablar, pregunta.
Creciendo la molestia licenciosa,
Alfonso experto con temor barrunta
Alguna sedicion, que justamente
Temer se puede en agregada gente.

»Apenas los umbrales de la tienda
Tocaron, apartando á quien la guarda,
Cuando el uno al temor cogió la rienda,
Soltándola á la voz medrosa y tarda;
Y por romper la popular contienda,
Al Rey, que del suceso el fin aguarda,
Dijo, callando el vulgo alborotado,
Del nuevo caso que esperó forzado:

—«Invicto Alfonso, con osada muestra
Las olas doman del airado Egeo
Soberbias naves, que á tu frente diestra
Agora ofrecen inmortal trofeo.
Opuesto el ginovés á la siniestra
Fortuna, que amenaza su deseo,
Vengar desta ciudad quiere la injuria
Con blando ruego ó con armada furia.

»Glorioso en armas Axarete oprime
La juventud gallarda, que corona
Las altas popas, que besando gime
El mar sujeto al cerco de Latona.
Su intento loco vencedor reprime;
Castiga la insolencia que le abona;
Verán sus corvos pinos mal seguros
La inútil resistencia de los muros.

»Verá Milan con desigual ganancia
Poblar las aguas su ambiciosa liga,
Y en justa servidumbre su arrogancia
Hará el temor que tu fortuna siga.
Suspensa Italia y afrentada Francia,
Verán tambien con general fatiga
Tus fuerzas y tus naves españolas
Romper los muros y domar las olas.—

»Cual rústico cultor, que ocioso espera
El fin prolijo del invierno airado,
Recibe la florida primavera
Cantando amores al risueño prado;
Así del mar de Italia en la ribera
Fué recebido el albanés soldado
De Alfonso, que sin ver tiempo oportuno,
Su armada entrega al reino de Neptuno.

»La tierra dejan, y del mal incierto
Con fuerza la tirana fe aseguran;
Ligeros siguen á Tebandro experto,
Y entre salados surcos se aventuran:
Iscla les muestra su aparente puerto,
Y ellos á Ponza requerir procuran,
Sufriendo su furor los cuerpos graves
De once galeras y catorce naves.

»Pudieran verla si el comun sosiego
La noche tenebrosa no abrazara;
Paró su curso presuroso, y luego
Al fuerte capitan con lumbre avara,
Montes de entenas descubrió su fuego,
Y el sol, formando con dudosa cara
En los azules campos horizontes,
Salió de nuevo por segundos montes.

»Viendo abrazar en los contrarios leños
Las blancas alas de nevadas velas
Los vientos apacibles y risueños,
Fabrica el ginovés nuevas cautelas.—
«¿Qué intentan, dice, sus neutrales dueños
Librar de infatigables centinelas
Y asaltos, si por bien pueden librallas,
De Gaeta oprimida las murallas?»

»Alfonso pues, que del fingido pecho
Conoce los pacíficos engaños,
En justa rabia y en furor deshecho,
Con ira cuerda en juveniles años,
Responde que en Italia, á su despecho,
Llorando Francia los sangrientos daños,
Sus lises de oro besarán la arena,
El cuello exento en servidumbre ajena.

»Con tal respuesta al punto navegando,
Disimuló medrosa retirada
Con muestra cautelosa, procurando
Ganar el viento á la española armada.
El engañado Alfonso, imaginando
Que era temor la astucia disfrazada,
Siguiendo azota con iguales remos
De las hinchadas olas los extremos.

»Huyó á su industria el favorable viento;
Su forzosa amistad robó el contrario,
Volviendo con ligero movimiento,
Cual suele en media luna de ordinario;
Quedó suspenso el mar, el cielo atento,
La fortuna temió el suceso vario,
Representando al miedo y á la afrenta,
Del mundo la tragedia mas sangrienta.

»Apenas se midieron las galeras
Y las pesadas naves se igualaron,
Cuando sin mas tardanza las primeras
Con las agudas proas se encontraron.
Oyeron sus encuentros las esferas,
Y en los constantes polos se afirmaron;
O fué atencion de lo que están oyendo,
O nuevo miedo del naval estruendo.

»La blanda espuma de su helado seno,
Con presto movimiento dividian
Las fugitivas ninfas del Tirreno,
Que las turbadas ondas escondian.
No con lascivo juego al mar sereno
Coronas de sus brazos ofrecian,
Sino midiendo en surcos desiguales
De sus moradas frias los cristales.

»Antes que hiciese riguroso efeto
La fuerte incontrastable artillería,
Rompió el furor del militar secreto
La muda ley con bárbara porfía.
Las armas dieron con ardiente afeto
Envidia al nuevo sol, temor al dia,
Luces al mar, cometas á la guerra,
Truenos al aire y rayos á la tierra.

»Envuelto en ira el fuego inexorable,
Las popas traga con voraz injuria;
Del alto mástil al humilde cable
Nadie resiste su atrevida furia.
Tendiéndose la llama variable
Por la mañosa astucia de Liguria,
Sin rienda ofende la española gente,
Que armada la resiste solamente.

»No vió con tanta turbacion Italia
En sus latinos campos al troyano,
Ni al dictador la sangre de Farsalia,
Que dió su pueblo con injusta mano,
Ni las reliquias godas en Vandalia
El bárbaro furor del africano,
Como de Alfonso célebre y guerrero
Sintió la armada el penetrante acero.

»De España puso Enrique generoso,
Segundo Alcides, al honor colunas,
Turbando de las aguas el reposo
Su diestra con reliquias importunas.
No extiende el Oceano licencioso
Tanto su imperio en las mudables lunas,
Como de Italia en playas y desiertos
El mar, huyendo la invasion de muertos.

»El fuerte Pedro, acelerado Marte,
Atenta tiene á su valor la fama;
Sangrientos golpes el furor reparte
En cuantos leños su temor derrama.
Con muestra juvenil en toda parte
Al tiempo afrenta, y á la envidia llama,
Y entrambos rinden con verdad propicia,
Él su memoria, y ella su malicia.

»La turba vil con despedido miedo
Acometió al navarro, que perdiera
La vida, si el osado Rebolledo
La suya á tantas armas no pusiera:
Echóle el brazo con feroz denuedo,
Y le apartó llegando la primera,
Y al que su vida tuvo amenazada,
Le rompe el pecho su animosa espada.

»A un lado vuelve con destreza y maña,
Rebatiendo las puntas atrevidas,
Y á pocos golpes dió al blason de España
En sangre envueltas infinitas vidas.
Rompió el furor con desusada saña,
Sirviendo á Juan de muro sus heridas,
Y, consagrando á sus hazañas templo,
Dió al mundo asombro, y al valor ejemplo.

»Furioso el viejo consejero asoma,
Vibrando el asta, á quien su sangre dieron
Los tímidos cultores de Mahoma,
Cuando en los campos de Jaen la vieron.
La corta espada con presteza toma,
Después que el tronco inútil dividieron
Los golpes, los encuentros y las vidas,
Al fiero agravio del valor perdidas.

»En medio de las iras animosas,
De Sandoval el fuerte adelantado,
Mostró sus duras armas rigurosas,
De su envidiosa patria desterrado.
Las inconstantes ondas presurosas
Detuvo el intratable mar hinchado,
Porque testigos fuesen de los hechos
Que vió Castilla en africanos pechos.

»Corred sin mas tardanza, les decia
Neptuno, revolviendo su tridente;
Las márgenes besad de Andalucía,
Contad el daño que Liguria siente;
Conozca Juan, y entienda su porfía
A envidias castellanas obediente,
Que á un noble pecho á su rigor desnudo,
Con sola ingratitud pagarle pudo.

»Ofrece luego su dorada popa
Entre confusas armas á Gerardo,
Y cuanto en la dudosa niebla topa,
Rinde con fuerza y ánimo gallardo.
Africa presta su temor á Europa,
Y el sol, con paso detenido y tardo,
Miróle atento en medio de la esfera,
Mas luego vuelve á su veloz carrera.

»La nave afierra que gobierna Orlando,
Soberbio milanés que el viento abrasa,
Las tres moradas últimas poblando,
Y el mar de cuerpos que el furor traspasa.
Apenas por el humo penetrando
Luciente paso abrió la luz escasa,
Cuando con voz sonora y atrevida,
Así el lombardo amenazó su vida.

»No temo, el celtíbero le responde,
Palabras y amenazas femeniles,
Que mal tu altivo pecho corresponde
Con voces locas y ademanes viles.—
Si tanta presuncion tu engaño esconde,
Airado dice el milanés Aquiles,
Mi acero probarás, aunque presumas
Surcar los aires con ligeras plumas.

»Como en teatro público romano
Dos fieras que sus mármoles dividen,
Sin ver las plantas el ocioso llano,
Los dientes prueban y las uñas miden,
Y con furor indómito africano
El fin temido de la lucha impiden;
Así furiosos mueven los aceros
Los dos gallardos jóvenes guerreros.

»Alta la espada y el escudo fuerte,
De un golpe de Gerardo dividido,
Habiendo dado filos en la muerte,
Orlando cierra, de furor movido;
El español, temiendo que le acierte,
Aparta el cuerpo al golpe inadvertido,
Mas no pudo ser tanto, que la punta
No dividiese la templada junta.

»Cuando Gerardo siente el yelmo roto
Y roja sangre en abundante vena,
Temió su fuerza el scita mas remoto,
Y el mar turbado se afirmó en la arena;
Volviendo en diligencia el alboroto,
Con diestra punta de piedad ajena,
Quiso acabar con desigual batalla,
Abriendo puerta en la cerrada malla.

»Pasó la herida el revelado pecho
Por el siniestro lado encaminada,
Sin acertar la senda hasta el derecho
La cruda mano del furor turbada;
Cuando en el ancho cuerpo, á su despecho
Orlando siente la sangrienta espada;
Rabioso el cielo con desprecio mira,
Envuelto en fuego y abrasado en ira.

»Pensó que el paladin su Durindana
Le dió para venganza de su nombre;
Detúvose por verle la mañana;
Guardó la fama al golpe su renombre;
Quedó burlada la arrogancia vana,
Sobrando herida para mas de un hombre,
Y pudo resistir el peso grave,
Haciendo el mar espaldas á la nave.

»Una espaciosa viga, que termina
Los límites del agua y del navío,
Sintió segunda vez en su rüina
El duro golpe del villano brío.
La espada luego, por su mal vecina,
Al pecho siente, y con sagaz desvío,
Huyendo el cuerpo en ordenado salto,
El brazo muestra levantado en alto.

»Halló tan cerca al español, que pudo
Ejecutar su bárbara venganza,
Y del furioso golpe del escudo
Turbada, parte la cabeza alcanza;
Dudó el sentido, y al dolor agudo
Los piés hicieron desigual mudanza;
Mas con airada furia se presenta
Soberbio y animado de la afrenta.

»Cual suele el arco tártaro, que aprieta
Violenta mano, que sus puntas mueve,
Por dar vigor á la mortal saeta,
La fuerza dobla en la distancia breve;
Tal fué, sin esperar que le acometa
Segunda vez, y que el acero pruebe
El lombardo arrogante, pues la falda
Le abrió del yelmo, y penetró la espalda.

»Halláronse tan juntos, que los brazos
Hurtaron á las armas el oficio:
Secreta fuerza en los ñudosos lazos
Presta el furor al rústico ejercicio;
Procuran que á sus últimos abrazos
Se muestre el fin dudoso tan propicio,
Que la cansada vida el manso viento
Reciba envuelta en el postrero aliento.

»Orlando, de ira y de soberbia lleno,
Echar al cuello á su enemigo emprende.
Ya sobre el fiero y palpitante seno
Con los temidos brazos le suspende;
Ya aquí, ya allí le arroja, y del Tirreno
Hacer sepulcro al español pretende;
Mas él recoge su vigor unido,
Por los robustos miembros dividido.

»Queriendo hacer Orlando presa nueva,
Mejoróse el contrario descansado,
Haciendo de su maña última prueba;
El pecho carga en el siniestro lado,
Y el pié contrario con destreza lleva
A su derecha pierna encaminado,
Alzando el ancho cuerpo y miembros gruesos
Con la pesada máquina de huesos.

»Logrando el fin de la confusa duda,
Lanzar el milanés al mar quisiera,
Que en crespas ondas por la proa aguda,
Su altiva ofrenda recebir espera:
Miróla apenas, y el acuerdo muda;
Temió en las ondas su impaciencia fiera
Rompió los fierros, dividió los dueños,
Soltó los cuerpos, y apartó los leños.

»Cual de Moncayo en la selvosa cumbre,
Robusta encina, que destral divide,
Forzada de su misma pesadumbre,
El suelo estéril despeñada mide;
Así, perdida la vital costumbre,
Orlando de la lucha se despide,
Cayendo entre su gente, que corrida,
Lloró su empresa, y estimó su vida.

»Dejó á Gerardo la mortal congoja,
Y el cierto vencimiento sin trofeo,
Sin fuerza el cuerpo, y de su sangre roja
Teñidas vió sus aguas el Egeo;
Airado, el yelmo y el escudo arroja;
Lamenta el triste fin de su deseo,
Y el trance viendo en que sus naves halla,
Volvió de nuevo á la infeliz batalla.

»Temiendo Alfonso el fin de la contienda,
Con triste y muda suspension el alma,
Quiso al suceso detener la rienda,
Y dar aliento á la defensa en calma.
Primero pues que su valor ofenda
Temida perdicion y ajena palma,
Así le dice á su turbada gente,
Que en ser vencida con temor consiente:

»¿No sois la que, afrentando sus aceros,
Pisó de Roma los soberbios muros,
Que el sol no vió los últimos linderos
De sus latinas águilas seguros?
Esfuerzo de oprimidos extranjeros
Las armas fueron y los brazos duros,
Que al imperio mostraron por su afrenta
El yugo roto y la cerviz exenta.

»La misma sois que al africano altivo
Quitó la injusta posesion de España,
Dejando siempre á las edades vivo
Ejemplo, que sus bronces acompaña;
¡Oh fiel Sagunto, universal motivo
De honrosos hechos, oh española saña,
Que tu constancia y venturosa injuria
Pobló las verdes márgenes del Turia!

»Y ¿aquesta gloria, que animaros puede,
Trocais agora en miedo vergonzoso?
Decidme, os ruego, ¿qué temor excede
Aquel valor antiguo belicoso?
Y si morir á Alfonso se concede,
Aunque es la muerte término forzoso,
¿Harán vuestros medrosos desconciertos,
Perder los vivos y afrentar los muertos?

»No dijo mas, y con feroz semblante
A sus amigas armas se adelanta;
Turbado corre al ímpetu arrogante
El mar humilde, á quien su furia espanta.
Mostraba en seco al mauritano Atlante
Las conchas y algas de su inculta planta,
Sin enlazar con invasion frecuente
Saladas trenzas la escamada frente.

»Su infausta gente, que corrida escucha
La torpe mengua, que su honor agravia,
Vuelve y revuelve en la sangrienta lucha,
Con fuerte brio y diligente rabia;
Corriente nueva de la sangre mucha
El mástil besa y la encumbrada gavia,
Tiñendo, sin mezclarse, las arenas,
Por no olvidar lo que debió á las venas.

»La fuerza buscan y la industria dejan,
Los gritos crecen, los alientos faltan,
Al cielo llaman, del dolor se quejan,
Los golpes hieren, y las tablas faltan;
La furia siguen, del temor se alejan,
Dudosos paran, con furor asaltan,
Las iras braman, y las astas vibran,
El aire turban, y en el mar se libran.

»Quién de los fuertes brazos y leales
Contar los hechos atrevido trata,
Contará los menudos arenales,
En que el mudable reino se dilata,
Del Tauro los extremos desiguales,
Que el negro invierno coronó de plata,
Las verdes plantas que en sus cumbres tiene,
Y enraman las espaldas del Pirene.

»De esfuerzo inútil y dolor deshechos,
Cuando las rudas armas no aprovechan,
Ciegos del humo á los amigos pechos
Las puntas mueven, y los arcos flechan;
Los plomos, que arrojó el furor derechos,
Por la turbada mano el fin desechan,
Volviendo por desdicha ó por castigo
Al tierno pecho del mayor amigo.

»El mismo tiempo llora la tragedia,
Rindiéndose las armas españolas,
Y viendo que su afrenta no remedia,
El mar suspende las confusas olas;
Ningun socorro en las desdichas media,
Cansado al fin de lamentarse á solas:
Así animado el hijo de Fernando,
Turbado siente y dice suspirando:

»¿Cómo, piadoso padre? ¿Que es posible
Que en tí se justifique la fortuna,
Ministra del acuerdo mas terrible
Que el tiempo con memorias importuna?
Jamás fatal prodigio inaccesible
El sol detuvo ni admiró la luna
Con tan justa razon, como le ofrece
Llorar vencido el que vencer merece.

»¿Qué digo? Si tu justa providencia
En semejantes casos se acredita,
Mostrando en esta oculta diferencia
Que en otra esfera la igualdad habita;
Si vive en duro estrecho la clemencia,
Cuando sangrientos robos ejercita
La impiedad entre bárbaros tiranos,
Con vil corona y vengativas manos;

»¿Quién duda que tu diestra en otra parte
Deshace estos agravios aparentes,
Donde sus premios tu piedad reparte,
Sin logro de ambiciones diligentes?
Con esto rindes al injusto Marte,
A quien libró de moros insolentes
La tierra, que logrando su trabajo,
El Ebro riega y fertiliza el Tajo.

»Con tu poder, del africano alarbe
Domó la furia con victorias tantas,
Que puso del Pirene hasta el Algarbe
Su invicto brazo tus insignias santas.
Y ¿agora que el imperio de Sobrarbe
Pone en Italia vencedoras plantas,
Consientes, para infamia de los godos,
Que pierda yo lo que ganaron todos?

»Ondas del mar, que de mi España triste
Servís de espejo á su postreros montes,
Y á vuestra espuma el sol cuando los viste
Traslada sus dorados horizontes;
Besad sus piés, y pues dolor sentiste,
Hermosa luz, primero que tramontes,
Siguiendo las pisadas de la aurora,
Su llanto enjuga ó mi desdicha llora.»

Apenas forma en la escuchada boca
El lorenés su postrimero acento,
Cuando á tristeza y suspension provoca
Lisauro á todos con turbado aliento.
Ligada al rostro una manchada toca,
El yelmo roto y el arnés sangriento,
Solo en la mano de la pica un trozo,
Así les dice el desangrado mozo:

«Invicta Juana, príncipes augustos,
Que en músicas, olores y comidas,
Lisonjas dulces y apacibles gustos
Perdeis los años, y engañais las vidas;
Vestid aceros, y vibrad robustos
Ñudosas astas, pues mirais perdidas
Armas y honor, y que es del enemigo
Despojo agora lo que fué castigo.

»El Quinto Alfonso, de Gaeta tiene
Violenta posesion, libre y segura;
Francesa sangre y ginovesa viene
Pidiendo á vuestros brazos sepultura;
Mayor rüina su furor previene
Con mas estrago y militar soltura
Que vió el troyano consumido en fuego
Al parto de armas del engaño griego.

»Arden los techos, que vestidos de oro
Del rayo ardiente el resplandor imitan,
Y en manos del incendio su tesoro
A injustos dueños y á los propios quitan;
Perdido el virginal sacro decoro
Sus hijas miran, y llorando gritan
Las tiernas madres, que en prision honesta
Guardar pudieron lo que tanto cuesta.

»La esposa, á quien el tálamo apareja
El viejo padre con igual consorte,
Roba el soldado sin oir la queja,
Y el justo llanto que su amor reporte;
En la desierta casa apenas deja,
Porque la vida al mísero se acorte,
Un vil descanso, una plebeya cama,
Cuando otros bienes pródigo derrama.

»Los muros que á Gaeta tantas veces
Librar pudieron de las rojas cruces,
Huella su vulgo con los piés soeces,
Y altivo pone vitoriosas luces;
Enrique, de listones y jaeces
Cubriendo los caballos andaluces,
Con mas colores á las cañas juega,
Que vió en sus moros de Genil la vega.

»Vengad aquesta sangre avergonzada
De ver la mucha que mi pecho encierra;
Despierta, juventud, que descuidada
Duermes al son de la insolente guerra:
Si estás en sueño ocioso sepultada,
Tiranos surcos romperán tu tierra,
Serán tus campos con sus frutos varios
De ajenos labradores tributarios.»

La insana furia y el ardiente vino
Las mesas derribaron por el suelo;
Caminan todos sin hallar camino,
Rompiendo ciegos el comun recelo.
Parece en el furioso desatino
Que sembró la discordia oculto duelo,
Por llevar en sus pechos adelante
Lo que empezó en el campo de Agramante.

Unos gritan Anjous, otros que viva
Alfonso vencedor, otros que muera;
Unos que en paz el reino le reciba;
Otros de Francia siguen la bandera;
El vulgo acusa á Coradin, que priva
Con ambicion y astucia lisonjera,
Y cuando en confusion todo se mueve,
Ni á fiar ni á quejar Juana se atreve.

Con esta cisma y division confusa
Su amigo bando cada cual esfuerza,
Y unirse al otro con valor rehusa,
No por temer que su verdad se tuerza.
Anjous soberbio á Paradino acusa,
Que no libró la combatida fuerza;
El su verdad presenta por testigo,
Que ha sido siempre su constante amigo.

El blando soplo de su aliento frio
Sobre las blancas perlas desataba
La fresca aurora, y con sutil rocío
Las soñolientas flores despertaba;
Las mudas aves, que el dormido rio
En grillos de sus árboles guardaba,
Despiertan libres, cuando el aire atruena,
Al arma, al arma, que en las calles suena.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

Fenisa triste y el valiente Ansberto,
Venciendo el mar y vientos enojados,
De Baya llegan al querido puerto,
Y al piadoso Liseno encaminados
Por un pastor, albergue en el desierto
Hallaron, de su dueño regalados.
Fenisa al huésped con su historia paga,
Y huye de noche por buscar la Maga.

Descubre tierra con el nuevo dia
La nave, que en los brazos del Tirreno
Surcaba el viento, y con igual porfia
Besó medrosa el escondido seno;
Doraba el sol á la mañana fria
Los verdes campos, cuando el mar sereno
Mostró á Fenisa el fin de su camino,
Y alegre puerto al combatido pino.

Cuando el temido Ansberto le divisa,
Y en frente mira la enemiga tierra,
Le dice á la hermosísima Fenisa:
«Esta es Italia, que á Gerardo encierra.
El campo mismo, que soberbio pisa,
Y en si le esconde de tan justa guerra,
Hará que sea de mi espada el filo,
Para él sepulcro lo que fué su asilo.

»Presto verá tu ausente fugitivo,
Tu antiguo dueño, tu fingido amante,
La furia deste brazo vengativo,
Y á cuanto obliga una mujer constante;
Mas no verá si de la vida privo
El pecho, que vestido de diamante,
Para vitoria ilustre de mi acero,
Tu llanto y quejas resistió primero.

»Qué ¿no le opuso el inconstante lago
Ganchoso escollo de corales rojos,
Castigo justo del aleve pago
Que robó á tu hermosura sus despojos?
¿Hallaron siempre con igual estrago
De tus divinos y serenos ojos
En el tirano y blando movimiento
El sol su afrenta, y el amor su asiento?

»Qué ¿nunca despertaron su inclemencia
Las dulces prendas de tu amargo lloro,
Que pudo hacer su nave resistencia
De tus lucientes hebras al tesoro?
De las hinchadas olas la insolencia,
Ni amó el respeto ni guardó el decoro;
Tirano al fin que con fatal corona
Sin fe castiga, y sin razon perdona.

»¡Oh ley por tantos siglos aprobada,
Y en todos ciegamente recebida,
Que nazca la hermosura desdichada,
Y el daño se le infunda con la vida!
Si es varonil y altiva, deseada,
Si frágil y mudable, aborrecida;
Inútil sombra, que la edad persigue,
Que amada huye á quien dejada sigue.

»¿Qué razon, qué justicia, qué derecho
Formó en un punto al hombre venturoso
Montes de nieve en el ardiente pecho,
Donde abrasó otro tiempo su reposo?
Y á veces la flaqueza á su despecho
Hace al ingrato dueño tan dichoso,
Que amando agravia, que ofendido siente,
Y burla entre prisiones insolente.

»¡Oh dura condicion de las mujeres,
En quien los filos rompe el desengaño,
Y son sus inconstancias y placeres
Principios necesarios de su daño!
Y tú, olvidada hermosa, si quisieres
Seguir los pasos del comun engaño,
Gerardo viva, pues la espada entrega
El que ofendido á su enemigo ruega.—

»¡Rogar Ansberto! con furor replica
Fenisa, envuelta en vengativo fuego;
¡Mal haya el que su gusto sacrifica
En viles aras con infame ruego!
Tu invicto acero á mi venganza aplica,
Y turbe de los aires el sosiego,
Si á descubrir el pecho te dispones,
Albergue de finezas y traiciones.

»Si ven mis ojos tan debido efeto,
Y á tu rigor el corazon desnudo,
Mostrando al mundo el intimo secreto
En quien mi agravio fabricarse pudo,
¿Qué inculto alarbe profanó el respeto,
Sordo á las quejas y á su afecto mudo,
Debido á un pecho que entre ofensas muere,
Que ausente ruega y ofendido quiere?

»Cuando de Italia el suelo me divise,
Por verle de mi agravio lastimado,
Daré en el punto que sus campos pise
Ecos al monte y lágrimas al prado;
Mas no daré medrosa que le avise
El viento de mis quejas abrasado,
Y en vez de ser de mi venganza tiros,
Despierten su descuido mis suspiros.

»Ondas del mar, lisonjas de la arena:
Cuando unas de otras le besais huyendo,
Y armais, turbando la quietud serena,
Montañas de agua al viento obedeciendo;
Así del soplo que animoso suena,
Peñas, arenas y aguas dividiendo,
No sientan vuestros campos el rüido:
Llevadme al puerto que abrazais dormido.»

No levantando espumas argentadas
Ni abriendo el leño su ordinario curso,
Y con las blancas velas amainadas
La nave, terminaba su discurso.
Cortan el mar las áncoras arpadas
Con grita igual del popular concurso,
Y en las arenas pardas que rompieron,
Firmeza en su inconstancia descubrieron.

Recibe los alegres pasajeros
De Baya el puerto, y la distancia breve
Frecuentan los cansados marineros
En un batel, que la ensenada mueve;
Sus remos juegan con el mar ligeros,
Y el prado azul se coronó de nieve,
Y sobre la blancura amanecia
Con rayos de oro de Fenisa el dia.

Volvió la nave surta, y amarrada
La aguda proa al peligroso viento,
Quedando, aunque en los cabos aferrada,
Expuesta á su inconstante movimiento;
Y por mas que dormia la ensenada,
Y el aire no era soplo, sino aliento,
Ya por las peñas ó los cierzos frios
Era estacion infiel á los navíos.

Las aguas dejan, y á la tierra llegan
Los dos, que en sus arenas se arrojaron,
Pisando el márgen que las ondas riegan,
Y donde tantas veces reposaron;
A sus veloces bárbaros se entregan,
Y en ellos brevemente atravesaron
Un verde bosque, adorno de la playa,
Que gira al mar, enriqueciendo á Baya.

Al pié de un tronco estéril y vacío
Divisan un pastor, que sus ovejas
Lleva á beber al dividido rio,
Que enlaza el soto murmurando quejas;
«Pastor, le dicen, que en el seco estío
Pacer la yerba tu ganado dejas,
Que en frescas sombras y esmaltadas camas
Del sol defienden las tejidas ramas;

»Así los montes por la nieve canos
Afrente de sus pieles la blancura,
Formando sierras en los campos llanos,
Envidia y competencia de su altura,
Y así de los inviernos y veranos
No abrase el curso eterno la verdura,
Por darte el pasto, que el abril conserva
En verde copia de menuda yerba;

»Y así la vuelta con iguales dias,
Nacidos nuevamente á nuestro polo,
Templando el hielo en las montañas frias,
Ni abrevie ni dilate el rubio Apolo;
Destas encinas pardas y sombrías
Arroyos nazcan, porque beba solo
Tu cándido rebaño, y nunca falten,
Sin que otras fuentes de los montes salten.

»¿Qué sabes, di, del héroe que doma
Con fuertes brazos el hesperio suelo,
En cuyo amparo Anjous soberbio toma
Injustas armas con tirano celo?
¿Rindió á Gaeta, y vencedor asoma
A la rebelde Nápoles al cielo,
Porque la ocupa ahora mal guardada
De ajeno dueño la enemiga espada?—

»Bella española, capitan famoso,
Dice el pastor con agradable gesto,
Tu Alfonso, de Gaeta vitorioso,
Parte á tomar á Nápoles dispuesto.
Su vencedor ejército copioso
Tan cerca llega, en escuadron compuesto,
De Ambersa, que su antigua barbacana
El nuevo sol le rendirá mañana.

»Yo soy, aunque pastor inculto y pobre,
Parcial amigo de su invicta gente;
Sus hechos canto, aunque materia sobre
En ellos para el Tracio diligente;
Eterno nombre esperaré que cobre,
Cuando al sonoro curso de la fuente
Mi rústica zampoña el manso viento
Detiene entre los árboles atento.

»Esto debeis al mayoral de todos
Cuantos habitan este monte verde,
Que, unido siempre á los pendones godos,
Su vida ofrece y su descanso pierde.
Lo mismo hicieron por diversos modos
Sin esperar jamás que el sol recuerde,
Saliendo deste albergue sus vasallos,
Unos en carros, y otros en caballos.

»Llevando bastimentos á Gaeta,
Y en su lugar volviendo los heridos,
Que deste monte la estacion secreta
Los tuvo regalados y escondidos,
¿Qué empresa habrá que un pecho no acometa,
Por mas que se le opongan los sentidos,
Donde hay verdad y amor? Al fin, Liseno
Dejó del bosque el retirado seno.

»Tomó las armas, que colgadas tuvo
Por largo tiempo, y en segura cama
Entre ganados y labranza estuvo,
Ni honrado ni ofendido de la fama.
Dejó la soledad, que le entretuvo,
Buscó el engaño, que ambicion se llama,
Volvió segunda vez á sus dehesas,
Herido de las armas ginovesas.

»Aun no bien sano, descansado vive
Del breve techo en la estrechura honrosa;
No hay rumor ni embarazo que le prive
De ver la cara á la mañana hermosa.
Si al ocio soñoliento se apercibe,
En blandas plumas y algodon reposa;
Su paz se aumenta y su opulencia crece,
Si acaso el cielo un español le ofrece.

»Seguid el diestro lado del remanso,
Que besa el pié de aquel ñudoso tronco,
Corriendo entre las flores ledo y manso,
Y entre estas peñas erizado y ronco.
La misma senda os llevará al descanso,
Y aunque es el dueño en lo aparente bronco,
Pasad del traje, que escondidas guarda
Una alma noble y una fe gallarda.»

Quedó Fenisa atónita y suspensa,
Y no con menos turbacion Ansberto;
Que fué sin duda satisfecho piensa
Favor del cielo tan dichoso acierto.
Fenisa, agradecida, en recompensa
Del buen anuncio y hospedaje cierto,
Le dice: «Aquestas sierras tributarias
Te den sus frutos con ofrendas varias.

»Obliguente del pueblo las zagalas,
Y en dulces corros por su mal celebren
Tu airoso talle, tus lucidas galas,
Y en tí las flechas de sus ojos quiebren.
Amor te rinda sus doradas alas;
Todas te envidien, todas te requiebren,
Y en cuanto intentes, tu ventura sea,
No risa, sino envídia de la aldea.»

Esto diciendo, por el monte parten;
La senda pisan, y al calor se atreven,
Girando algunas peñas, que reparten
Risueñas fuentes, que los prados beben.
No sufren que sus bárbaros se aparten
Al verde monte, y divertidos lleven
Camino nuevo, que engañar pretenda
El cierto paso y desmentir la senda.

En breve espacio por el blanco estrecho
Descubren, terminándose una plaza,
Un humo igual que, por subir derecho,
Con los frondosos árboles se abraza;
Alegres pisan el florido trecho,
En cuyo lienzo á las paredes traza
Sin arte la sutil naturaleza,
Adorno y suplemento de belleza.

Llegaron cuando el sol los pasos mide
Del cielo al mundo, que compone y dora
En la mitad del curso, que divide
La negra noche de la blanca aurora;
Al verde seno su jornada impide
De espesas ramas confusion sonora,
Y el blando viento que jugando alegra,
Los verdes léjos de la sombra negra.

Mostraban las paredes á pedazos,
Entre escuadrones rústicos de pinos,
De adustas parras enlazados brazos,
Al pardo octubre por su mal vecinos,
Formando de sus vides los abrazos,
En vez de los relieves peregrinos,
Enredos dulces de racimos rojos,
Que rinden afrentados sus despojos.

Al son confuso, que vecino suena,
Salió Liseno alegre y presuroso,
Y al vulgo atento de su casa ordena
Que apresten su regalo y su reposo.
El coronado campo de verbena
Media con aliento presuroso
Fenisa, aunque con pié dudoso y tardo,
Por llegar donde sepa de Gerardo.

Injusto amor, si conformar pretendes
Los pechos mas rebeldes y apartados,
¿Por qué los unos sin piedad enciendes,
Si están los otros á su fuego helados?
El fin que buscas con el medio ofendes,
Y salen tus intentos acertados,
Pues aman todos, y tu flecha alcanza
Del tierno ofrenda, del cruel venganza.

El huésped, que por verlos se fatiga,
Con agradable rostro los saluda,
Y en viendo alegre la nacion amiga,
El paso abrevia y el aliento muda.
Con palabras corteses los obliga
Que cada cual agradecido acuda,
Con no menores muestras de contento,
Debido á tan forzoso cumplimiento.

Era Liseno venerable viejo,
De aspecto grave y apacible trato,
Temido por la espada y el consejo,
De astutos medios y sagaz recato,
Del siglo errado generoso espejo,
De la bondad antigua fiel retrato;
Supo entender las mudas soledades,
Callar lisonjas y decir verdades.

Llegaron al portal, que componian,
Sin arte igual ni perspetiva en torno,
Selváticos despojos, que servian
A las paredes rústicas de adorno.
A un lado, en seis graneros descubrian
Las fértiles cosechas, que en retorno
Vuelve esperando que sus campos siembre
El rico agosto al labrador setiembre.

Al otro muestra una espaciosa sala
La fruta que con próvido gobierno
El techo con los árboles iguala,
Y afrenta la inclemencia del invierno.
Otra medrosa la humedad exhala
Del heno blando en el descanso tierno,
Y humilde entre las pajas escondida,
A mayo quiere dar la bienvenida.

En otra luego crece amontonado
Sin tasa en una mesa inculta y blanca
Cuanto la tierra al dueño retirado
Le paga en mieses y en ganados franca.
Florece ausente del nativo prado
La dulce fruta que el cultor arranca,
Porque del sol la congojosa furia
No pase de piedad á ser injuria.

Sentáronse á la mesa, que rodea
De iguales hijos natural desvelo,
En quien el viejo padre se recrea
Dichosamente agradecido al cielo:
Los hijos, en edad que ya desea
Romper la grana el oprimido pelo,
Y las hijas tan bellas, que las flores
Trocar pudiera abril con sus colores.

«Estos, les dice el viejo enternecido,
Son de Angelina las reliquias caras,
Jüeces de su amor contra el olvido,
Retratos vivos de sus partes raras.
Perdí sus ojos, y quedé perdido,
Y al blando son de sus corrientes claras,
Las aguas, mi desdicha, el manso viento
Repiten tristes el dolor que siento.

»Trujéronme á los montes desengaños,
Dejélos por el campo celtibero;
Vestí de plumas los cansados años,
Hirió mi pecho el ginovés acero;
Volví á mi casa, que lloró mis daños,
Cobré la sangre, que perder espero,
Si Alfonso me la pide con la vida,
Por fe y amor á su amistad rendida.

»Aquí de los linderos celestiales
Vestida baja de su luz temprana,
Pisando de los montes los umbrales,
Por verse con mis campos la mañana.
Las fieras, las ovejas, las zagales
Alegres salen á su vega llana,
Y los pasos del sol siempre veloces,
Las aves apresuran con sus voces.

»Entre esta sencillez no se acostumbra
Que ayude al malo lo que al bueno daña;
Aquí con la verdad no se deslumbra
Ni con la suspension se desengaña.
Verdad es todo cuanto el sol alumbra,
Desde el soberbio monte á la cabaña;
Aquí no trueca la razon las manos,
Ni son los necios del poder tiranos.

»En tratos, en promesas, en amores
Puso en los montes la verdad su silla;
El cielo la produce entre las flores,
Y es la mentira inútil maravilla.
Por no sufrir engaños sus cultores,
Hace, ayudando á la verdad sencilla
Su industria, con que el riego no consienta
Al año mismo que á los campos mienta.

»Comed, seguros de mortal veneno,
Fiad que la comida os aproveche,
Que nunca fué para ocultarle bueno
El puro espejo de la blanca leche.
Si os trujo el cielo á casa de Liseno,
¿Será razon que su favor deseche?
Creed que con piedad noble sincera
Si mas pudiera el dueño, mas hiciera.»

Comieron y la gente se retira,
Y solo deja la oficiosa junta
Al canto viejo, que en Fenisa mira
El triste caso que en su mal barrunta.
Y viendo que entre lágrimas suspira,
Atento sobre mesa le pregunta:
«¿Qué causa, hermosa dama, te destierra
Del patrio nido de tu amada tierra?»—

«Nací, responde, en la ciudad famosa
Que al claro Tajo su defensa entrega,
Y á ser con la corriente caudalosa
Segunda guarda de sus muros llega.
Cansado al fin de trabajar, reposa
Su eterno curso en la florida vega,
Entre olmos altos y álamos durmiendo,
De iguales ruedas al confuso estruendo.

»Es mi linaje antiguo y generoso;
Yo sola soy la desdichada infame:
Manché la sangre que será forzoso
Que á manos de mi afrenta se derrame.
Fuí de mi honor incendio vergonzoso,
Si es bien que así mi desventura llame;
Mis ojos fueron de los cuerdos miedo,
Ejemplo y fuego de la gran Toledo.

»Llamóse Enrique mi afrentado padre,
Mi aleve infamia en el honor le toca,
Quiere el error que al inocente cuadre
La culpa ajena por costumbre loca.
Elvira fué mi desdichada madre,
Entrambos nobles, con hacienda poca;
En paz vivieron, y su igual fortuna,
Ni dió soberbia ni pidió importuna.

»Guardada me criaron, esperando
El prometido fin de mi crianza,
Mis ojos entre rejas sepultando,
Prisiones de mi engaño y su esperanza.
El aire solo, entre sus yerros blando,
Estrecho paso en el verano alcanza;
Y entonces de las flores y suspiros
Me daba nuevas y llevaba tiros.

»Jamás sentí de la engañosa flecha,
¡Qué digo herida! ni pasar la ropa,
Que nunca llega al corazon derecha
Si en yerros para y en durezas topa.
Al fin quedó mi presuncion deshecha,
Bebí de amor la venenosa copa;
Entró y salió del agradable encanto
La culpa en fuego, y el castigo en llanto.

»Llevaron á la corte los infantes
Del rey don Juan el fuego que me abrasa:
¡Pluguiera á Dios que se acabaran antes
Mi vida, mis desdichas y mi casa!
No hay rejas, ni firmezas, ni diamantes,
Si traba amor á la ocasion del asa:
Vióme el ingrato, y ¡ojalá quisiera
Piadoso el cielo que jamás me viera!

»Es de Valencia el burlador Gerardo,
De sangre noble y proceder compuesto,
D: verdes ojos, de cabello pardo,
De cejas negras y afilado gesto,
De pecho altivo, de ánimo gallardo,
De cuerpo igual, en proporcion dispuesto,
Tierno en amores, y en las armas fuerte,
Queriendo vida, y olvidando muerte.

»Ganóme el pecho, y engañóme el alma,
Creció el amor sin desmentir agravios,
Y en viendo estar mi resistencia en calma,
Salióse la vergüenza por los labios.
Sacaron siempre merecida palma
De orejas tiernas lisonjeros sabios;
Besó los yerros en prision la vida,
Quedando al mismo engaño agradecida.

»Fundóse mi desdicha en su palabra,
Faltó de la verdad el fundamento,
Que un loco amor sobre esperanzas labra
Fingidos gustos, que se lleva el viento.
Mandóme ¡ay triste! que las puertas abra;
Halló seguro paso á mi aposento,
Y entrar pudiera por las duras rejas,
Rendidas á sus lágrimas y quejas.

»Aquella tarde recibió el Ocaso
Primero al sol, que por mi mal se puso,
Y dió la noche al desdichado caso
Su negro manto, que mi mal dispuso;
De estrellas claras por el campo raso
El escuadron luciente se compuso;
Yo, amante nueva, y de placer cobarde,
Juzgaba entonces que salieron tarde.

»Al fin llegó de mi guardado lecho
La injusta fuerza, que el honor resiste;
Quedó de mi desdicha satisfecho,
Yo muda, humilde, enamorada y triste.
Apenas el cansancio á mi despecho
Los tiernos ojos con el sueño embiste,
Cuando dejó en el tálamo burlado
Dormido el dueño, y el honor robado.

»Aun no despierta mi aficion le llama;
Tendí los brazos al ingrato ausente,
Y amor, que por el lecho se derrama,
Buscó las plumas, y á ninguno siente.
Volví á tentar, y descubrí en la cama
La hundida estampa que dejó caliente,
Y en ella á mi flaqueza por testigo,
Que entró con ruegos, y salió enemigo.

»Matarme quiso la importuna rabia,
Juzgué á la muerte por inútil medio,
Que donde no es castigo del que agravia,
No sirve al ofendido de remedio.
¡Qué mujer hubo desdichada y sabia!
Salí sin mí, que del mortal asedio
Librar apenas el aliento pude,
Que al flaco pecho respirando acude.

»Sola, animosa, airada y descompuesta,
Moviendo á compasion de mi trabajo,
Los duros montes por la antigua cuesta
Bajé á los campos que divide el Tajo.
Mostró la luna á mi lamento presta
La hermosa cara, que del monte abajo
Con breve curso despeñada vino,
Movida de mi justo desatino.

»Corrientes puras de cristal, decia,
Soberbias peñas, que os mirais en ellas,
Noche enemiga, rigurosa y fria,
Obscuras sombras, lúcidas estrellas;
Volvedme la querida compañia,
O al son de mis suspiros y querellas,
Ayudad de los pájaros la salva,
Aires del Tajo, que llamais el alba.

»Culpados en mis locos desengaños,
Ninguno de vosotros me responde;
La noche que compuso sus engaños,
Y muda agora al fugitivo esconde,
Las sombras, compitiendo con mis daños
Las sordas aguas y las peñas, donde
Llorar le ví, las luces celestiales,
Que alegres vieron mis llorados males.

»Callé, porque las aves me volvian
A mis llorosos techos con presteza,
Que al dueño sin ventura recebian
Con triste luto y funeral tristeza.
La fama y la vergüenza resistian
En mi dolor la mujeril flaqueza,
Y viéndolas del seso vencedoras,
Pasé los dias, y engañé las horas.

»Oí, después que el hijo de Fernando
Pasaba armado á la menor Hesperia,
A su inconstante reina amenazando,
Con justas armas capital miseria.
Dejé mi casa y padres, lamentando
De mi desdicha la infeliz materia,
Tragedia de su honor, que represento
Agora triste, que mi agravio cuento.

»El miedo cierto, que jamás se engaña,
Instó cruel, tiranizando el gusto,
Que estaba con Alfonso en la campaña,
Mi ausente dueño, mi tirano injusto.
Llegué con esto á lo mejor de España,
Lisonja y gloria del piadoso Augusto,
Y el Ebro manso entre sus brazos goza
Los campos de la antigua Zaragoza.

»En ella supe que Gerardo apriesa,
De Jaca y Huesca, á Barcelona trujo
Gran número de gente montañesa,
Que á su gobierno militar condujo.
Mi amor los altos montes atraviesa,
Y á tal congoja y pena me redujo,
Que el vuelo de mi loco pensamiento
Seguí sin alas afrentando el viento.

»Llegué de Barcelona á la marina;
La armada ví, que la inconstancia loca
Domaba, cuando el viento la encamina,
Y el mar tratable con los remos toca.
Pedí, llorando, al cielo su rüina,
Y en la cerviz exenta de una roca
Dí voces, y miraba en sus navíos
Hinchar las velas los suspiros mios.

»Estaba el mudo viento detenido,
Y el mar sereno en su quietud perplejo,
Sin dar ninguno acuerdo á mi sentido,
Al mal remedio y al furor consejo.
Con natural piedad enternecido
De las constantes peñas el reflejo,
Volvia entre las ondas quebrantada
La imágen triste de mi voz cansada.

»Llamé con el vestido y con la mano
La errante casa, que las aguas corta;
Lloré sin fruto, querelléme en vano,
Que poco el ruego sin ventura importa;
Lanzóme al agua mi furor insano,
Y el vulgo atento con piedad reporta
Mi loco exceso, y en su mal divisa
La desdichada suerte de Fenisa.

»A casa de Filena me llevaron,
De Ansberto hermana, generosa dama,
En quien de Claramonte eternizaron
Beldad, virtud y honor la antigua fama.
Los moros de Isajuar le cautivaron
Su hermano fiel, que mi venganza inflama,
El mas valiente y singular guerrero
Que en el cristal de Darro vió su acero.

»En muchos dias que aguardé pasaje,
Libre volvió de la prision de Muza
Ansberto invicto, á quien conté mi ultraje,
Y en una fuerte nave de Arraguza,
Dejamos de su casa el hospedaje;
Trabóse no pensada escaramuza
Entre enemigos vientos, y á porfía
Cerraba el mar los términos al dia.

»Por ver mi honor de su traicion vengado,
Sufrí la injuria del contrario cielo;
Tomó en Italia puerto mi cuidado,
Pisé de Baya el agradable suelo.
Al pié de un tronco estéril y abrasado
Hallé un pastor, que con piadoso celo
Aquí me trujo, donde cuento agora,
O triste digo lo que el alma llora.—

«No digas mas, que si vengarte puedo,
Dijo Liseno, volveré á la guerra,
Que en poco estimo la ofension y el miedo
Del último hospedaje de la tierra.
Perdona, Ansberto, si obligado excedo,
Que el justo fuego que mi pecho encierra
Ha puesto un breve y lícito embarazo
Al rayo vengativo de tu brazo.

»Sabrás, Fenisa, que Gerardo aleve
En otros brazos por tu mal reposa,
Gozando Laura lo que á tí se debe,
Y está con tus desdichas venturosa.
Cautiva libre al corazon se atreve
Del preso dueño de su vista hermosa,
Trocando los rendidos corazones
Para mas cautiverio las prisiones.

»Confieso que pudiera justamente
Callar agora lo que siento y digo,
Mas la verdad forzosa no consiente
Que en nada falte su piedad contigo.
Si acaso inadvertida, de repente
Te hallara el nuevo amor de tu enemigo,
De tí ¿qué fuera? pues la incauta vida
Se pierde amenazada y prevenida.

»Deja á Gerardo, sus engaños deja,
Su trato doble y proceder injusto,
Que nunca pudo la inocente queja
Forzar el pecho ni obligar el gusto.
No sigas mas al que de tí se aleja,
Si puede hacer tu corazon robusto,
Armado contra el brazo del agravio;
Que el pecho sufra y que enmudezca el labio.

»Ansberto, generoso caballero,
Bella española, tu rigor obliga;
Cortés y amante desnudó el acero,
Y amor le fuerza que tus pasos siga.
No es su dolor afecto lisonjero,
Que ocioso espera que la lengua diga
Que es grande amor, si escapa de locura,
Si la vida por otro se aventura.

»Esta verdad, que sin ficciones vanas,
Sin matices retóricos fingidos
Muestran del alma las acciones sanas,
Sirviendo de palabras los sentidos,
Obliga la observancia de mis canas,
Mas que suspiros tiernos y gemidos,
Que tu piedad benigna solicite,
Y sus afectos tiernos acredite.

»Tú misma reconoces la ventaja
De Ansberto á sus opuestos capitanes,
Pues libras del agravio que te ultraja
La pena en sus aceros catalanes.
Tu engaño ciego con valor ataja,
Y no con tema y liviandad profanes
El amor, la eleccion y la pureza,
Que no consienten mujeril flaqueza.»

Efectos diferentes en un punto
Causó Liseno con la oculta nueva;
De Ansberto el pecho, de dolor trasunto,
Con verdes esperanzas se renueva.
Dejó á Fenisa el corazon difunto
La injusta flecha de tan dura prueba,
Y al fin le dice entre importunos daños:
«Confieso de Gerardo los engaños,

»De Ansberto la piedad, el fiel decoro,
La justa obligacion que representas,
Su fe conozco, mi desdicha lloro,
En él se alientan mi dolor y afrentas.
Si agora digo que su vista adoro,
Movida del suceso que me cuentas,
Recela cauteloso las rüinas
De ofertas y saludes repentinas.

»Permite al tiempo ejercitar su oficio,
Que muros rompe y en peñascos labra;
Será posible que á su amor propicio
Dulce hospedaje entre asperezas abra.
Y no es, Ansberto, tan dudoso indicio
De alguna fe, si ofrezco la palabra
De partirles el campo, que desea,
Si tu verdad con su traicion pelea.—

»Segura tengo la feliz vitoria,
Ansberto le responde, que procuro,
Y dar la vida por tan alta gloria,
Por tu hermosura y mi firmeza juro.
Sugeto digno de inmortal historia
Seré, Fenisa hermosa, si aseguro
Mi dicha, aquesos ojos su venganza,
Y muere entre tus brazos mi esperanza.

»Dichosa fué de España mi partida,
Y alegre el movimiento de mi nave,
Del fiero mar la furia embravecida,
La voz del viento plácida y suave.
Tu vil amante perderá la vida,
Y aunque á pesar de mi piedad se acabe,
Daré á la causa que me trujo á verte
Castigo justo en la forzada muerte.»

No dijo mas, porque el cortés Hesperio
Aun esto quiere que á su amor se deba,
Pues con debido alegre ministerio
A cada cual á su aposento lleva.
Cansado el sol de visitar su imperio,
Fatiga y pasos en el mar renueva,
Y escondiendo su rostro al horizonte,
Vistió la frente del vecino monte.

Después se entretuvieron y cenaron
Con dulce risa y agradable fiesta,
Lo mas de las tinieblas dilataron
La cena, mas sabrosa que compuesta.
En plumas y algodones reposaron,
Y no en delicias de labor molesta,
Ni en blanca holanda, que á soberbios grandes
Tejió sin manos la ambicion de Flándes.

El pecho de Fenisa, que lastima,
Robado el sueño de temores halla;
Su honor la rinde, y el honor la anima,
La injuria grita, y el engaño calla.
No sufre amor que reposando imprima
En el funesto campo de batalla
La bella estampa, y presurosa luego
Libró las plumas de su ardiente fuego.

Salió del lecho, y á un zagal dormido
Al resplandor escaso que arrojaba
Un leño entre cenizas escondido,
Que envuelto en humo á veces alumbraba,
Llegó callando, sin hacer rüido;
Tocóle, y él pensó que le llamaba
Otro pastor, y con grosera mano
Asió á Fenisa el rústico villano.

Y al rayo de la luna despertando,
Que á pesar del silencio y de la puerta
Por un resquicio breve penetrando,
Con la funesta lumbre se concierta,
Vióla sus blancas hebras afrentando,
Y verla apenas de temor acierta;
Ella con ruegos su demanda apoya,
Y á su cudicia le entregó una joya.

El incapaz ministro dificulta,
O fué consejo del pesado sueño,
El dar ayuda á la jornada oculta,
O justo miedo de su anciano dueño.
Y viendo la ganancia que resulta,
Presto, sagaz, pacífico y risueño
Sacó el caballo, previniendo en torno
El ronco quicio con infiel soborno.

La hermosa luna, dilatada y llena,
A entrambos encamina y acompaña,
A ver de Italia la fatal sirena
Que el seso aduerme y el discurso engaña.
Una criada antigua de Filena
Le dijo al tiempo que partió de España
Que sola Alcimedonta con su encanto
Dará remedio al importuno llanto.

Entre estos amorosos desvaríos,
Que el cierto daño con piedad encubren,
Ni el mudo sueño ni los aires frios
El fuego templan, y el engaño cubren,
Cuando los montes pardos y sombríos
Del sol los rayos sin salir descubren,
Y alegre el alba entre las flores bellas
Despide las inútiles estrellas.

Dejó la cama sin dormir despierto,
Oyendo que saludan los pastores
El nuevo dia con igual concierto
Las dulces flautas, resonando amores;
Buscó á Fenisa el desdichado Ansberto,
Miró la casa, fatigó las flores,
Llamó los montes, ablandó las peñas,
Y á todos daba de su ingrata señas.

Y viendo que ninguno le responde,
Sube á caballo, atravesando pinos;
Camina loco y presuroso donde
Le llevan sus furiosos desatinos.
El mar soberbio juzga que la esconde,
Y sin noticia fiel de los caminos,
El mismo sigue que le ofrece á Baya,
Torciendo el paso á la vecina playa.

Entre unas peñas su deshecha nave
El sol turbado con piedad le muestra;
Su lumbre pura, con aspecto grave,
A ver el espectáculo le adiestra.
Primero pues que de mirar acabe
Con tiernos ojos la naval palestra,
Conoce sus amigos y pilotos,
Y el mar jugaba con los leños rotos.

Y á veces, animado de los vientos,
Saliendo de su márgen, revolvia
Los cuerpos maltratados y sangrientos,
Que halló besando la distancia fria.
Detuvo los turbados pensamientos
El caso, que á sus males ofrecia,
Aunque sin penas fuera cuerdo y sabio,
Igual desdicha y desigual agravio.

Y viendo de la nave los pedazos
Vestir, deshechos con mortal rüina
Del pardo escollo los nudosos brazos,
Teñidos con la sangre peregrina,
«Que llore de Fenisa los abrazos
Razon será, si el cielo determina,
Suspenso dijo, que en el campo verde
Naufragios pase quien su dicha pierde.

»No es el dolor de mis amigos muertos
El justo alivio que mis males sienten,
Ni tan confusos vanos desconciertos
Fingiendo esfuerzo con su mal consienten.
Seguir pretendo mis engaños ciertos;
Sus dulces hierros mi temor alienten;
Amor me llama y me embravece Marte.»
Esto diciendo, á la venganza parte.

CANTO V.

ARGUMENTO.

Sus tiendas en los campos de Pelosa
Descoge Alfonso, y Aimerico lleva
De la debida muerte y afrentosa
De Juana triste la primera nueva.
Reiner á Alfonso reta en una umbrosa
Selva; Gerardo con Ansberto prueba
Armas y brazos, que Florel desparte;
De Alfonso triunfa el ínclito estandarte.

De sus invictos fuertes escuadrones
(Que nunca en los sucesos desiguales
El tiempo los robustos corazones
Turbó con bienes ni oprimió con males),
Miraba las divisas, los pendones,
Las armas y los ánimos leales
En los tendidos campos de Pelosa
El noble Alfonso, que jamás reposa.

De tiendas matizadas de colores
Confusamente estaban coronados,
Vistiendo octubre de prestadas flores
El seno estéril de los secos prados.
Cubrian sus gallardos moradores,
De la celeste injuria amenazados,
Mas grana y seda que en sus ferias trueca
Codicia alarbe visitando á Meca.

Ni el arco hermoso que adoró la tierra,
Que al mar impide que humedad exhale,
Divina paz en la lluviosa guerra,
Por nubes negras tan vistoso sale,
Viendo en el campo que su gente encierra,
Corrido el sol que su hermosura iguale
En prendas de africanos andaluces,
Parar sus rayos y doblar sus luces.

Era de Alfonso la soberbia tienda,
De riza tela, sobrepuesto el oro,
Que en Fez labró, sin consentir enmienda,
Sutil aguja de ingenioso moro.
La industria daba en la campal vivienda
Albergue entonces del rëal decoro,
Con ébano y marfil, igual sustento
Al vagabundo y trágico aposento.

En él de Juana y de Reiner aguarda
Segura nueva el hijo de Fernando,
Que á su noticia por descuido tarda,
Habiendo dias que la está esperando.
Del fiel suceso la impresion gallarda
Que asiste sus recatos animando,
Ni ofrece duda á la invasion prudente,
Ni breve asomo de temor consiente.

Ya procuraban por el ancho velo
Del sol las rubias trenzas voladoras
Al blanco dia, en la mitad del cielo,
Cortar las sombras y partir las horas;
Cuando ligero, fatigando el suelo,
Llegó á tocar las bandas vencedoras
Por medio de las tiendas Aimerico,
De aliento pobre, de plumajes rico.

Alegre el rostro, aunque suspenso trujo,
Neutral entre el contento y la tristeza;
De risa copia, de dolor dibujo,
Mostró severamente su flaqueza.
A dolor el contento se redujo,
Y en confusion de tal naturaleza,
Luchaban siempre con igual efeto
El mal notorio, y el placer secreto.

Así humillado y grave se presenta
A Alfonso, que en los brazos le levanta;
Detúvose la gente, que contenta
Al término preciso se adelanta.
Por no turbarse, sosegado intenta
Templar la vista con grandeza tanta;
Bajó los ojos, y animado y triste
La voz despide, y el dolor resiste.

«Murió, Señor, de todos olvidada,
La reina Juana, tu adoptiva Madre,
Faltando á la corona desdichada
El justo honor que á tu grandeza cuadre.
¿A quién faltó lamento de criada,
O amigo perro, que funesto ladre?
Y alegres ojos, sin pagar tributo,
El cuerpo miran con semblante enjuto.

»No por respeto ó por lisonja callo,
Juzgando la mejora que recibe
Tu intento fiel, y que á tus sienes hallo
Que su corona altiva se apercibe.
No fies, noble Afonso, del vasallo
Que el fuero rompe, con que nace y vive,
Ni esperes que tu fama restituya
Quien vil y aleve defraudó la suya.

»Yo soy de tus criados generosos
Quien tantas veces ofreció la vida
A pérfidos aceros sediciosos,
De engaños y promesas combatida;
Induje amigos fieles y briosos,
Y á tus gloriosos trances ofrecida,
Gasté la edad por adquirirte el reino,
Y agora canas por lo mismo peino.

»La primera verdad de tu derecho,
De tan forzosos armas la justicia
Habitan la entereza de mi pecho
Con celo noble y amistad propicia.
Bien sabes que en su mengua, á su despecho,
Siguiendo en varios casos tu milicia,
Aborrecí por darte la corona
Sus hechos, respetando su persona.

»Sola pasó, como afrentado digo,
Faltando quien sus prendas venerase,
Y en tanta gente el natural abrigo,
Que los helados miembros sepultase.
Apenas hubo un aparente amigo
Que en las exequias fúnebres llorase,
Asiendo alguno el ataud del asa,
Por solo echarla de su misma casa.

»Los míseros cultores de los bueyes
Respetos naturales observaron,
Y aquí las santas y paternas leyes
La plebe y la nobleza profanaron.
¡Oh suerte miserable de los reyes,
Que tantos lisonjeros adoraron,
Y muerto el dueño, la impiedad procura
Cerrar en tan estrecha sepultura!

»Esta es aquella que reinó en Hesperia,
Decian los ingratos ciudadanos,
De plumas y armas general materia,
Teatro de ambiciosos cortesanos.
Hallaba en todos la infeliz miseria,
No amigos, sino bárbaros tiranos;
¿Quién vió jamás en tan penoso duelo
Faltar llorosos y sobrar consuelo?

»Cerró los ojos el humano engaño,
Opuesto á desventura semejante,
Y no cortó tan justo desengaño
Los tiernos pasos del lascivo amante.
Ni al torpe logro que inventó su daño,
Las cautas redes que tendió adelante,
Ni al litigante intrépido, molesto,
El lance injusto, que llevó dispuesto.

»A nadie sus desdichas aprovechan,
Ni enfrena el mundo tan infame suerte,
Y ciegos todos la piedad desechan
Con duro brazo y resistencia fuerte.
Villanas almas al contento pechan,
Y ¿en qué region no descubrió la muerte
Haciendas, amistades y escarmientos,
Venciendo afectos y domando intentos?

»El ofendido cuerdo se recata,
Y su familia á su opinion se atreve;
Excesos muertos sin temor relata
Al mismo tiempo que llorarlos debe.
Herida le ofreció su patria ingrata
En su hospedaje, y sepultura breve
El moderado límite forzoso
Que dió á los muertos el comun reposo.

»Ni olores quiere, ni piadoso culto,
Ni mármoles bruñidos trasparentes,
Ni ver llevar su respetado bulto
En los piadosos hombros de parientes,
Ni ver pedir el necesario indulto
Con voces lamentables y dolientes:
Solo pretende que le dén por yerro
El vil sepulcro de un plebeyo entierro.

»Reiner, de la ciudad señor intruso,
Miró la ofensa, y á mandar atiende;
Del gran tesoro liberal dispuso,
Y hacerse rey con su caudal pretende.
Los viejos muros sin tardar compuso,
A todo asiste, y recatado entiende
Que verá tus escuadras españolas
Cubrir los campos y oprimir las olas.

»Oye lisonjas, y engañado y libre,
Cubrieron de romanos la campaña,
Que el gran Pastor desde el sagrado Tibre
Arroja en odio del honor de España.
Sin miedo sale, que tu diestra vibre
El fatal pino, que corriendo baña
Francesa sangre, si escuadrones mueve,
Y ver los tuyos sin huir se atreve.

»Marchando viene á combatir resuelto,
Antes que el campo de Puzol le ganes;
Siguen su paso diligente y suelto
Esguízaros, süevos y alemanes,
Nobleza suma en escuadron revuelto,
De Nápoles y Francia los galanes,
Que entre delicias torpes se criaron,
Y el ocio con las armas castigaron.

»Animan ciegos su atrevida empresa
Ursino, Esforza, Arunco, Sanazaro,
Caldora, Contiñola, que profesa
Ser de sus lises singular amparo.
Tambien le sigue con igual promesa
El noble Paradino, ejemplo raro
De fe animosa y varonil constancia,
Fuerte ocasion de que se oponga Francia.

»Las armas naturales y extranjeras
Con máquinas y dádivas compelen
Que sigan sus imprévidas banderas,
Haciendo que á tu imperio se rebelen.
Y el fin de sus astucias y quimeras,
Por mas que en tus ofensas se desvelen,
Será entregarte la ciudad, que agora
Respeta las mudanzas de Caldora.»—

«¡Oh caso triste, oh merecida injuria!
Responde Alfonso con piadoso llanto:
¿Quién detendrá la vengativa furia
Del Padre celestial con ruego santo?
Que viese, quiso, la ofendida curia
De Nápoles turbada del espanto,
Vengando el cielo á Ladislao de Juana,
El mismo entierro que le dió su hermana.

»Efectos de la justa providencia
Descubren los castigos merecidos,
Y es vana, inútil, breve resistencia,
La ciega confusion de los sentidos;
Despierta en el engaño su clemencia
Los ánimos rebeldes y dormidos,
Y pone siempre con el mal ajeno
Al tibio espuelas y al gallardo freno.

»Salga el francés, y su poder desate
Mas gente y armas por el campo hesperio
Que ha visto el sol, llegándose al remate
Del nuestro y del antípoda hemisferio,
Y no será posible que dilate
Un solo paso su atrevido imperio
Librado en Paradino y Contiñola,
Cuando en Italia mi pendon tremola.

»No temo los aceros belicosos,
Que tantos enemigos multiplican,
Si opuestos á mis brazos vitoriosos
Injustas armas á seguir se aplican;
Que solo servirán los sediciosos,
Que tanto su derecho justifican,
En darle de engañarse un dulce modo,
Y hacer despues con que lo pierda todo.

»No solo yo por la razon peleo,
Ni solo á mi resiste su locura,
Ni vine persuadido del deseo,
Ni expuesto á la opinion y á la ventura:
El cielo me llamó, y al cielo creo;
El cielo la corona me asegura,
Y diéronme el derecho en que me fundo
Mi brazo, el cielo, la razon y el mundo.»

Esto diciendo, por el campo suena
Un rumor diligente y repentino,
Que ni la muda suspension le enfrena,
Ni el pasado silencio le previno.
El recatado vulgo desordena,
Calando al prado por hallar camino,
Y usando de la espuela y del azote,
Un heraldo francés llegaba al trote.

La incierta gente gente le ciñó confusa,
Y el jóven sin tardanza caminaba;
El breve paso á la presteza acusa,
Que no camina al tiempo que volaba.
Cualquier estorbo y detencion rehusa,
Hasta llegar adonde Alfonso estaba;
Llegó á la puerta de la tienda, y luego
Rompió el silencio del comun sosiego.

«Reiner, le dijo, invicto descendiente
De aquellos reyes, que sus nobles pares
La fe volvieron al turbado Oriente,
Rompiendo en Sion los pérfidos altares,
Y del Jordan sagrado la corriente,
Que en vano llaman los vecinos mares,
Pasó tan libre, que sus aguas santas
Besar pudieran las divinas plantas,

»Te ruega, te aconseja, te amonesta
Que no discurras por Hesperia vago,
Haciendo siempre tu opresion molesta
Al triste reino tan violento estrago;
Que mires el trabajo que le cuesta
Sufrir á dos, que con injusto pago
Hacen, logrando el tímido hospedaje,
Daño á los campos, y al honor ultraje.

»No es culpa de los míseros que llame
Por justos sucesores adoptivos
Juana á los dos, y muerta se derrame
Sangre inocente de inculpables vivos.
Alfonso, teme que ofendida clame,
Pues rompe con tan ásperos motivos
En tierra del silencio las cadenas,
La muda sangre que calló en las venas.

»Y así, con justa lástima te pide
Que libres el suceso de la guerra
En solo un dia, pues con esto impide
El cierto fin de la oprimida tierra.
Solo, con muchos ó con pocos, mide
Igual palestra, que á ninguno encierra,
Y en ella el que vencido se rindiere,
Ni á Marte siga, ni reinar espere.»—

«Dile á Reiner, Alfonso le responde,
Que yo agradezco de su intento sano
El medio y la piedad que corresponde
Al pecho fiel de un capitan cristiano;
Sí, lo agradezco, aunque ocultado esconde
Pacífico designio de tirano,
Y no hay temor, si al rústico recuerda,
Que el pié la sierpe entre la flor le muerda.

»Con larga guerra en trabajosos años,
Llamado, descompuesto y rebatido,
Callando agravios y sufriendo engaños,
Ni obré quejoso, ni injurié ofendido:
Vencí esperando tan prolijos daños;
Vistióse de otra suerte mi partido,
Y á pesar de los émulos que tengo,
Lo mas del reino en posesion mantengo.

»Reiner de los bandidos sediciosos
Y extrañas gentes escuadrones forma;
Los muros que ocupaban animosos,
Postrados por mi gente los reforma.
¿Qué trances ó qué fines tan dudosos,
Con dulces medios de piedad conforma?
Qué tiene mas que su ambiciosa espada,
Y ver en sí que no aventura nada?

»Sin duda que te engañas, mensajero,
Pues no es posible que Reiner se atreva
A ver desnudo mi sangriento acero
Y hacer conmigo de sus brazos prueba.
Es cuerdo, y no insolente caballero,
Y no es razon que tu ignorancia deba
Ser culpa en él, y diérate el castigo,
Si no aguardara su rigor contigo.

»Sin armas, sin fatigas, sin heridas,
De toda Hesperia desterrarlo intento,
Que á precio injusto de inocentes vidas,
Ninguno compra posesion de asiento:
Victorias de sus dueños homicidas
Son muertes con dorado sentimiento,
Y cuando mas por su opinion se mueve,
El cuerdo vence al loco que se atreve.»

No dijo mas, y el mensajero parte,
No tan veloz como soberbio vino;
La gente por el campo se reparte,
Y Alfonso brevemente la previno.
En tanto pues que se apareja Marte,
Y el monte tiembla del rumor vecino,
Llegaba Ansberto á una floresta verde,
Que nunca el manto de sus flores pierde;

Tan fresco, que á pesar del seco estío,
El vario esmalte que su abril conserva,
De altivos olmos escuadron sombrío,
Del sol con dulce injuria le reserva.
Recoge el prado un despeñado rio,
En blanda cama de menuda yerba,
Que en pago lisonjera dividia
Con lento paso la corriente fria.

En el florido albergue, de las hojas
Vistiendo sus matices y colores,
Cantan las aves amarillas, rojas
Al cielo quejas, y á su luz amores.
Mezclaba dulcemente sus congojas
Con el robado aliento de las flores,
Risueño y grave el apacible viento,
Haciendo de las ramas instrumento.

Dejó el caballo, desciñó la espada,
Y el fértil suelo presuroso mide,
Dejándola en la yerba sepultada;
El fuerte escudo con furor despide;
Arroja al pié de un tronco la celada,
Desata el peto, que molesto impide
Al pecho que respire el fuego ardiente
De amor y celos y temor de ausente.

Suspenso y mudo, sin hallar descanso,
El cuerpo entrega á la oprimida grama,
Consigo mismo riguroso y manso,
Marchita y seca la piadosa cama.
El son del agua que formó un remanso,
La voz se le figura que le llama
De aquella ingrata que á Gerardo adora,
Que amada ofende, y olvidada llora.

Y viendo que le engaña su locura,
Suspira triste la cabeza baja:
Si mira el agua cristalina y pura,
Por no enturbiarla, con dolor trabaja;
Si ve del monte alegre la verdura,
La dulce vista sin piedad ataja
El mal que ofrece al abrasado seno,
Memorias de los campos de Liseno.

Lucha el amor con la tirana ofensa,
Y entrambos vencen al perdido amante;
Celoso quiere, cuando airado piensa,
Que viste la ternura de diamante:
No trata ya de prevenir defensa,
Que no la tiene engaño semejante,
Pues son pesado sueño los desvelos,
Amor la ofensa, y la venganza celos.

«¡Oh tantas veces desdichado Ansberto!
Dijo á la selva que le escucha atenta:
El mal te llama de un agravio cierto,
¿Y vas con ruegos á vengar su afrenta?
¿Qué espera tu engañado desconcierto,
Si el dueño injusto que matarte intenta
Burló tu amor, y tú que le acompañas,
Celoso y loco tu dolor engañas?

»Si á veces de Fenisa te defiendes,
Con tu enemigo mismo te aconsejas,
Y amante ciego remediar pretendes
Agravios propios con ajenas quejas.
Caminos varios engañado emprendes,
Y el cierto y fácil sin buscarle dejas,
Y estás tan loco, que á Fenisa pides
El mismo bien que á tu desdicha impides.

»¿Qué esperas, qué discurres, qué imaginas?
Lo que otro deja, priva de sus fueros
Tu noble libertad, y en sus rüinas,
Ni ves temor ni desnudar aceros?
¿Amar lo aborrecido determinas,
Y vives entre engaños lisonjeros,
Viendo que aguardan venturosos brazos
Lo que amas triste con infames lazos?

»Tú fuiste quien del granadino moro,
Vencidos los soberbios vencedores,
Diste á su vega pródigo el tesoro,
Emulacion alegre de sus flores.
¿Qué es de tu honor, tus fuerzas, tu decoro,
Rendidos á tan frágiles amores?
¿Eres el mismo? No; mas si otro fueras,
Menos desdicha y confusion tuvieras.»

Así ofendido y triste se quejaba,
Cuando del monte el cóncavo sombrío
Con paso diligente atravesaba
Gerardo osado por llegar al rio.
Su noble amante hermosa acompañaba
Laura gentil, que con sagaz desvío
Entre el forzoso engaño divertia
Memorias de su antigua compañía.

Apenas el honor de Claramonte
Descubre entre las ramas á Gerardo,
Cuando oprimido el apacible monte
Sintió medroso su furor gallardo.
«Detente, que primero que tramonte
El sol, le dijo, la venganza aguardo
Del mas aleve pecho que de España
Manchó el honor con insolente hazaña.

»Presto verás que de Fenisa ausente
La justa queja y vergonzoso daño
Halló piedad y brazo tan valiente,
Que igualará al castigo de tu engaño.
Ni llegará del sol la rubia frente
A las postreras márgenes de el año,
Primero que me vengue desta ingrata,
Que tú aborreces y de amor me mata.

»Burló con dulce engaño mi locura,
Que agora vengo con igual castigo,
En tí, porque burlaste su hermosura,
En ella infiel, porque fingió conmigo.
Con esto mi palabra se asegura,
Mi amor se venga en su mayor amigo,
Su fama con tu vida se restaura,
Y el mal que siento con quitarte á Laura.»—

«¡Quitarme! dijo la gallarda dama:
¿Qué acero fuerte ó qué españoles brazos
Harán crecer el número á la fama,
Haciendo el ñudo de mi honor pedazos?
Del prado deja la florida cama,
Liga el arnés con los usados lazos,
Que si yo desarmada no viniera,
Tu vida presto mi rigor sintiera.

»Mas no lo quiere la desdicha mia
Ni el noble pecho de mi dueño fuerte.»—
«No, Laura hermosa, su campion decia,
Que no merece tan dichosa muerte.
Ansberto, bien conozco tu osadía,
Y cuando fué forzoso conocerte,
Siempre te ví, que por trabar batallas,
Derecho y ley en los tiranos hallas.

»Jamás me acobardaron ademanes
Y mal fundadas vanas presunciones,
Que obligan á soberbios capitanes
Que venguen aparentes sinrazones;
Ni han de librarte aceros catalanes
Del gran peligro en que tu vida pones,
Pues nunca en trance igual tu aliento viste
En el campo de Urgel, donde naciste.

»Si acaso sabes ó advertido piensas,
Primero que al vivir, su curso impidas,
Que ni reparo tienen sus ofensas,
Ni vengarla podrás con muchas vidas;
Encuentros buscas sin tener defensas,
Y cuando las tuvieras prevenidas,
Sin seso vienes, si arrojado quieres
Vengar agravios y enmendar mujeres.»

Esto diciendo, del arzon asido
Dejó la silla con presteza tanta,
Que el movimiento apenas percebido
Fué del contrario, que ligero espanta;
Entre la verde yerba dividido
Las sueltas piezas del arnés levanta,
Y Ansberto mira con semblante fiero
La nueva traza del cortés guerrero.

Llevóle el peto, y con serena frente
Ansberto le responde sosegado:
«Presto verás que tu arrogancia siente
Mi duro brazo por tu mal armado.»—
«No te detengas, replicó el valiente
Gerardo, porque ofende al verde prado
El ver que con tu sangre no le riego,
Y el cuerpo helado á su regazo entrego.»

Hizo, por mas que el catalan se ofenda,
Que el yelmo enlace y que la espada ciña,
Y porque no dilate la contienda,
Discurre Ansberto la fatal campiña.
Desata presto la revuelta rienda
Del verde tronco, y del caballo aliña
La silla, que en sus vueltas se interpuso,
Y la tez de las flores descompuso.

Della en la silla con ligero salto
La emulacion se puso de Tifeo,
Y apenas sube, cuando muestra en alto
La espada, ejecutando su deseo.
Mas no causó temor el sobresalto
Que pudo darle su feroz empleo,
Pues ya sobre él, porque mejor le tope,
Llegó Gerardo con audaz galope.

Por el siniestro lado le acomete,
Y antes que Ansberto el rabican revuelva,
Partiéndole la cresta del almete,
Hizo que rojos los plumajes vuelva.
Midió de los arzones el copete,
Y vuelto en sí, primero que resuelva
Gerardo el segundar con triste efeto,
La dura pasta le rompió del peto.

Sintió el gallardo morador del Turia
El nuevo paso, que allanó el estoque,
Y no aguardó con desigual injuria
Que su vertida sangre le provoque.
Revuelve presto con violenta furia,
Y antes que el hierro en los ijares toque,
Rompió del Catalan el fuerte pecho,
El lado izquierdo y el arzon derecho.

Y viendo derramar atravesado
Su roja sangre por el campo verde,
El impaciente Ansberto desangrado,
Cobrando enojo la paciencia pierde.
Volviendo con su afrenta aconsejado
No quiso amor que de vivir se acuerde;
Que estando entre desdichas oprimida,
No hay cosa mas sobrada que la vida.

Halló tan cerca á su enemigo fuerte,
Que pudo luego, sin hallar defensa,
Abrir camino á la vecina muerte,
Y al recebido golpe recompensa;
Mas no dejó que la venganza acierte
La misma furia que le dió la ofensa;
Y así, rompió de la cabeza y brazo
Igual acero con igual pedazo.

Segunda vez sin alentar repite
El mismo golpe, que apresura en vano,
Sin ser posible que Gerardo evite
Que no le ofenda la soberbia mano.
Hizo que el pomo martillando quite
Al otro lado, por su mal cercano,
De espalda y brazo la defensa amiga,
Que al prado entrega con mortal fatiga.

Gerardo, asido á la amistad del freno,
Perdiendo de sus armas el amparo,
Soberbio intenta, de vergüenza lleno,
Que el duro estrago le saliese caro.
Llevó la punta encaminada al seno,
Y hallando de las armas el reparo,
Volvió de filo, y procuró la enmienda
Cortando un tajo á la vecina rienda.

Parte el ligero rabican corriendo,
Negando la debida servidumbre;
Aquí y allí revuelve discurriendo,
Perdida en todo su leal costumbre.
Tal vez al hondo valle descendiendo,
Y tal buscando la selvosa cumbre,
Por mas que con la mano y con la espada
Enderezarle quiere á la estacada.

Gerardo en ella vencedor aguarda,
Y Laura, que mirando le socorre,
Maldice á la tiniebla que se tarda,
La sangre viendo que en el campo corre.
Este recelo vano la acobarda,
Y osada teme que tardando borre
El justo honor de el vencedor gallardo,
Perdiéndose la vida de Gerardo.

En esto á pié por la estacada viene
El hijo de Aglansol, corriendo apriesa
Diciéndole: «¿qué asombro te detiene,
Si eres guerrero; y de vivir te pesa?
Baja, y soltando tu cursier, mantiene
El trato vil que tu ambicion profesa;
Que no porque las riendas me cortaste,
Hacer pudiste que el castigo baste.»—

«Si acaso quieres aguardar un poco,
Dijo Gerardo, á tu insolente ruego
Daré el castigo que merece un loco
Exceso, descortés, errado y ciego.
Mi justa gloria vencedor apoco,
Si tu atrevida peticion te niego».
Esto diciendo, con ligera vuelta
La yerba pisa, y el caballo suelta.

Sintióle apenas la florida espalda
Del monte, cuando descendió á la vega
Corriendo un caballero por su falda,
Que en breve espacio á los guerreros llega.
De Ansberto reconoce la guirnalda,
Divisa antigua que el amor le niega;
Las negras bandas de Gerardo mira,
Y así les dice cuando mas suspira.

«En buen lugar y con gentil motivo,
Sois de la fama singular materia,
Quedando cada cual apenas vivo,
Teñido en sangre con igual miseria:
En tiempo que Reiner, soberbio, altivo,
Tirano, quiere de la antigua Hesperia
Lograr los campos y oprimir las olas,
Con mengua de las armas españolas;

»Cuando del Quinto Alfonso las banderas,
Las bandas rojas y las cruces santas,
Los fuertes brazos y sus armas fieras,
Respeto y miedo de naciones tantas,
Destierran de sus montes y riberas
Las lises de oro y extranjeras plantas,
¿Verteis la sangre en márgen extranjero,
A pesar de la malla y del acero?

»¿Tiempo es agora de teñir las flores
Y dar las honras por venganzas viles,
Trocar la guerra por reñir amores
Dejándola por causas femeniles,
De hacer en la campaña ejecutores
De enojos envidiosos y civiles
Los duros brazos, que pudieran solos
Poner las bandas en entrambos polos?

»De opulentos despojos abundantes,
Y de gloriosos lauros coronados,
A España volveréis, ciegos amantes,
Con las victorias mismas afrentados.
Así de las bengalas y turbantes,
Entre vistosas plumas enlazados,
Hicieron, no de plata, sus tesoros,
Vuestros abuelos de los reyes moros.

»Vencida esta liviana competencia
Con mas honor en tanto desconcierto,
Por tí, Gerardo, quedará Valencia,
Y Cataluña ilustre por Ansberto.
¡Oh amor, oh celos! infernal dolencia
Que turbas la quietud deste desierto;
Por tí se olvidan, ¡oh terrible hazaña!
Tan nobles hijos de su madre España!»

Dijo, y calló, porque suspensa al punto
Quedó la gran batalla intempestiva;
Conocen á Florel, partiendo junto
El sol que de los montes se derriba.
Forzados dejan el celoso asunto;
Venció el honor á la ocasion que priva
Del seso al que con vanos intereses
Burló la edad en sus dorados meses.

Florel de Ansberto y Laura de su amante
La sangre toman, las heridas ligan,
Y al humo que descubren adelante,
Atentos caminando se fatigan.
Al monte mas riscoso y arrogante
Las negras alas de la noche obligan
Que en ellos pierda el sol de su jornada
Las claras prendas de la luz pasada.

Llegaron de la sombra acompañados,
Y siendo de su dueño recebidos,
Dieron en blanda pluma sepultados
Tregua al dolor y engaño á los sentidos.
Volviendo el sol á retozar los prados,
Despiertan á los pájaros dormidos
Los frescos aires con que baja ufana
Coronada de flores la mañana.

Por una quiebra de la opuesta sierra
Que mira de los campos de Pelosa,
El verde manto de su fértil tierra,
En opulentas mieses poderosa,
Rumor confuso de importuna guerra
Retumba en la distancia cavernosa,
Dejando presto el capitan de España
De lises de oro llena la campaña.

Apenas miden el armado suelo,
Cuando tan fuertemente los embisten,
Que honor y miedo con sagaz recelo
El duro impulso por su mal resisten.
Cual suele airado desatar el cielo
Ardientes rayos que de lustre visten
El aire y los opuestos horizontes,
Rompiendo nubes y abrasando montes;

Así de Alfonso los guerreros fuertes
Reciben los franceses escuadrones
Con duros golpes, con sangrientas muertes,
Con mengua de sus armas y campiones.
No vió perdido las trocadas suertes,
Llorando Varo el fin de sus legiones
Con tal dolor, como Reiner miraba
Lo poco que su esfuerzo aprovechaba.

Embiste la batalla por la parte
Que vió la resistencia con aliento;
Fuerzas la infunden su valor y Marte,
Y el daño su atrevido movimiento.
De Esforza luego y Armengol desparte
La igual batalla con mostrar sediento
De ajena sangre el filo, que bañado
Dejó en la suya el montañés soldado.

Pasóle el pecho, y con ligera vuelta
De Artal valiente, que su fuerza impide,
La dura frente en el acero envuelta,
De los distantes hombros le divide.
Trabó de nuevo la fatal revuelta
De opuestas armas, y soberbio mide
El ancho campo, en que sus lises halla
Rendidas al furor de la batalla.

Así gallardo el Paladin discurre,
Y apenas llega del combate al centro,
Cuando con Pedro vencedor concurre,
Que osado y fuerte le salió al encuentro.
Detuvo el brazo, y al honor recurre,
Que aviva el paso, levantando dentro
Del noble pecho un fuego vergonzoso
Que abrasa y culpa su mental reposo.

Movió las tardas plantas tan violento,
Y al gran Alfonso se juntó de suerte,
Que pudo en el peligro de su aliento
Guardar la vida y detener la muerte.
Vuelo tomar no pudo el movimiento,
Y la distancia impide que le acierte,
Aunque cortó las alas del plumaje,
Y en la dorada cresta el homenaje.

Maldiga el cielo y con razon maldiga
La fugitiva tropa de caballos
Que entre ellos pasa, y á Reiner obliga
Que escape entre sus últimos vasallos.
Aquí de Alfonso la mortal fatiga
Tuviera fin, pudiendo sujetallos
El brazo fiel, que sin hallar recurso,
Quedó suspenso en la mitad del curso.

Desmaya en todas partes la contienda,
Y al monte los franceses se avecinan;
No hay golpe que con riesgo los ofenda,
Ni á vencer ni á morir se determinan.
Ninguno sabe qué remedio emprenda,
Y para huir al paso que imaginan,
Se aplica al miedo, que el peligro siente
Del caso vil, la espuela diligente.

Los aires rompe con soberbio estruendo
El grito vencedor, y las cavernas
Del duro monte vuelven, repitiendo
Alegres voces y querellas tiernas.
La sangre por el campo discurriendo,
Se muestra entre cabezas, brazos, piernas,
Y en ellas ya sin ella detenida,
Con breve impulso la pasada vida.

Impide el vencimiento la codicia
Del justo premio que ofreció la guerra
A la severa ley de la milicia,
Que dos fortunas por igual encierra.
Ya la francesa gente desperdicia
Despojos voluntarios por la tierra,
Cual suele el jóven tímido que escapa
Dejar al toro, por huir, la capa.

Paró el alcance, la vitoria para,
Y Alfonso, satisfecho y ofendido,
Mostró al suceso favorable cara,
Del corto vencimiento detenido.
A las debidas gracias se prepara
Con públicos aplausos y rüido,
Y el sonoro metal que los celebra
Del vago espacio los cristales quiebra.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

De Alcimedonta llega á la morada
Fenisa, y un anillo de su encanto
Le da la Maga. En una noche helada
Conoce entre las quejas y el espanto
Reiner á Paradino, y su jornada
Siguiendo á Bari, piden entre tanto
Norberto y Florisbel la bella Arminda.
No espera Alfonso Ambersa que se rinda.

Apenas á los montes la mañana
Que el sol recuerda con su llanto avisa,
Y el argentado rostro de Diana
Ni el mar retrata ni su luz divisa,
Cuando descubre entre la selva cana
Aquella antigua máquina Fenisa,
Del que engañando el aire trujo á Cúmas
Seguro vuelo con ajenas plumas.

Vió la eminente y rara pesadumbre
Que con soberbia altiva se oponia
Del pardo monte á la vecina cumbre,
Primer testigo de que nace el dia.
Entró en el templo, descubrió la lumbre
Que por la estrecha boca parecia,
Y en tanto entrega su caballo al heno
El siervo fugitivo de Liseno.

Amor que se detenga no consiente,
Mirando la excelente arquitectura
En el tributo pálido de Oriente,
Que las colunas altas asegura,
Y que sucesos muertos represente,
Como si vivos fueran, la pintura;
Que mas estima amor sus glorias fieles,
Que partos de buriles y pinceles.

Pisó dudando la medrosa cueva,
Más no rehusa su ignorado centro,
Y el desmayado esfuerzo que la lleva
Fingidos casos le figura dentro.
Aliento cobra, el ánimo renueva,
Cuando la Maga le salió al encuentro,
Y con la breve luz, al mismo punto,
Pudieron verse y admirarse junto.

Fué tal su admiracion, que se juzgaron
Por las fingidas bárbaras deidades
A cuyo honor altares consagraron
Con vanas ilusiones las edades.
El nativo silencio les hurtaron
A las vecinas mudas soledades,
Y en cada cual para el silencio lidian
Lo mucho que se espantan y se envidian.

Rompió la desterrada de Toledo
Del recíproco ñudo las prisiones,
Y forma libre del confuso miedo
O quejas, ó suspiros, ó razones.
Y entre ellas dice: «Si moverte puedo,
Y al justo llanto la piedad dispones,
Escucha mis engaños y porfias,
Agenas culpas y desdichas mias.

»Yo soy, si tiene ser, la desdichada
Que vive de sus padres fugitiva,
A eternas sinrazones condenada,
Con celos muerta y con engaños viva.
Dejé del Tajo el agua celebrada,
Que de la antigua Cuenca se deriva
Y de mi patria intenta, cuando llega,
Ceñir los muros y enlazar la vega.

»Lloré mis males, desdichada, á solas,
En montes, campos, selvas y riberas;
Dejé las dulces playas españolas
Bañadas con mis lágrimas postreras.
Fiéme á la soberbia de las olas
En una débil junta de maderas,
Que hinchando el seno del opuesto lino,
La lleva el viento sin dejar camino.

»Sigo á Gerardo, burlador amante,
Fenisa sin ventura, que procuro...»—
«No pases con tus quejas adelante,
Le dijo Alcimedonta, que te juro
Por la espaciosa máquina que Atlante
Sustenta del eterno y fuerte muro,
De poner dulce fin á tus querellas
Antes que llame el sol á las estrellas.

»Bien sé, le dice, la ocasion molesta
Que así te fuerza á lamentar conmigo
Que en una ardiente y dilatada siesta,
Por larga narracion de tu enemigo,
Su traza supe, por tu mal dispuesta,
Tu ciego amor, su engaño, tu castigo,
Su fe perjura, tu abrasado pecho,
Su injusto robo y tu burlado lecho.

»Aquí de Laura favorables celos
A luz sacaron tu pasada historia;
Testigos fueron los hermosos cielos
Del muerto amor y la pasada gloria.
Aquí se aseguraron sus recelos
Con esta prenda fiel de tu memoria,
Con este anillo, que el remedio alcanza
Para ser su desdicha y tu venganza.

»¿Conócesle, Fenisa?»—«Si,» responde,
Sin saber si responde ó si pregunta,
Si ignora ó sabe lo que mira, y dónde
Oye su mal, ni viva ni difunta.
A lo que fué, lo dicho corresponde,
Y no al dolor que los extremos junta,
Porque si queda al sentimiento viva,
El dolor mismo de vivir la priva.

«Cese, dijo la Maga, el fácil ruego,
Que yo pondré tal fuerza en esta prenda,
Que al mismo tiempo que penetre el fuego,
Huir de mí por su region emprenda;
Tú le verás tan abrasado y ciego,
Que al justo daño tirarás la rienda,
Y deste vencimiento en los despojos,
Tendrán materia de piedad tus ojos.»

Esto diciendo, con furor invoca
Los negros moradores del averno,
Y con el dulce aliento de la boca
Mezcló los nombres que hospedó el infierno.
A triste miedo y confusion provoca
La obscura casa del castigo eterno;
Tembló la cueva y el altar de plata
Con la funesta turba que desata.

Las primeras coronas del segundo
Sobre ligeros grifos caminaron,
Y las que ocupan el lugar profundo
Su vuelo sobre lernas igualaron;
Otras que adora la deidad del mundo,
De flores sus leones coronaron,
Y saben con industria sus autores
Matar con uñas y halagar con flores.

El ocio infame colocó su asiento
Sobre doradas plumas y vistosas,
No en crespo cuello de animal exento,
Que vive las montañas cavernosas;
De la ambicion los ídolos de viento
Vinieron en quimeras fabulosas,
Que como en él sus máquinas desvelan,
Todos al fin sobre quimeras vuelan.

La vana presuncion de los poetas
Con cisnes trujo el carro que compuso,
De versos duros y contrarias setas,
Hijas del vulgo bárbaro y confuso.
Las voces destos cisnes imperfetas
Admira la ignorancia, aprueba el uso,
Porque hay en todos siglos, y no pocos,
Aplausos necios y aplaudidos locos.

De torpes bestias sobre cuellos pardos
Luego se vió el espíritu lascivo,
Que el lento paso de animales tardos,
Hace volar con ímpetu mas vivo.
Vinieron otros príncipes gallardos,
Que injustos rigen con dominio altivo,
La adulacion, el odio, la porfía,
La envidia, la traicion, la simonía.

En breve espacio les propuso el caso,
Y el padre universal de la mentira,
Que en la region del infernal ocaso
Soberbia y fuego sin piedad respira,
Tomó el anillo, y alargando el paso,
La obscura junta por el aire gira,
Y hablados los propíncuos y remotos,
Tomó de todos los conformes votos.

Volvió la prenda á la animosa Maga,
Y en ella impreso tan mortal veneno,
Que con la vida el triste satisfaga,
Si el propio deja por amor ajeno.
La turba en esto, divertida y vaga,
Rompiendo el aire plácido y sereno,
Dejó la cueva, y con tremendo grito
Del negro reino penetró el distrito.

Quien de Fenisa el miedo relatara,
Contar pudiera luego su contento,
Que alegre vuelve á la robada cara
La sangre con risueño movimiento.
No en las visiones trágicas repara,
Sino en la dulce prolacion del viento,
En que escuchó, sin voces naturales,
El natural remedio de sus males.

En esto, Alcimedonta, sacudiendo
El infernal espíritu que tuvo
En la region del alma presidiendo
Cuando el abismo su poder detuvo,
Y al brazo el rojo manto revolviendo,
Así gozosa del suceso estuvo,
Que dió á Fenisa con estrechos lazos
Alegres nuevas y amorosos brazos.

«Aqueste anillo á tu belleza entregan,
Dijo, mi amor, mi fuerza y mi ventura,
Forzosa prenda, si tus ojos niegan
Lo que mandar pudiera tu hermosura.
Si ves que dulces y gallardos ciegan
Al que miró su luz divina y pura,
Mata sin mí, con apacible llanto,
Con fuertes rayos y amoroso encanto.

»Alegre parte, pues el hado diestro
Conspira tu beldad con mi potencia,
Y en esta prenda del encanto muestro
La ley que apenas halla resistencia;
Y en fe de mi poder y el amor nuestro,
Verás cómo sujeto á tu clemencia
Gerardo rinde el seso á los rigores,
Por mí de penas, y por tí de amores.

»Cerca del campo, donde Alfonso agora
De Ambersa oprime los cansados muros,
En un estrecho valle, donde Flora
Vistió de rosas los cristales puros,
Verás á Laura, que Gerardo adora,
Con su engañado dueño; tan seguros,
Que baje aguardan á la tierra el dia,
Y en tí su noche mi deidad envía.—

«¿Qué gracias, le responde arrodillada,
Serán de tanto bien la recompensa?
Permita el cielo ¡oh ninfa! que adorada
Jamás prevengas á tu amor defensa.
En tu hermosura al tiempo consagrada,
Hacer no intente la vejez ofensa,
Y tu poder, sin que tu daño evites,
En ajenas desgracias acredites.»

Esto diciendo, levantóse aparte,
Y en los amigos brazos la suspende,
Y Dulce risa pródigo reparte
El nuevo fuego que su pecho enciende;
Y dispuesta á vencer, alegre parte,
La empresa juntos y el camino emprende,
Sin alas vuela, y lleva satisfechas
De honor las plumas, y de amor las flechas.

En tanto pues que su camino sigue
Y el sol las sombras al morir dilata,
Bañando, porque el sueño le persigue,
Las rubias trenzas en cristal y plata,
Reiner, temiendo que á morir le obligue
Su injusta suerte, por las riendas ata
A un verde prado su caballo, y luego
Suspira quejas y respira fuego.

Suspenso dice: «¡Oh campos de Pelosa!
Robad las lises, que en cobraros tardo.
¿Quién templará mi afrenta lastimosa,
Si en noble fuego de venganzas ardo?
No aquesta vega fértil y espaciosa,
Ni ver el agua despeñada aguardo,
Que procurando alegre entretenerme,
En piedras grita, y en arenas duerme.

»No los altivos árboles sombríos,
Que forman deste monte la espesura
Sus verdes senos y peñascos fríos,
Que en valde Apolo descubrir procura,
Testigos sobran á los males míos,
Y falta quien remedie mi locura,
Que en mal de honor cualquier remedio sobra,
Y honor perdido con honor se cobra.

»De Nápoles obtuve la corona,
Que agora busca peregrinas sienes;
La misma empresa mi valor abona,
Pues no avergüenzan los perdidos bienes,
Osar morir por mérito pregona
La antigua fama, que sufrir vaivenes
Es de quien pisa la soberbia rueda,
Que solo tienen desvalidos queda.

»¿Qué miedo vergozoso me acobarda?
Qué sombra vana el corazon oprime?
Espera un bien, que fugitivo tarda,
Y al grave peso del suceso gime.
De injustas manos por su mal aguarda
Honor debido, que á morir le anime,
Porque es el bien que alcanza al desdichado,
Tirano breve con rigor doblado.

»Muéstrame el sol en montes y desiertos
Preñadas nubes, que en los campos vierte
La obscura noche mis amigos muertos,
Memorias tristes de mi amarga suerte;
Fatiga bosques lóbregos, inciertos,
Este caballo generoso y fuerte,
Hallando siempre en estas selvas rudas
Los prados secos, y las fuentes mudas.

»A Bari mi desdicha me encamina,
Seguro en fe de su constante dueño;
Rey me llamó, y á restaurar me inclina
De su palabra misma el desempeño.
Tiende en los altos montes la cortina
Obscura madre del forzoso sueño,
Que al son deste cristal dormido y tardo,
Que vuelva el sol á mi tristeza aguardo.

»Abrace tu silencio mis pesares,
Y velen todos en perpetua guerra;
El viento aduerma los cansados mares,
Y negras sombras la ambiciosa tierra;
Engañen tus quimeras los cantares
Del que engañado su temor destierra,
Que yo procuro alivio á mis congojas
Al blando son de las templadas hojas.»

Apenas á las puertas del sentido
Tocó del sueño la piadosa mano,
Cuando sintió del monte en lo escondido
Confusas quejas de dolor humano.
Sentóse presto, y aplicó el oido
Al diestro lado que formaba un llano,
Porque de allí la confusion del viento
En breves voces desató el lamento.

La admiracion, la noche, su desvelo
Potencias y sentidos ofuscaron;
Cesó el rumor, y no formó el recelo
Aquellas mismas voces que escucharon.
Llegó el oido al agostado suelo,
Por ver si en su dureza le formaron
La voz y el viento la noticia cierta,
Que el aire vagamente desconcierta

Por mas que atiende y prevenido escucha,
Ni el aire mismo con las ramas juega;
Vuelve del sueño á la confusa lucha,
Que tiernos brazos al cansancio niega.
No fué la injusta resistencia mucha,
Cuando el cansado cuerpo les entrega,
Y el viento, á su atencion mudo y prolijo,
Calló las quejas que Reiner le dijo.

No tan furiosa salta de la cama
Fiera que siente repentina herida
Del brazo experto que ocultó la rama,
Defensa natural del homicida,
Como el Francés, juzgando que le llama
La voz dichosamente inadvertida;
En pié se puso, y el camino prueba,
Donde parece que la voz le lleva.

Ligado deja su caballo al pino,
Y á requerir el bosque se resuelve;
Los árboles le impiden el camino,
Y atrás forzado de su encuentro vuelve.
Repara un poco, mejorando el tino,
Y al diestro lado sin temor revuelve;
La mano tiende diligente en vano,
Que halló la frente lo que erró la mano.

Si alguna luz cobarde centellea
De breve estrella en su distancia brusca,
El negro bosque impide que se vea,
Y al mismo horror con su tiniebla ofusca.
No sabe si es ficcion lo que desea
O sueño vano el término que busca;
Paró dudoso de su empresa vana,
Llamando con suspiros la mañana.

Tendióse al pié de un sauce que guarnece
Del crespo monte la vecina falda,
Y en ella alivio á su pesar ofrece
De las ñudosas ramas la guirnalda.
El sueño mengua, y el cuidado crece,
Y apenas siente la robusta espalda
El tronco, cuando á sus orejas suena:
«Por tí el honor acaba de Lorena.»

Saltó ligero, y aplicó el discurso
Reiner á las palabras que escuchaba;
Partió admirado con dudoso curso
Donde la voz confusa le llevaba.
El tiento hallaba natural recurso
En los vestidos leños que topaba,
Y de uno en otro á un caballero llega,
Que herido y solo se hospedó en la vega.

El lastimado jóven le descubre,
Y en pié se puso con presteza tanta,
Que del escudo rígido se cubre,
Y al paso del que viene se adelanta.
Viendo que el rostro presuroso encubre
Y el fiero estoque sin piedad levanta,
«Detente, dijo, que ayudarte quiero,
Y no probar los filos del acero.

»Con quejas tiernas y lamento triste,
Venciendo de la noche la inclemencia,
Aquí, guerrero noble, me trujiste
Para remedio fiel de tu dolencia.
Si honrado sientes que el honor perdiste,
Si pobre tu fortuna, ten paciencia,
Que yo perdiendo un reino en mis porfías,
Consuelo á todos con desdichas mias.

»Si estás acaso, caballero, herido
De airada mano de rival gallardo,
Y verte satisfecho y defendido
Esperas triste como yo lo aguardo,
Tambien aliento de tu mal he sido,
Que en viles celos y en desdichas ardo;
Mas no es posible, que en amores toca
Quien llora males y á Reiner invoca.»—

«Defensa y gloria de las lises de oro,
Le dice Paradino arrodillado,
Por tu defensa justa y tu decoro
Bañé de sangre de Pelosa el prado.
Expuesto al curso de un caballo moro,
Llegué, mejor herido que curado,
Aquí, donde prosigue tus ofrendas
Mi sangre sin respeto de las vendas.»—

«¡Oh Paradino amigo! le decia
Reiner, y entre los brazos le suspende.
¿Quién si no tú de la fortuna mia
Seguir el paso desdichado emprende?
Espera, que tu sangre y su porfía
Con fuertes lazos te corrija y vende,
Y al son reposa deste aliento manso,
Que en vez de sueño nos dará descanso.

»Ya baja por la falda deste monte
El primer resplandor de la mañana,
Y fugitiva busca el horizonte
La obscura sombra perezosa y vana;
Y antes que Apolo por el mar tramonte
Y rayos cambie con la espuma anciana,
Partir á Bari nos será forzoso,
Por dar á tanto mal cualquier reposo.»

Así le dijo, y diligente parte,
Y el villano Cursier libre desata;
Trabadas ramas al pasar desparte,
Y sus ganchosos lazos desbarata.
Ligero vuelve, y el herido Marte
Seguir sus pasos en su alarbe trata,
Y sin camino ó senda, á su albedrío,
Pisando van las márgenes de un rio.

Pasaron memorables aventuras,
Trabajos nunca vistos ni temidos
En sierras, en desiertos y espesuras,
Sin ser de ajena industria socorridos.
Al fin, entre unos lazos de verduras
De los pasados meses, ofendidos
De Bari las murallas descubrieron,
Y al sol dorando sus almenas vieron.

Llegaron á la puerta, y rodeados
Del vulgo, que los mira y acompaña,
Fueron con nuevo estrépito llevados
De una estacada fiera á la campaña;
Donde en teatros públicos sentados,
Mirando están un capitan de España,
Que al ronco son del belicoso Marte
El campo con la luz divide y parte.

Creian los que vieron los guerreros
Que fueran generosos combatientes,
Y dieran al rigor de sus aceros
Sucesos nobles y ánimos ardientes.
Levántase un rumor en los primeros,
Y sin tardar, con pasos diligentes,
Llegó de Bari el duque, que pregunta
La dudosa ocasion de aquella junta.

Sentado estaba en el metal que cria
La patria perseguida y abundante,
Y de brocado expléndido vestia
La ropa dilatada y rozagante,
Haciendo que su altiva pedrería
Entre enroscados lazos se levante,
Donde del hombro al brazo se divide,
Y el pelo rizo desatado mide.

El caso fué que Florisbel robusto,
Guerrero fuerte y capitan famoso,
Del duque Antonio prisionero injusto,
Por llamarse de Arminda fiel esposo,
Armado sale (á cuyo altivo gusto
Sujeto estaba el Duque generoso,
Su primo el Duque, con mortal empeño,
Ni amado primo, ni estimado dueño).

Cantaba sus prisiones vencedoras
El Español al son de las cadenas,
Sus blandas quejas y felices horas,
Sus dulces yerros y atrevidas penas.
Al fin las tiernas glorias voladoras,
Que en el perdido bien eran sirenas,
Tuvieron fin, y sin perder la vida,
Llegó su amarga y triste despedida.

Salió forzado al fin de las prisiones,
Mas no de las que fueron voluntarias,
Llorando sus medrosos corazones
Promesas y sospechas ordinarias.
Los hierros de unas rejas y balcones
Que enlazan atrevidas y voltarias
Soberbias hiedras, los testigos fueron
De las juradas prendas que se dieron.

Suya juró de ser la bella Arminda;
Lo mismo el noble capitan promete,
Y dar la vuelta, aunque el aliento rinda,
Sin desnudar la gola y el almete.
Tendia el sol, que con el mar alinda,
Sobre las canas ondas el copete,
No siendo con sus trenzas de oro errantes
La vez primera que divide amantes.

Rogaba el Duque poderoso y ciego,
Y Arminda enamorada le resiste;
Finezas llora y acredita el ruego;
Humilde prueba, y engañado insiste.
Montes de nieve desataba el fuego,
Inútil medio que su pecho embiste;
Y como ajeno fuego Arminda encierra,
Mal con un fuego el otro se destierra.

Viendo de su esperanza el devaneo,
Su mucho amor á la venganza inclina,
Y á dar violento fin á su deseo,
Y esposo fiero á la beldad divina.
Pregona que por armas en trofeo
Dar á la bella Arminda determina,
Que como dueño propio la posea,
Si noble fuere, aunque extranjero sea.

Con esto le parece que Norberto,
De Arminda sumamente aborrecido,
Por ser en armas capitan experto,
Será, á pesar de todos, su marido.
Era aleman, agigantado y tuerto,
Feo, grosero, rústico, atrevido,
Sugeto vil, que la belleza inflama
A horror y burla de la hermosa dama.

¿Qué es esto amor, ó qué venganza es esta?
Amor desengañado y vengativo,
La muerte buscas, que tu vida cuesta,
Y solo estás para desdichas vivo.
Si humilde arrastras la prision molesta,
¿No ves que son venganzas de cautivo?
Que hacer al dueño resistencia fuerte,
En tu castigo mismo se convierte.

En Bari se pusieron los carteles,
Y en toda la Calabria se fijaron;
Antiguos caballeros y noveles
De atrevimiento y armas se adornaron;
Las vencedoras sienes de laureles
Con vanas presunciones coronaron,
Y el soberbio Aleman aguarda solo
Que cuatro casas visitase Apolo.

La hermosa desdichada, que lamenta
Su amargo fin con atrevida pluma,
Al dueño ausente su tragedia cuenta,
Haciendo de sus males breve suma.
Sobre ligeras alas de su afrenta
Pasó cortando la escarchada bruma
De la Apenina cumbre, en que desata
Abril matices, y deciembre plata.

Llegó volando la enemiga nueva,
Y la forzosa vuelta se dispuso;
Repite airado la ordinaria prueba
Del riguroso acero que compuso.
Tal ligereza vengativa lleva,
Que el mismo dia en la estacada puso
Su acero, asombro de las lises santas,
Antes que el alba sus doradas plantas.

Aquí llegaba la marcial palestra,
Llorando Arminda en tan estrechos puntos
Su vida, cuando con alegre muestra,
Sin dar Reiner de su dolor barruntos,
Airoso saca la soberbia diestra,
Y alzando el brazo y la visera juntos,
Descubre entre los pernos á pedazos
Matices rojos entre crespos lazos.

Caldora le conoce, y le recibe
Apriesa, mas con grave diligencia,
Sin que el teatro público le prive
De hacerle su debida reverencia.
Suben al gran palacio, que apercibe
Con respetosa y próvida opulencia
El cuidado servil, que estos cuidados
La majestad resigna en los criados.

En tanto pues que el aparato suena
Y la soberbia mesa se dispone,
Y la pared de sus vajillas llena,
De plata y oro la ambicion compone,
Y la apacible música, que suena
Dulce al oir, templando se le opone;
Pide á Reiner el Duque que le cuente
El mal que mira, y el dolor que siente.

Llegaba ya de la celeste cumbre
A la mitad el sol de su jornada,
Y rayos de oro entre la roja lumbre
Flechaba su madeja desatada,
Cuando con rica y pródiga costumbre,
La deliciosa mesa preparada,
Al huésped llama, descogiendo en oro
De varios elementos el tesoro.

La tierra agradecida, les envia
Temidos y piadosos animales;
El aire, cuantas aves á porfia
Vagan por él con vuelos desiguales.
El ancho mar cuanto produce y cria
En la inculta region de sus cristales,
Y el fuego les ofrece sazonados,
Fieras, rebaños, aves y pescados.

Dieron los pardos árboles enjutos
Dulces ofrendas, pálidas y rojas,
Robando el negro invierno á sus tributos
El natural abrigo de las hojas.
Tambien la industria le ofreció los frutos,
Que en pajas guarda débiles y flojas,
Y otros que adornan, á pesar del viento,
El techo de su rústico aposento.

Copiosas Céres de sus ricas mieses
Dió las espigas, que entre varias flores
Trocar pudieran los dorados meses
En plata á los sedientos labradores,
En cestos, que enlazando sus reveses
Esmaltes diferentes en colores,
Segunda vez se conocieron solas,
En campos de azucenas y amapolas.

Mostraba la vajilla entre relieves
Piedras que el Indo descubrió en su orilla,
Distintos lazos y celajes breves,
Del oro entretallada maravilla.
Señala en partes con rasguños breves
Dudosos léjos, que confuso brilla,
Y en otras el buril, claras y puras,
De parecidos bultos las figuras.

El vino, levantando blanca espuma,
Discurre vagamente por las copas,
Y antes que dulcemente se consuma,
Le vierten despeñado por las ropas.
No aguarda que descuido se presuma
El fiel cuidado de sirvientes tropas:
Los mas sin miedo que al licor se rindan,
Alegres hablan, y atrevidos brindan.

De la vestida sala en los rincones,
Blandas y dulces voces se levantan,
Que al son de cornamutas y bajones,
A pausas callan, y á compases cantan.
Tal vez resuenan graves los violones,
Con otros instrumentos que discantan;
Otra enmudecen, y el silencio mudo
Unir las cuerdas y las voces pudo.

Solo ocupó Reiner la cabecera,
La diestra silla el noble Paradino,
De el otro lado el Duque la primera,
Que dar al huésped la mejor convino;
Y viendo que la mesa persevera,
La noche apresurando su camino
A los opuestos rojos horizontes,
Vistió de sombras los desnudos montes.

Cansados dejan la prolija fiesta,
Y ocupan prestos los amigos lechos,
Por ver del sueño en la invasion molesta,
Los miembros fatigados, satisfechos.
En una cuadra espléndida y compuesta
De varias luces, coronada á trechos,
Al huésped muestra su conforme llama,
En blandas plumas apacible cama.

Era de blanca tela, sobrepuestos
Matices varios, que en labor conforman,
Y en vez de sombras, con destreza puestos,
Descubren lazos, y relieves forman.
Sobre tapetes pérsicos compuestos,
De tal labor, que solo desconforman,
No sin envidia de la aguja hesperia,
En ser tan diferente la materia.

Daba en el techo lúcidos espejos
De las vislumbres ricas el retorno,
Pendiendo en lazos, y en cambiantes léjos,
Racimos de oro, que descuelga en torno.
Volvia con reciprocos reflejos
De las paredes bellas el adorno,
La misma luz que el techo les reparte,
Mintiendo el dia con engaño el arte.

Reiner, que por las sierras Apeninas
Sintió el rigor de la erizada nieve,
Que en vasos de sus venas cristalinas
En agua el prado desatada bebe;
Descansa entre delicias peregrinas,
Y ocioso paga lo que al sueño debe,
Hasta que vuelva á ver la luz dorada
De Arminda la batalla comenzada.

Durmió la noche, y el mayor planeta
Vistiendo el alba de cristal y grana,
Salió pisando la region quïeta,
Al paso que le adiestra la mañana,
Cuando de Alfonso la fatal trompeta,
De Ambersa la oprimida barbacana,
Que humilde rinda la soberbia pide,
Con el severo aliento que despide.

Aun no la vista que la luz engaña,
Del campo las colores determina,
Y Alfonso cuidadoso en la campaña
De la ciudad intenta la rüina;
Sus huestes animosas acompaña
Al sitio, donde al muro se avecina,
Y abrir intenta su valor portillo,
De todos siendo general caudillo.

Tremendo suena, y al temor influye
El rayo inexorable de la guerra,
Y el son horrendo el eco restituye,
Que oculto vive en la vecina sierra.
El humo negro por los aires huye,
Y suelto deja la medrosa tierra,
Que ya temblando en sus espaldas siente
Del viejo muro la deshecha frente.

Pedro animoso, levantando en alto
El fuerte brazo, diligente aspira
A la forzosa gloria del asalto,
Que los contrarios ánimos retira.
Enrique fuerte con ligero salto,
Al muro llega, y atrevido mira
La parte donde su violencia dura
El triste vulgo resistir procura.

No espera Juan que sus navarros fuertes
Detengan belicosos los aceros,
De empresas altas y sangrientas muertes
Ejecutores rigidos y fieros.
Neutrales muestra las confusas suertes
La dura oposicion de los guerreros,
Las armas suenan, y el soberbio grito
Del aire vago discurrió el distrito.

Emprenden, paran, gritan, acometen,
Osados vuelven, resistidos dudan,
Confusa y ciegamente se entremeten,
Sin dar lugar que á su faccion acudan.
Tal vez eterno lauro se prometen,
Y tal dudosos la soberbia mudan;
Crece la voz de la victoria al viento,
Y está por engendrar el vencimiento.

La fiera ejecucion de las espadas,
La pasta al cielo convirtió en estrellas,
Que fueron por el aire desatadas,
Envidia breve de sus luces bellas.
Sangrientos golpes, fieras estocadas,
Hinchadas voces, míseras querellas
Escucha, y siente la confusa junta,
Que indiestra mata, que engañada apunta.

De Alfonso en las reliquias de los godos,
Aliento y fuerzas al valor infunde,
Y el fuerte ejemplo, respetado en todos,
Con fieros golpes animoso cunde.
Su invicta gente, con diversos modos,
Gallarda intenta que en su honor redunde
El mismo esfuerzo, que con sangre ajena
Vistió los muros y bañó la arena.

No pudo la francesa diligencia
Del largo asalto resistir la furia,
Y al fin con desmayada resistencia
Medrosa siente la española injuria.
Pisaba de los muros la eminencia
La noble escuadra que produjo el Turia;
Tras ella luego á la ciudad que ofende
El resto del ejército deciende.

Triste resuena el mísero lamento
Del vulgo femenil suelto y confuso;
Las quejas roba lastimado el viento,
Y dellas nubes de dolor compuso.
Ligero corre el vencedor sediento
Del justo robo que permite el uso,
Y antes que fuego la violencia emprenda,
Alfonso á todos recogió la rienda.

Manda que cese el premio merecido,
Que la amistad enfrene la codicia,
Que dén los golpes treguas al vencido,
Que temple sus aceros la justicia,
Que pare de las armas el rüido,
Que Marte enseñe á la humildad propicia
La armada frente y al modesto ruego,
La furia dome la piedad al fuego.

Su comun alegría le apercibe
El triunfo, con las glorias que pregona;
El miedo por las armas le recibe,
Y amor por la clemencia le corona.
Alfonso en todos generoso vive,
Y el carro apresta por salir Latona,
Mostrando al cielo en su cabello cano
La luz prestada que le dió su hermano.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

Ansberto á su contrario desafia;
Con él pelea Laura por engaño;
Muere en el campo, y del error que hacia,
Conoce el catalan el desengaño.
Furioso parte, y al morir el dia,
Gerardo llega á lamentar el daño;
El monte sigue por camino incierto:
Gallardo Florisbel vence á Norberto.

En medio de su curso diligente,
Tendiendo líneas de oro, dividia
Con abrasado rostro el sol ardiente
En dos iguales términos el dia;
Cuando en la verde orilla de una fuente
El pensativo Ansberto revolvia
Memorias tristes de su bien perdido,
Si así se llama lo que nunca ha sido.

No le perturba, no, que en la campaña
Probar espera de Gerardo el brio,
Segun el fuero bárbaro de España,
Habiéndole llamado á desafio;
El agua mira, que ligera baña
Guijas y arenas por llegar al rio,
Y al curso natural su engaño avisa,
Que así á Gerardo caminó Fenisa.

¿Si amor es voluntad, quién la conquista?
Si fuerza natural, quién la detiene?
Si estrella, quién habrá que la resista?
Si engañoso dolor, quién le previene?
El que es amado, venturoso insista;
Rendirse al no querido le conviene,
Pues no hay porfia que obligando tuerza
Dolor, estrella, voluntad y fuerza.

El sin ventura Ansberto no repara
En que altos montes allanar pretende;
Turbar á Febo su luciente cara,
Y al cielo el curso detener emprende.
Si alguna vez consigo se declara,
El mismo mal de la verdad se ofende,
Porque es del alma que adoró su daño
Enemigo forzoso el desengaño.

Con estos pensamientos ocupaba
El plazo en que apercibe su combate;
Airado alguna vez se levantaba,
Temiendo que su gloria se dilate.
Otras al heno blando se arrojaba
Por no esperar á que el furor le mate;
Las armas prueba, sus finezas llora,
Su amante aguarda, y á Fenisa adora.

Alzó la vista, y el vecino monte
Le ofrece de improviso un caballero,
Dorada emulacion del horizonte,
Con armas de oro que avivó el acero.
Cubierto el andaluz Belorofonte
Del solo manto que adornó primero
La parte izquierda, y della suspendido,
Ni estaba desatado ni prendido.

Templaba tanta luz la sombra vana
De un monte de matices y plumajes,
Vistiendo como suelen de mañana
Al sol recien nacido los celajes.
Pensaba Flora, con mirarla ufana,
Volver al campo sus perdidos trajes,
Y que noviembre armado de colores,
Engaste en plata las doradas flores.

Las armas eran de grabados lazos,
En limpio espejo de luciente pasta,
Sembrada de trofeos á pedazos,
Que en varias listas el acero engasta.
Armó tambien las cujas y los brazos,
Gozando libre su ejercicio el asta,
Porque el furor seguro le ministre
El duro fresno de la cuja al ristre.

Era alazan el español valiente,
De cuello corto y pecho dilatado,
De vivos ojos y espaciosa frente,
Igual por los ijares y el costado;
Caderas anchas, la canal pendiente,
En rostro y manos por igual tocado,
La piel con manchas pardas y redondas,
La cola riza, y el copete en ondas.

Gallardo y presto descendió á lo llano,
Y el sol gozó mas libres sus espejos;
Volviendo á sus cristales el verano,
Turbóle el resplandor de los reflejos.
Desata con presteza el rabicano,
Ligero Ansberto, aunque la ve de léjos,
Y conocer no pudo á la guerrera,
Porque calada trujo la visera.

Creyendo que Gerardo se avecina,
El duro trance del combate apresta;
A morir ó vencer se determina,
Con rostro igual á la fortuna opuesta.
Fundado engaño fué lo que imagina,
Porque era Laura varonil dispuesta,
Y en armas tal, que fué de su hermosura
Ociosa espada la belleza pura.

Con voz severa y resonante grito
A Laura dice el Catalan robusto:
«Aquí tendrá soberbio tu delito
Con este acero su castigo justo.»—
«El que mereces, bárbaro, remito,
Responde Laura, y vengador injusto,
A mi luciente espada, que teñida
Podrá en tu sangre dividir tu vida.»

Esto diciendo, con el hierro toca
Al que en volar con ligereza insiste,
El fresno sobre el ristre se coloca,
Y al fiero Ansberto sin tardar embiste.
Hallóse como el mar la opuesta roca,
Que sus hinchadas máquinas resiste;
Estuvo quedo, aunque el encuentro pudo
Romper la resistencia del escudo.

Cual suele el toro entre cenizas pardo,
Que bebe los cristales de Jarama,
Sintiendo el golpe del harpon gallardo,
Arena y sangre por igual derrama,
Y al rústico ofensor, medroso y tardo,
En los agudos cuernos encarama;
Así del golpe á la guerrera noble
Ansberto vuelve recompensa doble.

Con mas que humanas fuezas acomete
Por el siniestro lado á su contrario,
Partiendo con el golpe del almete
La dura cresta y el plumaje vario.
Pasa y revuelve el bárbaro ginete
Como diestre bridon, que de ordinario
Lleva, sintiendo el hierro en las ijares,
Las manos sueltas y los piés á pares.

Por el opuesto lado se adelanta,
Y el duro golpe segundar pretende,
Y cuando el brazo indómito levanta,
El acerado escudo la defiende.
Libró la vida de inclemencia tanta
La furia misma que la vida ofende,
Porque era cerca, y estorbó la herida
La débil fuerza y la contraria unida.

Dejó el primero golpe á la guerrera
Privada un breve tiempo del sentido,
Y entre los rizos de oro y la visera
El carmin de la sangre entretejido.
Volvió á su ser, y con violencia fiera
Le tira al Catalan embravecido
Tal revés, que al acero que le impide
En mayores pedazos le divide.

Llególe al hombro y al siniestro cuello,
Que en ira y fuego aquel volcan sustenta,
Y por las crespas ondas del cabello,
Ardiente sangre con furor revienta.
El fértil campo del cerrado Vello
Surcó en la espalda, que dejó sangrienta,
Bajando della con violenta furia
Del ciego polvo á mitigar la injuria.

Cuando sintió la penetrante herida
El hijo de Aglansol, y en la estacada
Miró su sangre, sin piedad vertida,
Ciego, á dos manos levantó la espada.
Pensó que, vengadora y homicida,
Cortara en la belleza malograda
La hermosa flor á que ayudar pudiera
La envidia de la verde primavera.

Quedó para otro golpe reservado,
Y al fin de breves años florecientes,
Y el brazo vengativo acelerado,
Sacó centellas del almete ardientes.
Quedó el sentido atónito y turbado,
Y á escuras vió planetas mas lucientes
Que esconde el sol, y entrambas riendas sueltas,
Dió sin querer á la estacada vueltas.

Pensó el robusto Ansberto que tenia
Seguro el fin de la batalla incierta;
Y así, con negligente valentía
Ni herir pretende ni á matar acierta.
Y en Laura apenas el sentido abria
A la primera luz confusa puerta,
Cuando sintiendo á su enemigo ufano,
Firmó la vista y apretó la mano.

A un tiempo aplica el ímpetu y espuelas
Al limpio acero y cordobés gallardo,
Diciéndole: «Soberbio, ¿qué recelas,
Y estás agora perezoso y tardo?
No te valdrán tus mañas y cautelas,
Opuestas á los brazos de Gerardo;»
Y el filo, sin oir lo que responde,
En el siniestro lado se le esconde.

Sintiendo el Catalan que penetraba
Por nueva senda la enemiga punta,
El rabican ligero fatigaba,
Torpe en huir el daño que barrunta;
Y apenas no seguro se libraba
Del fiero golpe que al vivir apunta,
Cuando dice con gritos vengativos,
Afirmados los piés en los estribos:

«Presto verás de mis robustos brazos
Tu justa paga, morador del Turia,
Y de Fenisa hermosa los abrazos
Hallarán el castigo de su injuria.»
No dijo mas, y quebrantó en pedazos
Las dobladas acciones con la furia,
Y en vez de conseguir tan ciertos fines,
Besó burlado las revueltas crines.

No se detuvo, no, que con presteza
La espada vuelve levantada en alto.
Procura, hermosa Laura, á su fiereza
Huir el cuerpo con ligero salto;
Mas no es posible, no, que la certeza
Del fiel decreto, con violento asalto,
Por la parte del tiempo mas florida,
Escalas pone al muro de tu vida.

Al yelmo llega con fatal destrozo,
Habiendo roto con violencia presta
Del gran plumaje el acerado trozo
Que en guarda tuvo la dorada cresta.
Desata de los pernos el rebozo,
Y al último suspiro que se apresta
Le da lugar, y con la sangre junto
El cuerpo sigue pálido difunto.

Tendido yace helado en la espesura,
Marchitas con las sombras sus colores,
Que ya vengados lloran su hermosura
Del sol los rayos, y de abril las flores:
Y al vencedor soberbio, que procura
Gozar el dulce fin de sus amores,
Muerto el rival, así le dice cuando
Llega á mirarla, de furor bramando:

«¡Oh vencedor! erraste el vencimiento,
Mas no es hazaña de menor estima,
Que si es venganza este dolor que siento,
Mas á mi dueño que su mal lastima.
Si ver mi vida en el postrero aliento
Tu altiva presuncion dobla y anima,
Razon te sobra, pues venciste agora
La que fué de Gerardo vencedora.

»Rendiste una mujer en la campaña,
Despojo fiel de tu enemigo fuerte,
Y puedes con el lauro desta hazaña
Honrar tus sienes y alabar tu suerte.
Mas si á Gerardo sigue desde España
Fenisa enamorada hasta la muerte,
¿No ves que es hombre, y que muriendo Laura,
El muerto amor de entrambos se restaura?

»Quitar pensaste la ocasion forzosa
Del ciego amor de tu adorada ausente,
Y con errada mano licenciosa
Quitaste tu remedio solamente.
De heridas muero, sin morir celosa;
Tú morirás del mal que el alma siente;
Que es desigual castigo de los cielos
Matar con filos ó morir con celos.

»Rendida estoy; que lo confiese baste
Para mover un pecho noble y sabio
A no decir jamás que me mataste
Al dueño de mi justo desagravio.
Si sabe que la vida me quitaste,
Querrá á Fenisa por vengar su agravio,
Y lo que amor no puede, siempre alcanza
La tema que comienza por venganza.

»A tí tambien ¡oh vencedor! te importa
Si con callar excusas dos batallas;
Y si tu espada en la palestra corta,
A la de amor no se resisten mallas.
Si tu arrogancia vana se reporta,
Y altivo vencedor vengado callas,
Podrás triunfar del daño con que lucho,
Que el que sabe callar alcanza mucho.

»Yo parto de la vida satisfecha
De haber desengañado mis aceros,
Que contra el cielo airado no aprovecha
Armar el brazo de ejercicios fieros.
No al triste fin la sepultura estrecha
Te piden mis acentos postrimeros,
Que siempre ha sido en la miseria humana
Ofrenda propia de piedad cristiana;

»Ni parios jaspes que en columnas dobles
La gloria de Semíramis dividan;
Bastan cipreses, álamos y robles,
Que á mudos ecos de dolor convidan:
Letreros sí, que á pasajeros nobles
Piedad atenta con silencio pidan,
Diciendo: «Caminante, ¡qué dilatas
Llorar á Laura, si de amores tratas!»

Esto dijo, y calló suspensa y muda,
Dejando tal con el postrer suspiro
Al fuerte Ansberto, que la muerte duda
A cuál arroje su infalible tiro.
Al fin la punta inexorable aguda,
Entre el carmin que enriqueciera á Tiro,
Aquel gentil espíritu divide
Del cuerpo helado que las yerbas mide.

De altivas ramas y erizados troncos,
Rómpiendo á veces el silencio mudo,
Con bajas voces y suspiros roncos,
Sepulcro breve fabricarle pudo;
Y á veces de los céspedes mas broncos
Sacó el acero rígido desnudo
Centellas, que los cuerpos abrasaran,
Si romanas exequias celebraran.

Apenas acabó, cuando revuelve
Y entrambas riendas del caballo toca,
Que atrás medroso de su furia vuelve,
Y el freno arroja la sangrienta boca;
Su fuga el libre rabican resuelve,
Y por el crespo monte se desboca;
Y cuando el triste dueño le llamaba,
A huir empieza, y en correr acaba.

Tres veces, cuatro y seis corrido mira
El hecho de sus brazos inhumano;
Ya con dolor sin límite suspira,
Rendido al peso del rigor tirano;
Ya se embravece desatado en ira,
Ya reclinado en la derecha mano
El triste rostro, su dolor y mengua
Publica sin ayuda de la lengua.

En todos halla peregrina guerra,
En todos busca el mísero sosiego;
Si abraza el fiel regazo de la tierra,
En vez de flores le produce fuego;
Si al viento entrega el que su pecho encierra,
Huye ligero del cansado ruego,
Faltando entre el silencio y el espanto
Voz á las quejas, lágrimas al llanto.

Dudoso mira el trágico suceso,
Y piensa que le engañan los sentidos;
Revuelve de sus males el progreso
Sus años malogrados y perdidos;
Del triste caso el inculpable exceso,
Los golpes de la espada inadvertidos,
Todo le ofrece su dolor presente,
Que nada olvida quien sus males siente.

De Laura admira el valeroso engaño,
Que dió la vida por librar su amante;
Lamenta su costoso desengaño
Y ver que muere una mujer constante.
Prisiones graves del funesto daño
No dejan que del campo se levante,
Y á la injuria del tiempo descubierto,
Imita triste lo que hiciera muerto.

Por mas que le fatiga su tristeza,
Satisfacerse quiere de que vive,
Y al fin con desusada ligereza
A cumplir lo dispuesto se apercibe.
De un sauce plateado en la corteza
Con letras de sus lágrimas escribe,
Y no con hierro, el epitafio breve
Que al tiempo fía que el amor renueve.

El sol negaba su postrera lumbre
Del alto monte á la corona verde,
Y la callada noche por su cumbre
Al valle baja, que las sombras pierde;
Y Ansberto, con tan justa pesadumbre,
Las manos tuerce y el acero muerde,
Y armado, herido, triste, á pié, desea
Llegar si puede á la vecina aldea.

»¿Qué hiciste, desdichado caballero,
Consigo triste lamentaba á solas;
Para esta vil hazaña, del mar fiero
Surcaste osado las soberbias olas?
¡Maldiga el cielo el paso postrimero
Que diste de las playas españolas!
No la nao que vistió con tristes señas
De leños y hombres las desnudas peñas.

»¡Allí pluguiera al cielo que acabara
Yo solo, y los demás, con que Fenisa
Del pérfido naufragio se escapara,
Aunque este llanto le convierta en risa!»
Así se queja Ansberto, y no repara
Que la dudosa lumbre que divisa
Tan léjos se descubre, que el aurora
Podrá salir, aunque descansa ahora.

Cansado y flaco, por la sangre mucha
Que el campo matizó de la estacada,
Apriesa corre en la penosa lucha,
Y despacio camina la jornada.
Solo en el monte el Catalan escucha
El agua, que bajando desatada,
Era en las peñas, con romperse quedo,
Del sol espejo, de la noche miedo.

Siente bramar el tímido ganado
Alguna vez en los confusos senos,
Y alentar de los perros el cuidado
Atentos silbos de sospechas llenos;
Y á la vista de Ansberto fatigado,
Furiosos ladran de temor ajenos,
Y su dolor de mas vecina arguye
La breve lumbre, que á sus pasos huye.

Cansado, triste y pensativo llega
De la morada estrecha á los umbrales,
Y al huésped luego conocido entrega
El peto, las manoplas y brazales.
El rústico villano le sosiega;
Digo que en pluma y blandos cabezales
Acuesta el cuerpo, y el furor amansa,
Que el alma solo con llorar descansa.

No quiere que la cena le aperciba,
Y estarse solo por llorar pretende;
Curarse deja, sí, para que viva
Con él su pena, que la vida ofende.
Su triste suerte con su engaño priva,
Y nuevos modos de matarle emprende,
Y á veces con enojo satisfecho,
Contento mira su pajizo techo.

Bajaba por los montes la mañana,
Que el sol envia á sosegar las aves,
Por ver si templa su perfil de grana
Los dulces gritos y lamentos graves.
Saliendo al fin su diligencia vana,
Crecen las voces tiernas y suaves,
Y apresurando al sol, que se apareja,
Sin tiempo desenlaza la madeja.

Gerardo, que sus pasos acompaña,
Calaba triste de la selva al valle,
Sin que en el monte, que su pena engaña,
Un débil rastro de pisadas halle.
A Laura busca, por Fenisa baña
El rostro en llanto, y que forzado calle
Le obligan juntos sus cobardes penas
Y el nuevo fuego que abrasó las venas.

Como sucede al mar, que levantado
Del Norte su inconstante movimiento,
De súbito, impelido del nublado,
Brama en sus aguas el opuesto viento,
Y con las vagas ondas que el pasado
Dejó erizadas con furioso aliento,
Se encuentran fieras las que el Sur frecuenta
Y juntas acrecientan la tormenta;

Así en el pecho de Gerardo, en tanto
Del muerto amor los ímpetus que llegan
Luchando con la fuerza del encanto,
La rota nave de su vida anegan.
Sus dulces penas en piadoso llanto
El tierno rostro desatadas riegan,
Siendo en amor su estrecho cautiverio
Costumbre en Laura, y en Fenisa imperio.

Supo tambien en la pasada fiesta
Del buen Liseno la famosa historia,
Y el mal prolijo que á Fenisa cuesta
Tenerle vivamente en la memoria;
Supo tambien que á proseguir dispuesta
Viene la antigua empresa de su gloria,
Que estima su desden en mayor precio
Que de Ansberto el amor burlado y necio.

Juntóse del encanto á la violencia
Lo que contaba el viejo venerable,
Y así, su desmayada resistencia
La mira ya como á sugeto amable;
Piensa en la antigua y fiel correspondencia,
Y de Fenisa el hecho tan notable
Al fin se acuerda, y á pagar se mueve
Cuando se acuerda el que es deudor que debe.

Dudoso entre los brazos del combate
Dejaba el monte y ocupaba el llano,
Y antes que el paso el bárbaro dilate,
Tiró la rienda con violenta mano.
Los duros miembros comprimidos bate;
Prendió el aliento diligente en vano,
Que en él acorta, aunque animarse quiso,
La suspension helada de improviso.

Con mas aliento los ijares toca
Del bayo, que divide la espesura,
Y argenta fatigado por la boca
De espuma el pecho, el freno y la verdura;
Y al dueño mudo la inconstancia loca
Del vago pensamiento le figura
Agüeros tristes y presagios ciertos
Con vivas quejas y remedios muertos.

Cuanto mas se acercaba á la palestra,
Sintió en los miembros desatarse un hielo,
Que en su tristeza y confusion le muestra
Oculta causa reservada al cielo.
Al fin el noble pecho que le adiestra,
Venciendo los estorbos del recelo,
El corto paso indiferente inclina,
Y al rústico sepulcro le encamina.

Llegó, y mirando los compuestos leños
Que la hermosura muerta guarnecian,
Ya grandes, ya menores, ya pequeños,
Con que él remate estrecho componian,
Alzó los ojos, los antiguos dueños
De aquellos que eclipsados escondian
A la confusa noche de su pena
La hermosa lumbre de tristezas llena.

Leyó, mas no creyó lo que el escrito
Con mal formada letra publicaba;
Mas el dolor, sin término, infinito,
El vengador acero le entregaba:
Cortó el padron, infamia del delito,
Que en torpe mengua del guerrero estaba,
Y luego conoció por el escudo
Que solo Ansberto levantarle pudo.

Al mal formado túmulo arremete,
Por ver las ricas prendas que sepulta,
Y algun alivio á su dolor promete
El mismo daño que de abrir resulta.
Cortó la ciega empresa que acomete
Helado pasmo de inquietud oculta;
Paró, y volvióse atónito y perplejo,
La confusion sirviendo de consejo.

Cansado y torpe en el caballo salta,
Que por montañas ásperas fatiga;
La tierra le parece que le falta
Y del hermoso sol la lumbre amiga;
Y así la muerte al triste sobresalta,
Que alguna vez á reparar le obliga
Que amor y pena con fingido efeto,
Mintiendo resucitan el objeto.

Tres veces por su falda al Apenino
El sol vislumbres al nacer derrama,
Y tres, porque reparta su camino,
Le dió Tirreno su inconstante cama.
Y el triste con furioso desatino
Por Laura grita y á Fenisa llama;
De penas harto y de sustento falto,
Dejó el caballo con ligero salto.

Al pié de una entonada fuentecilla,
Que sobre guijas músicas pasea,
Y dellas luego despeñada brilla,
Con que al sol y al silencio lisonjea;
Tendió los miembros lasos en la orilla
Que alegre y verde conservar desea
Entre jazmines cándidos y rosas
De mayo las pisadas venturosas.

Murmura confiada en el seguro
De unos laureles verdes y sombríos,
Que juntos sirven de apacible muro
Al blando son de los cristales frios;
Libres de hielo perezoso y duro,
Que en grillos prende los soberbios rios,
Desatan, cuando el sol entra á cogerlas,
Plata en las aguas, y en la yerba perlas.

Aquí Gerardo suspirando arroja
Con roncas voces y lamento triste
El mal hallado arnés con su congoja,
Que el noble pecho favorece y viste.
Del resto de las armas se despoja,
Que nada el golpe del furor resiste,
Y de su ligazon los fuertes lazos
Despide repartidos en pedazos.

Si en los laureles délficos repara,
Contempla en ellos su verdura eterna;
Si al agua vuelve, como nunca para,
Su eterno curso para el mar gobierna:
En ellos mira su desdicha clara,
Pues derribada ve su planta tierna
En medio de su abril, y en su corriente
Lloró sin agua su adorada fuente.

Apenas divertido y fatigado
De Laura las memorias revolvia,
Cuando el reciente amor, digo el pasado,
Que enciende agora la ceniza fria,
Del pecho á los sentidos arrojado,
El fuego exhala que el dolor envia,
Porque hay, ardiendo sus congojas locas,
Bastante fuego para muchas bocas.

Con quejas y suspiros enternece
La muda selva, que le escucha atenta,
Y en varios ecos dividido crece
El triste caso, que callando cuenta.
El monte, el valle con silencio ofrece
Inútiles remedios á su afrenta,
Aunque es alivio en la penosa lucha
La sencillez piadosa del que escucha.

Algunas veces divertido mira
El agua pura, que risueña corre,
Otras el cielo, y por vivir suspira,
Que así la vida con temor socorre.
Consigo á sus tristezas se retira
Medroso que el amor violento borre
La muerta Laura, que el salir dilata,
Aunque esta nueva fuerza la arrebata.

Miraba las pasadas ocasiones
Y aquel villano fin de sus contentos,
Su honor con encontradas opiniones,
Y claros sus culpables fingimientos.
Jamás formó palabras ni razones
En tanta variedad de sentimientos,
Ni oirlas pudo, aunque curioso anduvo,
El mismo tronco á que arrimado estuvo.

Despues de suspirar y lamentarse,
Cortó un baston ñudoso de un aliso,
Y para descansando reclinarse,
Del viejo tronco dividirle quiso.
Con él camina, sin querer pararse,
Y luego se le ofrece de improviso
Una cabaña, que descubre léjos,
Morada de unos pobres zagalejos.

Mudado el rostro y erizado el pelo,
El paso alienta, porque ya la tarde
Mandaba, amenazando con el hielo,
Dejar las selvas al pastor cobarde.
Llegó cuando á las márgenes del suelo
Mostraba Apolo, sin que el mar le aguarde,
Pisando de los montes las alfombras,
Menores rayos y mayores sombras.

Apenas los pastores le descubren
En la vecina falda del ribazo,
Cuando en el monte rústico se encubren,
Temiendo humildes su arrogante brazo.
El heno seco presurosos cubren,
Sin ser de sus pisadas embarazo
Saltar las matas sin discurso y pausa,
Dejar su techo por huir sin causa.

Despues que del temor la estrecha fuerza
Aquel rigor en pareceres muda,
Y el nuevo aliento reprimido esfuerza,
Si no osadía, por lo menos duda,
Volvieron todos, sin que el miedo tuerza
El rostro á la vergüenza, que le ayuda,
Y á volver el guerrero los obliga
Con blandas señas de piedad amiga.

Llegaron juntos, y corridos miran
La fácil ocasion de sus temores,
Y al mal techado albergue se retiran,
A compasion movidos los pastores.
Al paso de sus lágrimas suspiran,
Que en todos prenden, si es el mal de amores;
Sus pieles ordinarias le reciben,
En que otros muchos descansados viven.

Cenó, porque la vida le propuso
El triste caso, que miraba cerca;
Y así, á mirar por ella se dispuso
La ciega obstinacion rebelde y terca.
De mil inciertas fábricas compuso
Del sueño las quimeras, con que alterca;
Y aquí al tormento su cansancio rinda,
En tanto que á cantar vuelvo de Arminda.

El aplazado campo dilatóse,
Y en el siguiente dia se previno,
Por dar lugar á que el Francés reposo
De la molestia larga del camino.
Tambien por todos juntos esperóse
A que el valiente y noble Paradino,
Sin que á la vida el desangrarse ofenda,
Pudiese ser jüez de la contienda.

Porque desciende el alba hermosa y roja,
Avisan con su luz serena y pura
Que los extremos sin tardar recoja
Los mudos montes á la sombra obscura;
Cuando del sol que su cabello arroja
En mar y sierras igualar procura
La vista alegre, aunque con paso tardo,
Midiendo el campo Florisbel gallardo.

Con armas negras y con plumas blancas
Y una águila sobre ellas por divisa,
Gireles pardos por el pecho y ancas
Del rucio frisio, que sus borlas pisa,
Fiaba al aire entre lazadas francas
Una pendiente toca, blanca y lisa,
De Arminda prenda, que enlazada y suelta,
Tendida en ala se recoge en vuelta.

Tras él Norberto diligente sale
Con blancas armas y plumajes rojos,
Sin que otro cuerpo su arrogancia iguale
En el primer engaño de los ojos.
Si el fiero aspecto en la contienda vale,
Bien puede asegurarse los despojos,
Vertiendo del caballo, igual al Griego,
La boca espuma, las narices fuego.

Del real palenque descubrió el tesóro
El sol, que entre vislumbres tan diversas
Vistió Milan con escarchados de oro,
Venecia el suelo con alfombras persas.
Reiner y el Duque, con igual decoro,
Ceñidos de armas lúcidas y tersas,
Bajaban gravemente á la estacada,
De los rivales fuertes ocupada.

La bella Arminda se mostraba entre ellos,
Que al mismo cielo su belleza admira,
Y uetener pudieran sus cabellos
Al sol cobarde, que al nacer los mira.
Sus rubias hebras ó sus rayos bellos
En crespos lazos la prision retira
De trenza igual, aunque prendidas antes
Con grillos de zafiros y diamantes.

BIBLIOTECA PUBL LEON

De muchos, que arrogantes presumieron
Cansar las armas, alcanzar reposo,
Confusos y encogidos no vinieron
El dia señalado y peligroso.
La pretension de todos resumieron
Y el fin de aquel suceso venturoso
En estos dos guerreros, que el combate
Recela cada cual que se dilate.

Dió la postrera seña la trompeta,
Que manda dar la vida con el viento,
Y la ignorancia humana lo interpreta
A honor, reputacion y atrevimiento.
Previenen, porque á tiempo se acometa,
Los piés ferrados al villano aliento,
Que apenas suena, y firmes en las sillas,
Al viento dan los frenos en astillas.

Por el siniestro lado le atraviesa
Florisbel á Norberto, que bramando
Sobre él revuelve con ligera priesa,
Con el desnudo estoque amenazando.
Aquel soberbio brazo que profesa
Partir los montes, descendió cortando
Del yelmo parte y el escudo todo,
Y á no tenerle, dividiera al Godo.

El duro golpe que se mueva impide,
Mas luego presuroso le acomete,
Y la dorada cresta le divide
Entre el plumaje rojo del almete.
Impelido del golpe, ardiente mide
Lo que hay de las caderas al copete,
Y luego que en la silla se endereza,
Dividirle pretende la cabeza.

Alzó la espada con entrambas manos,
Por ver cómo se acaba la batalla,
Juzgando que á sus golpes inhumanos
Ni acero basta ni cerrada malla.
Suspéndense los tiernos cortesanos;
Arminda triste lamentando calla,
Y en todos por aplauso ó por estrella
Movió á dolor la mísera doncella.

Creyeron que el encuentro se acabara,
No hallando el golpe amparo ni defensa,
Mas si es del cielo él mismo le repara,
Cuando menos el hombre errando piensa;
Y así se vió con experiencia clara,
Pues sin mirar el daño de la ofensa,
Picando con la espuela inadvertida,
Hurtó la vuelta y escapó la herida.

Bajó la espada con violencia tanta,
Que el mismo peso reclinó á Norberto,
Y al paso que el caballo se levanta,
Dejó al soberbio dueño descubierto,
Y al fuerte Florisbel que se adelanta,
Con mas destreza y con igual acierto
Guió la punta, y desterró la vida,
Y para mas de un alma abrió salida.

La grave emulacion cayó de Atlante,
Y el vasto cuerpo sepultó la arena,
Y la atrevida máquina arrogante
Rindió los muros al dolor y pena.
Tendido yace el bárbaro gigante,
Cumplido en todo lo que el cielo ordena,
Y si en pié de estatura fué crecido,
Mayor que siempre pareció tendido.

Como sucede al pino, que en la sierra
A competir con las estrellas crece,
Y despues que midió la inculta tierra,
Mayor que inhiesto al leñador parece;
Así del fácil vulgo, que se atierra,
Muerto á la vista popular se ofrece,
Que el eco soñoliento con porfías
Despierta en las vecinas serranías.

Lamentan unos el dolor presente,
Otros gritando aplauden la vitoria;
El Duque del concierto se arrepiente,
Y Arminda rie su debida gloria;
Y en medio del tumulto de la gente,
Que impide el fiel suceso de la historia,
A todo el noble vencedor opuesto,
Pide que el Duque cumpla lo dispuesto.

Con mas dolor que aliento no se atreve
Al caso vil, por mas que amor se opone;
Y así, á cumplir lo que á sus brazos debe,
Resuelto y animado se dispone:
Y para que á su patria amada lleve
La prenda cara que en sus manos pone,
A pesar de la envidia se casaron,
Y sus alegres dichas celebraron.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Alfonso el sitio de Puzol conquista;
Hace el Francés de su poder alarde,
No quiere que en el campo se resista,
Y el muro ordena que su gente guarde.
Filipo niega á Alfonso que desista
De aquella empresa la primera tarde
Que honradas vió las armas españolas,
Morir á Pedro y naves en sus olas.

Doraban de Puzol los altos muros
Del sol los rayos, que al poner los baña,
Y de armas coronados, mal seguros,
Temer pudieron la invasion de España;
Primero que entre círculos obscuros
Sombras despeñe el monte en la campaña,
Con varias tiendas ocupadas tiene
La gente que termina en el Pirene.

En el vistoso campo dividida,
Al sol aguarda, que corrió sus velos,
Y entre arreboles de oro á la partida
Sereno dia prometió á los cielos.
Dormia con su ausencia divertida
La noche al son de humildes arroyuelos,
Que ahora rien, y con nueva guerra
Llaman despues al sol que la destierra.

En medio de las sombras ocupada,
De Alfonso estaba la orgullosa gente,
Que hallarse procuraba reparada
Al duro trance de la luz siguiente;
Y apenas á los montes coronada
Salió de rayos por el mar de Oriente,
Cuando para volver á nuevo empeño,
El ocio breve despidió del sueño.

Juntar mandó sus nobles consejeros
En el palacio antiguo que ocupaba,
Reliquia de los Césares primeros,
Que el tiempo en sus memorias veneraba.
En dos gigantes de alabastro fieros
De jaspes la portada se afirmaba,
Que en arcos y figuras dividian
Las que del suelo á su nivel subian.

En dos iguales trechos de colunas
Un óvalo perfeto se descubre,
Teatro al parecer, aunque en algunas
Señas que faltan la verdad se encubre.
Vestida de labores importunas,
Que el largo tiempo los perfiles cubre,
Le ciñe una pared, por cuyas piedras
Los años dejan caminar las hiedras.

Seguro de inclemencias y rüinas
A un lado se mostraba un aposento,
Con piedras, en labor tan peregrinas,
Que en ellas puso la invencion su asiento.
Otras tambien sin pulimento finas,
Del techo matizando hasta el cimiento,
Mostraban, reluciendo en cada parte,
Lo que obra el cielo, lo que ayuda el arte.

Aquí sentado con rëal decoro,
En una rica relevante silla,
De alarbe plata, sobrepuesta de oro
De alemanes buriles maravilla;
Antigua prenda del mayor tesoro,
Que á los famosos reyes de Castilla
Dejó con su vitoria milagrosa
Alfonso, de las Navas de Tolosa;

Despues, cuando al infante por sentencia
Del cielo le entregaron la corona
De Aragon, en la osada competencia,
Que Dios excluye y su eleccion abona,
En feudo de la noble resistencia,
Que su invencible fe clama y pregona,
Le dió esta silla el hijo de su hermano,
Que él no aceptó del pueblo castellano.

En otra silla igual, no en la riqueza,
Asiento al Rey Navarro le pusieron;
Enrique y Pedro con menor grandeza
Del fiel consejo los primeros fueron.
Sentada pues la bélica nobleza,
Calló la sala, y sus paredes dieron
Señales, que entre sí confusas luchan,
Si hablaron siempre, de que agora escuchan.

«Este es Puzol, y aquestos los padrones,
Que el tiempo puso, y donde el cielo quiere
Que ponga, dijo Alfonso, mis pendones,
Y verme presto en Nápoles espere.
Allanen mis robustos escuadrones
Los viejos muros, donde Apolo hiere,
Rüinas sacras, trágicas memorias,
De Roma un tiempo venerables glorias.

»Aquí vivió en delicias sepultado
El vil Neron, dos veces matricida,
Una llorando el mísero Senado,
Su antigua madre en fuego consumida,
Otra inclemente y bárbaro olvidado
Del natural precepto de la vida,
Quitando, porque un nuevo ser le cuadre,
La misma vida que le dió á su madre.

»Aquí tambien con singular imperio
Vivió reinando, respetado, injusto,
Con maña y armas el sagaz Tiberio,
Astuto sucesor del noble Augusto.
Y en Baya, para nuevo ministerio,
Las ondas, obedientes á su gusto,
Sufrieron puente, atando en sus aldabas
Preñadas naves como fieras bravas.

»No es este, no, para el dolor presente
El justo honor que el tiempo les previno,
El ser morada, sí, del elocuente
Romano padre y orador latino,
Aquel que sin respeto osadamente,
Con dulce voz, con ímpetu divino,
Orando contra el fiero Marco Antonio,
De serlo dió el postrero testimonio.

»Las aguas, que desatan estas cumbres,
Archivos de secretos naturales,
Son por el fuego oculto de sus lumbres,
Remedios blandos de lascivos males;
Y al pié de aquestas altas pesadumbres,
Depósitos de ardientes minerales,
La playa hospeda en mísera rüina
Cenizas y memorias de Agripina.

»Allí del campo Elisio se divisa
El verde manto, que cubrió de flores
Abril eterno, que sus faldas pisa
En ocio de sus rústicos cultores.
En él del alba la primera risa,
Que lloran mal dormidos los pastores,
Es del alegre sitio el ornamento,
Y á quien primero lisonjea el viento.

»Aquel vecino monte, que el otubre
Airado roba la postrera fruta,
En sus espacios cóncavos encubre
Aquella antigua y memorable gruta,
Que agora ufana las cenizas cubre
Entre obra tosca, natural y bruta,
De aquel que fué del celebrado Homero
Segundo en tiempo, y en cantar primero.

»No envidio yo del vencedor Troyano
Los nobles hechos, la clemencia rara;
Al gran Virgilio, sí, la voz, la mano,
Que mis trabajos y armas ilustrara;
Si bien espero que en estilo llano
El tiempo agradecido les prepara
Alguna diligente y breve suma,
De humildes cuerdas y encogida pluma;

»Esta es, invictos Reyes celtíberos
El dulce nido, la querida tierra
En quien promete el cielo á mis aceros
El término fatal de tanta guerra.
Y pues hollais gallardos los linderos
De Nápoles bellísima, que encierra
Al tirano Reiner, ¿cómo seguros
Están de nuestras máquinas sus muros?»

Esto diciendo, del asiento parte,
Y manda que el asalto se aperciba;
Los nobles siguen á su invicto Marte,
Y el pueblo clama que glorioso viva.
La gente brevemente se reparte,
Y al ronco son, que su furor aviva,
Escalas ponen, las almenas tocan,
Y envidias nobles á subir provocan.

No aguardan que la presta artillería
Derribe de los muros la constancia,
Y por humilde y llana batería
Seguro paso ofrezca á su arrogancia:
Igual en todos el combate ardia;
Arroja balas el valor de Francia,
Y el español ejército que sube,
Resiste osado su inclemente nube.

El polvo, el humo, el miedo, las heridas,
Ciega, confunde, atemoriza y matan
Los ojos, el valor, la fe, las vidas,
Y todos juntos el vencer dilatan.
Las piedras coronadas y teñidas
De sangre y armas ciegos arrebatan,
Haciendo los cercados lo que hiciera
El fuego, si los muros combatiera.

En todas partes se esforzó el asalto,
Y en todas lucen valerosas pruebas;
Unos arrojan rayos de lo alto,
Otros se acercan con escalas nuevas.
Ninguno teme de osadía falto,
Ni da materia de aparentes nuevas
A victorias dudosas, que á la fama
El mismo orgullo intempestivo clama.

De Enrique y Pedro, excelsos capitanes,
Gallardos siguen la violenta furia,
Navarros, celtíberos, catalanes,
Y el noble pueblo que divide el Turia.
Los gritos, el furor, los ademanes,
La ardiente rabia, la comun injuria
Resisten valerosos los franceses,
En puertas, baluartes y traveses.

La fama singular de tantos hechos
Negó la confusion á la noticia,
Y fué la suerte á tan gloriosos pechos
Mas en vencer que en celebrar propicia.
Los muros combatidos y deshechos,
Del propio asiento con furor desquicia
El gallardo vencer, no industria ó maña
Del valeroso ejército de España.

Rindieron las sagradas lises de oro
Las bandas, que ilustraban sus pendones,
Que veces tantas fugitivo el moro,
Penetrando miró sus escuadrones.
A nadie guarda el ímpetu decoro,
Y el premio general, que á las naciones
La guerra y la codicia prometieron,
De sangre y robos los motivos fueron.

En tanto pues que el vencedor glorioso
La tierra pisa con la sangre roja,
Y el militar secreto codicioso,
Sin tasa y rienda la ciudad despoja,
Y el fuego explorador, libre y furioso,
Lo mas oculto sin piedad arroja
Al robador violento, que lo busca,
Y al triste dueño con temor ofusca;

Reiner, que resistir gallardo entiende
Las huestes vitoriosas enemigas,
Y al Quinto Alfonso, que reinar pretende
Por leyes de sus armas y fatigas,
Confuso mira, que el derecho ofende,
Con vanas trazas y ambiciosas ligas
De príncipes, que intentan de ordinario
Menguar las fuerzas al mayor contrario;

De aquel mezclado pueblo diferente,
El atrevido ejército, que adiestra,
Mandó que por el campo diligente
Pasase luego concertada muestra.
Tres mil cantones, belicosa gente,
Con fiel gobierno, con valiente diestra,
A su obediencia rige Paradino,
Que de Lorena en su defensa vino.

Tras él Leocato, capitan lombardo,
Seis mil gobierna milaneses diestros,
El por las armas sin igual gallardo,
Y ellos del arte bélica maestros;
Hermano del guerrero, que á Gerardo
Contrarios hados en su honor siniestros,
Robaron á los brazos de la injuria,
Mas que del mar á la insolente furia.

La gente Ursino gobernaba luego,
Que el sucesor de Pedro sacrosanto,
Sin dar orejas al piadoso ruego,
Del hijo humilde de su anillo santo,
Turbando en todos el comun sosiego,
Le dió á Reiner con general espanto,
Tres mil soldados de diversas gentes,
Pagados, inducidos y valientes.

Con armas de oro generoso luce
De Bari el Duque, con tres mil caballos,
Siendo los mas, que liberal conduce,
Amigos, obligados y vasallos:
Robusta y diestra gente, que produce,
Sin que por armas puedan sujetallos,
La Calabria mayor, que el Apenino
Dejó á dos mares natural camino.

Suizos, alemanes y valones,
Que unidos contra los caballos forman
Tan crespos y cerrados escuadrones,
Que puntas, brazos y astas se conforman,
Rigen Anselmo, Astolfo, y los frisones
Gobierna Ernesto, que en tropel reforman
Cualquier descuido, si las manos prestas
No apuntan y disparan las ballestas.

Eran seis mil, y el fuerte Continola
Mil diestros albaneses gobernaba,
Albania, siendo á las edades sola,
Por hombres fuerte, y no por fieras brava.
Otro escuadron de mil de Ambersa y Nola,
Con paso entretenido militaba
Debajo de la insignia y del amparo
De su caudillo antiguo Sanazaro.

Salió Reiner el último, llevando
Su guarda en torno con lucientes mazas,
Y en tropas de caballos, gobernando
Tres mil ligeros y dos mil corazas;
Franceses todos, que al severo bando
Del príncipe, sin máquinas, ni trazas,
Furiosos cierran con impulso breve,
Que calma al mismo paso que se mueve.

Pisaba el sol los campos celestiales,
Y hacer lo mismo en Nápoles pudiera,
Pues dió en las armas á su carro iguales
Segundos rayos, que volvió á la esfera.
Mezclados con los suyos naturales,
De suerte el aire su vislumbre altera,
Que el mismo sol de tan confusa duda
Salir espera con la noche muda.

Mandó Reiner que con ligero paso
Partiese de caballos una tropa,
Y antes que el sol repose en el ocaso,
Recoja cuanto en la campaña toca.
En esto un mensajero del fracaso,
Que en un rosillo calabrés galopa,
Y dejando á Puzol, el viento iguala,
Siguiendo el vuelo de la nueva mala;

«Al arma, dijo, capitanes nobles,
Que en esta empresa ocupan y coronan,
Las manos frescas, las cabezas robles,
Y glorias tantas á la edad pregonan.
Mostrad al sol en los aceros dobles
Espejos puros, que el cuidado abonan
Del uso militar, y en todas partes
Al viento dad banderas y estandartes.

»Poblad de armadas huestes la campaña,
Que agora en breve término diviso;
Puzol os llama, que el leon de España
Soberbio os arrebata de improviso.
Tal miedo de su furia me acompaña,
Que en este breve límite que piso,
Entre armas tantas y vecino al muro,
Miro si puedo razonar seguro.

»No cuento la tragedia lastimosa
De incendios, robos, muertes, tiranías,
La bárbara licencia victoriosa,
Los gritos, los encuentros, las porfías;
Malogra allí la honestidad hermosa
Piadosas quejas y razones pías,
Y lágrimas pendientes de la cara:
Remedio con que el fuego se aplacara.

»Aun no contento de gozar la presa,
Partir mañana á Nápoles dispone,
Por ver deshecha la opinion francesa,
Si á su resuelto espíritu se opone.
Para esta incierta y animosa empresa,
Armas previene, máquinas compone:
Solo presumo que se tarda mucho;
Mas ya sus cajas resonando escucho.»

Movida del suceso y del espanto
Que trujo el mensajero diligente,
Quedó la plebe atónita, entre tanto
Que el noble Duque con serena frente,
Vibrando el asta, descogiendo el manto,
Del hombro izquierdo por igual pendiente,
Picó el caballo, y animando á todos,
Apoca la vitoria de los godos.

Juntó de sus guerreros singulares
Los que ha probado en ocasiones tantas,
Y las reliquias nobles de los Pares,
Defensa y honra de sus lises santas,
Y á todos les propuso los millares
De amigos muertos, las osadas plantas,
Que ya dejando de Puzol la vega,
Los campos huellan que el Sebeto riega.

Proponen unos con discursos largos,
Otros con breve priesa los barajan,
Hablar pretenden los mayores cargos,
Y otros sin ellos su razon atajan.
Ni dan satisfaciones ni descargos
De cuantas veces por hablar se ultrajan;
Y al fin se resolvió de la contienda
Que Nápoles ilustre se defienda.

Recógese la gente, y dividida
Ocupa la extension de la muralla,
Quedando superior y prevenida,
Si Alfonso intenta desigual batalla.
No dejó sin reparo prevenida
Cualquier flaqueza que en los muros halla,
Y fueron pocas, y aunque mas hubiera,
Su caudillo animoso las supliera.

Jamás halló la industria de los hombres
Pertrechos ignorados en la guerra,
De efectos raros, de exquisitos nombres,
Que en su defensa Nápoles no encierra:
Motivos de las glorias y renombres,
Que dará lo distante de la tierra
De Alfonso, pues se alcanza de ordinario
Mayor victoria de mayor contrario.

Llegó la noche, desatando triste
Obscuras sombras, al amante bellas,
Con que ella muda sus engaños viste,
Fiándose de solas las estrellas,
Y el rústico cansado, que desiste
Del fiel trabajo, se rigió por ellas,
Volviendo á ver en casa sus pequeños
Hijos, que cercan los ardientes leños.

Con mas risueña frente, á los collados
Salió tras ella la divina aurora,
Bajando á ver por los vecinos prados
La muda selva que su lumbre adora.
Los pájaros cantando enamorados,
El sol aguardan, que sus plumas dora,
Y como son amantes sin recelo,
Al dia piden que amanezca al cielo.

Siguió los pasos de su hermosa lumbre
El vencedor ejército que asoma,
Unos cubriendo el llano, otros la cumbre
Del verde monte que ennoblece á Soma.
Miraban la eminente pesadumbre,
Que ajeno dueño tiraniza y doma,
Formando de las cajas y trompetas
El son discorde cláusulas perfetas.

El viento de estandartes y banderas
Vistosa muestra lisonjero hacia,
Fingiendo en las colores verdaderas
Cambiantes visos, que le presta el dia;
Y el sol, que de las armas en lumbreras
Volvió el acero ufano, componia
De la trémula luz que no reposa,
Molesta confusion, pero vistosa.

Comienzan los villanos gastadores
A dar principio al trágico ejercicio
Del campo, siendo bárbaros cultores,
Sin aguardar del cielo beneficio.
De Caya los antiguos moradores,
Temiendo de su patria el desperdicio,
Al huésped nuevo la dejaron toda,
Que en ella brevemente se acomoda.

Igual por todas partes se avecina
Al muro el campo, que ciñendo coge,
Y donde mas el ímpetu le inclina,
Armadas tiendas liberal descoge.
La gente de los muros encamina
Algunos tiros, sin mirar que escoge
Mal la distancia el miedo á los sentidos,
Y así salieron sin vigor perdidos.

Con trazas, diligencias y reparos
Crecia la estrecheza del asedio,
Buscando siempre con designios caros
El combatido pueblo su remedio.
Los breves dias, de su lumbre avaros,
A todos fueron peligroso medio,
Cubriendo sus astucias robadoras,
Del mudo sueño las prolijas horas.

Doraba el sol, errante peregrino,
De Acuario helado la morada breve,
Cubriendo su cabeza el Apenino
De secas ramas y erizada nieve,
Cuando del mar por áspero camino
El vago reino diligente mueve,
De flámulas y tiendas coronada
De Alfonso invicto la oportuna armada.

De súbito en el campo se publica
La alegre nueva, y Nápoles confusa
Miraba que el contrario multiplica
Gente, que el ocio femenil rehusa.
La armada en tanto, prevenida y rica,
De las navales máquinas que usa,
Fuego en la salva sin parar despide,
Y en ala el campo de cristales mide.

Por mar y tierra se entabló el aprieto
Del fuerte muro, que temblando gime,
Y el viejo Nava con ardiente afeto,
El mar escombra, la ciudad oprime.
La incierta fama con igual efeto
En todos fuerzas y valor imprime,
Velando entre asechanzas y cautelas
Las nunca fatigadas centinelas.

Estaba el campo en la mitad del dia
Sufriendo entre las tiendas de colores
Del seco enero la inclemencia fria,
Y de su escarcha y nieve los rigores,
Cuando avisado Alfonso de una espía,
Llegaron dos compuestos senadores
Del milanés Filipo, que procura
Cortar astuto su inmortal ventura.

Pasaron por el campo, en armas puesto,
En dos bizarras hacas y lozanas,
Jóven gallardo el uno y bien dispuesto,
Honrado el otro con tendidas canas;
Las ropas largas, el cabello expuesto
Al parto de las noches y mañanas,
Con dos gorras, cubriendo en su decoro,
La plata el viejo, y el mancebo el oro.

Llegando á los umbrales de la tienda,
Corteses en sus márgenes descienden,
Y porque Alfonso su embajada entienda,
Hablarle luego sin tardanza emprenden.
Entraron, sin lisonjas de la ofrenda,
Con que otras veces conquistar pretenden
Con blanda muestra el ánimo rogado,
Remedio en tantos siglos lamentado.

Si no le ofrecen armas y cristales,
Que su ingeniosa patria templa y labra,
Las suplen con ofrendas naturales
De fiel respeto, sin hablar palabra.
Prendió la admiracion sus desiguales
Sentidos y años, esperando que abra
De Alfonso la piedad benigna puerta
Al justo miedo, que callando acierta.

Con dulce agrado, con amiga seña
Mandó que le proponga su demanda,
Y con severidad grave y risueña
Destierra el miedo y al turbado manda.
Después que libre á proponer le enseña
Del grave oyente la acogida blanda,
Y á escuchar el anciano se dispuso,
Así el mancebo sin tardar propuso:

«El gran Filipo, que á Milan gobierna
(Ya pienso que le viste y le conoces),
El que venció desde su infancia tierna
Los duros golpes de la guerra atroces,
Y al claro nombre de su fama eterna,
Que Alfonso justamente reconoces,
Italia tiembla, y en el ancho seno
Ciñe cortés sus ondas el Tirreno;

»Conmigo te aconseja ó te amonesta
Que desta empresa bárbara desistas,
Pues toda Europa, por tu mal dispuesta,
Cortar pretende el hilo á tus conquistas.
Francia sus nobles á caballo apresta,
Con armas fuertes, de grabadas listas;
Lorena de süevos y cantones
Formando está lucientes escuadrones;

»Del noble Tibre los dichosos llanos
El padre universal airado cubre
De esguízaros, tudescos y romanos,
Y á tierra y cielo su rigor descubre.
La inculta gente que en los Alpes canos
Albergues rudos de su nieve encubre,
Marchando á la inclemencia de los cielos,
Coronas pisa de erizados hielos.

»Tambien los varios pueblos que Liguria
A paga cierta militar conduce,
Vengar pretenden la comun injuria
Con justo afecto que el honor produce.
¿Quién no el dolor y concebida furia
A hierro y gente sin tardar reduce,
Cubriendo de armas y ánimos gallardos
Los campos ginoveses y lombardos?

»Bien sabes el valor con que pelea
La gente de Filipo tu enemigo;
El nombre erré, que pues tu bien desea,
Llamarle puedo con razon amigo.
De intento muda, pues tu honor afea
Que ser pretendas por tu mal testigo
Segunda vez sin esperanza alguna,
Que las espaldas vuelva á la fortuna.

»La fuga deste límite apresura,
Y porque en él tu ejército resuelva,
Producen gente, el valle, la espesura,
El seco prado y la desnuda selva.
Y antes que su desdicha ó tu ventura
Con nuevo mal á castigarte vuelva,
Reduce la extension de tu deseo
Al campo que corona el Pirineo.»—

«No pases con tus armas adelante,
Sagaz replica recatado el viejo,
Que siempre lleva del varon constante
Despojos apacibles el consejo.
Bien sé que no hay ejército que espante
(¿Cómo dije espantar?), ni aun que perplejo
Tu no turbado espíritu suspenda,
Teniendo asido al ímpetu la rienda.

»No te propongo ejércitos ni miedo,
Indigno del valor de tus acciones;
Tu mismo bien representarte puedo,
Armado de consejos y razones.
No quiero que con armas y denuedo
En Nápoles coloques tus pendones:
Habrás vencido con benigno Marte,
Y bien, ¿cómo pretendes conservarte?

»Los altos y atrevidos pensamientos
No es justo que se alienten y se midan
Con fines engañados y violentos,
Que el bien seguro al despertar impidan.
Yo vengo en que consigan tus intentos
Cualquier suceso que á la suerte pidan;
¿No ves que con la envidia de la empresa
Serás de todos combatida presa?

»Conténtate con ver que tus aceros
Encierran, no contentos ni seguros,
A tantos belicosos caballeros
En esa estrecha cárcel de los muros.
Vencer será imposible sus guerreros
Con fuertes brazos, con encuentros duros;
Volverte puedes, y en la empresa baste
Por premio la vitoria que intentaste.

»Tu gente vuelva alegre y vencedora
A ver del Ebro los cristales frios,
Que ausencia tanta en sus corrientes llora
Moncayo en fuentes que convierte en rios.
Si no producen por tu bien agora
Alegre fruto los consejos mios,
Tu vida el cielo favorable guarde,
Del justo mal de arrepentirse tarde.»—

«Detente, mensajero, le replica
Severo Alfonso con airado gesto,
Que tu fingido engaño multiplica
En mi furor agravio en lo propuesto;
Y si al castigo ilícito se aplica
Mi justo enojo, con razon dispuesto,
Perdone aquí la natural licencia,
La astucia al uno, al otro la insolencia.

»Decid al Milanés que le prometo
En viendo aquestos muros derribados,
Batir los suyos con mayor aprieto
Que lloran hoy los miseros cercados.
Verá el Lombardo con siniestro efeto
Sus mieses y sus campos abrasados
Del fuego mas que en los estivos soles,
De brazos y caballos españoles.

»Ni temo que á su ruego se dispongan
Del Alpe frio las naciones vastas,
Ni ver que á resistirme se amontonen
Ferradas parvas de cumplidas astas.
Ni que envidiosos príncipes se oponen,
Hiriendo Apolo sus lucientes pastas,
En que grabando el oro en los arneses,
Se esmeran los buriles milaneses.

»Que mi constancia hará que á su despecho
Italia á mi coyunda se aperciba,
Sin que el rebelde en su paterno techo
Seguro dueño de mi espada viva;
Y no quedando alegre y satisfecho
De ver rendida la ambicion altiva
Del suelo que ilustró el nieto de Anquises,
Al Rey veré de las sagradas lises.

»Agradeced el fuero que os defiende,
El no llevar castigo por respuesta;
Volved al dueño vuestro, que pretende
Mostrar valor á la fortuna opuesta,
Y antes que á Febo los cabellos vende
Del mudo sueño la opresion molesta,
Formar veréis segundos horizontes,
Temblar los muros y tronar los montes.»

Dijo, y apenas de la regia tienda
Ligeros salen con medrosas alas,
Cuando el asalto manda que se emprenda
Con infinito número de escalas.
Primero quiere que su muro ofenda
Horrenda carga de encendidas balas,
Que el bronce arroja, y deja el aire ciego
Confusa exhalacion de ardiente fuego.

Levaron sus tendales las galeras,
Y al aire entregan rojos gallardetes;
Baten el mar iguales y ligeras,
La chusma coronada de bonetes.
Las naves al virar, las cebaderas
Largan con la de gavia y los trinquetes,
Topando el viento en medio del camino
Montañas blancas de cambiante lino.

Las unas sus cañones de crujía
Al muro asestan y sus piedras muelen;
Las otras plomo arrojan á porfía
De un bordo y otro como al viento suelen.
La tierra con el agua competia,
Y el Duque teme que su muro asuelen,
Sintiendo en mengua del incendio griego,
Las piedras rayos, y los aires fuego.

A todas partes diligente acude,
Y es fuerza que socorra á cada parte,
Porque el furor indómito no mude
Su esfuerzo al pecho y el reparo al arte.
Cualquier recelo de temor sacude,
Y aliento en todos por igual reparte,
Movidos del ejemplo y la constancia
De aquel intruso príncipe de Francia.

«¿Qué hacemos, Paradino, le pregunta
Reiner, entre paredes tan estrechas,
Que el hierro vil que á su flaqueza apunta
Las tiene comprimidas y deshechas?
Sus puertas abre, tus guerreros junta,
Y espesas nubes de volantes flechas
El aire rompan leves y emplumadas,
Siguiendo su destrozo las espadas.

»Mejor será que á desatar te inclines
Al libre viento tus banderas blancas,
Y para conseguir dichosos fines,
El campo cubran las insignias francas;
Y al son de las trompetas y clarines,
Besando el suelo las cubiertas ancas,
Furiosos partan, y revuelvan blandos
Cursieres alemanes y normandos.

»En la campaña, si cualquier robusto
Muestra el valor y no cercado y preso,
Y si al comun estrépito me ajusto,
Forzado y triste mi dolor confieso.
Bien sé que á tu despecho y tu disgusto
Prudente sufres tan culpable exceso;
Sus miedos deja, y animosos vamos,
Que entrambos solos á vencer bastamos.»—

«Tu espada sola, capitan famoso,
Responde Anjous, á conquistar bastara
Cuanto del sol el curso presuroso
Alumbra y ciñe con luciente cara.
Y no con menos ánimo orgulloso
Los filos acerados desnudara,
No solo donde al español estorbe,
Sino en el márgen último del orbe.

»Mas no permite el público cuidado
Dejar aquestas piedras indefensas,
Haciendo oficio de vulgar soldado,
Quien carga obligaciones tan inmensas.
Cualquier portillo estrecho que allanado
De mi contrario tienen las ofensas,
En mi opinion abierto le contemplo,
Las piedras siendo á mi dolor ejemplo.

»Ni es justo que á las manos de la suerte
Se entregue en solo un trance la esperanza,
Que alienta el pecho generoso y fuerte,
Y con paciencia y ánimo se alcanza.
Negar la entrada al miedo de la muerte,
Gozando entre sus olas de bonanza,
Es bien á muchos nobles concedido,
Y á pocos conservarse en lo adquirido.

»Naciones fuertes, capitanes diestros
Defienden el honor de la muralla;
De blanco trigo en los sileros nuestros
Inmensa copia reservada se halla,
Armas, pertrechos, ingenieros diestros,
Sin la infinita tropa de canalla,
Que cada cual atento á su ejercicio,
Dan del suceso favorable indicio.»

Aquí paró, cortando su discurso
Ver que en el muro que se opone á Chaya,
De Alfonso el campo con mayor concurso
Apriesa llama que á aguardarle vaya.
Ligar pudieran su improviso curso
Las voces, que en la parte de la playa
Sonaron, dilatándose con ellas
Penachos de vislumbres y centellas.

Menguaba en los franceses el combate,
Que su caudillo intrépido socorre;
El fuerte acero riguroso bate,
Y noble sangre por el muro corre.
Temiendo que el socorro se dilate,
Tambien el lorenés presto recorre
De la parte del mar la rota frente,
Que ve cubierta de española gente.

Los gritos, las heridas, los destrozos,
Las armas, los encuentros, las congojas,
Las duras astas en menudos trozos,
Las fieras puntas con la sangre rojas,
Las breves vidas de atrevidos mozos,
De ancianos brazos las heridas flojas
Penetran, hieren, crecen, matan, suenan,
Los aires turban y en el mar resuenan.

Crece el valor al paso que resiste
La honrada obstinacion que se defiende,
Crece el furor del que animoso insiste,
Y ver el fin de su conquista emprende.
Si el uno atento á su defensa asiste,
En fuego el otro del honor se enciende,
Y así, procuran sin ventaja alguna
Contrarios fines con igual fortuna.

Los dos hermanos, los constantes polos
Del cielo de Aragon y su corona,
Enrique y Pedro, que bastaran solos
A conquistar los campos de Latona,
No con astucia ó militares dolos,
Que el arte en tantos príncipes abona,
Sino moviendo el ímpetu sus alas,
Animan y frecuentan las escalas.

Llegaron de Fernando los renuevos,
Pisando osadamente sus almenas,
De esguizaros guardadas y süevos,
Venales siempre en cóleras ajenas.
Sintieron tanto los guerreros nuevos,
Que á costa del tributo de las venas
Heridos, como los nemeyos suelen,
Del ya pisado muro los expelen.

Tendido se mostraba en el camino
En frente del hermano generoso,
Helado el cuerpo y el amor divino,
Gozando Pedro de inmortal reposo;
Vestido de la muerte el cristalino
Rostro gentil, y su cabello hermoso
Teñido en sangre, sepultó la herida
De sus gallardos años homicida.

Turbado Alfonso del mortal suceso,
Vertió sin atender fraterno llanto,
Sin ser culpable su piadoso exceso,
Ni del funesto caso el nuevo espanto.
Al cuerpo llega, y enlazando el peso
Del tronco helado, le suspende en tanto
Que con dudosa voz, turbada y fria,
Así confuso y triste le decia:

«¡Oh siempre generoso caballero,
Y siempre desdichado hermano mio!
Eterno vivirás, noble guerrero,
Y en mí el dolor de ver tu cuerpo frio.
No culpo, no, de mi contrario fiero
El duro golpe, el insolente brio,
Pues soy quien daba de piedad ajenas,
Al cielo culpas y al castigo penas.

»Dichoso tú, que penetrando agora
Los campos que dividen los planetas,
Desprecias los matices de la aurora,
Que afrentan las colores mas perfetas,
Pues sabes cómo el sol los aires dora,
Y el término fatal de los cometas.
¿Quién duda dél, que cielos y astros pisa,
Que ajeno llanto le convierte en risa?

»Descansa, y logra tu feliz ventura,
Comprada á precio de mortales años,
Alma dichosa, y vivirás segura
De envidias, de lisonjas y de engaños;
Y si esa luz habitas limpia y pura,
Eternamente libre de los daños
Que no conoce, ni su hermosa lumbre
De un vil destierro la infeliz costumbre;

»A las orejas pias celestiales,
Que atentas siempre sin estorbo tienes,
Remedio pide á mis llorados males,
Y eterno colmo de seguros bienes.
Pues fueron nuestras suertes desiguales,
Haré rogando, en tanto que previenes
Igual lugar en este que te encierra,
Que leve sea á tu piedad la tierra.»

CANTO IX.

ARGUMENTO.

Del viento y de las olas combatido,
A Capri llega el animoso Orlando,
Y en el estrecho albergue recogido
De Didimo, le cuenta, descansando,
De Escanderbei, el príncipe temido
De Albania, que en Europa amenazando
Estaba las reliquias de Amurates,
En batallas, asaltos y combates.

Yace al Levante, en hombros del Tirreno,
Capri, de el gran Tiberio ocioso nido,
Por sus frondosos árboles ameno,
Por su verde corona defendido.
De ilustres techos y jardines lleno
Desciende al mar, que entre sus piés dormido
Las olas deja, que llegaron prestas,
Las unas á las otras sobrepuestas.

En esta siempre alegre y verde sierra,
En la estrecheza pobre de una ermita,
Didimo noble su ambicion encierra,
Y las paredes rústicas habita.
Cuidados vanos la humildad destierra,
Y con piadoso llanto solicita
Afectos puros, ánimo sereno,
De amor la espuela, y de temor el freno.

La muda noche su estacion primera
Pisaba obscura, y con furor violento,
De negras nubes su mayor lumbrera
Cubrió entre nieve el importuno viento.
De sombra y miedo se vistió la esfera;
Sus luces vió prender el firmamento,
Y airado el mar de la insolencia brava,
Del viento á los peñascos se quejaba.

De tantos enemigos asaltado,
Llegó de Orlando el temeroso pino,
De la cobarde luz encaminado
Que entre unas peñas Didimo previno
Con grato amor, con paternal cuidado,
Mostrando á dos barqueros el camino,
Que parten con su vida y sus paredes
El logro de los barcos y las redes.

Apenas llega el fracasado leño
Al corto abrigo de la inculta peña,
Cuando á su arena el prevenido dueño
El hierro corvo sin tardar despeña.
Mostró la luz entre el lluvioso ceño
Del negro monte la quietud pequeña
De Didimo, que escucha atentamente
Gritos del mar y voces de la gente.

Piadoso deja el intratable lecho,
Y al fuego mal cubierto, que dormia
Entre ceniza lenta, á su despecho
Ardiente luz soplando le pedia.
La soñolienta lumbre al mudo techo
Mostró un engaño del vecino dia,
Y el aire vago penetrando inflama
En cándido algodon luciente llama.

Oculta sale en una cárcel breve
Antes que el aire su pureza ofenda,
Y á pesar del rebozo de la nieve
Entre unas hayas descubrió la senda.
Con blancos grillos cuando el paso mueve,
La estampa misma impide que descienda,
Y apenas pudo en resistencias tantas
Mover el cuerpo y levantar las plantas.

Al báculo y la luz sus piés entregan
De tan dudosos pasos el gobierno,
Que el viento y nieve, que sus ojos ciegan,
Son de su edad accidental invierno.
Descubre ya los míseros que llegan
El noble viejo, lastimado y tierno,
Y acusa en sí los que plantaron antes
En campo estéril árboles errantes.

Vió preparar los leños, sacudiendo
La blanca tez que sus cortezas baña,
Y con gemidos rústicos midiendo
La luz el tronco, el humo la montaña.
El lento paso del calor ciñendo
La plebe vió, que en torno le acompaña,
En todos siendo el infeliz consumo,
Al cuerpo engaño, y á los ojos humo.

En medio del rumor y la fatiga
Llegó al concurso el viejo venerable:
Pararon todos, que su vista obliga
A mas quietud en el respeto amable.
Por no impedir que el destroncar prosiga
La gente, y el dormido incendio entable,
Hallar cortés al Capitan procura,
Con luz escasa en la tiniebla obscura.

O fuese el traje, ó la mudanza fuese
De rubios crespos á severas canas
Hicieron que con Dídimo midiese
Orlando mal las muestras cortesanas;
Mas no porque faltase ni excediese
De aquellas justas ceremonias llanas,
Con que el piadoso Capitan respeta
El hábito y virtud anacoreta.

Cortés y alegre la disculpa admite
De aquella tan forzosa inadvertencia,
Y con debida prostracion repite
Palabras de humildad y reverencia.
Que suba presto, y su estrecheza habite
Procura con benigna diligencia,
Y así le dice entre el estruendo ciego
Del vulgo atento á dilatar el fuego:

«Si al mar y al viento, sin firmeza opuesto,
Abrió tu leño y su quietud camino,
Y el soplo mas soberbio y mas molesto
Sirvió á la industria del osado lino;
Si ve el descanso el que miraba expuesto
Su sér, por tantos miedos peregrino,
Al mar airado, que la frente humilla
Alguna vez al surco de la quilla;

»Razon será que al cielo agradecido
En este techo que vecino miras,
Le dés las gracias por haber rendido
Del mal domado piélago las iras.
Hallarás entre tanto prevenido,
Si destas inclemencias te retiras,
Un lecho que hospedar, si á mas excede,
No tu valor, mas tu fatiga puede.

»No con delicias bárbaras ornado
Publica el yerro del soberbio dueño,
Que en dar descanso al cuerpo fatigado,
No debe nada á la ambicion el sueño.
Aquel prolijo intrínseco cuidado,
Vida del oro, espíritu del leño,
No iguala el sueño de plebeyos viles
Con mas labor, con hilos mas sutiles.

»Cenar podrás el fraternal tributo
Que dan á Dios incultos pescadores,
De nuestra cortedad piadoso fruto,
Y ofrenda de sus pobres moradores.
Tambien el huerto natural y bruto,
A quien los meses sirven de cultores,
Seguro guarda de que el gusto ofendas
Del pardo otoño las sabrosas prendas.»

Al noble viejo agradecido Orlando,
El no esperado ofrecimiento admite,
Y por la inculta senda caminando,
Palabras dulces de amistad repite.
Iba al guerrero Dídimo alumbrando,
Sin que jamás de sus pisadas quite
La luz, que al breve techo los adiestra,
Y entre unos troncos el camino muestra.

Llegaron derribándose en el suelo,
Mirando en breve lienzo retratada
La Ester divina, admiracion del cielo,
Que está de sus lumbreras coronada,
Y vivo muestra el virginal recelo
De aquella felicísima embajada,
Con que á alentar su cándida pureza
Bajó de Dios la misma fortaleza.

Con breves gracias le encamina luego,
Donde con secos troncos insolente
Llegar al cielo procuraba el fuego,
En solo destruirse diligente.
En corto espacio, con igual sosiego
Halló defensa en el consumo ardiente,
El frio envuelto en la humedad que bebe,
Penetrado el vestido de la nieve.

La dulce mesa, sin delicias llena,
Le muestra de improviso el aposento,
Y en ella desempeña humilde cena
Aquel modesto y puro ofrecimiento.
Sentóse Orlando, y con templanza, ajena
De ambicion, despidió el segundo asiento
Dídimo, no admitiendo ruego alguno
Las no violadas horas del ayuno.

El huésped toma lo forzoso y justo
Para el reparo cierto de la vida,
Que no es servir á la ambicion y al gusto
Oficio natural de la comida.
Ya en el aliento y ánimo robusto
El alma se mostraba agradecida
Al cuerpo y al pacífico sustento,
Que goza sin pension de cumplimiento.

La cena, ni por larga ni molesta,
Perdió de humilde el nombre merecido,
Ni por la copia y diligencia presta,
El dueño de animoso y prevenido.
Quedó sobrando á la invasion expuesta,
De nuevo huésped, si del mar vencido
Llegara, mas la mesa retiraron,
Y al fuego divertidos se quedaron.

«¿No me conoces, capitan gallardo?»
Le dice el viejo: —«En tan piadoso oficio
Tu amor conozco, respondió el lombardo,
Y humilde reconozco el beneficio.»—
«Aquí la muerte, le replica, aguardo
Con diferentes armas y ejercicio,
Yo el senescal, privado sin segundo,
Del reino envidia y fábula del mundo.

»Rompí de sus engaños las prisiones,
Al cielo gracias que decirlo puedo,
Cuando de sus profanas ambiciones
En muertas sombras temeroso quedo.
Temí sus peligrosas confusiones,
Y dando atento entre tan justo miedo
A mas segura empresa la esperanza,
Dejé la sujecion y la privanza:

»Aquel engaño dulce de la vida,
Aquel morir sin esperar la muerte,
Aquella esclavitud agradecida,
Y aquel encanto con lisonjas fuerte,
Aquel reinar la libertad perdida,
Aquella infamia en la dichosa suerte,
Aquel temor, aquella honrosa pena,
Solo feliz á la miseria ajena;

»Que estribe de la vida el fundamento
En el querer de un vano poderoso,
Y en una voz que la engendró en el viento,
La lengua con afecto licencioso,
En el airado y fácil movimiento
De la vista, tirana del reposo,
Pues de la sierpe, que mirando mata,
Esta verdad la fábula retrata.

»Las públicas acciones condenaban
Los que en plebeyos límites vivian;
Los grandes obligados se quejaban,
Y mi poder con su ambicion median.
¡Oh cuántos mi paciencia fatigaban,
Y cuántos con no verme la ofendian,
Siendo al privado, que el favor dispensa,
Rogarle enojo, y no pedirle ofensa!

»Un grave yerro, Capitan, confieso,
Que veces tantas sin remedio lloro,
Si no disculpa tan costoso exceso,
Amor antiguo de los lirios de oro.
Por mi consejo, que acusar profeso,
Juana ofendiendo su rëal decoro,
Llamó al Francés, que suceder espera
De Alfonso, siendo la adopcion primera.

»En estas apacibles soledades,
Con mas quietud y sin fatiga alguna
Adoro destos campos las verdades,
Que no escuchó mi bárbara fortuna.
No inventa cortesanas novedades
La turba, en pretensiones importuna,
Que son entre estos árboles y fuentes
Las aves de mi mesa pretendientes.

»Cuando la blanca luz, alma del dia,
Procura ver los campos del Tirreno,
Al sol y á mí, con voces de alegría
Despiertan, reposando el mar sereno.
Los pasos miro de la noche fria,
Que ciega busca deste monte el seno,
Y alegre el sol, vistiendo el horizonte,
Salir al mar y amanecer al monte.

»En este tiempo, que el invierno cubre
De Acuario el techo con escarcha y nieve,
Y el sol tan breves horas se descubre,
Que apenas paga lo que al mundo debe,
Lo que con amenazas el otubre
Mandó guardar en este cerco breve,
Agora gastan sus humildes dueños,
Al sol que sale en los ardientes leños.

»Cuando despues los árboles y prados,
De flores y hojas el abril compone,
Y á los jardines de la industria armados,
Vestido el campo en lo galan se opone,
Mirar los muertos troncos animados
De una verdad el crédito dispone,
Que á vivir con ejemplo de las plantas,
El cuerpo vuelve entre miserias tantas.

»Miro despues á manos del estío
Morir deshechas las caducas flores,
Y en secas yerbas deponer el brio
La vida natural de las colores;
Y en esto juzga el desengaño mio
La vana direccion de los amores
A una beldad, en duracion escasa,
Que el mismo sol que la engendró la abrasa.

»Con estos generosos desengaños
Que advierten los efetos naturales,
La vida pasa sus postreros años,
Menos gallardos, pero mas leales.
Ni envidias temo, ni recelo daños;
Seguro vivo de ambiciosos males;
No hay quien mi gusto en cuanto emprendo altere,
Pues siempre quiero lo que el cielo quiere.

»Mas tú, que de las ondas la inclemencia
Sentiste, preso entre sus brazos fieros,
Sujeto á la dormida diligencia
De pocos y turbados marineros;
¿De dónde vienes, que tu injusta ausencia
Lloran de Anjous los ínclitos guerreros?
¿Qué mares, qué peligros navegaste,
Si entre unas peñas á morir llegaste?»—

«Serví, le dice, en la primera guerra,
Y en aquella batalla tan gloriosa
De Ponza, gobernando en mar y tierra
La gente de Filipo vitoriosa.
Su paz despues de Italia me destierra,
Cuando con insolencia poderosa,
Ceñido de armas otomanas, miro
Aquel gallardo príncipe de Epiro.

»Aquel que eternos bronces solicita,
Y teme el Garamanta mas remoto,
Aquel que llama Escandarbei el scita,
Y el católico nombre Castrïoto;
Aquel que la piedad antigua imita
Con celo santo y ánimo devoto,
Y osado impide las empresas vanas
Del cielo de las lunas otomanas.

»Despues que en las vitorias insolente,
Aquel soberbio príncipe otomano
Domó de Grecia la gallarda gente,
Con grave yugo y con sangrienta mano;
Despues que á los mandatos obediente
Se vió el postrero César del tirano,
Llorando el orbe aquel incendio ciego,
Que el lustre abrasa del imperio griego;

»El príncipe de Albania desdichado,
Juan Castrïoto, al vencedor entrega
Con nueve prendas su mayor cuidado,
Ultimo aliento en la desdicha griega.
En nueva ley, con paternal cuidado,
Su fiero dueño, con industria ciega
Le fia á quien sus partes desempeñe,
Y armadas letras á su edad enseñe.

»Crióse en el palacio de Amurátes
Robusto, en tanto que piadoso el cielo
La gloria preparaba á sus combates,
Y honrosa libertad al patrio suelo.
Desde el Danubio helado hasta el Eufrátes
Vertió la fama aquel glorioso duelo,
En que al scita y al persa en la estacada
Quitó las vidas su primera espada.

»Al paso de la edad creció el respeto,
Ya general de las escuadras fieras;
Con fuerte diestra y con dichoso efeto
Gobernó de Amurátes las banderas;
Siendo de su invasion primero objeto
Y robo de las manos extranjeras
Misia infeliz, el déspota perdido,
Y su piadoso vencedor vencido.

»La envidia, sombra de gloriosos hechos,
Que los cobardes ánimos levanta,
Mostró su enojo en los fraternos pechos,
Y de su honrado padre en la garganta;
Y cuando ver pudiera satisfechos
Sus nobles triunfos, que á los siglos canta
La misma edad, pensó cortar sus brios
Con varios y afectados desafios.

»Temió la muerte aquella ilustre prenda
De los albanos pueblos, que en Italia
A Troya dieron generosa enmienda,
Y glorias á la sangre de Tesalia.
Mirando en una bárbara contienda
Repetir la tragedia de Farsalia,
Del gran Moraba en la ribera verde,
Cobrar el reino procuró que pierde.

»Fué de las armas consejera el arte,
Y con industria, armada de violencia,
Antes que del ejército se aparte,
Hizo escribir, forzado en su presencia,
A un secretario de Sultan, que parte,
Que Albania toda diese la obediencia
A Escanderbei, mandando á quien la rige
Que dé el gobierno al que de nuevo elige.

»Seguido de trecientos caballeros,
Tomó con ellos posesion de Dibra,
Y dando al sol católicos aceros,
Su brazo el asta cautelosa vibra.
No en ella, no, en las armas y guerreros
El fiel suceso de su empresa libra,
Pues no hay poder que su fortuna altere,
Si el hombre reina, cuando el cielo quiere.

»Fiado solo á la divina diestra,
Que sus designios justos encamina,
Sin dar principio á la marcial palestra,
Procura de Amurátes la rüina.
Con modo cauto, con astucia diestra,
Enviar á su primo determina,
Al noble Amesa, que de sí le aparta,
Luego á llevar la simulada carta.

»Creyóla sin discurso el divertido
Bárbaro Capitan, que al punto deja
La antigua Croya al sucesor fingido,
Y luego de sus términos se aleja.
El pueblo alegre, al cielo agradecido,
Fiestas de amor al Príncipe apareja,
Que adversa suerte en la ocasion le puso
En propio reino con gobierno intruso.

»Apenas los ministros otomanos
Con fe sencilla la obediencia dieron,
Cuando, que mueran ó que sean cristianos,
Su piedad y su celo dispusieron.
O fué dureza ó turbacion, pues vanos
Los justos medios de equidad salieron;
Y cuando el pueblo á conocerlo alcanza,
Vistió de sangre la comun venganza.

»Habiendo convocado sus vasallos,
Príncipes junta, deudos y vecinos,
Siendo el concurso inmenso de caballos,
Errante habitador de los caminos.
Pudo el amor y la ocasion juntallos,
O impulsos mas gallardos y divinos,
Tan presto, que sin límite acompaña
De ilustre gente Epiro la campaña.

»Arianites llegó Topiagolemo,
Que Europa llama capitan Comato
Por los cabellos largos con extremo,
Fiados solo al natural ornato.
Asombro pudo ser de Polifemo
Su cuerpo, y de Amurátes su aparato
De armada gente, que naciendo el dia
Al bárbaro tirano desafia.

»Su estado, desde el claro rio Eante,
Al Ambrático seno se dilata;
Girando por la costa de Levante,
En términos de Albania se remata.
Y cuando Mahamet, turco arrogante,
Sus lunas pasa de luciente plata
A Epiro, llora las escuadras rotas
Del triunfo de sus armas epirotas.

»Rigiendo armado sus guerreras gentes,
Andreas Topia en su defensa vino
Con Musaquio y Commino, sus valientes
Hijos, y con Tanusio su sobrino:
Sus nobles generosos ascendientes,
Riberas del Emato cristalino,
A Croya y á Petrela edificaron,
Y nombre eterno á su valor fundaron.

»La fuerte gente, que en la guerra emplea,
Sus astas vibra, usando los paveses,
Porque el contrario al combatir no vea
Ni el vago resplandor de los arneses.
La fiel provincia, en que domina Andrea,
Bajando de los montes albaneses,
A Epiro deja, y por la tierra llana
Ciñe á Epidamo y la menor Tirana.

»Llegó el tercero su sobrino Estrecio,
De Balsa hijo, que entre Croya y Liso
Los campos goza, que con justo aprecio
Robar con armas Amurátes quiso;
Haciendo de ellas varonil desprecio,
Armados se mostraron de improviso,
Siguiendo los musaquios su estandarte,
Ministros fieros del rigor de Marte.

»Llegaron los hermanos generosos,
Gallardo Nicolao por la guerra,
Y Paulo en armas y actos religiosos,
Honor y fe de su oprimida tierra.
Desde los montes ásperos y umbrosos,
Que el alta Misia en su contorno encierra,
De entrambos son los campos que Banisa
Por blanca arena caminando pisa.

»Vino el gallardo Lúcas Zacarías,
Señor de Daino, que sus muros bañan
Del claro Drino las corrientes frias,
Y sus riberas verdes acompañan.
Huyendo de las altas serranías
De Albania, sus cristales desengañan
Que es albanés, si con su eterno giro
Ciñe á Dalmacia y fertiliza á Epiro.

»Pedro, español, opuesto á los sultanes,
Sus hijos trujo, Aléjos y Bosdario,
Uruo y Mirco, ilustres capitanes,
Siempre terror del bárbaro contrario,
En guerra y paz valientes y galanes,
Y bien se muestra, aunque en suceso vario,
Que dió principio y sangre á sus trofeos
España en los nevados Pirineos.

»Llegaron los dos célebres hermanos,
Lúcas y Pedro, que la casa heredan
De aquellos nobilísimos Dusmanos,
Y en cuyas glorias subrogados quedan;
Aquellos, que los hierros otomanos,
Rompiendo libres, porque honrarse puedan,
Los siguen sus vasallos pelagones,
Horror de tantas bárbaras naciones.

«Luego á Estéban Cerniche acompañaban
Con Juan y Jorge, sus valientes hijos,
Cuantos de aquesta gente despreciaban,
Fatigas y trabajos tan prolijos;
Isiricos gallardos, que aguardaban
Con fuerte pecho en escuadrones fijos
La invasion mas violenta que podia
Inundar la turquesca infantería.

»Vino nobleza mucha de Venecia,
Que del Albano monte se deduce,
Con que el dolor y la amistad de Grecia
A tan gloriosa empresa la conduce.
Grandeza tanta de seguir se precia
Al noble Castrioto, que reduce
La grave junta al venerable templo
De Alesio antigua, en la firmeza ejemplo.

»Pasados los forzosos cumplimientos,
Gallardos y conformes ocuparon
De la mayor capilla los asientos
Despues que alegremente se abrazaron.
Quedaron todos en silencio atentos,
Y con piadosas muestras escucharon
Al Rey, que á tantos reyes sostituye,
Y Dios á su quietud le restituye.

»Y dijo: «Valerosos herederos
De aquellos que con Hércules osado
A Cólcos habitaron los primeros,
Despues que el mar le obedeció domado,
Y fueron sus valientes ganaderos,
Cuando de Gerion robó el ganado,
Sintiendo el monte Albano en las espaldas
Beber sus fuentes y talar sus faldas:

»Si veis tan ofendida su nobleza,
Y llorais tan infame cautiverio,
Despues que Saladino á la fiereza
De un tártaro pastor fundó el imperio,
Alabo tan ilustre fortaleza,
Vida y honor del noble ministerio,
De la gloriosa guerra, en todos varia,
Y al valor albanés hereditaria.

»No su opresion ni su fatiga injusta
Mi pecho agradecido representa,
Pues miro tanta juventud robusta,
Que armada venga la comun afrenta.
La gloria si de la corona augusta
Del griego imperio, que oprimió violenta
Del Constantino César en la frente
Lo mas del Asia, y lo mejor de Oriente.

»En estos montes que erizados veo,
Saben romper las fieras sus prisiones,
Mas no encerrar con límite el deseo
Los nunca satisfechos corazones.
Ser libre juzga el vulgo por trofeo;
Buscan honor los ínclitos varones,
Que así pretenden con diversa palma
Descanso el cuerpo y opinion el alma.

»La fundacion ilustre Constantina
Guerreros nobles, vuestro acero llama,
Y la soberbia, envuelta en la ruina,
Con mudas voces de su injuria clama.
La sangre propia á la venganza inclina,
Y cuando el ofensor no la derrama,
Si algun agravio su decoro ofende,
Al rostro muestra que salir pretende.

»La hechura vil de Saladino entienda
Que somos griegos, que sus armas nobles
Eternas viven, sin que el tiempo ofenda
La sagrada memoria de sus robles.
¿Qué muro habrá que al embestir defienda
Villanos scitas, en el trato dobles,
De tales brazos, que pudieran solos
Unir reinando los contrarios polos?

»La gente es poca, si mi patrio suelo
Con tanto barbarismo se compara,
Y toda sobra á la invasion del cielo,
Que agravios tantos con piedad repara.
Jamás de su equidad el justo celo
Con armas superiores se declara,
Con menos sí, porque el soberbio crea
Que solo Dios por la razon pelea.

»En los antiguos triunfos y vitorias
De aquellos capitanes, sus amigos,
Por suyas siempre declaró las glorias,
Siendo tan breves armas los testigos.
Si fueron esperanzas las memorias
De tantos y tan rígidos castigos,
Que el pueblo fiel en el temor alientan,
De Dios el brazo sus contrarios sientan.

»Venced, venced, que la ocasion gloriosa
Ligera el paso negligente huye,
Y el sacro honor en la quietud ociosa
Al noble pecho su descuido arguye.
Vuelva la antigua Albania generosa
Al ser que un fiero bárbaro destruye,
La dulce paz á su descenso vuelva,
Y á ver sus dueños la abrasada selva.»—

»Esto les dijo, en todos infundiendo
Nuevo valor sobre el valor nativo,
Y el yugo de los cuellos sacudiendo,
Vencer prometen al tirano altivo.
Resuena de las cajas el estruendo,
Y con sonido penetrante y vivo,
Aliento fiero y conmocion secreta
Infunde en los caballos la trompeta.

»Ya la venganza el Turco preparaba,
Y Ali-Bajá, su capitan gallardo,
Cuarenta mil caballos alojaba.
Dejando en Drino gente en su resguardo.
El bélico rumor amenazaba
Del rústico temor el paso tardo,
Con que á los altos montes interiores
Llevaban los ganados sus pastores.

»Sus muros examinan las ciudades,
Y atento el labrador á su defensa,
Se oculta en las vecinas soledades,
Y el campo entrega á la enemiga ofensa.
Llamado de tan ciertas novedades
Del mudo sueño, en la quietud suspensa,
Con quince mil guerreros que señala,
El leve viento el Albanés iguala.

»Un bosque ocupa en la vecina frente,
Guiado solo del silencio obscuro,
Formando al punto su callada gente,
De verdes troncos repentino muro.
Apenas á los campos de su oriente
El cabello mostró luciente y puro
El sol, cuando el Bajá su gente ordena,
Y al arma, al arma, en los cuarteles suena.

»Trabóse la batalla con el dia
Con tal furor, con tanta diligencia,
Que al hierro en tan recíproca porfía
Vitoria pudo ser la resistencia.
El príncipe de Albania se ofendia
De aquella peligrosa diferencia,
Mas ya bajaba del vecino monte
Con su fuerte escuadron Uranaconte.

»Y al campo opuesto tan gallardo embiste,
Que el fiero scita, en resistir cobarde,
En no ser presa solamente insiste,
Sin que otro premio en la contienda aguarde.
De cuerpos y armas la campaña viste,
Y antes que baje á descansar la tarde,
A Croya vuelven sus aceros rojos,
Honrados con los bárbaros despojos.

»Quedó con tantas muertes oprimido
Del griego suelo el robador injusto,
Que pide, de sus armas ofendido,
Paz y amistad al vencedor robusto;
Que al cielo justamente agradecido,
Con pecho altivo, con designio justo,
Entrambas prendas al contrario niega,
Y armada gente á la campaña entrega.

»Llamado el Turco de su injuria, vuelve
Segunda vez movido á la venganza,
Y el Asia toda su furor revuelve,
Fiando á muchas armas su esperanza.
Salir en campo el Albanés resuelve,
Que ya el valor acusa la tardanza,
Y en toda Grecia resonaba en tanto
De rústicos clamores el espanto.

»De Escútar llega á la campaña verde,
Cubriendo Mostafá bosques y prados
De gente, en cuyo número se pierde
La cuenta de caballos y soldados;
Y antes que alegre el cielo al sol recuerde,
Se vieron sus guerreros asaltados
Del Albanés, que aguarda su fortuna
Que Apolo deje la dorada cuna.

»Fué la invasion tan fuerte y repentina,
Que en breves horas con dolor sangriento
Llora el Bajá su mísera rüina,
Y Epiro aclama el justo vencimiento.
Bajar á su castigo determina,
De albana sangre el bárbaro sediento,
Y en las insignias trémulas dilata
Sus varias lunas de brillante plata.

»Con número de gentes infinito
Ciñó de Esfetigrado las murallas,
Vistiendo con despojos su distrito,
Teatro de tres célebres batallas.
Ya reducido á término finito
Su ejército, y queriendo acreditallas,
Dejó las armas y perdió la vida,
De tan siniestras suertes ofendida.

»Su triste gente á Mahamet elige,
De imperio tanto príncipe heredero,
Que pide luego que sus armas rige,
Paz y amistad al vencedor guerrero;
Y el capitan cristiano que dirige
A Dios las nobles glorias de su acero,
Con no quererla, el Tártaro destierra,
Y libre deja su oprimida tierra.

»Moisés en tanto, su mayor caudillo,
Dejando á Dios, á Mahamet se pasa,
Y dando al aire el bárbaro cuchillo,
El campo albano sin piedad abrasa;
Y en vez de consentir arado y trillo
En la espalda opulenta, la traspasa
El hierro en piés ligeros y bizarros
Y en las sonantes ruedas de los carros.

»Llegaba apenas del Eante claro
El díscolo guerrero á las arenas,
Cuando su gente sin hallar reparo
Pagó tributo al agua de sus venas.
Salió el dichoso vencimiento caro,
Juntando á tantas glorias tantas penas
Su primo Amesa, apóstata insolente
De la amistad y fe de su pariente.

»Al Turco lleva su familia oculta,
Que luego un grande ejército le entrega,
Y la traicion, que nada dificulta,
De Dibra presto á las murallas llega;
En una selva de árboles inculta,
Su aleve exceso á la prision le entrega
Del primo, siendo en la experiencia vanas
Las glorias de sus armas otomanas.

»Al Príncipe Albanés llamó el castigo
De su rebelde sangre y ofensora,
Y la perfidia injusta del amigo
Con justo exceso su clemencia llora.
Y cuando á la venganza de enemigo
Pudo salir la espada vencedora,
Salió el perdon, y á la familia presa
Le dió su padre, y al honor su empresa.

»Fué en el culpado afrenta el beneficio,
Y amores de su ausente compañía
Del Turco le volvieron al servicio,
O al miedo de su injusta tiranía.
No se mostraba á Mahamet propicio
El cielo, y castigando su porfía
De honroso triunfo, con presteza rara
Nueva materia al vencedor prepara.

»Feri-Bajá su ejército compuso,
Terror de entrambas Asias y respeto,
Y en muchas armas y guerreros puso
La furia de su Príncipe en efeto.
Partirse de Andrinópoli dispuso,
Cuando en honor ocioso, libre y quieto,
Hallar pensaba á su contrario fuerte,
Con tantas amenazas de la muerte.

»El bosque apenas de Dibrastro pisa,
Cuando el guerrero invicto que le aguarda
Al viento dió la bélica divisa,
Que tantos escuadrones acobarda.
Mostraba al cielo su primera risa
El alba, que á la sed del campo tarda,
Y al pié de un monte con violenta furia
Comienza el hierro su primera injuria.

»Arde el furor, y los valientes brazos
De golpes y armas en el fuego ardian,
Y los deshechos cuerpos en pedazos
Los últimos alientos despedian.
Ya de la tierra con violentos lazos
Los unos á los otros suspendian,
Y por el campo estéril arrojadas,
Ni ofenden ni castigan las espadas.

»Con altas voces y soberbia muestra
Feri gritaba en medio de las iras:
«¿A qué lugar de mi ambiciosa diestra,
Escandarbei cobarde, te retiras?
Aquí verás á tu quietud siniestra
Esa fortuna imprórida que miras
Vecina siempre»; así acabó callando,
Que ya le estaba el golpe amenazando.

«¡Oh bárbaro pagano!» le replica
El gallardo Albanés, que airado y presto
El brazo y lanza á su castigo aplica,
Al noble triunfo sin temor dispuesto.
Con el arnés el bárbaro complica
El fuerte escudo á la invasion opuesto,
Sintiendo el cuerpo á su rigor desnudo,
Flaquezas del arnés y del escudo.

»Al suelo vino el mísero gigante,
Envuelto con la sangre y la congoja,
Y el curso de sus venas redundante
Traslada al campo su pintura roja.
Fué del combate término el instante
Que de la vida al bárbaro despoja,
Pues ya la gente por el bosque suelta
A Grecia daba sin honor la vuelta.

»Aquí la noche y mi fatiga piden
Que ponga fin á tan notable historia,
En quien sus raros méritos se impiden,
Con forzosa ambicion de tanta gloria,
Y para referir si osados miden
De muertos y vencidos la memoria,
O los números faltan á la cuenta,
O al Turco vidas, ó á su honor afrenta.»—

«¡Oh justa admiracion del siglo nuestro,
Asombro de los héroes pasados!»
Responde aquel de espíritu maestro,
Con los piadosos ojos admirados;
«Mi justo espanto en el silencio muestro,
Y en estos años tristes y cansados
Al cielo gracias doy, que en tanto precia
La fe perdida y la amistad de Grecia.

»Mas ya la noche, despertando el cielo,
A deslucir comienza las estrellas,
Y cobra fuerzas al comun desvelo,
Viviendo el campo cuando mueren ellas;
Y en esta injuria universal del cielo,
Al son de los bramidos y querellas
De viento y mar descanse tu fatiga,
Que á mas ilustre habitacion obliga.»

CANTO X.

ARGUMENTO.

Las lluvias y crecientes desataron
La helada nieve que guardó el enero,
Y al furor de Sebeto peligraron
Las vidas del ejército guerrero.
Arnaldo y Bruno en Nápoles entraron;
Descubren el formal paso al acero;
Enrique lo desprecia, y Paradino
A enojo y furia con Orlando vino.

Dormido estaba en medio del invierno
El año, prometiendo su tristeza
Que puede ser aquel rigor eterno,
Pues muerta llora el campo su belleza;
Y atento Alfonso al militar gobierno,
Aprieta en los cercados la estrecheza,
Que estando entre sus piedras mal seguros,
Son grillos las almenas de los muros.

Estaba de las nieves coronada
La blanca cuna, en que nació el Sebeto,
Y nueva cumbre en su cerviz formada,
De escarcha y nieve con helado aprieto;
Y el agua con el viento conjurada,
Su blanda lluvia con veloz efeto
Arroja, desatando de la cumbre
La riza y cristalina pesadumbre.

El agua, errante espejo de los cielos,
Tendia libre sus valientes brazos,
Y los incultos y ganchosos hielos
Las peñas desataban en pedazos.
Informes surcos con prestados vuelos
Rompió en su cumbre con soberbios lazos,
Forzando al rio que su curso empeñe,
Y con lisonjas tantas se despeñe.

Sebeto humilde, que la seca arena
Bañar no puede en el ardiente estío,
Soberbio ya con la creciente ajena,
Fué mar primero que naciese rio.
Su natural templanza desenfrena,
Llevado del caudal violento y frio,
Y al árbol que antes con molestia floja
Besó los piés, la frente le despoja.

Bramó erizada la veloz corriente,
Y con tropel las aguas detenidas,
El curso retardaban diligente,
Mas á subir que no á correr movidas;
Y con la gravedad de la creciente,
Las aguas naturales oprimidas,
Despiden arrojando en las riberas
El peso de las ondas extranjeras.

Del loco asalto y repentino, mudos
Los fieros animales peregrinos,
Regiones nuevas, sin industria rudos
Vivir prefieren, á morir vecinos.
Sebeto son los árboles desnudos,
Sebeto los arroyos cristalinos,
Sebeto el campo, que insolente baña,
Sebeto el mar, Sebeto la montaña.

En otro ser la tierra se transforma,
Los montes con naufragio amenazaban,
Y al nuevo mar que la creciente forma,
Riberas para serlo le faltaban.
La fuerza con la injuria se conforma,
Y cuando mas sus cumbres despojaban,
Soberbia el agua sin concierto mueve
Con piés de vidro máquinas de nieve.

Rüinas de edificios parecian
Los troncos, y los techos mal formados
De hielos, que las piedras desmentian
A manos de las nubes fabricados.
Era la obscura noche, en que dormian
Su dulce y breve muerte los cuidados,
Y del comun acuerdo suspendidos,
Huyeron al trabajo los sentidos.

En medio pues del general sosiego,
Turbóse el campo con mayor espanto
Que Troya vió del escondido griego
Temblar sus muros y nacer su llanto.
No tan veloz de repentino fuego
Turba asaltada se divide, en tanto
Que el justo miedo que á librarla aspira,
Primero el daño que el peligro mira;

Como el confuso ejército, sintiendo
La no esperada inundacion que brama,
En leños navegantes convirtiendo
La armada tienda y la deshecha cama.
Su fuerza prevenida del estruendo,
Armas, caballos, máquinas derrama
El rio, siendo con furor constante
De espumas locas hórrido gigante.

Primero nadan muchos que despierten,
Otros despiertos al remedio corren,
La turbacion impide que le acierten,
Y en vano atentos el vivir socorren.
Las varias voces y el rumor advierten,
Y el fuerte sitio sin tardar recorren
Los diestros capitanes que de Chaya
Ceñian los jardines y la playa.

Creyendo que intentaba el enemigo
Hacer alguna ofensa en los cuarteles,
Salió el gallardo Alfonso á su castigo,
Cercado de armas y soldados fieles;
Mas ya buscando en su piedad abrigo,
Por un espeso bosque de laureles
Llegaron brevemente los primeros
Confusos y turbados mensajeros.

Sintiendo el capitan noble y piadoso
De sus amigas gentes el estrago,
Y con afecto tierno y generoso,
Dió de la espuela á un alazan cuartago;
Y entrando libre en el peligro undoso,
Desprecia osado del reciente lago
La furia, que conserva embravecida
Tan gran rumor para tan corta vida.

Daba á la noche lúcidos espejos
La nueva luz, que la del sol retrata,
Y del cambiante viso en los reflejos,
Trémula ondea la espumosa plata.
Rindió presente, si temió de léjos
La injuria que del monte se desata
El gran Alfonso, que á vencerla obliga,
Y así les dice en la comun fatiga:

«¡Oh fuertes capitanes, nuevo ejemplo
De amor y de constancia generosa,
Honor y lustre del sagrado templo,
Donde en la fama la virtud reposa!
Cuando en miserias trágicas contemplo
La fe en peligros tantos animosa,
Convierto en glorias tan honradas penas,
De España triunfos, de mi amor cadenas.

»Animan destas piedras los temores
Con líquido furor los elementos,
Vertiendo el monte que produce flores,
Soberbios y arrojados movimientos;
Si ya de los trabajos los mayores
Pasados son, si reprimió los vientos,
Domó las aguas, sujetó la tierra,
Mostrando el cielo el fin de tanta guerra;

»No tema, no, vuestra opinion altiva
De hielo y nieve á un insolente parto,
Si deste mar que al campo se deriva,
Ni el daño temo ni el caballo aparto.
Ya cede la corriente fugitiva,
Ya de su vidá en el postrero cuarto
Está la noche, y la mañana asoma,
Deste diluvio cándida paloma».

Así les dice, y por el verde monte
Mostraba el cielo, que salir pretende
El alba, y despertando el horizonte,
Aun no le dora, pero ya le enciende.
Por mas estrecha márgen el desmonte
Bajar con el silencio al mar emprende,
Y el agua huyendo, al engañado dia
Islas del mar la tierra parecia.

Quedó sin nieve la robada cumbre,
Medrosa y triste la desnuda selva;
Del monte la frondosa pesadumbre
El agua teme que á enojarse vuelva.
Del sol respetan la piadosa lumbre
Las mudas aves, aunque mas la envuelva
En negros arreboles la mañana,
De ver sus trenzas por el aire ufana.

Ya por los altos muros que el estruendo
Mas que la ofensa amenazó la frente,
Algun marcial insulto previniendo,
Velaba atenta la turbada gente;
Y con la hermosa luz, que descogiendo
Su manto el dia, despertó el Oriente,
El daño escucha, advierte la fatiga
Que á mas asombro que la guerra obliga.

«¿Qué aguardas, generoso caballero,
Dijo á Reiner Arunco el Fuerte, cuando
Se muestra el cielo tu mejor guerrero,
Y están por tí sus armas peleando?
¿Quién vió jamás que con asalto fiero
Sebeto humilde baje desatando
Montes de hielos, donde apenas bebe
La seca orilla en su cristal la nieve?

»Prodigios grandes, memorables casos,
No sin cuidado los dispensa el cielo;
No son comunes, no, tales fracasos,
Ni verse Soma coronar de hielo,
Ni el rio pobre, que con lentos pasos
Apenas lava el conocido suelo,
Trocar soberbio en rústicos bramidos
Lo que era adulacion de los sentidos.

»Aun no sus gentes en quietud se alojan,
Si ves las tiendas por el agua errantes,
Y ya el remanso sin parar despojan,
Con menos miedo que bebieron antes.
¿Por qué á vencer á Alfonso no se arrojan
Tus lises, tus caballos, tus infantes,
Y será, pues lo muestra el cielo amigo,
En tí vitoria, lo que en él castigo?»—

«Vamos, responde el animoso franco;
Muera la gente indómita española,
Salga el blason de mis mayores blanco,
Arme su gente Arunco y Continola.
Llegóse el dia que de Italia arranco
Esta nacion, que peregrina y sola,
No hay armas ni defensa que le estorbe
Querer pisar los límites de el orbe.»

Con cajas sordas, con trompetas mudas,
Por la encubierta entrada desplegaron
Sus armas, que á las márgenes desnudas
Con segunda creciente amenazaron.
No bajan tan espesas y menudas
Las piedras, que su nube desataron,
Como despiden con igual rüina
De astadas armas nube repentina.

No halló en descuido al hijo de Fernando,
Que diestramente tuvo prevenida
Como prudente capitan, juzgando
La forzosa ocasion de la salida.
Ya en las humildes aguas peleando
Por una y otra parte embravecida
Andaba la contienda, y por los vientos
Sonaban los fatales instrumentos.

Juzgando de su parte la fortuna,
Con tal furor embisten los cercados,
Que la presteza igualan importuna
Del viento entre los troncos despojados.
Hallar no piensa resistencia alguna
En armas, en caballos y en soldados,
Con vanas y soberbias presunciones
Aquel mezclado vulgo de naciones.

La muda tierra fatigada gime,
Y hollada en torno con temor se encoge;
El aire vago herido se comprime,
Y en él sus voces con furor descoge;
Las armas suenan y el acero imprime
Su filo ardiente; el humo se recoge,
Y en su fingida noche las centellas,
Brillando nacen para ser estrellas.

Alfonso, recelando que el combate
Mas que á las fuerzas al honor obligue,
Cargó á la parte, donde Arunco bate
Un débil puesto, en que su gente sigue.
Con tal presteza su invasion rebate,
Y con tal diligencia la persigue,
Que todos al amparo de los muros
Llegaron, ni gallardos ni seguros.

Vinieron con tropel y desconcierto,
Revueltos todos á la estrada oculta,
Y aunque era el paso conocido y cierto,
La ciega turbacion le dificulta.
Con ellos mismos por divino acierto,
Entre el confuso estruendo que resulta
Del miedo y del huir, Arnaldo y Bruno
Entrar pudieron sin peligro alguno.

Ni mas espacio ni ocasion esperan,
Mirando la ciudad y las murallas,
Y en toda parte atentos consideran
Armas, pertrechos, gente, vitüallas.
Era la copia tanta, que pudieran,
En vez de asaltos aguardar batallas,
Fiando á la campaña y á las manos
La fiera hostilidad de los romanos.

Viendo el difícil caso, con presteza
Caminan, por si en muros ó reparos
Descubren ó descuidos ó flaqueza,
Que siempre salen al vencido caros.
Es todo cuanto miran fortateza,
Son los diseños en el arte raros,
Industrias todo y atencion con arte,
Ministros todos del furor de Marte.

Con esta diligencia vigilante,
Calles, murallas cuidadosos giran,
Y sin mover los pasos adelante,
El gran conduto de las aguas miran.
Del tiempo advierten la excepcion constante,
Y aquel trabajo venerable admiran,
Y oculta fuerza en suspensiones tantas
Les deja apenas levantar las plantas.

«¿No es este, dijo Arnaldo, aquel conduto
Por donde Belisario antiguamente
Dió por camino sólido y enjuto
Abierto paso á ta romana gente?
Si vió logrado el generoso fruto
De aquel atrevimiento diligente,
¿Qué nos detiene el miedo del contrario,
Si somos cada cual un Belisario?

»¿Qué sabes tú si el cielo, Bruno amigo,
Con este nuevo caso nos avisa,
Que somos los ministros del castigo
Del gran tirano que sus muros pisa?
A nadie temo cuando voy contigo,
Ningun estorbo mi valor divisa,
Y á pechos nobles por hazañas tales
El tiempo les consagra sus anales.

»El Quinto Alfonso, con trabajo tanto,
Expuesto á las jornadas de los cielos,
Sobre el enero descogió su manto
De blanca nieve y erizados hielos,
Y vió después con singular espanto
Rasgar las nubes sus preñados velos,
Dando osadía y fuerzas á un arroyo,
De humildes fuentes miserable apoyo.

»Miremos pues si el cielo le destina
Mejor suceso y favorable suerte,
Y por industria nuestra se encamina;
Que al fin dichoso en su fatiga acierte.
Ya vence el que á vencer se determina,
No acierta siempre en la ocasion la muerte,
Y acaba honrado el generoso pecho
Que bien comienza, la mitad del hecho.» —

«Entremos presto, Bruno le responde,
Que si las amenazas del abismo,
Este formal en su region esconde,
A mi verdad y amor fuera lo mismo.
Igual á nuestros brazos corresponde
La fama, que el antiguo gentilismo
Con plumas tantas celebró en historia,
Pues no es menor de mi ambicion la gloria.»

Conformes y resueltos sin tardanza
A todas partes miran, previniendo
De tantos enemigos la asechanza,
Que la ciudad andaban discurriendo;
Y viendo la quietud y la bonanza
Que la ocasion estaba prometiendo,
Caminan juntos por la anciana cueva,
Donde el valor y el ánimo los lleva.

Por tanta obscuridad, por noche tanta
Mueven el paso, intrépido y confuso,
Y apenas quiere la dudosa planta
Dejar la huella en que una vez se puso;
Mas cuando su osadía la levanta,
La prevenida mano se antepuso
Al tardo paso, que engañado piensa
Hallar en ella natural defensa.

Así pasean la region obscura
Con duda, suspension y pesadumbre;
Mas los temores vanos asegura
Al fuerte pecho la marcial costumbre.
«Si engañarme el sentido no procura,
Allí despunta entre el horror la lumbre,
Le dice Bruno, cuando apenas arde
Con breve rayo trémula y cobarde.» —

«Sin duda es lumbre, Arnaldo respondia,
Mas no es de fuego la que opuesta luce
Alegre prenda, sí, del claro dia,
Que á ver del sol los rayos nos conduce.»
Juntos caminan pasos y porfía,
Que á dulces parabienes se reduce
Del uno al otro, conociendo luego
Que es luz del sol, y no de oculto fuego.

Apenas reconocen la salida,
Cuando postrados al favor del cielo,
Le ofrecen con piedad agradecida
Lágrimas tiernas de cristiano celo.
Allí el amor de la preciosa vida
Pisaba en libertad seguro suelo,
Y el amor ambicioso se promete
De la incierta ocasion tiempo y copete.

Así contentos y animosos llegan
Al campo, en que los fuertes celtiberos
Para asaltar á Nápoles entregan
Al aire triunfos, y su luz aceros.
De verlos todos, admirados ruegan
Que cuenten su jornada los guerreros,
Pues ya por muertos lágrimas baldías
Honraron tristes las exequias pías.

Caminan ellos, y al placer remiten
De ruegos importunos la respuesta,
Y abrazos nuevos al pasar repiten,
Creciendo siempre la ocasion molesta;
Mas no impidió que apriesa soliciten
Llegar al Rey, á quien la fama presta
Llegó primero, y en consejo aguarda
El nuevo caso, que esperado tarda.

Estaba de sus héroes y hermanos
Con armas y consejo prevenido,
Cercado en torno de prudentes canos,
Y no de loca juventud ceñido.
No turba de ignorantes cortesanos,
El gran consejo tienen pervertido,
Siguiendo en las noticias que aconseja
La fábula comun de la corneja.

Llegando pues al grave acatamiento
De tanta majestad, calló la pieza,
Y con modesta voz y grato acento,
El buen Arnaldo á razonar empieza.
«Escucha, Alfonso, á mi verdad atento,
Le dijo levantando la cabeza,
De todas la mayor de tus venturas,
Con que este reino vences y aseguras.

»Despues que la creciente de Sebeto,
Siendo del campo rápido castigo,
Tu gente puso en miserable aprieto,
Y dió osadía tanta al enemigo,
Que con acelerado y breve efeto
Sus armas quiso acreditar contigo,
Saliendo en odio del blason de España
Soberbio y animado á la campaña;

»Despues que con las lises afrentadas
Volvieron á sus muros las banderas,
Se hallaron nuestras armas empeñadas
Tan cerca, que siguieron las primeras.
Templado ya el furor de las espadas,
Las nuestras entre tantas extranjeras
Lo mismo hicieron, y á la gente unida,
La enemiga ciudad le dió acogida.

»Sus calles y murallas paseamos;
Estradas, cortaduras advertimos;
La gente y bastimentos tanteamos;
Traveses, casamatas discurrimos:
Ya que difícil ó imposible hallamos
Cualquiera expugnacion que prevenimos,
El cielo nuestros pasos encamina
Al gran conduto de sus aguas mina.

»Por él entramos sin noticia alguna,
Sujetos al rigor de su contrario,
Movidos del honor que la fortuna
Le dió por esta parte á Belisario.
No fué á tu dicha ¡oh príncipe! importuna,
Pues sin temor, peligro ni adversario,
Salimos libres de amenazas tantas,
Donde la boca estampo con las plantas.

»Ceñida de arboledas y jardines,
Del antiguo formal yace la entrada,
A quien entrega un monte en sus confines
El agua, á su tributo dedicada,
Y por oculto seno hasta sus fines
Camina, dirigiendo la jornada
A Nápoles, que aplica sus corrientes
Al importuno censo de las fuentes.

»Por esta parte, capitan glorioso,
Podrás, dejando el prevenido asalto,
Llevar tu gente cuando en mas reposo
Esté su vulgo de tenerle falto;
Y el cielo, á tus fatigas generoso,
Hará que la vitoria al sobresalto
Con pasos tan ligeros se adelante,
Que el mismo mal y no el temor le espante.»

Alfonso, agradecido y satisfecho
Del raro caso de la industria nueva,
Responde alegre, sin mostrar el pecho
Cuánto el valor y la ocasion aprueba;
Mas como la ambicion vence al provecho,
Y aplauso tanto de su engaño lleva
Gallardo Enrique, el miedo contradice,
Y así al consejo y al hermano dice:

«Despues que de tu sangre se vistieron
Por largo tiempo en tan costosa guerra
Flores y escarchas, y los meses vieron
Vestir el año y desnudar la tierra;
Despues que con los muros compitieron
Montes de cuerpos, que su campo encierra
De tus guerreros ínclitos, que agora
Su triste patria sin remedio llora;

»Despues que de los vientos y los mares
Sintió tu armada la comun ofensa,
Y la ocasion te fuerza que prepares
A tantos enemigos la defensa;
Despues que por los campos á millares
Naciones vierte Europa, ¿recompensa
Los trances, los peligros, la tardanza
Desta ficcion la inútil esperanza?

»Son los ejemplos en la guerra inciertos;
Es arte que se muda con los años;
Los libros no, y á veces los aciertos
Pasados son en lo presente daños.
No niego que al ingenio descubiertos
La historia muestra antiguos desengaños,
Que en la comun política convienen
Al uso nuevo que los hombres tienen;

»Mas no se ajusta el tiempo, los motivos,
La ocasion que obligaron al Romano,
Templando los aceros vengativos,
Tomar la industria, y no la armada mano.
Con ciego estudio los discursos vivos
Los muertos quieren penetrar en vano,
Sin ver que el tiempo engendra novedades,
Al paso que se mudan las edades.

»A escala vista ó derribado el muro,
De cuerpo á cuerpo en batería llana,
Es el honor y crédito seguro
Que el brazo adquiere y con la sangre gana,
No por camino incógnito y obscuro,
A quien el sol con diligencia vana
Pretende ver, quitando á la vitoria
La luz, testigo ilustre de su gloria.

»Fué dicha accidental, fortuna acaso
De aquestos capitanes el suceso,
Y hallar sin riesgo entre sus armas paso,
Descuido vil y militar exceso;
Y el miedo á veces del siniestro caso
Del mar imita el natural receso,
Pues cuanto humilla en el menguar la frente,
Soberbio se levanta en la creciente.

»¿Quién duda agora que estará de guardas
El gran conduto prevenido en torno,
Con picas, con paveses y alabardas,
Brillando el sol en el marcial adorno?
Con solo detenerlos, acobardas
Los fuertes pechos, que alojó en contorno
El campo, que al asalto se aparejan,
Y á voces te previenen y aconsejan.»—

«No hay mas honor que conseguir la empresa.
Responde Alfonso, ni aborrece el cielo
La noble guerra, que arrancar profesa
Los vanos puntos del infame duelo;
¿Quién, ó por qué conmigo se atraviesa
Con mengua tal, que en el hesperio suelo
Haga en teatro público mi furia
Testigo al sol de que vengó su injuria?

»No afirmo yo que es cierta ni segura
Por esta nueva entrada la conquista
De la ciudad rebelde, que procura
Que siempre á mis combates se resista;
Mas no será prudencia ni cordura
Negar que vuelva á requerir la vista
El sitio, penetrado en los afanes
De dos tan conocidos capitanes.

»Que raras veces acertó el desprecio,
De ardientes años consejero errado,
Y á manos de su altivo menosprecio
Acaba siempre el ánimo engañado.
Cualquier aviso y diligencia precio.
Creyendo que en alguna está librado
El celestial favor, que oculto acierta
Donde el discurso le cerró la puerta.

»El mundo sabe que ánimo y constancia
Es mi blason, y que jamás me admiro,
Por mas que unidas al error de Francia
Vestir los campos de naciones miro.
Si mi razon opongo á su ignorancia,
Ni un solo paso con temor retiro,
Pues ya por batería ó por conduto
Coger pretendo de la guerra el fruto.

»Despues de tanta sangre derramada,
Es bien guardar la que en los brazos queda,
Y el honor de la empresa comenzada
Al tiempo y á la industria se conceda.
Si el cielo muestra á mi sangrienta espada
Camino cierto que seguirse pueda,
Presto verás, ciudad soberbia y loca,
Tu gran descuido y resistencia poca.»

No dijo mas, y luego determina,
Por dar á la invasion tiempo oportuno,
Que salga presto á requerir la mina
Armada gente con Arnaldo y Bruno,
En tanto que la tropa se encamina
Al curso de las aguas importuno,
Y el campo en pareceres se divide,
Y al sol trenzas de luz Diana pide.

En público consejo Paradino,
Dejando de la silla el hospedaje,
Alzó la voz y el ánimo previno,
Que entrambos mueve el recebido ultraje.
«Cuando, le dice, ¡oh príncipe! convino
Lograr el tiempo y procurar que ataje
Tu invicta gente la comun ofensa
Que hacer Alfonso á tus murallas piensa,

»Cuando con roncas voces te llamaban
Las aguas insolentes y leales
Del mísero Sebeto, que besaban
Apenas de tus muros los umbrales,
Y cuando sus corrientes despertaban,
Movidas con impulsos celestiales
Los ánimos dormidos, y á porfía
Mostró su frente la ocasion al dia;

»Y cuando por gozalla despidieron
Tus muros generosos escuadrones,
Y al aire vagamente descogieron
Banderas y estandartes sus naciones,
Y cuando los aceros prometieron
El logro de sus fuertes corazones;
Con gente poca y atrevida guerra,
En esta noble cárcel los encierra:

»Adonde están los invencibles brazos,
Que en tantas ocasiones dividian
Escudos y lorigas en pedazos,
Y al tiempo y la fortuna se oponian.
¿Qué suerte agora en miserables lazos,
Las manos prende, que prender solian?
Ya miro nuestros triunfos como ajenos,
En mas su honor, y nuestra gloria en menos.

»Ya veo que cercados y oprimidos
Nos tiene con trincheas y combates;
Los linos de sus naves descogidos
Detienen de su curso los embates.
De gente y municiones prevenidos
Así nos halla, que es razon que trates
De licenciar la mucha que te sobra,
Si aliento á menos reducida cobra.

»Debajo de tu amor y tu estandarte
Militan el honor y la esperanza
De Europa toda, y ¿quieren afrentarte
Tan nobles armas con tan vil mudanza?
Murió el valor, enagenóse el arte
Del uso de la guerra: ¿qué se alcanza
Con brazos, experiencias y vitorias,
Adonde afrentan las antiguas glorias?

»Parece que turbados y revueltos,
Por mí el primero con verdad lo digo,
Queremos negligentes y resueltos
Ser presa, y no dolor de tu enemigo.
Salgan los piés de las cadenas sueltos
Del roto muro, anímese el castigo,
Muera el descuido, que prudente llama
El bárbaro desprecio de la fama.

»Si agora aquí tus capitanes juntas,
Para obra digna de sus brazos sea;
Ardiente plomo y herizadas puntas
Veloz despide y vengativo emplea.
Banderas salgan y trompetas juntas,
Y el sol, que por los campos se pasea,
Aceros pise, y el tropel que marcha
Huelle y desate la argentada escarcha.

»Probemos en el campo la fortuna
Como entre muros altos la paciencia,
Por ver si adquiere la osadía alguna
Dicha que no alcanzó la resistencia.
Es siempre á los temores importuna,
Y grata á la atrevida diligencia:
Yo agora ni me agravio ni me quejo,
Pues no la obligo ni obligarla dejo.

»Segunda vez mi parecer repito,
Y muchas mas aquí le repitiera,
Si como con verdades le acredito,
Con matices retóricos pudiera.
El bien y honor de todos solicito,
Y no será mi espada la postrera
Que ardiente muestre al capitan de España
Mi amor y tu razon en la campaña.

»Y juro por los hechos y memorias
De los invictos duques de Lorena
El sacro honor de sus antiguas glorias,
Que siglos tantos venerado suena,
De no poner Labeo en sus historias,
Con vil hazaña del honor ajena,
Pues cuando mas no pueda, armado y solo,
Saldrémos juntos cuando nace Apolo.»—

«Basta, guerrero lorenés, responde
Soberbio Orlando, pues nobleza tanta
A su gloriosa sangre corresponde,
Y á mucha con los brazos se adelanta.
¿Quién al suceso público se esconde?
Quién de las armas trágicas se espanta?
Quién da ocasion que con desprecios viles
Tan fuertes capitanes aniquiles?

»¿A quién faltó valor, destreza y brio,
Robusto pecho y en osar valiente?
Quién hay, que de batalla ó desafío
Sacó sin lauro la gallarda frente?
¿Qué capitan desde el Danubio frio
No dilató su nombre al Indo ardiente?
¿Quién, excediendo el márgen europeo,
No puso en Asia singular trofeo?

»Veces sin cuento la osadía yerra;
Que la ocasion el tiempo la dispone,
Y el arte generosa de la guerra
De esfuerzo y de prudencia se compone.
Si tan bizarros ánimos encierra
Alfonso agora, y á batir se opone
Los sacros muros, ¿qué fatal rüina
La dura frente á su poder inclina?

»Sus piedras miro altivas y constantes
Mas que el furor de tantas baterías,
Que apenas fueron á mover bastantes
Un corto abrigo de las noches frias;
Gallardos reyes, héroes infantes,
En el discurso largo de los dias
No muestran mas que en armas á pedazos
Bruñidas astas y grabados lazos.

»A Pedro, el mas valiente, el mas osado
De España toda, con violencia oculta,
De un golpe entre estos muros fulminado,
En triste y breve tierra le sepulta.
Temor forzoso al fraternal cuidado
Y al campo todo del dolor resulta,
Mostrando á nuestros brazos su congoja,
Pues ya el batir y el asaltar afloja.

»¿Qué mas blason si á Celtiberia vuelven
Perdido el tiempo á los amigos ojos,
Y tantas amenazas se resuelven
En bañar nuestros campos sus despojos?
¿Tan mal entre estas piedras se revuelven
Las astas rotas y los hierros rojos
Tus fuertes defensores, que pretenda
Hallar alguno á su valor enmienda?

»Yo solo con la gente que milita,
O yo sin ella, de Milan gallarda,
Que en vivo afecto y en verdad imita
Al dueño fiel que coronarte aguarda,
Del muro, que robarnos solicita,
Pretendo solo la defensa y guarda;
Verémos estas máquinas y espantos
Si son al hecho como al miedo tantos.»—

«¿Al miedo? dijo, y empuñó la espada
Soberbio y arrogante Paradino:
¿No sabe Italia triste y afrentada
Si aqueste brazo á defenderla vino
Con él? Partido el campo en la estacada,
Hacer que reconozcas determino
Si á mucha costa de tu sangre puedo,
En cuyos techos se aposenta el miedo.»—

«Yo por mi patria, que ninguno afrenta,
Admito el campo, le responde Orlando,
Que no con arrogancia se sustenta
Lo que el valor adquiere peleando.
Primero que ejecutes lo que intenta
Tu enojo ciego, que te está engañando,
Mi espada mira lo que en otros corta,
Y escoge luego lo que mas te importa.»—

«¿Tiempo es agora, célebres guerreros,
Dijo Reiner (y airado se interpuso,
Templando el desacato en los aceros
Del ya tumulto bárbaro y confuso).
Agora es tiempo, ilustres caballeros,
Volvió á decir, y en su lugar se puso,
De vanos retos, de ambiciosa furia,
Dejando libre la mayor injuria?

»A vista de la sangre que los muros
De ajena mano derramados muestra,
¿Quereis que libre de sus golpes duros
Acabe agora de verter la vuestra?
¿Que tenga descansados y seguros
Contrarios tantos la desdicha nuestra,
Volviendo sus venganzas á los pechos,
De envidia mas que de furor deshechos?

»Es la defensa, al parecer segura,
Y en ella sola mi quietud consiste;
No vence quien errando se aventura,
Ni pierde honor el cuerdo que resiste.
Guardar lo propio es ánimo y cordura;
Darlo al suceso, que afrentoso y triste
Al dueño burla, conocido engaño,
Dejar el bien y procurar el daño,

»Y así, guerreros, de mi honor amparo,
Mirad por estas piedras que nos guardan;
Y pues con sangre ilustre las reparo,
En vano sus asaltos me acobardan.
El cerco es largo, el sufrimiento caro,
Socorros nuevos sin peligro tardan,
La gente sobra; el ánimo nos sobre,
Si el orbe todo pretendeis que cobre.

»¿Quién de mi suerte venturosa duda,
Si soy con prendas tantas venturoso,
Y tengo tales brazos en mi ayuda,
Que al miedo hacer pudieran animoso?»
No dijo mas, que ya la noche muda
Mostraba á todos el comun reposo,
Que el laso cuerpo á sus fatigas pide,
Y el alma entre ellas la mayor despide.

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Volviendo Ansberto airado á su porfía,
Le aplaca de Fenisa el desengaño;
Al campo Paradino desafía,
Castiga Enrique su atrevido engaño;
Fernando llega en el postrero dia;
Nápoles siente su forzoso daño;
A Florisbel y á Arminda hospeda y cuenta
Reginaldo de Italia armas y afrenta.

En tanto que otro asalto se apareja
Y esfuerzo cobra la cansada gente,
Y con lo sucedido se aconseja
El cuerdo Alfonso, capitan prudente,
Con mas alegres lágrimas se queja
Fenisa al son de una erizada fuente,
Que sin bastar del cielo el duro aprieto,
Murmura con las guijas en secreto.

Atento escucha el viejo venerable
Al buen Liseno la sangrienta historia
Y el caso tan funesto y lamentable
De Laura, robadora de su gloria,
Y cómo por el monte inhabitable,
Llorando Ansberto la infeliz vitoria,
El cielo con suspiros y querellas
Penetra, enterneciendo las estrellas.

Tambien le cuenta que Gerardo estaba
Rendido á la inclemencia del encanto,
Y que buscando su hermosura andaba
Con dulces quejas y piadoso llanto.
Contenta su tardanza lamentaba,
Y alegre el viejo le consuela, en tanto
Que baja el sol, y oculta en la arboleda
Llegar al campo con la noche pueda.

En esto por un valle en que despeña
Un crespo arroyo, que escarchado salta
En el regazo inculto de una peña,
Y el seco prado dividido esmalta,
Descubren un guerrero, que la seña
Antigua y cierta, que jamás le falta,
Les muestra que es Gerardo, aunque Fenisa
En su temblor ardiente le divisa.

Discurre el breve fuego por el pecho
Seguido de un temor ciego y cansado;
Arde el amor contento y satisfecho,
Y helarse siente el corazon turbado.
Aliéntanse las fuerzas, á despecho
Del color fugitivo que robado
El miedo tiene con saber que debe
Volver las rosas que robó á la nieve.

Sentia el mismo efecto el caballero,
Y apriesa sin noticia le encamina
Secreto impulso, natural ligero,
Que al propio bien su corazon inclina.
Atrae de su olvido el duro acero
El tierno imán de la beldad divina,
No dije bien, pues era el fuego ardiente,
Que aun no conoce y en el alma siente.

Llegando con debida cortesía,
Del fatigado bárbaro desciende,
Y con turbadas muestras de alegría,
Que el rostro diga su dolor pretende.
Liseno, que en las almas conocia
El mal de entrambos, de las manos prende
Los dos amantes, de que amor rehusa
Oir la queja y admitir la excusa.

«Cesen, les dijo el viejo, las razones,
Que dar Fenisa de tu agravio piensas,
Y menos las disculpas que compones,
Gerardo, moderando sus ofensas;
Pues nunca de acordadas sinrazones
Nacieron tan iguales recompensas,
Que no condenen los terceros sabios
Pedir favores y alegar agravios.

»Pues ya permite el cielo que pasadas
Las tristes horas de la ausencia sean,
Y entrambas navecillas derrotadas
En mar tranquilo su descanso vean;
Pues ya las sierras al invierno heladas,
De mayo los pinceles lisonjean,
Gozad de la bonanza que os permite,
Que el gusto ofende quien su mal repite.

»Al campo vamos, donde el dueño mio,
Alfonso invicto, satisfecho aguarda
Tu brazo, del rebelde desvarío
Castigo justo, que culpado tarda.»
Así les dice, y con gallardo brío
Del seco tronco de una encina parda
Desata su caballo, y los amantes
Su paso siguen por el bosque errantes.

A media legua, que en el hondo seno
Del bosque entretenidos caminaron,
Durmiendo el viento plácido y sereno,
Suspiros mal formados escucharon.
Tiró las riendas el sagaz Liseno,
Y todos juntamente se pararon;
Atienden, y el silencio no les deja
Conocer si es bramido, arroyo ó queja.

Volvieron, prosiguiendo su camino,
Y en poco trecho, despertando el viento,
Oyeron un furioso desatino,
Mezclado con suspiros y lamento.
«Este furor soberbio y peregrino,
Fenisa dijo, que en el monte siento,
Donde apenas su rostro enseña Apolo,
No puede ser sino de Ansberto solo.»

Un breve espacio atentos prosiguieron
El desierto camino, y de improviso
Un solo y triste caballero vieron,
Tendido al pié del tronco de un aliso;
Y al punto que los tres le conocieron,
Volver las riendas al caballo quiso
Fenisa, porque teme que renueven
Antiguas quejas, y las armas prueben.

Gerardo á detenerla se adelanta,
Callando atento el Catalan altivo,
Que ya del suelo sin tardar levanta
El rostro demudado y pensativo;
A entrambos mira, y con soberbia tanta
Procura, sin ayuda del estribo,
Saltar en el caballo, que se olvida
Que está la rienda al pié del tronco asida.

Sintiendo el Rabicano que le oprime
El grave peso, por las riendas tira,
Y al dueño y armas en la arena imprime,
Y el seco monte desatado gira.
Del fiero golpe quebrantado gime,
Y de vergüenza y cólera suspira,
Y con voz arrogante mal formada,
Dijo, empuñando su luciente espada:

«Desciende, caballero de Valencia,
O no desciendas, pues mayor ventaja
Pienso tener matándote en presencia
De quien aleve mi verdad ultraja.
No es enojo ni amor ni competencia,
Castigo, sí, de una pasion tan baja,
Que insiste avergonzada con desprecios,
Lenguaje solo para amantes necios.

»Vengarme agora de los dos pretendo,
Siendo comun á entrambos el castigo;
En tí, porque matándote la ofendo,
Y en ella porque adora á mi enemigo.
No ya su honor como otra vez defiendo,
Ni al justo abono de su amor me obligo,
A quitar, sí, la vida que sustenta
Con justas quejas mi celosa afrenta.

»Debidamente el túmulo acompañas
Que á la constante Laura adorna y cubre,
Y bien con llanto agradecido bañas
La mal compuesta tierra que la encubre.
Fatiga, amante ingrato, las montañas
De la opulenta Génova, y descubre
Cambiantes jaspes, que al honor sagrado,
Si no tu amor, que muestren tu cuidado.

»Apenas las reliquias de la vida
Sintió el difunto cuerpo retirarse,
Y la caliente sangre agradecida,
Poca y turbada procuró animarse;
Cuando en ajenos brazos se te olvida
Un hecho, que pudiera celebrarse
Con justa emulacion de las memorias
Que honró de Roma las antiguas glorias.

»¿Qué aguarda, di, Fenisa, tu porfía,
De quien faltó con vano atrevimiento,
A tí con la verdad que te debia,
Y á Laura con el justo sentimiento?
¿No bastan dos engaños, que podria
Mudar cualquiera dellos el intento
Del mas rebelde amor, si no es que loca
Parezca al alma su inconstancia poca?

»Nunca vertiera la inclemente sierra
De Cuenca el agua que templó el acero,
Con que este brazo en tan injusta guerra
El golpe ejecutó sangriento y fiero;
Mas si esta vaina avergonzado encierra
El no culpado ejecutor, ¿qué espero,
Pues ya mi brazo en tu caduca vida
Mi venganza amenaza y su partida?»

Esto diciendo, por el aire muestra
De Marte el rayo que labró Toledo,
Y con ligero salto la palestra
Pisó el contrario con gentil denuedo.
«Agora, le responde, que mi diestra
Mover, soberbio, con espacio puedo,
Veráse en breve término y distancia
Qué paren estos montes de arrogancia.»

Furiosos acometen la batalla,
Y puesto en medio, sin tardar Liseno
Sirvió al furor de respectosa valla,
Y á sus ardientes ímpetus de freno.
«Parad, les dijo, pues Fenisa calla,
Y no permite que el derecho ajeno
Se envuelva con su agravio, que perdona,
Y tu piedad; ¡oh Catalan! abona.»

Gerardo, agradecido á su fineza,
O por mejor decir rendido y preso,
Con dulce nudo de inmortal firmeza
El alma prende y encadena el seso.
«Testigo soy del trato y la aspereza,
Si en esto puede haber culpable exceso,
Con que cerró Fenisa los oidos
A tus lágrimas, quejas y gemidos.

»Y así, valiente Capitan, desiste
De amarla, de vengarla y defenderla,
Pues ni señal de amor en ella viste,
Ni ya Gerardo trata de ofenderla.
Si otra ocasion de enemistad tuviste,
Bien puedes satisfecho no emprenderla,
Pues que el honor y vida se restaura,
Si fué venganza, con matar á Laura.»—

»Tomarla aquí pretendo del tirano,
Dijo Gerardo, que atrevido y ciego
Puso en el cielo la insolente mano,
Y osó eclipsar los rayos de su fuego.»
Cuando esto escucha, de Fenisa el llano
Sintió las plantas, y vistióse luego,
Y á Gerardo replica: «No es impropio
Vengar ajeno con agravio propio.

»Si Ansberto á Laura le quitó la vida,
A tí pensó Gerardo que mataba,
Y siendo por vengarme tu homicida,
Con mi desdicha misma me obligaba.
Y esto me anima á que resuelta impida
Batalla tan injusta, que se traba
Por un dichoso yerro que mi suerte
Trocó en acierto y engañó á la muerte.

»Pues sois entrambos nobles y corteses,
Dad al furor indómito reposo,
Que aun desnudar pudiera los arneses
De una mujer el ruego poderoso.
Mirad que á entrambos llaman los franceses,
Y que yo con respeto vergonzoso
Me afrento de escuchar vanos suspiros,
Pudiendo oir de Nápoles los tiros.

»De mí os confieso que me ofende y cansa
Ver los guerreros en acciones viles,
Y en tiempo que la guerra no descansa
Reñir por ocasiones femeniles.
Y tú, famoso Catalan, amansa
Este furor, temiendo que aniquiles
Tus hechos valerosos, afrentado,
Tan mal querido como mal vengado.»

Miróla Ansberto en tanto que previno
El modo de su justa retirada,
Siguiendo luego, sin buscar camino,
Del pardo monte la confusa entrada.
No fué, no, su partida desatino,
Ni fué en Gerardo detener la espada
Flaqueza, porque entibia sus placeres
La afrenta, en que reparan las mujeres.

Con esta suspension de armas forzosa,
Volverse al campo invícto determinan,
Y con ligera vuelta presurosa
A sus armadas tiendas se avecinan.
De Febo apenas la lumbrera hermosa
Torció las sombras que con él declinan,
Cuando un gentil guerrero le acompaña
De la ciudad, saliendo á la campaña,

En un ligero bárbaro morcillo
De alegre rostro, que con blanco bebe,
Que si procura el dueño reducillo,
El campo argenta de espumosa nieve.
Era el girel de plata y amarillo,
Con que sutil en el correr se mueve,
Supliendo, por lo mucho que embaraza,
El hierro y la opresion de la coraza.

Vestidas de oro, sin labor ni en talla,
Eran las armas de la luz espejos,
Y el sol turbado á recogerlos halla
Confusos y doblados sus reflejos.
Llegando el viento á sus plumajes calla,
Y mudo piensa, aunque le mira léjos,
Que alegre mayo anticipó sus flores
Con esta primavera de colores.

Así de Alfonso á la vecina frente
De la primer trinchea se presenta;
Dudosa aguarda la confusa gente,
Y al nuevo caso con discurso atenta.
Llegando pues osado y diligente,
Con voz severa, de temor exenta,
Así comienza, en tanto que prepara
Levantar la visera de la cara:

«Si gloria en armas, si memoria y nombre
Os mueve, capitanes generosos,
Y el justo aplauso de inmortal renombre
Desprecia los sucesos peligrosos;
Y si cumpliendo lo que debe un hombre
Al natural amor, que los piadosos
Pechos inclina, que sus reyes amen;
Y hacienda y sangre por su honor derramen;

»Ahora es tiempo, pues al campo os llama
Paradino el guerrero, que en Hesperia
Ha sido, escureciendo vuestra fama,
De plumas tantas singular materia.
Dióme Lorena la primera cama;
Sangre y honor me dieron sin miseria
De sus antiguos duques los primeros,
Famosos por ilustres y guerreros.

»Llamado vine, y sin llamar viniera,
Del franco rey siguiendo el estandarte,
Y en este amor se funda la primera
Causa que tuve de seguir á Marte;
También me trujo la inclemencia fiera
Con que quisiste Alfonso apoderarte
Del reino ajeno, molestando el dueño,
Que ya reposa con eterno sueño.

»Y así, defiendo armado en la campaña,
De la verdad movido y satisfecho,
Que no sucedes, capitan de España,
De la difunta Reina en el derecho.
Tiranamente, con violencia y maña,
Sin dar oidos al comun despecho,
Intentas profanar los sacros muros,
Que están en manos de Reiner seguros.

»Su rey será, si el cielo no detiene
El curso natural de la justicia,
Qu á veces superior, si nos conviene,
Razones y armas con razon desquicia.
Mas si motivo nuevo no previene,
Dejando libre efecto á la milicia,
De tales brazos su caudillo goza,
Que piensan encerrarte en Zaragoza.

»¿Acaso piensas que el poder igualas
Con moros granadinos y andaluces,
Que visten con volantes y bengalas
De grana y de brocado los capuces?
Pasóse el tiempo que sus ricas galas,
Despojos ciertos, que las rojas cruces,
Vistieron, conquistando su porfia
Los campos de la hermosa Andalucía.

»Del rey glorioso, que sus lises santas
Le dió por armas favorable el cielo,
El muro pisan las temidas plantas,
Honor y gloria del hesperio suelo.
Y cuando no temais grandezas tantas,
Tan gran contrario, su valor y celo,
Francesas armas y el fatal destino
Temed, que está en el campo Paradino.»

Aun no acabó de referir hinchado
Su nombre altivo, cuando al campo sale,
De acero Enrique y de valor armado,
Sin que otro hermano su presteza iguale.
«Espera, dijo, lorenés soldado,
Veremos presto si tu brazo vale
Tanto como esa lengua á tu corona,
Agora defendiendo tu persona.»

Así le dice, y apretó animando
Al rucio cordobés, y al mismo punto
Tendiendo el asta, ejecutó, formando
La voz postrera y el encuentro junto;
Y por el diestro lado atravesando,
Dejar pudiera al contendor difunto,
Si no midieran las divisas francas
Con la celada el campo de las ancas.

Cual suele la pelota, que rebate
Al suelo opuesto, diligente pulso
Prestarle fuerza, que el surtir dilate
La misma resistencia del impulso,
Así en el duro ingreso del combate,
Del fiero golpe el Lorenés compulso,
Volvió gallardo de la silla al centro,
Soberbio y animado del encuentro.

Apenas, recorriendo los arzones,
Volvió al ferrado albergue de la silla,
Cuando rompiendo al Godo los faldones,
Las aceradas launas aportilla.
Hiriólo, y afirmado en las acciones,
Del yelmo crespo, que cambiante brilla,
Divide Enrique la eminencia fuerte,
Y roja sangre por las armas vierte.

Sintióse herido el capitan valiente,
Y en sangre envueltos los turbados ojos,
Y con furor indómito impaciente
Remite á los aceros sus enojos.
Alzó la espada, y apuntó á la frente,
Volver queriendo los plumajes rojos,
Mas solo fué de su ademan asombro,
Que erró la cresta penetrando el hombro.

Sintiendo del acero la fiereza,
Sobre él ligero y ofendido vuelve
El hijo de Fernando, y con presteza
Al lado opuesto el cordobés revuelve.
Hallóle cerca, y con sagaz destreza
A penetrarle el cuerpo se resuelve
Entre el brazal y el peto, en que encerrada
Pensó la malla resistir la espada.

Tan presto ejecutó su movimiento,
Hallando á su contrario sin defensa,
Que á no torcer la punta del intento,
No hubiera de la herida recompensa.
No tanto siente el animal sangriento
De alarbe lanza la mortal ofensa,
Como sintió el guerrero en la estacada
La senda nueva que siguió la espada.

Y así, oprimido del dolor se arroja
Al ofensor gallardo, que olvidado
Bajó la espada hasta los puños roja,
Mirando á su contrario desangrado;
Y juntas la venganza y la congoja,
Prestaron para el golpe acelerado
La furia, que es forzoso que prevenga
Quien propia sangre derramada venga.

Rompió la gola, penetrando al cuello,
Y abrió la pasta su violento rayo,
Tejiendo entre los rizos del cabello
La antigua y noble sangre de Pelayo.
Teñido de carmin su rostro bello,
Ni el brazo siente ni el valor desmayo,
Leon de España, que animado riñe,
Si el verde campo con la sangre tiñe.

Picó al caballo, y al contrario apunta
Al diestro lado que miró vecino,
Rompiendo la fatal violenta punta
Por el acero rígido camino;
Y al mismo instante se mostró difunta
La cara del turbado Paradino,
Que del aliento y de la sangre falto,
Volvió la espada levantada en alto.

Perdió las riendas, y siguiendo el peso
Del flaco golpe descendió á la arena,
Vertiendo el cuerpo con mortal exceso
La misma vida entre la roja vena.
Faltó á su aliento el natural receso,
Y la vital union desencadena
El último suspiro, fiel testigo
Que el alma deja su mayor amigo.

Del muro apenas el confuso llanto,
Y en el opuesto campo su alegría
Pudieron verse, reservando en tanto
A cuál se incline receloso el dia;
Cuando de la trompeta el duro canto
Por la vecina cuesta prevenia,
Tristes y alegres para ver de España
La gente que corona la montaña.

Al son de los templados atambores
Seguian de Fernando el estandarte
(Fernando sucesor de las mejores
Prendas de Alfonso, emulacion de Marte.)
Entre lucientes armas y colores,
Seis mil de la corona, que reparte
Entre distintos escuadrones bellos,
Que el sol se mira y se divide entre ellos.

Mil fuertes montañeses, que reprimen
Las no seguras armas de Gascuña,
Mil de sus llanos, y dos mil que esgrimen
La antigua espada, honor de Cataluña.
Dos mil jinetes de Valencia oprimen
Caballos moros, y gallardo empuña
El menos diestro lanza antigua y larga,
De plata espuelas, y de Fez la adarga.

El ánimo y furor que la trompeta
Infunde en los gallardos animales,
Que el ser con tanto exceso lo interpreta
El vulgo á mas que efectos naturales,
De suerte los alienta con secreta
Fuerza, que sus relinchos desiguales
Trompetas son que animan y previenen
Los que del monte á la campaña vienen.

Formaron por el valle descendiendo
Alegre y repentina primavera,
Con breve engaño el tiempo previniendo
Las varias flores que su monte espera,
Plumas, colores y armas compitiendo
Con mayo, con el arco y con la esfera,
O por mejor decir, quieren que evite
Cualquiera luz, que con su luz compite.

Dudosa admiracion, cuidado triste
Reparte en los contrarios su venida,
Y el torpe miedo de temores viste
El natural recato de la vida;
Y su glorioso padre, que resiste
Del blando afecto la piedad debida,
Con mas aliento espera la vitoria,
Debida á solo el nombre de su gloria.

Habiendo, sin perder la compostura,
De su paterno amor con dulces lazos
Dado á Fernando posesion segura
En el querido albergue de los brazos,
Sin mas tardanza remitir procura
La breve dilacion de los abrazos
A mas espacio, porque dar conviene
El riguroso asalto que previene.

En tanto que sus armas se aparejan,
Y la oprimida Nápoles se guarda,
Y al sol que viene, presumidos dejan
La muestra de sus ánimos gallarda,
Y en tanto que los rústicos se quejan
Del lento paso con que el sueño tarda,
Discurren solos por el bosque umbroso
La bella Arminda y su valiente esposo.

Del viejo Reginaldo procuraban
Llegar á los umbrales conocidos,
Que millas seis de Nápoles distaban
Entre arboledas altas escondidos;
Del sol las altas cumbres coronaban
Los rayos de la tierra despedidos,
Porque sin ilustrar los horizontes,
Nacer le vieron y morir los montes;

Cuando por un ribazo, que termina
El salto de un arroyo, que despeña
A un pardo risco, que pendiente inclina
La tosca frente al agua que desgreña,
La amiga casa, sin pensar vecina,
Un apacible valle les enseña,
Y léjos con la luz breve y cobarde
La muestra el humo al espirar la tarde.

Descubren sus paredes levantadas,
Que en ellas tuerce un apacible rio
Las aguas diligentes y argentadas,
Y el paso enfrena de su curso frio.
Ceñido de altas hayas y copadas,
Hace en el valle lóbrego y sombrío
Silencio blando y dulce recompensa,
Del sol quitando la mortal ofensa.

Y entonces la inclemencia de los cielos
Así reprime, y el cristal defiende,
Que rotas las prisiones de los hielos,
Al mar el agua sin parar desciende.
Amores cantan, y lamentan celos
Las tiernas aves, que engañar pretende
La verde sombra, por robar tirana
Su natural lisonja á la mañana.

Llegaron los amantes á la puerta
Que el dueño ocupa, y con sencillo agrado
Les dió sus brazos y su casa abierta,
De la familia alegre acompañado;
Y viendo que la obscura noche acierta
La muda senda de la cumbre al prado,
Mandó aprestar la cena, que previene
Al noble huésped que en su casa tiene.

Con breve diligencia se dispuso,
Y en limpia mesa, de ambicion ajena,
Copiosamente la familia puso
En varios platos la dispuesta cena.
De frutas invernizas se compuso
Segundo otoño, de regalos llena;
Siguió la copia que produce y cria
El cano mar y la montaña fria.

La rubia espiga con su ofrenda blanca
Mostraba, escureciendo los manteles,
De su divino autor la mano franca,
Mejor que de la industria los pinceles.
Tambien el fruto que temprano arranca;
Y acuesta en verde cama de laureles
El rústico olvidado delicioso,
Que darle pudo su licor precioso.

El gran convite, regalado y vario,
Lograron entre muestras de llaneza,
Con solo el cumplimiento necesario
Que pide la comun naturaleza.
Las ricas copas que al romano erario
Sirvieran de ornamento y de riqueza
Pusieron fin, sin ayudar el sueño
Al franco pecho del cumplido dueño.

Vertióse apenas la postrera espuma,
Cuando obligado del piadoso trato,
Su historia Florisbel en breve suma
Al huésped cuenta con silencio grato;
Mas no esperó que el tiempo se consuma,
Debido justamente al dulce rato,
Cuando de Italia la tragedia fiera
Le pide Arminda al huésped que refiera.

«Cuéntanos, dice, de mi patria cara
Desdichas tan sangrientas y notorias,
La suerte de Reiner triste y avara
Y del glorioso Alfonso las vitorias.
Que agora cuentas su valor, repara,
A dos oyentes fieles de sus glorias.
Empieza pues»; y el viejo enternecido,
Así del ruego respondió movido:

«Despues que del estruendo de la guerra
Dejé el turbado y ciego movimiento,
Y en ocio dulce la quietud encierra
Entre estos montes mi postrero aliento;
Por ser vecina á Nápoles la tierra
Que dió á mis techos favorable asiento,
En estas soledades desperdicia
La fama inútilmente su noticia.

»Y así podré contaros brevemente
De tan prolijas armas el suceso
Con el adorno solo que consiente
Esta verdad sencilla que profeso.
Empezaré. Despues que vuestra gente
Tuvo en Gaeta el último progreso
Que tú alcanzaste, y prisionero fuiste
Del duque Antonio, que en prision venciste,

»Movió su campo Alfonso victorioso,
Postrando de Marquisi y de Escapata
Las fuerzas, y gallardo presuroso
Intenta que Salerno se combata;
Rindióse luego, y sin tener reposo,
De dar asalto á las murallas trata
De la famosa Cava, que previno
La industria á Flándes de tejer el lino.

»De allí, fiando al aire sus banderas
En el silencio tímido noturno,
Mandó que de sus huestes las primeras
El márgen acometan del Volturno,
Dejando sus orillas y riberas
Iguales á los campos de Saturno
El gran furor indómito que baña
De nuestra misma sangre la campaña.

»No pudo del comun Padre romano
La gente, que sus aguas dividian,
Mover las armas, procurando en vano
La natural defensa que pedian.
Al fin huyendo la insolente mano
Del vencedor gallardo que temian,
Dejó el legado, que guardarse piensa
De las francesas armas la defensa.

»Siguiendo la vitoria, se resuelve
De entrar á Benavento por combate;
Rindió sus muros, y arrogante vuelve,
Temiendo que su gloria se dilate.
Ganó de Ambersa la ciudad, y envuelve,
Sin que Reiner de resistirle trate,
Castillos, armas, pueblos y naciones
Sujetos á sus bandas y pendones.

»Movido pues de la amistad francesa
Tu primo el Duque, generosa Arminda,
Gallardo emprende la costosa empresa
Antes que al Godo el cuello Italia rinda.
Dejó los muros de la antigua Sesa,
Y en un inculto valle, que deslinda
El término á los montes, que sus frentes
Les muestran del Sebeto las corrientes,

»Formó de sus criados y vasallos,
Y de tudescos, suevos y pulleses
Un escuadron, ceñido de caballos
Lombardos, florentines y albaneses;
Y por querer del todo asegurallos,
En seis gallardas tropas de franceses,
Tres mil corazas publicando vienen
El arrogante espíritu que tienen.

»A la primera luz, que la mañana
Tendió confusa por el aire vago,
De la vecina sierra helada y cana,
Bajó de sus cabezas el estrago;
Y la española furia altiva insana
Volvió de sangre miserable lago
Las claras ondas, que volvió el Tirreno,
Por no pagarse de tributo ajeno.

»Al fin quedó sujeto á las cadenas
Del noble vencedor tu honrado primo,
Su gente degollada en las arenas,
Y de Reiner la causa sin arrimo;
Logrando en tierras fértiles y ajenas
El fruto de sus armas tan opimo,
La hoz metió con venturosa mano
Desde Castelamar á Cavíano.

»Dió vencedor á las Calabrias vuelta,
Y del francés imperio en la coyunda,
El fuerte ñudo desenlaza y suelta,
Y el suyo en armas y en justicia funda.
Con esta brevedad firme y resuelta
Las armas vuelve, con temor que cunda
La gente, por quien da al romano suelo
Honor el mundo, y potestad el cielo.

»No fué temor, sino prudencia astuta
Asegurar las fuerzas de importancia,
Antes que el suelo fiel que le tributa
Molesten tantos, ayudando á Francia.
No por agravio y deshonor reputa
Del sucesor de Pedro la constancia,
Ni que llamados cubran la campaña,
Milan, Florencia, Génova, Alemaña.

»Con no vencido espíritu quïeto
Estas preñadas máquinas desprecia,
De cuyas amenazas el efeto
Temer pudiera victoriosa Grecia;
Y así, animando con ardiente afeto
El uso militar, que tanto precia,
Olvida generoso en su fatiga
Segunda vez la conjurada liga.

»Y sin hallar descanso ni sosiego,
Cercó de Troya los antiguos muros,
Que no con armas del engaño griego
Rindió las fuerzas de sus brazos duros;
Y en vez del riguroso ardiente fuego
De Esforza, los soldados mal seguros
Lloraron de sus manos el castigo,
Perdiendo de los muros el abrigo.

»Quedó rendida la ciudad, y puestos
En dura servidumbre los secuaces
Del Esforcés intrépido, y dispuestos
A estrechas leyes y afrentosas paces,
Dejando asegurados y compuestos
Los pechos, hasta entonces pertinaces;
Yá veces con piedad, sin armas fieras,
Ganaba corazones y banderas.

»Tomó de Capua la ciudad, y embiste
A Sorrento, y siguiendo su fortuna,
Ganó á Puzol, que su furor resiste,
Si hacerle pudo resistencia alguna.
Dejóle apenas desangrado y triste,
Y en brazos del silencio de la luna
Pasó su campo á Nápoles, que espanta
Al sol, que por mirarle se adelanta.

»Cercó la gran ciudad, honor de Europa,
Y nobles tantos con mortal asedio,
Que de armas faltos, de comida y ropa,
Rendirse tienen por forzoso medio.
La humilde gente, que en contorno topa,
Medrosa busca su comun remedio,
Colmando del ejército las tiendas,
El monte, el valle, el mar de sus ofrendas.

»Y el triste pueblo, que afligido mira
El logro de sus mieses repartido,
Y que insolente el Español retira
Lo que sembró su dueño prevenido;
De furia brama, de dolor suspira,
Y su francés caudillo combatido
Del nuevo estado en que sus fuerzas halla,
Quiso intentar en campo la batalla.

»Mas no les pareció consejo cuerdo
Después que á Castilnovo les quitaron,
Y así, turbados con mejor acuerdo
La natural defensa procuraron;
Y cada vez, señores, que recuerdo,
Pregunto, si de Nápoles llegaron
Las nuevas, que se aguardan por instantes,
De verse ya vengados los infantes.

»Esta, aunque breve relacion sucinta,
Es limitada parte de la historia
Que el puro afecto sin colores pinta,
Por dar al vencedor tan justa gloria.
No en blanca carta lisonjera tinta,
Podrá fiar al tiempo su memoria,
Ni menos que del sacro Mantüano
Honrar la pluma ni emprender la mano.

»Demás, que la fatiga del camino,
Y haber en el invierno riguroso
Pisado la cerviz del Apenino,
Al mas robusto pedirá reposo.
Buscad el fiel descanso, que previno
El amor de la vida, codicioso
De nuevas trazas y remedios grandes
Que hallar pudieron Alemaña y Flándes.

»En el albergue limpio de la cama,
Porque amigablemente se os conceda,
La Cava ofrece su apacible trama,
Africa plumas, y Calabria seda.»
Esto diciendo, la familia llama,
Y della sabe que dispuesto queda
Cuanto con mano franca prevenia
Su honrada y ambiciosa cortesía.

Los huéspedes dejaron satisfechos
Las sillas, y conformes le agradecen
Las dulces nuevas, y con tiernos pechos
Eterno feudo de amistad le ofrecen.
Mostraba el huésped prevenidos lechos,
Y en uno, del cansancio que padecen,
Remedio hallaron con el sueño blando,
Que atento el huésped les quedó guardando.

CANTO XII.

ARGUMENTO.

La guarda prende á Garceran valiente,
Que á ver entraba su querida esposa;
Cenobia entre las armas diligente
A sí se culpa amante y animosa.
Niega el esposo, y el Francés consiente
De entrambos la sentencia rigurosa,
Y antes que se ejecute, entró triunfando
Por el formal el hijo de Fernando.

Siguiendo el sol á la mañana fria,
Pisaba del Oriente los umbrales,
Entrando alegre por su puerta el dia
A verse en los espejos celestiales;
Y la cancion usada repetia
Con voces y suspiros naturales
El coro de las aves, que en la selva
Aguarda mudo que á los campos vuelva;

Cuando con menos voces y artificio
La gente celtibera prevenida,
De su contento daba claro indicio
Y al favorable sol la bienvenida,
En todos se frecuenta el ejercicio,
Que en tales casos inventó la vida
Para asaltar guardada las almenas,
Que están de ofensas y enemigos llenas.

No con menor industria los cercados
A defender los muros se disponen,
Cubiertos de pertrechos y soldados,
Que en todas partes al contrario oponen:
Con esta diligencia fatigados,
Los unos y los otros se componen,
Y á Nápoles en tanto de repente
Altera el gran tumulto de la gente.

El caso fué, que habiéndose entendido
Que algunos españoles frecuentaban
La entrada por conducto no sabido,
Y osadamente en Nápoles andaban;
Y que el intento cierto y conocido
Los mismos ciudadanos animaban,
Pues defensa segura sin respeto
Les daban en sus casas con secreto;

Mandó Reiner con públicos pregones
Que pena de la vida no se acoja,
Ó sean españoles ó naciones,
Que el pecho adornan con la banda roja.
Con esto, á quien intenta disensiones,
Al punto de la vida le despoja,
Pagando luego el capital insulto
De haber tenido á su enemigo oculto.

En medio pues del vulgo alborotado
Prendió la ronda que cercaba el muro
A un noble aragonés, que disfrazado
Entró como otras veces mal seguro.
Amaba agradecido y obligado
Con fe sencilla y con afecto puro,
Expuesto á los peligros de la suerte,
Que ya le muestra su vecina muerte.

Por largo tiempo, sin engaño y celos,
Cercados de peligros y temores,
Trataban, despreciando los recelos,
Cenobia y Garceran dulces amores.
Piadosos dieron al galan los cielos
Sangre en Barbastro igual á las mejores,
Y á su querida amante dió Gaeta
Nobleza antigua con beldad perfeta.

Él de su amor vivia satisfecho,
Y ella su mismo gusto le agradece;
Y siendo igual á entrambos el provecho,
El dulce fuego con lisonjas crece.
Ninguno teme que verá deshecho
El lazo eterno que su amor ofrece,
Y cada cual la fe del otro amante
En sí la juzga por verdad constante.

Nació este amor de estrella que le inclina,
Cuando prendió gallardo por la espada
Garceran á Cenobia en la ruina
De su querida patria desdichada.
Mal dije, no prendió, que su divina
Beldad de las pasiones desatada,
Hizo burlando amor de las ajenas,
De sus madejas de oro las cadenas.

Trocóse la prision, trocóse el dueño;
Quedo vencido el que venció animoso,
Ella en cadenas de inmortal empeño,
Él preso, enamorado y vitorioso.
Huyó á sus ojos el antiguo sueño,
Y ella procura libre su reposo
¡Libre digo! Engañéme, ni procura
Buscar en otra libertad ventura.

Con esta tan igual correspondencia
Creció el amor, seguro de mudanza,
Que nunca de las ondas la insolencia
Temió la nave que se vió en bonanza.
Al fin llegó de su llorada ausencia
El tiempo, en que marchita su esperanza;
Miró á deciembre con mortal desmayo,
Que no hay en año de desdichas mayo.

Mandando Alfonso que seguros puedan
Gozar los prisioneros de sosiego,
Los unos parten, y los otros quedan
Gozando el dulce efecto de su ruego.
Temiendo pues que de lo justo excedan
Las tiernas muestras, se partieron luego
Los padres de Cenobia, que pretenden
Matar el fuego que al partir encienden.

Supieron al momento los amantes
De la partida triste la certeza,
Y su congoja y pena en los semblantes
Mostraba la reciproca tristeza.
Entre unas fuentes, que espaciosas antes
Corrieron envidiando su firmeza,
Lloraban dulcemente la partida,
Que es dulce amor hasta en quitar la vida.

Testigos de sus tiernos juramentos
Unos laureles fueron, que obligados
Del triste caso, sin moverse atentos
Callaron de los vientos molestados.
Siguiendo sus eternos movimientos
Los cielos de lumbreras coronados,
El alba puso fin á sus querellas,
Mas no la causa que tuvieron ellas.

Partióse al fin á Nápoles la dama;
Quedó sin ella el triste caballero,
Y si ella ardientes lágrimas derrama,
El siente como amante verdadero.
Sobre una peña, en que insolente brama
El mar de Italia con asalto fiero
Miraba Garceran las aguas, donde
Su bien un leño fugitivo esconde.

Romper le vió con movimiento leve
Las crespas ondas, sin dejar camino,
Y al libre viento, que sus tablas mueve,
Prender la industria en cárceles de lino.
«Si no procuras que á seguirte pruebe,
Detente, dijo, caminante pino,
Que no soy, aunque firme opuesta roca,
Que á tan forzoso miedo te provoca.

»Que así el engaño de tus ondas fia
La bella imitacion del alto cielo,
Y de un tirano padre la porfia
Desprecie los peligros sin recelo.
Si solo de mis ojos te desvia,
Tambien pudiera por constante suelo,
Mirando que al furor del mar entrega
La dulce prenda, que á su amante niega.

»¿Qué lloro, á quién me quejo ó qué fatigo
Al sordo viento, que la mar frecuenta,
Si miro que envidioso y enemigo
La injusta fuga su favor alienta?
Mas no tendrá mi amor igual testigo,
Que darle pueda de sus males cuenta,
Pues lleva mis suspiros abrasados,
De su violento soplo acompañados.»

Así llorando triste se quejaba,
Cuando de blanca espuma en los vellones
La diligente barca se ocultaba,
Fiada á sus molestas invasiones;
Y á la confusa vista que aplicaba,
Burlaban las postreras confusiones,
Si son dudando, sin que el sol tramonte,
Las velas arrebol del horizonte.

Apenas con el justo desengaño
Volvió á su casa, cuando Alfonso ordena
Que el campo marche, descubriendo el año
La frente mas pacífica y serena.
Siguió las armas, padeciendo el daño
Que nace de la ausencia y de la pena
De su perdido bien, que solo alcanza
El dulce porfiar de la esperanza.

Llegado el fin de la prolija guerra,
El vencedor ejército volviendo,
De Nápoles pisó la amada tierra,
Sus muros asaltando y combatiendo;
Y como la mitad del alma encierra
Del noble amante, sin rumor ni estruendo
Estando, procuró, la guerra en calma,
Perder la vida por hallar el alma.

Y así, de noche por estrecha senda,
Del antiguo formal y oculta mina,
A quien las claras aguas encomienda
La sierra, que á sus fuentes encamina,
Sin que el silencio mismo comprehenda
Lo que el osado amante determina,
A ver entraba su querida esposa,
De verle satisfecha y recelosa.

Mas no salieron sus temores vanos,
Que de la atenta ronda diligente
Cayó el amante mísero en las manos,
Hallado y detenido de repente.
Quedaron los soldados tan ufanos
De la oportuna presa, que á la gente
Apenas se mostraba entre las guardas,
Ceñidas de paveses y alabardas.

Oculta en el umbral de la ventana
Miró Cenobia el desdichado caso
Con la primera luz que la mañana
Tendió en los montes alargando el paso.
Perdieron su color la nieve y grana,
Y al sol hermoso sepultó el ocaso,
Envuelto en nubes de dolor y espanto,
Que amor desata en importuno llanto.

Salió cubierta del adorno breve,
Para indecentes ojos imperfeto,
Y de la union del fuego y de la nieve
Fiando á los volantes el secreto.
El viento libre sus cabellos mueve,
Perdido de las trenzas el respeto,
Y de nativas ondas coronado,
Formaba suelto natural trenzado.

Mostróse en ella á Nápoles el dia,
Que llaman dulcemente con endechas
Las aves, que cesando en su porfía
Callaron, de mirarla satisfechas.
No tan veloces por el aire envia
El corvo abeto las ardientes flechas,
Como tendiendo en ella amor sus redes
Salió de las domésticas paredes.

Robaba á la vergüenza la congoja
La natural cubierta de la cara,
Y osada y loca del dolor se arroja
Con ciegos medios á su infamia clara.
Del proceder honesto la despoja
Amor, que no discurre ni repara,
Ni quiere que sus obras se dilaten,
Si penas ó deseos le combaten.

Con esta peligrosa diligencia,
Y las violentas alas del exceso,
Llegó del franco Duque á la presencia
Al mismo punto que llegaba el preso.
Turbóse Anjous, mirando la excelencia
Del Pintor celestial, y el grave peso
Del público cuidado no permite
Que descuidado amor le solicite.

Y en sí volviendo, los presentes mira;
Por ver si alguno á referir empieza
El mudo caso, que callado admira
Al trágico silencio de la pieza.
Al fin, la esposa triste, que suspira,
Alzando lastimada la cabeza,
Le dice con el triste sentimiento
De ver su vida en el postrero aliento:

«Invicto capitan, honor y gloria
Del rey que adornan las cristianas lises,
Así en anales sacros tu memoria
Viva á los siglos que triunfando pises,
Que atento y lastimado de la historia
Que agora escuchas, en mi mal divises
Y en las ardientes lágrimas que vierto
De tantos males el discurso cierto.

»Sabrás que el desdichado caballero,
Esposo mio, que humillado tienes,
A cuya vida el vengativo acero
Por ley severa afilas y previenes,
Con tierno amor, constante y verdadero
A verme entró, que sus dichosos bienes
Guardados tiene amor de sus enojos
En el erario dulce de mis ojos.

»No á descubrir de tus soldados vino
Si tienen disciplina vigilante,
Ni á ver si tu cuidado se previno
De algun reparo á resistir bastante;
A verme, sí, que un tierno desatino,
¿Qué piedra ó muro habrá que no quebrante?
Soltarlo puedes, que la culpa es mia,
Y no es de Alfonso Garceran espía.

»Yo soy la transgresora del preciso
Bando, que á justa muerte me condena,
Y pues te doy de mi delito aviso,
En mi ejecuta su debida pena.
Si por librarme el inocente quiso
Vestirse ¡ay triste! de la ofensa ajena,
No es bien que pierda, sin hallar disculpa,
La propia vida por ajena culpa.

»Si sabes lo que amor ordena y puede
En este reino vil de los sentidos,
Y los injustos fueros que concede
A tantos desdichados y perdidos;
Tambien sabrás que si violento excede,
Prescriben sus decretos admitidos,
Y exentos son por fueros naturales,
Yerros de amor de términos legales.

»Ni verme quiero del cuchillo exenta,
Librando en otras manos mi justicia;
Que no recela desdichada afrenta
De tu piedad á mi dolor propicia,
Pues ya mi navecilla en la tormenta,
Que tablas, velas y árboles desquicia,
Descubre puerto sosegado y manso,
Y libre de las ondas su descanso.

»Y si modera humilde la sentencia
El ruego de mis males importuno,
Ordene tu rigor ó tu clemencia
Que entrambos vivan, ó que muera el uno.
Y si ha de haber en esto diferencia,
Y es justa perdicion que muera alguno,
Yo seré, que es lo mismo, en honra dellos,
Morir de amores, que morir por ellos.»

Así acabó Cenobia su discurso,
Con justa admiracion de los oyentes,
Formando de sus lágrimas el curso
De hermosas perlas desatadas fuentes;
Y apenas en el público concurso
Volvieron al silencio los presentes,
Cuando á Reiner, que le escuchaba atento,
El preso dijo con gallardo aliento:

«Nací, señor magnánimo, en Barbastro,
Ciudad en Aragon antigua y bella;
Mi sangre es noble, mi apellido Castro,
Soldado por oficio y por estrella;
Siguiendo las pisadas por el rastro,
Que honradas miro de mi padre en ella,
A Italia vine, de mi rey famoso
Siguiendo el estandarte victorioso.

»Armado de la industria y la nobleza,
Que sola en tales casos me acompaña,
Entré á mirar la débil fortaleza
Que el mar Tirreno con sus ondas baña;
Y habiendo descubierto con presteza
Entrada fácil al leon de España,
De súbito las guardas me prendieron,
Y á tu rëal presencia me trujeron.

»De aquesta hermosa dama, que moverla
Pudieron tanto mis llorados males,
Que finge una quimera, que creerla
Pudieran mis desdichas inmortales,
No soy esposo, ni jamás por verla
Me dieron acogida sus umbrales;
Y es ilusion hacerme esposo y dueño,
Que en esto imita la piedad al sueño.

»Mas no disponga el cielo ni permita
Que la tirana luz de su hermosura,
Que amor, piedad y miedo solicita,
Los rayos pierda de su lumbre pura.
Y si esta empresa bárbara, que incita
En su piadoso engaño mi ventura,
Tuviera efecto, ¡qué inclemencia fuera
Que, libre el reo, el inocente muera!

»Ni es justo que su lástima culpable
El filo agudo del agravio pruebe,
Y en tales pechos su ficcion entable
Que el uno pague lo que el otro debe.
Mirad sus verdes años, que mudable
Respeta el tiempo, que en su blanca nieve
Vierte, afrentando la que da el invierno,
De varias flores un abril eterno.

»Yo soy, yo, quien profana los mandatos,
Y no la humilde víctima que ofrece
El cuello, despreciando los recatos,
Con que la honesta vida se ennoblece.
Cortad mis años á su vida ingratos,
Y el breve paso, que infamado crece,
¡Oh nobles ciudadanos! si llamada
Hirió al rendido la mejor espada.»

Dijo y calló, vertiendo en las postreras
Palabras sus afectos tan sensibles,
Que las precisas leyes y severas
Juzgó el comun aplauso por terribles;
Y al noble Capitan que con sinceras
Entrañas, conmovidas y pacibles
Librarlos quiso, así replica osado
Arunco, descendiente de Conrado:

«Si puede tanto la piedad viciosa,
Nacida de unas lágrimas serviles,
Que en mengua de tu sangre generosa
Obliga á que sus glorias aniquiles;
No escuches, no, de la sirena hermosa
Las voces penetrantes y sutiles,
En tiempo que se enfrena al enemigo
Con ver de los rebeldes el castigo.

»No niego que á sus lágrimas propicio
Mostrarse pudo enternecido el pecho,
Mas no á romper las leyes del oficio,
Que atento mira el público provecho.
El muere justamente en su ejercicio,
Y ella tambien, que, osada á tu despecho,
En el secreto albergue de tu casa
Guardó el Sinon que tu ciudad abrasa.

»Que mueran pide tan forzoso ejemplo,
Y del perdon injusto que procuran,
Nacida alguna disension contemplo,
Que ya turbados ánimos murmuran.
La furia en tanto del agravio templo,
Juzgando que sus quejas aseguran
Tu celo, tu respeto y tu justicia,
No mas que á la verdad libre y propicia.

»Entrambos por culpados se presentan
Con modo astuto y término exquisito;
Y aunque librarse el uno al otro intentan
Por suyo reconocen el delito.
Morir desean, y el exceso cuentan,
Y así con justo afecto solicito,
Temiendo que los términos dilates,
Que á entrambos creas y que á entrambos mates.»

Así acabó, trocando sus razones
De súbito, movidos á venganza
Los antes lastimados corazones,
Que acusan del castigo la tardanza;
Temiendo las vulgares disensiones,
Perdió de libertarlos la esperanza
Anjous piadoso, que á la furia ciega
Del vengativo pueblo los entrega.

Dejó la silla al tiempo que dispuso,
O permitió forzado, que ejecute
Su furia el pueblo bárbaro y confuso,
Temiendo su piedad que se le impute.
Con esta permision luego compuso,
Sin que en lo justo y pio se dispute
El público teatro, que pretende
Bañar de sangre, que á ninguno ofende.

En tanto que el suplicio se prepara,
Y el sol visita la mitad del cielo,
Habiendo roto libre el agua clara
Los blancos grillos que le puso el hielo;
Alfonso invicto con industria rara,
Que darle pudo el militar desvelo,
Su gente ocultamente prevenia
Con tal secreto, que engañaba el dia.

La escuadra misma, con que Arnaldo y Bruno
A ver volvieron la segura entrada,
Guardarla pudo sin rumor alguno,
A no perder el paso conjurada.
No da en el hecho parecer ninguno,
Que á todos tiene oculta y reservada
La empresa Alfonso, que el mejor efeto
Nace en el pecho, y muere en el secreto.

Con él osadamente determina,
Burlada la atencion de su contrario,
Llevar á tantas vidas la rüina
Con fuerte emulacion de Belisario.
Antes de hollar el seno de la mina,
Por ser el tiempo en los sucesos vario,
La difícil salida armada estuvo
Con gente fiel que en sus umbrales tuvo.

Siguieron de su campo los mejores
Soldados, prevenidos sin concierto,
Callando los sonoros atambores,
Y el mudo valle sin rumor desierto.
Del vulgo en tanto suenan los clamores,
Nacidos del piadoso desconcierto,
Mirándolos constantes desdichados,
Ceñidos de prisiones y soldados.

En medio de una plaza se mostraba
Con tristes aparatos y funestos
El sitio en que el castigo se aprestaba
De dos amantes, á morir dispuestos;
Y los que amor viviendo conformaba,
Por él se muestran al morir opuestos,
Queriendo cada cual con mejor suerte,
Por no doblarla, anticipar la muerte.

Sin mas adorno que el revuelto trage,
Cenobia el rostro tímido descubre,
Quitando de las flores el ultraje
La blanca sombra, que las suyas cubre.
Sentia triste que el cuchillo ataje
Los verdes años que su abril encubre,
Y osada y muda, sin torcer el paso,
Miró la vida su mortal ocaso.

Suspenso y ciego el caballero triste
Lloraba malograda su hermosura,
Y cuanto mas el ímpetu resiste,
Con mas congojas su dolor le apura.
Vuelve y revuelve, y fatigado insiste,
Mirando á la sangrienta desventura,
Y así le dice agradecido y tierno,
Cobrando el alma su vital gobierno:

«No siento, no, bellísima señora,
El desdichado curso de mis dias,
Ni el triste fin que tan cercano agora
Llorando miran las tristezas mias.
La noche, sí, de tu luciente aurora,
Que el miedo cubre de tinieblas frias,
Siendo mi amor el homicida fiero
Que en daño suyo desnudó el acero.

»Confieso que, obligado y satisfecho,
Morir deseo, y si quedara vivo,
No hallaran las edades en mi pecho
Retorno de las prendas que recibo.
Fundóse la sentencia en mi provecho,
Y solo agora en el morir estribo,
Pues cuando no sea justa la partida,
Borró la deuda quien perdió la vida.

»Ni viera aquesta paga contradicha,
Si el cielo favorable permitiera
Que como doy la vida á mi desdicha,
Por tus hermosos ojos la perdiera.
Mas no me niega parte de la dicha,
Que en este paso mi verdad espera,
Pues si por ti la vida no he perdido,
La causa el verte de perderla ha sido.—

«Yo muero, le responde, tan contenta
De no quedar sin ti, muriendo viva,
Que tengo ya la vida por afrenta,
Pues deste bien su dilacion me priva.
Partir quisiera sin que el alma sienta
La espada mas injusta y vengativa
De verte muerto, y con igual fortuna
Pasar dos muertes sin deber ninguna.

»No fué delito, Garceran, amarte,
Desdicha sí perderte tan apriesa,
Y mas en quien vivia de obligarte
Con esta fe que hasta el morir profesa.
Seguro y cierto de la vida parte,
Que á no ser voluntad del cielo expresa
Que muera, y su clemencia la dejara,
El mismo amor la vida me quitara.

»Los campos celestiales, que de estrellas
Vistió su Autor, Artífice divino,
Mostrando están entre sus luces bellas
Seguro á nuestras plantas el camino.
Mas ¿qué dudamos en lograr con ellas
El bien que ofrece tan igual destino,
Trocando nuestro amor su ardiente fuego
En puras llamas de inmortal sosiego?»

Así acabó, dejando el vulgo atento,
Suspenso y triste, que el suceso aguarda,
Cuando con repentino movimiento
El pueblo circunstante se acobarda.
Paró el cuchillo, que alumbraba el viento,
Y sin valer sus armas á la guarda,
Dejó la plaza y presos, recelando
La no vencida gente de Fernando.

Cual suele en medio del ardiente estío,
Flechando rayos en las altas cumbres
La obscura nube entre el vapor sombrío,
Vestirse de sus pálidas vislumbres;
Y en agua desatado el humor frio,
Del cielo cubre las piadosas lumbres,
Y cuando el viento mas se desordena,
Apolo nace y el rigor serena;

No menos á la noche de congojas
De aquellos venturosos condenados
Salió la vida entre vislumbres rojas,
De arneses relucientes y grabados,
Dejando el miedo y el dolor tan flojas
Las rígidas pasiones, que burlados
Sus hierros fácilmente se libraron,
Y á las vecinas armas se entregaron.

Marchando pues con militar concierto
La diestra gente en forma de batalla,
Ganó de Capua con igual acierto
La puerta, su rastrillo y la muralla.
Sabiendo el triste Duque el encubierto
Asalto, defendido de la malla
Salió, sin mas defensa que la gente
Que pudo prevenirse de repente.

Siguiéronle, gallardos y animosos
Arunco, Continola, Sanazaro,
Caldora, Orlando, Esforza, que piadosos
Quisieron ser de su rüina amparo.
Con estos defensores valerosos
Tener pudiera su valor reparo,
Si ya no diera á su poder abierta
Seguro paso al vencedor la puerta.

Trabóse la batalla, tan furiosa,
Que en todas partes desatada en ira
Anduvo la venganza belicosa
Envuelta en fuego, que el furor respira.
No despidió la fragua luminosa,
Que con fingidas fábulas admira,
Iguales rayos, aunque fueran menos,
Siendo el batir de las espadas truenos.

Enrique de Norberto en la siniestra
Parte el estoque penetrante esconde,
Y á Guido osado, que ofendió su diestra;
Con mas furioso golpe le responde;
Sobre él Esforza con gallarda muestra
Movió la espada que apuntaba, donde
Privarle presto de la vida pudo,
A no impedir sus pasos el escudo.

Fernando valeroso á Continola
Rompió el almete, penetrando el filo
Hasta el doblado acero de la gola,
En quien la vida descubrió su asilo.
No fué la herida del guerrero sola,
Pues luego pasa del señor de Estilo
La fiera punta el cuerpo mal logrado;
Ni de años ni de acero acompañado.

De Ernesto luego el generoso Marte,
Con un revés gallardo que despide,
La dura cresta y la cabeza parte,
Y el suelo el tronco palpitante mide;
Y al fuerte Ricardeto, que desparte
El duro trance y animoso impide
La muerte que á Durando amenazaba,
El noble pecho su furor le enclava.

En medio de las armas y el combate
Mostró las suyas el valiente Orlando
Furioso, porque el triunfo se dilate
Del hijo generoso de Fernando.
Gerardo pues que el lauro y el remate
Andaba de sus glorias procurando,
Poniendo honroso término la espada
A la batalla antigua comenzada,

Con él encuentra y reconoce al punto
El ancho cuerpo que midió su abrazo,
Y alzando con la voz la espada junto,
Así le dijo, descargando el brazo:
«Aquí verémos si mejor apunto
Que la pasada vez, rompiendo el lazo
Agora de tu vida, que en las ondas
No hará la nave que de mí la escondas.»—

«Palabras excusemos,» le replica
Turbado el Milanés del golpe horrendo;
Y el fuerte brazo á la venganza aplica,
De furia y rabia y de dolor gimiendo.
Entre el brazal derecho que complica
El borde con la malla, el paso viendo,
La punta encaminó con tal asombro,
Que en vez del pecho le taladra el hombro.

La sangre que ocupaba diligente
Del retirado estoque los vacíos,
Vertiendo por la herida su corriente,
Bañó la tierra y alentó sus bríos.
Miróla el desangrado combatiente,
Turbado el rostro y los extremos fríos
De cólera, de furia y de venganza,
Fundado en este golpe su esperanza.

Llevó la punta el ímpetu derecha
De Orlando al rostro, y viéndola vecina
Del natural recato se aprovecha,
Y al lado opuesto sin tardar la inclina.
Libróse el rostro, y por distancia estrecha
Llegó de fuerzas y años la rüina,
Abriendo entre la gola y el almete
Senda el desvío al brazo que acomete.

Entró la espada, dividiendo fieros
Sus filos penetrantes la garganta,
Saliendo con la vida los postreros
Suspiros tristes: entre sangre tanta
Teñidos se mostraron los aceros,
Y en tronco inútil, la gallarda planta
Vuelta midió la fatigada arena,
De sangre y armas y de cuerpos llena.

Duraba la importuna resistencia
Al mismo paso que el furor crecia,
Sin verse conocida diferencia,
Menguando la recíproca porfia.
Corrido de su afrenta y negligencia
Ansberto la batalla discurria,
Matando á tantos, que impidió su paso
Con muertos cuerpos el mortal fracaso.

Salió de entre ellos, y en distante plaza
Topó á Lisardo, y en furor deshechos
Los dientes, por el yelmo y la coraza
Le parte la cabeza hasta los pechos;
Y luego á Florabel, que le embaraza,
Volvió los filos, y al romper derechos
La malla penetraron, y el difunto
Cuerpo destroncan sin la vida al punto.

El noble Florisbel de Rosimundo
Sintió la espada por el lado diestro,
Y vuelto con destreza, en el segundo
Paso trocado le rompió el siniestro.
Quedó cubierto al golpe furibundo
Del fiero brazo, que, al bajar indiestro,
De solo el pomo ejecutó la furia,
Burlando al aire su insolente injuria.

Sacó los piés, y acometió de presto
Al noble rostro la enemiga punta,
Hallando el golpe al contendor dispuesto
Que el filo bate, y al contrario apunta.
Quedó en figura el brazo contrapuesto,
Que el hierro sin efecto se despunta
En la rebelde pasta del escudo,
Que fué lo mas que su violencia pudo.

Volvió á cerrar el Español gallardo
Con priesa tanta, que turbado y ciego,
No dió á su vida el aleman resguardo,
Y el uso pierde de las armas luego.
El paso mueve perezoso y tardo,
La furia exhala por los ojos fuego,
Envuelto con la sangre que derrama,
Remedio breve de aplacar su llama.

Volviendo Ansberto á la siniestra parte,
Al mísero Lisauro que se opuso
La gola rompe, y por el hombro parte
El cuerpo, que en pedazos descompuso.
A Bruno luego y á Escipion desparte,
Y en tal aprieto al combatiente puso,
Que dió su vida al capitan romano
Al repetido golpe de la mano.

Ya sin prisiones Garceran robusto,
Venganza vió del nieto de Conrado,
Pagando en sangre el parecer injusto,
A manos de su furia castigado;
Sintió de verle tan mortal disgusto,
Que el fuerte brazo de su enojo armado,
Rompiendo por las armas y el consejo,
Difunto deja el venerable viejo.

Ardiendo en vivo fuego la contienda,
Creciendo con los golpes la pujanza,
Dió á su caballo Alfonso aliento y rienda,
Y al duro ristre la robusta lanza;
No hay brazo que del suyo se defienda
Ni tenga en los aceros confianza:
Siempre consiguen, ó matar ó herirle,
Al que soberbio emprende resistirle.

Creció en su gente el ánimo de suerte,
Con la forzosa envidia de su gloria,
Que en breve espacio generosa y fuerte
Por suya tuvo la neutral vitoria.
Turbados despreciaban en la muerte
La fuga vil, y su afrentosa historia
Los míseros contrarios, satisfechos
De que otros logren sus piadosos techos.

Mirando sus guerreros destrozados,
Y á número tan breve reducidos
Los fuertes capitanes y soldados,
De tantos poderosos conducidos;
Con tristes gritos, del dolor formados,
Y apenas de los suyos advertidos,
Reiner les dice con turbado aliento,
Limpiando el rostro pálido y sangriento:

«¿De quién huis, famosos capitanes,
Honor de tantos reinos y naciones,
Dejando malogrados los afanes
De mis honradas y altas pretensiones?
Esguízaros, suevos y alemanes,
Que en firmes y constantes escuadrones,
Por miedo ó por desgracia, vez ninguna
Os vió por las espaldas la fortuna:

»Lombardos, que emulais los Alpes canos,
Venciendo de sus peñas la constancia,
De Nápoles gloriosa ciudadanos,
Sagrado asilo del honor de Francia:
¡Oh siempre invictos Césares romanos!
Que de naciones tantas la arrogancia
Domastes, sujetando á vuestras leyes,
Con justo imperio tributarios reyes:

»Franceses generosos, que fijastes
De Dan á Bersabé las lises de oro,
Y del Jordan las aguas libertastes
Del fiero escita, del inculto moro;
Volved á las murallas que dejastes:
Así restituido el gran tesoro,
Nacion famosa, á tu grandeza veas
Y el fruto de las palmas idumeas.

»Mirad que son tan pocos los autores
De empresas tantas y atrevidas guerras,
Que asombran de Moncayo sus cultores,
En breves campos las heladas sierras;
Volved por el honor de los mayores,
Sin dar cobardes las amigas tierras
A dueños forasteros y tiranos,
Que en sangre bañan las soberbias manos.»

Así acabó tan afrentado y solo,
Que apenas tuvo quien seguirle pueda,
Y antes que al mar descienda el rojo Apolo,
Siguió de unos casales la vereda.
Aun no queria, obscureciendo el polo,
Pedir la noche al monte que conceda
Paso á las sombras y al silencio, cuando
Triunfó gallardo el hijo de Fernando.

FIN DE NÁPOLES RECUPERADA.

PRIMERA PARTE

DE

ARAUCO DOMADO,

COMPUESTO

POR EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA,

NATURAL DE LOS INFANTES DE ENGOL EN CHILE, COLEGIAL DEL REAL COLEGIO MAYOR DE SANT FELIPE Y SANT MÁRCOS, FUNDADO EN LA CIUDAD DE LIMA.

DIRIGIDO

Á DON HURTADO DE MENDOZA,

PRIMOGÉNITO DE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA, MARQUÉS DE CAÑETE, SEÑOR DE LAS VILLAS DE ARGETE Y SU PARTIDO, VISOREY DE LOS REINOS DEL PIRÚ, TIERRA FIRME Y CHILE; Y DE LA MARQUESA DOÑA TERESA DE CASTRO Y DE LA CUEVA; HIJO, NIETO Y BIZNIETO DE VIREYES.

Á DON HURTADO DE MENDOZA, PRIMOGÉNITO DEL MARQUÉS DE CAÑETE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA,

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

No me pareció podia, ni era justo, acudir á otras manos que á las de vuestra señoría con la primera labor que sale de estas, porque siendo todo el blanco della no menos que alguna parte de las altas proezas del marqués de Cañete, padre dignísimo de vuestra señoría, estaba muy en razon que quien tan legítimamente le hereda en todas ellas, que es lo mas, le haya de suceder en esto, que es lo menos. Ha dias que lo tengo trabajado y aun impreso, dilatando el sacarlo á público hasta que el Marqués se fuese, como ya, por daño nuestro, se va destos reinos; porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrase (á lo menos en dañados pechos y de poca consideracion) algun género de sospecha, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato. Vuestra señoría no se desdeñe de recibir en él mi buen deseo, si no por este, aunque es muy grande, por la grandeza de la materia á que aspira; que haciéndole vuestra señoría acogimiento á la sombra de sus alas, soy cierto que se quebrarán las de todos aquellos que imaginaren atrevérsele, y á mí me nacerán muy crecidas para desplegallas adelante en el servicio de vuestra señoría. Cuya persona guarde el Señor con todo el aumento de estado que vuestra señoría merece. De los Reyes del Pirú, á 5 de marzo, año 1596.

Besa á vuestra señoría las manos su menor servidor y criado,

El licenciado Pedro de Oña.

PROLOGO AL LECTOR.

Solicitado de tan grandes temores, cuanto lo son las causas de tenerlos, pongo, discreto lector, este mi libro en tus manos, porque demás del ordinario y justo recelo con que todos sacan sus obras á la almoneda de tantos y tan varios gustos, donde cada uno corta á la medida del suyo, tengo yo otros muchos particulares motivos para encogerme, y temblar de sacar á la luz de los altos y claros entendimientos la escuridad y bajeza del mio; así, por ser en la hora de agora, cuando todo, y en especial el arte de la divina poesía con su riqueza de lenguaje y alteza de concetos, está tan adelgazado y en su punto, que ya parece no seria perfecion sino corrupcion el pasar del término á que llega, como por suceder yo (si así lo puedo decir) á los escritos de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercila y Zúñiga; y escrebir la misma materia que él, cosa que en mí (si aspirase á mas que á traer á la memoria lo que él dejó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro) pareceria tan grande locura como envidia el no confesarlo: ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado los pocos años. Mas todas estas dificultades atropelló el solo deseo de hacer algun servicio á la tierra donde nací (tanto como esto puede el amor á la patria), celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que, sirviendo en ella á su rey, dieron á costa de sus vidas plumas y lenguas á la fama, y el principal entre estos, el marqués don García Hurtado de Mendoza, en el tiempo que gobernó aquellas provincias, que es todo el sugeto deste libro. Acordé dalle título de *Arauco Domado*, porque aunque sea verdad que agora, por culpas nuestras no lo esté, lo estuvo en su gobierno, pues trajo pacífico á todo el Estado y demás tierra generalmente en tres años que la tuvo á su cargo, habiendo dado á los indios siete campales batallas, de que siempre salió victorioso, cosa de gran ponderacion y estima en un mancebo de veinte y un años, que estos tenia cuando comenzó á gobernar. Fué pues mi intento que hasta el nombre significase lo que solo su valor y no otro, antes ni despues dél, ha podido acabar; y aunque en esta primera parte no quede Arauco domado, al menos dispónese, como se verá por el discurso, para que lo quede en la segunda. El nuevo modo de las octavas, por la nueva trabazon de las cadencias, no fué por mas que salir, no de órden, sino del ordinario, como quiera que sea de mas suavidad, aunque mas impedidas para correr bien, por hacer en tres partes rima donde parece que repara el concepto. Van mezclados algunos términos indios, no por cometer barbarismo, sino porque, siendo tan propria dellos la materia, me pareció congruencia que en esto tambien le correspondiese la forma; destos los mas se explican luego en una pequeña tabla que está al fin deste libro. Y el divertirme del intento principal, como es tratar las cosas de Chile, contando otras (aunque bien mirado sin salir dél) mucho despues en Lima sucedidas, cual es la rebelion de Quito y la victoria que se alcanzó del inglés Richarte Achines, cáusalo el ser mi blanco escribir las hazañas y felicidades del marqués de Cañete; y como no ocupen estas el menor lugar entre aquellas, no me pude excusar de engerirlas, so pena de huir el cuerpo á mi pretension. Esto he prevenido, curioso lector, así por acudir á lo que pide el nombre del prólogo, como porque mas libre de dificultad entres á la leccion desto que te ofrezco; en lo cual, si por ventura hallares algo de consideracion, lo podrás atribuir, ó al demasiado trabajo, ó á la fertilidad de la materia, y las faltas solamente á la estrecheza de mi ingenio; si ya no quisieres recebir en cuenta la priesa, tan grande cuan forzosa, que en todo este discurso he llevado. Porque así habrás tú cumplido con lo que á tí mismo debes, y quedaré yo de todas mis vigilias bastantemente satisfecho. *Vale.*

ARAUCO DOMADO.

EXORDIO DE ESTA PRIMERA PARTE.

Si pluma y vista de águila tuviera,
Pluma con que romper el vacuo seno,
Y vista para ver al sol de lleno,
Seguro de temor volara y viera;
O si tan remontada no estuviera
La soberana cumbre do me estreno,
Prestárame el trabajo sus escalas,
O me valiera entonces de mis alas.

Mas si para poder volar tan alto,
Y ver el resplandor de mi sugeto,
Conozco de mis plumas el defeto,
Y cuanto soy de vista pobre y falto,
¿Qué miedo, qué temor, qué sobresalto
Habrá que no me cerque en tal aprieto?
Adonde se me pone por delante
Un amasado muro de diamante.

¡Oh cuán terrible empresa tomo á cargo!
Oh cuán difícil y árdua cosa intento!
Oh cuántos culpan ya mi atrevimiento,
Y acuden á ponérmele por cargo!
Mas hay una razon en mi descargo
Que en obras semejantes, el intento,
Haciéndose el deber por emprendellas,
Basta para llevar el premio dellas.

Ultra de que mirándose la obra,
Veráse la materia ser tan alta,
Que todo lo que en vista y pluma falta,
Sin falta en lo que ve y escribe sobra;
Por donde sobresalto ni zozobra,
No me zozobra ya ni sobresalta,
Porque me da motivo y osadía
Lo mismo que me daba cobardía.

Pues canto... mas cantar es devaneo.
Despues de tantos célebres cantores,
En quienes conoció competidores
La resonante cítara de Orfeo;
Aunque la letra obliga y mi deseo
A sacudir solícitos temores,
Que si me llevan todos en el canto,
Yo solo á muchos llevo en lo que canto.

Con todo suena mal un ronco acento
Si el arte, gracia y crédito le falta,
Y la tonada es cónsona y tan alta
Para tan bajo y disono instrumento;
Favoreced, señor, al buen intento,
Que bastará á suplir cualquiera falta,
No siendo necesario mas abono
Que dar vuestros oidos á mi tono.

A solo vos favor en esto pido,
Pues dalle en todo á solo vos es dado;
De vos le tiene quien le da, Hurtado,
Y debe ser á vos restituido;
Que siendo yo de vos favorecido,
De nadie puedo ser desayudado,
Porque si de mi parte á Jove llevo,
Conmigo se vendrán Minerva y Febo.

A vuestro ser consagro mi escriptura:
Suplico la mireis, que mas es vuestra,
Por ser labor sacada de la muestra,
Que en vos dejó estampada su figura;
Porque con esto solo va segura,
Y pone obligacion á quien se muestra,
De que mirado el blanco adonde tira,
Mire, si le mirare, como mira.

Que vista la grandeza del sugeto,
Y quien para cantársele me toca,
¿Quién hay tan recio y áspero de boca
Que no le tenga un freno tal sujeto?
O ¿quién habrá tan falto de respeto,
Que sí un animalillo se coloca
Allá en lugar supremo y venerado
Toque, por derriballe, á lo sagrado?

Y pues que por mirar mis piés tan cojos,
Es visto que la vista no se os mengua,
Haced que el invidioso quede en mengua,
Y que callando mire sus despojos;
Que donde vos pusiéredes los ojos
Ningun osado habrá que ponga lengua,
Mas antes le hareis que con asombro,
Estirando la ceja, encoja el hombro.

El vulgo fácil es el mar hinchado;
Es la barquilla frágil mi talento;
Yo soy el pobre Amiclas tremulento,
Del recio temporal amedrentado;
Mas sedme vos el César, don Hurtado,
Pues mucho mas teneis de nacimiento,
Y no me detendrá temor de Scila,
Ni fiera boca rábida y zoila.

Mirad, señor, que os pongo aquí delante
A vuestro claro padre por espejo,
Adonde bien podeis tomar consejo,
Dado que para darle sois bastante;
Para que viendo en él vuestro semblante,
Si al suyo no se iguala por parejo,
Con ansia de que igualen sus figuras,
Acometais iguales aventuras.

Sabed agradecer al sancto cielo,
Con agradecimiento que le cuadre,
Haberos hecho hijo de tal padre,
Que de tenerle en sí blasona el suelo;
Y que para seguir su raudo vuelo,
Os da bastantes alas vuestra madre,
Pues tales con el aire no las peina
El ave que de todas es la reina.

Mas ¡oh sublime garza Sant García!
Que es nombre con que el bárbaro os honora,
Y bien os cuadra y viene desde ahora,
Si en la virtud está la nombradía;
Perdonen vuestras plumas á la mia,
Que de su vivo lustre las desdora,
Si puede ser bastante á deslustrallas
El no saber cual piden alaballas.

Aunque resulta gloria mas entera,
Segun algunos dicen, de que alabe
El ignorante simple que no sabe,
Que si el discreto sabio lo hiciera;
Y dada esta opinion por verdadera,
En tan capaz sugeto solo cabe,
Segun es mi alabanza de crecida,
Teniendo mi simpleza por medida.

Al universo mundo satisfago,
Si ya no está, cual debe, satisfecho,
Que sin comparacion es mas lo hecho
Que, si lo hiciera Homero, lo que hago;
Entienda que el recibo es mas que el pago,
Y que sí, haber allá tan largo trecho
Del dicho al hecho, enseña el viejo dicho,
Aquí va mucho mas del hecho al dicho.

No estriba ni se funda mi osadía
En ver que es todo vuestro lo que escribo,
Pues aunque sepa yo que es firme estribo,
Vos no os dejais llevar por esta vía;
Ser tal por sí la grave historia mia,
Es la probada fuerza donde estribo,
Y ser tan importante á todo el mundo,
Seguro firmamento en que me fundo.

Otra razon tambien me hizo fuerza,
Que si faltaran todas, esta sobra,
Para poner las manos en la obra,
Por mas que de mi estudio el paso tuerza:
Es con que mas el ánimo se esfuerza,
Y aquel perdido anhélito recobra,
Ver que tan buen autor apasionado
Os haya de propósito callado.

Pensó callando así dejar cerrada
De vuestra gloria y méritos la puerta,
Y la dejó de par en par abierta,
Dejando su pasion descerrajada;
Sin vos quedó su historia deslustrada,
Y en opinion quizá de no tan cierta,
Mas tal es un rencor, que da por bueno
El daño proprio á trueque del ajeno.

¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
Despues de la riquísima *Araucana?*
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana
Por mucho que de música supiera?
¿Quién punto tras el suyo compusiera
Con mano que no fuese mas que humana,
Si no le removiera el pecho tanto
El ver que sois la pausa de su canto?

Pues esta ha sido casi todo el punto,
De donde le tomé para cantaros,
Doliéndome que en cánticos tan raros
Faltase tan subido contrapunto;
Mas bien será que cese lo que apunto,
Y que de vuestros hechos mas que claros,
A resonar comience alguna parte,
Que para lo demás ninguno es parte.

CANTO PRIMERO.

Que trata cómo el marqués de Cañete don Andrés de Mendoza, visorey del Pirú, á pedimento del reino de Chile, y de la necesidad y aprieto en que estaba, le envió socorro y fuerza de gente, así por mar como por tierra, yendo por general della y gobernador de aquel reino don García Hurtado de Mendoza, su legítimo y claro hijo.

Canto el valor, las armas, el gobierno,
Discanto aviso, maña, fortaleza,
Entono el pecho, el ánimo y nobleza
Del estremado en todo jóven tierno;
Hinche la fama agora el aúreo cuerno,
Apreste de sus alas la presteza,
Redoble su garganta el claro Apolo,
Y llévese esta voz de polo á polo.

Las vengadoras furias entre tanto,
Y toda aquella mísera canalla
Que con eterna pérdida se halla
En el oscuro reino del espanto,
Absorta en las grandezas de mi canto,
Suspenda, si es posible, su batalla;
El cielo, estrellas, mixtos elementos
Reciban con aplauso mis acentos.

A la sazon que Chile belicoso
Mas levantado y mas soberbio estaba,
Y mas mostrar al mundo procuraba
La fuerza de su brazo vigoroso;
Cuando mas arrogante y orgulloso
La dura tierra el Bárbaro hollaba
Con muestra tan gallarda y tal denuedo,
Que al ánimo español causaba miedo;

Cuando la tierra estaba ya de suerte
Que no daba lugar al bautizado
Adonde estar un punto asegurado
De la espantosa imágen de la muerte;
Postrado ya su muro y casa fuerte,
Valdivia muerto, Penco despoblado,
Aguirre y Villagran sobre el gobierno
Alzando al cielo llamas del infierno;

Cuando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
Teniendo tan en poco lo del suelo,
Para con el rigor de sus espadas;
Y cuando sobre picas levantadas,
¡Oh lúgubre espectáculo y señuelo!
Andaban las católicas cabezas
Cortadas de sus troncos hechas piezas;

De blancos huesos, blanca parecia
La verde superficie de la tierra,
Y á las corrientes claras de la sierra
La derramada sangre enrojecia;
Cuando la guerra el Héspero temia,
Y el Bárbaro gritaba: «Guerra, guerra»,
Pensándola hacer á todo el orbe,
Sin que poder humano se lo estorbe.

Ya cuando su curtida y ruda planta
Pisaba el rojo círculo de Oriente,
Y el español sumido en Occidente
Mostraba ya el cuchillo á la garganta;
Atierra Tucapel y Rengo espanta,
Brama Lincoya y muéstrase valiente,
Por ver su fuerza idólatra crecida,
Y la del fiel ejército perdida.

Tronaba el alto Júpiter tonante,
Y en cólera bañado y furia brava,
Al corazon hispánico arrojaba
Su poderoso rayo corruscante;
Aquel que viste planchas de diamante,
El acerado escudo se embrazaba,
Y con vibrar el asta por el cuento,
Mostraba su feroz y crudo intento.

Entonces con sañuda vista horrible,
Miraba la Belona nuestro bando,
Y al indio con semblante ledo y blando
Regocijaba todo lo posible;
Aquella diosa lúbrica y terrible,
Su voladora rueda volteando,
Al Bárbaro en la cima colocaba,
Y al Fido allá en el centro sepultaba.

La sacra y evangélica doctrina,
Sembrada en el estéril pecho bruto,
No daba de virtud el rico fruto,
Que el vicio lo ahogaba con su espina;
Señales eran todas de rüina,
De lamentable voz y triste luto,
Y todo tempestad, sin esperanza
De ver jamás el rostro á la bonanza.

Entonces pues, habiendo como digo
El reino triste á lo último llegado,
Ya casi de vivir desconfiado,
Y de tener jamás algun abrigo;
La suerte se trocó, y el cielo amigo
De espesas nubes limpio y espejado,
Volviéndose con súbita carrera,
Las cosas ordenó de otra manera.

Pues desechado ya su duro ceño,
La Pálas descubrió su rostro afable,
Prestando la señora variable,
Tambien el suyo plácido y risueño;
Y oliendo la venida de su dueño,
Que á todo su pesar la tiene estable,
A su rodante globo dió la vuelta,
En ser de nuestro bando ya resuelta,

Lo cual se pareció patente y claro,
Pues en adevinando su partida,
Fortuna comenzó á enmendar la vida,
Quitándosela al mísero Lautaro;
Por vuestro padre vino aquel reparo,
Al cual bastó la voz de su venida,
Que el resplandor del sol, sin que él parezca,
Ya suele tener hecho que amanezca.

Bien como el ocupado en un oficio,
Do lo que puede ensancha la conciencia,
Cuando cercana ve la residencia,
Se vuelve á la virtud, dejado el vicio;
Así fortuna viendo por indicio
Que el jóven acercaba su presencia,
Del áspero castigo temerosa,
Anticipó la vuelta presurosa.

Determinóse en darla mas apriesa,
Cuando la tierra, estando como cuento,
Pidió favor y mano al rico asiento
Que Lima con sus ondas atraviesa;
Entonces comenzó la gente opresa
A recebir, señor, algun aliento,
Y desde aquí principio yo la historia,
Adonde se origina vuestra gloria.

Estando pues así mi patrio suelo,
Despacha para Lima embajadores,
Un próspero lugar, de los mejores
Que cubre el ancho cóncavo del cielo;
Adonde gobernaba vuestro abuelo,
Aquel tan duro freno de traidores
Y espuela de los ánimos leales,
Cuyas memorias viven inmortales;

Aquel que con los santos al presente,
Ya léjos de cuidados y zozobras,
En galardon y premio de sus obras,
A Dios está mirando claramente;
Aquel de caridad tan excelente,
Que son como reliquias della y sobras
La puente, el hospital y monasterio,
Que ilustran el Antártico hemisferio.

Llegados los de Chile á su presencia,
Le fué por breves términos propuesto
El término en que todo estaba puesto,
Para que tome el pulso á la dolencia,
Pidiendo en conclusion á su excelencia
Lo saque del peligro manifiesto,
Por mano de su propio hijo caro,
Pues golpe tal requiere tal reparo.

Discreta peticion, si ser podia,
Que cuando aquella tierra trabajosa
Estaba de su vida mas dudosa,
Pidiese su salud por don García;
Con sobra de razon por él envia,
Pues si la enfermedad es peligrosa,
Y el alma está entre el uno y otro labio,
Es bien llamar al médico mas sabio.

No dilató la dádiva perplejo
El pecho del Marqués, á mas bastante,
Que luego, pareciéndole importante,
A su demanda dió sabroso dejo;
Y de primero y último consejo,
Mostrándoles benévolo semblante,
Fué de su voluntad el hijo dado,
Y en el tablero bélico arrojado.

Que ni el amor, con ser tan poderoso,
Es parte á que lo niegue ni suspenda,
Ni el ser fragosa y áspera la senda,
Ni el trance á que lo pone peligroso;
Ni el golpe, de sentirse congojoso,
Por empeñar así tan cara prenda,
Le hace vacilar el firme pecho,
Sobre dejar á Chile satisfecho.

Respetos amorosos atropella,
Aunque pudiera bien seguir tras ellos
Y dejarse llevar por los cabellos
Por ir á la razon, que es todo della;
Los ojos solamente pone en ella,
Quitándolos de quien es lumbre dellos,
Y quiere de este bien quedar privado,
Anteponiendo el público al privado.

Aquella luz que el mundo torna claro,
Y con su curso rápido le mide,
De sí su rayo fúlgido despide,
A trueque de no ser al suelo avaro;
Así de sí despide al hijo caro,
Porque el afilo reino se le pide,
Por donde bien el Bárbaro decia
Tener por hijo el sol á don García.

Mas harto diferente del hermano,
Cuyo desastre y mísera caida,
En álamo Lampecie convertida,
No menos que Fetusa llora en vano;
Aquel soltó la rienda de la mano,
Este la tuvo siempre recogida;
Si aquel dejó de daño tanto hecho,
Veréis lo que este deja de provecho.

Ya pues al grave y lícito mandato
Del órden paternal obedeciendo,
Se va por don Hurtado disponiendo
El militar oficio y aparato;
Ya suena todo á cosa de rebato,
Ya suena de las armas el estruendo,
Ya toda Lima es tráfago y bullicio,
Rumor confuso y áspero ejercicio.

Ya desde los balcones descogidas
Tremolan con el aire las banderas,
Y quiérenlo abrazar de mil maneras,
Con verse de sus manos sacudidas;
Mil aguas hacen cotas enlucidas,
Rayos de fuego brotan las cimeras;
Ya la pajiza pluma y roja banda
Jugando por cabeza y pechos anda.

Ya salen de las tiendas los brocados,
Y sedas mil, distintas en colores;
Ya sacan vistosísimas labores,
Vestidos y jaeces recamados;
Por otra parte petos acerados,
Y adargas, ya de cuadros, ya de flores,
Venablos, lanzas, picas y jinetas,
Mosquetes, arcabuces y escopetas.

Ya luchan con el viento los penachos
Encima de argentados morriones,
Y mozos levantados fanfarrones,
Mirándose, retuercen los mostachos;
Ya todos echan velas y velachos
En sobrevistas, galas, invenciones
Acero, plata y oro por do quiera
Espejos son, si Apolo reverbera.

El bélico frison se lozanea,
Del ronco tarantántara incitado,
Y el polvo con la pata levantado,
El espumoso rostro polvorea;
En bello alarde, á guisa de pelea,
Se representa el plático soldado,
Y el mílite bisoño se señala
Para llevar la joya de la gala.

Por acullá la pieza reforzada
El cálido artillero pone á vista,
Y luego el ahumado polvorista
Refina su materia salitrada;
Acá los viejos dan en la jornada,
Haciendo de palabra la conquista,
Allí veréis los sastres en sus cortes
Estar en esto mismo dando cortes.

Ya Lima con soberbia, fausto y pompa
Se hincha, se levanta, se engrandece,
Y deshacer su fábrica parece,
O que de todo punto se corrompa;
Al son de caja, pífaro y de trompa
El aire, el mar, la tierra se ensordece,
Y cuanto con sus términos encierra
Es un tumulto y máquinas de guerra.

El cano y turbio Rímac resonante,
Que de vejez en urna se recuesta,
Su ronca voz levanta sobre apuesta
Con este son de guerra disonante;
Mas, aunque se desgañe, no es bastante
Para ganar el viejo lo que apuesta,
Porque el mormullo y bélico rüido
Le tiene su murmurio ensordecido.

En esa gran ciudad que Dido funda
Para su albergue y último recurso,
No suena tal estrépito y concurso,
Tal trápala, tropel y baraunda;
O cuando el ancho mar la tierra inunda,
Saliendo de sus límites y curso,
No vemos á la gente convecina
Con tal fervor y bulla en la marina.

BIBLIOTECA PÚBLICA LEÓN

Sonaba por las fraguas de Vulcano
La presurosa y disona armonía,
Que el cojo con los cíclopes hacia
Para forjar el fuerte arnés galano;
Mas uno solo hizo de su mano,
Que presentó despues á don García,
Adonde tal primor y gracia cupo,
Que hizo mas en él de lo que supo:

Y no fué menester para hacello
Que Vénus halagüeña intercediese,
Ni que fingidas lágrimas vertiese,
Colgándose lasciva de su cuello;
Pues antes recibió pesar en ello,
Y nunca fué de voto que se hiciese,
Rabiosa de que el jóven la desprecia,
Que para la mujer es cosa recia.

Mas no le aprovechó con el marido
Aquel usado modo lisonjero,
Pues tuvo á todo fuerte como herrero
Que tiene hecho á golpes el oido;
Más pudo que la madre de Cupido
El mérito y valor del caballero,
Y el interés tambien de dar Vulcano
Tan buen lugar á la obra de su mano.

Esotra ligerísima giganta,
Tan desigual engendro de la tierra,
Que por hablallo todo, en mucho yerra,
Plumosa del cabello hasta la planta;
Rompiendo á gritos altos la garganta,
Extiende con su voz la desta guerra,
Y así, de mano en mano y gente en gente,
Por todas va sonando claramente.

Bajaron de la sierra y de los valles
Tal número de gente forastera,
Que dar lugar á tantos no pudiera,
A no tener el pueblo tantas calles;
Andaban por allí gentiles talles,
La gala y presuncion por donde quiera,
Soldados valentísimos y nobles,
Mirtos en condicion, en fuerza robles.

No acuden á la voz del padre vivo,
Por muerto en larga ausencia reputado,
La madre, la mujer, el hijo amado,
Con paso tan ligero y sucesivo;
Ni al reclamar del pájaro cautivo
Tan presto llega el otro libertado,
Como al reclamo y voz de don García
Gente de todas partes concurria.

No canto deleitoso de Sirena,
Ni música del músico de Tracia,
Ni piedra iman jamas fué de eficacia,
Para llamar, trayendo á sí, tan buena,
Cuanto la faz tan plácida y serena,
Aquella compostura, aquella gracia
Lo fué, para mover las voluntades
De mozas y decrépitas edades.

Por donde tanta gente se le llega,
Tan plática, tan brava, tan lucida,
Que á los de menos ánimos convida
A verse ya en alguna cegarrega;
El furibundo Marte no sosiega
Que la conchosa túnica vestida,
Despierta, solicita, sopla, enciende,
Y el fuego militar en todos prende.

Con esto pues la tropa congregada,
Haciendo las debidas prevenciones
De máquinas, pertrechos, municiones
Y cuanto se requiere á la jornada;
Despacha por la costa despoblada,
De bastimentos lleno y provisiones,
Un capitan astuto y diligente
Con un copioso número de gente.

Ya con gallarda muestra va saliendo
La hueste militar que va por tierra,
Cuyo contorno y límites atierra
Del fulminoso Marte el son horrendo;
Vanlos con ojos húmidos siguiendo
Aquellos flacos pechos, do se encierra
Del falso niño dios la dulce jara,
Que á todos suele ser costosa y cara.

Dellos tambien atrás los rostros vuelven,
Adonde amor frenético los lleva,
Y haciendo del dolor bastante prueba
El corazon en lágrimas resuelven;
Mas á la fin volviendo en sí, revuelven
Tirados del honor y sangre nueva,
En tiempo y larga ausencia confiados,
Que deste mal son médicos probados.

Julian, aquel famoso de Bastida,
Se parte para Chile con la gente,
Llevando los caballos juntamente
Por Atacama, costa desabrida;
Adonde en vez del pasto y la bebida,
No hay mas que el ancho mar y arena ardiente,
Y por la playa á trechos y pedazos
Ariscas peñas y hórridos ribazos.

Quedóse con el tercio mas granado
Para surcar el campo cristalino,
Abriendo con las quillas el camino
El valeroso electo don Hurtado;
Pues ya que todo estuvo aparejado,
Y el tardo y perezoso tiempo vino,
Salió de la ciudad el nuevo Aquiles,
Al son de claras trompas y añafiles.

Ya sale de su Roma el africano,
Ya va de Tébas Hércules famoso,
De Grecia parte el Griego valeroso,
A Troya deja el célebre Troyano;
Del cielo baja Marte soberano,
De Lima se despide presuroso
Nuestro caudillo, el último y postrero,
Por ser de todos estos el primero.

Y aunque tan mozo emprende tal jornada,
El padre en cometérsela no yerra,
Pues sabe ya el valor que en él se encierra
Y cómo corta el filo de su espada,
Por ser de sus pasados heredada,
Y por haber halládose en la guerra
De Córcega, Rentin, de Sena y Flándes,
Que son para volúmenes mas grandes;

Adonde como siempre dió la cuenta
Que al tronco de Mendoza se debia,
Creciendo como espuma cada dia
En todo lo que el ánimo acrecienta;
Es claro que podrá sacar de afrenta
Al reino donde va y á quien le envia,
Pues es costumbre propia de los buenos
Que vayan siempre á mas, y nunca á menos.

No quiero yo negar que de ordinario
Para cualquiera empresa y aventura
Se tiene de buscar la edad madura,
Mas digo que no siempre es necesario;
Que en Alejandro vimos lo contrario,
Y se verá mejor en mi escritura,
Que al hombre, la prudencia y el consejo,
Y no la mucha edad, le hacen viejo.

Partido pues de Lima el mozo bello,
Encaminó sus pasos á la playa,
Y en medio su escuadron haciendo raya,
De toda perfeccion echaba el sello;
Sumo placer causaba en todos vello,
Sumo pesar tambien de que se vaya;
Todo el Pirú su pérdida lamenta,
Y Chile su ganancia representa.

No sale tal el hijo de Latona
Al tiempo que mostrándonos su lumbre
La verde cabellera de su cumbre
Con rayos fulgentísimos corona,
Cual muestra don Hurtado su persona,
En medio la guerrera muchedumbre,
A la sazon que sale, como digo,
En busca del indómito enemigo.

Mírale el niño, el mozo y el anciano,
Y desde su balcon la bella dama,
A cuyo corazon helado inflama
Aquel fogoso término lozano;
Cudiciale mirándole, y en vano
Suspiros lanza, lágrimas derrama,
Y síguele afectuosa con la vista,
Muriendo por hallarse en la conquista.

Tal iba por su ejército el mancebo,
Que Sálmacis por Troco le tenia,
Y Clicie por miralle le volvia
El amarillo rostro como á Febo;
Aurora, arrebatársele de nuevo
Teniéndole por Céfalo, queria;
Volvelle los acentos Eco quiso,
Por no diferenciallo de Narciso.

Esotra bella Dafne fugitiva,
Por apretalle el pecho, bien quisiera
Tomar la humana fábrica primera,
Dejando aquella faz vegetativa;
Mas ya que desto Júpiter la priva,
Espera, y no se engaña en lo que espera,
Que si por Dafne seca el pecho pierde,
La frente ganará por lauro verde.

No menos la selvática doncella,
Por quien el otro en ciervo trasformado
Fué de sus propios canes devorado
No habiendo cometido mas que vella;
Tanto se ocupa en ver la traza bella
Del valeroso jóven extremado,
Que dudo, si con ser tan casta y pura,
De estímulo de amor está segura.

Así de todos va mirado y visto,
Mas él ninguna cosa ve ni mira,
Que solamente pone en Dios la mira,
Y en propagar la fe de Jesucristo;
Por esta sola causa raudo y listo
Al proceloso mar derecho tira,
Do esperan cuatro naves artilladas,
Pendientes de las áncoras ferradas.

Lucidas van escuadras y cuarteles
Con tan hermosos visos y colores
Cual suelen por abril estar las flores
En los amenos prados y vergeles;
Ya están á recebillas los bateles,
Sonando dentro flautas y atambores,
Cornetas, sacabuches y clarines,
A cuyo son se duermen los delfines.

Al pedregoso límite llegados
La tropa y el caudillo don García,
Con una religiosa compañía
De clérigos y frailes consagrados,
Empiezan nuevamente los soldados
A descubrir la gala y bizarría,
Con otros vistosísimos arreos,
Airosos y gallardos contoneos.

Al espacioso mar y vega clara,
Por donde ya pretende abrir carrera,
Está mirando el jóven desde afuera,
Y enamorando á Tétis con su cara;
A fe que si Calipso le hallara,
Cual anda por aquí, por su ribera,
Que nunca le agradara tanto Ulises,
Ni á Dido el primogénito de Anquises.

Mas ya llegado el tiempo favorable,
Confusamente fueron apiñados
El nuevo general con los soldados
En la Nereida márgen agradable;
Los barcos por el agua deleznable,
De mil pimpollos verdes coronados,
Al término marítimo vinieron,
Do á todos en sus vientres recibieron.

Y la marina estéril renunciando,
Con algazara, júbilo y contento,
A descansada boga y paso lento
Se van las aguas líquidas cortando:
Cual garza el vuelo raudo levantando
Si ve de la borrasca el mal intento,
Levanta agora el suyo don García
Por ver la tempestad que en Chile habia.

Caminan pues al son de varios sones
Y al paso de chalupas enramadas,
Que de los bravos Césares preñadas
Los paren en soberbios goleones;
A do con salva espesa de cañones
Con festivales voces y algaradas,
Fueron del marinaje recebidos,
Ya de la dulce patria despedidos.

¡Cuán bien desde la tierra parecian
Las flámulas tendidas por el viento,
Y tantos gallardetes, que contento
Causaban con las ondas que hacian!
Parece que con ansia pretendian
Soltarse todos á una de su asiento,
Por irse tras el aire libremente,
Llevados al amor de su corriente.

Bien como si el arroyo cristalino
A su raudal entrega la ramilla,
Que estaba remirándose en su orilla,
Sin ver por dónde ó cómo el agua vino;
Veréis que por llevarla de camino,
El hace su poder por desasilla,
Y ella segun se tiende y se recrea,
Parece que otra cosa no desea.

Lo mismo hace el viento delicado
Con todos los gallardos tremolantes,
Llevándolos tan sesgos y volantes,
Que no se mueven á uno ni otro lado;
Pues vista la sazon por don Hurtado
De aquellos instrumentos rebombantes,
Mandó que á recoger tocasen uno
Para marchar á cuestas de Neptuno.

La gente con el tiro recogida,
Por bordos y jaretas derramada,
Mira la dulce tierra y mar salada,
Deseando la señal de su partida;
Pues no le fué mas tiempo diferida,
Que con zaloma el áncora levada,
Y repitiendo el nombre de Cañete,
Largó la capitana su trinquete.

Al punto comenzó la blanca vela
A recoger al céfiro en su seno,
Y con el soplo dél hinchado y lleno,
Rompe el naval caballo por la tela;
El aire va sirviéndole de espuela,
El sólido timon en vez de freno,
Con que fogoso, rápido y lozano
Seguramente corre el mar insano.

El cual agora está tranquilo y manso,
Alzando unas ampollas no de fuego,
Que sin hacer espuma quiebran luego,
Como si fuera el piélago remanso;
Parece Tétis cama de descanso,
Cubierta con un plácido sosiego,
Segun que manifiesta su bonanza,
Sin rastro ni sospecha de mudanza.

Así del puerto sale nuestra flota,
Dejando boquiabiertos los Tritones,
De ver los poderosos galeones,
Y su feliz y próspera derrota;
La baja tierra ya se ve remota,
Ya rompen alta mar los espolones,
Y á mas andar Favonio refrescando,
Va recio las escotas estirando.

Sacaron las cabezas prestamente,
Alzando sierras de agua por sus bocas,
Delfines ferocísimos y focas,
Por ver y dar solaz á nuestra gente;
Y el gran señor del húmido tridente,
En cuya mano están las altas rocas,
Con Dóris, Aretusa y Melicerta
La sale á recibir hasta la puerta.

Sesgando van así las mansas olas
Por medio de marinas potestades,
Que muestran sus alegres voluntades
Haciendo sobre el agua cabriolas;
Y no las que refiero vienen solas,
Porque otras mil incógnitas deidades,
Que en el cerúleo piélago se bañan,
Las poderosas naves acompañan.

Pues vayan, como van, ganando tierra
Por el salado mar y blanca espuma,
Que quiero adelantarme con la pluma,
Saltando desde aquí primero en tierra;
Diré lo que sucede en paz y guerra,
Haciendo de uno y otro breve suma;
Mas porque estoy, Señor, de aliento falto,
Dejádmele tomar para este salto.

CANTO II.

En que los araucanos, sospechosos del mal suceso por ver alguna declinacion en su fortuna desde la muerte de Lautaro, se juntan en borrachera general, donde los agoreros por señales celestes pronostican su vecina perdicion, é invocando al demonio, les da cuenta de la venida del nuevo Gobernador, el cual toma puerto en Coquimbo, ciudad de la Serena. Van aquí juntamente declarados los varios modos que los indios tienen de festejarse y celebrar sus banquetes, y algunos extraños ritos de que usan en sus intenciones y diabólicas idolatrías.

No hay cosa permanente ni segura
En esta corta y miserable vida,
Do la prosperidad aun no es venida,
Cuando para la vuelta se apresura;
En parte es desdichada la ventura,
Mirado lo que deja en su partida,
Y en parte, la desdicha venturosa,
Pues parte sin dejar adversa cosa.

A los trabajos, lástimas y enojos
Su plazo, fin y término se llega;
Mas del que en ocio próspero sosiega
Hace la diosa varia sus despojos;
¡Cuán claros tuvo y lúcidos los ojos
Aquel que á la fortuna vido ciega!
Y ¡qué de humanidad le cupo al hombre,
Que de divinidad le puso nombre!

Si ya salir quisiéramos de engaño
Y haber por infalible todo hecho,
Que en este mundo el dia del provecho
Es la solemne víspera del daño,
Mucho mejor pasáramos el año,
Y no nos alterara cosa el pecho;
Que si al venir los males nos alteran,
Es porque no pensamos que vinieran.

El que prosperidad acá tuviere
Entienda que es depósito y empeño
Para despues volvérselo á su dueño
Cuando el voluble tiempo lo pidiere;
Y así no sentirá lo que perdiere;
Mas, como quien despierta de algun sueño
En que feliz y próspero se via,
Se olvidará de todo con el dia.

Si esta verdad tan llana conocieran
Aquellos engañados naturales,
Sin miedo, sin agüeros ni señales
Sus daños esperaran y entendieran;
Porque de tantos bienes coligieran
En clara consecuencia muchos males,
Pues andan en su danza tan hermanos,
Que siempre van asidos de las manos.

Tiene fortuna varia la costumbre
De la pesada piedra sisífea,
Que el sin ventura Sísifo rodea
Con fatigada priesa hasta la cumbre;
De donde con su misma pesadumbre
Hácia lo bajo súbito voltea,
Y sin que de parar allá se acuerde,
Apenas toma pié cuando le pierde.

La piedra del estado es ya llegada
A la felice cumbre de la rueda,
Y no pudiendo arriba estarse queda,
Será forzoso lance la bajada;
Ha sido la subida acelerada
Para que revolver á tiempo pueda,
Que el curso de Hurtado se concluya,
A quien la gloria desto se atribuya.

Mas dello los idólatras inciertos,
Procuran ya quedar certificados
De todo lo dispuesto por los hados,
A fuerza de mayores desconciertos;
Porque juntando mágicos expertos,
Por únicos entre ellos reputados,
Que para la decrépita caminan,
Su pérfida consulta determinan.

Es vieja en estos indios la costumbre
De consultar sus falsos agoreros,
Que quieren con pronósticos y agüeros
Mostrar que lo futuro se columbre;
Y así como les niega el sol su lumbre,
Hacen allá en ocultos agujeros
De torpes sabandijas escrutinio,
Ministras del nefando vaticinio.

Incitarles el ver que su fortuna
Con esquivez el rostro les ha vuelto,
Mostrándoles el suyo en ira envuelto
El cielo y cuanto miran sol y luna;
Y por saber si nueva causa alguna
Les ha su curso próspero revuelto,
Acuden á la mágica dañada,
Por ellos sumamente venerada.

Pues dentro de una plácida floresta,
Do nunca ofende sol ni daña sombra,
Y á do la natural y verde alhombra
Al rey de los sentidos hace fiesta,
A la verdosa falda de una cuesta,
Cuya sublimidad al cielo asombra,
Con sus cantares, bailes y placeres
Hicieron oblacion á Baco y Céres.

Allí con duro y áspero tumulto,
Con sordo zuzurrar y son disforme,
Dispuso aquella cáfila conforme
Lo que era menester para el insulto;
De voces se levanta un grueso bulto
Al comenzar aquel abuso enorme,
Que como tan de atrás orígen traiga,
Con gran dificultad se desarraiga.

Uno martilla el ronco tamborino,
Otro por flauta el hueso humano toca,
Otro subido en un horcon invoca
A su Pillan, espíritu malino;
No porque el vaporoso alegre vino
Se les aparte un punto de la boca,
Pues no hay azar tan grande ni desdicha
Que no la pasen ellos con la chicha.

Ya hierve la cerveza trasegada,
Ya la turbada vista centellea,
Ya de liviano el cuerpo bambalea
Y cáese la cabeza de pesada.
Ya con la bota lengua mal mandada
Cualquiera ferocísima bravea,
Haciendo que al rumor la tierra gima
Y al que lo ve de fuera cause grima.

De trecho á trecho en corros se congregan,
El hombre y la mujer interpolados,
Y todos por los dedos enlazados
Cabezas, piés ni bocas no sosiegan;
Ya corren, ya se apartan, ya se allegan
Atrás, hácia adelante y por los lados,
Con un compás flemático y terrible,
Confuso y ronco son desapacible.

Suelen bailar tambien de otra manera,
Y es, que las manos libres y los brazos
Sacuden unos huecos calabazos
Do tiene de sus guijas la ribera;
Y al gusto de esta música grosera
Están los mas haciéndose pedazos,
Sin recibir por ello mas tormento
Que si este fuera el órfico instrumento.

Otras mujeres solas, en cuadrilla
Andan con sus hijuelos dando vueltas,
Todas en bacanal furor envueltas,
Desnudo el medio pecho y la rodilla,
Al modo que las yeguas en la trilla
Con sus potrancas chúcaras á vueltas
Por la colmada parva escaramuzan
Y en granos las espigas desmenuzan.

Adórnanse de guinchas y de llautos (1),
Con piedras que deslumbran quien las mira,
Y con azules vueltas de chaquira (2)
Hacen mil contenencias y mas autos;
Ahí es donde á los jóvenes incautos
Penetra el Dios alado con su vira,
Porque si Baco y Céres andan juntos,
Es fuerza que ande Vénus por sus puntos.

Ahí es do suele armarse la baraja,
Y do veréis el pleito mal parado,
Que vuelcan por aquel tendido prado
El desfondado cántaro y tinaja;
Mas presto aquella cólera se ataja,
Porque la corta un brindis emprestado,
Jamás de tibia gana recibido,
Y sobre toda ley obedecido.

La vaporosa exhalacion es tanta,
Que denso el aire, raro se presenta,
Y cuando mas mojada, mas sedienta,
Como una esponja, queda la garganta;
El áspero alarido se levanta
De la turiosa turba albaraquienta,
Y el eco que en los cóncavos retumba,
Por la mas apartada oreja zumba.

Matan aquí gran suma de animales,
Desmiembran, descuartizan, despedazan,
Los toscos tajadores embarazan,
Y luego los estómagos bestiales;
Todos los siete vicios capitales
Aquí los libres bárbaros abrazan,
Que donde el de la gula se acomoda
Acude la demás canalla toda.

Duran en semejantes borracheras
Con un teson y flema desmedida
Desde que el rubio sol con su venida
Ufana sotos, montes y laderas,
Hasta que el mar lo acoge en sus riberas,
Quedándose la tierra oscurecida;
Y aun da la vuelta séptima y octava,
Y aquella boda espléndida no acaba.

En la presente pues que agora cuento
Comienzan los fantásticos profetas
A contemplar los signos y planetas,
Tomando estrecha cuenta al firmamento;
Mas visto que con ímpetu violento
Están como tirándoles saetas,
Exclaman con dolor intenso y duro,
Profetizando así su mal futuro:

«¡Ay tristes de nosotros, engañados
Con la dichosa mal segura suerte!
Que ya la inexorable y fiera muerte,
Y la revolucion de nuestros hados,
De prósperos en míseros trocados,
Quieren ejecutar castigo fuerte,
¡Guai, guai, amada patria, Arauco triste!
¡Cuán otro te verás del que te viste!

»Clarísimas señales muestra el cielo
De tu fatal y súbita rüina:
Saturno melancólico domina;
Su claro resplandor enturbia Delo;
Venir parece Júpiter al suelo;
Ardiendo Marte en cólera se indina;
El génito de Maya no parece,
Y Vénus con la Cintia se oscurece.

»El Escorpion y Cancro están sañudos,
El Tauro como atado al bramadero,
El Capricornio rígido y austero,
Llorando allá los Gémines desnudos;
Aries con cuernos ásperos y agudos,
El vedijoso Leon airado y fiero,
Colérico el biforme Sajitario,
Vertiendo sangre el cántaro de Acuario.

»Vese la estéril Vírgen desgreñada,
Mostrando faz terrible y enemiga,
Y desgranando la bermeja espiga
Con su furiosa mano arrebatada;
Libra, con roja sangre barnizada,
Nos hinche las balanzas de fatiga,
Y en su lugar los húmidos pescados
Vemos estar comiéndose á bocados.

»Pues ved allá las Pléyadas nublosas,
Y cómo esotros astros van y vienen,
Esos oscuros círculos que tienen
Esas constelaciones rigurosas;
Sobre Aquilon las nubes procelosas,
Amenazando lluvia, se detienen;
Armado el Orion mirad aparte,
Mirad en conjuncion á luna y Marte.

»Volved acá y veréis al bando Ursino
Cuán denodado y fiero que nos mira,
Y Arcturo, que le sigue ardiendo en ira,
Sin esperar á Bootes su vecino;
Aun Pólux de su Cástor uterino
Parece que enojado se retira;
Encréspase el Dragon con sus escamas,
Y la polar Serpiente escupe llamas.

»Poned allí los ojos en el Ara,
Hechura de monóculos jayanes,
Adonde, para mal de los titanes,
Juró, tendiendo Júpiter su vara;
Veréis que el Escorpion en ella encara,
Haciéndole iracundos ademanes,
Y que la tiñe sangre desde arriba
Hasta la firme base donde estriba.

»Mirad á la canícula con Leo
Y á la cometa Nigra de Saturno,
Veréislo todo lóbrego y nocturno,
Todo con un aspecto horrible y feo;
Todo se viste el mas lutoso arreo
Y todo pronostica mal diuturno,
Todos, Olimpo, Télus, Juno y Glauco
Han ya rompido treguas con Arauco.

»Notado pues el diáfano elemento,
Se ve que por sus últimas regiones
Va tanto del vapor y exhalaciones,
Que basta para mísero portento;
Cometas van cuajándose sin cuento
Con varias y estupendas impresiones,
Que todas nos apuntan y amenazan,
Y para breve tiempo nos emplazan.

»Ya no parece pájaro ninguno
Cuya sonora voz y alegre vuelo
Nos pueda ser motivo de consuelo,
Si en tanto mal se sufre haber alguno:
El cuervo y el murciélago importuno,
El buho, la lechuza y el mochuelo
Son los que el aire ocupan de graznidos
Y de temor y asombro los oidos.

»Oid pues cómo ronca el mar hinchado
Con la espumosa quiebra de sus ondas,
Y allá en las partes ínfimas y hondas
Notad aquel hervor apresurado;
El recio golpe de agua quebrantado
En lisas piedras, largas y redondas,
Aquella sucesion de la resaca
Agora con mas hórrida matraca.

»La madre, á quien el piélago fecunda,
Se nos pretende alzar con el tributo,
Y en cambio de la hoja, flor y fruto,
De zarza, espina y tribulos abunda;
Ya no hay lugar por donde el mal no cunda
Con libertad y término absoluto,
Porque esto es lo que el mal de malo tiene,
Venir acompañado cuando viene.»

Astrologando estaba en tal manera
Aquella casta infiel supersticiosa,
Cuando pasó corriendo una raposa
Por medio de su junta y borrachera;
La cual, como se escape sin que muera,
Se tiene por adversa y triste cosa,
Mas si le dan los bárbaros alcance,
Sin miedo se pondrán á todo trance.

Hicieron lo posible por cogella,
Pero quedóse atrás quien mas volaba,
Porque el animalejo no dejaba,
Aun por el polvo, estampa de su huella;
Con esto su infeliz y mala estrella
De conocer la ciega gente acaba,
Y cuando vieron ya que se les iba,
Tornaron á decir con pena esquiva:

«¡Ay cómo el bien se va con tanta priesa
Como esta desabrida y libre zorra!
Ay cómo no hay poder que ya socorra
Adonde tal prodigio se atraviesa!
¡Oh cielo injusto, y qué mudanza es esa,
Que con el mismo Arauco no se ahorra!
¿Quién ya fiará de ti, si el propio Estado
Quieres tambien que caiga de su estado?»

Así se lamentaban y plañian
Aquellos embaidores hechiceros,
Y los ocultos males venideros
En voz doliente y pública decian;
Mas otros, aunque absortos atendian,
Queriéndolo llevar á puros fieros,
Responden sacudido el miedo todo
Con pródiga arrogancia deste modo:

«Por eso y mucho mas que el mundo haga,
Aunque se desencase de su asiento
Y todo su voluble regimiento
En solo daño nuestro se deshaga,
No espere que á su gusto satisfaga,
Ni que ha de secutar su crudo intento,
Pues él al fin hará lo que pudiere,
Y nuestra voluntad lo que quisiere.

»Mas como el invencible patrio suelo
Acá en la baja tierra no hallase
Potencia que á la suya contrastase,
Fué menester viniese la del cielo;
Pues venga, venga pues, que no hay recelo
Ni punta de temor que nos traspase,
Porque es el pecho nuestro un coselete
A prueba, por lo menos, de mosquete.

»Fuera de que será mayor la gloria
Que nacerá de darle su castigo,
Pues cuanto mas potente el enemigo,
Tanto es de mas estima la victoria;
Y siéndole su pérdida notoria,
Nos hace á la verdad obra de amigo,
Porque pretende á costa de su vida
Dejar la nuestra mas esclarecida.

»Por tanto no hay razon de entristecernos,
Habiéndola tan justa de alegrarnos,
Pues vemos ocasion para ganarnos
Adonde imaginábamos perdernos;
Solo podrá ser causa de dolernos
Haber venido él antes á buscarnos,
Pues cuanto al cielo hiciéremos de ofensa,
Dirán que fué en razon de la defensa.

»Dirán, si le vencemos en la guerra,
Que fué por haber sido el cielo injusto
Y estar de nuestra parte el fuero justo
Que obliga á defender la propia tierra;
Este es el daño y mal que aquí se encierra,
Y lo que de vencernos quita el gusto
Ver que el derecho tenga su pedazo
En lo que solo hiciere fuerza y brazo.»

El bravo Tucapel ardiendo en ira
De rábido furor el seso pierde;
Las manos de colérico se muerde,
Y con ardiente faz á todos mira,
Diciendo al nigromántico: «Es mentira
Eso que, como dices, te remuerde,
Pues no hay tan loco cielo que pretenda
Venir con araucanos á contienda.

»Que miéntras Tucapel gozare aliento
Y vieren que revuelve la macana,
Ni en la divina fuerza ni en la humana
Podrá caber tan gran atrevimiento;
Es todo lo demás hablar á tiento,
Es loca vanidad, locura vana,
Que no hay estrellas signos ni embarazos
Sino la pura fuerza de los brazos.

»Y si hay fortuna, y esa favorece
Como soleis decir, al mas osado,
¿Quién como el indomable y duro estado
Este favor y título merece?
Puro temor helado es quien ofrece
A todo el mundo en contra conjurado;
Bien como al que de noche el miedo pasma;
Que un gato se le hace una fantasma.»—

«Al gran Eponamón, á quien servimos
Los magos le responden, presentamos,
Y su verdad auténtica citamos,
En prueba de la mucha que decimos;
Sabed que de su boca lo supimos,
Y llenos de su espíritu hablamos:
Llamalle será bien para que desto
Os muestre el desengaño manifiesto.»

Todos en ello unánimes vinieron,
Y habiéndose llegado el tiempo escuro,
Por ser el verde campo mal seguro,
En un galpon crecido se metieron;
Los mágicos en rueda se pusieron,
Para el atroz y pérfido conjuro,
Quedando á las espaldas del buhío
La plebe y mal político gentío.

En medio de la rueda compasada,
Despues que el suelo á soplos alisaron,
Aquellas manos pérfidas hincaron
Una ramilla luenga deshojada;
De cuya extrema punta doblegada,
Por un sutil estambre le colgaron
Un burujon de lana de la tierra,
Que es donde su Pillan se les encierra.

De tal supersticion y extraño rito
Usa la miserable gente vana,
Y á la vedija va de buena gana
El regidor perpetuo del Cocito;
De suerte que cual pece en el garlito,
Le tienen con el átomo de lana,
Porque le llevarán donde es llamado
Con solo un hilo della maniatado.

Otro mayor abuso temerario,
Y un género infernal de idolatría
Es fama haber entre ellos hoy en dia,
Mas especial y menos ordinario;
Que ya que no es al cuento necesario,
Pues dél tan poco ó nada se desvia,
Y todo lo que es nuevo aplace oilló,
Me pareció de paso referillo.

En hondos y secretos soterraños
Tienen capaces cuevas fabricadas,
Sobre maderos fuertes afirmadas
Para que estén así nestóreos años;
Las cuales, en lugar de ricos paños,
Están de abajo arriba entapizadas
Con todo el suelo en ámbito de esteras
Y de cabezas hórridas de fieras.

En esta gruta lóbrega y tremenda,
Do los piramidales del Titano
Para poder entrar, no tienen mano,
Por mas que por el sótano los tienda;
Está sobre unas andas, cosa horrenda,
Tendido un ya difunto cuerpo humano,
Sin cosa de intestinos en el vientre,
Porque Pillán en él mas fácil entre.

El nombre es Ibunché del insepulto,
Y cuando el dueño dél y de la cueva
Quiere saber alguna cosa nueva
De mucha calidad y fin oculto,
Con gran veneracion, respeto y culto
(Que en esto el indio rudo nos las lleva)
Entra por senda angosta y desmentida
Para que no le sepan la guarida.

Y allí por el idólatra invocado
El abismal diabólico trasunto,
Se mete en el cadáver del difunto
Por do responde, siendo preguntado,
Así de los negocios del Estado
Si sube ó si declina de su punto,
Como de los influjos celestiales,
De buenos y de malos temporales.

Es este su Ibunché tenido entre ellos
Por una cosa allá como sagrada,
Con suma religion administrada,
Y la que por su Dios adoran ellos;
Hélo sabido yo de muchos dellos,
Por ser en su país mi patria amada,
Y conocer su frásis, lengua y modo,
Que para darme crédito es el todo.

Hay otra detestable circunstancia,
Que muda bien la especie del pecado,
Y es, que si lo por ellos preguntado
Es cosa de muchísima importancia,
Metidos en aquella escura estancia
Degüellan al hijuelo mas amado,
O la especiosa niña en sacrificio
Para tener al ídolo propicio.

En esto guardan todos tal secreto,
Que por ningun camino, maña ó suerte,
Aunque les amenacen con la muerte,
Descubren el gentílico defeto;
Y cáusalo el temor, la fe y respeto,
Que tienen con aquel armado fuerte,
El cual, por no soltallos de sus grillos,
Los hace así negar á pié juntillos.

Algunos suelen confesar de plano
Haber el Ibunché, que les responde,
Pero si les pedís el sitio dónde,
Se excusan, remitiéndolo á Fulano;
Y así del uno al otro iréis en vano,
Que cada cual firmísimo lo esconde,
Y en ocultallo está la desventura,
Pues el oculto mal no tiene cura.

¡Oh ciega confusion del barbarismo,
Oh gente muchas veces desdichada,
Y mas que muchas, bienaventurada
La que recibe el agua del bautismo!
Mas ¿ dónde voy con esto, que me abismo,
Y prometí decillo de pasada?
Volvamos pues, no diga quien me espera,
Que me reparo mucho en la carrera.

Colgado pues el copo de la vara,
Con un zuzurro bajo y escabroso,
Como de negro tábano enfadoso
Cuando revuela en torno de la cara,
Apresta la infelice gente avara
Su pérfido conjuro tenebroso,
Haciendo que tomase en él la mano
Quien de la facultad era decano.

Tomóla de derecho Pillalonco,
Un viejo descarnado formidable,
De cuerpo retorcido como un cable,
Ramificado mas que el pié de un tronco;
Y del sumido y magro pecho ronco
Sacó esta voz horrenda y execrable:
«A vos invoco, báratro profundo,
Escuro centro y cóncavo del mundo;

»A vos conjuro, bóveda tiznada,
Humoso flegeton, estigio Lago,
Do bebe para siempre acedo trago
La miserable gente condenada;
A vos, sulfúrea tártara morada,
Do hacen de las ánimas estrago
A vos ¡oh Babilonia de tormento!
Comprado por ilícito contento;

»A vos, flamíneo príncipe del centro;
A ti llamamos, Hécate, su esposa,
A tí, mordida Euridice llorosa,
Y los que estáis la casa mas adentro;
A vos, con quien la Juno tuvo encuentro
En forma de ñublado mentirosa;
A vos, avaro Tántalo, á vos, Ticio,
En vuestro justo y áspero suplicio;

»Alecto, á vos, Tesífone y Megera
De ponzoñosas víboras crinadas,
A vos, sangrientas Górgones dañadas,
A ti Cerbero can, trifauce fiera;
A tí que en la aquerónticа ribera
Pasando estás las almas á barcadas,
A ti, Demogorgón, á ti conjuro
Con todo el resto pálido y escuro:

»Por lo que aborreceis al claro dia,
Por el rencor malévolo con Febo,
Por las tinieblas densas del Erebo,
Por lo que en vos mi espíritu confia;
Por los que allá teneis de mano mia,
Y por lo que procuro enviar de nuevo
Para que por hebdómadas eternas
Habiten vuestras lóbregas cavernas:

»Por la caliente sangre que vertemos,
Con que el sulcado rostro rociamos,
Y por la que á vosotros consagramos,
Despues que así espumosa la bebemos;
Y por la humana carne que comemos,
Humildes todos juntos suplicamos
Que en este copo cándido se envuelva
Quien, de lo que dudamos nos absuelva.»

Con esto enmudeció de tal manera,
Y enmudecieron todos los presentes,
Que de los mismos bárbaros oyentes,
El que escuchara mas, menos oyera;
Así estuvieron casi una hora entera,
Mas pareciendo mármoles que gentes,
Tendidas las orejas como el gamo
En viendo que se mueve el débil ramo.

Pendiente del oráculo de lana,
Y alerta por si el ídolo venia,
Ni párpado ni ceja se movia
De la congregacion perdida y vana;
Mas viendo ya propíncua la mañana
Y que el Eponamon se detenia,
Así de nuevo el Mágico le invoca
Echando espumarajos por la boca:

«¿Qué es esto, cómo agora te detienes?
Espíritu infernal ¿por qué te tardas?
¿No acabas de venir? ¿á cuándo aguardas?
Sabiendo que te llamo yo, ¿no vienes?
Hola, que se me quiebran ya las sienes,
Y el término debido no me guardas;
No quieras que de hoy mas á tu estalaje
Ninguna destas ánimas abaje.

»No heriré tu sótano con lumbre,
Ni las apolinares aureas hebras
Ofenderán tus sapos y culebras,
Ni esotra serpentina muchedumbre;
Mayor te pienso dar la pesadumbre,
Aunque esta por tan grande la celebras;
Mas otra es la que mas te muerde y come
Y tus dañados hígados carcome.

»Haré que ya los cuellos no se aprieten
Con el desesperado ñudo y soga,
Que el cuerpo y no las ánimas ahoga,
Mas que por otro medio se quïeten;
Haré que tus discípulos respeten
A la sacerdotal y sacra toga,
Tomando sus consejos y doctrina,
Que es para tí la mas pungente espina.»

En dando fin al fiero necesario
Oyeron un terrible terremoto,
Que revocó en el sitio mas remoto
Con un rumor y estruendo temerario;
En rápido turbion trasordinario
Se revolvieron Euro, Cierzo y Noto,
Y en remolino el Abrego violento
Arrebataba el rancho de su asiento.

Un proceloso y negro torberllino
Distinto de la noche, en su espesura,
Y envuelto mas que en agua en piedra dura,
Dejó turbado el cielo cristalino;
Con esta majestad y pompa vino
El Rey que siempre está en region escura,
Tomando la vedija por su trono,
De donde así les habla en bajo tono:

«Mas presto vengo yo do soy llamado,
Si mi venida causa algun consuelo,
Y si detuve agora el sordo vuelo,
Ha sido por no dar un mal recado;
Pues ya que está dispuesto por el hado
Que os venga tanto mal y desconsuelo,
Quisiera, por lo mucho que me toca,
Que nunca se supiera de mi boca.

»Sabed que ya las vítreas ondas abre
Con espolon herrado y raudo remo
Uno, de quien con justa causa temo
Que mi cabeza dura descalabre;
Este será el que á fuego puro os labre,
Y quien os mudará de extremo á extremo,
En vuestra reduccion haciendo tanto,
Que espante al mismo reino del espanto.

»Sabed que el hijo y nieto de vireyes,
Uno de Lima, y otro de Navarra,
Renuevo de la vid y fértil parra
Que tiene su majuelo en altos reyes,
Sobre poneros vínculos y leyes,
Arrojará con tal vigor la barra,
Que no sé, amigos, yo, segun lo miro,
Qué brazo le podrá llegar al tiro.

»Mas ¡ay! que ya pacífico el Estado
Ha de saber trataros de manera,
Que lo que fuere entonces y lo que era
Serán como lo vivo y lo pintado;
Lo que por fuerza fué será de grado,
Lo que de pedernal, de blanda cera,
Y al que os hubiere dado mil enojos
Le lloraréis despues con ambos ojos.

»Yo soy ¡ay duro mal! ay grande afrenta!
En quien está la pérdida notoria,
Porque á la fin vosotros, su victoria
Por propria la pondréis á vuestra cuenta;
Mas yo, que su virtud se me presenta,
Y siento aparejársele la gloria,
De sus intensos méritos el pago
Con entrañable rabia me deshago.»

No dijo mas, y á vista de la gente
Con un terrible trueno y estallido
Arranca en humo negro convertido,
Dejando allí una bomba pestilente;
Habló verdad en todo llanamente,
Supuesto que es mentira su apellido,
Porque es verdad tan clara y tan expresa,
Que la mentira propria la confiesa.

Un súbito pavor y helado asombro
Los pensamientos bárbaros ataja;
El mas altivo de ánimo le abaja,
Y el mas enhiesto encoge mas el hombro;
Aun yo de estar contándolo me asombro,
Y la caliente sangre se me cuaja,
Por donde puede verse qué haria
Quien fuera de los májicos lo via.

Ya que pasó el fetor abominable,
Y que tranquilo todo y en sosiego
La desterrada sangre volvió luego
A su canal purpúrea deleznable;
Saltó furioso Rengo el implacable,
Diciendo en voz soberbia: «Derreniego
Del rudo parecer y seso vano
Que en esto diere crédito á Pillano.

»Por solo apoderarse de nosotros,
Temiendo por ventura mi potencia,
Ha dicho esta mentira y aparencia
Y derramado miedo entre vosotros;
¡Oh falso Eponamon! Allá con otros
Que tengan de tus artes menos ciencia;
No pienses con tus frívolas razones
Obstupecer tan bravos corazones.

»Si crédito algun tiempo se te diere,
Cuando con tu venida nos ofendas
Tan solo habrá de ser; y así lo entiendas,
En todo lo que bien nos estuviere;
En lo demás te siga quien quisiere
Haciendo mucho caso de tus prendas,
Que á mí la maza y brazo me asegura
De toda mala suerte y desventura.»

No estaba Tucapel en esto ocioso,
Que como el vino y cólera hervia,
Llamaba cuerpo á cuerpo á don García
Del ínclito enemigo cudicioso;
Andaba mas que todos orgulloso
Diciendo por la gente que venia:
«Granicen hombres, ande el juego grueso,
Que toda mi ganancia estaba en eso.»

Así desfleman unos y otros gritan,
Otros, mientras blasonan estos, callan,
Y allí mayor peligro y daño hallan
Adonde mas los bárbaros se irritan;
Unos aplacan, otros solicitan,
Ya rompen, ya deshacen, ya desmayan,
Ya con las voces disonas se hunden,
Se atruenan, se ensordecen, se confunden;

Hasta que del crepúsculo y aurora
Los fértiles alcores luminados
Mostraban los briales ocupados
Con las vistosas dádivas de Flora;
Que todos, como gente malhechora,
Cual suelen los ladrones recatados,
Huyendo de la luz, se dividieron,
Con que la gruesa junta deshicieron.

Esto, Señor, sucede allá en la guerra,
Y en tanto, acá en la paz, los españoles
Ven ya bordado el cielo de arreboles,
De yerbas, flores y árboles la tierra;
El claro sol doblada luz encierra,
Alumbran las estrellas como soles,
El mar se muestra plácido y sereno,
Y el aire de parleras aves lleno.

Parecen mil prenuncios de alegría,
Mil bienes venideros se conciben;
Los desmayados ánimos reviven
Metiéndose en calor la sangre fria;
Saltando están los pechos á porfía
Del interior contento que reciben,
Y el mas helado y lánguido se siente
Con un fogoso y bélico accidente.

En todos los estómagos se incluye
Una crecida hambre de pelea;
El corazon mas tímido desea
Hallarse en la ocasion que se le huye;
La favorable causa que esto influye
Sin duda que es el aire y la marea
De las hinchadas velas, que asomando
Al puerto de Cuoquimbo van entrando.

Adonde ya las áncoras echadas,
Los nuestros deshaciéndose en contento,
Entregan las chalupas al momento
En manos de las ondas sosegadas;
Y de floridos jóvenes cargadas
Van todas á parar do yo me asiento,
Porque para tirar de un tiro tanto,
Es chico mi vigor y grande el canto.

CANTO III.

En que el Gobernador, visto el exceso con que los indios de paz eran tratados por sus encomenderos, y el mucho desórden que en servirse de ellos habia, trayéndolos sobremanera apurados, hace unas breves ordenanzas, con que los alivia su grave carga; provee juntamente lo importante así á la quietud de la tierra, desterrando sus inquietadores, como al aumento de nuestra religion y buen ejemplo de los naturales. Llegada la gente y caballos que venia por tierra, se embarca con toda ella, sin tocar en Santiago, para la ciudad despoblada de la Concepcion, en cuyo viaje le corrió una grande y peligrosa tormenta.

¡Oh cuánto se requiere, cuánto importa
Haber moderacion y medio en todo!
Pues lo que va sin límite ni modo,
¿Qué limitada fuerza lo soporta?
Ni es bueno que la capa quede corta,
Ni que de larga frise con el lodo:
Virtud está en el medio como en quicio,
Y siempre en los extremos anda el vicio.

Jamás, si duermen tres en una cama,
Sucede que al de enmedio falte ropa,
Ni al que por medio afierra de la copa
El líquido licor se le derrama;
Menos se mareará la tierna dama
En medio de la nao que en proa ni en popa;
Mejor irá el discípulo de Marte
Donde es el batallon que en otra parte.

Entre las zonas tórrida y helada,
Que el mirador cosmógrafo divide,
Aquella que el lugar de en medio pide
Es la mas habitable y mas templada;
De la celeste máquina girada,
El medio es donde Júpiter preside,
Y el que por Dafne rápido corria
Mas franco da su luz al mediodia.

En solo amar á Dios ha de afirmarse
Que ni es ni puede ser el medio bueno,
Y en esto solo el tépido condeno,
Y en esto será lícito extremarse;
En todo lo demás el moderarse,
Y aquel saber usar espuela y freno,
El que descanso quiere lo procure,
Pues bien soleis decir, paso que dure.

El siervo no ha de ser tan mal tratado
Que siempre sus espaldas mida un leño,
Pues suele revolver contra su dueño
El animal doméstico apurado;
Quien ha la noche entera trasnochado,
Está después cayéndose de sueño;
Al fin conviene en todo tanto el órden,
Que la bondad es mala con desórden.

Esto conoce bien el jóven sabio,
Pues visto el desigual que en Chile habia
Sobre tratar al indio que servia,
Le satisface luego deste agravio;
Y dado que era viejo el mal resabio
Que acerca de esto el héspero tenia,
Sola su blanda mano, medio y modo
Bastó para quitársele del todo.

Él fué moderador de tanto exceso,
De tanta libertad y exorbitancia,
Y el que redujo á temple y consonancia
Lo que sonaba mal acerca deso;
Aligeró á los pobres de su peso,
Solicitando en todo su ganancia
Por el mejor camino y fácil via,
Que luego toparéis en esta mia.

Llegado á la cuoquímbica ribera
Adonde los esquifes encallaron,
Las proras en un punto se poblaron
De la gallarda gente placentera;
Mas luego que la vieron saltar fuera,
Desiertos y á la mira se quedaron,
Doliéndose de ver que ya la playa
Con tanto bien alzado se les haya.

Pues ya del mar los nuestros olvidados
Y llenos de placer y gloria llena,
Sellaron con sus platas el arena,
Tendiendo allí los miembros mareados;
Quién mira las llanadas y collados,
Quién con el dedo apunta la Serena,
Y quién alaba el sitio, quién el puerto,
Al soplo de los aires encubierto.

Estando así la gente bulliciosa,
Oyó tropel confuso de caballos
Que vienen ya batiendo con los callos
La relucida playa mariscosa;
Porque es sobremanera cuidadosa
La próxima ciudad en despachallos,
Viniendo sus vecinos juntamente
A recebir al claro adoleciente.

Pero debajo desta adolescencia
Aun al que mas la vista se le cubre,
Como por velo diáfano descubre
Un vaso, y madurez por excelencia,
Mostrábalo su rostro y aparencia,
Que pocas ó ninguna vez lo encubre,
Pues mas abiertamente que en la palma
Se suele por el cuerpo ver el alma.

Recíbelos á todos gratamente
Con término cortés y grave acento
Y con templadas muestras de contento;
Que todo no se junta fácilmente;
De donde acompañándole la gente,
Tomó el camino breve del asiento,
Que por la tiesa y húmeda marina
Dos leguas apacible se camina.

Entrando en la ciudad de la Serena
El escogido tercio y nueva copia,
Conoce cada cual por casa propia,
Segun se ve tratar, la que es ajena;
Es tan cumplida gente, honrosa y buena,
Que tiene por afrenta y cosa impropia
No ser en su hospedaje el hospedado
Todo lo de potencia regalado.

Allí estuvieron todos dando cuerda
A la penosa y dura del quebranto,
Que la Serena dulce con su canto
Hace que todo el mal se olvide y pierda,
En tanto á nuestro jóven se le acuerda,
Movido por un celo justo y santo,
De aprovechar el tiempo en lo siguiente
Para que no se gaste vanamente.

Queriendo pues saber qué modo habia
Sobre pagar el indio sus tributos,
Y si conforme á sacros estatutos
El amo acerca desto procedia;
Echó de ver su mucha demasia,
Y como andaban todos absolutos
Sin regla, sin medida, ley ni fuero,
Con el ansioso hipo del dinero.

No solamente echaban á las minas
Los diputados ya para este oficio,
Sino tambien el personal servicio,
Hambrientos por las vetas de oro finas;
Y contra humanas leyes y divinas,
Que todo estaba entonces por el vicio,
Aun no eran reservados desta cuenta
Los viejos tremulosos de noventa.

Tampoco el niño tierno se libraba,
A título de serlo, destos daños,
Que puesto en el doceno de sus años,
Con la barreta al hombro caminaba;
La madre con dolor le acompañaba
Humedesciendo bien sus pobres paños,
Y siempre que la carga le afligia,
En el trabajo della sucedia.

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas,
Que era contento y lástimas el mirallas,
Llevaban el sustento y vitüallas,
Por mas que fuesen débiles, á cuestas;
Y por quebradas ásperas y cuestas,
Quebrados de subillas y bajallas,
Sus delicados piés iban rompiendo,
Y alguna vez de sangre el rastro haciendo.

Así cargadas viérades algunas
Los encolmados vientres á las bocas,
Y fuera deste número, no pocas
Con sus recien nacidos en las cunas (3);
Mirad qué cargas dos tan importunas,
Aunque las tristes fueran mas que rocas,
Y mas que no hay dejar ninguna dellas,
Por no dejar el ánima con ellas.

En vez de las diademas y guirnaldas,
Iba el pesado yole (4) y grave costa,
Y en trueque de la liqueda compuesta,
El enchiguado (5) trigo á las espaldas;
En cambio de las perlas y esmeraldas,
Llevaban la inclinada frente honesta
Bordada de un licor aljofarado
A fuerza de fatigas destilado.

¡Oh qué desaforado desafuero
Usado con los pobres naturales!
Oh qué de imposiciones desiguales
En gente que era al fin de carne y cuero!
Oh siempre viva hambre del dinero,
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguijuela chupadora!

Pues como desta peste vió tocados
El médico tan sabio á los chilenos,
Y que los indios iban siempre á menos,
Y á mas las insolencias y pecados;
Deliberó con medios acertados,
Que nunca los que puso fueron menos,
Sangrar aquella fiebre mal contenta
Tanto de sangre prójima sedienta.

Y visto que los indios no tenian
En todo su caudal del cielo abajo
Sino su proprio personal trabajo
Para lo que sus amos les pedian,
Y que con tanto peso no podrian,
So pena de venir con todo abajo,
Al eminente y grande mal previno
Dictándole un espíritu divino.

Mas era este negocio de consejo,
Y aunque pudiera bien á todos dalle,
Quiso de los teólogos tomalle
Para llevar su hilo mas parejo;
Porque es como la dama sin espejo,
Es engolfada nao sin gobernalle,
Que naufragosamente da en la costa
Quien corre sin consejo por la posta.

Habiendo pues el caso conferido
Muchas y muchas veces con letrados
De limpio celo y ánimo dotados,
Salió de la consulta difinido
Todo en favor del mísero afligido,
Lo que dirán mis versos mal cortados,
Metidos en prolijas narraciones,
Donde es forzoso ir dando tropezones.

Mas es tambien forzoso no dejallas;
Aunque me son de tanto impedimento,
Así por ser verdades las que cuento
Y no querer hacer en esto fallas,
Como porque naciera de pasallas
Una contradiccion de lo que intento,
Que es usurpar el mérito y la gloria
Del que la da tan grátis á mi historia.

Mandó que de los indios que tuviese
El ávido vecino encomendero
Para labrar el cóncavo minero,
El sesmo solamente se le diese;
Y que este de varones solo fuese,
Guardando al sexo tímido su fuero,
Los cuales á sesenta no llegasen,
Y que del sexto décimo pasasen.

Ordena juntamente que del fruto
De los veneros fértiles sacado,
Tambien al indio el sesmo fuese dado
Como en retribucion de su tributo;
Y que cualquier vecino al estatuto
Fuese para los suyos obligado,
Partiéndoles el sábado postrero
La dicha sexta parte del dinero.

Y para ejecucion del mandamiento,
Por evitar escrúpulos y espinas,
Mandó que hubiese alcaldes en las minas,
Hombres de sano, justo y buen intento;
Hizo que las comidas y sustento
Llevado por las fuerzas femeninas,
A costa del vecino fuese en bestias,
Y así no fuesen tantas las molestias.

Mándoles dar comida cuotidiana
Que bien á cada un indio le bastase,
Y que una res ó mas se les matase
Tres dias en los seis de la semana;
Con esto pudo hacer que por liviana
La poderosa carga se juzgase,
Poniendo mil estímulos al tibio
Y á sus trabajos ásperos alivio.

Así dejó los pobres redimidos
De tantas insolentes vejaciones
Y de tan insufribles aflicciones
A llevadera vida conducidos;
Quedaron muchos daños prevenidos,
Mudadas muchas fieras intenciones,
El indio con su carga moderada,
Y el amo su conciencia descargada.

¡Oh gran legislador del nuevo mundo,
Celoso de equidad y de justicia,
Primero en la bárbarica milicia
Y en tu feliz estrella sin segundo,
Confuso asombro y pasmo del profundo,
Total perseguidor de su malicia!
Perdona el corto vuelo de mi pluma,
Que al pié no llega de tu cumbre suma.

Cuando mejor le sepa dar el corte,
Y si la Parca no me corta el hilo,
Yo cortaré, Señor, con otro filo
Tus venturosos lances en la corte;
Mas has de permitirme que los corte
En trage pastoril mi propio estilo;
Que en esto ni será él de corte sano
Ni bastará tampoco el cortesano.

Recibe si te place agora en tanto
Esta segura prenda que te empeño,
Que yo la sacaré de tal empeño
Volviéndote por ella siete tanto;
El vale solo es este y primer tanto,
Con que serás despues del resto dueño
En viéndome al querer con otro punto,
Que agora será bien volver al punto.

Habiendo ya en los indios remediado
Lo que dejamos dicho el jóven tierno,
Puso los españoles en gobierno,
Y en órden los negocios del juzgado;
Era lo que trazaba lo acertado,
En cosa no mostrándose moderno,
Porque corrieron siempre á las parejas
Su madurez y juventud parejas.

Y como siempre fué de lance en lance
Haciéndolos mejores en su juego,
Aun no entabló la tierra, cuando luego
Se puso con el cielo en un balance;
Al rey de entrambos vino á dar alcance,
Por ser en el seguir un vivo fuego,
Y ser sus pasatiempos y sus vicios
Seguir virtud y perseguir los vicios.

Faltaba en la Serena (ved qué falta,
Para que tenga sobra en su descuento)
El misterioso y alto sacramento
Adonde Dios y hombre nunca falta;
Mas con su caridad intensa y alta,
Haciendo á costa suya el ornamento,
Hizo que desde entonces no faltase
Para que el bien al ánima sobrase.

De suerte que por Dios, que es alfa, empieza
Y á Dios en todo lleva por delante.
¡Oh bienaventurado caminante
Que á solo Dios sus pasos endereza!
Y pues lo que le lleva por cabeza
Va todo por el mismo semejante,
Considerad sus obras cuales fueron,
Si al paso del principio el fin tuvieron.

No callarán mis versos una dellas,
Aunque de tanto son indignos ellos,
Pues estos traigo yo por los cabellos,
Y al cielo por sus piés se van aquellas;
Mas ya que léjos voy de dar con ellas,
Y puedo bien sentarme junto dellos,
Dirélas por mi rumbo tropezoso,
Y no las callaré como envidioso.

El hecho fué que cuando el pan del cielo
En procesion al templo se traia,
Por dar ejemplo al indio que atendia,
Se derribó á medirse con el suelo,
Haciendo que el presbítero sin duelo
Por cima dél hiciese paso y via,
Tratando con el pié su cuerpo humano,
Pues el de Dios trataba con la mano.

Fué un acto de humildad aventajada
Para dejar al bárbaro enseñado,
Que en las personas altas de su estado
Es la virtud que mas á Dios agrada;
Pues cuanto bien parece la llanada
En la sublime cumbre del collado,
Parece la humildad allá en la cima
Del hombre que es tenido en mas estima.

Con el manjar angélico divino
Quedó la gente llena de consuelo,
Y no se vido mas barrer el suelo
El viento arrebatado en remolino;
Que como se deshace el torbellino
En asomando el délfico en el cielo,
Así tranquilidad el pueblo tuvo
Al punto que este sol en él estuvo.

Mas viendo que otros soplos mas violentos,
Y tempestad mayor furiosa y brava
A todo el reino junto alborotaba,
Queriéndole volar por los cimientos,
Y que la furia sola de dos vientos
Revueltos y encontrados lo causaba,
Da traza el verdadero dios Eólo
Cómo encerrallos por su mano él solo.

Los dos gobernadores eran estos,
Que, sobre serlo en Chile contendian,
Y á canto de perdérsele tenian,
Pues á romper estaban ya dispuestos;
En Mapocho y Cuoquimbo varios puestos,
Los dos fortificados atendian
Para venir, con ánimos insanos,
De encuentro de cabezas á las manos.

Estarse en la Serena Aguirre quiso,
Por ser allí el oráculo adorado,
Y Villagran desotro apoderado,
Estaba en Mapochó sobre el aviso;
Mirad agora el reino en sí diviso
En vispera de verse desolado,
Mirad un monstruo aquí de dos cabezas,
Que está para topar y hacerse piezas.

Pero tan buena maña supo darse
Aquel varon sagaz en el remedio,
Que, como la virtud, se puso en medio
Primero que vinieran á encontrarse;
Y sin alborotar ni alborotarse,
Que para todo tuvo traza y medio,
Prendió primero al uno, y luego al otro,
Sin que supieran ellos uno de otro.

A Juan Ramon envió por una via
Para que, sin que nadie lo entendiera,
A Villagran do estaba lo prendiera,
Enviándosele preso el mismo dia;
Y á Aguirre, que á la mano le tenia,
Aunque pensó que nadie le ofendiera,
Prendió por otra parte don Hurtado,
Poniéndole en el puerto á buen recado.

Adonde en un bajel con guarda estuvo
Hasta que Villagran tambien llegase,
El cual, como á su daño caminase,
Bien poco en el camino se detuvo;
Pues luego que la nueva el jóven tuvo,
Mandó que con Aguirre se juntase,
Y que sin parecer en su presencia,
Viniese á parecer ante la Audiencia.

Salióle á Aguirre en viendo que venia
A recebir al bordo de la nave,
Y aun dicen que le dijo en tono grave
Esta razon tan llena de energía:
«Ya, lo que en todo Chile no cabia,
Agora en una tabla sola cabe;
Mi fé, Señor, un niño de la cuna
Nos muestra á la vejez lo que es fortuna.»

No cuento por menudo todo el caso,
Aunque lo principal aquí va escrito,
Porque pararme á todo es infinito,
Teniendo senda larga y tiempo escaso;
Fuera de que si en esto voy de paso,
Es porque en lo que resta me remito
A lo que agora escribe el de Lobera,
En general historia verdadera.

Solo, segun por ella puede verse,
Quiero certificar en esta mia
Que en ello, como en todo, don García
Hizo lo que era lícito hacerse;
Porque con madurez, para moverse
Miró muy bien qué causa le movia,
Y siempre vió la mira en este hecho
Enderezada al público provecho.

Pues embarcados ya los capitanes,
Mandó que los bajase luego á Lima
Pedro de Lisperguér, varon de estima,
Y gloria de los altos alemanes;
Limpió la tierra destos huracanes,
Metiéndolos en cárceles, y encima
Por mas seguridad les puso un cerro,
Que tanto y mas pesado es un destierro.

Así como en soberbios torreones,
Y siempre sobre alcázares subidos,
Vienen á dar los rayos encendidos,
Dejando los humildes paredones;
Sobre estos validísimos varones
En Chile por pirámides tenidos,
Asiento de ambicion y de cudicia,
Cayó derecho el rayo de justicia.

A mucho mal con ello puso atajo,
Y al reino ya pacífico y tranquilo,
De mas de tres gargantas quitó el filo,
Y á todas, por lo menos, de trabajo:
Por esto quiso enviallos mar abajo,
Y por seguir al padre en el estilo,
Que á los que en el Pirú metian cizaña
Los arrancó de cuajo para España.

Con esto en la Serena se entretuvo,
Por no gastar el tiempo mal gastado,
Hasta que á los del seco despoblado
Y á su Bastida fiel consigo tuvo;
En ocio allí la gente se detuvo
Un delicioso mes, el cual pasado,
Con todos los caballos y bagaje
A Mapochó tomaron el viaje (6).

Mandóseles que nada en él parasen,
Por ser tan regalado y abundoso,
Temiendo que en su vicio pegajoso
Los cuerpos hasta el ánima atascasen;
Sino que á Penco rápidos pasasen,
Lugar un tiempo rico y populoso,
Mas por entonces yermo y asolado,
De solo cuerpos y aves ocupado.

Adonde á Juan Ramon tambien mandaba
Que en todo caso luego se partiese
Con todos los vecinos que tuviese
El pueblo de Santiago donde estaba;
Porque él á la sazon determinaba
Enderezar allá como pudiese,
Metiéndose en el mar embravecido
Con los que ya por él habia traido;

Para que de esta suerte en la bahía
De Talcaguano, que es á Penco junto,
Se fuesen á juntar al mismo punto
La gente que por tierra y mar venia.
Con esta traza y órden los envia,
Y él queda con su gente puesto á punto
Para desocupar aquel asiento,
Aunque lo contradicen mar y viento.

Llegada era del tiempo aquella parte
Opuesta por diámetro al estío,
Cuando con gafa mano, el yerto frio
En pellas el carámbano reparte;
A la sazon, que ya por toda parte
Viene de monte á monte el raudo rio,
Y al blanco amanecer se ven los prados
Envueltos en vellones escarchados.

Cuando camina todo con su funda
Para que el aguacero no lo moje,
Y á su chozuela el rústico se acoje
Soltando el manso buey de la coyunda;
La tierra de mil rívulos abunda,
Que en sí la turbia ciénaga recoge,
Y cuando por los cerros van á gatas,
Rompidas las celestes cataratas.

Está callada y mustia Filomena,
Ítis se encoge, Progne se marchita;
Erízase el silguero en la ramita,
Y de aterido, en dulce voz no suena;
Alcione sale ya sobre el arena,
La grulla por el aire sola grita,
Y la infeliz corneja está en su playa
Al marinero mártir dando vaya.

Desgájanse los árboles frondosos,
Rendidos al airado ventisquero;
Descarga con granizo el aguacero
Relámpagos y truenos espantosos;
Vulturno, Cierzo y Africo furiosos
Parecen aventar el mundo entero;
Entóldanse los cielos con ñublados
De tempestades túrbidas preñados.

Mas no por ser el tiempo riguroso,
Y ver al mar entonces intratable,
Dejó de renunciar la tierra estable
El fortunado jóven presuroso;
Porque para su pecho valeroso
No le parece cosa incontrastable,
Y porque el acudir, do va, con tiempo
Importa mucho mas que el mismo tiempo.

Así que su rigor menospreciando,
Como que ya le increpa la tardanza,
Partió sin esperar á la bonanza,
Que la necesidad no mira cuándo;
Pues ya con su lucido y grueso bando
De la Serena sale, dulce estanza,
Dejándola mas triste en su partida
Que Dido en la troyana despedida.

Pusiéronse en dos horas con el puerto,
A donde siendo todo aparejado,
Dejaron el estéril mar poblado,
Y al fértil campo huérfano y desierto;
El aire estaba lúcido y abierto,
Solo soplaba el céfiro delgado
Con que, las corvas áncoras levadas,
Se le entregaron velas desplegadas.

Ya el engañoso tiempo los aleja
De la arenosa playa y sus orillas,
Ya sulcan alta mar las bajas quillas,
Ya cada cual de espuma el rastro deja;
El cielo, por cubrir lo que apareja,
Se escombra y barre bien de nubecillas,
Bordándose de escamas y celajes,
De rubios arreboles y follajes.

Todo les favorece y da la mano,
El viento es largo en popa, el mar bonanza,
Señales harto ciertas de mudanza
Y de que habrá desquite en otra mano;
Al puerto Jacobino dan de mano,
Temiendo que si llegan á su estanza
Y dan entrada al ocio y fácil vida,
Será dificultosa la salida.

Pues como de arrecifes y bajíos,
Y mas que de la fiera ladradora
Tan por su mal, de Circe contendora,
De Mapochó se apartan los navíos,
Albergue de holgazanes y baldíos,
Adonde el vicio á sus anchuras mora,
Y tierra do se come el dulce loto,
Que al filo de la guerra tiene boto.

Es la vadosa sirte donde encallan
O todos ó los mas gobernadores,
Y á donde por hablar cosas de amores,
Las del guerrero adúltero se callan;
Do como la dulzaina y rabel hallan,
No quieren son de trompa ni atambores,
Ni dar en cambio y trueque de una vela,
Amanecer dos mil en centinela.

Es una Circe pésima que encanta
Y en animales sórdidos transforma;
Es la cadena, grillo, cepo y corma,
Que el brio y fuerza bélica quebranta;
Es la sirena mélode que canta,
De quien sagaz el Itaco se informa,
Y atado al mástil, oye desde afuera,
Ensordeciendo á los demás con cera.

Huye como del fuego del regalo
El avisado jóven, porque sabe
Que entre el bizcocho acedo y pan suave
Hay siempre mas que lúcido intervalo;
Es á los cuerpos ágiles tan malo
Como el pequeño rémora á la nave,
Que en su navegacion la tiene á raya
Por mas veloz y rápida que vaya.

El regalado es bestia que se empaca
Un harto gavilan, bajel zorrero,
Y el ocio, cenegal y atolladero,
Do con dificultad el pié se saca;
Es arenal en que anda virtud flaca,
Y pasto donde el vicio enlucia el cuero
Boscaje y arcabuco mal distinto,
Difícil y entrincado labirinto.

Y aunque metido en él, salir supiera
Con el prudente ovillo de Teseo,
No quiere andar en círculo y rodeo,
Sino seguir derecho su carrera;
Que el ánimo do está virtud entera
No solo ha de vencer el mal deseo,
Sino quitar la causa de engendrallo,
Pues lo mejor del dado es no jugallo.

Por esto don Hurtado no se llega
Al peligroso vado con su armada,
Mas á la yerma Penco enderezada
Con viento largo y próspero navega;
Neptuno está mas llano que una vega
Asegurando en todo la jornada,
Por donde aunque era larga, sin sentilla
Se ven á pique ya de concluilla.

Mas porque nunca bien sin mal concluya,
Y no nos asegure el buen estado,
No bien el sol seis vueltas habia dado,
Cuando tambien fortuna dió la suya;
¡Oh cuán de vidrio que es la gloria tuya
Caduco mundo, báculo cascado,
A donde bien lo paga quien se arrima
Pues dando, al fin, en vago se lastima!

¡Qué de horas malas das por una buena!
Por un granillo de oro ¡cuánta escoria!
Por el adarme y átomo de gloria,
Qué bien pesado va el quintal de pena!
Tu mano, ya se vacia, ya se llena,
Como los arcaduces de la noria,
Aunque por ser menor el del contento,
Sin agua suele estar la boca al viento.

O fuese rebelion de la fortuna,
O ya por el rigor del crudo hibierno,
O porque ya de envidia el mismo infierno
Contra este gran varon se hiciese á una;
O ya por mal influjo de la luna,
O por la voluntad del Padre Eterno,
Que con la piedra toque de combates
Quisiese descubrille los quilates;

De fusca nubecilla mal cuajada
El velo celestial se vió mancharse,
Tras quien corrieron otras á juntarse
No pareciendo en su principio nada;
Mas vese á pocas horas aumentada
Tenderse de manera y condensarse,
Que deja al cielo puro y espejado
Ya de escurana lóbrega empañado.

Perdiéronle de vista en un instante,
Con que tambien los nuestros la perdieron,
Y solamente á costa suya vieron
Cuán presto se demuda el buen semblante;
Envueltos en furor desemejante
Los vientos de sus cárceles salieron,
Y al antes llano piélago lanzados
Hicieron promontorios levantados.

Que como tanto tiempo estuvo presa
Su furia procelosa y repentina,
Cuando la vieron suelta en la marina,
Molieron todos juntos de represa;
Pues dánse en el rodezno tanta priesa,
Que el mar ya vuelto en cándida harina,
Sin que esparcirse pueda por el suelo,
A cada vuelta salta para el cielo.

El claro sol se fué, y la noche escura
Batiendo al mar sus negras alas, vino
Con un desaforado torbellino,
Armado de granizo y piedra dura;
La grita, el alboroto, la presura,
La turbacion, el pasmo, el desatino,
La amarillez del rostro ya difunto
Se apoderó de todos en un punto.

Ya la menuda arena hierve abajo,
Y arriba las soberbias ondas braman;
Ya sobre lo mas alto se encaraman,
Ya vuelven desgalgándose á lo bajo;
Parece que se arranca el mar de cuajo,
Y que sus aguas frígidas se inflaman,
Marchando en escuadron de ciento en ciento
A dar asalto al cálido elemento.

Por medio dél frenéticas pretenden
A todo su pesar abrir carrera
Para mezclarse allá en la nona esfera
Con las parientas aguas que allí penden;
Porque del fabricado mundo entienden
Que quiere ya volver ¡ay! tal no quiera,
Sin que le quede ripio sobre ripio
A la cantera tosca del principio.

Que como para el bien de los humanos
No sufre Dios al mar, por mas que brame,
Que por el ancho suelo se derrame,
Quiere tomar el cielo con las manos;
Y sobre sus asientos soberanos
Pide que el bajo suyo se encarame,
Porque si no, segun su vientre hincha,
Reventará por medio con la cincha.

Toda la culpa tiene el viento solo
En dalle avilantez, orgullo y alas
Para que osado suba sin escalas
A remojar allá la crin de Apolo;
Gime tronando el uno y otro polo,
Y las espesas nubes, antes ralas,
Se vienen ya cerrando de manera,
Que al cielo calan toda la visera.

En una escuridad tempestüosa,
Y en una tempestad escura y fria
Se ve la atribulada compañia,
Ya de su fin mas cierta que dudosa;
Ninguno por intrépido reposa,
Que el de mayor esfuerzo y osadía,
Como se ve en tan áspera tormenta,
Alista para darla á Dios, su cuenta.

El duro y trabajado marinero,
Que nunca sosegó sin sobresalto,
Visto del temporal el fiero asalto,
Salta de entre sus cables el primero;
Ya trepa por el cáñamo ligero,
Ya súbito aparece en lo mas alto,
Ya muestra por un cabo solo asido
El cuerpo sobre el agua suspendido.

Envuélvese ya el aire escuro y vano
En voces del *amaina* tras el *iza*,
Y el chafaldete, braza, troza y triza
Se cubren de curtido puño y mano;
Ya con la espada en ella el Euro insano
Hace con los demás estrago y riza,
Jugando y esgrimiéndola de suerte,
Que cada golpe suple el de la muerte.

«A orza», claman unos, «vira, vira,
Amura, que se ve la arena gorda;»
Otros «arriba, amaina, ten, zaborda,
Que está el furioso mar envuelto en ira;»
El uno sin color al otro mira,
La gente á puras voces está sorda,
Atónita, confusa, derramada,
La mas temblando en pié y arrodillada.

Las yertas rocas miran por un lado
Con duro ceño y áspero semblante,
Por otro al mar soberbio y arrogante,
Revuelto, removido y elevado;
Arriba de rigor al cielo armado,
Abajo los abismos por delante;
Mirad la triste nave que está en medio
En qué tendrá esperanza de remedio.

Quién á la religion se ofrece en voto,
Quién el favor divino apriesa invoca,
Quién con el sacro símbolo en la boca
De todo corazon está devoto;
Cuál mira atento el rostro del piloto,
Por ver si su tristeza es mucha ó poca,
Cuál en su estrecha cámara se esconde
Queriendo allí morir sin ver por dónde.

Oye de allí las voces y lamentos,
Los golpes, los turbiones, las grupadas
Que del vulturno y cierzo reforzadas
Confunden los distintos elementos;
En vano suenan lúgubres acentos,
Zalomas, alaridos, algaradas,
Pues no las oye el mar embravecido
En sí de su fragor ensordecido.

Túrbase ya el piloto y marineros;
No saben dónde irán ni dónde acudan;
Por ayudarse mas se desayudan;
Pasan atropellando pasajeros;
Los aires mas indómitos y fieros
De su teson un punto no se mudan,
Hinchando al mar con soplos presurosos
A echalle de su asiento poderosos.

Ni cabo ni filáciga parece,
Cordel, amarra, cable ni atadura;
La escota quiebra, rómpese la mura,
Timon, entena y mástil desfallece;
La luz con que el aguja resplandece,
No estaba en su bitácora segura,
Que todo lo volcaba y sacudia
El huracan furioso y travesía.

Creciendo va el temor, el viento carga
En la deshecha y rábida tormenta;
No hay mas que de la dulce vida cuenta,
Segun al ojo está la muerte amarga;
Ya gritan alijar, ya se descarga,
Ya Tétis queda rica y opulenta
Con mil presentes dados por soborno,
Mas ella da bramidos en retorno.

Ya va por las marítimas dehezas
En confusion y lástima volcando,
El dote que dió Lima al fuerte bando,
Mas rico que las dárdanas riquezas;
Blasones de mil célebres proezas
Se ven sobre las aguas ir nadando,
Con que se torna ya la mar insana
Una vistosa tienda y tarazana.

Parece desgarrarse el alto cielo,
Abrirse entre las olas el profundo,
Y la compuesta máquina del mundo
Deshecha derramarse por el suelo;
Sale con el escuro y negro velo
La blanca espumazon del mar fecundo,
Que echando mas centellas que una fragua,
En el Impíreo mete fuentes de agua.

Las jarcias con las gúmenas rechinan;
Cruge la tablazon y silba el viento;
Los mástiles se arrancan de su asiento,
Las gavias hechas arco al mar se inclinan;
Relámpagos y truenos desatinan,
Encuentros de agua privan del aliento;
Al fin, el orbe todo está en discordia,
Y nuestra gente á Dios misericordia.

¿Por qué, Neptuno, agora tanto enojo?
Por qué tu furia llega á tal extremo?
Pues guarte, no revientes, que lo temo,
O mueva tu preñez por solo antojo:
Aquí no va quien hizo ciego el ojo
Del cíclope tu hijo Polifemo,
Mas otro, que por dar á ciegos vista,
Tus muros quiso entrar á escala vista.

Y á tí, señor de la ínsula ventosa,
¿Qué bien de tanto mal se te acarrea?
¿Ofrécete otra ninfa Deiopea
La vengativa Juno por esposa?
Y tú del falso amor lasciva diosa,
A quien la Cipro en víctimas humea,
¿Quieres del sol, en otro sol vengarte,
Por lo que publicó de tí con Marte?

Y tú, revuelto mar, ¿desde la arena
Presumes ir en esta nao metido,
Quien Dios, por no le haber obedescido,
Tuvo depositado en la ballena?
Pues sabe que la nave no va llena
Sino de aquel mancebo esclarecido
Que de sujeto á Dios y al padre suyo,
Se vino á sujetar al furor tuyo.

No cuando Troya en fuego se tornaba,
Y la ciudad de Rómulo se ardia,
Ni cuando la violenta compañia
El un lugar y el otro saqueaba,
Tal confusion y estrépito sonaba,
Ni tanto daño y lástimas se via,
Ni allí su llama y saco, á lo que siento,
Causaron lo que aquí la mar y viento.

Grande es la refraccion, grande el rüido
Cuando los torbellinos procelosos
Sacuden gruesos árboles frondosos
En el opaco bosque entretejido;
Mucho alborota y saca de sentido
La vez que por lugares populosos
De noche un terremoto sobreviene,
Mas para comparallo corto viene.

No siento lengua humana que declare
La desigual borrasca rigurosa,
Ni en cuantas ví jamás he visto cosa
A que perfectamente se compare;
Mas si comparacion de fe bastare,
Y por comun acaso no es odiosa,
El infernal tormento solo alcanza
A ser de una una tormenta semejanza.

Porque el rebato, el tráfago, el rüido,
La priesa, confusion y gritería,
El pasmo, la congoja y agonía,
La pena deste daño y de sentido,
El mar furioso, el viento embravecido,
El cielo que de escuro no se vía,
Era figura al vivo trasladada
Del Orco negro y lóbrega morada.

En esto un cerro de agua levantado,
Que amenazando al cielo se venia,
Embiste al galeon de don García,
Cubriéndole del uno al otro lado;
Apenas, sumergido y anegado,
La punta de la gavia descubria;
Tragaron agua y muerte los de dentro,
Juzgando aquel por último recuentro.

Mas pasa al fin el golpe y trago acedo,
Y sale sacudiéndose la gente,
Al tiempo que otro monte mas potente
Le encara con mas ímpetu y denuedo;
Espérelo su nao que yo no puedo,
Por no tener costado suficiente
La rota navecilla de mi vena,
Menesterosa ya de dar carena.

CANTO IV.

Declara el fin que tuvo la tormenta, y cómo don García, llegado á la bahía de la Concepcion, toma puerto en la isla de Talcaguano, adonde está dos meses esperando los caballos, hasta que, constreñido de la necesidad, pasa á la Tierra firme, haciendo en ella un fuerte, en el cual, recogido con su gente, aguarda la que por tierra viene. En el ínter se junta contra él todo el infierno en consulta general, y de ella sale Megera á dar aviso á Caupolican de la oportunidad y buena coyuntura que tiene para dar sobre el nuevo fuerte y destruille, antes que le llegue el socorro que espera.

Ninguno por gastado que se sienta
Venda la saya verde á su esperanza,
Sabiendo que es la súbita mudanza
Manjar de que esta vida se sustenta;
No dude que tras ante de tormenta
Ha de servirse postre de bonanza,
Y menos del favor celeste dude,
Pues cuando todo falta, Dios acude.

En dar trabajos tiene tal estilo,
Que como esgremidor diestro y galano,
Al secutar el golpe da de llano,
O toca blandamente con el filo;
Y bien que alguna vez alargue el hilo,
Por donde el hombre cuelga de su mano,
Dejándole que estire de la hebra,
Pero jamás de parte suya quiebra.

Es la tribulacion, si bien se advierte,
Un disfrazado bien por mal tenido;
En vez de ser amado aborrecido;
Es vida en trage y hábito de muerte;
Es muestra para el ancho pecho fuerte,
Alarde para el flaco y encogido,
Es una enfermedad que no inficiona,
Mas donde la virtud se perficiona.

La roca de las ondas azotada
Predica la firmeza que sostiene,
Y á descubrirse limpio el grano viene
Cuando la rubia espiga está trillada;
La cítara del músico tocada
En alta voz pregona las que tiene,
Y si el trabajo duro al hombre toca,
Se ve su fortaleza mucha ó poca.

Así que adversidades y aflicciones
Son guerras donde el Rey del cielo envia
A los que de su bando y compañía
Procura dar enseñas y blasones;
Y destos ilustrísimos varones
Es uno el generoso don García,
Que cuanto mas el piélago le cubre,
Su levantado pecho se descubre.

Bien que lo siente á veces apretado
Con ver que la tormenta va creciendo,
Y el ánimo á los suyos falleciendo,
Que es lo que mas le aflije en tal estado;
Mas cuanto mas ceñido y estrechado,
Su corazon mas alto va subiendo,
Como la fuente á manos fabricada
Por atanor estrecho encaminada.

Su capitana enhiesta en lo mas alto
Taladra las estrellas con la punta;
Ya con el alto Júpiter se junta,
Ya con Pluton se pone en presto salto;
Cual águila, que azores dan asalto,
Ligera da una punta y otra punta,
Así tan rauda sube y rauda baja,
Tratándola los vientos como paja.

Sobre el estremecido camarote
Sereno y firme el jóven parecia
Diciendo al cielo: «Si es por culpa mia
Tan áspero castigo y duro azote,
Sin que, Señor, el mundo se alborote,
Ni muera esta inocente compañía,
Que solo va á plantar tu fe sagrada,
Descargue en mí la furia de tu espada.»

Mas cuando allá en lo hondo de su pecho
Al cielo desta suerte hablando estaba,
Aquel turbion, envuelto en ira brava
Se vino al vaso trémulo derecho;
Cerró con él en ímpetu deshecho,
Rompiendo con la fuerza que llevaba
La escota del trinquete verta y dura,
Con otro grueso cable de la mura.

No para en esto el golpe desmedido,
Que el rápido furor con que venia
Dejó sin el fiador que lo tenia,
Al puño del trinquete desasido;
El cual (suceso raro nunca oido)
Como sin órden suelto discurria,
Pasó por cima el ancla raudamente,
Trabando su tenaz y corvo diente.

Prestóle tal vaiven y fuerza el viento,
Que estando tan asida y amarrada,
Mas fácil que sortija á la pasada
Se la llevó arrancada de su asiento;
Y con arrebatado movimiento,
Ya de la vela el áncora colgada,
Por una y otra parte daña, ofende,
Quebranta, descoyunta, rompe, hiende.

Con ella Tramontana montantea,
Haciendo á cada vuelta calle y plaza;
Esgrímela Aquilon como una maza,
Que los maderos frágiles golpea;
El Abrego furioso la voltea,
Y cuanto encuentra parte y despedaza;
Bóreas la juega haciéndola que cimbre
Como delgado junco y flaca mimbre.

Cual anda la pelota sacudida
En rápido y recíproco meneo,
Saltando con furioso devaneo
De la pared y mano resurtida,
A fuerza del impulso rebatida
De bote, de cotin y de voleo,
De esta manera el áncora se andaba,
Haciendo buena chaza do llegaba.

No es fábula ni poética figura,
Ficion artificiosa ni ornamento,
Sino verdad patente, la que cuento,
Que es de lo que se precia mi escritura;
Y débese entender que tal hechura
No solamente fué del mar y viento,
Sino de aquel diabólico vestiglo
Que siempre nos persigue en este siglo.

Él por su mano el ancla desamarra
Y quiere hacer ya piezas el navío,
Mas Dios, que en el socorro no es tardío,
Con solo su querer le pone amarra,
Haciendo que la dura y corva garra,
Llevada por aquel ventoso brío,
Afierre del bauprés tenacemente
Perdiendo en él su furia delincuente.

Como el que estando ya para ahogarse
Con todos cuatro músculos batiendo,
Y en vano el agua líquida hiriendo
Sin esperanza casi de salvarse;
Si á dicha topa un ramo en que trabarse,
Sosiega el cuerpo mádido y tremendo;
Así fué nave y gente sosegada
Despues de vela y áncora trabada.

Con el dichoso caso repentino
Tan presto fué en salir el descontento
Y á entrarse por las almas el contento,
Que hubieron de chocar en el camino;
Y deste golpe atónita y sin tino
Estuvo nuestra gente en detrimento,
Hasta que vencedora la alegría
Del todo calentó la sangre fría.

Levanta el rostro al cielo soberano
El General, y en lágrimas deshecho,
Refiere á Dios las gracias de este hecho,
Reconociendo que era de su mano;
Y súbito, por mas que el mar insano
Entonces levantaba el ronco pecho,
Comienza con la vela ya tomada
A gobernar la nave quebrantada.

A la vecina costa dieron lado,
Que peñascosa y hórrida se via,
Y á orza enderezando recta via,
Se vuelven á su rumbo comenzado;
El enemigo viento mas airado
Y las preñadas ondas á porfía
De nuevo los combaten y contrastan,
Mas contra las de Dios ¿qué fuerzas bastan?

Que el jóven, á pesar de todo el resto,
Navega el de la noche tempestiva,
Luchando con el aire y agua esquiva,
Al ímpetu de entrambos contrapuesto;
Hasta que el manto lóbrego y funesto
Del hombro de la tierra se derriba
Y deja descubierto aquel tocado
De perlas y de aljófares cuajado.

Entonces, cuando el gárrulo grumete
Cantando saludaba el claro dia,
Se descubrió á los ojos la bahía
Que por la Concepcion sus aguas mete;
Cazaron luego á popa su trinquete
Con el debido gozo y alegría,
Y antes que el sol su luz hubiese abierto
Lanzaron las amarras en el puerto.

Surgió la rota armada en Talcaguano,
Isleta bien de sierras amparada,
De algunos pobres indios habitada,
De poco efecto en guerra y menos mano;
Adonde el espumoso mar insano,
Haciéndose una plácida ensenada,
A los navales huéspedes acoge
Sin que mareta ó viento los enoje.

Así como en la negra y dulce arena
El áncora hincó su duro diente,
Alzando mil albórbolas la gente
Se olvida del afan pasado y pena;
Mas antes que saltasen, les ordena
El cauto General cristianamente
Que como no los dañe el enemigo,
En todo se le haga trato amigo.

Con esto los bateles botan fuera,
Y dentro nuestros mílites metidos,
De las seguras armas prevenidos
Saltaron en la sólida ribera;
Adonde por una áspera ladera
Los bárbaros isleños recogidos
Bajaron de tropel con mano armada
A defender su tierra salteada.

Mas era, como dije, triste gente,
De escuro nombre y número pequeño,
De estrecho corazon, al fin isleño,
Adonde el miedo está seguramente;
Y así, no bien llegaron frente á frente
A ver de la contraria el duro ceño,
Cuando templado aquel orgullo y brio,
Quisieran verse léjos del navío.

Pues como el escuadron llegase al puerto,
Do estaba nuestra gente recogida,
En el primer furor y arremetida
Cayó de un arcabuz un indio muerto;
En viéndolo, sin órden, sin concierto
Los otros se pusieron en huida,
Dejando á su despecho libre el paso,
En fe de su temor y pecho escaso.

Verdad es que en el tiempo de la bruma
Están los moradores de la tierra
Tan torpes para el uso de la guerra
Como para volar mojada pluma;
Y como no se entienda ó se presuma
Ser interés crecido el que se encierra
En dar asalto entonces ó batalla,
Jamás se moverán de ivierno á dalla.

A tal sazon los bárbaros sosiegan
En su galpon de paja ó rudo rancho,
Do arriman la macana y el rodancho,
Y al elemento cálido se llegan;
Los vibradores arcos, de que juegan,
Ahorcan de la estaca ó medio gancho,
Hasta que viene el tiempo del estío,
Con que entran en calor, esfuerzo y brío.

Los nuestros, en habiendo derramado
Aquella amedrentada compañía,
Sacando de las naves lo que habia,
Si alguna cosa el mar habia dejado,
En fuerte puesto y sitio acomodado
Plantaron la tremenda artillería,
Haciendo el General que se soltase
Para que el indio, oyéndola, temblase.

Mas los de Talcaguano, como vieron
La bélica nacion allí venida,
Apercibieron luego su partida
En góndolas y balsas que tuvieron;
Sus hijos y mujeres los siguieron,
Dejando soterrada la comida,
Y las desiertas chozas y moradas,
Ya de los proprios dueños saqueadas.

Algunos que en el pobre alojamiento
Nuestros exploradores alcanzaron,
En españoles pechos extrañaron
El blando y amigable tratamiento;
Venidos ante el grave acatamiento
Del nuevo Apó, que atónitos miraron,
Les dió comida, ropa y otros dones,
Moviéndolos con obras y razones.

La cifra dellas fué certificallos
Que solo era su blanco y su motivo
Hacer que conociesen un Dios vivo
Que quiso con su sangre rescatallos,
Y que se confesasen por vasallos,
Con someter al yugo el cuello altivo,
Del sacro don Felipe sin segundo,
Monarca universal de todo el mundo.

Mostróles por el título y derecho
Que los cristianos esto pretendian,
En especial de aquellos que se habian
Apóstatas, despues de fieles, hecho;
Propúsoles el público provecho
Que dando al Rey la paz, recibirian,
Con los terribles daños que en su tierra
Causaba el uso fierro de la guerra.

Añade al fin que en nombre y en persona
Del solo invicto rey de los hispanos,
Si mas no toman armas en las manos,
Por las tomadas antes les perdona;
Mas que si, despreciando su corona,
Hicieren cruda guerra á los cristianos,
Se les habrá de hacer á sangre y fuego,
Sin dárseles minuto de sosiego.

Despáchalos con esto libremente,
Enviándolos en paz enriquescidos,
Y dello, al parecer, agradescidos,
Mas iba lo secreto diferente;
Los nuestros en el sitio competente
Al tiempo criminoso prevenidos,
Temiendo su rigor y sus ofensas,
Levantan ya reparos y defensas.

Quién, el desierto albergue trastornando
En término mas breve que de un hora,
Cargado vuelve y crespo de totora
Do están las camaradas aguardando;
Quién con la verde juncia rumorando,
Quién con la seca paja cortadora (7),
Quién por allá, cubierto de carrizo,
Mas erizado asoma que un erizo.

Al talle que en aquel festivo dia
De palmas y de olivas coronado,
Cuando en Jerusalen á Cristo entrado
Celebra su romana iglesia pia,
Hierve el menudo pueblo por la via
Habiendo el bosque y selva despojado,
Y á costa suya espesos y ramosos
Al templo van en trulla presurosos;

Así los españoles van y vienen
Envueltos en aristas y bullicio,
Haciendo de albañiles el oficio,
Ya que los materiales juntos tienen;
Otros, que nada en esto se detienen,
Por ser de tienda ó toldo su servicio,
Se ocupan en lo que es mas ordinario,
Sacando el aparejo necesario.

Cuál hiere el pedernal fogoso y duro,
Apacentando el fuego entre la yesca,
Cuál por coger del agua dulce y fresca,
Da la celada al claro arroyo puro;
Cuál, de la aguda hambre mal seguro,
El avecilla caza, el pece pesca;
Quién tuesta el trigo, quién el maíz confita
Y los agudos dientes ejercita.

Lo mas de su corpóreo nutrimento
Es húmida semilla mareada,
Del bravo mar apenas perdonada,
Por no la haber tenido á mano el viento.
Tan poco fértil es aquel asiento
Y avaro en sí, que no hay sacalle nada
Que sirva de refresco á la comida,
Añeja, y aunque poca, desabrida.

No solo tiene falta de frutales
Adonde la silvestre fruta crece,
Mas aun de los estériles carece,
Ora plantados, ora naturales;
Ni allí se ven humildes matorrales,
Ni yerba levantada se parece,
Sino tan raso todo á la redonda,
Que no hay adonde un pájaro se esconda.

Es infecundo el sitio de manera,
Que Chile puede bien llamarle ajeno,
Y si es lugar legítimo chileno,
De su prosapia fértil degenera;
Adonde no hay quebrada ni ribera
En que Faviono y Céfiro sereno
Parleras aves, árboles y fuentes
No tengan como en éxtasis las gentes.

Sola esta parte fué sin hermosura,
Porque faicion no tiene que lo sea,
Mas siempre oí decir que á la mas fea
Le tiene Dios guardada su ventura;
Pues el de seso y no de edad madura
La quiere, la visita, la pasea,
Y mereció de todo aquel asiento
Ser la primera en dalle alojamiento.

Aunque ella, de este bien desconocida,
Como le tiene en casa, lo desdeña,
Mostrándosele esquiva y zahareña,
Seca, enfadosa, libre y sacudida;
Quiero decir cuán dura es la acogida,
Pues no produce aun género de leña,
Que es falta grande, es un trabajo eterno,
Y mas en la sazon del crudo ivierno.

Mas como casi nunca en lo que hace
Naturaleza próvida cojea,
Y no hay necesidad que no provea
Por el camino y modo que le place
La falta de la leña satisface
Con otra (¿quién habrá que me lo crea?)
Tan exquisita, rara y peregrina,
Que no sé yo si Plinio la imagina.

Hallóse toda la ínsula sembrada
En copia tal, cardúmen y caterva,
Que en abundancia frisa con la yerba,
De un género de piedra encarrujada;
La cual una con otra golpeada
Produce vivo fuego, y lo conserva,
Sin que se mate en mas de medio dia,
Que tanto tiempo en sí lo ceba y cria.

Con estos pues, mejor que en fina brasa
De pacayáles (8) trozos procedida,
Guisaba nuestra gente la comida
Mal sana, mal sabrosa y bien escasa;
Mas todo este trabajo sufre y pasa,
Y la brumal crudeza desmedida,
Con ver que yendo en todos por delante
Les muestra el jóven ledo su semblante.

En pruebas y ejercicios de la guerra
Los habilita, ocupa y entretiene,
Por engañar al tiempo mientras viene
El esperado ejército por tierra;
El cual, por el rigor que el cielo encierra,
Ya fuera de lo justo se detiene,
Mas caminar tres leguas cada dia
A todo reventar no se podia.

Los rios, de sus madres arrancados,
Sus espaciosas márgenes bañaban,
Y arrebatadamente se llevaban
Los gruesos troncos y árboles copados;
Por lodos y caminos esponjados
Las entumidas bestias atascaban,
Lo cual era disculpa conocida
Para la dilacion de su venida.

Dos meses don Hurtado los aguarda,
Sufriendo la escaseza deste asiento,
Y al inclemente cielo turbulento
Envuelto en su aguadera escura y parda;
Mas viendo lo que el fido campo tarda,
Y que le va faltando bastimento,
Pasar á tierra firme determina,
Dejando aquella insólida y mezquina,

Para que estando mas la tierra adentro
Pudiese dar favor al bando amigo,
Si acaso con el bárbaro enemigo
Tuviese en el camino algun rencuentro;
Y devisar el ánimo y el centro,
Poniéndose á la mira, como digo,
De lo que se tratase en el senado,
Que esto le daba entonces mas cuidado.

Con este fin se embarca y toma tierra,
En fe de una cerrada noche obscura,
Y de su clara y próspera ventura,
En el riñon y fuerza de la guerra;
Ciento y ochenta el bando suyo encierra,
Y con tan poca gente se aventura
A acometer empresa no esperada
Ni menos que difícil arriscada.

Fué digna de su pecho tal hazaña
Y de que se eternice entre la gente,
Entrarse sin caballos libremente
Hollando al enemigo la campaña;
Mas el valor, que siempre le acompaña,
En corazon tan ancho no consiente
Verse recluso agora y estrechado,
Y siendo el propio mar estarse aislado.

La exhalacion del rayo, que encendida
No cabe en el angosto y pardo seno,
Le rompe al fin, y sale con el trueno
Tras una rauda furia desmedida;
Así, por no venir á la medida
Del jóven el marítimo terreno,
Vino á romper con él dificultades,
Tronando hasta las últimas edades.

Pues no bien asentó en el suelo duro
Los piés, que ya volaron de la barca,
Cuando la tierra atentamente marca
Buscando sitio adonde alzar un muro;
Hallóle á su propósito seguro,
Y aun el mejor de toda la comarca,
Adonde quiso luego hacer el fuerte
Para esperar en él su buena suerte.

Sobre una verde loma, en cuya cumbre
Se forma una tendida mesa llana,
Que con el agua plácida y humana
Aconsejando está su pesadumbre;
Antes que difundiera el sol su lumbre
Al fresco despuntar de la mañana,
Amaneció subido nuestro bando
Con árboles la cima coronando.

Por una parte el mar con su hondura
La tiene defendida y amparada,
Por otra el ser altísima y peinada
La fortifica, guarda y asegura;
Y por la que se muestra mal segura,
Se hace un ancho foso y albarrada
De terraplen tupida por de dentro,
Que pueda rebatir un duro encuentro.

Por los robustos jóvenes reparte
El general cuidoso las tareas,
Con que ya van creciendo las trincheas,
Y suben la barrera y baluarte;
Sirviéronle al mancebo en esta parte
Sus argentadas fuentes de bateas
Para sacar la tierra de la cava:
Tan poco la cudicia le empachaba.

Unos el cerro sólido barrenan
A fuerza de las puntas aguzadas,
Otros de gruesas vigas mal doladas
Los huecos y capaces hoyos llenan;
Otros los bosques lóbregos atruenan
Con el pesado son de las espadas,
Cortando de los árboles espesos
La trama de fagina y troncos gruesos.

Al fuerte llevan ramas, trozos, vigas,
Siendo mejor la carga en los mejores,
Cual van los encolmados segadores
A la era con las fértiles espigas;
O bien como las próvidas hormigas
Con granos mucho mas que ellas mayores,
Van por carriles negros y senderos
Marchando en escuadron á sus graneros.

El vigilante Apó no estaba ocioso,
Que agora ya los suyos animando,
Agora ya con ellos trabajando,
No le vagaba punto de reposo;
Y viéndole solícito y cuidoso,
Se daba tanta priesa el fuerte bando,
Que no gozó otra vez del alborada
Sin acabar la cerca y albarrada.

En siendo pues del todo levantado
El basto muro y sólida barrera,
Arbolan de Filipo la bandera,
A vista y á despecho del estado;
El prevenido jóven don Hurtado,
Que como tenga tiempo, no lo espera,
Hace plantar seis piezas de campaña
En el mejor lugar de la montaña;

Adonde con su gente recogido,
A sombra de su muro y honda cava,
Por horas los caballos aguardaba,
Y cada punto al bárbaro atrevido;
Y así para el asalto apercebido,
Sin padecer descuido siempre estaba,
Ni perdonar trabajo que viniese,
Por desmedido y áspero que fuese.

No estaba allá en su muro tiberino
El bello Julio Ascanio tan alerta,
Mil veces asomándose á la puerta
Cuando el gallardo Turno sobre él vino;
Ni el ver que tarda el padre en su camino
Le solicita tanto y le despierta,
Como al caudillo ilustre en este asiento,
Do no refrena un punto el pensamiento.

Pues déle rienda y corra, que entre tanto,
Si su favor esfuerzo me concede,
Me importa declarar lo que sucede
Allá en el tribunal de Radamanto.
Sintiendo mucho el reino del espanto
El ver de la manera que procede
Tan en su daño el recto jóven fuerte,
Intenta remediarse desta suerte.

El azufrado Rey del hondo averno
Mandó juntar en lóbrego concilio
A los que le juraron domicilio,
Y están al disponer de su gobierno,
Para que contra el justo mozo tierno
Al bárbaro se dé favor y auxilio,
Haciendo su poder, porque le venza,
Y saque al Orco triste de vergüenza.

Manda que dé un baladro el Cancerbero,
Y al son de aquella horrísona bocina,
Viene la tropa réproba y mezquina,
Volando cada cual por ser primero;
Apriesa rema el sórdido barquero,
Dejando gran concurso á la marina,
Que pide á sordos gritos el pasaje
Del infeliz y mísero estalaje.

Entró la yerta barba rebujada,
Cerdoso, inculto y hórrido el cabello,
Lanzando humo azul por el resuello,
Perfume de la fétida morada,
Su vil persona trémula y gibada,
Metido entre los hombros todo el cuello,
Y el remo por el uno atravesado
De gruesa y verde lama embanderado.

Entró con su peñasco ponderoso
Aquel parlero Sisifo rodando,
Y esotro con su rueda volteando,
Por ser ingrato á Jove poderoso;
Entró el jayan de amor libidinoso
Al buitre con el hígado cebando,
Y el filicida Tántalo avariento
En medio del Erídano sediento.

Vino tambien deshecha en triste llanto
Aquella que por ser mirada presto
Contra la condicion y pacto puesto,
El galardon perdió del dulce canto;
Y aquel que aborreció la Juno tanto,
Siendo no mas de envidia causa de esto,
Que trastornado el seso y el sentido
En forma de leon su prole vido.

Vino Demomorgon, famoso mago,
Autor de las fantasmas y visiones,
Y el adalid insigne de ladrones,
A quien Alcides dió su justo pago;
Salieron del humoso y turbio lago
Cercado de diabólicas legiones,
La dama de Jason y la del toro,
Con el que sus manjares eran oro.

Y vos tambien, frenético Tereo,
Cruel estuprador de Filomena,
Que en la virgínea miel de su colmena
Hartastes como zángano el deseo,
Manifestando el crímen torpe y feo,
Culpa merecedora de otra pena,
Bajastes convertido en abubilla
A vueltas de la pésima cuadrilla.

Tampoco tú del cónclave faltaste,
Incestüosa hija de Cinira,
Que con cautela pérfida y mentira
La cama paternal contaminaste;
Ni tú, que á los troyanos engañaste
Templando con tus lástimas su ira,
Ni tú, que por llegar á ver la fuente,
Viste ganchosos cuernos en tu frente.

El bando de las Bélides se muestra,
Que por haber al padre obedecido,
Cada una dió la muerte á su marido,
Excepto aquella célebre Hipermestra;
De su delito vienen dando muestra,
Y de la pena y daño merecido,
Que es agotar el agua á Lete hondo,
Sacándola en un cántaro sin fondo.

Tambien las tres Euménides furiosas,
Que de la noche fueron engendradas,
De tábidas culebras enlazadas,
Entraron iracundas y rabiosas;
Y aquellas tres Gorgónides hermosas
De víboras mortales coronadas,
Que en esto se tornaron sus cabellos,
Despues que se prendó Neptuno dellos.

Entraron Elo, Ocípite y Celeno,
A quien brotó la tierra y ondas frías,
Aquellas tres famélicas harpías,
Tan ávidas y amigas de lo ajeno,
Las que jamás se ven el vientre lleno,
Ni el pico y uñas pálidas vacías,
Entrando á su pesar tambien con ellas
El ciego perseguido tanto dellas.

No dejan de venir tras esta tropa
Los tres que el reino juzgan del espanto,
El corvo Eaco, Minos, Radamanto,
Hijo del alto Júpiter y Europa,
La que dejó, embarcándose, por popa
La tierra de Fenicia, y pudo tanto,
Que de su claro nombre sin segundo
Le tiene la mejor parte del mundo.

Las que lo llevan todo por el filo,
De donde inexorables se dijeron,
Las últimas de todos acudieron
Con proceder severo y grave estilo;
Cloto la rueca, Láquesis el hilo,
Y las tiseras Atropos trujeron,
Blasones de la muerte endurecida,
Ganados tan á costa de la vida.

Pues estos que es la gente mas de cuenta
Por criminales hechos afamados,
Ocurren al rector de los dañados
A ver lo que de nuevo le atormenta;
Con otra multitud que no se cuenta,
Que por diversas culpas y pecados
Ocupan calabozos diferentes,
En el batir eterno de los dientes.

Entrado el infernal ayuntamiento
Al cavernoso báratro quemado,
Y cada cual en órden asentado,
Si alguno puede haber en tal asiento;
El negro Rey del triste alojamiento
Sobre un sitial ardiente levantado,
Con duro aspecto y voz horrible y fiera
Del pecho la arrancó desta manera:

«Si con haberos visto no templara
Esta rabiosa llama de mi pecho,
Con que le siento ya ceniza hecho,
No sé, con ser Pluton, si reventara;
O si por mano vuestra no esperara
Quedar de quien me agravia satisfecho,
En el humoso Lete me hundiera,
De donde para siempre no saliera.

»Ya veis cómo este próspero mancebo
En su gobierno va por tal camino,
Que, ó yo seré malísimo adevino,
O él será el estrago del Erebo;
Pues ultra de que al fin es el renuevo
De aquel fecundo tronco Mendocino,
Le presta Dios auxilios eficaces,
Y mueve sus ejércitos y haces.

»No sé por dónde pueda ser entrado,
Pues no hay en él resquicio ni repelo,
Ni agalla en que se trabe aquel anzuelo,
Que á sus antecesores han trabado;
Porque del cebo en que ellos han picado,
Que es el metal del fértil indo suelo,
Tiene tan apartado el apetito,
Que no hay por él cogelle en el garlito.

»Y si con ambicion le hacemos guerra,
O le quereis llevar por injusticia,
Ya veis con la equidad y la justicia
Que echó los ambiciosos de la tierra;
Pues presuncion mirad si en él se encierra
O si soberbia alguna el alma envicia
Del cuerpo, que se ajusta con el suelo,
Por el que se disfraza en blanco velo.

»Pues ya si por deleites sensuales
Quisiésemos entralle blandamente,
¿No vistes cuál huyó tan cautamente
Del Mapochó vicioso los umbrales?
Colijo, á mi pesar, destas señales,
Que no se lo estorbando prestamente,
Reducirá de suerte á todo Chile,
Que mi corona y cetro se aniquile.

»Por esto en viva rabia estoy deshecho,
Y lo que hace mas que me deshaga
Es ver que un mozo agora en cierne haga
Lo que granados viejos nunca han hecho.
Esta es la llama ardiente que en mi pecho
Con todo el lago Estigio no se apaga,
Y la que, como lámpara, se cria
A costa desta negra sangre mia.

»¿Quién de vosotros hay que no la tenga
Ya presa en lo interior de las entrañas,
Y allí, como en aristas y espadañas,
No la dilate, cebe y entretenga?
Decidme, ¿será bien que ahora venga
A derribar por tierra las hazañas
De todos los que estáis en el profundo
Uno que apenas ha salido al mundo?

»¿Cómo que ya, soberbio bando escuro,
El fuego, que me enciende, no os encienda?
¿Cómo podréis sufrir que el orbe entienda
Que os postra y supedita un hombre puro?
Por toda la infernal potencia juro,
Canalla infame, lóbrega y horrenda,
Si no poneis silencio en mi cuidado,
De abrir á Febo el cóncavo cerrado.

»No se me esconde á mí que es imposible
Llevar al cauto jóven por engaños,
Mas han de remediarse nuestros daños,
Por el camino y término posible;
Porque es dolor intrínsico y terrible
Que lo que vuestro ha sido tantos años,
Lo tiranice agora el firmamento,
Alzándose con todo mi ornamento.

»De mí sabeis, tartáreas potestades,
Si en perseguille mínima he faltado,
Pues yo en el fluctüoso mar salado
Le removí tan bravas tempestades;
Yo provoqué las húmidas deidades,
Haciéndole poner en tal estado,
Que ya tuviera yo seguro el mio,
Si un ángel no librara su navío.

»Mas ya que le sacó su buena suerte
Y la infelice vuestra de mis manos,
Con tal que de los piés andeis hermanos,
Agora es cosa fácil darle muerte;
En tierra firme tiene un flaco fuerte,
Do con pequeña parte de cristianos,
A pié, con hambre y sed está recluso,
Atribulado, tímido y confuso.

»Importa que se dé el aviso desto
Al hijo de Leocan en todo caso,
Para que con su gente á largo paso
Sobre el reciente muro venga presto;
Primero que, segun el órden puesto,
Llegue, para sacalle á campo raso,
El tercio, que por tierra veis que marcha,
Cubierto de carámbano y escarcha.

»Y si Caupolican remiso fuere
En acudir él propio al estacado,
Por le tener agora encadenado
El blando amor de Fresia, por quien muere,
Dirásele que al menos se requiere
Enviar allá la fuerza del Estado,
Para que mas seguro tenga el hecho
Y vuestro escuro príncipe su pecho.

»Pues alto, sus, escuadra tenebrosa,
¿Qué me detengo mas? ¿En qué me alargo?
¿Quién hay entre vosotros que á su cargo
Quiera tomar empresa tan honrosa?
¿Qué corazon, oyéndome, reposa?
¿A cuál no se le hace el tiempo largo
Para tomar por todos la demanda
Cuando no mire mas que á quien lo manda?

»¿Quién rabia ya por ir con fiera mano
Sembrando con mortífero veneno
Por ese campo indómito chileno
Y embraveciendo el ánimo araucano?
Quién muere por meter al indio insano
Mil cóleras y furias en el seno?
Quién arde por llover en sus estanzas
Discordias, iras, odios y venganzas?»

Así les habla el Padre del Abismo,
Y luego aquella infausta compañía
Promete en sordas voces á porfía
De revolverle todo el barbarismo;
Cada uno se le ofrece por sí mismo,
Mas él, que bien á todos conocia,
Solo escogió á Megera, furia brava,
Que sola para mucho mas bastaba.

Salió de allá por un respiradero
Cubierta de mil áspides la dama,
Y envuelta en humo azul y rubia llama,
Con paso mas que rápido y ligero;
Consiéntela salir el Cancerbero,
Aunque de oler el huelgo que derrama
Arroja regañados estornudos,
Abriendo boquerones colmilludos.

Desembocó la furia ponzoñosa,
Sus alas de serpiente sacudiendo
Con áspero, confuso y ronco estruendo,
Solicita en su cargo y cuidadosa;
Pasada pues la cárcel tenebrosa,
Y al aire con su vista escureciendo,
Enderezó su vuelo sordo y vano
En busca del infiel Caupolicano.

Devísale de léjos, y al momento
Transforma aquella hórrida figura
En falsa y aparente hermosura
Para poner en práctica su intento;
Mas yo, que de la casa del tormento
Acabó de salir por gran ventura,
Es bien que á descansar me pare un tanto,
Pues no es como el de Sísifo mi canto.

CANTO V.

Recréanse Caupolican y su querida Fresia en una floresta, adonde habiendo pasado amorosas razones, se entran á bañar en una fuente. Llega Megera con su embajada, y efectuado su intento, se vuelve á los abismos. Vienen veinte mil indios sobre el nuevo muro de Penco, donde se comienza el asalto con mucho furor y sangre de ambas partes.

Jamás al justo faltan enemigos,
Ni la virtud sin émulos estuvo,
Que, como el Unigénito los tuvo,
Es fuerza que los tengan sus amigos;
Comprueban esto el mundo de testigos,
Pues hay agora, y siempre así los hubo,
Para uno solo bueno muchos malos,
Un Curio y mas de mil Sardanapálos.

Y que los haya es cosa conveniente,
Pues hacen á los buenos recatados,
Y siendo por los ímpios apurados,
Descubren su pureza claramente;
Que nunca el sol se ve tan refulgente
Como cuando le cercan los nublados,
Ni mas alegre está la bella rosa
Que cerca de la espina escrupulosa.

El malo está sirviendo al bueno de ayo
Para que nunca en él descuidos haya,
Ni pase al mal un punto de la raya,
Mas tras el bien se arroje como un rayo;
En flores de virtud le torna un mayo,
Y en todo mas compuesto que una maya,
Esle acicate agudo en lo que es bueno,
Y para lo contrario duro freno.

Mal puede un hombre ser del todo justo
Si no le ciñe de uno y otro lado,
Trayéndole medido y ajustado
Con sus contradiciones el injusto;
Jamás al pié vendrá el calzado justo,
Si no viniere estrecho y apretado,
Ni el bueno lo es del todo, como digo,
Si no le está apretando el enemigo.

Por tanto, desengáñese el cristiano,
Y téngase por dicho, si lo fuere,
Que no le faltarán, mientras viviere,
Opuestos que le carguen bien la mano;
Y cuando no los tenga en pecho humano
Si tan feliz estrella le corriere,
Habrálos de tener en el infierno
Como los tiene agora el jóven tierno.

En cuyo daño vimos que Megera
Dejó la negra bóveda volando,
Y al general de léjos devisando,
Cambió para su fin la forma fiera;
Llegado por zénit entonces era
El tiempo, la sazon y punto cuando
A la cabeza el sol su rayo tira,
Y á nuestros piés la sombra se retira.

A Eton, Flegono y Pirois encalmados
El Cintio dios latónico tenia,
Y con el gran calor del mediodía
De gruesa y blanca espuma encubertados;
La fuerza de sus átomos dorados
A la del tiempo estivo parecia,
Poniendo al cuerpo estímulos y gana
De dar consigo en frígida fontana.

Estaba á la sazon Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do, por gozar el sol en su frescura,
Se vino con su palla mano á mano;
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura,
Que allí las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el setiembre frio,
Nunca el templado abril estuvo fuera,
Allí no falta verde primavera
Ni asoma crudo invierno y seco estío.
Allí, por el sereno y manso rio,
Como por trasparente vedrïera,
Las náyades están á su contento
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,
Que, por colar allí su luz febea,
Con los tejidos árboles pelea,
Que al agua están, mirándose, mirando;
Tal vez de ver que el viento respirando
A los hojosos ramos lisonjea,
Tal vez de que los dulces ruiseñores
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,
Que van á dar al cielo con las frentes
Y al suelo con sus fértiles vertientes,
La deleitosa vera está fundada;
¡Oh quién tuviera pluma tan cortada
Y versos tan medidos y corrientes,
Que hicieran el vestido deste valle,
Cortado á la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de yerba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado;
Aquí veréis la rosa de encarnado
Allí al clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando
Los dos Favonio y Céfiro las vuelven,
Y ellas, en pago desto, los envuelven
Del suave olor que están de sí lanzando;
Entre ellas las abejas susurrando,
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
Ya de jacinto, ya de croco y clicie,
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinüoso,
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoroso
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,
El sauco, el fresno, el nardo el ciparisso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero paraíso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al tiple de las aves.

Tambien se ve la hiedra enamorada,
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha haya levantada;
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas
Las driadas, oréades, napéas,
Y otras ignotas mil silvestres deas,
De sátiros y faunos perseguidas;
En álamos Lampecies convertidas,
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,
Que son, por conocerse tan hermosas,
Selváticas, esquivas, desdeñosas.

Por los frondosos débiles ramillos
Que con el blando céfiro bracean,
En acordada música gorgean
Mil coros de esmaltados pajarillos;
Cuyos acentos dobles y sencillos
Sus puntos y sus cláusulas recrean
De tal manera el ánima que atiende,
Que se arrebata, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera
Veréis al blanco cisne paseando,
Y alguna vez en dulce voz mostrando
Haberse ya llegado la postrera;
Sublimes por el agua el cuerpo fuera,
Veréis á los patillos ir nadando,
Y cuando se os esconden y escabullen,
¡Qué léjos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,
Ya pasa el gamo tímido y ligero,
Ya corren la corcilla y el venado;
Ya se atraviesa el tigre variado,
Ya penden sobre algun despeñadero
Las saltadoras cabras montesinas
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos
Por la frisada, tosca y dura peña
En fugitivo golpe se despeña,
Llevándose de paso los oidos;
En medio de los árboles floridos
Y crespos de la hojosa y verde greña,
Enfrena el curso oblicuo y espumoso,
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y trasparente
Las guijas y pizarras de la arena,
Sin recebir la vista mucha pena,
Se pueden numerar distintamente;
Los árboles se ven tan claramente
En la materia líquida y serena,
Que no sabréis cuál es la rama viva,
Si la que está debajo ó la de arriba.

Titan, al tramontarse, lo saluda,
Tornando sus arenas de oro fino,
Y para descansar de su camino
No tiene otro lugar adonde acuda;
La verde yerba nace tan menuda
Orillas del estero cristalino,
Y toda tan igual por donde quiera,
Como si la cortaran con tisera.

Aquí ninguna especie de ganado
Fué digna de estampar su ruda huella,
Ni se podrá alabar de que con ella
Dejase su esplendor contaminado;
Tan solamente el niño Dios alado
En esta parte vive y goza della,
Y esparce tiernamente por las flores
Alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso
Con Fresia, como dije, sesteaba,
Y sus pasados lances le acordaba
Por tierno estilo y término amoroso:
No estaba de la guerra cuidadoso,
Ni cosa por su cargo se le daba,
Porque do está el amor apoderado,
Apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca;
La ociosidad por otra le convida
Para comunicar á su querida
Palabra, mano, pecho, rostro y boca,
Y al regalado son que amor le toca,
Le canta: «Dulce gloria, dulce vida,
¿Quién goza como yo de bien tan alto
Sin pena ni temor ni sobresalto?

»¿Hay gloria ó puede habella que se iguale
Con esta que resulta de tu vista?
Hay pecho tan de nieve que resista
Al fuego y resplandor que della sale?
¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale
Del universo mundo la conquista,
Respeto de lo que es haberla hecho
Al muro inexpugnable de tu pecho?

»¡Dichosos los peligros desiguales
En que por tí me puse, amores mios!
Dichosos tus desdenes y desvíos,
Dichosos todos estos y otros males;
Pues ya se han reducido á bienes tales,
Que entre estos altos álamos sombríos,
Tu libre cuello rindas á mis brazos
Y á tan estrechos vínculos y abrazos.»—

«¡Ay! Fresia le responde, dueño amado,
Y como no es de amor perfecto y puro
Hallarse en el contento tan seguro,
Sin pena, sin temor y sin cuidado;
Pues nunca tras el dulce y tierno estado
Se deja de seguir el agro y duro,
Ni viene el bien, si vez alguna vino,
Sin que le ataje el mal en el camino.

»De mí te sé decir, mi caro esposo
(No sé si es condicion de las mujeres),
Que en medio de estos gustos y placeres
Se siente acá mi pecho sospechoso;
Mas siempre del amor huye el reposo,
O al menos está preso de alfileres,
Que en la labor de un pecho enamorado
Siempre es el sobrestante su cuidado.»

Caupolican replica: «¿Quién es parte,
Por mas que se nos muestre el hado esquivo,
Para que desta gloria que recibo
Y deste bien tan próspero me aparte?
No hay para qué, señora, recelarte,
Que en esto habrá mudanza mientras vivo,
Y pues que estoy seguro yo de muerte,
Estarlo puedes tú de mala suerte.

»Sacude pues del pecho esos temores,
Que sin razon agora te saltean,
Y no te dé ninguno de que sean
Menos de lo que son nuestros amores.»
Con esto se levantan de las flores,
Y alegres por el prado se pasean,
Aunque ella, no del todo enajenado
Su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente,
Que los está llamando su frescura,
Y Apolo que tambien los apresura,
Por se mostrar entonces mas ardiente;
El hijo de Leocán gallardamente
Descubre la corpórea compostura,
Espalda y pechos anchos, muslo grueso,
Proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja,
La cual con alboroto encanecido,
Al recebirle forma aquel rüido
Que el árbol sacudiéndole la hoja;
El cuerpo en un instante se remoja,
Y esgrime el brazo y músculo fornido,
Supliendo con el arte y su destreza
El peso que le dió naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,
Y sola no se puede sufrir tanto,
Con ademan airoso lanza el manto
Y la delgada túnica desprende;
Las mismas aguas frígidas enciende;
Al ofuscado bosque pone espanto,
Y Febo de propósito se para
Para gozar mejor su vista rara.

Abrásase, mirándola dudoso,
Si fuese Dafne en lauro convertida,
De nuevo al sér humano reducida,
Segun se siente della cudicioso;
Descúbrese un alegre objeto hermoso,
Bastante causador de muerte y vida,
Que el monte y valle, viéndolo se ufana,
Creyendo que despunta la mañana,

Es el cabello liso y ondeado,
Su frente, cuello y mano son de nieve,
Su boca de rubí, graciosa y breve,
La vista garza, el pecho relevado;
De torno el brazo, el vientre jaspeado
Coluna á quien el Páro parias debe,
Su tierno y albo pié por la verdura
Al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,
Huyendo de miralla, con aviso
De no morir la muerte que Narciso,
Si dentro la figura propia viera;
Mostrósele la fuente placentera,
Poniéndose en el temple que ella quiso,
Y aun dicen que de gozo al recebilla
Se adelantó del término y orilla.

Va zabullendo el cuerpo sumergido,
Que muestra por debajo el agua pura
Del cándido alabastro la blancura,
Si tiene sobre sí cristal bruñido;
Hasta que da en los piés de su querido,
Adonde con el agua á la cintura,
Se enhiesta sacudiéndose el cabello
Y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos antes bellos que velludos,
Ya que se les prohibe el penetrarse,
Procuran lo que pueden estrecharse
Con reciprocacion de ciegos ñudos;
No están allá los Géminis desnudos
Con tan fogosas ansias de juntarse,
Ni Sálmacis con Troco el zahareño,
A quien por verse dueña amó por dueño.

Alguna vez el ñudo se desata,
Y ella se finge esquiva y se escabulle,
Mas el galan, siguiéndola, zabulle,
Y por el pié nevado la arrebata;
El agua salta arriba vuelta en plata,
Y abajo la menuda arena bulle;
La tórtola envidiosa que los mira,
Mas triste por su pájaro suspira.

Estando en esto el uno y otro amante,
Linfáticos haciendo ya del agua
A costa del amor chisposa fragua,
Que á tanto suele ser amor bastante;
Se les presenta súbito delante,
Con que el presente gusto se les agua,
La disfrazada furia de Megera,
Hablando al general desta manera:

«No es tiempo agora, príncipe araucano,
De darte á pasatiempos y placeres
Ni de rendirte al pié de las mujeres,
Pendiendo todo el reino de tu mano;
¿No ves el nuevo ejército cristiano,
Que, sin respeto alguno de quien eres,
Su huella imprime ya en la tierra tuya,
Con vana presuncion de hacerla suya?»

Quedó Caupolican alborotado,
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado;
El la miraba atónito y pasmado
Sin que decir pudiese alguna cosa,
Y ella entre sí, mirándole decia:
«¡Esto era lo que tanto yo temia!»

La furia, como tiempo ve oportuno,
De las que á mano están sobre la frente,
Dos víboras arranca prestamente,
Llenas de mas que tósigo importuno,
Y escóndeles la suya á cada uno,
Que sin acuerdo están del accidente,
Allá en lo mas intrínseco del seno,
Do siembren su mortífero veneno.

Deslízanse revueltas por los pechos,
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rabias y despechos;
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya del veneno hinchándose, revientan.

Megera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: «Torna en tí, Caupolicano,
Que ser señor del mundo está en tu mano,
Si sabes acudir con pasos prestos;
Sabrás que cien cristianos descompuestos,
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Penco un flaco muro,
Donde los tiene un jóven mal seguro.

»Partióse del Pirú con vano intento
De ser la confusion de tu reinado,
Y con desprecio loco del Estado
Ha fabricado á vista dél su asiento;
Importa que, dejando atrás el viento,
Vayas á que te pague de contado
Su temerario y frívolo designo,
Ya de tu indignacion y enojo digno.

»Pero conviene hacerse de manera,
Que no le dé lugar la priesa tuya
Para que al espumoso mar se huya,
Haciendo de sus ondas talanquera;
Mas antes que el ejército que espera
Tu gente desanime con la suya,
Abrevies tanto el tiempo de asaltalle,
Que aun para arrepentirse no le halle.

»Pues goza de tan buena coyuntura,
Que no la habrá mejor segun barrunto,
Y vuela con tu fuerza y poder junto
A do te está llamando la ventura;
Mira que la victoria está segura
Con solo que perder no quieras punto,
Y que una dilacion pequeña puede
Negarte lo que el cielo te concede.

»¿Cómo? ¿Que tu soberbia frente altiva
Podrá sufrir agora ver delante
Que con desprecio della la levante
Uno que en verdes años solo estriba?
Y que con poca gente apenas viva
Ose salir á puesto semejante,
A tiro de ponerse en tierra firme,
Contigo rostro á rostro y firme á firme?

»¿De qué te sirve, oh gran Caupolicano,
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,
Si agora que subida está en el techo,
Sufres que dén con ella por lo llano,
Y que á pesar del crédito araucano,
Un mozo advenedizo tenga pecho
Para que solo en fe del tierno suyo
Se ponga al duro encuentro desde tuyo?

»Cuando otra cosa nunca hacer pudiese,
Que haberse en el lugar que digo puesto,
Aunque despues medroso en curso presto
Al mar por donde vino se volviese;
Le fuera de grandísimo interese,
Y á tí tan mal contado y mal honesto,
Que escurecieras bien con este solo
Tus hechos claros mas que el mismo Apolo.

»En nombre de Pillan, te hago cierto
Que si padeces punto de tardanza,
Verás resuelta en humo tu esperanza,
Y contra tí la suerte al descubierto;
Pues la cerviz enhiesta y cuello yerto
Jamás á ley sujeta mi ordenanza,
Verás al yugo dellas sometida,
Si á bien librar quedares con la vida.

»Por cuanto quieres verte deste modo,
Estando el remediallo á tu albedrío,
Sin hijos, sin mujer, sin señorío,
Sin dulce libertad, que es sobre todo;
Pues no te quieras ¡ay! poner de lodo,
Por dar al blando amor lugar vacío,
Ni de famoso rey potente y bravo
Venir á ser infame y triste esclavo.

»Mira, Caupolican, que eres la base
Donde tan grande máquina se apoya;
No quieras que se pierda como Troya,
Por consentir que amor te desencase;
Traba de la ocasion antes que pase,
Porque si aquí te estás como la boya
En amorosas aguas sobre aguado,
Serás en las de Lete sepultado.»

Con esto remató la furia horrible
Su caviloso encanto persuasivo,
Dejando al pecho bárbaro y altivo
Nadando en puro fuego inextinguible;
Y haciéndose á sus ojos invisible,
Vuelve al estado el paso fugitivo,
Adonde su furor, veneno y llama
Por las médulas íntimas derrama.

Ya con ardiente soplo turbulento,
Ya con sangrientas áspides mortales,
Ya con la lengua y ojos infernales
Va corrompiendo en torno aquel asiento;
Hasta que casi calva y sin aliento,
Así de haber lanzado soplos tales,
Como de echar culebras de la frente,
Se vuelve adonde está la triste gente

Y en un volcan de fiera boca escura,
Por donde escupe horror la negra estanza,
Dejado lo fantástico, se lanza,
Llevándose tras sí la puerta dura;
En tanto que del agua clara y pura
Caupolican saltando se abalanza
A se vestir frenético el vestido,
Ya de furioso espíritu embestido.

De allí se parte luego acelerado,
Siguiéndole su Fresia presurosa,
Colérica, linfática, furiosa,
Con pecho de temor enajenado;
Y marchan hasta cuando el sol dorado,
Huyendo de la noche tenebrosa,
Que á mas andar siguiéndole venia,
Al mar como á sagrado, se acogia.

Llegado el Indio al rancho, aplica el cuerno
Al túmido carrillo y recia boca,
De do la voz horrísona revoca
Allá en lo mas oculto del infierno;
Suena de mano en mano en su gobierno,
Y en breve casi todo se convoca,
Porque iban como en vuelo arrebatados,
De aquel furor diabólico llevados.

El hecho llanamente les declara,
Sin pompa ni artificio de razones,
Porque para mover sus corazones
Resobra que le miren á la cara,
Y ordénales que cuando el alba clara
Abriese los escuros pabellones,
Dejando cama y lado de su esposo,
Se embista el fuerte lleno de reposo.

Pues cuando con sonido carrasqueño,
Que al órgano del oido destemplaba,
El importuno grillo aviso daba
De ser llegada ya la vez del sueño,
Enderezando á Talca, sitio isleño,
Que á vista del vecino muro estaba,
Caminan vente mil á sordo paso
Por entre muda noche y campo raso.

Venidos brevemente á Talcaguano
Cubiertos del capote y velo escuro,
Marcharon sin parar al nuevo muro
Orillas del ondoso mar insano;
Mas con silencio tal, que el aire vano
Se estaba tan sutil, tan raro y puro,
Como si por allí nadie pasara
Que con aliento y voces lo espesara.

Debajo una barranca, al pié del monte,
Que en su cabeza tiene la albarrada,
Espera el fiero bárbaro en celada
A que el noturno tiempo se remonte,
Para que en argentando al horizonte
La matutina luz del alborada,
Que es cuando el sueño ocupa lo mas alto,
Se dé con furia súbita el asalto.

Ya pues que el negro manto adelgazaba,
Abriéndose por todos sus dobleces,
Y limpio de neblina y otras heces
Aljofarado el valle se mostraba;
Rompiendo aquel silencio en grita brava,
Y con los alaridos que otras veces,
Asaltan el palenque y baluarte,
Ciñéndole por una y otra parte.

En tres formados gruesos escuadrones
Presenta el enemigo la batalla,
De cruda piel cubierto y fina malla,
Y tremolando enseñas y pendones;
Ya los de mas fogosos corazones
Se van adelantando á la muralla
Con mil cabezas colas y pellejos
De tigre, de leon, de zorros viejos.

Asómase á mirar su fiera traza
Aquella clara sangre de Mendoza,
Que dentro de las venas le retoza
Por experimentar la dura maza,
Y no se turba punto ni embaraza,
Mas todo lo posible se alboroza
De ver que ya lugar se le concede
Para mostrar, en parte, lo que puede.

Previene con fervor industria y maña
Aquello que no estarlo parecia,
Y en frente por la parte que venia
Arauco denodado contra España
Seis piezas, como dije, de campaña
El adivino joven puesto habia,
Que fueron casi todo el instrumento
Para que se cantase el vencimiento.

Quisiera bien saltar la palizada
Y á recebir al bárbaro saliera,
Si ser temeridad no conociera,
Y cosa en generales reprobada;
Ya sube á toda priesa la emboscada
Con astas erizando la ladera,
Pero con todo, el Hércules gallardo
Se mata porque viene á paso tardo.

No suele estar jamás lebrel de Irlanda
Si al jabalí cerdoso ve mostrarse
Con tanta voluntad de abalanzarse
Tirando del collar y quien le manda,
Como de ver subir la espesa banda
Revienta el general por señalarse;
Mas la razon, que sola es quien le humilla,
Sabe tenelle corta la trailla.

Y como la visera no ha calado
Para que así mejor advierta y note
Cual viene por su mal y por su azote
El enemigo ejército formado;
Está como el azór empiguelado
Antes de haberle puesto el capirote,
Que si pasar un ave se le antoja
Mil veces de la alcándara se arroja.

Estando pues intrépido mirando
Al indio bravo el jóven orgulloso,
No sé qué brazo idólatra nervoso
Desembrazó con ímpetu nefando
Una redonda piedra, que zumbando
Con mas furor que el rayo impetüoso,
Su curso fugacísimo endereza
A la cabeza fuerte del cabeza.

Allí quebró la furia desmedida,
Y tanto, que con dar en la celada,
Por especial milagro la pedrada
Dejó de dar al blanco de la vida;
Pues con la frente el jóven aturdida
Miró de abajo el muro y albarrada,
Mas no tocó la tierra cuando luego
Se enderezó brotando vivo fuego.

No dudo que Megera de su mano
Hiciese el riguroso tiro fuerte,
Sabiendo que si al jóven daba muerte,
Estaba lo demás rendido y llano;
Mas el Eterno Padre soberano,
Que permitió acertalle desta suerte,
Por ser tan lleno el blanco y espacioso,
Previno, como Dios, lo mas dañoso.

Despues que firme el pié en la tierra pone,
Y la esperanza y ojos en el cielo,
El cesarino espíritu novelo,
Su gente anima, exhorta y la compone;
No hay prevencion ni ardid á que perdone,
Porque los halla escritos en el suelo
Su claro entendimiento y perspicacia,
Herido con los rayos de la gracia.

Ya la trabada cerca y terrapleno,
Que al morro exento sirve de corona,
De espesa gente en órden se corona
Con hierro en mano y ánimo en el seno;
Ya no hay lugar allí que no esté lleno
De quien por él arriesgue la persona;
Ya todos dan la suerte por echada,
Aunque la vida va de esta parada.

Ya con soberbios altos alaridos,
Estrépito confuso y ruido espeso,
El pérfido escuadron cerrado y grueso
Asalta los bastiones guarnecidos;
Los nuestros, al asalto apercebidos,
Con órden y valor en contrapeso
Del excesivo número contrario,
Resisten al encuentro temerario.

Los orgullosos bárbaros de fama,
Con los que la procuran, mas se allegan,
Y al enemigo hierro así se entregan
Como pudieran toros de Jarama;
Unos echando tierra y otros rama
Para pasar el ancho foso ciegan,
Otros no esperan esto mal sufridos,
Salvándolo con saltos desmedidos.

Cuáles, para mejor poder hacello,
Se valen de las picas prolongadas,
Cuáles de correndillas atrasadas,
Cuáles del aire solo del cabello;
Y cuáles sin aquesto y sin aquello
Apenas dan algunas braceadas,
Cuando de piés están en la otra parte
Y luego sobre el fuerte y baluarte.

Fué destos el primero Gracolano,
Mozo gallardo fuerte y atrevido,
Y fuélo por habello prometido
Al sumo general Caupolicano,
De que ganando á todos por la mano,
En fe de su renombre esclarecido,
Al muro crespo de armas entraria,
Abriendo por entre ellas ancha via.

En cumplimiento pues de su promesa,
El animoso jóven se adelanta,
Do sobre el foso puesta la una planta,
Con la otra por el aire lo atraviesa;
Y luego al agro muro y gente espesa,
Sin espantalle el ver que es tal y tanta,
Trepa furioso el bárbaro derecho,
Mostrando á duras armas duro pecho.

Al fin rompió con él por todas ellas,
Subiendo, aunque de sangre y golpes lleno,
Sus prestos piés al ancho terrapleno,
Y su valor y nombre á las estrellas;
Do haciendo ver á muchos muchas dellas,
A costa de los nuestros hizo bueno
Su dicho tan infiel como arrogante,
Llevándolo con hechos adelante.

Tras él se arroja el bravo Tucapelo,
Siguiéndole Talguen su amigo grande,
Con Rengo, Leucoton y Lepomande
Y Engol, á quien sirvió mi patrio suelo;
Los cuales todos siete dando un vuelo,
Que no hay quien se lo impida ni demande,
Pasan de claro en claro el foso escuro,
Viniendo á dar de manos en el muro.

Quedó temblando en torno la barrera
Del poderoso golpe y duro encuentro,
Haciendo conocer á los de dentro
El ánimo y vigor de los de afuera;
Que luego, sin escala ni escalera
Suben arriba en busca de su centro,
Sin ser á defendérselo bastante
Ver contra sí mil puntas de diamante.

Que de temor los bárbaros desnudos,
Como los que á vencer estaban hechos,
Mil armas desbaratan con los pechos,
Que son allí sus cóncavos escudos;
No bastan á tenellos golpes crudos
Ni el granizar de rayos contrahechos,
Que por broncinas bocas escupidos,
Retiñen sordamente en sus oidos.

Del muro los impelen y rebaten
Con duras picas y ásperas espadas,
Unas á botes y otras á estocadas,
A cuyo ronco son los montes laten;
Mas ellos como rocas á quien baten
Las ondas por el cierzo reforzadas,
No solo tienen fuerte en esta guerra,
Mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,
El otro á la contraria bien asido,
Arriban al palenque defendido
Y al peligroso fin de su esperanza;
Quién luego su membrudo cuerpo lanza
Por el lugar de gente mas tupido,
Y quién sobre el baston ñudoso y grueso
Sustenta de la guerra todo el peso.

Mas ¿quién podrá pintar á Tucapelo
De piés sobre la cerca y palizada,
En medio de la gente amontonada,
Soberbio despreciando tierra y cielo,
Armado un peto doble de su abuelo,
Y una marina concha por celada,
Con que la maza en mano se rodea,
Y haciendo campo el bárbaro campea?

A cuál de un golpe solo el cuerpo muele,
A cuál con otro deja sin sentido,
A cuál del muro abajo sacudido,
Hace que á su pesar sin alas vuele;
Nada le queda allí que no lo asuele
Su brazo de infernal furor movido,
Por donde hácia la parte que lo cala
Retira, lleva, arrolla y acorrala.

No lleva con paciencia don Felipe
¡Oh justa indignacion de sangre noble!
Que tanto golpe el pérfido redoble,
Sin que él tambien alguno participe,
Y no queriendo que otro se anticipe,
Se va para él tan fuerte como un roble,
Firme la espada rígida en la diestra,
Y el acerado escudo en la siniestra.

El Indio con la dura maza en alto,
Y atrás el pié derecho le recibe;
Aguarda el Español que la derribe,
Para, salvando el cuerpo, entrar de un salto;
Mas de destreza el bárbaro no falto
Al enemigo intento se apercibe,
Tirando el primer golpe blandamente,
A fin de segundalle fácilmente.

Aciértale; mas ved si fué tan blando,
Pues dándole en el canto del escudo
Y haciendo el caballero lo que pudo,
Se le llevó dos pasos trompicando;
Tras él entró la maza levantando
Para el segundo golpe, y fué tan crudo,
Que si lugar el nuestro no le hiciera,
Muerto á sus piés el Indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encajado
En la albarrada el leño con tal fuerza,
Que aunque á librallo el dueño dél se esfuerza,
Tiene primero tiempo el bautizado
De dalle, habiendo ya con él entrado,
Sin que el agudo filo se le tuerza,
Por el siniestro brazo una estocada,
Que le pasó con mas de media espada.

Hallóse con el bárbaro tan cerca,
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,
Creyendo hacelle entre ellos mil pedazos,
Doblando su cerviz tan dura y terca;
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca
Envueltos en durísimos abrazos,
Que entrambos en la lucha son maestros,
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas
A fuerza de los vínculos estrechos,
Y con los piés izquierdos y derechos
Se valen de traspiés y zancadillas;
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,
Ya laten los ijares, ya garlean,
Y los ardientes pulsos menudean.

Revuélvense por una y otra parte,
Arando con sus piés la tierra dura,
Y válense tal vez de fuerza pura,
Tal vez de su destreza, maña y arte;
La firme trabazon del baluarte
Se siente á sus vaivenes mal segura,
Y toda en torno tanto se estremece,
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien á despartillos parte sea,
El uno porque á tanto no se atreve,
Y el otro porque haciendo lo que debe,
Acude en su lugar á la pelea;
De mas de que por toda la trinchea
Tan á menudo flecha y bala llueve
Por nubes de materia salitrada,
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,
Andando cuál encima y cuál debajo,
El bárbaro de un salto vino abajo,
Dejando al Español y á la barrera;
Y no cayó á la parte de hácia fuera,
Para que se librara del trabajo,
Sino en la plaza, en medio de enemigos,
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrójase tras él de la muralla
El presto don Felipe de Hurtado,
Ganoso de acabar lo comenzado
Y de ganar al Indio la batalla;
Mas él que en tales términos se halla,
Bramando mas que el toro agarrochado,
Espumajoso y fiero en el semblante,
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza á un indio la macana
Y á la primera vez que la voltea,
Hace subir mas gente á la trinchea
De la que se le queda en tierra llana;
En esto la batida barbacana,
Vuelta de cana en roja, bermejea,
Y á mas andar por una y otra parte
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el Indio flechas en la plaza;
Graniza sobre el fuerte piedra dura;
Ya dellas la formada nube escura
Al claro cielo encubre y embaraza;
Ya el dardo arrojadizo desembraza,
Rompiendo la region sutil y pura;
Ya calla el mar furioso y bravas ondas
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el Español, á fuerza de tronidos,
Hace temblar el monte y la trinchea;
Ya el seco polvorin relampaguea,
Ya se disparan rayos encendidos;
Ya el cielo y aire están escurecidos;
Ya no hay debajo dellos qué se vea,
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,
La temerosa imágen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba
Venir la tempestad impetüosa,
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,
Con desigual horror y furia brava;
La cual al cielo, que antes raso estaba,
Viste de negra nube procelosa,
Que despidiendo lanzas á la tierra,
Maltrata el prado, monte, valle y sierra;

Cuando se ven el mar, el aire, el cielo,
Armados del rigor que están lanzando,
Y la rasgada nube retronando
Escupe fuego vivo contra el suelo;
El pájaro en su nido eriza el pelo,
Y todo se acorruca tiritando;
Debajo de sus madres los cabritos
Están temblando mudos y marchitos;

O como suelen dos discordes vientos,
Iguales en las fuerzas encontrarse,
Y en una opaca selva contrastarse
Con encontrados soplos turbulentos,
Haciendo que á sus ímpetus violentos,
Unos con otros vengan á trabarse
Los árboles del bosque entretejido,
Formando fragosísimo rüido:

Así las huestes bárbara y cristiana,
Dado que desiguales tanto sean,
Es tanta la igualdad con que pelean,
Que aun no se pierde tanto ni se gana;
Aunque con mano todos inhumana,
Así los duros golpes menudean,
Que van atropellando los postreros
Por priesa que se dan, á los primeros.

En medio del estruendo y batería,
Enhiesto sobre el muro entre su gente,
Parece aquel magnánimo y valiente,
Aquel insigne jóven don García;
Cual suele parecer al medio dia
A vueltas de agua un sol resplandeciente,
O como cuando el cielo está ñublado,
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera
Un blanco y limpio arnés de temple fino,
Y por de dentro al alma un diamantino,
Que al ímpetu de un monte resistiera;
Brotaba por su rostro y la cimera
Mas luz que el sol en medio su camino,
Bastante á que mirándole de frente
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba
Con suma perfecion y gracia puesto,
Y el aguileño, rojo y blanco gesto
Envuelto en fina púrpura mostraba;
Ninguno de los suyos le miraba,
Por mínimo que fuera, que con esto
No concibiese un ánimo terrible,
Para poner el pecho á lo imposible.

Al fuerte corazon el fuerte escudo,
Como á seguro arrimo está arrimado,
Y á la derecha mano encomendado
El blanco, ya bermejo, filo agudo;
Que por su cuerpo el bárbaro desnudo
A su pesar mil veces paso ha dado,
Haciendo de la clara sangre nueva,
A costa de la suya clara prueba.

Solícito por todas portes anda,
En todo se interpone, á todo atiende,
Y aunque en furor colérico se enciende,
Con gran reportacion ordena y manda;
A quien la mano muestra floja y blanda,
Con apretar la suya reprehende,
Y en el que con mayor esfuerzo lidia
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave
Anima á su escuadron en tal estrecho,
Y sobre el alto dicho pone el hecho,
Cosa que en un sugeto apenas cabe;
Y menos cabe en mí que los alabe,
Faltándome la voz, el canto, el pecho,
Si no me presta el cielo para tanto
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.

CANTO VI.

Prosíguese el asalto, donde en particular se cuentan hechos grandiosos, así de los españoles como de los araucanos, y el mucho esfuerzo que unos y otros mostraron este dia; hasta que por la mucha industria, órden y valor del General, los indios se retiran, quedando los nuestros victoriosos. Refiérese la refriega que una manga de los enemigos tuvo con la gente de la mar, que habia quedado en los navíos, y venia á socorrer el fuerte. Sale Tucapel de la batalla mal herido, y echándole menos su mujer Gualeva, sabida la rota de los suyos, hace un lastimoso y grande sentimiento.

Es Dios en dar de pecho tan hidalgo
Y tiene como tal tan rico modo,
Que dado que á ninguno lo dé todo,
Al fin á nadie deja de dar algo;
Si yo para las letras nada valgo,
Veráse que á las armas me acomodo,
Y si otro no es valiente ni jurista,
Es músico, galan ó romancista.

Mas aunque mas y menos, conocemos
Que todos tengan parte en estos dones,
Quién obras participe con razones,
Dificultosamente lo sabemos:
Muchos valientes Héctores verémos,
Y muchos elocuentes Cicerones,
Mas pocos que con ánimo valiente
Imiten al retórico elocuente.

El otro que en el aire el pelo corta,
No sabe del escudo ni la adarga,
Y el otro que es maestro desta carga,
Al tiempo del hablar se turba y corta;
¡Oh cuántos hombres hay de mano corta,
Que tienen juntamente lengua larga,
Y cuán poquitos griegos hacen tercio
Entre los dos el Ayax y el Laercio!

No digo yo que es malo solo el dicho,
Pues dél podrá salir algun provecho,
Mas digo que entre el dicho y entre el hecho
Se pone muchas veces entredicho;
Y aunque el predicador tan bien ha dicho,
Que al auditorio deja satisfecho,
Si bien como lo dice no lo hace,
Ni á Dios, ni á sí, ni al mundo satisface.

Mas quien de sí da claro testimonio,
Que en hecho como en dicho resplandece,
Es nuestro General, y así merece
Tener por nombre Ulíses Telamonio;
Pues siendo en sus palabras un favonio,
En obras mas que Bóreas se embravece,
Segun veréis agora por mi canto,
Si á dicha voz mortal pudiere tanto.

Con su luciente espada en sangre roja
Está sirviendo al muro de muralla,
Y á donde ve mas viva la batalla,
Con mas denuedo y ánimo se arroja;
Haciendo por do vá que se recoja
El mísero que cerca dél se halla,
Pena de que esperando el golpe esquivo,
Podrá desesperar de verse vivo.

De una estocada á Pínguedo barrena,
Y de otra punta al diestro Longo ensarta;
Al alma de Copil del cuerpo aparta,
A Crin de tajo un músculo cercena;
De bárbaros la cava tiene llena,
Aunque su hambrienta cólera no harta,
Que como crece dellos el enjambre,
Crece tambien sin término su hambre.

Lugar le hacen ya los mas altivos,
Porque ninguno al fin de grado muere,
Y así para pasar adonde quiere,
Le estorban mas los muertos que los vivos;
En el que ve mas puesto en los estribos,
Y que á esperar su encuentro se profiere,
En ese carga mas la dura mano,
Haciéndole allanar de llano en llano.

Mas no por ser el daño semejante,
Desmayan los enormes araucanos,
Antes revuelven mas las duras manos
Y arrojan los curtidos piés delante;
El español denuedo no es bastante
A reprimir sus ímpetus insanos,
Dado que su poder ha puesto junto
Y á la fogosa cólera en su punto.

Ya cuerpo á cuerpo en medio de la plaza
Con el cristiano el bárbaro pelea,
Do sí la pica larga aquel florea,
Este revuelve bien la dura maza;
Para lo cual ya poco le embaraza
La cava honda, y menos la trinchea,
Porque esta rota en partes va saltando,
Y aquella de cadáveres cegando.

Los nuestros, viendo que es la propia vida
El premio y galardon de la victoria,
Hacen eterna al mundo su memoria,
A costa del idólatra homicida;
Y así le dan la pena merecida,
Mas no porque ellos queden con la gloria,
Que para nadie es tiempo de cantalla
Hasta que llegue el fin de la batalla.

Arauco lo procura por su parte,
Y España de la suya lo pretende,
Por do fortuna varia se suspende,
Y en medio está neutral el fiero Marte;
Bien que mayor el daño se reparte
Por quien tan caro el caro suelo vende,
Pero supliendo el número crecido,
Su juego por igual está partido.

El capitan de Viezma y el de Aguayo,
Gabriel Gutierrez, Abalos y Lira,
Martin de Santaren, Martin de Elvira,
Don Pablo de Espinosa, Vaca y Payo
Hacen de parte suya lo que el rayo,
Cuando furioso Júpiter lo tira,
Cargando á los contrarios de manera,
Que juntos en monton los echan fuera.

Manrique, don Simon y Santillana,
Verdugo, Luis Cherinos y Murgía,
Juan de Villegas, Barrios y Megía
Tienen de muertos ya la fosa llana;
Pues Lagos de la sangre no cristiana,
Calientes y espumosos los hacia,
Y Bravo respondiendo al apellido,
Defiende bravamente su partido.

Envueltos de coraje en blanca espuma
Están los dos Guzmanes y Ahumada,
Y don Alonso haciendo por la espada
Aun mas de lo que dijo con la pluma;
Osorio y Pacho han muerto grande suma,
Riva Martin y Perez de la entrada
Tan bien al enemigo la defienden,
Que á precio de la vida se la venden.

Estaba destos, parte en la muralla
Al ímpetu pagano resistiendo,
Y parte por la plaza combatiendo
En mas reñida y áspera batalla;
Por donde mas de sangre que de malla
Cubierto Tucapel, iba rompiendo
En los de su escuadron mas señalado,
Que en los novillos toro madrigado.

Triste del español, á quien su maza
En descubierto diere algun alcance,
Que sin remedio es mate al otro lance
En el tablero angosto de la plaza;
No vale arnés tranzado ni coraza
Para dejar de verse en este trance,
El que con temerario desatino
Presume de atajalle su camino.

Trompica á Diego de Avalos y á Sierra,
A Zúñiga y Teruel saca de seso,
Muele á Molina cuero, carne y hueso,
Haciéndole medir la dura tierra;
La llama que en su ardiente pecho encierra,
Despide por los ojos humo espeso,
Con que en furor, en saña, en ira crece,
Y un infernal espíritu parece.

En esto don Felipe, que en su busca
Del muro y terraplen saltado habia,
Abriendo por la turba le seguia,
Y por la polvorosa nube fusca;
Cual entre gente rútula y etrusca
El valeroso Dárdano venia,
Siguiendo tras Mecencio el arrogante
Para vengar la muerte de Palante.

Mas hubo de estorballe en su jornada
Ver en sangrienta lid al caro hermano
Con Rengo, Leucoton y Gracolano,
Haciéndoles probar su cruda espada,
Que con la sangre dellos barnizada
Estaba de la punta hasta la mano,
Y el dueño con la destos y aun de todos
Desde la propia mano hasta los codos.

Al mozo Gracolan de un Tajo habia
Llevádole del asta un gran pedazo,
Y al diestro Leucoton herido un brazo,
Que embarazoso y tardo le traia;
Mas al potente Rengo no podia
Hacer algun estorbo ni embarazo,
Por ser sobremanera el indio suelto,
Desempachado, libre y desenvuelto.

Así se irrita desto don Hurtado,
Que solo á Rengo busca, á Rengo quiere,
Hasta que de una punta al fin le hiere,
Saliéndole al encuentro por un lado;
El bárbaro, sintiéndose llagado,
¿Qué pecho habrá de bronce que lo espere?
Levanta el fuerte brazo y el madero
Tirándole un rabioso golpe fiero.

El diestro General, que ya no pudo
Hurtar el cuerpo dél como querria,
Bajóse cuando el leño descendia,
Alzando en ambas manos el escudo;
Mas no detuvo el paso al fresno rudo,
Aunque templó la fuerza que traia,
Porque con él y todo vino al yelmo,
Adonde apareció mas de un Santelmo.

Quedó el valiente jóven atronado,
Mas sin hacer desden, á poca pieza,
Brotando llamas de ira se endereza
El poderoso brazo levantado;
Bien quiere el indio presto dalle lado,
Temiendo no le parta la cabeza,
Mas aunque se retira, no es de modo,
Que salve desta vez el cuerpo todo.

Alcánzale de un lado en tal manera
Con la inclemente espada, recia y dura,
Que desde el hombro diestro á la cintura,
A no torcer el puño, le hendiera;
Que no iba para menos, aunque diera,
No digo yo en la débil armadura,
Sino sobre una yunque ó peña viva,
La rigurosa mano vengativa.

Mas no dejó de ser el golpe tanto
Que al bárbaro, mas fuerte que una roca,
No le pusiese en tierra pecho y boca,
Y allá en el corazon un grande espanto;
El mar del Sur, del Norte y de Lepanto,
El mas pequeño pez y oculta foca
Sintieron claro el son del golpe avieso:
¿Qué sentirá quien sienta encima el peso?

No pudo levantarse el indio fiero,
Ni desdoblar tan presto la rodilla,
Que recogiendo el brazo y la cuchilla,
No segundase el tiro el caballero,
Metiéndole una punta por el cuero,
Que le cosió en el suelo una costilla,
Clavando en él un palmo y mas de espada
En la caliente sangre acicalada.

Agora Leucoton y Gracolano
Le embisten maldiciendo al hado fuerte
Y duro en permitir que desta suerte
Los trate un solo brazo, y ese humano;
Con tal despecho entrambos á una mano
Las alzan de manera, que la muerte
Se puso el viso alerta y en balance,
Pensando desta vez tener buen lance.

Mas como Leucoton estaba herido,
Y Gracolan con solo un trozo de asta,
El golpe de ambos juntos aun no basta
Para volalle el alma de su nido;
Pero bastó á sacalle de sentido
Con dar sobre el escudo y gruesa pasta,
Dejándosele roto y abollado,
Y al dueño á sombra dél arrodillado.

Ya Rengo, sumergido en rabia nueva
Del polvo, lleno dél, se levantaba,
Y trasformado en una tigre brava,
Si ve robado el parto de la cueva;
Cuando á la par y aun antes que él se leva
El jóven que en un ancla sola estaba,
Las velas desplegando de su esfuerzo
Al Bóreas de su furia, Norte y Cierzo.

Aquí, Señor, llegaba la porfía
De aquel que os dió por padre el cielo pio,
Cuando la vió su hermano y vuestro tio,
Que á Tucapel colérico seguia;
Pero torció de súbito la via
Al talle que se tuerce el raudo rio,
Que, por ajeno curso encaminado,
Se topa con su madre al otro lado.

Así revuelve, yéndose derecho
Al arrogante mozo Gracolano,
Que alzaba á tal sazon la dura mano,
Y tírale una punta al duro pecho;
No fué el cerrado jaco de provecho,
Que el filo abrió por el camino llano,
Y descubrió el tesoro de las venas,
De que sacó al salir las manos llenas.

Acude Leucoton en este punto,
Y viendo al compañero en tal trabajo,
A don Felipe tira un altibajo,
Poniendo en él su fuerza y poder junto;
Fué tal, que le dejó como difunto,
Y á pique de ocupar el suelo bajo,
Por dalle en la cerviz de lleno en lleno,
Que no le pudo dar de bueno en bueno.

El Español, turbados los sentidos,
Quedó con ambas piernas vacilando
Y sangre mal cuajada reventando
A un tiempo por la boca y los oidos;
Su hermano, que á los otros dos erguidos
Estaba las cabezas inclinando,
Revuelve á Leucoton, que ya volvia
Sobre el que sin acuerdo le atendia;

Y al iracundo brazo dando vuelo,
Le dió tan estupenda cuchillada,
Que le partió por medio la celada
Y dió con él rodando por el suelo;
Adonde, viendo estrellas en el cielo,
Creyó que el cerro, el muro, la estacada,
Con todo el escuadron de Romanía
A solo dar sobre él venido habia.

Desta manera el jóven satisfizo
El desmedido golpe del hermano,
Y le pagó el favor con larga mano,
Si alguno por la suya se le hizo;
Mas el baston durísimo y rollizo
Alzaba Rengo ya para el cristiano,
Cuando vinieron Lagos, Hortigosa,
Dominguez, Arias Pardo y Peñalosa.

Desotra parte Angol, Talgueno, Guado
Con otro gran tropel llegaron luego,
Por donde el sanguinoso y duro juego
Forzosamente fué desbaratado;
Y don Felipe, habiendo en sí tornado,
Por todos ellos se entra con el fuego
Y licenciosa llama de su enojo,
Cual esta suele entrar por un rastrojo.

A cuál inhabilita en el sentido,
A cuál del alma priva y enajena,
Pagando muchos míseros la pena
De lo por uno solo cometido;
No menos va el hermano embravecido,
Dejando acá y allá la plaza llena
De la enemiga sangre que derrama,
Y de su voz la trompa de la fama.

Quedaba Gracolan con Arias Pardo,
Carranza y otro en rígida batalla,
Ganando, aunque perdiendo sangre y malla,
Renombre de leon y suelto pardo;
Pues con braveza de ánimo gallardo,
Aunque sin maza ni baston se halla,
Con el pedazo de asta se defiende,
Y aunque hayan de ofendelle, los ofende.

Mas ya de tanto dar en las espadas,
En las cabezas, huesos y costillas,
Se le deshizo el trozo en mil astillas,
Que fueron por el aire derramadas;
Pero con todo, á coces y puñadas
Andaba entre las ásperas cuchillas,
Sin desistir del vano presupuesto
Con ser el daño dél tan manifiesto.

Hasta que ya, sintiendo desangrarse,
Y visto por lo mucho que perdia,
Lo mal que en este juego le decia,
Tuvo por bien el bárbaro de alzarse;
Mas viendo mal camino de salvarse,
Si por los enemigos no lo abria,
Salvando el ancho foso desde el muro,
Se aprovechó del medio mas seguro.

Para lo cual, hallándole cercano,
De un salto con Martin de Elvira cierra,
A cuya lanza tanto el puño afierra,
Que se la arranca y lleva de la mano;
Y haciendo á fuerza della el paso llano,
Saltó para poner en medio tierra,
Mas la traidora Parca y su destino
Le dieron otro salto en el camino.

Porque antes de acabar el presto salto,
Su fin, que en una bala envuelto vino,
Atravesó las sienes del mezquino,
Cuando iba por el aire en lo mas alto,
Cayendo ya de vida el cuerpo falto,
Como cayera un alto y grueso pino,
Sobre los otros cuerpos de la cava,
Y el alma donde el fuego la esperaba.

Quedó con Gracolan dentro del foso
La lanza por su lance bien ganada,
Un tercio della fuera y arrimada,
Como en señal del hecho victorioso;
La cual Piñol, un jóven orgulloso,
Asió de sobre el muro, y alcanzada,
Quiso con tal honor saltar afuera,
Mas túvole tambien la muerte fiera.

Un rayo artificial, de plomo hecho,
Que despidió la pólvora tronando,
Le entró por las espaldas rechinando,
Y le sacó la vida por el pecho;
Otro cayó tras este, que derecho
Hácia Peteguelen encaminando,
Le taladró de la una á la otra ijada,
Por donde entró la muerte acelerada.

Corrieron al despojo desta lanza,
Aunque tan cara ya costado habia,
Itata, Curalemo y Levopía,
Mas nadie la alcanzó por su tardanza;
Que Guaticol mas presto se abalanza,
Mancebo de grandísima osadía,
Y en el entrego della no fué tarde,
Terciándola con término gallardo.

Arremetió con ella luego al muro,
Blandiéndola y jugándola de talle,
Que mas de dos hubieron de enrubialle
A costa de su sangre el hierro duro;
Mas si supiera el triste, á buen seguro,
Lo mucho que esta lanza ha de costalle,
Que nunca por habella se arriesgara,
Ni aun viéndola á sus piés la levantara.

Mas quiso la fortuna que este engaño
Agora en Guaticolo fuese hecho,
Para que de su fuerte y alto pecho
Martin de Elvira diese el desengaño;
Que siempre de lo que es en unos daño
Suele seguirse en otros el provecho,
Costumbre de este suelo y de sus heces,
Donde las cosas todas son á veces.

Pues viendo arriba el hecho don Hurtado,
Volvió los graves ojos al de Elvira,
El cual quedó mirando quien le mira,
De vergonzosa púrpura bañado;
Y así corrido, fiero y denodado
Se sale del palenque, y luego tira
Derecho al escuadron, sin lanza, y solo
En busca de la suya y Guaticolo;

Do por espesos bárbaros abriendo
Con mas temeridad que valentía,
Las contrapuestas armas rebatia,
Siempre su pretendido fin siguiendo;
Hasta que en breve término viniendo
Donde la pica el bárbaro blandia,
Quiso cerrar con él trabando della,
Mas no le dieron tiempo de cogella.

Era robusto el indio y corpulento,
Como un jayan en fuerza y estatura,
Por donde con gentil desenvoltura
La pica floreaba por el cuento;
Mas para no alargarme en este cuento,
El español, por maña ó por ventura,
O por valor á tanto suficiente,
Apechugó con él estrechamente.

Y luego sin que al indio le valiera
Tener, cual digo, fuerzas tan extrañas,
Ni ser probado y único en las mañas,
Le trabucó de golpe en la ladera;
Do echando una luciente daga fuera,
Se la envainó en las íntimas entrañas
Primera vez, segunda, cuarta, quinta
Y siempre hasta la cruz en sangre tinta.

A la postrera, viendo al enemigo
Turbado ya el color, la faz difunta,
Sacó la roja daga, y en la punta
Colgando el alma ausente de su abrigo,
Y siendo todo el campo allí testigo,
Ganó su honor, su lanza y gloria junta,
Volviéndose, á pesar de todo el resto,
A su lugar y gente ufana desto.

En tanto que lo dicho acá pasaba,
La gente de las naves en oyendo
Aquel tumulto bárbaro y estruendo
Que bajo de las ondas rimbombaba,
Reconoció el asalto que se daba
A su Gobernador, y pretendiendo
Llevalle algun socorro en tanta guerra,
Cuan presto le es posible sale á tierra.

Cuál viene con el remo y cuál no aguarda
Sino á partir la entena del trinquete,
Cuál con timon y cuál con guimbalete,
Cuál con gurguz y cuál con alabarda;
Quién viste la tomada cota parda,
Quién la coraza y quién el coselete,
Poniéndose, aunque pocos, por la arena
En escuadron formado y órden buena.

Apenas cada cual como podia
A la marina hubieron arribado,
Cuando una manga de indios por un lado
Los acomete en alta gritería;
Cuyo caudillo indómito venia
A todos los demás adelantado
Con muestra desdeñosa y confiada
De atropellar el mundo por la espada.

Este era Feniston, mozo valiente,
Criado en la marcial y dura escuela,
Muerto por verse dentro de la tela
Con otro no de menos yerta frente;
Mas viérase con él dificilmente
Si al peligroso encuentro Valenzuela,
Señor de la destreza y de un navío,
No le saliera igual en gana y brío.

Trabóse entre él y el bárbaro membrudo
Una mortal durísima batalla,
Mas ni me dan espacio de contalla,
Ni cuento cada cosa por menudo;
Solo diré que el nuestro tanto pudo,
Que á vista del ejército y muralla,
Dió con el indio muerto en el arena,
Y luego á los demás la mano llena.

Los rudos marineros, como gente
Al ímprobo trabajo acostumbrada,
Con pecho argamasado y frente osada
Se contrapone á todo aquel torrente;
Aunque el soberbio bárbaro impaciente,
Que estima por vencer la vida en nada,
Les da por junto al agua tal encuentro,
Que alguna vez los lleva y mete dentro.

Adonde con las ondas á los pechos,
Que no hay en tal sazon tenellos frios,
Sino de furias, cóleras y brios
Calientes, inflamados y deshechos,
A tanto punto suben sus despechos,
Que aspiran á tomarse los navíos
Para con ellos irse viento en popa
A conquistar los fines de la Europa.

Con este fin los viérades que andaban
Cuál con macana, cuál con flecha y arco,
Muriendo por poder ganar un barco,
Que algunos de los nuestros ocupaban;
Pero con tal esfuerzo lo guardaban,
Aunque de sangre estaba dentro un charco,
Que el que á llegar á bordo se atrevia,
Si no la mano, el ánima perdia.

Desta manera á vista de su muro
Se saben defender los de la arena,
Teniéndola de cuerpos casi llena,
Y aun de ánimas tambien el reino escuro;
Aunque por esto nadie está seguro,
Ni tinto solamente en sangre ajena,
A causa de tener en harta copia
Para poder teñirse de la propia.

Tambien arriba estaba la refriega,
Ya que segun el bando rudo y fiero
No en el teson y término primero,
Al menos bien furiosa, brava y ciega;
Talguen y Tucapelo no sosiega
De dar en que entender al muro entero,
Ni Rengo, Lepomande, Angol y Guado
Dejan de proseguir lo comenzado.

Aunque Pineda, Barrios y Lasarte,
Villegas y Juan Alvarez de Luna
Con estos seis encuentran su fortuna,
Probando lo que en ellos tiene Marte;
Y don Felipe viendo desde aparte
La mano tan infiel como importuna
De Tucapel, que tanto codiciaba,
Cerró con él furioso como andaba.

Mas como del haber con tanta gente
Y tantas horas tanto combatido
Se viese desangrado y mal herido,
Andaba mas rabioso que valiente;
Y aunque él de puro enojo no lo siente,
El áspero contrario lo ha sentido,
Por donde mas los golpes apresura,
Y si decirse es lícito, le apura.

Velo Talguen su amigo, y aunque estaba
Con veinte y dos heridas penetrado,
Del aguijon de amor estimulado,
Se parte adonde nadie le esperaba,
Llegando á coyuntura, que tiraba
El Español al Indio un golpe airado,
Con que á despecho suyo le hiciera
Que por mortal, muriendo, se tuviera.

Mas al ejecutallo se atraviesa
Talgueno, rebatiendo la estocada,
Y dándole tal golpe en la celada,
Que como el viento al ramo le remesa;
Hizo el cristiano mas de una represa,
Que fué por verse en trance tranceada,
Mas luego la enmendó con otro doble,
Tirando al fiero bárbaro un mandoble.

Erróle, mas volvió con una punta,
Que del siniestro lado apoderada,
Falsando el peto duro entró la espada,
Hasta que al espaldar salió la punta;
El Indio, que su muerte ya barrunta,
Propone de dejarla bien vengada;
Mas ponésele amor en este instante
Con su Quidora bella por delante.

Cuya memoria tierna tanto pudo
Para movelle el pecho endurecido,
Que puesto su propósito en olvido,
Y el parecer primero enorme y rudo,
Antes que se rompiera el vital ñudo,
Y viendo su escuadron casi rompido,
Tuvo por bien dejar el duro asalto
Saliéndose del muro en presto salto.

Y cuando el ferocísimo semblante
Volvió nuestro Español de furia lleno,
Ni á Tucapel halló ni vió á Talgueno,
Pero pasó por otros adelante;
El General, que al ímpetu arrogante
Del bárbaro pretende poner freno
Y despegalle ya de la estocada,
Muestra de sí milagros por la espada.

No hace por do pasa tal estrago
El caudaloso, bravo y lleno rio
Que fuera de su madre y vado frio
Al fresco valle envuelve en turbio lago,
Y á la dehesa, ejido, soto y pago
Despoja de su adorno y atavío,
Volcando piedras, troncos y maderos,
Y alguna vez los árboles enteros.

Sonaban ya por donde discurria
Rabiosas bascas, voces y gemidos
Que con mortales ansias despedidos
Formaban dura y áspera armonía;
Mas veis en tal sazon por do venia,
Ensordeciendo á golpes los oidos,
Y haciéndose temer de cabo á cabo
El hijo de Leocan (9) furioso y bravo.

Habíase estado el bárbaro acá afuera
Sus fuertes escuadrones gobernando,
Y como de propósito aguardando
A cuando mas su gente no pudiera,
Para que á su valor solo se diera
La gloria que se estaba asegurando,
Así como le viesen dentro el muro
Y levantar allí su brazo duro.

Del hombro solamente á la cintura
De un grueso coselete viene armado,
Y lo demás del cuerpo desarmado,
Que su reputacion se lo asegura;
No admite en las espaldas armadura,
Porque jamás su pecho levantado
Admite pensamiento de volvellas,
Aunque la vida esté librada en ellas.

Lleva de roble indómito cortada
Una robusta maza mal pulida,
Desastillada en partes y rompida,
Y aun de española sangre salpicada;
De limpio acero puesta una celada,
Con cintas de oro y plata guarnecida,
Y al ídolo Pillano por cimera,
En forma de serpiente horrible y fiera.

Desta manera va Caupolicano,
De polvo y de sudor el rostro lleno,
Y de furor colmado el ancho seno,
Que á mas andar desagua por la mano;
Contados son los golpes que da en vano,
Sin cuenta los que da de lleno en lleno,
Hasta ponerse dentro de la plaza,
Rompiendo el muro á fuerza de su maza.

En esto el vigilante don Hurtado,
Habiendo visto el daño que en su gente
Hace el bravoso bárbaro valiente,
En hechos y devisa señalado,
De aquel fogoso espíritu llevado
Que semejante agravio no consiente,
Se va para él deshecho todo en ira,
Poniendo el viso en él y en Dios la mira.

Llegóse, y embebiendo el brazo esquivo,
Antes que el indio alzase la ferrada,
Encaminó la punta de la espada
Al obstinado pecho vengativo;
Y sin valelle el peto defensivo,
Aunque de piel durísima y probada,
Entró por él mas fácil que si fuera
De tierno cordoban ó blanda cera.

Abrió la fiera punta el diestro lado,
Por donde entró corriendo el filo crudo
Hasta que ya, llegando donde pudo,
Juntó la guarnicion con el costado;
Allí en la fiera boca don Hurtado
Tal golpe le asentó con el escudo,
Que sin poder abrilla contra el cielo,
Caupolican de espaldas vino al suelo.

Cayó, que fué ventura, por do estaba
Abierto un gran portillo en la barrera,
Quedando con el medio cuerpo fuera,
Casi pendiente encima de la cava;
Y así, cuando deshecho en ira brava
Al levantarse fué la bestia fiera,
Sin advertir el puesto peligroso,
Consigo de cabeza dió en el foso;

La cual como del golpe recebido
En la primera súbita caida
Estaba ya malsana y mal sentida,
Quedó de la segunda sin sentido.
El vitorioso jóven como vido
Haberse rematado esta partida,
Volvió gozosamente á la batalla
Con ánimo tambien de rematalla:

Do viendo cómo algunos indios fieros,
Que en las insinias, muestras y ademanes
Mostraban claro ser los capitanes,
Andaban en el daño delanteros,
Llamó escogidos veinte arcabuceros
Para que destos bárbaros guzmanes,
Que él mismo señalaba por su mano,
Algunos le pusiesen en lo llano.

El escogido bando, que desea
Mostrar su pulso firme y cierta mira,
Al enemigo apunta, encara y mira,
Que entre los otros mas se gallardea;
Tan bien el plomo y pólvora se emplea,
Que apenas hay quien yerre adonde tira,
Y así, derriban destos y desotros,
Mas luego en su lugar se ponen otros.

Pues como tan apriesa á causa de esto
Jugase el arcabuz y artillería,
Gastóse al fin la pólvora que habia,
Que era la que mejor guardaba el puesto;
Mas dieron á las naves voces presto,
Que bien de allí la voz se percebia,
Pidiendo que á pasar se aventurasen
Y el salitrado polvo les llevasen.

Mas como de enemigos la marina
Estaba á la sazon tambien cuajada,
Ninguno, habiendo pólvora sobrada,
A ser el portador se determina;
Hasta que de la prora mas vecina
Saltó con voluntad determinada
Un clérigo animoso y esforzado,
Sacando una botija en cada lado.

Y en un pequeño esquife en breve espacio,
Llegado con su carga á la ribera,
Al muro parte luego de carrera,
Que no era tiempo aquel para ir despacio;
Llamábase este el padre Bonifacio,
Y cuando tal renombre no tuviera,
Por este bien que hizo y bravo hecho
Hubiéra para dárselo derecho.

Fué su ventura tal y atrevimiento,
Que por entre las armas contrapuestas
Pasó con sus vasijas dos á cuestas,
Subiéndolas allá sin detrimento;
A do mostrando aun mas vigor y aliento,
En cómodo lugar las dejó puestas,
De donde siendo luego repartidas,
Sacaron de los indios muchas vidas.

El uno aquí y el otro allí se tiende
Del inmortal espíritu privado,
Y al arrancalle tuerce el rostro airado
Como que aun de la muerte se defiende;
A quién por la cabeza el filo hiende,
A quién la bala deja atravesado,
A quién le asoma ya por la cintura
El palpitante vientre y asadura;

Y cuál con vengativo y duro ceño,
Habiéndole embebido media lanza,
Por ella misma entrando se abalanza
Hasta cerrar á brazos con el dueño,
Queriendo que se abrevie el mortal sueño,
Y no que se dilate la venganza:
A tanta perdicion y daño llega
El daño y perdicion de un alma ciega.

Las tronadoras seis hinchadas piezas,
Apriesa disparadas de mampuesto,
Hacen destrozo y daño manifiesto,
Llevando piernas, brazos y cabezas;
Cuál muere de una vez partido en piezas,
Haciéndole favor la muerte en esto,
Y á cuál, estando ya el pié en el estribo,
Las ganas de morir le tienen vivo.

¡Oh cuántos desfallecen de heridas
Por solo no ligallas desangrados!
Oh cuántos cuerpos ruedan destroncados!
¡Cuántas cabezas vuelan divididas!
¡Oh qué de alientos, ánimas y vidas
Salen por vientres, pechos y costados,
Que ausentes de su tierra y patrio nido,
Van á gustar las aguas del olvido!

Con esto, á su pesar, de la barrera
Dos veces á los indios retiraron,
Mas tantas hechos áspides tornaron
Y con doblada furia en la carrera;
Hasta que rebatidos la tercera,
De la vitoria al fin desesperaron,
Volviendo las espaldas parte dellos
Y luego todo el número tras ellos.

Porque de ver el daño desmedido
Que desde talanquera les hacia
El bélico español y artillería,
Y ver á su cabeza sin sentido,
Dieron lugar á un miedo tan crecido
Cuanto lo fué primero la osadía,
Mostrando á nuestro ejército las plantas
Por no mostrar al filo sus gargantas.

No Rengo y Leucoton, que sobre el muro
Quedaban iracundos peleando,
Mas viendo á todos irse retirando,
Tuvieron el quedar por mal seguro;
Y aunque para ellos fué negocio duro,
La vida por entonces reservando,
Dejaron los postreros la estacada,
Llevando por delante su manada.

Caupolican tambien, que larga pieza
Estuvo amortecido allá en la hoya
Con infinita sangre que le arroya
Y baña de los piés á la cabeza,
De muchos ayudado se endereza,
Y deja el nuevo muro y nueva Troya,
Diciendo allá entre sí: «No hay fuerza alguna
Contra la voluntad de la fortuna.»

El impar Tucalepo solamente
Quedó cual bravo toro dentro el coso,
Que mientras mas herido mas furioso
Embiste las barreras y la gente;
Defiéndese y ofende al mas valiente
El bárbaro sangriento y corajoso
De fieros enemigos rodeado,
Que ya le estrechan de uno y otro lado.

Pero con solamente media maza
De tal manera entre ellos se revuelve,
Que donde aquel sañudo rostro vuelve
Gran trecho de lugar desembaraza;
Hasta que viendo ya que en esta plaza
Es poca la ganancia, se resuelve
De renuncialla, aunque es á su despecho,
Pues quiere mas honor que no provecho.

Mas no le mueve al Indio amor de vida
Para determinarse de salvalla,
Sino que echando gente á la muralla
Quieran cerralle el paso á la salida;
Y para demostrar el homicida
Que es por demás cerrallo ni cerralla,
Como él á su pesar abrilla quiera,
Hizo lo que pensar aun es quimera.

Porque por todas partes revolviendo
La temerosa vista encarnizada,
Y viendo la salida embarazada,
De muro y gente, de armas y de estruendo,
Su fué su paso á paso retrayendo
Hácia donde la cuesta era peinada,
Y tiene de alto en buena perspectiva
De veinte y dos estados para arriba.

De donde con las alas de su rabia
Se arroja en vuelo y furia arrebatado,
Bien como al mar tranquilo y sosegado
Se suele el buzo echar desde la gavia;
Mas luego le parece que se agravia,
Y se arrepiente ya de haber saltado,
Sintiendo que de nuevo le llegaban
Mil tiros que siguiéndole bajaban.

Rabioso desto embiste con la cuesta,
Do tienta la subida inaccesible,
Probándola con ver que es imposible
De la primera vez hasta la sexta;
Y viendo que no puede ser por esta,
Busca por otra parte si es posible,
Escudriñando en torno el paso y via,
Que solo para pájaros le habia.

Pues como de luchar con el barranco
Halló que no sacaba mas provecho
Que derramando sangre estarse hecho
A los que le tiraban cierto blanco;
Determinó dejar el puesto franco,
De donde á la marina fué derecho,
Queriendo emplear en ella su coraje
A costa del robusto marinaje.

Mas viendo que tambien de allí su gente
Desbaratada y rota se volvia,
Siguiendo á la demás que ya subia
Por el recuesto arriba torpemente,
Echó por otra parte él impaciente,
No se dignando de ir en compañia
De los que huyendo van sin ir tras ellos,
Por no participar la infamia dellos.

Y así, bañado en sangre y mal herido,
Colérico, espumoso, bravo y fiero,
Bramando mas que el toro al bramadero,
Y mas desesperado que el vencido,
Se entró por un boscaje entretejido,
Sin que siguiese rastro ni sendero,
Que por aquella parte no le habia
Mas del que desangrándose él hacia.

Llegado á la mitad de la espesura,
Por no poder tenerse ya en su estado
Cayó con todo el cuerpo ensangrentado
Al pié de un roble duro en tierra dura,
Do ni vivir curándose procura,
Ni el verse cual se ve le da cuidado;
Mas puesto allí de rostro muerde el suelo,
Pidiéndose razon de Tucapelo.

En tanto la femínea compañía,
Que estaba atrás dos leguas aguardando
El buen ó mal suceso de su bando,
Costumbre que la guardan hoy en dia,
Sintiendo que el ejército volvia,
Ya por saberlo todo reventando,
Salen á recebillos al camino
Con sus pintados cántaros de vino.

Tras ellas va la bárbara hermosa,
De Tucapel amada tiernamente,
Llevándole refresco suficiente,
Aunque sobresaltada y pavorosa;
Sabida las demás la nueva odiosa
Y estrago lamentable de su gente,
Entregan á las uñas los cabellos,
Trayéndose con ellas parte dellos.

Quién llora su marido, quién su hermano,
Quién á su amado hijo, quién su amante,
Y quién al padre caro vigilante,
Que así la deja huérfana temprano;
Cuál tuerce de dolor la blanca mano,
Y cuál con ella hiere el bel semblante,
Cuál humedece á lágrimas el suelo,
Cuál rasga con suspiros aire y cielo.

Gualeva, mas que todas desalada,
Caido el corazon, la faz difunta,
Por Tucapel matándose pregunta,
Mas no hay quien sepa dél decille nada;
Y viendo que de todos es mirada,
Mil daños y desastres mil barrunta,
Que donde el amoroso fuego quema
No hay género de mal que no se tema.

A gritos llama y nadie le responde,
Que todos callan mustios y serenos,
Mirándola con ojos de agua llenos
Buscar su amado sin saber por dónde;
Y como no es persona que se esconde,
A la primera vista lo echa menos,
Mas loca, no creyéndolo, á mas priesa
Vuelve, revuelve, cruza y atraviesa.

Cual descuidada cierva que herida
Del insidioso y cauto ballestero,
Ya sigue aquel, ya deja este sendero,
Vagando por la senda entretejida;
O cual oveja triste y desvalida
Que sola va buscando su cordero,
Tal va moviendo á lástima Gualeva
Por donde el poderoso amor le lleva.

Ya muestra envuelto en púrpura el semblante,
Ya en blanco, ya en mortal y escuro velo,
Ya fijo en tierra, ya elevado al cielo,
Ya para Ocaso, ya para Levante,
Ya vuelta contra cuantos ve delante,
Les dice: «Dónde está mi Tucapelo?
Decidme lo que el cielo dél dispensa,
No me tengais atónita y suspensa.

» Desengañadme ya si es muerto ó vivo,
Si viene, si se queda ó qué se ha hecho,
Pues no hay en dilatallo mas provecho
Que dilatar la pena que recibo.»
No dice mas, que ya el dolor esquivo,
Queriendo proseguir le cierra el pecho,
Y si prosigo yo, cerrado el mio,
Dirán que canto mal y que porfio.

CANTO VII.

Donde Gualeva, no hallando á su marido, ni quien le dé nuevas dél, se determina de ir en su busca. Quita para esto las armas á un indio, partiéndose con ellas la vuelta del muro. Cuéntase lo que le pasó con Leucoton y Rengo, habiéndolos encontrado en su camino, y la extraña fuerza de sus amorosos sentimientos, afectos y quejas, hasta que halló á Tucapel en medio del bosque.

Adonde luce mas amor tirano
Con el poder intenso de su llama,
Es el cerrado pecho de la dama,
Si ya una vez en él metió la mano;
El áspero camino le hace llano,
Sin que repare en bienes, vida ó fama,
Que todo con su furia lo atropella
Hasta que en el barranco da con ella.

Tan bravo es el rigor con que procede,
Si se apodera dél su mano cruda,
Que allí pretende el pérfido sin duda
Hacer ostentacion de lo que puede:
Pues lo que mas á toda fuerza excede
Es que en la cosa della tan desnuda,
Y tanto que es lo sumo de flaqueza,
Se muestre el chapitel de fortaleza.

Que el fuego en duro hierro introducido
Tan eficaz parezca y tan perfeto,
No es mucho habiendo fuerza en el sugeto
Para que le defienda su partido;
Pero si en pajas débiles prendido
Hiciera con la llama tanto efeto
Que al mismo hierro duro deshiciera,
Actividad sin término arguyera.

Así no gana el crudo amor aleve
Tan extendido crédito y renombre,
Mostrando su potencia con el hombre,
Pues hay capaz materia en que la cebe;
Pero que en la mujer que es paja leve,
Pueda causar efectos con que asombre,
Eso es con instrumento que es de nada
Hacer lo que Sanson con la quijada.

Aunque si vale en esto el voto mio,
La causa por qué mas amor las hiere,
Es porque cuando entrar su pecho quiere
Le impelen con mayor esfuerzo y brio;
Que entonces irritándole el desvio,
Por acabar de entrallas rabia y muere,
Seguro que despues estando dentro
Le pagarán la fuerza del encuentro.

Mas nazca de otra cosa ó venga desto,
Que en juego al fin que tanto se platica,
Cuando la hembra tímida se pica,
Con pecho varonil arroja el resto;
Gualeva ha dicho ya lo que hay en esto,
Aunque mejor despues lo testifica,
Volviendo á proseguir el triste llanto,
Con que los dos pusimos fin al canto.

Cortóse en la mitad de sus preguntas,
Pegando al paladar la lengua helada,
Y luego dió en las yerbas desmayada,
Haciéndoles doblar sus verdes puntas;
No con las delicadas manos juntas,
Mas una de otra aversa y apartada,
Aunque los piés mas albos que la nieve,
Unidos por igual en trecho breve.

Jamás gozó Meandro en su ribera
De cisne que al hervoso alegre seno
Mezclando el blanco propio al verde ajeno,
Tal gracia, tal adorno y lustre diera,
Cual por servirle allí de cabecera
Lo está gozando agora el prado ameno,
En la nevada faz descolorida
De la traspuesta bárbara tendida.

¿Qué lilio, qué azucena ó blanca rosa,
A quien rompiendo el campo de pasada,
La reja descortés dejó cortada,
Cayó sobre la yerba mas hermosa?
¿Ni cuál adormidera granujosa
Inclina su cabeza coronada
Cual reclinó Gualeva el rostro bello
Sobre el marmóreo laso y débil cuello?

Hizo quedar atónita la gente,
Mirando cómo borda sus mejillas
Y parte de las varias florecillas
Con mal cuajadas perlas del Oriente,
Que el removido mar de su accidente,
Mejor que las antárticas orillas
En los conchosos párpados engendra,
Y amor allí las purifica y cendra.

Dueñas, casadas, vírgenes hermosas
Se derribaron luego á socorrella,
En su dolor partícipes con ella
Aun las de su beldad mas envidiosas;
Cuáles al agua corren presurosas,
Y cuáles por la faz le esparcen della,
Llamando, no Gualeva, sino Guale,
Que en la chilena frásis tanto vale.

Aquella le compone el atavío
Si acaso con el aire se desmanda,
Y esta con amorosa mano blanda
Le limpia de la frente el sudor frío;
Los hombres como género baldío,
En este menester se están en banda,
Dejando á la mujer que lo profesa,
Y en esto vale mas de lo que pesa.

Hiciéronsele pues remedios tales,
Que con la multitud y fuerza dellos
A poco rato abrió sus ojos bellos,
Sus ojos dos lumbreras celestiales;
Mas luego con suspiros desiguales
Hizo que padecieran los cabellos
La fuerza tan villana de sus quejas,
Dejando enmarañadas sus madejas.

En cuyas hebras céfiro entregado,
Saca del daño ajeno su provecho,
Quedando en el despojo dellas hecho
Soberbio, caudaloso y prosperado;
Y si con los suspiros fué rasgado,
Le deja dese agravio satisfecho
Un solo pelo destos, que aunque escuro,
Deslustra y escurece al oro puro.

Tampoco al gesto lánguido perdona,
Que ya con puño, palma, ya con uña
Lo hiere, lo sacude, lo rasguña,
Lo ofende, lo maltrata, lo abandona;
Y el planto que en funesto punto entona,
En duro pedernal se imprime y cuña,
Haciendo que las turbas admiradas
La miren ambas cejas enarcadas.

Mas poco estuvo queda en este asiento,
¿Cómo lo puede estar un triste amante?
Que súbito se puso en pié delante
De todo aquel confuso ayuntamiento;
Por donde con furioso movimiento
Y varonil denuedo en el semblante,
Arremetió á las armas de un soldado,
Quitándole la aljaba y un terciado.

La cual echada al hombro menos fuerte,
Del ancho alfanje ornó la estrecha cinta,
Y luego por la gente mal distinta
Se lanza dando voces á la muerte;
Porque desesperada de su suerte,
Segun la mala nueva se la pinta,
Quisiera con la vida barajalla,
Pues no le dan lugar para trocalla.

Y así por todas partes impaciente
Se arroja, vista y cuerpo revolviendo,
Colérica tal vez redarguyendo
A todo el escuadron que está presente;
Tal vez con mansa voz y humilde frente
Al mas plebeyo y mínimo pidiendo
Que al mar de sus fatigas dé algun vado,
Diciéndole si sabe de su amado.

Mas viendo cómo todos á una mano
No aciertan á decille qué se ha hecho,
Procura por Talguen, amigo estrecho,
Que Tucapel amaba mas que hermano;
Porque él mitigará de llano en llano
Con la verdad las ansias de su pecho;
Pero ni por aquella ni esta banda
Lo puede ver ni yo decir cuál anda.

Amáta con el tósigo importuno
No andaba por Italia tan furiosa,
Ni Dido en su Cartago mas ansiosa
Haciendo grandes víctimas á Juno,
Ni en fiestas bacanales hubo alguno
O alguna tan solícita y fogosa,
Cuanto la triste bárbara lo andaba,
Sonándole las flechas en la aljaba.

Sus trenzas ondeando al aire sueltas,
Saltando el corazon desalentado,
El rostro envuelto en un sudor helado,
Las manos por el aire desenvueltas;
Desta manera anduvo dando vueltas,
Hasta que visto ya ser excusado,
Se puso con sus armas en la vía,
Para la cual tomádolas habia.

Por do llevada ya tras su destino,
Con frenesí, furor y desatiento,
Se parte renunciando aquel asiento,
Tan recia como el recio torbellino;
No hay quien allí le impida su camino,
Ni tenga de seguilla atrevimiento,
Ni aun ose preguntarle qué procura:
Tanto como esto puede la hermosura!

Poco despues tambien partió Quidora
En busca de Talguen, su dulce amante,
Mas della trataremos adelante,
Pues no me da Gualeva tiempo agora;
La cual con tierna planta voladora
Ya va de las escuadras bien distante,
Enderezando al muro vitorioso,
Adonde está librado su reposo.

Corrido queda el viento por la espalda
De ver que su presteza no la coja,
Mas aunque procurándolo se arroja,
Apenas la echa mano de la falda;
Y como no es la túnica de gualda
Morada, verde, cándida ni roja,
Mas negra, que es el hábito ordinario,
Sale mejor con ella su contrario.

Las fimbrias recogidas sin alforza,
Que cubren cuando mucho la rodilla,
Descubren tal garganta y pantorrilla
Cual puede ser la masa de la alcorza:
Alguna vez las velas van á orza,
Y asoma por entre una y otra orilla
Un, no lo sé decir, que al sol deslumbra
Y en las tinieblas lóbregas alumbra.

Mas tiempo sobre el aire van sus plantas
Que sobre las que toca por el suelo;
Tú, Febo, que la ves desde tu cielo,
Apriesa los caballos adelantas
Y con el duro azote los quebrantas
Por mas apresurallos en su vuelo,
Todo por alcanzalla y por habella,
Antes que algun laurel se forme della.

Mas piérdeste, perdiéndola de vista,
Pues en el mar contigo diste luego,
Quizá por mitigar con agua el fuego
Que en tí prendió el amor como en arista;
Y así la negra noche vino lista,
Dejando al hemisferio triste y ciego,
Y triste y ciego al campo en ver la dama,
Que va mas triste y ciega por quien ama.

No bien se cobijó la madre tierra
Su capa y la comun de pecadores,
Cuando un tropel de angustias y dolores
De nuevo con el débil pecho cierra;
Al cielo comunica el mal que encierra
A fuerza de suspiros y clamores,
Que, revocando en montes y quebradas,
Las dejan, aunque duras, quebrantadas.

«Al tiempo, dice, ¡ay triste! que en el mundo
Los elementos, plantas, animales
Y los negociadores racionales
Reposan en silencio el mas profundo,
Yo sola con mis duras voces hundo
Los mudos campos, breñas y jarales,
Haciendo que despierte á su gemido
La ya dormida tórtola en su nido.

»Yo sola me deshago en mi lamento,
Y nadie puede en él acompañarme,
Que amor quitó, por mas atormentarme,
De todos, para dármelo, el tormento;
Mas ¡ay! ¿á quién mis ánsias represento,
O qué provecho saco de quejarme,
No habiendo quien responda á mis congojas
Sino el ciprés funesto con sus hojas?

»Si tú me respondieses, Tucapelo,
¡Oh regalada voz al gusto mio!
Callara el monte, el prado, el valle, el rio,
Y enmudeciera el mar, el aire, el cielo;
¿Donde estarás, crisol de mi consuelo?
Dime si estás de espíritu vacío,
Para que lamentando no me canse,
Mas de una vez, siguiéndote, descanse.»

Mas adelante fuera con sus quejas
A no cortalle el hilo de repente
Un súbito rumor como de gente,
Que el órgano tocó de sus orejas;
Al cual poniendo en arco entrambas cejas,
Escucha sin moverse atentamente
Lo que será, juzgando que ya tarda,
Costumbre natural de quien aguarda.

Apenas la ramilla se menea,
O mueve el manso viento alguna hoja,
Cuando su Tucapelo se le antoja,
En fe de ser la cosa que desea;
Mas porque de ligero no se crea
La que de tan pesado se congoja,
Son Rengo y Leucoton, los dos guerreros,
Al retirar del muro los postreros.

Ya la de nombres tres y tres lugares
Sus argentadas trenzas descogia,
Y á consolar la bárbara salia,
Si cabe algun consuelo en sus pesares;
Cuando los dos varones militares,
Que acaso habian tomado aquella via,
Su faz inopinadamente vieron,
Y el paso atrás en viéndola volvieron.

Como el que estando en un lugar escuro
Si va á salir de súbito á lo claro,
No yendo con las manos al reparo,
Lo vuelve deslumbrado el rayo puro;
Así los dos que vienen de hácia el muro,
Viendo en Gualeva aquel semblante raro
Y el rayo que de luz sus ojos tiran,
Se ciegan, se deslumbran, se retiran.

No cuando apareció la Cipria diosa
Al Teúcro y á su Acátes en el prado,
Con rica aljaba y borceguí argentado,
En hábito de ninfa nemorosa,
Fué vista por entrambos mas hermosa,
Con ir á parecerlo de pensado,
Que la llorosa Guale descuidada
De Leucoton y Rengo en su jornada.

Ella rompió el silencio la primera
Habiendo, mal su grado, conocido
Que de los dos ninguno es su marido,
Pues otro garbo y término trujera;
Y díjoles con ansia lastimera:
«Varones, si algun tiempo habeis querido,
Decidme: ¿en qué lugar de todo el suelo
Sabeis que viva ó muera Tucapelo?»

Los indios, aunque en vista y en lenguaje
Quisieron conocer la dama bella,
Tuvieron por extraña cosa en ella
El hábito y el verla en tal paraje;
Por donde embarazados con el trage,
Apenas eran parte á respondella,
Hasta que conociéndola del todo,
Le dieron la respuesta deste modo:

«Perdónanos, bellísima Gualeva,
Lo que hemos suspendido el responderte,
Pues lo ha causado hallarte desta suerte,
Para la grande tuya cosa nueva;
Si amor de Tucapel así te lleva,
El es tan venturoso como fuerte,
Y digno de que el mundo por tus ojos
Se ufane con ponérsele de hinojos.» —

«Para que se le rindan los humanos,
Responde, á Tucapel bastan sus brios,
Que no son menester los ojos mios
Adonde está la fuerza de sus manos;
Mas ¿para qué son esos dichos vanos,
Y dignos de llamarse desvarios,
Pues que me respondeis tan diferente
De la pregunta y ocasion presente?

»Dejáos agora deso nunca justo,
Y menos mucho en tales ocasiones,
Porque es enderezar vuestras razones,
Dejando mi dolor al propio gusto,
De donde se me sigue mas disgusto,
Por conocer dañadas intenciones.
No respondais ¡oh faltos de celebros!
A un corazon quebrado con requiebros.

»¿Será razon que mi ánimo se fie
De la que en vuestro noble pecho mora,
Y que esta sin razon me obligue agora
A que de vos huyendo me desvie?
Mirad que no es aceto el que se rie,
Antes odioso, en casa del que llora,
Por ser tan natural cuan ordinario
Ser todo aborrecible á su contrario.

»Su tiempo tiene todo señalado,
Y pues que de llorar agora es tiempo,
Quererlo así gastar en pasatiempo,
¿No echais de ver que es tiempo mal gastado?
Por Tucapel há tiempo he preguntado;
Si dél sabeis decir, decid con tiempo,
Primero que sin tiempo el ansia fuerte,
Llegue mi vida al tiempo de la muerte.»

Dorando como pudo el grave yerro,
Le dijo Leucoton: «Tu caro amigo
Saltó, rompiendo al áspero enemigo
El muro levantado sobre el cerro;
Donde con ver en torno tanto hierro
Con que iban ya cerrándole el postigo
Por do le fuera fácil retirarse,
No quiso el contumaz sino quedarse.»—

«¿Quedóse, dilo, acaba, muerto ó vivo?»
Gualeva replicó desalentada;
Mas Rengo dice: «Vivo en la estacada,
Y haciendo en ella mas que el Dios altivo;
Al menos cuando yo con ceño esquivo
El último seguí la retirada,
Vivo quedaba dentro peleando,
Ajena y propia sangre derramando.

»No tienes que dudar si te engañamos,
Porque esta es la verdad al descubierto,
Que cuando le dejamos no era muerto
Si no lo fué después que le dejamos;
Mas de su brazo indómito esperamos
Que habrá salido libre á campo abierto:
Enfrena pues tus lágrimas inciertas
Y hasta certificarte no las viertas.»—

«¿Que lo dejais decís? ¿Y con qué cara?
¡Ay, cómo en confesallo bien se muestra
Que no entendeis saliros á la vuestra
Haber dejado así la sangre cara!
A fe que Tucapel nunca os dejara
Hasta dejar el alma con la diestra;
Pero dejais al mundo satisfecho
De lo que va del suyo á vuestro pecho.

»No sé por cierto á qué me lo atribuya,
Sino es á la desgracia propia mia,
Que á trueque de no hacelle compañía,
Tal vida permitais que se destruya;
Y pues faltando á Tucapel la suya,
La vuestra y la de todos faltaria,
El propio bien ó público siquiera
Para favorecelle ¿no os moviera?

»Mas ¡ay! no me acordaba con la pena
De cómo estáis con él enemistados,
Y en esas propias vuestras no fiado,
Os quisistes vengar por mano ajena;
Perdistes ocasion por cierto buena,
En que de nobles fuérades loados,
Pues que de serlo no hay mejor testigo
Que dar la mano en tiempo al enemigo.

»¡Cuán bien contado, Rengo, que te fuera
Si se la hubieras dado al dueño mio,
Para que el aplazado desafío,
Hallándose con vida te cumpliera!
Pero temiendo tú que te venciera,
Pues fuera no temello desvarío,
Tu vida rescataste con su muerte,
Mostrándote varon de baja suerte.

»Y si con esto aun quedas mal vengado,
Yo salgo (y empuñóse) á la demanda;
Sal pues, infame, y échese á la banda
Ya de una vez el tuyo y mi cuidado;
No te me pienses dar por excusado,
Diciendo soy mujer de mano blanda,
Que la razon que tengo me asegura
De que ha de parecerte mano dura.

»Pues no será mi padre Pangarcato,
Ni el magno Talcamávida mi abuelo,
Ni yo seré mujer de Tucapelo,
Ni Tucapel será por quien combato,
Si en este juego pienso dar barato
Menos que de tu sangre al verde suelo,
Haciendo al que seguro en mí se anida
Un bajo sacrificio de tu vida.»

Maravillado Rengo le responde:
«¡Oh pecho varonil aventajado,
Que para ser cual debes colocado,
No sé si puede haber lugar adónde!
Ningun valor al tuyo corresponde
En todo lo que mira el sol dorado,
Y así será agraviar á lo que vales
Ponerte con mis fuerzas desiguales.

»Mas aunque me aventajas y me sobras,
Sabe de mí que mas me descalabras
Y ofendes con tus ásperas palabras
De aquello que pudieras con las obras;
Indigno soy del odio que me cobras,
Y de que así conmigo te dasabras,
Pues con lo que de mí tu pecho piensa
A mí y á la verdad haces ofensa.

»Con vida quiera Dios que esté tu amado,
Que tanto como tú se la deseo,
Siquiera por el próspero trofeo
Que espero yo de habérsela quitado;
Y como soy en esto interesado,
Aunque le dén la muerte, no lo creo,
Porque matar á un hombre de su brio
No es obra de otro brazo que del mio.

»De donde se colige claramente
Que yo pudiendo mas no le dejara,
Porque otro por matalle no gozara
Lo que me viene á mí derechamente;
Mas es de tal valor la nueva gente,
Y el nuevo capitan de sangre clara,
Que solo para hacer los golpes vanos
Daba lugar y tiempo á nuestras manos.

»El solo, confesémoslo, nos puso
A mí y á Leucoton en la pelea
Despues que le rompimos la trinchea
En término y estado bien confuso;
En especial á mí me descompuso
De suerte que jamás ni con Andrea (10)
Me ví tan afligido y apurado
Como con este jóven esforzado.

»Así que por tu esposo en esta parte
Yo puse lo postrero de potencia,
Mas tanta fué después la resistencia,
Que para socorrello no fuí parte;
En lo demás yo quiero acompañarte,
Si tú quisieres dándome licencia,
Por mas que me la nieguen estas llagas,
Para que de quien soy te satisfagas.»—

«Satisfaccion, Gualeva dice á Rengo,
No la hay, si no es matándome contigo;
Y no viniendo en esto que yo digo,
Tampoco en lo que tú dijeres vengo;
Pues cuanto por honrada y fiel me tengo,
En ir tan sola en busca de mi amigo,
Por falsa y deshonrada me tuviera
Si un falso y deshonrado me siguiera.»—

«Para que así me trates y te quejes,
Responde Rengo, en poco te has fundado.»
Mas ella le replica: «Es excusado
Que mas sobre esto luches ni forcejes,
Pues no te he de llevar á que me dejes
Como al que busco dices que has dejado:
Baste lo que con él, traidor, usaste,
Aunque para mi daño nada baste.»

No dice mas, que luego, envuelta en saña,
Y retorciendo el rostro á Rengo esquivo,
Se va de allí con paso fugitivo,
La vuelta de una espesa y gran montaña,
Adonde piensa ver, si no la engaña
Su triste corazon apenas vivo,
Al rico dueño del que vive dentro
Como lugar nativo y propio centro.

Que nunca della pudo recabarse,
Por mucho que uno y otro le dijese,
Que por manera alguna consintiese
En tanta soledad acompañarse;
Ni pudo en su temor asegurarse
De que su Tucapelo vivo fuese,
Porque es dificultoso que uno crea
En cosas de su bien lo que desea.

Dejólos con los ruegos en la boca,
Y la cerviz bellísima volviendo,
Al monte, como digo, fué corriendo,
No con velocidad ni pena poca;
Tan fuera va de sí como una loca,
Con Tucapel hablando y respondiendo,
Que cuando amor al ánima lastima,
Mas suele estar donde ama que do anima.

Dejáronla llevar de su destino,
Aunque con harta lástima de vella,
Los dos que bien holgaran de ir con ella,
Si diera algun lugar su desatino;
Y prosiguiendo juntos el camino,
Se fueron parte dél tratando della,
Y repitiendo casi á cada paso
El punto y extrañeza deste caso;

Tal vez encareciendo justamente
Su grande fe y amor calificado,
Tal vez el pecho y ánimo esforzado,
De su delicadez tan diferente;
Tal vez á lo que llega el accidente
Del siempre niño Dios entronizado,
Si toma posesion de un pecho noble,
Que se le defendió con arma doble.

«¡Oh cuánto diera yo, Rengo decia,
Amigo Leucoton, y cuánto diera
Porque este amor Millaura me tuviera,
Millaura, aquella luz del alma mia!
Y ¡cuán de buena gana tomaria
Que como Tucapelo me perdiera,
Con tal que me guardara vivo el hado
Hasta gozar de verme así buscado!»—

«No quieras tan costosa y cara prueba,
Le dice Leucoton, mas vive, amigo,
Pues como tengas vida, yo te digo
Que no es Millaura menos que Gualeva;
Sino que en la mujer no es cosa nueva
Tratar á su amador como á enemigo
Hasta probar el celo con que viene,
Y es por el natural temor que tiene.

»Verás al descubrille el pensamiento
Aquella austeridad con que comienza,
Que no parece hay cosa que la venza,
Y que es imaginallo perdimiento;
Mas todo aquel desden y encogimiento
No es mas que hacer la salva á su vergüenza,
Y un darnos á entender, cuando concede,
Que es porque defenderse mas no puede.

»Otras razones tienen de esquivarse,
Mas en resolucion, por mas que veas,
Jamás de la que bien quisieres creas,
Que deja de quererte y abrasarse;
Solo hay que saben mas disimularse,
Al menos cuando ven que las deseas,
Lo cual conocen ellas claramente
Como si lo escribieras en la frente.

»Así que no te aflijas desde agora,
Que el tiempo hará su curso si le place,
Y lo que en muchos años no se hace,
Suele despues hacerse en sola un hora;
¿Qué sabes de Millaura si te llora
Y en este mismo punto se deshace,
Sintiendo en lo interior del pecho suyo
Lo mismo que tú sientes en el tuyo?»—

«Quererme tú curar desa manera,
Estando en este mal tan mal experto,
Responde Rengo, es duro desconcierto
Y solamente hablar de talanquera;
Al fin, como del mar te ves tan fuera,
Gobiernas bien la nave desde el puerto,
Mas si te vieras dentro en fusta angosta,
Tú dieras, como todos, á la costa.»—

«No pienses, Leucoton le dijo luego,
Que nunca el mar de amor he navegado;
Ya sus furiosas aguas me han cercado,
Y entre ellas abrasádome su fuego;
Ya vi su vendaval, ya su gallego,
Y sé, de puro bien acuchillado,
Que nunca ni tormenta ni bonanza
Dejaron de rendirse á la mudanza.»

Así los dos amigos altercando
Sobre este y otros puntos caminaban,
Con que la grave pena que llevaban,
Camino y horas iban engañando;
Hasta que en largo término llegando
Adonde los demás les aguardaban,
Trataron de juntarse nuevamente
Para volver á dar en nuestra gente.

Pues quédense tratando agora desto,
En tanto que yo vuelvo do me llama
La vagarosa triste y sola dama,
A quien en tal estado amor ha puesto;
Prosigue sin parar su curso presto,
De que se queja bien la seca grama,
Pues puede, si parase un tanto en ella,
Su blanco y tierno pié reverdecella.

Mas no le da lugar, que bien quisiera,
La priesa de la vara y acicate
Con que el tirano amor la hiere y bate
Para que se repare en la carrera;
Y aunque se canse, á descansar no espera,
Temiendo que el descanso no la mate,
Si muere, por buscalle con remanso,
Aquel en quien se libra su descanso.

Con todo, aconsejarse no sabiendo,
Ya del seguido rumbo desmentia,
O ya por él de nuevo revolvia,
Errática y furiosa discurriendo;
Ya sesga de tropel iba corriendo,
Ya sin saber á qué se detenia,
Enviando allá y acá la vista bella,
Y mil suspiros íntimos tras ella.

Cual suele andar la vaca si ha perdido
El tierno becerrillo, prenda cara,
Que ya sin órden corre, ya se para,
Llamándole con hórrido bramido;
Ya sobre alguna loma del ejido,
Si alguna cosa ve, con ella encara,
Alzando la cerviz y armada frente
Con un feroz denuedo y continente;

Así Gualeva andaba con la pena,
Agora en vaca fiera convertida,
Agora lamentándose afligida,
Ya rota de sus lágrimas la vena;
Como la querellosa Filomena,
Que cuando al nido fué con la comida,
No vido en él sino es algunos pelos,
Reliquias de los huérfanos hijuelos.

Llegada en fin al monte escurecido,
Se lanza en él, rompiendo su arboleda,
Do, sin sentillo, á veces se le queda
De alguna rama algun cabello asido;
Porque como él es tal y va esparcido,
No hay árbol tan hermoso, con que pueda,
Que alguna partecilla no le coja
Para el esmalte y lustre de su hoja.

Gran rato anduvo así por la espesura,
Pegando fuego al aire y á la rama,
En fe de los suspiros que derrama,
Bastantes á encender el agua pura;
«¿Adónde estás, clamaba, ¡oh muerte dura!
Que nunca has de venir á quien te llama?
Si por llamarte ahora te detienes,
Ya no te llamo, ven, ¿por qué no vienes?

»Mas ¡ay! ¿qué pides, ánima perdida?
¿No ves que arguye pecho poco fuerte
Pedir que llegue el paso de la muerte
Por excusar los duros de la vida?
¿Qué sabes tú si aquel que en tí se anida
Aun goza de la luz? Mas si mi suerte
No lo permite así, salidme, fieras,
Y haced estas mis sílabas postreras.

»¡Ay! como el no poder certificarme
Es lo que me detiene y me refrena,
Para que, ya que falta mano ajena,
Con esta propia deje de acabarme;
Mas, pues que ya no acaba de matarme,
No debe ser tan áspera mi pena,
Aunque á razon de como yo la siento,
Exceda toda suerte de tormento.

»Pues ¿cómo, siendo así, viva me hallo?
No sé, sino es que al cielo injusto place
Que, como crece el sol que me deshace,
Crezca la fuerza en mi para llevallo;
Mas si en así querello y ordenallo
Algun favor entiende que me hace,
Engáñase, que es muerte mas esquiva
Hacerme que muriendo siempre viva.

»Mas déme cuanto mal quisiere el cielo,
Y si otro le quedare mas terrible,
Aunque esto á mi pesar es imposible:
A todo estoy dispuesta, venga y délo;
Que siendo por tu causa, Tucapelo,
No dejará de ser en mí sufrible,
Con tal que, agora mueras, ora vivas,
En ara y holocausto lo recibas.

»Acaba, dime pues, ¿á dó te escondes?
Mira que yo te busco, sal ya fuera.
¿No sales? Tu querida es quien te espera,
Gualeva es quien te llama. ¿No respondes?
Ingrata y duramente correspondes
A un puro corazon hecho de cera,
Que regalado en su amorosa llama,
Por estos ojos tristes se derrama.

»¡Oh selvas, campos, riscos, peñascales,
Y vos, sus moradoras bravas fieras,
Manchadas tigres, pardos y panteras,
Marinos peces, aves celestiales,
Arroyos claros, fuentes perenales,
Umbrosos valles, húmidas riberas,
Si percebis la voz que doy en vano,
Llevádsela á mi bien de mano en mano.

»Obligacion teneis á lo que os pido,
Porque si estáis seguras y adornadas,
Sin ser de los cristianos infestadas,
Es porque os hace sombra mi querido;
Pues ¿dónde le teneis, decí, escondido?
Guiad allá mis trémulas pisadas
Para que llegue á tiempo tan dichoso,
Que cause el suyo, el vuestro y mi reposo.

»¿Oisme por ventura? ¿Estáis conmigo?
Mas ¡ay, qué gran locura y devaneo!
Al aire y á los árboles voceo;
No debo estar en mí, no estoy, bien digo,
Porque si estoy sin tí, mi dulce amigo,
Que eres el yo del ser que en mí poseo,
No puedo estar en mí como solia,
Y solo estoy allá en la pena mia.

»Podráslo colegir, Señor, de verme
Verter por estos páramos mis quejas,
Adonde nadie puede darme orejas,
O si las da, no sabe responderme;
Eco no mas se cansa por valerme,
Corriendo con mi llanto á las parejas,
Mas como no me alcanzan sus alientos,
Responde con los últimos acentos.»

Así la triste bárbara plañia,
Así con la menor de sus querellas
Tocaba las altísimas estrellas,
Y el bosque resentido reteñia;
Sus ninfas en sagrada compañía,
Los faunos y los sátiros con ellas,
Al tierno y alto son de sus clamores
Llevaban tiernamente los tenores.

Mas cuando estuvo ya de medio á medio
Tendido por la tierra el negro manto,
Gualeva en los extremos de su llanto,
Antes que fin tuviera, tuvo medio;
Porque cuando ella mas de su remedio
Desesperaba, quiso el cielo santo
Que oyese, no muy léjos de do estaba,
Una cansada voz que se quejaba.

Paró de golpe á ver lo que seria,
Y estúvose clavada en el asiento,
Adonde le tomó el cansado aliento,
Volviéndose al lugar de do salia;
En las intercadencias que hacia
La ronca voz, mostraba el poco aliento
Que ya gozaba el pecho enflaquecido,
De donde con dolor habia salido.

Oyólo atenta, el viso cudicioso
Por los espesos árboles echando,
Hasta que Fébes ya su luz prestando,
Le descubrió sangriento al caro esposo;
Que al pié del roble sólido y ñudoso
Estaba como el pece palpitando,
En una grande balsa de sus venas,
Ya de furor, y no de sangre llenas.

Cual águila caudal, que desde el cielo,
En viendo al ballenato dar en tierra,
Prestísima con él en punta cierra,
Dejando roto el aire con su vuelo,
Y dando con las alas por el suelo
Encima dél se arroja y dél se aferra,
Tal, sobre el cuerpo echado en sangre roja,
La bárbara frenética se arroja.

Allá la dama célebre de Sesto
Ligera se arrojó al galan de Abido,
En las arenas húmidas tendido,
Solo por le pagar su amor con esto;
Mas no es para frisar su curso presto
Con este de Gualeva desmedido,
Ni aquel de la pesada piedra cuando
A su nativo centro va llegando.

Llegó con él, y habiéndose entregado
Del que con tantas lágrimas buscaba,
Su pecho, rostro y boca le entregaba,
Diciéndole: «¿Qué es esto, dulce amado?
¿Quién fué el traidor que os puso en tal estado?
Y yo, traidora, entonces ¿dónde estaba,
Que no me pude hallar al trance crudo
Para que hubiera sido vuestro escudo?

»Pero volved en vos, mi bien, agora,
Y tomaréis en mí venganza desto,
Si no quereis que yo la tome presto,
Abriendo puerta al alma que os adora;
Porque la fe, que en este pecho mora,
Lo tiene ya conmigo así dispuesto;
Pues si mi vida amais como ella os ama,
Mostradlo en responder á quien os llama.»

En tanto que esto ansiosa le decia,
De su delgada túnica rasgaba,
Con que las grandes llagas le ligaba
Por do perder mas sangre parecia,
Y la que en el afeado rostro via
Al suyo hermoso y limpio la pasaba,
Sin procurar entonces hermosura,
Cosa que la mujer tanto procura.

Mas no se disminuye della nada
Con las pegadas máculas sanguinas,
Porque parecen antes clavellinas,
Sin órden esparcidas por cuajada;
O lo que suelen ser al alborada
Cuando nos corre Febo sus cortinas,
O cuando quiera ya cerrar el velo,
Los rubios arreboles por el cielo.

Ninguna destas cosas ve el marido,
Porque de haberse tanto desangrado,
A la sazon estaba desmayado,
Desde que su mujer le vió tendido;
La cual, en verle ajeno de sentido,
Se cubre de un mortal sudor helado,
Que le quitara pena y vida junto
A no volver el Indio en este punto.

Volvió, mas de la rabia que tenia,
El seso trastornado en sus vacíos,
Y así, diciendo extraños desvarios,
Que forma la revuelta fantasía;
Ella, sin entender que desvaria,
Le dice: «Lumbre destos ojos míos,
¿Qué es esto? Qué es de vos? ¿Tan flacamente
Os desmayais, teniéndome presente?»

Apenas hubo dicho desta suerte,
Cuando responde el Indio á sus endechas:
«¿Quién eres, que conmigo así te estrechas?
Paréceme que quiero conocerte;
Ya te conozco: ¿no eres tú la muerte?
No es otra: ¿no la veis con arco y flechas?
Sin duda que es la muerte poderosa;
Mas no, que para muerte es muy hermosa.

»Pero será posible que lo sea,
Y como tanto há ya que la deseo,
El gusto y aficion con que la veo
Me la figure hermosa, siendo fea;
Acaba, muerte, pues; tu jara emplea
Y goza de tu próspero trofeo.
¿Qué dudas? ¿No te llegas? No te mueves?
Aun con venir armada ¿no te atreves?—

»¿Cómo? ¿Tan presto tanto desmerezco,
Dice Gualeva en llanto derretida,
Que ayer me confesabas por tu vida,
Y agora lo contrario te parezco,
Cuando por tí mas duro mal padezco,
Haciendo prueba dello conocida?
Mas ¡ay! que es condicion del hombre loco
De quien le tiene en mucho darse poco.»—

»Así que, ¿el hombre tiene esa costumbre?
Responde el trastornado Tucapelo;
Pues mira cuánta lumbre da en el cielo
La luna en competencia de tu lumbre;
¿No ves al Español allá en la cumbre
Y á Tucapel echado por el suelo?
Mas ¿cómo se arrojó de allí el cobarde
Para morir un hora ó dos mas tarde?»

Con esto, que bastó por desengaño
De que era desacuerdo y desatino,
Gualeva comenzó á perder el tino,
Haciendo de sus lágrimas un baño;
Mas, como nunca viene solo el daño,
El compañero deste luego vino,
Que fué tornar el bárbaro sangriento
Á suspender el curso del aliento.

No pudo ya su cara compañera
Dejar de hacerle cara compañía,
Quedando sin sentido en tierra fría,
Adonde así quedara quien la viera;
Y todos quedarémos con espera,
De que descansará la mano mia,
Pues bástale de ruda ser notada,
Sin que tambien la noten de pesada.

CANTO VIII.

Vuelto en sí el llagado Tucapel de su desmayo y frenesí, conoce á su mujer, llamándola con extrañas ansias, hasta que hecho su poder, la torna tambien en sí. Rehusa el indio la cura de sus llagas, movido de su acostumbrada soberbia, hasta que, convencido por Gualeva, la consiente, recibiendo con ella alguna mejoría. Oyen los dos un grande ruido, que venia rompiendo por lo mas espeso de la montaña, adonde el suceso queda suspendido por contar lo que don García hizo y le sucedió despues de la batalla. Concluye el canto con un razonamiento hecho á su gente y una espantosa nueva que un mensajero le trujo, dándole aviso de cómo venia sobre él toda la tierra junta.

¡Qué pocos hay en esta edad presente,
Aun de los que se precian mas de amantes,
Que tengan sentimientos semejantes,
O sepan qué es amar perfectamente!
Los mas se van al fin de su accidente,
Y llaman á los otros ignorantes,
Teniendo á cortedad lo que es pureza,
Y á la desenvoltura por fineza.

Ya no hay la sencillez y noble trato
Que allá en aquel dorado siglo habia;
Ya va lo bueno á menos cada dia,
Y mas que á mas lo malo cada rato;
Ya el mundo no es cual fué, sino un retrato
De engaño, de traicion, de alevosía,
Aunque esto no es lo malo dél ni dello,
Sino preciarse ya de parecello.

¡Cuán léjos anda el hombre mal discreto
De procurar aquello que aprovecha,
Pues deja por el mal de su cosecha
El bien que ha de venille de acarreto!
Apenas hay quien siga lo perfeto,
Ni atine por dó va la senda estrecha,
Que como de tan pocos es andada,
Crece la yerba y tiénela cerrada.

Un tiempo los humanos, tiempo bueno,
Trataban sin doblez verdad entera,
Sin que mostrasen mas en lo de afuera
De lo que estaba allá dentro del seno;
Mas la malicia corre ya sin freno,
Y la bondad corrida va trasera,
Echando atrás mas pasos que adelante,
Cual por la seca arena el caminante.

¡Oh bienaventurada aquella gente
De pecho limpio y ánimo sincero,
Do vive amor tan puro y verdadero,
Que no publica mas de lo que siente;
Que no le mueve ilícito accidente,
Que el interés con él no vale un cero,
Y es á querer de solo un fin movido,
Cual es querer no mas y ser querido!

Como Gualeva quiere, que no quiere
Sino por ser querida de su amado,
Y así de verle agora en tal estado
Casi para morirse, casi muere;
Pues, como el canto sétimo refiere,
Le da la pena un golpe tan pesado,
Que la derriba y tiende por el suelo,
Envuelta en un mortal y turbio velo.

Estuvo sin sentido larga pieza,
Porque del gran extremo en que sentia
En el de no sentir venido habia,
Que así del fin de un mal otro se empieza;
Volvió su amante en esto la cabeza,
Que ya de su locura en sí volvia,
Cobrando aquel aliento de que agora
Por él está privada su señora.

Revuelve el cuerpo, vela, mira y para;
Los ojos clava en ella y se demuda;
Parécele que es Guale, pero duda
Que tanto bien le dé fortuna avara;
Extiende el brazo y llégale á la cara,
Do siente que un sudor helado suda,
Mas visto ser su bien, su mal conoce,
Y por la causa dél se reconoce.

A levantarse va desatinado,
Despues de haberse vuelto boca arriba,
Mas aunque en una y otra mano estriba,
No puede alzar el cuerpo desangrado;
Forceja y vuelve de uno y de otro lado;
Mil veces prueba, y tantas le derriba
La falta de la sangre, que era mucha,
Y así no puede mas por mas que lucha.

Pero sacando fuerzas de flaqueza,
Que della habiendo amor puede sacarse,
Si no se levantó pudo sentarse,
Por mas que lo estorbó naturaleza;
Y sobre aquel milagro de belleza
Penadamente empieza á derribarse,
Cogiendo de sus labios, aunque helados,
Frutos en todo tiempo sazonados.

Do luego con la voz debilitada,
Que á fuerza del amor del pecho sale,
Le dice: «¿No eres tú mi amada Guale?
¡Oh luna! Y ¿esta no es mi Guale amada?
Pues ¿cómo estás así desfigurada,
Faltando en la figura quien te iguale?
O ¿quién te dió lugar en este suelo,
Debiéndole tener allá en el cielo?

»Si para estar, Señora, desa suerte
Ha sido parte el ver que estoy yo desta,
¿No sabes que mi vida no está puesta
Al golpe, si tú vives, de la muerte?
Pues vive y torna en tí, que solo el verte
Es lo que ya mas siento y mas me cuesta:
No mas, no mas, amiga, baste, baste;
No vuelvas á perder lo que hallaste.

»Responde á Tucapel que soy yo mismo;
Yo soy el que tú buscas, yo te llamo.»
No dice mas, y al eco deste bramo
Torna Gualeva en sí del parasismo.
Estaba ya en las puertas del abismo,
Y vino como el pájaro al reclamo
Al poderoso grito de su amante,
Poniendo en él su pálido semblante.

Levántase, que el bárbaro la ayuda,
Diciéndole: «¿Qué sientes, mi señora?
¿No ves delante vivo al que te adora,
Aunque su vida has puesto en harta duda?»
Ella con esto el muerto color muda
En el color mas vivo de la aurora,
Y no pudiendo hablalle de contento,
Le ciñe con sus brazos en descuento.

«¿Cómo, pregunta el Indio, mi querida,
¿Tan grande fué la pena que sentiste?»
Mas ella le responde luego: «¡Ay triste,
En tal peligro vi, Señor, tu vida!»—
«Pues si esa ya no puede ser perdida,
Replica Tucapel, ¿por qué temiste?
¿Hay juego donde pueda yo perdella
Si en el de amor te di barato della?

»Debieras entender de Tucapelo,
Siquiera por ser tuyo, mi Gualeva,
Cuando tuvieras dello menos prueba,
Que es cosa superior á tierra y cielo;
Y así lanzar el tímido recelo
Que á tan disparatado fin te lleva,
Como es pensar que en este pecho fuerte
Tiene jurisdiccion la flaca muerte.

»¿Entiendes, por hallarme así deshecho
Y en sangre de mis venas anegado,
Que ya la precision del duro hado
De mi pretende haber algun derecho?
Engáñaste, que solo á mi provecho
Aspira con ponerme en tal estado,
Y si él tambien entiende que me daña,
Entienda juntamente que se engaña.

»¿Hay quien me pueda á mí quitar el brio
Fuera de tu querer, mi dulce amada?
Tan solo dél mi vida está colgada,
Y todas las demás lo están del mio;
Y aun dese rostro y deste brazo fio,
Que á cuantos alzan hoy en Chile espada,
Yo solo, pues en mí solo me fundo,
Los he de alzar de Chile y aun del mundo.

»No pienses pues por verme desta suerte,
De sangre, aliento y fuerza enajenado,
Que el hilo de mi vida está arrimado
A los agudos filos de la muerte;
Pues nadie torcerá mi brazo fuerte,
Que es el apoyo y base del Estado,
Por mas que su vigor pongan á una
La muerte, el hado, el tiempo, la fortuna.»

Así soberbiamente blasonaba,
Apenas alcanzándole el resuello,
Mas á la bella bárbara de vello,
Oyendo sus locuras, le pesaba;
Y en tanto que las pastas le limpiaba
Con el sútil cendal de su cabello,
Le dice: «¡Ay! cómo no es el menos daño
No ver, Señor, que estás en este engaño.

»Si no lo ves, da crédito á quien te ama,
Y sábete que estás como el que sueña,
Que corre, vuela, salta y se despeña,
Y al fin está tendido en una cama;
¿Qué importa, dime, el dicho de tu fama
Si el hecho lo contrario nos enseña?
¿Tú quieres que prefiera lo que creo
A lo que por mis propios ojos veo?

»Bien sé que tienes ánimo valiente
Y pecho sobre todos levantado,
Mas no has de estar en eso confiado
Para tener en poco el mal presente;
Pues la mudable diosa no consiente
Que estén las cosas siempre en un estado,
Ni en tu poder y mano está su rueda
Para que á su pesar la tengas queda.

»Y cuando te asegures de tu parte,
Que te dará el favor que á todos niega,
De mí, cuya desdicha á tanto llega,
Dime, ¿con qué podrás asegurarte?
Concédote que quiera reservarte,
Pero si me concedes tú que es ciega
Y que los dos vivimos tan en uno,
¿A entrambos no dará por dar al uno?

»Si cuando sobre tí la decendiera
Pudiera yo, Señor, alzar la mano,
O procurara hacer el golpe vano,
O todo sobre mí le recibiera;
Mas no pudiendo ser desta manera,
¿No ves que no será consejo sano
Asegurarte tanto de una cosa,
Que cuando está mas cierta es mas dudosa?

»Y aunque es verdad que muestras en el talle
No ser agora tanto el mal presente,
Para que por descuido no se aumente,
Importa conocelle y remedialle;
Mas yo ¡que en tales términos me halle,
Tan falta del recaudo suficiente,
Tan sola y sin favor de cosa alguna,
Que solo me le dé la blanca luna!

»¡Ay! alma, que un cuchillo te atraviesa
De ver que así tu cielo en tierra yace.
¿Cómo tanto dolor no te deshace,
Y mas cargando en tí con tanta priesa?
¡Ay! cómo el mas pequeño pesar pesa
Mas de lo que el mayor placer aplace,
Pues no he gozado bien siquiera una hora
Que llegue, ni con mucho, al mal de agora.»

Así la delicada y frágil hebra
Deste su lamentar Gualeva hila,
Hasta que poco á poco se deshila
Y al fin con un suspiro se le quiebra;
Con otros muchos íntimos celebra
A vueltas de las lágrimas que estila
El tierno proceder de sus razones,
Agora endurecido en mis renglones.

El bárbaro, por ver que se afligia,
La quiso en su temor dejar segura,
Viniendo en que le diese al fin la cura
Que recebir de bravo no queria;
Y con algun despecho le decia:
«Bien siento que esta cura es mas locura,
Pero por tí no es mucho, sino poco,
Que un hombre como yo se torne loco.»

Así diciendo, el verde suelo baña
De sangre que en copioso flujo vierte;
Mas la mujer cuidosa que lo advierte,
Ligándole otra vez se la restaña;
A todo sabe fácil darse maña,
No se poniendo á cosa que no acierte,
Porque necesidad y amor la incitan,
Dos cosas que cualquiera facilitan.

Curóle por su mano delicada
Catorce y mas heridas que tenia,
Y por la mas pequeña parecia
Poder salir el ánima holgada,
Con lanco, yerba dellos usitada,
Que en Chile por cualquier lugar se cria,
Pero de tal virtud para este efecto,
Que el bálsamo con ella no es perfecto.

Echóle desta pues á mano llena
El estrujado zumo simplemente,
Que solo sin mistion es suficiente
Para sanar la llaga menos buena;
Hipócrates, Galeno y Avicena
Con cuantos hay modernos al presente
Podrán á buen seguro de su fama
Venir á practicar con esta dama.

La cual habiendo al Indio así curado,
Y puesto ya en alguna mejoría,
Le comenzó á contar lo que en la via
Con Rengo y Leucoton le habia pasado;
Y Tucapel habiéndola escuchado,
Le refirió el asalto y batería,
Contento no por verse fuera della,
Sino de ver allí su amada bella.

Estando los gentiles como cuento,
Gentiles en la fe y en la belleza,
Oyeron un rumor por la maleza,
Que les turbó su rato de contento;
Levántase la bárbara al momento,
Sin género de miedo ni pereza,
Que, como ya sabeis, al buen amante
Jamás temor le para por delante.

La mano da á la espada, y el oido
Adonde ve moverse mas la rama,
Sin apartarse un paso de quien ama,
Queriendo el bien ó mal con su querido;
Mas yo diré despues lo sucedido,
Que el vencedor ejército me llama,
Y tengo de acudir allá por fuerza
Antes que mi camino mas se tuerza.

Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mia,
Y danme tanta priesa cada dia,
Que no me dejan ir como se debe;
Por donde si á disgusto el verso mueve,
No vendo tal, Señor, como podria,
Es porque va, cual sale de su tronco,
Así con su corteza rudo y bronco.

En obra de tres meses que han corrido
He yo tambien corrido hasta este canto:
Mirad si para haber corrido tanto
Es mucho no ir el verso tan corrido;
Mas yo con él quedara bien corrido,
Si no corriera todo lo que canto
Derecho á socorrerse de un Mecénas,
Que bien hará correr las cojas venas.

Así que no me angustia ni me aflige
El ver que todo lleve su defeto,
En viendo la grandeza del sugeto
Y aquel á quien mi pluma se corrige;
Por este lo imperfeto se corrige,
Y en este cobra nombre de perfeto,
Pues toma el ser la cosa mala ó buena
De la materia y fin á que se ordena.

Bien puedo proseguir con tersa frente
Haciendo en esto pié la grave historia,
Aunque de mí no quede tal memoria,
Cual della ha de quedar eternamente;
Pues digo que en su muro nuestra gente,
Habida ya la próspera vitoria,
Quedó sin proseguir con el alcance,
Que estando á pié no fuera echar buen lance.

Dejólos bien cansados el asalto,
Y á muchos con muchísimas heridas,
Mas no porque en alguna de sus vidas
La muerte, gran ventura, diera salto;
El jóven ejemplar, al de lo alto
Las gracias del suceso referidas,
Repara y adereza el roto muro
Para contravenir á lo futuro.

Que en todo, y en la guerra mayormente,
Es el consejo mas seguro y sano
Ganar á lo futuro por la mano
Y no se embarazar con lo presente;
En esto don Hurtado fué eminente,
Pues siempre tuvo el rostro como Jano,
O como el tiempo lúbrico y ligero,
Mirando lo pasado y venidero.

Mandó limpiar la fosa, casi llena
De las cabezas bárbaras, de brazos,
De cuerpos divididos en pedazos,
Que vistos ya sin ira daban pena;
Refuerza mas la parte fuerte y buena,
Y quita de las flacas embarazos,
Alzando nuevos lienzos y cortinas
Por lados, por traveses, por esquinas.

Así con brevedad se rehicieron
Las ya deshechas partes mal paradas,
Quedando por aquellos levantadas,
Que tanto defendiéndolas hicieron;
Y los que estar heridos parecieron,
Llevados á sus tiendas y moradas,
Hizo curar al pronto don Hurtado
No menos que con todo su cuidado.

El tiempo que gastó la batería
Fué desde que asomando, retoñece
Aquella que los campos humedece
Vistiéndolos de gracia y alegría;
Hasta que ya la blanca flor del dia,
De todo punto abierta, resplandece,
Y el coronado rey de Creta y Delo
Quiere quemar con ella las del suelo.

Quedaron de los bárbaros altivos
Seiscientos, pocos mas, en tierra muertos,
Ya parte dellos frígidos y yertos,
Y parte palpitando medio vivos;
De golpes crudelísimos y esquivos
Unos desde la cinta al hombro abiertos,
Otros se ven rajadas las cabezas,
Y muchos de las piezas hechos piezas.

¡Oh cuánta compasion causara el vello!
Al uno todo un muslo cercenado,
Al otro por el pecho atravesado,
Oh cuerpo trunco solo con el cuello;
Cuál echar por las llagas el resuello,
Cuál ve su corazon por el costado,
Y cuál de los ajenos piés vecinos
Hollados sus bullentes intestinos.

Allí se vieran llagas y aberturas,
Aunque á los ojos puestas, no creidas,
Y al despedir las ánimas perdidas,
Visajes espantosos y figuras;
Mil fieros ademanes, mil posturas,
Sus ojos vueltos, bocas retorcidas
Hacer un espectáculo tremendo,
Horrible, pavoroso y estupendo.

Aquel está saltando con el pecho,
Este los piés y piernas levantando,
Esotro contra el cielo blasfemando,
Y al fin se estira todo á su despecho;
Pero los mas se ven en tal estrecho
Volverse boca abajo agonizando,
Que como allá los lleva su destino,
Se ponen desde luego en el camino.

¡Qué de caliente sangre que corria!
Qué de sangrienta carne que nadaba,
Y qué de hueso á vueltas blanqueaba!
Qué de médula dentro dél bullia!
¡Oh! ¡qué de mechas Átropos hacia,
De los vitales hilos que cortaba,
Para gastar su noche y tiempo eterno
En los candiles negros del infierno!

¿A do se vió jamás en el rebaño
De simples ovejuelas y corderos
Por los hambrientos lobos carniceros
Hacerse tal matanza, riza y daño?
¡Oh locos araucanos! Grande engaño
Que pretendais en guerra manteneros,
Allá con el que habita las alturas,
Y acá con el señor de las venturas.

El cual aquella noche receloso,
Y prevenido á todas las cautelas,
Puso las vigilantes centinelas
En cómodos lugares por el foso;
Y él mismo, sin cuidar de su reposo,
Aunque le daba bien de las espuelas,
Despues que requerido las habia,
En vela sobre todas se ponia.

Su misma presuncion les encomienda
Con suavidad y peso de razones,
Las cuales suelen ser á veces dones
De mas estimacion que la hacienda;
Y así no hay pecho allí que no se extienda,
Mostrando corazon y aun corazones;
Que tanto puede, y es de tanto efeto,
El hombre que gobierna si es discreto.

Mas como del haberse todo el dia
Tan excesivamente trabajado,
Estaba cada cuerpo mas cansado
De lo que por de fuera parecia;
Mostró de tal manera su porfía
El sueño con los ojos de un soldado,
Valiéndose del sordo tiempo escuro,
Que le postró con ellos en el muro.

El General solícito que andaba
Sus postas visitando á paso quedo,
Cuando llegó al lugar de Rebolledo,
Que así la muerta vela se llamaba,
Halló que á la sazon ardiendo estaba,
Y fué, cual suele ser, que el mismo miedo,
Que á don Hurtado en sueños aun tenia,
Le despertó soñando que venia.

Mas de le ver los ojos refregando,
Como quien dellos el dormir desecha,
El jóven solertísimo sospecha
Que estaba por lo menos dormitando;
Pero de solo indicios no fiando,
Le obliga, para ver si le aprovecha,
Diciéndole sagaz á la pasada:
«Con vos segura está la palizada.»

El bueno del soldado á poca pieza,
Seguro de que ya no volveria,
Sin ver que de los ojos dél se fia
La vida de sus miembros y cabeza,
No hace sino dando de cabeza
Permanecer pesado en su porfía,
Hasta que ya del todo en ella envuelto,
Se duerme sin temor á sueño suelto.

Cuidoso don Hurtado torna y viene,
Que el indiciado es quien le solicita,
Y como sabio médico visita
Mas veces al que mas peligro tiene;
Llegado al fin, que mucho se detiene,
Segun su natural fervor le incita,
Halló como un liron al centinela,
Debiéndole hallar cual grulla en vela.

Llamóle en alta voz la vez primera
Para certificarse si dormia,
Mas visto que roncando respondia,
Airado le llamó de otra manera;
Porque la secutiva espada fuera,
De que era digna ya su letargía,
Le dió tan duro golpe en un molledo,
Que de llevalle el brazo estuvo un dedo.

Hiriólе, cuanto justa malamente,
Mandándole colgar al punto luego,
Mas alcanzó perdon mediante el ruego
Y la necesidad que habia de gente;
Que en tierra como aquella tan reciente
No ha de llevarse todo á sangre y fuego,
Como en las ya políticas famosas,
Donde tan en su punto están las cosas.

Usó con esto el jóven de clemencia,
Sin cuyo acompañado, la justicia
Apenas es virtud, porque se invicia
Con parecer crueldad ó malquerencia;
Y es donde se requiere mas prudencia,
Porque si deste medio el juez desquicia,
En un extremo viene á dar forzoso,
Si de remiso no, de riguroso.

De entrambos se apartó como prudente
Siguiendo el justo medio don Hurtado,
Por do ganó de justiciero el grado,
Y no perdió la borla de clemente;
Cumplió consigo propio y con su gente,
Fuera de haberse bien con el soldado,
Si es bien perder el brazo por el codo,
A trueque de ganar el cuerpo todo.

Curóse al recebido bien tan grato,
Como del hecho malo arrepentido,
Dejando á cada cual apercebido
Para vivir en todo con recato.
Mientras así pasaba lo que trato,
El cielo con la noche escurecido
Iba cogiendo el velo y la cortina
Para mostrar su lumbre matutina.

Ya las alegres aves garladoras,
Haciendo con sus cánticos la salva
A los purpúreos átomos del alba,
Burlaban de las tristes negras horas;
Y envuelto en sus pirámides pintoras,
Allá por la cabeza lisa y calva
De la sublime sierra crespa y fria,
El hijo de Latona parecia.

Al tiempo que el insigne don Hurtado,
Al blanco pabellon se recogia,
Que de la disparada flechería
Estaba todo crespo y erizado,
Como el espin cerdoso y acosado
Por toda montera compañía,
Cuando se encoge, estrecha y comprehende
Armado de las puntas con que ofende.

Y recogido aquí despues que Delo
Tendió los vivos rayos de su lumbre,
Habiendo tramontado la alta cumbre,
Que de robusto Atlante sirve al cielo;
Llamó su bando el Hércules novelo
Para les aliviar la pesadumbre
Con su razonamiento y vista junto,
Alzando el grave acento en este punto.

«Magnánimos varones en quien veo
Lo mas que conceder el cielo puede,
Cuyo valor á todos tanto excede,
Que pone raya y límite al deseo;
Ya veis la fuerza, el garbo y el meneo
Con que el osado bárbaro procede,
Y veis tambien del modo que su diestra
Los pulsos ha tentado de la vuestra.

»Si en esta mas que célebre vitoria,
Por esos altos ánimos ganada,
Pudiste gobernar tan bien la espada
Que habeis eternizado vuestra gloria,
Conviene que tengais en la memoria
Ser todo cuanto habemos hecho nada,
Respeto de lo mucho que ha de obrarse,
Y es justo de vosotros esperarse.

»¿Quién duda que el incrédulo corrido
De verse á manos vuestras ya deshecho,
Y mas, como se sabe, estando hecho
A ser el vencedor y no el vencido,
Querrá cobrar el crédito perdido,
Quedando deste agravio satisfecho,
Pues que de su denuedo bien se prueba
Que nada soltará que se le deba?

»Es gente de cerviz en toda altiva,
Tan dura de venir á la melena,
Que por llevar al cabo lo que ordena,
No habrá qué se le haga cuesta arriba;
Y dado que su torre al fin estriba
En fundamento menos que de arena,
Estando vuestros brazos de por medio,
Con todo es bien que vamos al remedio.

»Ya ven que sois tan pocos, aunque buenos,
Tras muro no muy fuerte reparados,
Y saben que estarémos bien cansados,
Aunque de lo que piensan mucho menos;
Por do querrán volver los campos llenos
En esto falsamente confiados,
Creyéndonos echar del homenaje,
Ganada á pura fuerza de coraje.

»Por tanto entienda el infido enemigo,
Si ya no lo ha entendido á su despecho,
Que en ese valeroso y bravo pecho
Jamás podrá el temor hallar abrigo;
Y para cuando llegue el campo amigo,
Nos halle ya corrido tanto trecho,
Que si quedar no quieren atrasados,
Procuren de ir en vuelo arrebatados.

»Que haber salido bien con lo presente
Ganancia, amigos, es, mas no es bastante
A que ese pecho y ánimo constante
Se pague de tan poco ni contente;
Antes será perder abiertamente
No la llevar con otras adelante,
Si pérdida se llama por ventura
Tener arrinconada la ventura.

»Fuera de que si en esto nos quedamos,
No dando á la vitoria compañera,
Dirán, y con razon, que la primera
Por yerro, y no por hierro lo acertamos;
Así que no es el puesto do llegamos
El palio que remata la carrera
Para que á sombra suya descansemos,
Pues al partir apenas nos ponemos.

»Bien tengo de vosotros entendido,
Segun vuestro valor aventajado,
Que cuando al fin hubiérades llegado,
Os pareciera poco lo corrido;
Y que el ganar tendréis por buen partido,
En cuanto se conserva lo ganado,
Pues no está la victoria en alcanzalla,
Sino, como sabeis, en sustentalla.

»Porque el haber vencido como agora
Es desgarron á veces de ventura,
Mas ir con ello á mas, prudencia pura,
Que es de cualquiera bien conservadora;
Cuánto se gana y pierde en sola un hora,
Que en mil años apenas se asegura
Si el capitan prudente y buen soldado
No estiran bien la cuerda del cuidado.

»Heme alargado en esto, porque os juro,
Ilustre y valerosa compañía,
Que quien de lo presente se confia,
No tiene que esperar de lo futuro;
Mas desto y de vosotros tan seguro
Estoy, que dentro en Cuenca (11) no estaria
Con mas seguridad ni mas franqueza
Que recogido en vuestra fortaleza.

»Solo de vos quisiera y pido en esto
Que no con otro fin hagais la guerra,
Sino de que se plante en esta tierra
La fe que en nuestras almas Dios ha puesto;
Porque con este blanco y presupuesto
Jamás el tiro falta ni se yerra;
Mas si la mira deste fin desmiente,
Avieso ha de salir forzosamente.

»Y que tengais por colmo de la gloria
Usar con el vencido de clemencia
De suerte que al furor no déis licencia,
Para manchar con sangre la vitoria;
Que así resonará vuestra memoria
En cuanto ilustra el sol con su presencia,
Y no pondréis la mano en cosa alguna
Donde la suya os niegue la fortuna.»

Con esto pone fin á sus razones,
Dejando con la plática nervosa
Dispuestos á emprender cualquiera cosa
Todos los circunstantes corazones;
Y muévelos de suerte en sus rincones,
Que el mínimo de todos no reposa
De dar apriesa saltos en el pecho,
Teniendo aquel albergue por estrecho.

Así estuvieron todos aguardando,
No lo que la fortuna dispusiese,
Ni qué semblante ó rostro les hiciese,
Seguros ya de que era ledo y blando;
Sino con vivas ánsias aquel cuando
Segunda vez el bárbaro viniese
Para subir de punto sus hazañas
Y humedecer en sangre las campañas.

Estando pues del modo que refiero,
Al órden todo puesto y sobre aviso,
Veis donde al muro llega de improviso
Alborotado un indio mensajero,
Vestido de un peloso duro cuero,
Al hombro su carcaj y el arco liso
Sirviéndole de báculo en la mano,
En busca del famoso Apó cristiano.

Lleváronle á su tienda brevemente,
Adonde en su presencia arrodillado,
Abrió la puerta al pecho fatigado,
Diciendo en voz cortada lo siguiente:
«Yo vengo, ilustre jóven floresciente,
Porque tu grande nombre me ha obligado,
A solo que te salves de algun modo,
Que viene sobre tí el Estado todo.

«Cuarenta mil y mas...» Quedóse en esto,
Y atrás como turbado se desvia,
De ver que no se turba don García,
Sino que está mas grave y mas compuesto;
Mas quiérolos dejar en este puesto
Hasta que vuelva en sí la pluma mia,
Porque tambien, demás de estar cansada,
La siento con el bárbaro turbada.

CANTO IX.

En que el Gobernador, sabida la nueva, despacha al capitan Ladrillero por la mar al rio de Maule, en busca de la gente de Santiago. Adelántanse cien hombres al socorro del fuerte, lo cual entendido por los enemigos, que ya venian sobre él, se vuelven, no osando acometelle. Llega todo el resto del campo á juntarse con don García, donde, pasados algunos dias, se hace reseña general de toda la gente; señálanse en ella algunos caballeros particulares, no por compañías ni órden, por no se haber nombrado los oficios antes, sino despues de la muestra, para cuyo efecto se hizo. Marcha todo el campo á Biobio para pasar al estado de Arauco.

El generoso, fuerte y alto pecho,
Con quien el miedo siempre anduvo á malas,
No sufre que le arrime sus escalas,
Ni llegue adonde está con largo trecho;
Porque jamás le viene dél provecho,
Sino es al corazon quebrar las alas
Para que nunca suba do subiera
Con solo que el temor lanzara fuera.

Cual es aquel olimpo de alto nombre,
Que deja el aire abajo de su cumbre,
Sin que le dén sus vientos pesadumbre,
Tal debe ser el ánimo del hombre;
Pues no ha de haber encuentro que le asombre
Ni cosa que lo altere ni deslumbre,
Sino mostrarse tal á cuanto venga,
Que el propio miedo en verle se le tenga.

A cuanto mal fortuna darle pueda,
A tanto ha de esperar el que es prudente,
Para que nunca venga de repente
Ni turbacion le dé cuando suceda;
Y á las contrarias vueltas de su rueda
Debe mostrar igual y sesga frente,
De suerte que con rostro tan sereno
Reciba el mal suceso como el bueno.

Porque este es aquel don de fortaleza
De que los hombres mas han de preciarse,
Y todo lo posible avergonzarse
De que les mire al rostro la flaqueza;
Mas para ostentacion de su grandeza
Conviéneles tener en qué arresgarse,
Que el toro no se muestra allá en el prado
Hasta que ya en el coso le han picado.

No quiero yo decir que el hombre sea
Un Ícaro soberbio y temerario
Para que dando nombre al mar Icario,
Entre sus ondas muerto al fin se vea;
Sino que si jamás errar desea,
A nuestro jóven siga de ordinario,
Al cual sin ser altivo ni arrogante
No hay cosa tan terrible que lo espante.

Pues aunque mas el Indio le decia,
Como antes de prudente lo esperaba,
Y tan apercibido á todo estaba,
Ningun asombro dello recebia;
Ni del tranquilo aspecto desdecia,
Mas tanto aquella nueva le agradaba,
Que habiendo de turbar su faz serena,
Mas fuera de contento que de pena.

Aunque á mi ver la causa mas es que una
De no se alborotar un punto desto,
Y debe ser estar con Dios bien puesto,
Que el que lo está no teme cosa alguna;
Ni rinde vasallaje á la fortuna,
Ni un tanto se le da por todo el resto,
Porque ese pecho está lleno de brío,
Que vive de pecado mas vacío.

Por esto pues aquel de don Hurtado
Oye tan sin temor y tan entero
La nueva del amigo mensajero,
Que en el discurso atrás quedó turbado;
Pero despues de haberse reportado,
Y no lo pudo hacer tan de ligero
Que no se detuviese alguna pieza,
Prosigue alzando el dedo á la cabeza.

» Cuarenta mil soberbios araucanos
De los que sobre todos se descuellan
Y causan terremotos donde huellan,
Os buscan, oh misérrimos cristianos;
Haced cómo libraros de sus manos,
No lo libreis por esas, que os degüellan,
Mas antes lo librad por piés ligeros,
Si libres y con vida quereis veros.

» Mirad que no volveros es locura,
Sabiendo ser buscados de una banda,
Que en dar con otros muchos á la banda
Bien poco de su crédito aventura;
Mejor es que apeleis de tierra dura,
Huyendo el tribunal de la agua blanda,
Donde sus ondas pueden seros muros,
Y aun dudo si estaréis allí seguros.

»Mas dado que es el último remedio,
Y no podeis tenerlo de otra suerte,
Huid extremos de prision ó muerte,
Poniendo con el agua tierra en medio;
Y no espereis á veros en asedio
A sombra deste muro y flaco fuerte,
Que no está la vitoria en solo habella,
Sino en privar al enemigo della.

»Esto es á lo que vengo de mi parte
Y de la del cacique Curaguano,
Que en el distrito y término serrano
Tenemos una gruesa y culta parte;
Hanos movido á bien aconsejarte,
Hijo del sol, tu nombre soberano,
Que no cabiendo ya en la baja tierra,
Nos busca en lo mas alto de la sierra. »

El raro General con un sonriso,
Que no le quita adarme de su peso,
Pronóstico del próspero suceso,
Le rinde bien las gracias del aviso;
Y lleno del que dalle el cielo quiso,
Que á ser en otro vaso fuera exceso,
Dos capas le hace dar de fina grana,
Aquella guarnecida y esta llana.

Con esto y el viático abundante,
Le dice que se vaya al caro asiento,
Y diga á los demás cómo su intento
No es de volver atrás, sino ir delante;
Por donde aunque la tierra se levante
Y se le contrapongan mar y viento,
Con solo ver al cielo de su banda,
No torcerá jamás de su demanda.

Mas antes que Puchelco se partiera,
Que desta suerte el indio se nombraba,
Quiso que á vista dél su gente brava
En órden de batalla pareciera;
Y que con su denuedo y armas viera
La prevencion y aviso con que estaba,
Para que todo así lo refiriese
Do quiera que este bárbaro se viese.

El cual por una inculta senda angosta
Con esto se partió lleno de espanto,
Y el providente jóven entre tanto
Despacha á Ladrillero por la posta,
Que en un batel se vaya costa á costa,
Rompiendo el mar cerúleo todo cuanto
La fuerza de los remos alcanzare
Hasta que en el canudo Maule pare.

Adonde si la gente, como piensa,
Con Juan Remon hubiera ya llegado,
Le dé razon allí de lo pasado
Para que acuda luego á su defensa;
Porque el poder inmenso y fuerza inmensa
Que encierra en sus entrañas el Estado,
Se junta para dar en la albarrada
De boga, como dicen, arrancada.

Y caso que el ejército tardío
No hubiera ya llegado á la ribera,
Le manda que prosiga su carrera,
Buscándole agua arriba por el rio;
De suerte que jamás este baldío
El remo sobre el agua lisonjera,
Hasta topar la gente y avisalla
Del término y estado en que se halla.

Navegan Alarcon y Ladrillero
Hasta llegar á Maule su paraje,
Do ven ocupadísimo el pasaje
Por el amigo ejército zorrero;
El cual habiendo visto al mensajero
Y la resolucion de su mensaje,
Gran opinion del nuevo Apó concibe,
Y á socorrelle luego se apercibe.

De cuatrocientos bélicos soldados
Los ciento se adelantan orgullosos,
Labrando los ijares cosquillosos
De fáciles caballos alentados;
Trastornan cerros, lomas y collados,
Pasando mil esteros cenagosos
A vado hasta la cincha y la reata,
Y en góndolas á Ñuble con Itata.

Con estos y con mas inconvenientes
Prosigue la centuria su jornada,
De mas de treinta leguas prolongada,
Esquivas, intratables, inclementes;
Las cuales caminaron diligentes
Antes de la segunda luz dorada,
Llevados como en vuelo, sin pararse
Tras la fogosa gana de mostrarse.

A vista pues de Penco en alto puesto
Divisan los ganosos castellanos
Algunos corredores araucanos
De los que al muro van con paso presto;
Espéranlos con ánimo dispuesto
Para venir con ellos á las manos,
Mas visto su denuedo y lozanía,
Tomaron los infieles otra via.

Mudaron el camino y el intento
A se llevar el muro enderezado,
Y esto á pesar del número abreviado
Que los siguiera viéndolos sin cuento;
Mas frénanse los ímpetus atento
Que están á vista ya de don Hurtado,
A quien quisieron mas guardar la cara
Que el bien que de seguillos resultara.

A tal sazon se juzgan los del muro
Tan léjos del vecino campo amigo
Cuan cerca ya del bárbaro enemigo,
Pero mostrando á todo pecho duro;
Que cada cual se tiene por seguro
Teniendo en su defensa y en su abrigo,
No la barrera fuerte ni ancho foso,
Sino el valor del jóven milagroso.

Mas quiere Dios que estando en tal espera,
Puesta la suya en él tan solamente,
Asome de improviso nuestra gente,
Cubriendo el chapitel de una ladera;
Venla del muro, y á la faz primera,
Creyendo ser el bárbaro insolente,
Tocan al arma, al arma, y á sus puestos
Acuden animosos y dispuestos.

Mas el dichoso engaño fué deshecho
Con mas atentos ojos divisando,
Cual vienen velocísimos cortando
De arriba abajo el áspero repecho;
Los unos se adelantan largo trecho,
Sus ágiles caballos arrojando,
Los otros por la playa los manijan,
Y todos de tropel al muro aguijan.

Alégranse los tristes corazones,
Extiéndense los pechos encogidos,
Ocúpanse de gozo los sentidos,
Responden al contento los cañones;
Explícase la gente con razones,
Las bestias con relinchos y bufidos,
Tanto, que el aire lleno de algazara
Rompiera si el placer no lo ensanchara.

No puede humanamente exagerarse
El sumo regocijo no pensado,
El darse el bienvenido, el bienhallado,
El nuevo conocerse, el abrazarse;
A recebillos quiso adelantarse
Fuera de la muralla don Hurtado,
Que como el alma suya de alegría,
Su cuerpo así del término salia.

Pues sale como estaba en la barrera,
Tranzado de la cima hasta la planta
Un blanco arnés, que esparce lumbre tanta
Cuanta nos da la délfica lumbrera,
Sobre la frente alzada la visera,
Con que su garbo al cielo se levanta,
A recebir y dar su pecho á todos
Por diferentes graves dulces modos.

Admíranse mirando al bello mozo
De aquel su proceder en todo bueno,
No menos que de ver el campo lleno
De la matanza y bárbaro destrozo;
Mas luego prorumpiendo en alborozo,
Sacan allá de lo íntimo del seno
Los bravos y contentos corazones
Envueltos en políticas razones.

Despues que lo posible celebraron
El desigual contento del socorro,
Y algun espacio en rueda y ancho corro
Cosas alegres y útiles trataron;
En escogido sitio se alojaron
De mucha yerba y agua bajo el morro,
Armando luego tiendas y moradas
De valerosos pechos ocupadas.

Y habiendo ya llegado á pocos dias
El rezagado resto de la gente,
Se renovaron mas cumplidamente
Los júbilos, las fiestas y alegrías;
Mas como el general por todas vias
Cudicia que su campo se acreciente,
Despacha á la imperial por mas soldados,
Frontera do los hay acreditados.

En tanto en el seguro alojamiento
Se estuvo con su escuadra belicosa,
Que estaba por extremo cudiciosa
De reprimir el bárbaro ardimiento,
Y con las ansias ya de dar un tiento
Al pecho de la varia y ciega diosa,
Culpando la tardanza mal sufrida
De verse una semana detenida.

Mas quiso el cauto Apó que remitiese
Del trabajoso y áspero camino,
A fin de que el soldado y el vecino
Sus bestias y servicio rehiciese;
Pues como en este tiempo concluyese
Todo lo que al propósito convino,
Holgó de ver un viérnes en la tarde
A su lucido ejército en alarde.

Sabido ya de todos el decreto,
El juéves precedente por un bando,
Los viérades andar aderezando
Quién la celada, quién el duro peto;
Ninguno tiene el ánimo quïeto
En toda aquella noche, deseando
La tarda, perezosa y nueva lumbre,
Que ya mostraba un monte por su cumbre.

Salió con un riquísimo tocado
En perlas escondido y pedrería,
Que de su mal cuajada argentería
Ornaba el monte, el valle, el soto, el prado;
Adonde por haber participado
De aquellas tembladeras que esparcia,
Quedaban florecilla y yerbezuelas
Sus cuellos adornados de arandelas.

Salió tambien con hábito de fiesta
Para poder hallarse en la presente
Filesio por las puertas del Oriente,
Rayando la corona de una cuesta;
La suya de oro fino saca puesta
Con mil piropos nuevos por la frente,
Y dentro de un lustroso y nuevo coche
Triunfando mas que nunca de la noche.

Así de su palacio el rubio Apolo
A visitar la tierra y mar salia,
Enderezando el coche al mediodía
De donde hiere mas á nuestro polo;
Cuando para que el sol no vaya solo,
Catad allí do sale don García,
Con tanto resplandor y luz tan rara,
Que no salir Apolo no importara.

Llegada es la sazon, sacro museo,
Que consagrais el monte de Elicona,
Poniendo vuestros piés en su corona,
De conspirar conmigo en mi deseo;
Porque segun la altura en que me veo
Y el váguido mortal de mi persona,
Forzoso habrá de ser precipitarme,
Si todas no venis á confortarme.

Pero de vuestras alas confiado,
¡Oh musas! echaré á volar mi pluma,
Diciendo, aunque en ceñida y breve suma,
Las cosas deste alarde señalado.
Pues ya que vino el término aplazado,
Entró por donde el cano mar se espuma,
Delante de su gente, el nuevo Marte
Con el regal católico estandarte,

Mandando que á un lugar de la ribera
Se ponga la veloz caballería,
Y en otro la valiente infantería,
Unos delante de otros en hilera;
Paró su curso luego toda esfera,
Y Febo que en la suya se movia;
Echóse el viento, el mar se puso en calma,
Quedándose mas llano que la palma.

A cuyo igual tablado preminente
Subió, tras Dóris, Glauco y Aretusa,
El amador tan caro de Medusa,
Con un coral ganchoso por tridente;
Y el Padre universal de toda fuente,
Con quien de mil regalos Tétis usa,
Sube tambien, trayéndola de mano,
Sobre la haz del mar tranquilo y llano.

Sentáronse á mirar en altas rocas
Con Acis la hermosa Galatea,
Palemon y su madre Leucotea;
Que al itacense Rey prestó sus tocas;
Y esotro multiforme con las focas
Dejó su cavernosa gruta fea;
Dejaron por entonces suspendidos
Caríbdis y la Scila sus ladridos.

Cercado de una gruesa compañía
Llegaste de los últimos, Nereo,
Por ser tu habitacion el mar Egeo,
Que tanto del chileno se desvia;
Triton el de la concha te seguia,
A quien mató dormido el Tanagreo,
Y tus Nereidas hijas, la Melite,
Con Cimodoce, Glauce y Anfritrite,

Que esmaltan el estrado cristalino,
Mediante aquel color de sus cabellos,
Tan verde, que las mismas ovas dellos
Debieron de tomar su verde fino;
Al fin ningun cerúleo dios marino
Quedó, ni el mas humilde pez con ellos,
Que no saliese, á ruego de la nuestra,
Haciendo sobre el mar tambien su muestra.

Los cárcavos y cuevas se vaciaron,
Saliendo sus lamosos dueños dellas,
Y todas las selváticas doncellas
Subidas por los árboles miraron;
Las cumbres de los montes ocuparon
Sus moradoras ninfas, y con ellas
Salieron de sus lóbregos boscajes
Los sátiros, los faunos, los salvajes.

Cuanto camina y repta por la tierra,
Cuanto sustenta el aire en fe del vuelo,
Cuanto produce el fértil rico suelo
En soto, en valle, en monte, en llano, en sierra;
Cuanto sostiene, influye, cuanto encierra
Ese convexo y cóncavo del cielo,
Tanto se enfrena, para y tiene á raya
Por ver esta reseña de la playa.

Mostróse pues de todos el primero
Aquel que puede serlo en toda parte,
Representando á Júpiter y á Marte,
No menos manso en paz que en guerra fiero;
Su rostro entre benévolo y severo,
Y el acabado cuerpo de tal arte,
Que claro por de fuera descubria
Al ánima que dentro lo movia (12).

Sobre un caballo rucio poderoso
De rodezuelas cárdenas manchado,
Que por el firme rostro y enarcado
Cuello sacude anhélito espumoso,
Midiendo con las manos de fogoso
Lo que desde las cinchas hay al prado,
Y tanto en los metidos piés estriba,
Que todo sobre el anca se derriba.

Oblígale sentir que lleva encima
El que es de ser y vaso todo el peso;
Armado va un arnés lucido y grueso
Con la visera de oro por la cima,
Donde grabado está por mano prima
De todas sus hazañas el proceso,
Mirad con qué primor y sutileza,
Pues tanto cupo en tanto de estrecheza.

Mostraba sobre el campo del escudo
A la fortuna lúbrica rendida,
Y á la ocasion por el copete asida
Con poderosa mano en ciego ñudo;
Esto es lo que forjar Vulcano pudo
Contra la voluntad de su querida,
Do el arte deja, yéndose de vuelo,
A la naturaleza por el suelo.

Llevaba su derecha y fuerte mano
El cuento de un baston de plata pura,
Y fijo el otro cuento en la cintura
Con milagroso término lozano;
Así poniendo asombro al mar insano,
Y fuego en su region helada y pura,
Se muestra nuestro jóven excelente,
Llevándose los ojos de la gente.

Detúvose en pasando un poco afuera,
Adonde puesto en frente de Neptuno,
Mandó pasasen todos uno á uno,
Para de cada cual juzgar quién era;
Y que despues la banda caballera,
Sin reservarse dellos hombre alguno,
Probase en la marina sus caballos,
Por ver los que supiesen manijallos.

Sale del cuerno diestro el hijo caro (15)
De aquel que fué en Alcántara clavero,
Calado un morrion de limpio acero,
Con quien se pone á brazos el sol claro;
Donde el metal, que es Dios para el avaro,
Revuelve por cordon un drago fiero,
Y en leva y diestra mano escudo y lanza,
Sobre su rabicano se abalanza.

Bien puesta en un peceño la persona
Sucede Juan Ramon al de Toledo,
Con tal demostracion y tal denuedo,
Que satisface á Pálas y á Belona;
Celada, cota y cuera fanfarrona
Con fino pasamano por el ruedo,
Y haciendo de una lanza rehilete,
Que puede ser entena de trinquete.

Don Pedro, aquel del rostro ya nevado (14),
Blason de Portugal, ilustre viejo,
No menos en la edad que en el consejo,
De una coraza fuerte sale armado;
Encima de un overo sosegado,
Y en obras tan galan como en pellejo,
De medio á medio el asta bien terciada
Sobre el derecho muslo atravesada.

Preséntase otro Pedro aquel de Aguayo
En la famosa Córdoba nacido,
Un jaco lucidísimo vestido,
Que brota cada malla un vivo rayo;
A la jineta en un castizo bayo,
Que al mar y al aire altera su bufido,
Y con oreja viva punza el cielo,
Barriendo con la cola todo el suelo.

Fertilizando aquella estéril playa
Con bello garbo y término elegante,
Gentil de cuerpo, grato en el semblante,
Se muestra don Felipe haciendo raya (15);
Podrá tener al cielo sin que caya
Cuando se cansen Hércules y Atlante,
Y aun es ligera carga la celeste,
Si la han de sustentar los hombros deste.

De escamas de metal resplandeciente,
Que hacen claros mil y mil escudos,
Guarnece los fornidos miembros duros
Y de templado yelmo su ancha frente;
Por asta lleva un mástil suficiente
A derribar de un golpe fuertes muros,
Que silba en las orejas de un tordillo,
Cimbrándole cual vara de membrillo.

El claro don Cristóbal de la Cueva (16)
En un rocillo suelto mas que un pardo,
Haciendo muestra de ánimo gallardo,
De nuevo su intencion probada prueba;
Las aceradas armas todas lleva
Con círculos y esmaltes de oro y pardo,
Y por su rostro, aun antes que se acerque,
Se ve lucir la sangre de Alburquerque.

Procede el que de Córdoba se nombra
Despues de capitan Pero Fernandez (17),
Cual veterano milite de Flándes
Con un orgullo tal que á Marte asombra,
Dando, como pariente, un aire y sombra
Al grande capitan entre los grandes;
El cual si engrandecerse mas pudiera,
Por este gran varon se engrandeciera.

Siguióse don Alonso, aquel Pacheco,
Aquel de rico talle y rara vista,
Con una bien cuajada sobrevista
De cadenilla de oro, espiga y flueco;
Jugaba en vez de lanza un roble seco,
Como si fuera alguna seca arista,
Hollando en un picazo la ribera,
Con un galan penacho en la testera.

Al celebrado Zúñiga de Ercila (18),
Eterna y dulce voz del araucano,
Por cuya fértil pluma y fértil mano
Castálido licor Apolo estila,
Gozó de ver aquí la mar tranquila
Airoso, vistosísimo, galano,
Con plumas, martinetes, con airones,
Trencilla, banda, cintas y listones.

Armado de armas fuertes y lucidas
Y haciendo gentilezas con su lanza,
En un frison melado se abalanza
Ese que goza el nombre de Bastidas (19);
Bizarras plumas lleva, que teñidas
De celo, cautiverio y esperanza,
Sobre el creston al aire se menean;
Y el rostro blandamente le ventean.

Gabriel de Villagran, de ilustre casta,
Asoma en un colérico morcillo,
Trepado y mas redondo que el ovillo,
Con peto y morrion de fina pasta;
De quien el encendido aspecto basta
Para poner al bárbaro amarillo,
Y basta su vigor, por mas que pesa,
Para blandir un asta dura y gruesa.

Sacaron dos adargas embrazadas
En dos caballos cándidos lozanos,
Vibrando dos entenas en las manos,
Dos armas cada cual acuarteladas,
Dos crestas de penachos adornadas,
Aquellos dos Verdugos, dos hermanos
Mellizos, mas iguales en el suelo
Que Pólux y Castor allá en el cielo (20).

Mas firme en los arzones que un peñasco,
Batiendo los ijares de un sabino,
Con fuerte lorigon de temple fino
Y un duro capacete sobre el casco,
Se arroja aquel insigne de Velasco (21),
Terciando fácilmente un grueso pino,
Y unido el ancho escudo al ancho pecho,
Que siempre fué de Marte amigo estrecho.

Rodrigo de Quiroga pasa luego
Con silla tachonada en un castaño
Feroz que, en arrimándole el calcaño,
Parece convertirse en vivo fuego;
Un argentado almete, donde ciego
Se torna en natural autor del año,
De su loriga armado y fuerte escudo,
Y al hombro, ved qué lanza, un fresno rudo (22).

Con escamosa malla y doble cuera
Encima de un dorado castañuelo,
Que huella el aire vano mas que el suelo,
Y apenas cabe en toda la ribera,
Parece don Mariño de Lovera
Aficionando á tierra, mar y cielo,
Varon ejercitado en la milicia
Y noble caballero de Galicia (25).

El frasco atrás, al hombro la escopeta,
Armado una lustrosa coracina,
Y encima de oro, seda y lana fina
Una listada y corta camiseta,
En un soberbio zaino á la jineta,
Que pisa como en fuego en la marina,
Y en su fogacidad se abrasa y arde,
Gómez de Lagos entra en este alarde.

Gallardo se presenta aquí Murguía
En hacedor cuatralbo lista blanca,
Que la marina besa con el anca
Y con las manos della se desvia;
Sus armas dan la luz que al medio dia
El Cintio suele dar con mano franca,
Y su denuedo, traza y apostura
Mil buenas esperanzas asegura (24).

Cerrado y puesto bien á la estradiota
En alazan de huello tan liviano,
Que en resurtir del suelo con la mano
Excede á la recíproca pelota,
Con un estofo doble y fina cota
Sale por la ribera del mar cano
El capitan Reinoso á su paseo
Con desdeñoso y libre contoneo (25).

Tras este don Simon ocupa el puesto,
Aquel de Lusitania respetado (26),
Las armas todas y hábito morado,
Creyendo que el amor se paga desto;
Al cual en el escudo lleva puesto
Y al sanguinoso Marte al otro lado,
Que entrambos á la par le dan favores,
Cubriéndole de palmas y de flores.

Sale del hierro asida la asta dura,
Que va dejando rastro por la arena,
Bernal, que en esta edad presente suena,
Y sonará mejor en la futura,
Con una fuerte y lúcida armadura,
Do Febo da su luz á mano llena,
Y haciendo á un alazan, tostado el pelo,
Que solo con los piés estampe el suelo (27).

En bayo cabos negros y frontino,
Que el freno espumosísimo tascando,
De todos cuatro piés se va quemando,
Sale un ilustre y claro vizcaíno,
En armas, talle y garbo peregrino,
A quien el viejo Próteo contemplando
Dice á Neptuno vuelto: «Aquel Gamboa
En Chile dejará perpetua loa (28).»

La rienda y el escudo en la siniestra,
Sobre un furioso rucio plateado,
Compuesto, repulido y alheñado,
Y el asta de dos hierros en la diestra,
Hace de su valor y estirpe muestra
El caballero de Olmos, todo armado
Desde el bridon estribo hasta la frente
De limpio acero y malla reluciente (29).

En un cuartago negro mas que endrina,
Con el copete, cola y crin tranzada,
El pecho y la cadera encubertada,
Va Lopez Ruiz hundiendo la marina (30),
Con un jubon de malla jacerina,
Cubierta de garzotas la celada,
Y la ñudosa lanza al diestro lado
Cogida con el codo entre el costado.

Juntando los extremos de tu lanza,
Y á la secreta barra de la silla
Como clavado el muslo y la rodilla
Con altivez y justa confianza,
Mostrando tu valor y tu pujanza,
Mas para contemplalla que decilla,
Saliste á la reseña, Diego Cano,
Horror del indio y gloria del hispano (34).

Y tú, mi padre caro... mas perdona,
Que no he de dar motivo con loarte
A que diciendo alguno que soy parte,
Ofenda mi verdad y tu persona;
Por esto callaré lo que pregona
La voz universal en toda parte,
Y perderás, por ser mi padre amado,
Lo que por ser tu hijo yo he ganado (32).

Solo diré que en guerras te criaste,
En guerras, como en crédito, creciste,
En guerras tu principio recebiste,
Y en guerras hecho piezas acabaste;
Donde el servir al rey solo ganaste,
Y por mejor serville te perdiste,
Dejando á los que somos de tu casta
No mas que el bien de serlo, y este basta.

Dejemos lo demás, pues no aprovecha,
Y siento que la oreja ya me zumba,
Aunque por ser verdad que así retumba,
Sospecho que carece de sospecha;
Pues quede tu alma á Dios, por quien fué hecha
Hasta cobrar su cuerpo de la tumba,
Que yo me vuelvo al hilo de la historia,
Casi quebrado ya con tu memoria.

Cortés, Riberos, Cáceres, Miranda,
Godinez, Bustamente y Andicano,
Arana, Lira, Niebla, Santillano,
Montiel, Villegas, Avalos, Aranda
Con toda la demás lucida banda,
No menos se mostraron en lo llano
Todos con sus adargas, y por ellas
El cielo, el sol, la luna, las estrellas.

No poco en este alarde señalados
Se vieron otros únicos varones,
En paso y plumas gallos y pavones,
Y en la batalla tigres enojados;
Caballos ricamente encubertados
Con símbolos, empresas y blasones,
Gentiles, fuertes, bravos y galanes
En rostros, armas, cuerpos, ademanes.

Las bandas, los collares, las cadenas,
Lorigas, yelmos, cotas relucian;
Los visos y las aguas que hacian
Dejaban las del mar de envidia llenas;
Hirviendo se mostraban las arenas
Al fuego de los piés que las batian;
La tierra se apretaba con su centro,
Y el mar se retiraba mas adentro.

En toda la reseña no hubo alguno
Que en algo no mostrase algun exceso,
Y de seiscientos que era el bando grueso,
De presentarse aquí dejó ninguno;
Quisiera yo acudir á cada uno,
Mas fuérase la historia toda en eso,
Baste que en otras partes puesto vaya
Quien puesto no se viere en esta playa.

Yo voy en lo que puedo tan sucinto,
Que poco habrá de ser lo que me aguarde,
Y adviértole demás que en este alarde
No van por órden todos los que pinto;
Para que ni por cuarto ni por quinto,
Ni por llegar temprano ni por tarde,
Ni porque lo mejore ni empareje,
Ninguno lo agradezca ni se queje.

Si ya para salir en este dia
Nombrados capitanes estuvieran,
Por órden todos ellos se pusieran,
Siguiendo á cada cual su compañía;
Mas como en esta muestra don García
Para nombrallos quiso que salieran,
Poner particulares fué forzoso,
Y para mí no poco trabajoso.

Hiciéronse á una banda los piqueros,
Que un gran cañaveral de sí formaban,
Y en otra, donde menos ocupaban,
El hórrido escuadron de arcabuceros,
Con mil amigos bárbaros flecheros,
Que al dar el salto un pece lo clavaban,
Poniéndose unos á otros con mirarse
Solícitos impulsos de estrellarse.

Gozoso los miraba don Hurtado,
Y allí nombrados ya los oficiales,
Personas beneméritas cabales
De traza, de consejo, de cuidado,
Les hizo un parlamento concertado
Con sólidas palabras sustanciales,
Como le hiciera aquel romano Julio
Con toda la retórica de Tulio;

Mostrándoles en él que quiere luego,
Pues tiene tal ejército delante,
Buscar al fiero bárbaro arrogante,
Ganándole de mano en este juego;
Y pues en todos hay tan vivo fuego,
Y en todo la presteza es importante,
Que el sábado siguiente marche el campo,
En viéndose con luz el verde campo.

¡Qué larga aquella noche les parece,
Qué lerda, qué sin piés la clara lumbre!
No ven algun asomo de vislumbre
Cuando engañados piensan que amanece,
No temen el trabajo que se ofrece,
No hay cosa que los cause pesadumbre,
Sino es el detenerse tanto el dia,
Que ya lloviendo aljófares venia.

Levántase el real en este punto,
Y bien cubierto de armas y rocío,
Se va la vuelta luego de Biobio,
Por donde con el mar se ve mas junto;
Pero descanse ya mi voz un punto,
En tanto que la gente llega al rio,
Porque segun el paso y priesa della
Cansado mal podré tener con ella.

CANTO X.

Llega el campo al rio grande de Biobio, donde, contra el parecer de todos, el gobernador se resuelve de pasarle, usando para ello de un maravilloso ardid de guerra, con que desvela al enemigo, que de la otra banda le esperaba fortificado. Pasa toda la gente, y envia don Hurtado á correr la tierra tres leguas adelante para ver de asegurar su alojamiento. Dan veinte mil indios en los corredores, viénense retirando hasta el asiento de su real, donde se traba la batalla que llaman de Biobio, por haber sido casi á su ribera. Cuéntase lo que pasó entre Orompello y Galbarino sobre la muerte de Hernan Guillen, que los indios mataron por haberse desmandado del real á comer frutilla.

Ninguna buena suerte habrá segura
Habiendo en la milicia negligencia,
Pues, como dicen bien, la diligencia
Es madre de la próspera ventura,
Y aquel saber gozar la coyuntura
Es el sútil primor de la prudencia;
Mas esos que le saben son contados,
Y solo con el dedo señalados.

¡Con cuántas cosas sale fácilmente
El capitan solícito y mañoso,
Con que salir no puede el poderoso
En siendo descuidado y negligente!
Mas vale mucho el flaco y diligente
De lo que vale el fuerte y perezoso,
Que al fin, como el vulgar proverbio suena,
No hizo la pereza cosa buena.

Ni menos hay alguna que se haga,
Como calor no lleve en compañía,
Sin quien el mismo fuego no seria,
Pues donde no hay calor presto se apaga;
Caliente sufre cura cualquier llaga
Con mas facilidad que estando fria,
Y el hierro, mientras mas calor tuviere,
Hará el martillo dél cuanto quisiere.

Quiero decir por término mas llano
Que en todo y mas en esto es grande parte
Poner calor y usar de industria y arte
Para que la fortuna dé la mano;
El fuego que entendemos por Vulcano
Dicen allá que tiene preso á Marte,
Pero que el dios Neptuno lo desprende,
Por quien el agua frígida se entiende.

Enséñanos la fábula con esto
Cómo para entregarse de la guerra
Que dentro de su nombre Marte encierra,
Es menester calor y paso presto;
Mas si interviene el dios Neptuno en esto,
Forzoso habrá de dar con todo en tierra,
Esto es, que donde ve tibieza alguna,
Allí se muestra tibia la fortuna.

¿Quién hizo al que por Africa se nombra
Scipion el africano tan famoso,
Sino seguir al Peno fervoroso
Y nunca le dejar á sol ni sombra?
Y el César, cuyo nombre al mundo asombra,
¿Salió por otro medio vitorioso,
Sino porque su huella se estampaba
Donde Pompeyo fresca la dejaba?

Así que lo que en esto mas ayuda
Es ir á los alcances del contrario,
Trayéndole seguido de ordinario,
De suerte que no tenga dónde acuda;
Pues como el jóven ínclito no duda
Ser esto sobre todo necesario,
Veloz para seguille parte luego
Cual á su pura esfera el puro fuego.

En busca va del bárbaro atrevido,
En sí y en esta máxima fundado,
Que vale mas buscar que ser buscado
Y acometer que ser acometido;
Y búscale en su tierra y propio nido,
Adonde el pajarillo desarmado
Aun con el animal mas bravo rifa,
Y opuesto á la defensa el cuello engrifa.

Mas nada en su valor engendra miedo
Ni cosa su cerviz enhiesta inclina;
Y así, con paso intrépido camina,
Mostrando como el ánimo el denuedo;
El padre de Faeton con rojo dedo
Rayaba el chapitel que mas se empina,
Bordando cielo y nubes de arreboles
Y haciendo de las aguas tornasoles.

Al tiempo que el ejército pujante
Al arenoso término venido,
Y habiéndose el bagaje recogido
Para cortar el agua resonante,
Algunos con recelo mal sonante
No tienen el pasar por buen partido,
Sino por una cosa recia y dura,
Difícil, temeraria y mal segura.

Con estos, otros pláticos varones
No tienen el pasar por sano hecho,
Probando que es ponerse en mucho estrecho
Con sobra de argumentos y razones;
Mas contra sus indignas opiniones
Se opone aquel ardiente y bravo pecho,
Resuelto en que se pase el ancho rio,
Resolucion bien digna de su brio.

El mísero suceso de Valdivia
Le ponen los antiguos por delante.
Diciéndole que el bárbaro constante
Su natural ardor jamás entibia;
Mas que su cuerpo y ánima se alivia
Con el trabajo mas desemejante,
Por donde está en razon que á la otra banda
Oculto espere á ver quién se desmanda.

Y siendo así, en pasando los primeros,
Que pueden cuando mucho ser cuarenta,
Saldrá con gana rábida y sedienta
De dar color de sangre á sus aceros;
Donde antes de pasar los compañeros
Habrán pasado á dar á Dios su cuenta,
Porque de haber en medio tal distancia
No se podrá esperar otra ganancia.

El agua, que las márgenes desvia,
De latitud alcanza tanta parte,
Que puesto un grueso toro á la otra parte,
Casi de sí ninguna especie envia;
Condénase el pasar por esta vía,
Y en varios pareceres se reparte
El vario parecer del vulgo incierto,
Que alguna vez por yerro da en lo cierto.

Profundo el capitan lo considera,
Y haciendo que un rubor su rostro tiña,
Vuelve, revuelve, tienta y escudriña,
Advierte, mira y corre dentro y fuera;
Hasta que al fin hallando la manera,
Se cierra con su campo de campiña,
Diciendo que el pasar es necesario
Para cortar los pasos al contrario.

Con esto les ordena que al momento
Comiencen á subir el agua arriba
Al son de su corriente fugitiva
Tres leguas poco mas de aquel asiento;
Sin divisar el blanco de su intento
Ni ver el fundamento donde estriba,
Se mueven sus escuadras obedientes,
Aunque los mas plegándose las frentes.

Pasadas las tres leguas adelante
Mandó parar su gente presurosa,
Que estaba desabrida y congojosa,
Como del buen propósito ignorante;
Mas el discreto jóven al instante
La saca de su duda temerosa,
Ejecutando allí un ardid extraño,
Con que salieron todos de su engaño.

Fué pues que todo el tercio congregado,
Y habiendo descargádose el bagaje,
Da muestra de escoger aquel pasaje,
Fingiendo grande máquina y recado,
Para que el enemigo desvelado
Solo por este puesto los ataje
Y deje abajo libre el precedente,
Por donde todos pasen francamente.

Y para que su ardid mejor saliese,
Hizo que se ocupase la ribera
De cargas de totora y de madera,
Como que por allí pasar quisiese;
Pues como todo á punto se pusiese,
La traza le salió de tal manera,
Que vino á conformarse todo el hecho
A la medida justa de su pecho.

Gastaron el presente y otro dia
En estos aparatos ardidosos,
A vista de los indios orgullosos,
Que ya esperaban llenos de alegría;
Mas luego que llegó la noche fria
Se va de allí con pasos presurosos
El jóven con un tercio de su gente,
Y á los contentos bárbaros desmiente.

Al antes elegido puesto viene,
Adonde la ancha boca de Biobio,
Entrando en el amargo señorío,
Gran trecho de agua dulce lo mantiene;
Y aquí con la presteza que conviene
Capaces balsas hace dar al rio
De gruesas vigas toscas mal doladas
Con el bejuco y cáñamo trabadas.

Tambien á la sazon habian llegado
Por órden del sagaz caudillo experto
Las barcas y bateles desde el puerto,
Seis millas destas aguas apartado;
Algunos, el temor aun no lanzado,
Le hacen el peligro y daño cierto,
Mas él á su demanda satisfizo,
Haciendo lo que Alcides nunca hizo.

Oculto porque nadie le estorbase,
Con un denuedo y ánimo valiente,
Se arroja en una barca diligente
Mandando que su rucio en otra pase;
Y solo permitió le acompañase,
Pasando sus caballos juntamente,
Bastida, Juan Ramon y Diego Cano,
Bastantes á poner el mundo llano.

Al agua todos cuatro así se entregan,
Y vanla encaneciendo con las palas,
Que siendo para el barco prestas alas,
A la marina en breve espacio llegan;
Donde tan solo un punto no sosiegan,
Mas de sus prestos piés haciendo escalas,
Dejan el bordo y prora por la silla,
Saliendo en sus caballos á la orilla.

Apriétanse en las frentes las celadas,
Arriman las adargas á los pechos,
Y con los puños fuertes y derechos
Las gruesas astas tienden ya terciadas;
Así, por las arenas desechadas
En belicosa cólera deshechos,
La tierra adentro arrojan los caballos,
Que llegan á las cinchas con los callos.

Dos millas el rebelde suelo pisan,
Y el enemigo sitio reconocen;
Mas no topando cosa que destrocen,
Que todo raso y limpio lo divisan,
Volviéndose á los tímidos avisan,
Los cuales, cuando súbito conocen
Que el animoso jóven ha pasado,
Están para pasar á pié y á nado.

Confusos, vergonzosos y corridos,
Y á su temor inútil despidiendo,
Atropelladamente van corriendo
Derechos á los barcos detenidos;
Adonde parte dellos conducidos,
Quedándose los otros deshaciendo,
Con espumoso rastro el agua cortan
Y al bien asegurado puerto aportan.

Sin descansar los remos un momento,
Llegan, revuelven, tornan y carrean;
Las aguas se alborotan y blanquean
Heridas con el ímpeto violento;
Los astros del sublime firmamento
Debajo de las ondas centellean,
Supliendo con su luz, aunque noturna,
La de la ardiente lámpara diurna.

Pues tanta en esto fué la diligencia,
Que no era bien pasado el cuarto dia,
Cuando pasado ya tambien habia
El Español con toda su potencia,
Sin que, por embarcarse en competencia,
Desgracia sucediese ni avería;
Mas esto á aquella mano se atribuya
Que á la ventura tiene de la suya.

De aquellos que al engaño arriba estaban,
En ocupando el mundo el turbio velo,
Bajaban á pasar con raudo vuelo,
Y siempre la mitad allá quedaban;
De suerte que los indios que miraban
Tuvieron de contino algun señuelo,
Con cuya vista y cebo detenidos,
Quedaron, como dije, desmentidos.

Es muy de encarecer que un mozo tierno,
No tanto de experiencia acompañado,
Usase de un ardid tan extremado,
Y en todo lo demás de tal gobierno;
No dudo que el espíritu superno
Estuvo siempre en él aposentado,
Pues mal pudiera á tanto fuerza humana
Sin asistir allí la soberana.

Los rápidos caballos de Timbreo
Sus mádidos copetes asomaban
Que del profundo piélago sacaban,
Peinados por las hijas de Nereo,
Y de sus galas, hábito y arreo
Los valles ya sin luto se adornaban,
Al tiempo que dejando la marina,
En órden el ejército camina.

Todos por sus cuarteles y escuadrones
A la vedada tierra van entrando,
Y con el fresco céfiro luchando
Banderas, estandartes y pendones;
Los tersos y lucientes morriones
Ya con la luz del sol se van alzando,
Que franco y liberal prestalles quiso,
Mas ya se ve del préstamo arrepiso.

Marchaba nuestro campo, como digo,
En buen concierto, forma y ordenanza,
Ganoso de medir su dura lanza
Con la mortal del bárbaro enemigo,
Cuando llegó el socorro y bando amigo
Que enviaba de Cauten la rica estanza,
Con tanta provision y bastimento,
Cuanta señal de júbilo y contento.

Cincuenta de á caballo solos fueron
Los que de la Imperial aquí llegaron,
A quienes sus lugares señalaron,
Y por los capitanes repartieron;
Pues cuando todos juntos estuvieron,
Al bravo Andalican enderezaron,
Cubriendo aquellos campos con el suyo
Alegres por la vista de su cuyo.

La delantera lleva don Hurtado
Para escoger el sitio y buen asiento
Adonde hacer seguro alojamiento,
Que siempre le mataba este cuidado;
Y habiendo media milla caminado,
Ordena, que dejando atrás el viento,
Reinoso con los suyos se adelante,
Corriendo algunas leguas adelante.

Los cuatro dias atrás continuamente
Enviaba desta suerte corredores
En ágiles caballos voladores,
Que diesen el aviso brevemente;
Los cuales, de un cerrillo puesto enfrente.
Bien como del otero los pastores,
La vista en ancho círculo tendian,
Mirando si los lobos parecian.

Para lo mismo agora va Reinoso,
Que como á capitan su vez le vino,
Y en tanto marcha y sigue su camino
El español ejército vistoso.
Mas ya el celeste cirio luminoso
De Vénus, y su adúltero vecino,
Enviaba por igual su luz ardiente,
Partida entre el ocaso y el oriente;

Cuando el Gobernador la rienda coge,
Haciendo todos alto en parte buena,
Do, por estar de pasto y agua llena
Y no haber cosa en torno que la enoje,
Al campo da licencia que se aloje,
Antes que el sol abrase mas la arena,
Tomando por mollido lecho y cama
El delicado heno y verde grama.

No léjos deste puesto, á la una mano,
Lavando el bajo pié de una alta cuesta,
En cuya cumbre el cielo se recuesta,
Se ve una grande ciénaga y pantano,
Que de totora, juncia y junco vano
Tiene su márgen húmida compuesta,
Adonde en importuno y ronco acento
La rana está enfadando aquel asiento.

No bien desde el estribo el pié derecho
Por el trasero arzon volado habia,
Y á repelar la yerba se tendia
El cuello del rocin mal satisfecho,
Cuando se oyó del sitio poco trecho
Confusa grita y alta vocería,
Estrépito, tropel, estruendo y turba,
Que súbito á los mas osados turba.

Mas luego saltan ágiles y prestos,
Sin esperar estribos á las sillas,
Y en ellas, apretando las rodillas,
Se muestran mas que mármoles enhiestos;
Repárteles el jóven por sus puestos
Formando las hileras y cuadrillas,
Y en un proviso á punto de batalla
Esperan á la bárbara canalla.

Mas presto ven la causa del rüido,
Llegando tras los gritos y clamores
Reinoso con sus treinta corredores
De veinte mil sacrílegos corrido;
Que desde aquel otero referido,
Rasgando el cielo á gritos y clamores,
Le habian venido siempre dando caza
Y haciéndole probar la dura maza.

Estaban estos indios emboscados,
No léjos de la cuesta Andalicana,
Para en llegando allí la gente hispana
Cercalla de repente por los lados;
Y viendo á solos treinta desmandados
Andar corriendo al pié, la tierra llana,
Salieron con estruendo repentino,
Cerrándoles el paso y el camino.

Que como en el pasaje no hubo efeto
Su pretension y frívola esperanza,
Mediante aquel tan digno de alabanza,
Ardid no menos útil que discreto,
Quiso para suplir este defeto,
Moviéndole su vana confianza,
Ponerse en este paso peligroso,
De donde agora va contra Reinoso.

El Español que vió calar la gente,
Y della en tanto número cercarse,
Quisiera, mas no pudo retirarse,
Que el paso le tomaron prestamente;
Mas con despecho y ánimo valiente
Por todos determina de arrojarse,
Abriendo, á su pesar, alguna via
Para llevar la nueva á don García.

Pues hechos una piña, recogidos,
Y mas que rocas firmes en las sillas,
Embisten con las bárbaras cuadrillas
Do son en duras picas recebidos;
Mas rompen, aunque rotos y heridos,
Tornándose las astas en astillas,
Y habiendo despachado del encuentro
Algunas almas pérfidas al centro.

Sin aguardar á mas á rienda suelta
Y alzando polvoroso remolino,
Tomaron á su ejército el camino
Siguiéndolos la turba desenvuelta;
Alguna vez forzados dan la vuelta,
Haciendo rostro al bárbaro vecino,
Mas viéndose con él en duro estado,
Revuelven al camino comenzado.

Arriman lo que pueden los talones,
Juzgándose feliz quien mas los mueve,
Pero tras ellos tanta flecha llueve
Como palabras llenas de baldones:
«Cobardes, esperad; teneos, ladrones,
Volved por el tributo que se os debe
Y á recebir la paz que os da la tierra,
Pues sois tan enemigos de la guerra.»

Reinoso, en quien no reina miedo alguno,
Aunque es atrevimiento temerario,
Revuelve muchas veces al contrario,
Templando bien el ímpetu importuno;
Mas como de los indios no hay ninguno
Menos que toro, leon ó sagitario,
Unido en escuadron le apura y carga
Haciéndole tomar carrera larga.

Bien como la corriente arrebatada,
Que fuera de su curso el valle abajo
Arranca gruesos árboles de cuajo
No habiendo quien estorbe su jornada,
Con flacos tajamares atajada,
Se ensaña mas, llevándose el atajo;
Así con mas furor el Indio lleva
A quien embarazar su curso prueba.

Tres leguas desta suerte los llevaron
Con furia grande y término insolente,
Hasta que á vista ya de nuestra gente
En medio la campaña los dejaron;
Adonde recogidos repararon,
Volviendo acá y allá la altiva frente,
Y puestos á la mira en ordenanza,
Para si menester fuese la lanza.

Y estando así, la vista revolviendo
Por todo el espacioso verde llano,
Vieron hácia el ejército cristiano
A pié dos hombres solos ir huyendo;
Partieron Galbarino y Alcaguendo,
Tras Orompello, Talca y Titaguano
Con otros bravos indios orgullosos
De habellos á las manos cudiciosos.

No corren al venado los ventores,
Teniéndose cosidos con el suelo,
Ni el gavilan hidalgo da tal vuelo,
En viendo los zorzales silbadores,
Ni siguen los cernícalos y azores
Con tan batidas alas al mochuelo,
Cual todos estos van con piés livianos
Corriendo tras los míseros cristianos.

BIBLIOTECA PUBLICA LEON

Los cuales el rëal habian dejado,
Y adelantados dél como una milla,
Por ocupar los vientres de frutilla,
Andaban á cogella por el prado;
Do habiendo los estómagos colmado,
Sintieron á la bárbara cuadrilla,
Huyendo al mismo punto por salvarse,
Mas no pudieron ambos escaparse.

Que al triste Hernan Guillen á poco trecho
Los fieros enemigos dan alcance;
Mas él, que ve su vida en este trance,
Donde mostrar espalda no hay provecho,
Resuélvese en mostrar osado pecho,
De su poder haciendo allí balance,
Y vuelto de través con presto salto,
La rígida cuchilla saca en alto.

Con Alcaguendo intrépido se junta,
Hallándole á su lado mas vecino,
Y con rabiosa furia y desatino
Le cose entrambos muslos de una punta;
A Talca por el hombro descoyunta,
Señala de un revés á Galbarino,
Y luego de otro al fiero Titaguano
A cercen le derriba maza y mano.

Defiéndese y ofiéndelos de suerte,
Volviéndose furioso á todos lados,
Que de sus duros golpes redoblados
Aun huye con temor la propia muerte;
En sacudir se muestra un cierzo fuerte,
Que remover parece los costados,
Y abate gruesos líbanos al suelo,
Llevándose los céspedes al vuelo.

Jamás se muestra el hombre mas valiente
Que cuando está á morir determinado;
Entonces fuerza y ánimo doblado
Hace sentir sus golpes y él no siente,
Y entonces viene á estar como el doliente
Por muerto de los físicos dejado,
Que no se guarda y come ya de todo
Sin órden, regla, término ni modo.

Así Guillen, la muerte ya tragada,
Se esfuerza mucho mas con este trago,
Haciendo en los indómitos estrago
Y cosas memorables por la espada;
Aunque la tiene en sangre barnizada,
Y de la de sus venas hecho un lago,
Que en abundante flujo y grueso hilo
Caliente va saliendo tras el filo.

Los indios su furor en él descargan
Con rabia desigual y saña horrible,
Y haciendo todos juntos lo posible,
De golpes pesadísimos le cargan;
Mas, si una vez se llegan, dos se alargan,
Llevados de aquel ánimo invencible,
Y sin poder llevar su intento al cabo,
A causa de que siempre está mas bravo.

Vinieron al principio de concierto
Para tomarle á manos preso y vivo,
Mas juega de los suyas tan esquivo,
Que dieran algo ya por velle muerto;
Porque, como su fin tiene tan cierto,
O verse de los bárbaros cautivo,
Antes de ver su vida en tal miseria,
Quiere vendella cara en esta feria.

Bien muestra que combate por la vida,
Según con los incrédulos se aviene,
Pues dellos á sus piés tendidos tiene,
Y dellos para el Orco de partida;
Mas veis aquí con rápida corrida
Al jóven Orompello donde viene,
Diciendo en alta voz: «Afuera, afuera,
Quien sabe así matar, no es bien que muera.»

No pudo el noble pecho generoso,
De que el hidalgo mozo era dotado,
Y aquel su buen respeto, esmalte dado
Al oro de su esfuerzo valeroso,
Juzgándolo por hecho vergonzoso
Sufrir que allí muriese tal soldado;
Y así determinó de darle vida,
Visto cuan bien la tiene merecida.

Gallardo pues se arroja con la maza
En medio del horrísono combate,
Y los espesos golpes le rebate,
Haciendo en breve espacio grande plaza;
Con esto al Español desembaraza,
Cuyo vivir andaba ya en remate,
Diciéndole: «Cristiano, vete presto,
Y paga á tu valor la deuda desto.

»La vida te concedo libremente,
Así porque supiste defendella,
Como porque tambien esté con ella
Tu poderoso campo mas potente;
Y no por esto quiero que á mi gente
Ni á mí, pudiendo, deje de hacer mella,
Mas quiero, combatiéndome contigo,
Jactarme de que fuiste mi enemigo.

»Agora me estuviera mal hacello,
Por ser con un herido cosa baja,
Y acometer á nadie con ventaja,
Ni fué ni es cosa digna de Orompello;
Despues podrás, pagándome con ello
El darte mi favor en tal baraja,
Venir á mí, llamado en la pelea,
Adonde tu valor pagado sea.

»Pues vete luego en paz, y di á tu gente
En lo que yo reputo su ardimiento,
Pues el poder y fuerzas le alimento,
Dejándole un soldado tan valiente»;
Confuso y grato al hecho extrañamente
Dejaba ya Guillen aquel asiento,
Cuando tras él se lanza en el camino
Con un baston el impío Galbarino.

Alcánzale ¡oh traidor! á rostro vuelto
Y en medio la cabeza; ¡oh dura suerte!
Descarga el poderoso brazo fuerte,
En furia desigual y en ira envuelto,
Haciendo que, del alma el ñudo suelto
Por la furiosa mano de la muerte,
Dejase ya sin vida el cuerpo helado
Entre su sangre y sesos revolcado.

Era este Galbarin de mal respeto,
De mala inclinacion, enorme y crudo,
Así para lo bueno torpe y rudo
Como en lo malo plático y discreto;
De quien jamás se tuvo buen concepto,
Doblado, contumaz y cabezudo,
Soberbio en condicion, humilde en casta,
Y á todo bien ingrato, que esto basta.

Descúbrese lo dicho en este hecho,
De cuya atrocidad estremecido,
Y en áspide Orompello convertido,
Saltó en ardiente cólera deshecho;
Mas con dificultad y á su despecho
Fué de varones graves detenido,
Diciéndole excusase aquel enojo,
Teniendo al enemigo tan al ojo.

Por esto comedido se repara,
Diciendo en fiera voz al homicida:
«¿Qué te movió á querer quitar la vida
Al que de tantos la compró tan cara?
¿Por qué no le saliste cara á cara,
Y fuera tu braveza conocida,
Sino como traidor de aleve pecho?
¡Por cierto que emprendiste un grande hecho!

»Del cielo venga el áspero castigo
En esas manos crudas aviltadas,
Que yo no dudo vértelas cortadas
A manos del hespérico enemigo;
Porque, si lo dudara, yo te digo
Que nunca fueran estas estorbadas
A te sacar mil almas que tuvieras,
Y encomendar tus carnes á las fieras.»

El Indio le responde encarnizado:
«Pues alto, sus, que filos tengo buenos,
Mas para darte yo los puños llenos,
Es poca la ocasion que tú me has dado;
¿No miras, Orompello mal mirado,
Que de los enemigos mientras menos,
Y que si en esto á mí no soy honroso,
A todos habré sido provechoso?»

Airado el sucesor de Mauropande (33),
Con obras á lo dicho replicara
Si á tiempo no viniera Tulcomara
Mandando que ninguno se desmande;
Bastó por ser de oficio y nombre grande,
A lo que todo el mundo no bastara,
Aunque dejó á los bárbaros insanos
Mordiéndose de cólera las manos.

El triste de Guillen quedó tendido,
Causando aun á los infidos mancilla,
Adonde presto fué de la abubilla
Y de funestos cóndores (34) comido;
Este es, (mirad qué acedo y desabrido),
El fruto que sacó de la frutilla.
¡Oh gula, cuán de atrás nos haces guerra!
Testigo es el que Dios formó de tierra.

¡Qué cosa tan culpable y arresgada
En los soldados es el desmandarse!
Pues el mayor desman suele causarse
De ser una persona desmandada;
La oveja que se va de la manada,
O presto la veréis abarrancarse,
O que el hambriento lobo da con ella
Donde el pastor no puede socorrella.

Roman de Vega, el otro desmandado,
Que con Hernan Guillen habia venido,
Fué menos animoso y atrevido,
Mas hízole el temor mas alentado;
Y así llegó al ejército alojado
Sin huelgo, sin color y sin sentido,
Poco despues que allá Reinoso estaba,
Diciendo al general lo que pasaba.

El jóven avisado manda luego
Que salga Juan Ramon (35) á ver lo que era,
Entresacando diez de cada hilera
De los que son mas diestros en el juego;
Pues con cincuenta bravos como el fuego
En polvorosa y súbita carrera,
Determinado sale á lo que digo,
Y no para embestir al enemigo.

No bien estaba fuera de su asiento,
Cuando cubierto mira el verde llano
Del orgulloso ejército pagano,
Que con sus alaridos rompe el viento;
Repárase mirándolos atento,
Con gana de probar allí la mano,
Mas á despecho suyo se detiene,
Por no pasar del órden con que viene.

Hasta que ya Hernan Perez mal sufrido
Les dice: «¿A qué venimos? ¿Qué hacemos?
¿No es esta la ocasion en que podemos
Sonar sobre las aguas del olvido?»
Apenas hubo dicho el atrevido,
Cuando blandiendo al asta los extremos,
Bate con el caballo la campaña,
Diciendo: «¡Sanctiago! cierra España!»

Los otros al tropel y voz amiga
A un tiempo el riguroso hierro meten,
Y al ventajoso número acometen,
Que ya con su arrogancia les obliga;
La gente de cristianos enemiga,
En viéndolos tan raudos arremeten,
Abajan á un compás las astas gruesas
Como una espesa pluvia y mas espesas.

Al talle que al mover del viento airado
Las fértiles espigas levantadas
Derriban sus cabezas aristadas,
Haciendo rubias ondas sobre el prado;
Desa manera el colmo del Estado
Cala sus altas picas apiñadas,
Los cuentos apoyados del pié diestro,
Al súbito mover del bando nuestro.

Mas no por ver las puntas de diamante
El Español del ímpetu desiste,
Pues antes con mayor coraje embiste
Al afrontado bárbaro pujante;
El cual con fuerza y ánimo arrogante
Su rauda furia, firme el pié resiste,
Quebrando de las astas en sus pechos,
Cual si de pedernales fueran hechos.

Rompieron del encuentro la muralla,
Dejando los cincuenta al diestro lado,
El pérfido escuadron aportillado,
Aunque sembrando algunos sangre y malla;
Trabóse fiera luego la batalla,
Y comenzó á tremer el monte y prado
De los terribles golpes y heridas
En los tronantes yelmos recebidas.

Miranda y Juan Ramon osadamente
Por los tejidos bárbaros colaron,
Y todo el escuadron atravesaron,
Hallándose bien léjos de su gente;
Mas prestos al socorro conveniente
Acá por el vecino mar tornaron,
Metiéndose de nuevo en la refriega,
Que ya de rubia sangre el campo riega.

El bravo Cadequala furibundo,
Que con mortal rigor la maza esgrime,
A la española cólera reprime,
Que no la reprimiera todo el mundo;
Y al golpe que descarga el iracundo
El aire hueco y dura tierra gime,
Haciéndose lugar abierto y llano,
Por donde tras el pié sigue la mano.

Tan duro golpe á Cáceres asienta,
Que sin que el triste juzgue ni se acuerde,
A todo su pesar la silla pierde
Y sangre por los órganos revienta;
Con otro á Diego de Avalos avienta,
Haciéndole medir el campo verde,
Donde tendido el cuerpo quebrantado
De mil y mas al punto fué cargado.

Cual galgos ó lebreles, que en cayendo
La tórtola, perdiz ó gallareta,
Que el cazador hirió con la escopeta,
Acuden velocísimos corriendo;
O como gaviotas, que en huyendo,
Revuelven tras el golpe de mareta,
Así la fiera turba amontonada
Aguija tras la caza derribada.

En cuyo cuerpo súbito descargan
Una montaña entera de asteria,
Poniéndole en congoja y agonía,
Con que el vital anhélito le embargan;
Mas viendo que sobre él apriesa cargan,
Acude la cristiana compañía,
Y esparce los espesos araucanos,
Sacándoles la presa de las manos.

Por otro lado Térpoco gigante
De grande fuerza y ánimo arrojado,
Tras un furor diabólico llevado
Se lanza por los nuestros adelante,
Con un gurguz de punta penetrante,
Que no perdona malla ni estofado,
Ni le contenta arnés templado y grueso,
Sino la blanda carne y duro hueso.

Tal vez un temerario bote arroja,
Volviéndose á Hernan Perez delantero,
Que no le aprovechando el fino acero,
En la secreta sangre el hierro moja;
Ufana se asomó la punta roja
Rompiendo por la espalda cuera y cuero,
Y haciendo al Español que, mal su grado,
Trocase los arzones por el prado.

Tronchósele el gurguz al araucano,
Torciéndole con ímpetu al sacalle,
Y así con medio solo vino al valle
El penetrado cuerpo del cristiano;
Arroja el otro medio de la mano
El bárbaro, que es diestro en arrojalle,
Y dando á Salvatierra en la espaldilla,
Por poco le volara de la silla.

En tigre el de Cantabria convertido
De verse por un indio descompuesto
Y ver que está por él en tierra puesto
Quien siempre camarada suyo ha sido,
Enderezando el cuerpo mal torcido,
Se va furioso á Térpoco dispuesto,
Los dientes apretados, y la espada
Al febrizante pulso encomendada.

Apenas con el bárbaro se junta,
Cuando, encogido el brazo y la cuchilla,
La encaminó derecha á la tetilla,
Por donde al corazon entró la punta;
Mostróse luego allí la faz difunta,
Turbada, escura, triste y amarilla,
Y en un instante el ánima de Terpo
Al báratro bajó dejando el cuerpo.

De largo á largo el réprobo se tiende,
Haciendo retemblar la firme tierra,
Y el animoso Andrés de Salvatierra
De su caballo súbito desciende;
Do mientras mas de gana se contiende
Y mas el duro son de Marte atierra,
Llegado adonde el buen amigo yace,
A todo lo que debe satisface.

El íntimo gurguz le saca fuera,
Y casi no pudiendo levantallo,
Lo sube apenas vivo en el caballo,
Poniéndole los piés en la estribera;
Tras esto salta al suyo que le espera,
Y puesto en gran peligro por sacallo,
Lo deja fuera dél, tornando luego
Adonde se abrasaba todo en fuego.

Entróse á la batalla tan sangrienta,
Y ya por ambas partes tan reñida,
Que está la muerte á costa de la vida,
Pomposa, levantada y opulenta;
Alcanza muchas ánimas de cuenta,
Metiendo por la espesa mies crecida
Su cortadora hoz, que no perdona,
Y apriesa los manojos amontona.

Agrega tantos pues la cruda Parca
De las espigas bárbaras que siega,
Que cuando á Flegeton cargada llega,
Apenas el barquero las embarca;
Y como tan cargada va la barca,
En Lete la mayor parte se aniega;
Adonde, siendo tanta su hondura,
No es mucho que los deje mi escritura.

Mas no se olvidará de Chilcomaro,
A manos de Ramon de un golpe muerto,
Y menos de Quipalco en dos abierto
Con otro de Miranda sin reparo;
Ni del feroz Pucheo ni Paylataro,
Que el capitan Quiroga, en todo experto,
Les hizo vomitar por dos heridas
Dos almas, dos alientos y dos vidas.

Pacheco, Santillan, Osorio, Bravo,
Riveros y don Pedro de Lovera,
Cortés, Reinoso, Barrios y Barrera
Llevaban el osado intento al cabo;
Valdivia y don Martin por otro cabo
Un escuadron retiran de manera,
Que al próximo pantano se recoge
Adonde no hay caballo que lo enoje.

El resto derramado se distrae
Con apariencia clara de vencido,
Que siendo por España conocido,
A los postreros términos lo trae;
Hasta que ya en la errada cuenta cae,
Siguiendo lo que esotros han seguido,
Y haciéndose en las negras aguas fuerte,
Que ya en color de púrpura convierte.

Allí si algun caballo entrar pretende,
Atasca por lo menos hasta el pecho,
Hallándose al salir en duro estrecho,
Porque del cieno apenas se desprende;
Allí sin daño el bárbaro le ofende,
Y él se fatiga y cansa sin provecho;
Al fin allí se hiciera el juego maña
Si allí no usaran della los de España.

Do visto que las aguas los destruyen
Y presumir entrar allá es en vano,
Para sacar los indios á lo llano
Dan muestra cautelosa de que huyen;
Pues ellos que á flaqueza lo atribuyen,
Arrancan luego juntos del pantano,
Saliendo como perros de su casa
Si ven que huye dellos el que pasa.

El que agua arriba siempre forcejando
Apenas con el pecho va delante,
Si vuelve las espaldas, al instante
Lo lleva el curso rápido volcando;
Así los españoles en quitando
Del enemigo y ciénaga el semblante,
Abajan lo subido raudamente
Llevados de la bárbara corriente.

La cual con tanta furia da tras ellos,
Habiéndoles el ánimo crecido,
Que ya se ve el cristiano arrepentido
De haber así burládose con ellos;
Ya desde aquí de veras huye dellos
El que hasta aquí de burlas ha huido,
Y ya de fuerza corre por el prado
Quien comenzó á correlle de su grado.

Quisiera bien al ímpetu oponerse,
Mas el temor le lleva á su despecho,
Como el que se arrojó por un repecho,
Que ya no es en su mano detenerse
Ni en esta es ya dejar de suspenderse;
Así porque le queda largo trecho,
Como porque la mano, pluma y canto
No bastan para piés que corren tanto.

CANTO XI.

Siguen los nuestros la retirada y los indios el alcance, hasta que, llegados á entrar casi por el campo, mediante el órden y presteza del señor Gobernador, son resistidos; y revolviendo sobre ellos, que iban derramados, los hace recoger en la ciénaga, donde la arcabucería con el principio de la noche da fin á la batalla, dejando los mas desbaratados y muertos. Señálanse en esta pelea algunos particulares de los caballeros españoles con los mas bravos de los araucanos.

Jamás ha de tener temor cabida
Ni puerta para entrar al pecho humano,
Que siempre es á la entrada chico enano,
Y altísimo jayan á la salida;
Su condicion tan solo es atrevida
En si le dais el pié tomar la mano,
De suerte que despues no está en la vuestra
Dejarle de seguir por donde os muestra.

Ni en burlas parezcais al temeroso,
Pues nunca fué seguro parecerlo,
Así como jamás dejó de serlo
El parecer valiente y animoso;
Y si estuviere el sello en ser medroso,
Tened aviso grande en conocerlo,
Que suele disfrazarse el miedo helado
Alguna vez con máscara de osado.

No digo yo que fuese mal intento
Querer así burlar al enemigo,
Mas en las burlas, aun con el amigo,
Han menester los hombres ir con tiento;
Y deja bien probado el argumento
Lo que de nuestra gente arriba digo,
Donde, por dar al miedo puertas francas,
Trocó lugar el pecho con las ancas.

Quisieron, sin saber de burlas nada,
Prestar consentimiento á las primeras,
Juzgándolas entonces por ligeras,
De donde vino á serles tan pesada;
Porque, si no es la burla moderada,
Es llano que de burla salta en veras,
Como lo muestra bien la referida,
Adonde no iba menos que la vida.

Mas como ya el temor habia crecido,
Llevándolos sin órden por el prado,
Dábales priesa el bárbaro alentado,
Colérico, feroz, embravecido;
Porque de ver que el ánimo han perdido,
El suyo largamente se ha ganado,
Tomando de la ajena cobardía,
Avilantez, orgullo y osadía.

Huyendo van los nuestros por su daño
De la pesada mano y pié ligero
Como del enemigo carnicero,
Sin su pastor, el tímido rebaño;
Apriesa juegan todos de calcaño
Batiéndolos con todo el cuerpo entero,
Segun sus alas bate la paloma
Si ve que el gavilan transido asoma.

De tanto golpearse van quebrados
Ijares, piés, estómagos, arzones,
Y cual si no tuvieran corazones,
Robada la color y despulsados;
Porque los pulsos todos derramados,
Se juntan de temor en los talones,
Haciéndolos pulsar con mas presura
Que el pulso de la recia calentura.

Pero por mas apriesa que los batan,
Con mucha mas los indios atrevidos
Alzando fieras voces y alaridos
Los corren, los aquejan, los maltratan;
Innumerables golpes malbaratan,
Que al aire y á la tierra van perdidos,
Mas el que bien aciertan es tan caro,
Que no padece contra de reparo.

Millones de palabras afrentosas,
Injurias, vituperios, perrerías,
Envueltas en agudas ironías,
Despiden por sus lenguas venenosas:
«Volved acá esas manos hazañosas,
Que para agora son las valentías;
Tened, tened un poco la carrera,
Que nadie os llevará la delantera.

»¿Tan poca estima haceis de vuestra gloria?
¿Triunfos tantos, lauros y guirnaldas
Tan presto las echais á las espaldas
Manchando, por la vida, su memoria?
Mirad que se os derrama la vitoria,
Volved á recogella en esas faldas;
Parad y no temais nuestros poderes,
Que nunca hicimos daño á las mujeres.»

Aquel enorme y duro Galbarino,
Mas raudo y encendido que una bala,
Les va gritando: «Tente, hala, hala,
A ver si te valdrá el poder divino.»—
«¿Por dónde vais? que es largo ese camino,
Les dice el orgulloso Cadeguala;
Hermanos por acá, que á ser hermanos,
En vez de piés usárades de manos.»

Asi diciendo, el bárbaro se arroja,
Y asido de un caballo por la pierna,
Casi le descoyunta y desgobierna
Doblando al triste dueño la congoja;
Mas no pudiendo mas, la deja coja,
Y como si la cola fuera tierna,
Estira della el Indio con un brazo
Tan recio, que le arranca todo el mazo.

Velo rabioso y muérdese la mano,
Mordiendo juntamente de las cerdas,
Y dícese frenético: «Así muerdas
El corazon infame del cristiano.»
Con esto las entrega al aire vano,
Diciéndole: «Tén cuenta y no las pierdas,
Que tantas como son, serán las vidas
Por estas crudas manos fenecidas.»

Sin mas decir, esquiva de la yerba
Su voladora planta el Indio fiero,
Siguiendo á nuestra gente el delantero
Con furia mas que rábida y proterva;
No menos va la bárbara caterva,
Juzgándose por mísero el postrero,
Bien como los vaqueros tras las vacas,
Alzando mil confusas alharacas.

Con tal teson, tal ímpetu y denuedo
Los contumaces bárbaros seguian,
Que ya los pocos nuestros no se vian
De la tisera de Atropos un dedo;
Hasta que al fin, llevados por el miedo,
Al campo, en breve término, volvian,
De donde, con vergüenza de su gente,
Hicieron rostro al pérfido insolente.

Cual galgo que de muchos perseguido
Por una y otra calle huyendo pasa,
En viéndose en la puerta de su casa,
Suele cobrar el ánimo perdido;
Y allí del miedo torpe sacudido,
Revuelve contra todos, vuelto en brasa,
Mostrándoles colmillos regañados,
En vengativa cólera amolados;

Así volvió rabiando nuestra gente,
Y ardiéndose en coraje de corrida
Por verse de los bárbaros corrida,
A vista de su ejército potente;
El cual, como el contrario ve de frente
Entrársele con furia desmedida,
Movió su fuerza toda á recebillo,
Habiéndolo mandado su caudillo.

Mas el furor y estrépito era tanto
Con que el poder incrédulo venia,
Que salvo en el valor de don García,
En otros cualesquier causara espanto;
Estuvo por los suyos puesto á canto
De peligrar su crédito aquel dia,
Por solo haber tenido tal desórden,
A no le hallar los bárbaros en órden.

Si el que les dió guardaran los cincuenta,
Conforme le llevó Ramon, preciso
Para reconocer y dar aviso,
No los pusiera el Indio en tal afrenta;
Mas como por su mal erró la cuenta,
Y luego acometer sin órden quiso,
Volvió forzosamente, cual figuro,
Poniendo en contingencia lo seguro.

Aunque salió tan bien el desconcierto,
Que vino á ser en parte necesario,
Para que, derramándose el contrario,
Fuese mejor vencido en campo abierto;
Sacó fortuna aquí del yerro acierto,
Porque esta no tan solo de ordinario
Humilia á don Hurtado la cabeza,
Mas lo que va torcido le endereza.

Movióse pues, cual dije, con su gente
A resistir la bárbara violencia,
Y fué con tal valor la resistencia,
Que el pérfido bajó la altiva frente;
Porque retrujo luego la corriente,
Topando con la hispánica potencia,
Y á no regilla el brazo mendocino,
Tambien se la llevara de camino.

Como las ondas túmidas que vienen
Sus vientres mas que hidrópicos alzando,
Y al trono celestial amenazando,
En dando con las peñas se detienen;
Y como allí les hacen que se enfrenen,
En su dureza el ímpetu quebrando,
Se ven así quebrar las indas olas
Llegadas á las peñas españolas.

Mas bien como esas ondas no pudiendo
Romper por las barreras peñascosas,
Revientan de coraje y espumosas
Están, aun siendo frígidas, hirviendo;
Así los enemigos no rompiendo
Las contrapuestas armas poderosas,
Comienzan á hervir con nueva rabia
Subiendo ya su cólera á la gavia.

Revuélvense los campos en un punto,
El poderoso Arauco y fuerte España,
Cuya mezclada sangre al suelo baña,
Nadando en ella el vivo y el difunto;
El humo, el fuego, el polvo, todo junto,
Al sol, al cielo, al aire, á la campaña
Ofusca, ciega, turba y escurece,
Y el mar de tanto golpe se ensordece.

Por todo el escuadron á toda priesa
Con sus falcadas ruedas hiende y parte
El fiero belicoso y crudo Marte,
Alzando polvorosa nube espesa;
Y todo en sangre tinto se atraviesa,
Haciendo que por una y otra parte
Crezca la furia y cólera en los pechos,
Las iras, los furores y despechos.

La furibunda y bélica Belona,
En carro ardiente rápido y ligero,
Y de lucientes láminas de acero
Armada su fortísima persona,
Con la sangrienta lanza no perdona
La malla, el escaupil ni doble cuero;
Airada va la Némesis con ella,
Que contra el mas soberbio se descuella.

En medio destas dos, vibrando el asta,
Con el aspecto duro y denodado,
Se representa el jóven don Hurtado,
Mostrando á todos bien que solo basta;
No tresdoblada piel ni fina pasta
Es parte á resistir su golpe airado,
Pues cuando se le pone alguno á tiro,
Le hace dar el último suspiro.

Encuentra con el réprobo Chilcote,
Que velle blasfemando le provoca
A le ensartar el asta por la boca,
En pena de su culpa y justo azote;
De allí la saca recio y de otro bote,
A Chaco, que soberbio al mundo apoca,
Le esconde el rojo hierro en el costado
Tendiéndole sin alma sobre el prado.

Desnuda luego en alto la cuchilla,
Y por la espesa hueste abriendo plaza,
Desmiembra, descoyunta, despedaza,
Cercena, corta, rompe y acrebilla;
Con lengua y mano exhorta á su cuadrilla,
Incita, mueve, rige, ordena y traza,
Y tanto menos cólera le ciega
Cuanto se mete mas en la refriega.

Con tal ferocidad embiste y parte
Don Luis, aquel famoso de Toledo,
Que el pecho do infundiere poco miedo
Ha de tener infuso dentro á Marte;
Aguayo y Juan Ramon por otra parte
Aplacan bien el bárbaro denuedo,
Poniendo cada cual con brazo fuerte
Mil vidas en los brazos de la muerte.

Don Pedro, aquel Nestor de luengos años,
Habiendo ya llegado á la postrera,
Como en la juvenil edad primera,
Los golpes que descarga son extraños;
Asómanse intestinos y redaños,
Por donde va la espada carnicera
Del capitan Rengifo y la de Ulloa,
Dignos de mucho mas que desta loa.

No menos del ejército araucano
Se dan á conocer en daño nuestro
Lincoya y Millanturo, mozo diestro,
Que nunca descargó la maza en vano;
El duro Galbarin, de rabia insano,
La clava juega á diestro y á siniestro,
Mas fiero que la víbora pisada
Y que mujer por celos enojada.

Haciendo mil volcanes de la vista
Y tósigo mortal del cuerpo y cara,
Se mete por los nuestros Tulcomara,
Sin que tan presto alguno le resista;
No hay hombre ni caballo que no embista,
Ni cosa que le oponga lo repara:
Por todo rompe y va desaforado
De morir ó vencer determinado.

Mancon y Rengo siguen al Sargento,
Entrándose tras él por nuestro bando,
Y parte dél hiriendo y maltratando
Con un furor indómito y violento;
Caballo que les pone impedimento,
Ninguno se va dellos alabando,
Pues por armado y rápido que venga,
Mancon lo manca y Rengo lo derrenga.

El alto don Felipe, que los mira
Y vuelve á sus pasados la memoria,
Ganoso de apoyar aquella gloria
Solo contra los dos derecho tira;
Alzó Mancon la maza envuelta en ira,
Contando ya por suya la vitoria,
Mas hizo errar la cuenta y golpe fiero
El Español destrísimo y ligero.

Un salto da al través el suelto infante,
Y el ponderoso leño viene á tierra,
Adonde mas del miedo se sotierra,
Embarazando al bárbaro arrogante;
Mas antes que furioso lo levante
El Español con él aguija y cierra,
La pica en ambos puños apretada
Y al enemigo vientre encaminada.

Rengo, que ve venir el bote fiero,
Le impide su camino con la maza,
Que el duro fresno quiebra y despedaza,
Sacando del peligro al compañero;
Y luego mas que un pájaro ligero
Se arroja cudicioso tras la caza,
Enderezando un golpe temerario
A las herradas sienes del contrario.

Mas tuvo don Felipe tal ventura,
Por lo que tiene al fin de don García,
Que cuando Rengo el brazo decendía,
Bajaba ya Mancon su mano dura;
Y como cada cual por sí procura
Hacer un mismo efecto y una vía,
Por dar Mancon el golpe al enemigo
Le da sobre la clava del amigo.

Sobre la cual, cruzado el duro leño,
Hace probar su furia al verde llano,
Y líbrase de entrambos el cristiano,
Que deshiciera un monte el mas pequeño;
¡Oh qué sañudo rostro y bravo ceño
Volvió por esto Rengo al Araucano!
Diciendo: «¿Qué se espera de nosotros,
Si ya nos impedimos unos á otros?

»Pues aunque pese al cielo y á la tierra
Y pese al ancho mar y al hondo abismo
Yo solo contra todo el cristianismo
Sustentaré la maza en cruda guerra;
Y á toda la infernal canalla perra,
Y al mismo Eponamon, si viene él mismo,
Haré, si me lo estorba, entre estos brazos
Mil piezas, mil añicos, mil pedazos.»

En tanto el Español su espada fuera,
Y de la tierra alzando un roto escudo,
Contra Mancon levanta el filo agudo,
Enviándole derecho á la mollera;
Sobre la maza el bárbaro lo espera,
Mas tanto el vigoroso brazo pudo,
Que el golpe sin haber cortado el leño
En tierra sin sentido puso al dueño.

Al estallido, Rengo se rodea,
Y viendo al compañero derribado,
Revuelve á don Felipe de Hurtado,
Con término de darle á la pelea,
Cogiéndole por bien que se ladea,
Con la crugente clava el diestro lado,
A cuyo son, por poco que le alcanza,
Entrambos piés hicieron su mudanza.

Bajara el fiero golpe á la cabeza,
Si menos ella dél se desviara,
Y el casco con los hombros igualara,
Echando por su parte cada pieza;
Sentido el caballero se endereza,
Y del segundo golpe se repara,
Metiéndose debajo del escudo
Y cerca del contrario lo que pudo.

Guardóle el aguardar con tal postura,
A causa de que dió la dura maza
Abajo del codillo media braza,
Que es casi con la misma empuñadura;
Mas alcanzó á romper del armadura
Con parte del escudo y la coraza,
Dejándole del golpe estremecido,
Cual roble por el viento sacudido.

Corvó el erguido cuello y la rodilla
Por merecer el golpe tal crianza,
Mas presto se endereza á la venganza,
Tendiendo el cuerpo, el brazo y la cuchilla;
Y á Rengo que esperaba á rebatilla
Le engaña su reparo y esperanza,
Porque con ademan de darle un tajo,
Le hiere de una punta mas abajo.

Por el derecho lado entró la espada,
Sacando un grueso caño á la salida,
De sangre mas en cólera encendida
Que del color nativo acompañada;
Mas fué tan al soslayo la estocada,
Que no sacó del bárbaro la vida,
El cual á la sazon está de suerte,
Que tiene del temor la misma muerte.

Sobre las puntas últimas se empina,
La temerosa clava levantando,
Y viene con tal furia descargando,
Que el aire solo á muchos desatina;
A la cabeza el Indio la encamina,
Mas don Felipe, el cuerpo desviando,
Remite el duro golpe al suelo duro,
Cuya respuesta dió en el reino escuro.

No pierde la ocasion el batizado,
Mas viendo al fiero bárbaro impedido,
Se tiende con el diestro pié metido,
Tirándole un revés desatinado;
Llevárale con él sin duda un lado,
Si Rengo con un salto desmedido,
De la corriente espada no huyera,
Salvando quince piés de la ribera.

El Español, hiriendo al aire vano,
Volvió por ver al Indio donde estaba,
Que ya tornado en áspide tornaba
La maza y muerte en una y otra mano;
Cuando Mancon del verde y rojo llano
Su derribado cuerpo levantaba,
No tanto en su bestial sentido vuelto
Cuanto en furor y viva saña envuelto.

Levanta su baston ñudoso en alto,
Y contra don Felipe salta presto,
Que como está con Rengo no está en esto,
Ni al enemigo ve ni siente el salto;
Por donde le pusiera el nuevo asalto
Quizá do no quisiera verse puesto,
A no venir Bernal por esta parte
Haciendo de la suya lo que Marte.

Al punto pues que el bárbaro furioso
Llegaba á secutar el golpe esquivo,
Emparejó Bernal, trasunto al vivo
De aquel Bernardo célebre y famoso;
Y visto el duro trance peligroso,
A su caballo arrima pié y estribo,
Bajando el asta y brazo firme al pecho,
Al de Mancon incrédulo derecho.

Tan súbito el católico arremete,
Y el Indio va de cólera tan ciego
Con el armado lance de su juego,
Que por la lanza él mismo se le mete;
Falsó la punta al duro coselete,
Que no le falsaria el mismo fuego,
Y entrando por los pechos impelida,
Salió por las espaldas con la vida.

Quedó Mancon tan fiero y espantable,
Tan bravo, tan feroz y tan sañudo,
Que con estar de espíritu desnudo,
Estaba al parecer incontrastable;
Tras cuya negra faz abominable,
El cuerpo laso, indómito y membrudo
Cayó sin alma en tierra del encuentro,
Y el ánima sin cuerpo mas adentro.

Mas no se fué Bernal sin pago desto,
Porque le dió tal golpe el brazo fuerte
Con la vascosa rabia de la muerte,
Que casi le dejó en sus manos puesto;
Pues mal su grado en éxtasis traspuesto,
Por tres ó cuatro partes sangre vierte,
Dejando sin acuerdo larga pieza
Torcida sobre el pecho la cabeza.

Llevóle su caballo así dormido
Sin que le despertase tanto estruendo,
Hasta que ya los párpados abriendo,
Echó de ver en sí lo sucedido;
Y mas por ser de un bárbaro sentido
Que el fiero golpe rústico sintiendo,
Revuelve á señalarse en la batalla
Haciendo su blason de cuanto halla.

A Rengo y don Felipe de Mendoza
Un punto en su combate no les vaga,
Porque si presta el uno, el otro paga,
Y si este despedaza, aquel destroza;
Hierve el furor, la cólera reboza,
Y el encendido fuego no se apaga,
La corajosa fiebre no declina,
Ni la fortuna lúbrica se inclina.

Con fuerza, con teson, con arte y maña
Se aguardan, se reciben y se tientan,
Se hieren, se quebrantan, se atormentan,
Creciendo mas y mas su cruda saña;
Aniégase en la sangre la campaña
Que los sensibles órganos revientan,
Y del espeso huelgo el aire vano
Está para tomarse con la mano.

Bien es verdad que el Indio ya gastaba
De sus hinchadas venas el tesoro,
Y pródigo tambien por cada poro
Sudor caliente y grueso derramaba;
Mas no por esto mínima bajaba
Del entonado punto en su decoro,
Antes por ir subiéndole mas alto,
Estaba á la sazon de aliento falto.

Pues como el enemigo así le siente,
No porque menos bravo el golpe tira,
Sino porque pesado se retira,
Procura darle priesa mas ardiente;
Con que tornado Rengo una serpiente
Y del cabello al pié deshecho en ira,
No solo el brazo válido no dobla,
Mas golpes, fuerza y ánimo redobla.

Con todo lo pasara no sé cómo,
A no venir Purén á socorrello,
Y el valeroso jóven Orompello
Con un bastón pesado mas que el plomo,
Para que el Español abaje el lomo;
Mas hállanle tan léjos de hacello,
Que á recebillos va determinado
Y el cerro mas que nunca levantado.

En esto Pedro Dolmos de Aguilera,
Don Pablo de Espinosa y Diego Cano,
Cubriendo de cadáveres el llano
Por este lado tuercen la carrera;
Al tiempo que el valiente mozo espera
Alegre, contentísimo y ufano,
La suerte venturosa que le sale
Para mostrar al mundo lo que vale.

Pesóle de que en blanco le saliese,
Saliendo los que digo á la parada,
Por entender que al filo de su espada
Quitaban la mitad del interese;
Mas presto ve ser yerro que le pese,
Porque la mano pérfida y pesada
A su pesar le carga de manera,
Que dalle alguno el pésame pudiera.

Principiase el horrísono combate,
Soplando el belicoso vivo fuego,
Y entábiase tan bien el duro juego,
Que lleva cada cual seguro el mate;
Mas esles ocasion de que se empate
Llegar un gran tropel de gente luego,
Que el ajedrez armado desbarata,
Y los trebejos bárbaros maltrata.

Bien se desquita desto Cadeguala,
Que con macana rústica y maciza,
Amaina presto al brazo que mas iza,
Y al que es mas señalado le señala;
Con ella quiebra, hiende, barre y tala,
En hombres y caballos hace riza,
Pues nunca la levanta para el cielo
Sin que derribe alguno por el suelo.

Entre ellos va el infiel con saña esquiva,
Sin perdonar su cólera á ninguno,
Y al buen Rodrigo Palos le da uno,
Con que molido en tierra lo derriba;
A Pacho y Peranton del seso priva,
A Sancho de Esquivel no deja ayuno,
Porque tambien probó su dura mano,
Y aun vino dando dellas á lo llano.

Encuentra con el mísero Tiruca,
Amigo, natural del fértil Guasco (36),
Y asiéntale tal golpe sobre el casco,
Que envuelto con los sesos lo machuca;
A Pilmaiquen sin ánima trabuca,
Y á Levocan, mas fuerte que un peñasco,
Lo estrella de otro golpe, y de otro á Guerpo
Le desfigura y muele todo el cuerpo.

Al descargar la maza sobre Guebra,
Ligero se hurtó del golpe insano,
Y como con tal ímpetu da en vano,
Por tres ó cuatro partes se le quiebra;
¿Qué víbora, qué sierpe ni culebra
Se puede comparar al Araucano?
Quemar parece al cielo con miralle,
Y helársele de miedo todo el valle.

Luego la amiga turba congregada,
Por ver que está sin arma el Indio fiero,
Con ánsias de le hacer su prisionero,
Lo embiste de temor asegurada;
Mas él entonces da tan gran puñada
En medio de las sienes al primero,
Que cual si fuera el casco de manteca,
Le sume dentro el puño y la muñeca.

Tras esto en el estómago de Guento
Tal coz embiste el pié del Indio crudo,
Que puesto en la garganta un grueso ñudo,
Dejó cerrado el paso del aliento;
Al punto los demás con escarmiento
Se apartan dél y déjanlo sañudo,
Brotando por los ojos mas que fuegos
Y desquiciando al cielo con reniegos.

Airado Julïan de Valenzuela
De ver en los amigos tal matanza,
Enristra contra el bárbaro su lanza,
Jugando al mismo tiempo de la espuela;
Por la cerrada gente raudo cuela,
Y al crudo infiel colérico se lanza,
Que espera exento, firme y temerario
Al temeroso encuentro del contrario.

El cual caballo y asta junto envia
Al desarmado y áspero guerrero,
Mas el audaz, que sabe ser ligero,
De todo con un salto se desvia;
Con otro y con diabólica osadía,
Despues de haber pasado el bote fiero,
Cual gato al enemigo se abalanza,
Echándole las presas á la lanza.

Y aunque la tiene bien la recia mano,
Mas fácil que una mal asida estaca,
De los cerrados puños se la saca,
Y contra su señor la vibra ufano;
El cual se aparta un poco á poner mano
Y vale dando el bárbaro matraca,
Creyendo que de flaco no le espera,
Mas vele revolver la espada fuera.

Trabárase batalla tan reñida,
Que fuera bien de ver á costa dellos,
A causa de que son de erguidos cuellos
Y poco estimadores de la vida;
Mas fué la furia de ambos impedida,
Llevándolos de allí por los cabellos
Un bárbaro escuadron sobresaliente
Con otros diez ó mas de nuestra gente.

Quedó con tal vergüenza y corrimiento
Por la perdida lanza el fiero Hispano,
Que de cobralla él mismo por su mano
Hace mirando al cielo juramento;
No puede verse agora el cumplimiento,
Mas no es de presumir que jura en vano
Quien tiene ya de atrás en mil contiendas
Tan bien aseguradas estas prendas.

En esto ya la cosa está de modo,
Que en mar bermejo el campo se convierte,
Y tanto dan que hacer aquí á la muerte,
Que dudo si podrá acudir á todo;
Arrolla cuerpos bárbaros á todo,
Sin reservar humilde ni alta suerte,
Y de cortar apriesa tanto hilo
Tiene mellado ya su agudo filo.

Por donde el valeroso don García
Con Juan Ramon, Bastida y Diego Cano,
Quiroga y don Simon el Lusitano
Adelantado á Marte discurria;
El infido escuadron se retraia
A las inmundas aguas del pantano,
Porque para librarse de su fuego
Al agua es menester que acuda luego.

Los otros en la resta van haciendo
Tal riza, tal matanza, tal estrago,
Que ya tambien los van al hondo lago,
Por mas que se detienen, recogiendo;
Mas no por esto dejan de ir siguiendo,
Y porque allí no queden sin su pago,
De los caballos saltan al instante
Entrando por la ciénaga adelante.

Donde el plebeyo bando á quien espanta
De la terrible muerte el duro encuentro,
Se mete la laguna mas adentro
Hasta tener el agua á la garganta;
Mas cuando la desdicha se adelanta,
Aunque se meta el hombre allá en el centro
Y en sus cavernas últimas se aloje,
Allá lo va á buscar y allá lo coge.

Allí la fuerte manga de herreruelos,
Por Pedro del Castillo gobernada,
Les da tan presurosa rocïada,
Que ya no deja el humo ver los cielos;
Y aunque entre el agua esconden frente y pelos,
Al fin para salvarse todo es nada,
Pues bien no se descubre un dedo dellas
Cuando la dura bala está con ellas.

Allí, como á los patos en el agua,
Apunta el arcabuz y el plomo asienta,
Allí con sangre el agua se ensangrienta,
Y el puro humor sanguino allí se agua;
Ya hierve el negro lago vuelto en fragua,
Que la espumosa sangre lo calienta,
Ya el cuerpo en esta ciénaga se ahoga,
Y en la de Flegeton el alma boga.

Trasunto es este lago del averno,
Segun está humoso y pestilente,
Y porque tiene en sí calor ardiente
Con el contrario efecto del invierno;
Para que cuando baje al hondo infierno
A profesar tormento eternamente,
El Indio miserable y desdichado
Haya tenido aquí su noviciado.

Por todas partes ya la muerte esquiva
Ha puesto á su vivir mortal atajo,
Agora con el agua por abajo,
Agora con el fuego por arriba;
Mas esta gente indómita y altiva,
Aunque se ve en tan áspero trabajo,
Cercada de contrarios elementos,
No quiere desistir de sus intentos.

Tienen sus almas réprobas sujetas
A dura ostinacion de tal manera,
Que están, con ver la Parca y su tisera,
Diciendo, como dicen, tiseretas;
¿Qué tienen que hacer los masagetas?
Qué los caribes fieros? Qué la fiera
Criada en la arenosa Libia ardiente,
Con esta endurecida y cruda gente?

De allí con ver su daño sin remedio,
Ya que dañar no pueden de otro modo,
Trabajan por cerrar á piedra y lodo
La puerta de cualquier partido y medio;
Y aun con estar la muerte y agua en medio,
Queriendo algunos ya romper con todo,
Se vienen desalmados á la orilla
Midiendo con su maza la cuchilla.

El uno dellos es el bravo Rengo,
Que tiene por afrenta retirarse,
Y que por ello viene á deslustrarse
Su ilustre sangre, estirpe y abolengo;
Y asi con un ramon ñudoso y luengo,
Que pudo por su mano desgajarse,
Empieza á mantener de nuevo guerra,
Ganando por las mismas aguas tierra.

Tan junto vino á estar el Indio della,
Que á la rodilla el agua no le toca,
Y como no es de aquellos que en la poca
Se suelen ahogar, se va por ella;
Donde con dos, con tres, con mas se estrella,
Haciéndoles pensar que es una roca,
Segun las muchas olas que lo baten
Y lo poquito ó nada que le abaten.

Un golpe descargó de tal manera
Encima del dispuesto Curalongo,
Que le dejó en el cieno como hongo
Con la celada sola y cuello fuera;
Y entrándole á herir en delantera
Hernando, un atrevido negro congo,
Con otro tan redondo lo derriba,
Que ya no da señal de cosa viva.

Un esforzado jóven que se afrenta
De ver pasar así fiereza tanta,
Por el estero arriba se adelanta
A Rengo, que de cólera revienta;
Mas en llegando, el ramo se le asienta
Tan lleno de vigor, que como á planta
Que tiene ya su foso abierto á mano,
Le planta medio cuerpo en el pantano.

No puede tolerar el bravo Andrea
Como de atrás estaba amordazado,
Aunque entendiera entrar con él á nado,
Que el Indio se sustente en la pelea;
Y así en la márgen húmida se apea,
Por acabar allí lo comenzado,
Poniendo escudo, espada y mano á punto,
Encaminado á Rengo todo junto.

Es tanto lo que el bárbaro se agrada,
Y tiene desto el alma tan gozosa,
Que con estar en agua cenagosa,
Se baña de contento en la rosada;
Y muéstralo en salille á la parada
Tres pasos de la ciénaga lamosa,
Poniéndose en peligro manifiesto,
A trueque de topar con él mas presto.

Encuéntranse, y el bárbaro gallardo
Es el primero en dar su golpe fuerte,
Del cual se aparta y libra de la muerte
El de Levante, suelto mas que un pardo;
Y en respondelle fuera menos tardo
Si el rudo leño diera de otra suerte,
Mas dió en el agua, alzado della un golpe,
Que le cerró los párpados de golpe.

Con todo le tiró tal punta á tiento,
Cosiéndole con ella una costilla,
Que si algo mas encarna la cuchilla,
Le priva del vital y dulce aliento;
Por donde tanto crece tu ardimiento,
Oh bárbaro soberbio, en la rencilla,
Que alguno por mirar las manos tuyas,
Olvida lo que tiene entre las suyas.

Con su troncon el Indio se revuelve,
Y acá y allá furioso lo rodea,
Mas con su espada rígida el Andrea
Metiendo puntas entra, sale y vuelve;
El uno y otro en cólera se envuelve,
Y el agua á costa de ambos bermejea,
Mas nadie de su punto punto baja,
Ni se conoce punta de ventaja.

Cual suele combatir el peje-espada
En medio el ancho mar con la ballena,
Donde si con la espada aquel barrena,
Aquella con la cola da colada,
Y el agua por entrambos alterada,
En desacorde y ronco acento suena,
Mostrando el cano rostro enrojecido
Y el manto azul de púrpura teñido;

Así los dos se avienen en su lago,
Donde si con la espada el nuestro acude,
Con su ramon el bárbaro sacude,
Y aun raras veces da con él en vago
Mas no por esto queda sin su pago,
Porque le hace el ítalo que sude,
Y así padecen ambos de tal arte,
Que bien parecen mártires de Marte.

Mas antes que les diese la corona
Llegaron, suspendiendo su fortuna,
Gudines y Juan Alvarez de Luna,
Pedro Cortés, Montiel y Barahona;
Poniendo cada cual por su persona
Sus hechos en el cuerno de la luna,
Mas por subir los suyos sobre Apolo,
Espera á todos seis el Indio solo.

Jamás la tigre en Africa nacida
Al cenagal espeso retirada,
Cuando es por los monteros acosada
Y ve tomado el paso á la guarida,
Sacude tan feroz y embravecida
Al un ventor y al otro manotada,
Como á los seis el bárbaro desnudo,
Al recio revolver del ramo rudo.

Mas dale tanta priesa nuestra gente,
Que viendo lo que puede allí ganarse,
Determinó, guardándolos, guardarse
Para mejor sazon que la presente;
Y sin volver la altiva y dura frente,
Su paso á paso empieza á retirarse,
Entrándose algo mas al hondo cieno,
De lodo, de sudor, de sangre lleno.

Abajo, arriba y dentro del pantano,
Revuelto ya tambien andaba todo,
Sin límite, sin término, sin modo,
Dañándose á pié quedo y mano á mano;
Con todo lo que hallan á la mano,
A palo, á hierro, á puño, á diente, á lodo,
Despues que rompen, baten, muerden, ciegan
Con agua de la ciénaga se riegan.

Cuál tumba, cuál impele, cuál arroja,
Cuál entra, cuál se hunde, cuál atasca,
Cuál sale, cuál se impide, cual se enfrasca,
Cuál traba, cuál aprieta, cuál afloja;
Quién con su propia sangre se remoja,
Y helados cuajarones della masca,
Quién traga espeso lodo, quién la muerte,
Que sobre todos es el trago fuerte.

Bastida, Luis, Cherinos, Hortigosa,
Valdivia, Perogomez, Castañeda,
Riberos, Lira, Cáceres, Cepeda,
Carranza, Payo, Córdoba, Espinosa,
Urbina, Diego Perez, Hinojosa
Y el noble caballero de Pineda
Han muerto por sus manos tanta gente,
Que sirve ya en la ciénaga de puente.

Matienzo, Márcos Veas y Murguía,
Pantoja, Santillan y los Verdugos,
Del Indio son tan ásperos verdugos,
Que tienen hecha dél carnicería;
Los fuertes Albarados y Mejía
Deshacen cuerpos grandes en mendrugos;
De Villagran, de Viezma, de Abendaño
Recibe el enemigo sumo daño.

Vasco Júarez de Avila y Pacheco,
Manrique, Vaca, Zúñiga y Castillo,
Gaspar de la Barrera y Delgadillo
Matando arrastran indios á lo seco;
Jamás el duro golpe dan en hueco
Aranda, Juan de Barrios ni Carrillo,
Pues Peñalosa y Peña, por ser hombres,
En medio de las aguas son sus nombres.

Tambien acá en lo llano se oia
De golpes y caballos gran rüido,
Y era que del ejército esparcido
Alguna gente allí quedado habia;
Que retirarse al lago no queria,
Ni darse, con ser pocos, á partido,
Sino morir primero en la campaña
Que oir cantar victoria por España.

Algunos y los mas gozaron dello
Quedando sin las vidas en el prado,
Y los demás con ellas mal su grado
Rindieron al cordel muñeca y cuello;
Ecepto el enemigo de Orompello,
Aquel rebelde crudo y obstinado,
Aquel enorme y duro Galbarino,
Que quiso echar por áspero camino.

Pues este pertinaz, que mas desea
La muerte del contrario que su vida,
Por mas que ve á los suyos de caida,
No pierde su furor en la pelea;
Antes mejor que nunca se rodea
Con la pesada porra descreida,
Tan fiero, espumajoso y emperrado,
Que es cuerdo quien procura dalle lado.

Alcanza con un golpe á Quiracolla,
Y aprénsale los cascos sobre el pecho;
A Lléuto deja manco, á Chul contrecho
Y toda la faicion á Rulco abolla;
Celadas, picas, bárbaros (37) arrolla,
Por todos va llevándolos á hecho,
Sin que repare ó mire quien le hiere,
Que ya morir matando solo quiere.

Mas visto lo que pasa, tres varones
Con el divino autor de la *Araucana*,
Queriendo refrenar su furia insana,
Batieron contra el Indio los talones;
Y danle tan terribles encontrones,
Que á su pesar el bárbaro se allana,
Poniendo las espaldas con el suelo
Y las curtidas plantas en el cielo.

Cargaron cudiciosos al momento
De los amigos indios maltratados,
Por verse del incrédulo vengados
Y desquitarse dél á su contento;
Mas él se defendió de mas de ciento
A coces, á puñadas y bocados,
Hasta que al fin al número añadido
Difícultosamente fué rendido.

En esto esotra gente del pantano,
Que ya sufrir el daño no podia,
Del todo por las aguas se metia
Alzando del combate el pié y la mano;
Y en fin, al bosque lóbrego y cercano
Tomaron por la ciénaga la via,
Quedando su pestífera hondura
Hecha de muchos cuerpos sepoltura.

No fueron del Católico seguidos,
Por ser lugar tan áspero y fragoso,
Y para entrar por él dificultoso
A causa de los árboles tejidos;
Fuera de que jamás con los vencidos
Usó del crudo filo riguroso,
Sino del mas suave y mas templado
El noble corazon de don Hurtado.

Demás de que, saliendo del tridente,
Entraba recogiendo los pastores
Aquella que confunde los colores
Y al trabajar enfrena la corriente;
Mostró con ella el prado mustia frente,
Quedando cómo lánguidas las flores,
Y era que luto el orbe se ponia
Por denotar las muertes deste dia.

Los nuestros de la noche convidados,
Y del trabajo duro constriñidos,
Privando del sentir á los sentidos,
Suspenden, sin descuido, sus cuidados;
En tanto pues que duermen los cansados,
No es bien que yo despierte los dormidos,
Que desto servirán mis cantos muertos,
Y no de que se duerman los despiertos.

CANTO XII.

Hace Galvarino una invectiva, reprehendiendo á los indios amigos, que le traen preso para ser justiciado. Mándanle cortar las manos, donde muestra el indio su crecido esfuerzo y obstinado corazon, instando en que le dén muerte; mas envíanle vivo por ejemplo á su tierra. Cuéntase lo que á Tucapel y Gualeva sucedió en el bosque, prosiguiendo su extraña y maravillosa aventura. Parece Talgueno vivo ante ellos, habiendo sido ya llorado por muerto; promete contar las grandes cosas que le han pasado. Dase en la moralidad y principio del canto la razon de ser los indios antes del nuevo Gobernador siempre vencedores, y despues en su gobierno vencidos.

Es el inmenso Apó (38) tan justiciero,
Que no hay dejar amigo ni enemigo,
Aquel sin premio ni este sin castigo,
Cumplido el plazo y término postrero;
A todos lleva Dios por un rasero,
Al grande, al chico, al próspero, al mendigo,
Que todos han de ser en esto iguales
Así como lo son en ser mortales.

¡Oh cuánto sufre, pasa y disimula,
Haciéndose del sordo, ciego y mudo!
No para que sospeche el hombre rudo,
Que su poder sin límite se anula,
Mas porque se aproveche desta bula,
Y no lo espere hacer al punto crudo,
Porque es como el pastor con su ganado
Que sabe usar del silbo y del cayado.

Procure pues el hombre estar alerta,
Y mire que si el tiempo gasta en vano,
Cuando se juzgue en medio del verano,
Dará el invierno golpes á su puerta;
Y aunque este llegue tarde, es cosa cierta
Haber de parecerle que es temprano,
Porque jamás lo espera ni previene
Y hasta que está sobre él no ve si viene.

Al paso que dilata Dios la pena,
Su culpa el hombre ingrato multiplica,
Con que su causa el uno justifica,
Y el otro por la suya se condena;
Pues aunque la divina mano llena
No es menos franca y pródiga que rica,
No hay cosa tan menuda ni olvidada
Que no la tenga vista y apuntada.

¿Quién como nuestro Dios en lo criado
Que allá sobre los ángeles reside,
Y á nuestras causas mínimas preside
Como si no tuviera mas cuidado?
El es quien al sayal como al brocado
Siempre con una propia vara mide,
Sin aceptar linaje de persona
Desde el cayado al cetro y la corona.

Bien es verdad que léjos de intereses,
Castiga Dios con mano mas pesada
La conocida res de su manada
Que las que no conoce por sus reses;
Mas como todos son sus feligreses,
Y viven por el tiempo que le agrada,
A todos por su bueno y por su malo
Hace probar al fin del pan y el palo.

No teme verse Dios necesitado
Para que no castigue en su hacienda,
Aunque cual justo padre en la contienda
Castigue mas al hijo que al criado;
Mas cuando vive el tal desenfrenado,
Y el hijo sujetándose á la rienda,
No quiere Dios ni debe hacer tal yerro
Que quite al hijo el pan por dallo al perro.

Mil pruebas tiene desto lo profano,
Y en el volúmen sacro las tenemos,
Mas ¿para qué tan léjos las queremos,
Teniéndolas aquí tan á la mano?
Mientras sulcó el ejército cristiano
En Chile el mar del vicio á vela y remos,
Jamás gozó de próspera fortuna,
Porque sin Dios mal puede haber alguna.

Mas cuando ya, mudándoles la guia
Con el piloto diestro mendocino,
Dejaron su derrota y mal camino,
Tomando nuevo rumbo y otra via;
Pasóseles la noche y vino el dia,
Soplóles el espíritu divino,
Ganando al enemigo el barlovento,
Como parece claro por mi cuento.

Dos veces los derriban de sus cumbres,
No porque agora fuesen menos fuertes,
Mas porque van trocándose las suertes
Al paso que se truecan las costumbres (39);
Que aquel por nombre el Padre de las lumbres,
De vidas es autor, que no de muertes,
Y así no mata Dios, mas bien mirado
A cada cual le mata su pecado.

Bien se pensaba ser un fijo polo
Arauco en sus vitorias y blasones,
O por tener tan bravos escuadrones
Tener á su mandar la luz de Apolo;
Y el crudo Galbarino por ser solo,
Bien se creyó pasar entre renglones,
No viendo, por estar de lumbre falto,
Que nada se le pasa á Dios por alto.

Patente está el engaño del primero,
Pues ya en las dos batallas que ha tenido
De siempre vencedor se ve vencido,
Y es porque va el Garzon por otro apero (40);
Y para que sepais el del postrero,
Como llevó tambien su merecido,
Oid, Señor, un tanto si os agrada,
Y entonaréis mi voz desentonada.

Ya debe estar alguno descontento
De ver lo que he tardado en este punto,
Mas no lo dice el hombre todo junto,
Por no tener angélico talento;
Ultra de que es el blanco de mi intento,
Que entre estos cantos suene un contrapunto
De cosas del espíritu morales
Para que tengan música los tales.

Siguiendo pues el hilo de la historia,
En lo que vino á ser de Galbarino,
Despues que por su mísero destino,
Cantaron los hespéricos vitoria;
Así como á Titán le fué notoria,
Apresuró por verla su camino,
Y por tomar á Tétis residencia,
Que gobernaba el mundo por su ausencia.

No bien al trono claro del Oriente
A presidir el délfico subia,
Y de miralle el prado se reia
Limpiándose las rugas de su frente;
Cuando un crecido número de gente
Acompañando al bárbaro venia,
Así porque pudiesen con el preso
Como por ver el fin de tal suceso.

En medio viene el Indio maniatado,
Sirviendo á los demás de mofa y juego
Y echando por los ojos vivo fuego
Su rostro ferocísimo y airado;
El cual, de golpes cárdeno, y manchado
De polvo, sangre, y mas de enojo ciego,
La tierra turba y fiero en torno mira
Y al techo celestial envuelto en ira.

Vestido de una rota camiseta,
Que deja el muslo casi descubierto,
Con arrogante paso y cuerpo yerto
Camina al ronco son de una corneta;
Grita le da la cáfila indiscreta,
Y todos gran lanzada á moro muerto,
Mas él encara en ellos de tal modo,
Que con mirar se paga bien de todo.

Estira por quebrar el atadura,
Que como está fortísima y revuelta,
No solo no la rompe ni la suelta,
Mas antes apurándola se apura;
Y lleno de infernal desenvoltura,
Al menos con la lengua que está suelta,
Los hiere, los baldona, los agravia,
Diciéndoles así deshecho en rabia:

(41) «¿Pensais que por llevarme desta suerte
Ya me teneis vencido, vil canalla,
O que forzado voy á la batalla
Y riguroso trance de la muerte?
Pues entended que el golpe menos fuerte
Y mas á mí contento es el pasalla;
Por mas pesado tengo y mas esquivo
Quedarme de vosotros hombre vivo.

»Mas aunque no lo puede hacer mi diestra,
No dejo de morir con alegría,
Muriendo por la dulce patria mia,
Que es una misma cosa con la vuestra;
Y no es mi voluntad llamarla nuestra,
Por no contarme en vuestra compañía,
Ni conceder, oh Chile, que te llames
Engendrador de hijos tan infames,

»¿De qué nacion tan bárbara se sabe
Que ofenda su linaje y propia tierra,
Por excusar el peso de la guerra,
Juzgando que el servir es menos grave?
Traidores, en vosotros solo cabe
Y en esos pechos pérfidos se encierra,
Segun lo que tenemos hoy delante,
Atrocidad y crimen semejante.

»Por no sufrir el peso de la lanza,
Un peso para el hombre tan pequeño,
Sufris cargar la leña y aun el leño,
Que suele ser la parte que os alcanza;
Ponedme cada peso en su balanza,
Veréis, si ya no estais en torpe sueño,
Que al cielo va de leve la primera,
Y al suelo de pesada la postrera.

»¡Que déis la libertad, indignos della,
Por ser contra nosotros, en batalla!
¿Qué mas pudiera hacerse por buscalla
De aquello que habeis hecho por perdella?
Así que así no veis que sin tenella
Andais con el acero y con la malla,
Sin excusar trabajo de algun modo,
Sino que le teneis doblado en todo.

»Pues si pasais la misma pesadumbre
Tan libres como siervos, gente dura,
¿No fuera mas honor y mas cordura
Pasalla en libertad que en servidumbre?
No veis que un libre tiene dulcedumbre
Para poder templar el amargura
Del áspero trabajo mas acerbo,
Lo cual es imposible siendo siervo.

»La natural prerrática ¿no manda
Que por la cara patria los mortales
Padezcan todo género de males,
Aunque hayan de morir en la demanda?
Mirad que cometeis maldad nefanda,
Pues va contra las leyes naturales,
Y que es mostruosidad tan gran flaqueza,
Pues quita lo que da naturaleza.

»¿Paréceos que es mas lícita la guerra
Contra el pariente propio y el amigo
Que con extraño y áspero enemigo,
Tirano usurpador de vuestra tierra?
Y si temor el ánimo os atierra
Para seguir la causa que yo sigo,
Temed morir mil veces con deshonra,
Y no una vez que muero yo con honra.

»Yo muero, casta vil, porque defiendo
La tierra que pisais y os ha engendrado;
Vosotros por haber degenerado,
Pensando que vivis, estais muriendo;
Envidia me teneis á lo que entiendo,
Yo lástima y pesar de vuestro estado,
Y de que dejo carnes como aquestas
En suelo que tal gente sufre á cuestas.»

Su justa increpacion dejó con esto,
Y todos los amigos que escuchaban
Turbados y perplejos se miraban
Tan solamente hablando por el gesto;
Con que cesó el escarnio descompuesto,
Y la confusa grita que le daban,
Quedando á su decir enmudecidos,
Y del vencido bárbaro vencidos.

Mil cosas en lo hondo de su pecho
Sus rostros en el suelo revolvian,
Que alzarlos al del Indio no podian,
Por ver lo bien que ha dicho y mal que han hecho;
Hasta que ya pasado poco trecho,
Llegaron al paraje do venian
Para que fuese el preso justiciado,
Segun la gravedad de su pecado.

En cumplimiento pues de lo que digo,
Le sentenciaron luego los hispanos
En que se le cortasen ambas manos,
Para terror y ejemplo al enemigo;
Porque, temiendo el áspero castigo,
Dejase de seguir intentos vanos,
Y á trueque de no vérselas cortadas,
Las manos á la paz viniese atadas.

En siendo pronunciada la sentencia,
No bien se las hubieron desatado,
Cuando con ademan desenfadado,
Una tras otra ofrece en competencia;
Y sin indicio, rastro ni apariencia
De temeroso, triste ni turbado,
Mas animoso, alegre y con sosiego
Pide que se las corten luego, luego.

Encima de un tablon sentó la diestra
Con tanta voluntad y leda cara
Como si en la de alguno la sentara,
Teniendo ya en el aire la siniestra;
Y dijo así: «Cortad la muerte vuestra,
Cortad las que las vidas os cortara,
Que para mí es la gloria deste hecho,
Como para vosotros el provecho.»

Saltó del crudo golpe la derecha,
Y con estar de vida ya privada,
Quedó tan bien impuesta y enseñada,
Que al rostro de un cristiano fué derecha;
Mas poco del encuentro satisfecha,
Se revolcó en la tierra ensangrentada,
Adonde haciendo arañas y señales,
La dió de sus espíritus vitales.

No se despide bien de su muñeca
Sin sombra de dolor la diestra fuerte,
Cuando la que es y fué siniestra en suerte,
Lugar con la truncada mano trueca;
Y cual si la tuviera el dueño seca,
O fuera de otro cuerpo desa suerte,
Recibe en ella el golpe tan sin miedo
Cuanto con rostro firme y brazo quedo.

Y no tan presto vuela deslazada
Del corporal arnés la fuerte pieza,
Cuan presto baja el Indio la cabeza
Tendiendo la cerviz jamás domada;
Y en el tablon de bruzas arrojada,
La tiene sin moverse en larga pieza,
Diciendo: «Dadme aquí tercer herida;
Verémos si á las tres va la vencida.

»Meted el filo ya por ese cuello,
¿Por qué dudais, malditos, de segallo?
Pues todo el bien os viene de cortallo,
Y todo el mal á mí de suspendello;
Mirad vuestra ganancia en concedello,
Que si mirais mi pérdida en negallo,
Vuestra pasion es tal, rencor y enojo,
Que por sacarme dos daréis un ojo.

»¿No me entendeis? Pues digo desta suerte,
Quizá mi peticion será admitida,
Que por hacerme el mal de darme vida,
Os quitaréis el bien de darme muerte;
Mas si me dilatais el trago fuerte,
Por solo ver si quiero su bebida,
¿Qué prueba ni señal quereis mas firme
De que la quiero yo, que no venirme?

»¡Oh! si acabar conmigo yo pudiera
Aborrecer la muerte aborrecible,
Porque, segun mi suerte, es infalible
Que por el mismo caso me viniera;
¡Oh si fingillo licito me fuera!
Mas esto, como esotro es imposible,
Pues aunque mas redunde en mi provecho,
No es para mí fingir cobarde pecho.

»Yo juro al potentísimo Pillano
Que si una mano sola poseyera,
Nunca las vuestras débiles pidiera
Que diesen á mi vida sacomano;
Mas no dejarme alguna fué mas sano,
Si acaso pretendeis que nunca muera,
Porque si no es mi mano la homicida,
¿Qué mano me podrá quitar la vida?»

Tales bravezas y otras les decia,
Por solo que los nuestros de escuchalle
Viniesen irritados á matalle:
Tanto el vivir amable aborrecia;
Mas viendo ser inútil su porfia
Y que con vida al fin querian dejalle
Para que á todos fuese ejemplo vivo,
Estuvo por un rato pensativo.

Mas luego se levanta de la tierra,
Y puesto con desden en pié derecho,
Les dice: «Agora sé que teneis pecho
Con que poder sufrirnos en la guerra,
Pues ánimo y valor en él se encierra
Para tan atrevido y raro hecho,
Como es dejarme vivo y agraviado,
Habiendo conocídome y probado.

»Debeis de sospechar que ya no puedo,
Estando así, dañaros de algun modo;
Pues mientras no me veis deshecho todo,
Yo os digo que podeis tenerme miedo;
Porque si no pudiere alzar el dedo,
Alzar podré la voz y dar del codo,
Y aunque me falten manos, tengo mano
Con el cabildo y cónclave araucano.

»Allá les voy á dar este mensaje,
Y breve os volveré con la respuesta.»
Sin mas decir, cual vira de ballesta
Se parte el contumaz de aquel paraje;
Y lleno de ardentísimo coraje
A cielo, á tierra y piélago denuesta,
Mirándose los troncos desangrados,
Que casi va comiéndose á bocados.

Aquí, Señor, veréis abiertamente
Si fué profeta el jóven Orompello (42),
Y como no es de esencia para sello
Tener la crisma y bálsamo en la frente;
Que bien lo puede ser pagana gente,
Pues testimonios hay en prueba dello,
Si vale aquel tan célebre de aquellas
Gentiles y proféticas doncellas.

Mas ¿para qué sin término metemos
La peligrosa hoz en mies ajena?
Allá lo trate el docto, enhorabuena,
Y acá del crudo bárbaro tratemos;
Aunque mejor será que lo dejemos,
Y en tanto que desfoga tanta pena,
A Tucapel, si os place, nos volvamos,
Que en el rumor del bosque lo dejamos.

En pié se puso intrépida Gualeva,
Cebando, cual dijimos, el oido
En la vecina parte del rüido,
Adonde su azorada vista ceba;
Y si adelante el ánimo la lleva,
La vuelve el casto amor de su marido,
Mas ella, que cumplir con ambos quiere,
Espera firme allí lo que viniere.

Estando pues la dama en tal paraje,
Alerta y puesta á punto la persona,
Que representa á Vénus y á Belona
Al vivo en la belleza y en el traje;
Echó de sí rompiéndose el boscaje
Una feroz y rábida leona,
Espumajosa, fiera y enojada,
Las uñas y la boca ensangrentada.

La bárbara, que ve la salvagina,
No teme, no se turba, no se corta,
Mas todo lo posible se reporta,
Enviando al corazon la sangre fina;
A tal sazon la estrella matutina
Con sus alegres rayos la conorta,
Y aun visto de Gualeva el traje y traza,
La juzga por la Diosa de la caza.

Mas presto la de Cipro ve que yerra,
Hallándola en su ser de humano velo,
Porque Gualeva viéndola en el cielo,
Se pone de rodillas en la tierra;
Aquellas blancas manos alza y cierra,
Por toda la cerviz tendido el pelo,
Y levantando voz y rostro junto
Invoca su favor en este punto.

«¡ Oh tú deidad sagrada, oh Vénus bella,
De aquel tercero polo moradora,
Alegre mensajera de la aurora,
Oh símbolo de amor, oh clara estrella!
Pues sabes lo que puede su centella
Y el bien y mal de un alma que le adora,
No niegues tus favores á esta mia
En tan dudoso trance y agonía.

»Por atajar la muerte de mi amante
Quiero poner la vida en aventura,
Entrando en desigual batalla dura
Con esta bestia cruel que ves delante;
Pues, oh luz alma y astro rutilante,
Renueva en tu memoria el amargura
Que un tiempo te causó tu dulce amado
Del fiero jabalí despedazado.

»Advierte lo que entonces tú sentiste,
Y siente lo que agora yo sintiera
Si al dueño de mi vida muerto viera
Segun al de la tuya muerta viste;
Excusa un espectáculo tan triste,
No pagues al amor de tal manera,
Y mira que pues eres madre suya,
La causa que defiendo es propia tuya.»

Apenas puso fin al justo ruego,
Cuando el planeta amigo de repente
Lanzó de sí una luz resplandeciente,
Al talle que una flámula de fuego;
Con que se puso en pié Gualeva luego,
Sintiéndose ya de ánimo valiente
Y llena de alborozo y alegría,
Sin atinar de adonde procedia.

El rústico animal estando en esto,
De súbito volvió su vista brava
A la vecina parte donde estaba
La bárbara esperándole en el puesto;
Pues visto su despojo manifiesto
Y que tan buena presa le esperaba,
Bajándola sacude su cabeza
Y allá sus lerdos pasos endereza.

La Tucapela viéndola que viene,
El blanco pié no mueve temerosa,
Cual hizo la de Piramo famosa,
Segun allá su fábula contiene;
Mas al combate rígido previene
Su tierna mano cándida y hermosa,
Poniéndola con término extremado
Al cortador alfanje de su lado.

El fiero Tucapel, que vive apenas,
Y de su sangre corre un grueso rio,
Del mismo aprieto saca fuerza y brio
Llenándose de cólera las venas;
Y con facilidad, estando llenas,
Levanta el cuerpo lánguido y tardío,
Mostrándose tan ágil y liviano
Como si ya estuviera bueno y sano.

Cual suele acontecer en un doliente
A tal flaqueza y término llegado,
Que ya para volverse de algun lado
Ha menester la mano del pariente;
Cuando le da una fiebre de repente
Veréis que salta recio y alentado,
Mandando todo el cuerpo de manera
Cual si tuviese ya salud entera.

Así tambien el Indio con la fiebre;
Solo del amoroso humor nacida,
Y agora mas ardiente y encendida
Saltó de allí cual galgo tras la liebre,
O cual frison castizo del pesebre
Si la guerrera trompa es dél oida,
O, por hablar mas propio, cual amante
Que el riesgo de su amada ve delante.

Llegóse pues diciéndola en voz clara:
«No temas, Tucapel está contigo,
Ni yo, pues que Gualeva está conmigo,
Cuya memoria ó nombre me bastara;
Con ese tu arco y flechas te ayudara
Si fuera de razon el enemigo,
Que para tí se viene, dulce amiga,
Mas una bestia á palos se castiga.

»Y cuando no se viera en su figura
Ser animal, cual es, y bruta fiera,
Clarísima señal de serlo fuera
El no rendirse en viendo tu hermosura;»
Así diciendo, aguija á la espesura
Y al mas vecino roble que le espera,
El pié en su tronco puesto, con el brazo
Le quita á fuerza dellos un pedazo.

Con este vuelve bravo Tucapelo
Adonde su querida le aguardaba,
A tiempo que la bestia ya llegaba
Alzando la cabeza y pardo pelo;
Mas para acometer la baja al suelo,
Y su fogosa vista en Guale clava,
La cual con el espada firme espera
El acometimiento de la fiera.

Mas esta, que la mira de postura,
Se muestra perezosa ronceando,
Con los traidores ojos acechando
La entrada por la parte mas segura;
Y cuando le parece coyuntura
Embebe el cuerpo, y súbito saltando,
La embiste por un lado ardiendo en ira,
Mas Guale diestramente se retira.

Y dándole un revés con furia esquiva,
Al tiempo del pasar en la pospierna,
Mas fácil que si fuera vara tierna
La carne y hueso á cércen le derriba;
Con que la bestia ardiendo en rabia viva
Y envuelta mucho mas que la de Lerna,
Segunda vez embiste á desgarralla,
Mas aunque mas la busca no la halla.

No estaba en esto el bárbaro baldío,
Que al revolver la coge por un anca,
De suerte que la deja medio manca
Moviéndose con paso mas tardío;
Ya por el muslo vierte un rojo rio,
Que no se mengua mínima ni estanca,
Y menos su bestial furor se mengua,
Pues ya lo brota fuera con la lengua.

Al monte con bramidos atronaba,
Al cielo espuma en copos escupia,
Con que despues cayendo se cubria
Su cuerpo sanguinoso y muestra brava;
La tierra con asombro la miraba;
Turbado estaba el aire que la oia,
Mas juntos aire, tierra, monte y cielo
Gozaban de Gualeva y Tucapelo.

Tras quien el animal encarnizado
Se lanza á devoralle sin remedio,
Si no se pone la India de por medio
Poniéndole á la boca su terciado;
Mas como por extremo va enojado,
No espera ni repara á ver el medio,
Metiéndose furioso por la punta
Hasta que con la cruz la boca junta.

Aquí soltó la bárbara su espada,
Huyendo el bello rostro y brazo fuerte
De aquellas duras garras de la muerte,
Y no se vido dellas casi nada;
Porque la bestia en cólera bañada
Por el carcaj la traba de tal suerte,
Que la hace dar de espaldas en la tierra
Por solo habellas vuelto en esta guerra.

Allí la desmembrara y deshiciera,
A no faltalle fuerza y vida junto,
Así porque el marido en este punto
Le descargaba el tronco en la mollera,
Como porque la punta carnicera,
Que sus entrañas cose, daba el punto
Con que el mortal vestido se acababa
Y el hilo de su vida se cortaba.

Tendióse con el último bramido,
Que estremeció las cumbres y los llanos,
Y habiendo ya estirado piés y manos,
Quedó sin movimiento ni sentido;
Con esto, asegurado su partido,
Gualeva levantó sus miembros sanos,
Corrida por extremo y vergonzosa
De haber al fin mostrádose medrosa.

Mas este corrimiento vergonzoso
El rostro le regó con sangre fina,
Sembrado de azucena y clavellina,
Tornándole, si pudo, mas hermoso;
Y como del combate congojoso
Un tanto de sudor por él camina,
Parece fresca rosa no tocada,
Del matutino aljófar coronada.

Así tan enojada cuanto bella,
Cerró con el cadáver de la bruta,
En le quitar la vida resoluta
Si á dicha le quedase rastro della;
Mas viendo que del todo falta en ella,
Aquel enojo y cólera conmuta,
En gozo y en contento desmedido
Volviéndose con él á su querido.

Echado por los hombros el cabello,
Y el corazon abierto con los brazos,
Ya fuera de peligros y embarazos,
Le busca para echárselos al cuello;
Y como él iba en busca della y dello,
Halláronse con íntimos abrazos,
Donde se dan tras guerra desabrida
Sabrosa paz mil veces repetida.

«Al fin habia de ser tu mano fuerte,
Le dice Tucapel, aquella mano
Que á mi dudosa vida dió la mano
Estando ya en las manos de la muerte;
No pude yo ser libre de otra suerte,
Y la razon amiga está en la mano,
Pues esta sola pudo libertarme,
Que sola tuvo mano en cautivarme.

»No pude yo de nadie ser valido
Mejor que de tu mano valedora,
Ni tú ¿de quién pudiste ser fautora
Mejor que de quien has favorecido?
No fuera yo de menos defendido,
Ni fueras tú de menos defensora,
Porque esto ni tu punto lo quisiera,
Ni mi valor esotro consintiera.

»Mas como fué, Señora, justo el hecho,
Hanos venido todo tan al justo,
Que siendo tan conforme á nuestro gusto,
Parece que ha fundádose en derecho;
Si nace deste daño tal provecho,
Y tanto gusto sale de un disgusto,
Quiero de hoy mas comprar disgusto y daño,
Y no me llamaré jamás á engaño.»—

«A tí se deben dar las gracias deso,
Su amada la responde placentera,
Pues solo tu valor mató la fiera,
Comunicado al duro tronco grueso;»
Mas Tucapelo dice: «¿Cómo es eso?
¿Tu espada no le dió la muerte fiera?
Y haber quedado así ¿no es buen testigo
Que está verificando lo que digo?»

Ella replica en puro amor deshecha:
«Quedar así mi espada por memoria,
Es mas que haber mediado la vitoria,
Que fué por ti enterada y satisfecha;
Pues medio ni principio ¿qué aprovecha
Si dicen que se canta al fin la gloria,
Y nadie se corona si primero
No prueba ser legítimo guerrero?

»Por donde si lo miras desta suerte,
La gloria del suceso á ti es debida,
Y á mí la justa pena merecida,
Por no permanecer en pecho fuerte;
Mas cuando al bruto diera yo la muerte,
¿No es llano que me diste tú la vida?
¿Pues cuánto mas es darla á mi persona
Que habérsela quitado á la leona?»

El Indio en vivas llamas encendido
Le armaba nuevos lazos por el cuello,
Y viendo con el suyo el rostro bello,
A replicar tornaba enternecido;
«Ya yo me diera en esto por vencido,
Si en algo dulce amor pudiera sello,
Mas aunque lo desdigan tus razones,
Yo digo que te quitas y me pones.

»Mas dado que yo deje convencerme,
Y concediendo ya lo que he negado,
La vida, como dices, te haya dado,
¿Qué tienes dello tú que agradecerme?
Si quise en ese término ponerme
Es porque estoy á dármela obligado,
Y de la tuya sé, sabré y sabia
Que pende, penderá y pendió la mia.»

En esta amorosísima contienda
Se están á la sazon los dos amantes,
Diciéndose conceptos elegantes,
Que amor les da larguísima la rienda;
Al fin ninguno dellos hay que entienda
Haber sus fuerzas sídole bastantes,
Mas cada cual se exime de la gloria
Atribuyendo al otro la vitoria.

Gualeva la sacude de su palma,
Y Tucapel la vuelve de su mano,
De suerte que se estaban mano á mano
Jugando á la pelota con la palma;
Mas dése, pues entrambos son un alma,
Y por igual han dádose la mano,
Matando entrambos juntos la leona,
A entrambos juntamente lo corona.

Al fin quedó por ambos la porfía,
Y en amorosos vínculos trabados,
Debajo de unos árboles copados
Esperan el crepúsculo del dia;
Do, al son de aquella mélode armonía
Enviada por los cuellos entonados
De los acordes pájaros gozosos,
Se mezclan sus anhélitos sabrosos.

Estando en medio desta mezcla y junta,
Brotó un suspiro intrínseco el amante,
Y demudando súbito el semblante,
Al cielo con los ojos dió una punta;
Ella de verle así quedó difunta
Y llena de temor en un instante,
Porque, si bien se mira, los amores
¿Qué son sino solícitos temores?

Y con el accidente mal sufrida
Le pide la ocasion desalentada
De ver la novedad con ella usada,
Diciendo ya celosa y desabrida:
«Tu alegre faz tan presto entristecida
Me tiene con razon maravillada,
¿Qué pudo en el sosiego desta gloria
Alborotar con pena tu memoria?

»¿Pesar te viene aquí, mi dueño, y cuyo
Estando con Gualeva labio á labio?
¿No ves que á nuestro amor se hace agravio
En preferir algun cuidado al suyo?
Pensaba yo tener domado el tuyo,
¿Y agora me descubres tal resabio?
A fe que está la tuya bien doliente,
Pues tienes mal teniéndome presente.»

Dijo, calló, y quitándole del cuello
Los brazos, que ceñidos le tenia,
Con muestras de enojada se desvia,
Que poco han menester para hacello;
Y recogiendo el rostro en el cabello,
Al suelo algunas lágrimas envia:
Mirad los que al amor habeis tratado,
Qué no hará con esto de su amado.

Levántase á tenella y aplacalla,
Soldando con su fuego la cadena
Que la mujer quebró de enojo llena,
Y aun quebraran con él cualquier muralla;
Y dícele: «Mi bien, mi Guale, calla;
Que yo diré la causa de mi pena,
Si vuelves para mí tus ojos bellos,
Pues mal podré decírtela sin vellos.

»Levanta el rostro y mira que te miro;
Mírame pues, que ya por verte muero,
Verás tambien el blanco y el terrero
Adonde fué tirado mi suspiro;
No pienses que con él te hice tiro,
Porque es dudar lo mucho que te quiero,
Y dello tienes hecha, mi Gualeva,
A costa de los dos bastante prueba.»

Miróle ya con esto convencida,
Y no lo estaba menos de la gana,
Sino que la mujer es cosa llana
Que quiere ser en todo compelida;
Y aunque su propio gusto la convida,
Si no la dan combate no se allana,
Y es porque solo tiene fortaleza
En ocultar al hombre su flaqueza.

Verdad es que la mueve causa buena,
Porque es por no romper con propia mano;
El velo de vergüenza, si está sano,
Pudiéndole romper con mano ajena;
Pero si ya una vez se desenfrena,
No hay cosa que la pueda ir á la mano,
Mas voyme yo, no digan, si echo el resto,
Que á falta de materia trato desto.

Tornando pues al hilo de mi cuento,
Así como Gualeva alzó los ojos,
Al bárbaro que ante ella está de hinojos,
La dijo así, sentándola en su asiento:
«Si estando en lo mejor de mi contento
Y en medio de tan prósperos despojos
Me vino aquella súbita tristeza,
No fué por inconstancia ni flaqueza.

»Mas fué por acordarme de un amigo,
Amigo á las derechas, fido y bueno,
Y bueno, pues no es otro que Talgueno,
Talgueno, bien conoces al que digo;
Digo que me libró de un enemigo (43),
Un enemigo tal, que en lo terreno,
Terreno tan valiente no hay ninguno,
Ninguno llanamente, sino es uno.

»Y este es un tierno jóven floreciente
Que apenas le despunta el vello bello,
Mas aunque tal, encima de su cuello
Está la que es cabeza de su gente:
Y aun pienso que es el otro su pariente,
En el valor al menos pueden sello,
Pues pudo, combatiéndose conmigo,
Hacerme que dijese lo que digo.

»Mostraba un cuerpo casi giganteo,
Un ánimo y esfuerzo mas que humano;
Yo tengo para mí que fué Pillano (44),
Porque pensar que es hombre es devaneo;
Pillano fué, que tuvo algun deseo
De combatir conmigo mano á mano,
A fin de que, faltándome en el mundo,
En él pudiese yo tener segundo.

»Estando pues con este en lid trabada,
No poco de sus golpes apurado,
Con uno el diestro músculo pasado
Y de otro media maza derribada;
Al tiempo de tirarme una estocada
Que, por estar con otros ocupado,
Entiendo te dejara sin tu amante,
Llegó Talgueno y púsose delante.

»Y la furiosa punta rebatiendo,
Al enemigo indómito retrujo,
Con que de muerte á vida me redujo,
La suya en el camino posponiendo;
Entonces yo los ojos revolviendo,
No vide al Español, mas vide un flujo
Que echaba de su sangre, penetrado
El mísero Talguen por el costado.

»El ver la llaga fresca me hizo cierto
De haberla por mi causa recebido,
Sobre tener su cuerpo denegrido
Con otras crudelísimas abierto;
Miréle el rostro y vísele de muerto,
Mas luego con la trápala y rüido
Se me desapareció no sé por dónde,
Ni agora sé qué tierra ó mar lo esconde.

»No tuve mas lugar para buscalle
Que para respirar no me era dado,
Y aun pienso que si no me hubiera echado
Por el peinado cerro al hondo valle,
Nuestro partido andaba ya de talle,
Que no sé lo que fuera de tu amado;
Mas ojalá quedara allí tendido,
Porque pagara bien lo bien debido.

»Tuviera yo á Talgueno compañía,
Pues ya, segun le ví, la Parca fiera
Habrá por él metido su tisera,
Y lo que siento mas, á causa mia;
El suelo habrá perdido su valía
Y el cielo de Quidora (45) su lumbrera,
La cara madre Llámoca su abrigo,
Y el triste Tucapel tan buen amigo.

»¡Oh prueba de amistad jamás oida,
Que quiso con estar de aquella suerte,
Por atajar el filo de mi muerte,
Atravesar la estambre de su vida!
Paréceme que dices, mi querida,
Ser justo mi dolor y aun poco fuerte,
Pues yo me estoy entero entre estos brazos
Y Talgue dividido en mil pedazos.

»Esta pues fué la causa del suspiro
Y de ponerse triste mi semblante.
¿Parécete, Señora, que es bastante?
De solo imaginallo me retiro;
Y en regla de amistad le hago tiro
Con procurar vivir de aquí adelante,
Sin que se ponga en ello punto y pausa,
Muriendo tal persona por mi causa.»—

«Por cierto, respondió Gualeva luego,
De gran fidelidad usó contigo,
Gran pérdida nos fué la de ese amigo,
Y tu razon es grande, no lo niego;
Mas si me quieres bien, por mí te ruego,
Así jamás te apartes de conmigo,
Que tiemples tu dolor y pena esquiva,
Pues por ventura puede ser que viva.

»Oírtelo decir me aflige tanto,
Que el triste corazon desde su asiento
Quiere salir en busca de su aliento,
Y sale por los ojos vuelto en llanto;
Agora, Tucapelo, no me espanto
Que en medio de mi gloria y tu contento,
Rompiendo nuestros lazos y estrecheza,
Entrase á colocarse la tristeza.

»Mas esta siempre tiene, bien mirado,
En medio desas dos lugar seguro,
Pues no se vió jamás placer tan puro
Que luego de pesar no fuese aguado;
A la fulgente luz del sol dorado
Sucede el tiempo lóbrego y escuro,
Y á vueltas de las flores y azahares
Suelen estar los tribulos y azares.»

Tras esto una agua rica destilaba
Sacada de la yerba de Cupido,
El cual con su calor habia subido
El húmido vapor que en ella estaba;
Con esta sus mejillas rociaba
Y al Araucano el rostro y el vestido,
Por donde todo aquel lugar olia
A cosa que de casto amor salia.

Mas cuando el rubio padre de Faetonte
Con su copiosa luz habia bañado
El soto, el valle, el risco y el collado,
Dando perfiles de oro al horizonte,
Gualeva por el pié de un alto monte
Vido venir un indio ensangrentado,
Que casi á cada paso se paraba,
Y al cielo rostro y manos levantaba.

Llegóse á poco rato cerca dellos,
Mas conocer quién fuese no podian,
Porque su rostro cárdeno cubrian
Tupidos con la sangre los cabellos;
Hasta que al fin estando ya sobre ellos,
Y no creyendo apenas lo que vian,
Cerraron todos juntos cuatro brazos
A dar á su Talgueno mil abrazos.

«¿Qué es esto? Tucapel al cielo clama,
¿Es cosa de fantasma lo que veo?
¿Eres Talgueno? dime. No lo creo,
Ni mi ventura á tanto bien me llama.»
«Él es, responde atónita la dama,
Él es, que no me engaña mi deseo,
Él es», y vuelven juntos á miralle,
Y juntos no se cansan de abrazalle.

Mil veces encarecen su destino,
Mil lágrimas derraman de alegría,
Mil cosas le preguntan á porfía
De cómo se escapó, de cómo vino;
Talgueno, que tambien está sin tino
De verse con aquella compañía
Y ver atravesada allí la fiera,
Sacó la voz así del pecho afuera.

«Amigos, el naufragio padecido,
En que, si pudo ser, me vide muerto,
A trueque de surgir en este puerto,
Le tengo por feliz y bien sufrido;
Mas para responder á lo pedido,
Contando de mi suerte el desconcierto,
Demás de ser por sí cosa tan alta,
La lengua y el espíritu me falta.

»En especial, ¿quién hay tan alentado
Que diga en breve término las cosas
Extrañas, estupendas, milagrosas
Que esta pasada noche me han pasado?
Aun dudo si en habiendo descansado
Tendré para ello fuerzas poderosas»;
Con esto se dejó venir al suelo,
Sentándose entre Guale y Tucapelo.

Razon será que yo tambien me siente
A descansar con ellos algun tanto,
Que para cosas altas y de espanto
No es ya mi bajo tono suficiente;
Callemos hasta cuando el Indio cuente,
Y empezarémos juntos cuento y canto,
Pues no es menor mi canto que su cuento,
Para que yo con él no tome aliento.

CANTO XIII.

Pártense los dos amigos con Gualeva del bosque, guiándolos Talgueno: cuéntales por el camino el proceso de su prodigiosa historia. Llegan al anochecer á la cabaña de unos pastores, adonde, siendo cariñosamente albergados, despues de cena, tratan un poco de la vida pastoril. Concluye el canto con una vehemente sospecha entre los tres, de que Quidora, mujer de Talgueno, estaba mas adentro en la misma choza.

¿Qué gusto, qué descanso, qué consuelo,
Qué bien mayor, qué bienaventuranza,
Qué gozo, qué placer igual se alcanza,
Qué gloria frisa mas con la del cielo,
Si alguna puede haber en este suelo
Que tenga con aquella semejanza,
Salvo lo que es tener á Dios consigo;
Cuál es sino tener un fiel amigo?

Él hinche de placer aquel vacío
Que tiene de pesar lo mas interno,
Él sabe endurecer un pecho tierno
Y enternecer á tiempo el duro y frio;
El es la fresca sombra del estío,
El es el sol caliente del invierno,
Porque los grandes males son menores,
Y los pequeños bienes son mayores.

En suma, aquel que halla un buen amigo,
Riqueza que de pocos es hallada,
Y casi de ninguno conservada,
Para cualquier borrasca tiene abrigo;
Y aun tiene mas, que es poco lo que digo,
La vida tiene en parte duplicada,
Pues tiene quien por dársela infinita,
En siendo necesario se la quita.

Depongan desto Pílades y Orestes,
Damon y Pitias, Pirito y Teseo,
Lelio, Scipion, Dimata con Hopleo
Y aquellos que mataron turcas huestes;
Mas si quereis testigos mas contestes,
Volved atrás, que poco es el rodeo,
Y oid su dicho al dueño de Gualeva,
Que solo bastará para la prueba.

Veréis en lo que dice de Talgueno
Cuán buen amigo debe ser llamado,
Si basta ser amigo y aprobado
Para tener el título de bueno;
El cual, aunque ha sentádose en el heno,
Ser puede sin escrúpulo asentado
Con otra mejor pluma que la mia
Por uno de la estrecha cofradía.

Sentado pues el bárbaro sangriento
En medio del amante y de su amada,
Les dijo así con voz debilitada,
Cortando á cada sílaba el aliento:
«Miéntras que yo descanso en este asiento
Os pido, si decírmelo os agrada,
Que me digais el cómo aquí venistes,
Y desta salvajina os defendistes.»

Gualeva le contó lo sucedido,
Por excusar al dueño del trabajo,
De cómo se arrojó del cerro abajo,
Entrando por el bosque entretejido;
De cómo le halló despues tendido
Al pié del roble grueso boca abajo,
Desfallecido el seso y la persona,
Y cuanto les pasó con la leona.

Tras esto Tucapel tambien le cuenta
Todo lo que á la bárbara le avino
Con Rengo y Leucoton en el camino,
Que ya se habian de todo dado cuenta;
Talgueno con la mente y faz atenta
Oye el discurso raro y peregrino,
Manifestando bien lo que se admira
En la eficacia grande con que mira.

Despues que le dejaron satisfecho
En cuanto preguntado les habia,
Y Febo con sus jáculos heria
A la fecunda Télus fil derecho;
Le dice: «Pues te habemos dado el pecho
Mostrando cuanto en él haber podia,
Razon será que tú nos des el tuyo
Y muestres el mayor secreto suyo.»

Respóndeles el Indio: «Soy contento,
Mas ha de ser dejando el monte escuro,
Que agora yo no tengo por seguro,
Estando como estamos, este asiento;
Salgamos dél sin mas detenimiento
Y prevengamos bien al mal futuro,
Porque esperar aquí sin fuerza alguna
Será querer tentar á la fortuna.

»No léjos desta lóbrega montaña,
Si por ventura no he perdido el tino,
En frente de aquel álamo vecino
Unos pastores tienen su cabaña;
Importa que nos demos buena maña
Hasta que bien salgamos al camino,
Que luego en abajando aquella loma,
Por parte menos áspera se toma.»

Aprueba el parecer la bella dama,
Mas Tucapel, con ánimo perplejo
Y echándose el capote y sobrecejo,
Responde convertido en viva llama:
«Mi gran reputacion, mi nombre y fama
Condenan, por salvarse, tal consejo,
Y tú, Talguen, con dármele has manchado
El resplandor del crédito ganado.

»¿Quién hay ó puede haber si solo es hombre,
Tan léjos de temer la muerte dura,
Que un paso quiera dar en la espesura
A do retumba el eco de mi nombre?
Y cuando tal zumbido no le asombre,
¿Quién ha de ver airada mi figura,
Que luego de pavor no caiga muerto,
O, si se queda en pié, no quede yerto?

»Por verme estos rasguños y señales,
Que no merecen nombre de heridas,
¿Pensais que son mis fuerzas fenecidas,
Y al ánimo que muestro desiguales?
¡Oh pese á cuantas furias infernales
Están en grutas negras escondidas!»
Así diciendo, rásgase las vendas,
Abriéndose las llagas estupendas.

Cual hembra que del hombre maltrada
A causa de la prenda mas querida,
Aquel amor de madre á hijo olvida,
Por verse de su padre en él vengada,
Y arremetiendo á golpe y á puñada,
Deshace al niño tierno endurecida;
Así sus llagas rompe el Indio bravo,
Creyendo que ellas son su menoscabo.

Comienzan á correr de cada una
Al punto mil arroyos por el prado,
Tornándole de verde colorado,
De tierra seca en húmida laguna;
Mas Guale que lo ve sin sangre alguna,
Y sin aliento cierra con su amado,
Diciéndole: «Señor, ¿por qué te ofendes?
Por qué mi muerte ¡ay mísera! pretendes?

»¿Así por desplacerme te desplaces?
Así por maltratarme te maltratas?
Así para que muera yo te matas?
¿Por solo deshacerme te deshaces?
¿Por qué para tan poco tanto haces,
Y el todo por la parte desbaratas?
Si quieres que mi vida se concluya,
¿Por qué ha de ser á costa de la tuya?

»Acaba, Tucapel, y dime claro
Si quieres dar tu vida por mi muerte,
Para que lo disponga yo de suerte
Que á tí y á mí nos cueste menos caro;
Pues no me ha sido el cielo tan avaro
Que me negase mano y pecho fuerte
Para con ella abrírmele sin miedo,
Primero que por mí te falte un dedo.»

Mezcladas estas cosas que decia
Con blandas persuasiones de Talgueno,
Pudieron ser antídoto al veneno
Que el bárbaro de cólera tenia;
Y poco ya este tósigo podia,
Estando el amoroso allá en su seno,
Porque este deja mansos los leones
Y blandos los mas duros corazones.

En fin, por agradalla mal su grado,
Y por tomar las lágrimas que llora,
Dejó tomar la sangre á su señora,
Diciendo: «Lleguen ya, pues soy forzado;
Que pues me habeis el ánima ligado,
No es mucho que ligueis mi cuerpo agora,
Mas entended que sola aquella liga
Es quien á consentir en esta obliga.»

Calló con esto el Indio temerario,
Y habiendo segundádole la cura,
Determinó salir de la espesura,
Mas no por parecelle necesario,
Sino por no mostrar querer contrario
Del que su bien y cómodo procura,
Ni ser ingrato al íntimo Talgueno,
Que solo esta razon le pone freno.

No es poco de estimar que tal fiereza
Por freno de razon le lleve y rija,
Y mas habiendo espuela que le aflija,
Con puntas de arrogancia y de braveza;
Mas donde hubiere punta de nobleza
No es mucho que una fiera se corrija,
Que el pecho que regare sangre noble
Apenas puede ser ingrato y doble.

Aunque era Tucapel desenfrenado
Y de una condicion tan escabrosa,
Era tambien de sangre generosa,
Que es freno de recísimo bocado;
Y ser de clara estirpe, bien mirado,
Jamás se ha de estimar por otra cosa,
Pues tal estima, en tanto al hombre es buena
En cuanto para el vicio le refrena.

Pues esto al desbocado Tucapelo
En medio de su furia tiene y para,
Porque si no con ella atropellara,
Segun su parecer, al mismo cielo;
Mas aplacado ya desdeña el suelo,
Y despedido el ceño de la cara,
Se va con el amigo y su querida
Adonde la leona está tendida.

Y habiendo todos puéstose con ella,
Gualeva le sacó su cruda espada,
Talgueno de la piel ensangrentada
En breve y por entero la desuella;
El fiero Tucapel cubierto della
Comienza con entrambos la jornada,
Y el hijo de la Llámoca en su cuento
Hiriendo á fuerza desta voz el viento.

«Despues que con mortíferas heridas
Y con la que me dió la dura mano
De aquel esforzadísimo cristiano,
Que solo á mas de mil quitó las vidas,
Aquel de pecho y fuerzas tan crecidas,
Que las probó contigo mano á mano,
Aquel que, puesto encima la muralla,
Pudiera estar debajo y sustentalla;

»Despues que ya labrado á hierro puro,
De pica, dardo, alfanje y partesana,
Y sin tener mi cuerpo parte sana
Que de vivir me diese algun seguro;
Despues que me arrojé del alto muro,
Rompiendo por su fuerte barbacana,
Abiertas mis entrañas y redaños
Y de mi sangre echando gruesos caños;

»Despues que ya tratado desta suerte,
Siguiendo la cobarde retirada,
Me despidió de sí la palizada,
No por temer la imágen de la muerte,
Sino porque el amor no menos fuerte
Allí me presentó la de mi amada,
Tras cuya vista angélica llevado,
Por fuerza me aparté del estacado:

»Oí que ya el reloj se apresuraba,
Queriendo dar las doce de mi vida;
Sentí que ya la Parca endurecida
A dividir mis partes se acercaba,
Y ví que como ciego el ñudo estaba,
Que al alma con el cuerpo tiene unida,
Por no se detener en desatallo,
Llegaba con tiseras á cortallo.

»Pues como conocí llegar la hora
Y el punto postrimero de partirme,
Quise primero, amigos, despedirme
De aquella que no sé si vive agora;
Para satisfacer á mi Quidora
De que era mi probada fe tan firme,
Que le entregaba el cuerpo en la partida,
Habiéndole entregado el alma en vida.

»Y porque yo sin esto pretendia,
Que viendo fenecer su dulce amigo,
La hiciese amor allí acabar consigo,
Hacerme en la jornada compañía,
De modo que su muerte me placia,
A trueque de llevármela conmigo,
Y porque, siendo hembra, no quedase
A riesgo de que el tiempo la mudase.

»Confieso que era crudo pensamiento,
Como de quien estaba encarnizado,
Y que el amor fué entonces mal mirado,
Mas, ¿cuándo tuvo el ciego miramiento?
Al fin, despues que yo con este intento
Salté del rojo muro al verde prado,
Me vine para el monte medio á gatas,
Haciendo de las yerbas escarlatas.

»Fuílas regando bien por el camino
A costa de la sangre de mis venas,
Hasta que á ver las húmidas arenas
Sudado de correr Apolo vino;
Que al cóncavo pequeño de un espino
Llegué con este cuerpo á duras penas,
Pagando el hospedaje á sus espinas
Con darles el color de clavellinas.

»No bien el tabernáculo pungente
Estuvo con mis miembros ocupado,
Cuando sentí salirme por un lado
Con silbos temerosos un serpiente;
Vile venir moviéndose la frente,
Cabeza, cuello y pecho levantado,
Girando con la cola por el heno
Y echando por los ojos su veneno.

»A mas andar llegándose venia,
Jugando de su lengua tan ligera,
Que no sé yo por cierto si lo era,
Mas ella de tres puntas parecia;
Yo triste, que moverme no podia
Ni sin dolor echar el huelgo fuera,
Por fuerza hube de estarme do me estaba,
Y con mi riesgo ver en qué paraba.

»Verdad es que jamás acá en mi pecho,
Despues de aquel primero sobresalto,
El pálido temor me hizo salto,
Aunque pudiera en otro haberle hecho;
Debíólo de causar, segun sospecho,
El verme ya de vida casi falto
Y estar sin esperanza de tenella,
Porque esto quita el miedo de perdella.

»O fué que el corazon me daba indicio,
Con su seguridad, de algun seguro,
Pues que decir por señas lo futuro
Bien vemos que lo tiene por oficio;
Al fin, para mi mal ó beneficio
Yo estuve de la suerte que os figuro,
Sin que esperase ya salud ninguna,
Sino es que no esperalla fuese alguna.

Pues cuando el engrifado culebresno,
Por serme ya tan próximo y vecino,
Me vino á ver debajo del espino,
Tendió su longitud al pié del fresno;
De do, cual mansa bestia de buen tresno,
Reptando mansamente á mí se vino,
Humilde con la parte que es suprema
Y haciendo mil arillos de la extrema.

»Llegóseme doméstico y tratable,
Mostrando con halagos y caricias
Haber librado todas sus delicias
En deliciar mi cuerpo miserable;
Y desliciando el suyo deleznable,
Me estuvo allí pidiendo como albricias
De alguna buena nueva que me diese,
Como si para mí posible fuese.

»Tal vez de largo á largo se tendia
Y el vario lomo liso me mostraba,
Tal vez en una Troya se tornaba,
Tal vez un solo círculo hacia;
Agora ya conmigo se media,
Agora ya por medio atravesaba,
Mi cuerpo sanguinoso paseando
Con tacto cosquilloso, mole y blando.

»Mas ya despues de haber lo dicho hecho,
Me circundó tres veces blandamente,
Y á la tercera vuelta fieramente
Enarboló otra vez cabeza y pecho;
Por donde vino así volvió derecho,
Silbando y sacudiendo cresta y frente,
Y con su vibradora lengua esquiva
Lanzando fuego y sangre por saliva.

»Quedé con un prodigio tan extraño
Gastando el pensamiento en mil quimeras,
Y aunque era cada cual de cien maneras,
Se conformaban todas en mi daño;
Mas como yo dudaba el desengaño,
Viniéronme á nacer al fin esperas,
Haciendo ya mi cierto mal dudoso
Y á mí por esta causa temeroso.

»De suerte que en viniendo la esperanza,
En ese mismo punto vino el miedo,
Mas hube de esperallos á pié quedo
Que cada cual probase en mí su lanza;
Si aquello fué señal de buenandanza (46),
Pensar, amigos, menos yo no puedo
De que el feliz agüero se ha cumplido,
Pues á los ojos vuestros he venido.

»Mas atended agora que esto es nada:
Contaros he por órden lo restante
Si yo tuviere espíritu bastante,
O si el prolijo cuento ya no enfada.»—
«Antes en tanto grado nos agrada,
Que si con él no pasas adelante,
Gualeva le responde, con el cuento,
Se quedará el camino y el contento.»

Prosigue luego el bárbaro su historia,
Diciendo: «Pues estuve desta suerte
Conmigo batallando y con la muerte
Por quien estaba cerca la victoria;
¡Oh lo que fué revuelto en mi memoria,
Oh lo que padeció mi pecho fuerte,
Sin dárseme de alivio ni un momento
En seis mortales horas de tormento!

»Su curso tenebroso habia mediado
La negra libertad de la noche
Que va en el pavonado y lerdo coche
De buhos y murciélagos tirado;
Y el celestial bohemio turquesado,
Adonde resplandece tanto broche,
A cuantos tienen ojos embozaba,
Y al sueño mas profundo convidaba.

»Callado estaba el aire, el mar, el suelo,
Y mudas aves, peces, animales,
En plácido silencio los mortales,
Y solamente hablaba el claro cielo;
Las flores por tener echado el velo
Encima de sus rostros virginales,
Negaban á la vista la belleza
Que para ver les dió naturaleza.

»Estando pues entonces yo despierto
Y en medio de esperanzas y temores,
Despierto digo y vivo en mis dolores,
Que para lo demás dormido y muerto;
Oí que del silvestre y rudo huerto
Salió tras unos disonos rumores
Un triste y profundísimo gemido
Allá de lo mas hondo procedido.

»Un ay que claramente parecia
Que tras de sí por fuerza se llevaba
Al ánima del cuerpo que lo daba
Y del que, como yo, lo recibia;
Un ay, jamás pensé que tal habia,
Al mas delgado hilo semejaba
De las sutiles telas cordïales
Colado por las rimas infernales.

»En dando el intentísimo gemido,
Que me dejó erizado todo el pelo,
Me apareció de súbito ¿dirélo?
¡Oh caso de horror jamás oido,
Portento raro inmérito de olvido!
No sé si te lo diga, Tucapelo;
Temblando te lo cuento amigo caro,
¿Qué digo? apareciósemе Lautaro.

»Lautaro fué, no error de fantasía,
No sueño, ni quiméricos antojos,
Que yo le vi con estos propios ojos,
Y entonces mas que agora no dormia;
No con gallardo término venia,
Ni lleno de los prósperos despojos
Que trujo cuando cerca deste llano
Metió la Concepcion á sacomano.

»¡Cuán otro le vi yo de aquel Lautaro (47),
Que solo su valor, si al cielo plugo,
Sacó nuestra cerviz del grave yugo,
En que estuviera agora el suelo caro!
Aquel que siempre fué nuestro reparo
Y de cristianos áspero verdugo,
Aquel que en la batalla de Valdivia
Así nos encendió la sangre tibia.

»¡Oh cuán enagenado y diferente
De aquel por quien la cuesta Andalicana
Agora y para siempre á gente hispana
Asombra con el nombre solamente!
¡Oh cuán distinto garbo y continente
De cuando sobre el muro y barbacana,
Enamorando á mil silvestres deas,
En Mataquito habló con Marcos Veas!

»Acuérdome de aquella lozanía,
De aquel donaire dél tan cortesano
Con que tomó del gran Caupolicano
El cargo que tambien se le debia;
De aquella tan insólita osadía
Con que le prometió de llano en llano
Postrar á Mapochó y aun ambos polos
Él solo con quinientos hombres solos.

»¿Quién tal imaginara? Quién dijera
Que aquel robusto cuerpo y rostro bello,
Que sin envidia nadie pudo vello,
Alguno ya con lástima lo viera?
Pues yo le vide así, que no debiera,
Por ser desde las plantas al cabello
De horrores y miserias todo junto
El mas horrendo y mísero trasunto.

»Vi su cabeza casi un casco mondo,
Con cual y cual por ella largo pelo,
Sus ojos que alegraban tierra y cielo,
Sumidos en un triste abismo hondo;
Vi por las cuencas dellos en redondo
Un cárdeno color, un turbio velo,
Vi del mortal y pálido cubierta
Su faz desfigurada triste y muerta.

»Su boca ya de lobo y mas escura
Lanzaba espeso humo por aliento;
Sudaba un engrosado humor sangriento
Su laso cuerpo y lóbrega figura;
Y por la fiera llaga y abertura
Que tanto apresuró su fin violento,
Mostraba el corazon, que fué tan bravo,
Vertiendo, ya no sangre, sino tabo.

»Así le vi, y en viéndole delante,
Un hielo temeroso al mismo punto
Cayó sobre mi cuerpo y alma junto
Con un sudor helado en mi semblante;
Que luego por los huesos adelante
Se difundió, dejándome difunto,
Y con la sangre ya cuajada y fría,
Si alguna en su lugar quedado habia.

»Pegóse al paladar mi lengua helada,
Cerróme la garganta un grueso ñudo,
Huyóseme el sentido, quedé mudo,
Con toda la cabeza enerizada;
Pero la negra sombra á mi llegada
No sé qué pudo hacer, mas tanto pudo,
Que luego me sentí con pecho fuerte
Para poder hablalla desta suerte.

»¿Quién eres, oh espectáculo funesto?
Que aunque este corazon me dice claro
Tener ante mis ojos á Lautaro,
Lo contradicen ellos viendo el gesto.
Así le dije yo, mas él tras esto
Soltó la voz diciendo: Amigo caro,
No dés agora crédito al sentido
Por ser al corazon mejor debido.

»Con esto allá de lo íntimo del seno
Sacó segunda vez un ay prolijo,
Y luego en arrancándole me dijo:
Lautaro soy, ¿conócesme, Talgueno?
Entonces yo, sintiéndome ya bueno,
Aunque me tuvo un rato absorto y fijo,
Me levanté de allí por abrazallo,
Mas nunca pude ¡ay triste! secutallo.

»Tres veces alargué mi cuello y brazos
Para ceñir el suyo macilento,
Mas tantas me dejó burlado el viento,
Y dí á mi pecho inútiles abrazos;
Con que estuviera haciéndome pedazos,
A no cortar Lautaro el vano intento,
Diciéndome: No tienes que cansarte,
Que en eso tú ni yo serémos parte.

»De mí te satisfaz, y ten por cierto
Que no te lo negué por serte esquivo,
Mas porque le es vedado al hombre vivo
Tratar de tal manera con el muerto;
Por tanto cese ya tu desconcierto,
Que sobre mis tormentos le recibo,
De ver que no te doy en todo gusto,
Por no me ser posible siendo justo.

»Yo, visto ser aquel intento rudo,
Le dije todo en lágrimas bañado:
¡Oh muro defensivo del Estado! (48)
Oh tú del Español cuchillo agudo!
¿Quién mancillar así tu rostro pudo?
Quién ha tu fuerte cuerpo maltratado?
¿En qué lugar has hecho (49) tanta mora?
¿De donde, cómo, á qué veniste agora?

»El triste simulacro respondiendo,
¡Oh fiel Talgueno! dijo, caro amigo,
Esfuérzate y escucha lo que digo,
Que ha mucho que decírtelo pretendo;
Mas helo dilatado conociendo,
Que cuando te faltase todo abrigo,
Segun y como agora te faltaba,
Entonces el decírtelo importaba,

»Porque de mi venida se siguiese,
Hallándote metido en tal estrecho,
Tu cura, tu salud y tu provecho,
Mi bien, mi salvacion y mi interese;
Y porque haciendo yo lo que en mí fuese,
Pagado te dejase y satisfecho,
Si es paga suficiente darte sano
Para lo que pretendo de tu mano.

»Diciéndome y haciendo, vase al prado,
De donde con sus manos descarnadas
Arranca ciertas yerbas desusadas,
Volviéndose á mi cuerpo desangrado;
Y con el zumo habiéndolo estrujado
Por todas mis heridas mal contadas,
Se me cerraron luego todas ellas,
Dejándome, aunque débil, sano dellas.

»Pues hecha ya la cura desta suerte,
Me comenzó á decir en tal manera:
Tu peligrosa vida ya está fuera
Del peligroso paso de la muerte;
Agora será bien satisfacerte,
Que estando cual estabas, no lo fuera,
De lo que yo pretendo y preguntaste
Diciéndote de todo lo que baste.

»Sabrás que Catirai, aquel astuto
Cacique principal emparentado,
Fué causa de mi fin acelerado
Y de ponerse Arauco triste luto;
Llevóle su apetito como á bruto
Del freno de razon desenfrenado
A dar consigo en un delito enorme,
De cuantos puede haber el mas disforme.

»El crímen fué traicion y causa della,
Si no lo fué mi propia desventura,
La célebre y costosa hermosura
De mi Guacolda un tiempo cara y bella;
Sus ojos este aleve puso en ella,
Y no en mi voluntad sincera y pura,
Pues por asegurar su mal intento,
Determinó privarme del aliento.

»No reparó siquiera en la privanza
Que siempre tuvo el pésimo conmigo,
Ni haberle yo tratado como amigo,
Haciendo dél en todo confianza;
Porque él, como traidor, me hincó la lanza,
Mezclado con el pérfido enemigo,
La noche del asalto sobre el fuerte
Y pudo bien hacello desta suerte.

»Salióse de su casa el alevoso,
Porque de amor en ella no cabia,
Y vínose frenético á la mia,
De me quitar la vida cudicioso,
Creyendo que la suya y su reposo
En mi temprana muerte consistia,
Y que si yo no estaba de por medio
Se posibilitaba su remedio.

»El arco trujo y flechas en la aljaba,
Con la de amor temblándole en el pecho,
Y enfrente de mi puerta poco trecho
Se puso á ver si acaso yo asomaba;
A solo que saliese me aguardaba
Para salir el crudo con su hecho,
Sacada ya la pública saeta,
Con que sacar pensaba la secreta.

» Y por tener en ellas tanta gracia,
Que siempre fué su tiro señalado,
Se vino en solo flechas confiado,
Aunque mejor pudiera en mi desgracia;
Pues cuando ya, perdida la eficacia
Y de esperarme allí desesperado,
Volver para su tienda se queria,
Vió dar los enemigos en la mia.

» Entonces pudo bien por ser escuro
Mezclarse con aquella gente insana,
Que dando su favor á la cristiana,
Por una parte vino sobre el muro;
Y pudo juntamente á su seguro
Salir con su intencion, que no fué vana,
Al tiempo que saltando de mi lecho,
Salí con el rumor desnudo el pecho.

» Por él me penetró la jara fuerte,
Y dando en el asiento de la vida,
La derribó de allí desposeida,
Y en su lugar subió la fiera muerte;
¡Oh cuán apriesa vienes, dura suerte,
A quien recela menos tu venida!
Pues cuando yo la daba por incierta,
Estabas aguardándome á la puerta.

» ¡Cuán cerca está del bien la desventura!
Y el acabar ¡cuán próximo á quien ama!
Pues fué sacar mis piés de la ancha cama
Metellos en la estrecha sepultura;
Y dar en los de aquella Parca dura,
Dejar los tiernos brazos de mi dama,
La cual, aunque de culpa estuvo ajena,
Fué causa de que pague yo la pena.

» Cumpliósele al infame su deseo,
Matándome cual ves con asechanzas,
Mas no sus fementidas esperanzas
Fundadas en amor lascivo y feo;
Pues para mas honor de su trofeo
Adorno y esplendor de sus estanzas,
Llevaron á Guacolda los cristianos,
A ruego de los jóvenes lozanos.

» Siguióla Catirai disimulado,
A sombra de un amigo su pariente,
Y sigue á los cristianos al presente,
A trueque de seguir á su cuidado;
Mas nada en su propósito dañado
Ha sido con Guacolda suficiente,
Aunque ella está del crímen ignorante,
Para que muestre al Indio buen semblante.

» Mas ¡ay amor de hembra, burla y juego!
¿De qué te sirve di, mujer aleve,
Tener con uno el pecho tan de nieve,
Teniéndole con otro tan de fuego?
¿Qué importa haber amádome, si luego
En viéndome acabar la vida breve,
Deseosa de hacer la tuya larga,
Buscaste nuevo amor y nueva carga?

» Al yugo de un hispano sometiste
El cuello, de que siempre me colgaste.
¿Así la prometida fe guardaste,
Y lo que aquella noche me dijiste?
En vida solamente me seguiste,
Y en muerte, como sombra, me dejaste,
Que dura mientras luce el sol dorado,
Y acabáse en habiendo algun ñublado.

» Si fué que no pudiste flacamente
Acompañar mi muerte acerba y cruda,
Quedaras como tórtola viúda
Guardando soledad perpetuamente;
Mas fuiste golondrina diferente,
La cual mudado el tiempo se nos muda,
Pues viene con el mozo del verano,
Y vase cuando ve el invierno cano.

» ¿Mas para qué, Guacolda, te condeno
Si acudes á tu sexo femenino?
Perdóname, que es claro desatino
Pedir un fuerte roble al flaco heno;
Y tú tambien perdóname, Talgueno,
Que el ciego amor me saca del camino:
Dejemos pues tan áspera vereda,
Que es tiempo de decirte lo que queda.

» Ya te mostré quién es el homicida;
Agora es bien mostrarte lo que quiero:
Venganza dél te pido por entero,
Si basta que Lautaro te la pida;
Solo venganza puede darme vida,
Porque sin ella infausta muerte muero,
Pues solo por estar aun no vengado,
Estoy de los Elísios desterrado.

» Pues venga la venganza, caro amigo,
Y venga, si es posible, por la via
De tu mujer y prima hermana mia,
Para que mas confunda al enemigo;
Y della mas agora no te digo
De que un destino próspero la guia
Por medio triste y áspero sendero
A fin alegre y dulce paradero.

» Segunda vez me dijo, Talgue, mira
Que venga por Quidora mi reparo,
Porque será mas gloria de Lautaro
Y pena mas terrible de Catira;
El tiene el rico Llauto de Chaquira,
Que fué del venerable Pailataro,
Devisa con que entre otra mucha gente
De léjos se devisa claramente.

» Este es, Talgueno, el fin de mi venida,
Aunque el primero fué de remediarte,
No quieras pues en cosa descuidarte
Adonde va tu fe, mi gloria y vida;
Dirás lo que te digo á tu querida,
Y á Tucapel darás de todo parte,
Al cual en despuntando la luz nueva
Verás en este monte con Gualeva.

» A todos encomiendo mucho el brio
Y que mostreis valor extraordinario,
Que bien es menester con tal contrario,
Y tal que ya pudiera serlo mio;
Mas donde están los vuestros yo confio
Que no será mi brazo necesario:
Verdad es que no siéndolo al presente,
Ni fué ni lo ha de ser eternamente.

» Agora que la lúbrica fortuna
Al parecer os muestra mal semblante,
La resistid con ánimo constante,
Pues todo le trujisteis á la cuna;
Que su voluble rueda no es coluna,
Ni don Hurtado es Hércules ni Atlante,
Y aun dado que lo fuese, me consuelo,
Con que pesais vosotros mas que el cielo.

» No tengo que decirte mas, Talgueno,
Ni puedo, porque ya la sombra fria,
Queriendo hacer lugar al claro dia,
Desembaraza el húmido terreno;
Pues vete, que ya estás, amigo, bueno,
Me dijo señalándome la via,
Que yo me voy al sótano y estanza,
De do podrá sacarme la venganza.

» Así dió fin el triste, y al momento
En exhalada forma convertido,
Se arrebató de mi desvanecido,
Dejando con horror aquel asiento;
Y á mi con un extraño sentimiento,
Así de haber sus lástimas oido,
Como de no poder allí á sus ojos
Satisfacer su muerte y mis enojos.

» Catad aquí en sus términos la historia
Y el desigual suceso relatado
De lo que en esta noche me ha pasado,
Que no se pasará de mi memoria;
Ni pienso yo tener cumplida gloria
Hasta tener cumplido su mandado,
Ni es bien que tú, gallardo Tucapelo,
Recibas, hasta dársele, consuelo.

» Acuérdate, si debes acordarte,
De aquel amor intenso que te tuvo,
Y mira cuántas veces te detuvo
Cuando iba tu furor á despeñarte;
Advierte como siempre de tu parte
En trances tan difíciles estuvo,
No porque te faltase allí tu diestra,
Mas porque de su fe sobrase muestra.

»Mal hago en persuadirte, ya lo veo,
Teniendo visto ya tu pecho claro,
Mas el dolor que tengo de Lautaro
Me hace prorumpir en devaneo;
Y tanto su venganza le deseo,
Que no me pareciera precio caro
Comprársela, no digo á puras penas,
Mas aun á pura sangre de mis venas.»

Aquí paró Talguen, poniendo punto
A la rodada cláusula del cuento,
Quedándole su rostro macilento
En forma de tristísimo trasunto;
Y el duro Tucapel por el difunto
Se enterneció llorando (¡gran portento!).
¡Oh amor, aquí cifraste tus hazañas,
Domando tan indómitas entrañas!

Bien vido su consorte la extrañeza,
Por mas que quiso el bárbaro encubrilla,
Causándole terror y maravilla
Que tanto se ablandase tal dureza;
Doblósele por ello la tristeza,
Y de rosada púsose amarilla,
Haciendo de sus ojos dos vertientes
De cristalinas lágrimas calientes.

Pasaron largas pláticas en esto,
Mil cosas confiriendo sobre el caso,
Las cuales en silencio digno paso,
Por no venir en todo á ser molesto;
Pues cuando ya Titan en curso presto
Hollaba los umbrales del ocaso,
Pusieron fin con él á su jornada,
Llegados á la rústica majada.

Adonde ya las mansas ovejuelas
Al paso del zagal se recogian,
Trayendo lo que ya pacido habian
De su doblado estómago á las muelas;
Y dentro de las trémulas chozuelas
Los encendidos fuegos relucian,
Cercados de pastores y pastoras
Para engañar allí las negras horas.

A la verdosa falda de un repecho
Entraron los famosos peregrinos
Por entre dos arroyos cristalinos
Que cercan el primer pajizo techo,
Adonde con sencillo y ancho pecho,
Juntándose pastores convecinos,
Les dieren dulce albergue y acogida
Conforme á la miseria de su vida.

Tres blandas y lanosas pieles tienden,
Sentándolos en ellas junto al fuego,
Con que los encogidos nervios luego
Metidos en calor se les extienden;
Allí saber los rústicos pretenden
De cómo fué el asalto y duro juego,
Mas tan penoso aspecto en ellos miran,
Que yendo á preguntallo se retiran.

Convídanles humildes con la cena,
Que fué de un recental cabrito grueso,
Con leche, requeson, cuajada y queso,
De que la ruda choza estaba llena;
Mas como los guerreros con la pena
Del referido lúgubre suceso
Tienen un ñudo al cuello atravesado,
No pueden sin dolor pasar bocado.

Sacáronles piñones, avellanas,
Frutilla seca, mádi enharinado,
Maiz por las pastoras confitado (50)
Al fuego con arena en las callanas (51);
Y en copas de madera no medianas
Les dan licor de molle regalado,
Mudai, Perper, y el Ulpo su bebida (52),
Que sirve juntamente de comida.

De todo, mas de fuerza que de grado,
Los huéspedes probaron casi nada,
Y siendo ya la mesa levantada,
Si puede ser el suelo levantado,
Por desfogar un poco su cuidado,
Talgueno levantó la voz cansada,
Diciendo al mayoral de aquella gente
Con atencion de todos lo siguiente:

«Hermano, así jamás el enemigo
Y carnicero lobo te haga daño
En la menor cabeza del rebaño,
Y siempre al cielo tengas por amigo;
Así se multiplique con su abrigo
El año venidero mas que hogaño,
Nos digas en lugar de sobrecena
Si es esta buena vida y cómo es buena.»

Guemapu, la pregunta apercebida,
Responde: «Puedes bien satisfacerte;
Que nadie está contento con su suerte
Sino es aquel que goza desta vida;
Sin ella me parece que otra vida
Forzoso ha de tener sabor de muerte,
Mas esta es una vida tan suave,
Que todo cuanto tiene á vida sabe.

»A vida sabe el son del caramillo
A sombra de la haya contemplando
Cuál va la verde loma despojando
Del rico pasto el pobre ganadillo;
A vida ver tan lucio al cabritillo
Travieso con los otros retozando;
A vida ver los claros arroyuelos
Hacer al sol mil visos y espejuelos.

»A vida sabe andar por la floresta,
Y entresacando della varias flores
De varios y finísimos colores,
Tejer una guirlanda bien compuesta;
A mas que vida sabe allá en la siesta
Decir á la zagala sus amores,
Vencelle los garzones en la lucha,
Cazalle la perdiz, pescar la trucha.

»Pues ¿qué si el árbol vemos que retoña,
Prenuncio de la fértil primavera,
Aquel llevar el agua lisonjera
Y al pájaro el tenor con la zampoña?
Pues ¿para si el ganado tiene roña,
Aquel sacar el cuerno de la miera,
Y untándole con ella, verle sano
Tundir seguramente el verde llano?

»Aquí no llega el fasto ni la pompa,
No cabe aquí soberbia ni cudicia,
Aquí no tiene entrada la malicia
Que nuestros simples ánimos corrompa;
Aquí no suena pífaro ni trompa,
Perturbadora voz de la milicia,
Que nunca el manso pan custodio nuestro
Gustó del iracundo Marte vuestro.

»En fin, Cacique, ten por entendido
Que es gran ganancia andar con el ganado,
Y que ese solo puede andar ganado,
Pues mal podrá con él andar perdido.»
Talgueno le responde convencido:
«¡Oh verdaderamente fortunado!
Pues nada se te da por la fortuna
Ni por subir al cuerno de la luna.»

Mas Tucapel, que ya con ceño bravo
Aquellas alabanzas escuchaba,
Soltó diciendo: «El hombre que esto alaba
No tiene corazon que valga un clavo;
Espántome de tí que estás al cabo,
Talgueno, de lo que es la guerra brava,
Haber sufrido tanto que se alabe
La vida que jamás á guerra sabe.

»A vida sabe al gusto no estragado,
Arderse en un furor de viva saña,
Y revolver la rígida guadaña
En medio del palenque y estacado;
A vida sabe el son de Marte airado
Y ver nadar en sangre la campaña;
A vida sabe y dulce vida encierra
Perdella por la patria en justa guerra.

»Igual por cierto fuera que esta gente
De tan inútil vida se dejara,
Y de abultar siquiera aprovechara
Al belicoso ejército potente;
Que lo demás es cosa impertinente,
Porque el ganado él solo se guardara,
O cuando no, comun á todos fuera,
Teniendo mas en él quien mas pudiera.»

En tanto que esto el bárbaro decia,
Mostraba tan feroz y duro gesto,
Que de temor Guemapu con el resto
Quedó sin mas decir cual nieve fria;
Pero Talguen, que ya le conocia,
No quiso replicalle mas en esto,
Sabiendo que es union de corazones
Saberse bien llevar las condiciones.

Demás de que Gualeva recelosa,
Temiendo que el negocio se enconase,
Con tiempo le rogó que lo dejase,
Jurándole la vida de su esposa;
Mudó Talguen la plática enconosa,
Y como á su Quidora le acordase,
Un intimo suspiro dió por ella,
Que de su llama ardiente fué centella.

Entonces la pastora Chabraquira,
Que á un lado de Gualeva estaba junta,
Llegándose al oido, le pregunta:
«¿Quién es por quien el bárbaro suspira?»—
«Es una perfeccion que al cielo admira,
La huéspeda responde á su pregunta,
Es la preciosa prenda de su pecho,
Y el mísero no sabe qué se ha hecho.»—

«Si fuese, dijo luego la pastora
Volviéndose á Guemapu su marido,
Aquella que diez horas ha dormido,
Y aun duerme de cansada hasta agora;
Hoy vino con los pasos de la aurora
A nuestra humilde choza y pobre nido
Una mujer tan triste como bella,
Que os diera compasion y envidia vella.

»Anduvo sin parar la noche en peso,
Segun me dijo, en busca de su amado,
Y el bello rostro en lágrimas bañado
Testificaba el mísero suceso;
Su pena debe ser en mucho exceso,
Pues luego sin poder tomar bocado,
Ahí dentro se arrojó tras esa puerta,
Y allí se está no sé si viva ó muerta.»

Sin mas poder sufrir, Talgueno salta,
El corazon saltándole en el pecho,
Y Tucapel se pone en pié derecho
Diciendo: «Si ella fuese, ¿qué nos falta?»
Gualeva dice atónita en voz alta:
«¿Qué tal tesoro encubre un pobre techo?
Sin duda que es Quidora, vamos, vamos,
¿Adonde está? Mostrádmela, veamos.»

Con esto se levantan al instante,
Y todos juntos van en busca della:
Yo solo me podré quedar sin vella,
Porque á moverme ya no soy bastante.
Y pues llevar la voz tan adelante
Me tiene tan cansado como á ella,
Razon tambien será dormir un tanto
Y despertar con ella en otro canto.

CANTO XIV.

Halla Talgueno á su Quidora, recíbense alegremente, danse cuenta de lo que á cada uno le ha pasado despues que se apartaron, cuenta la india las cosas extrañas que ha visto en sueños, profetizando las felicidades de don García en los tiempos, respecto de entonces, venideros. Comienza á referir la rebelion de la ciudad de Quito sobre no querer admitir las alcabalas justamente puestas por el Rey nuestro señor.

El bien que de propósito esperamos,
Que tarde ó nunca llegue es cosa cierta,
Y si á llegar alguna vez acierta,
Es porque en el camino le encontramos;
Mas cuando de esperalle no tratamos,
Entonces se nos entra por la puerta,
Causando cuanto menos esperada,
Tanto mayor placer con su llegada.

No sé que pueda ser la causa desto,
Porque si ya dijese que lo ordena
Fortuna para darnos gloria llena,
Trayéndonos el bien asi tan presto;
Diránme que es engaño manifiesto,
Porque la varia diosa no es tan buena
Que para darnos gusto busque modos,
Pues para le quitar los usa todos.

De donde por certísimo concluyo,
Que en esto nos enseña el gran Maestro
No estar el bien ó mal en querer nuestro,
Sino que solamente está en el suyo;
Porque si por la traza y medio tuyo
Y disponello todo como diestro
Hallases lo que buscas, pensarias
Que de tu mano sola dependias.

Pues para que en tan gran error no cayas,
Te niega Dios los fines á que atiendes,
Si solo por tus medios lo pretendes,
Que es como hacer en aire vano rayas;
Todo porque con él en todo vayas
Y acabes de entender, si no lo entiendes,
Que si él en tu favor no da algun paso,
Por mas que corras tú no hace al caso.

Y no de lo que trato se me arguya,
Que puedes segun esto descuidarte;
Haz tú lo que pudieres de tu parte,
Y Dios lo que quisiere de la suya;
Mas digo que el suceso se atribuya
A la mejor y mas segura parte,
Porque demás de ser forzoso hacello,
Obligarás al mismo Dios con ello.

Estáse cuanto digo tan probado,
Que lo experimentamos bien agora,
Y mas lo que es hallar en sola un hora
Lo que mil años no cuando es buscado;
Talgueno lo dirá, que descuidado
Estaba de hallar á su Quidora,
Y si con grandes ansias la buscara,
O menos breve ó nunca la hallara.

Esto es lo que soleis llamar acaso,
Como si por abrir algun cimiento
Hallásedes un rico nacimiento
De venas que os hiciesen mas al caso;
Y entiéndese, digámoslo de paso,
Respecto del humano entendimiento,
Pues fuera temerario desatino
Poner fortuna ó caso en el divino.

Porque si no es el caso bien mirado,
Sino venirnos algo sin sabello,
Y menos entender la causa dello,
Por ser de entendimiento limitado;
Ponello en el de Dios ilimitado,
Fuera tocalle en mas que en el cabello,
Pues es decille claro que no sabe,
Cosa que en su grandeza tal no cabe.

Demuestran esto bien los naturales,
Poniendo solo el caso y la fortuna
En las que están debajo de la luna,
Y no en las otras causas celestiales;
Mas eso lo podrán seguir los tales,
Aunque su oficio al nuestro no repuna,
Pues antes donde no hay filosofía
No puede haber legítima poesía.

Mas vámonos de aquí, que ya me temo
No dén tras mi las venas de romance,
Que si me ven es cierto darme alcance,
Por ser de piés livianos en extremo;
Huir es menester á vela y remo,
Por no me ver con ellos en mal trance,
Y quiero mas volverme á los pastores
Que dar en mano destos pecadores.

De súbito, cual dije, levantado
Talgueno con los otros en un punto,
En busca de su vida va difunto,
El rostro y corazon alborotado,
Y habiendo en el cancel pajizo entrado,
Do estaba aquel angélico trasunto,
La ve primero el bárbaro delante,
Que es muy ligero el ojo de un amante.

Sobre el derecho lado recostada,
Y la siniestra en jaspe traducida,
Por el siniestro músculo tendida,
Sirviéndole la diestra de almohada;
Su faz de nieve y púrpura bañada,
La ropa honestamente recogida,
Y el sitio lagrimado por su dueño,
Estaba sumergida en alto sueño.

Su negro y sutilísimo cabello
Por la cerviz abajo se esparcia,
Que rasgos airosísimos hacia
En el papel bruñido de su cuello,
Tan albo y trasparente, que el resuello
Al caminar por él se traslucia,
Y aun era necesario traslucirse
Para que así pudiera percebirse.

No estaba el Teucro jóven avisado
Por quien dejó sus términos Elena,
Con tan hermosa faz ni tan serena,
Al pié del verde aliso recostado;
Ni el terno de las diosas á su lado,
Gozó de vista, viéndole, tan buena,
Como la ven los bárbaros agora
En el dormido rostro de Quidora,

A quien el sueño tiene entretenida,
Rogándola que duerma y no despierte,
Mas ella en su dormir está de suerte,
Que nadie la juzgara por dormida;
Morfeo, como en casa conocida,
En sus cansados miembros se hace fuerte
Hasta salir en viéndola despierta,
Volando por la dura y córnea puerta.

Mas entre tanto él mismo la rocia
Con agua olvidadiza lisonjera,
Cubriéndola con flor de adormidera,
Que toma de su efeto nombradia;
Cualquier fingida forma le desvia,
Y toda se la imprime verdadera;
Fantásos con Icilon, sus hermanos,
Andaban en servilla de las manos.

Suspéndense de ver su traza bella
Los valerosos súbditos de Marte,
Y el rústico pastor por otra parte
Astrólogo se hace desta estrella;
Las de sus ojos tiene ocultas ella,
Y estar así debió de ser gran parte
Para que tan de espacio la miraran,
Porque si no, los mas se deslumbraran.

Tan fuera de medida fué el contento
Que recibió de súbito el amante
Con ver su vida y ánima delante,
Que estuvo por un rato sin aliento;
Y no fué menos prueba y argumento
De ser su pecho y ánimo constante
Sufrir el bien y gloria deste punto,
Que todo el mal pasado y pena junto.

Soltar la voz el bárbaro queria,
Mas no salió, probándolo, con ello,
Y fué que le estorbó para el hacello
Querer echar de golpe el alegría;
Bien como el vaso lleno de agua fria
De vientre muy capaz y angosto cuello,
Que no dará una gota sin quebralle
Cuando de golpe quieren derramalle.

Lo mismo agora al Indio le sucede,
Que como tiene estrecha la garganta,
Si quiere echar por ella gloria tanta,
Embaza, que pasar de allí no puede;
Mas puesto que este paso se le vede,
Por otra parte cuela y se adelanta,
Y si salir hablando no le vale,
Al menos en color al rostro sale.

Por una parte quiere despertalla
Porque de verle goce mas aína,
Por otra le parece cosa indina
De aquella tan serena faz turballa;
Razones por entrambas partes halla,
Y así suspenso no se determina,
Hasta que ya la bárbara despierta,
Las opiniones disonas concierta.

Corrió Quidora el velo delicado
De sus inaccesibles ojos bellos,
Y tanto que por no morir de vellos,
El mismo amor los suyos ha vendado;
Y como los hubiese levantado,
Reverberó en su luz la lumbre dellos,
Mas ella no creyendo el bien que via,
Creyó que lo soñaba todavia.

Quedóse al mismo punto que le vido
Los ojos tan abiertos y elevada,
Cual ave con la luz encandilada,
Que la tomais á manos en el nido;
No acaba de dar crédito al sentido,
Mas viendo su persona ensangrentada,
Ser muerto en la batalla le parece,
Y que por eso allí se le aparece.

No estuvo tan incrédula mirando
Penélope la casta junto al fuego
A su tan esperado y cauto griego
En la postiza forma reparando,
Como Quidora el viso levantando,
De ver al que del alma le hizo entrego,
Y es porque menos que ella no le amaba,
Ni con menores ansias le esperaba.

Mas revolviendo al fin su lisa frente,
Al copo de la nieve preferida,
Y viendo á Tucapel con su querida
Entre la pastoral y simple gente,
Que todos á una voz alegremente
Le culpan cómo tanto está dormida,
Dice entre sí: «Verdad es lo que veo,
Mas tanto bien por junto no lo creo.»

Todo esto sin moverse considera,
Y todo lo revuelve en un momento,
Por ser como se sabe el pensamiento
La cosa sobre todas mas ligera;
Mas ya que bien mirado vió lo que era,
Apenas acabara de contento,
Que un súbito placer crecido y fuerte
No es menos que un pesar en dar la muerte.

Pues como á conocer su cielo vino,
Se levantó del suelo, do yacia,
A tiempo que Talgueno descendia,
Y así partieron ambos el camino;
¡Oh quién tuviera ingenio peregrino,
Con pluma diferente de la mia,
Para sacar al vivo en fiel trasunto
El desigual contento deste punto!

Con vínculos recíprocos se traban
El pecho de alabastro y de diamante,
El de Quidora digo y de su amante,
Y con gozosas lágrimas los lavan;
De darse dulces ósculos no acaban
Por todos los espacios del semblante,
Ni de cruzar encima de los cuellos
Los rostros, y aun las ánimas con ellos.

No está la umbrosa vid tan abrazada
Al olmo retorciéndose lasciva,
Ni trepa por el viejo muro arriba
La hiedra tan revuelta ni enlazada;
Ni á la pendiente peña levantada,
Que casi sobre el agua se derriba,
Se arrima tanto el pulpo pegajoso,
Cuanto Quidora al pecho de su esposo.

El uno al otro mira y no se habla,
Mas esto no es aquí negocio bravo,
Porque si de contento están al cabo,
¿Qué mucho que tambien estén sin habla?
Demás de que mejor su juego entabla
Y lleva la ganancia mas al cabo
Aquel que en estos lances nunca toca
La mal segura pieza de la boca.

Estuvo sin moverse en larga pieza
A causa de le haber cogido el freno
El demasiado gozo que en su seno
Para salir de golpe se adereza;
Reclina el cuello lánguido y cabeza
En el de su Quidora su Talgueno,
Y ella tambien del suyo suspendida,
Se queda al parecer amortecida.

Mas ya que el mar del alma sosegado,
Por ser pasado el recio torbellino
Del íntimo contento repentino,
Dejó salir al fin la lengua á nado,
Dice Talgueno el rostro levantado:
«¡Oh mas que ameno el áspero camino,
Pues tras la pena y mal de la jornada
Sois vos, mi bien y gloria, la posada!»—

«Felice yo, responde su querida,
En rematar mi sueño desta suerte,
Pues si perdí la imágen de la muerte,
En tí, Señor, hallé la de mi vida;
Alegres y altas cosas vi dormida,
Pero despierta mas lo ha sido verte,
Dichoso el sueño y mucho mas la vela,
Aunque entre lo que en él se me revela.»

No dice mas Quidora al tierno amante,
Porque Gualeva en medio de alegria,
Y de los dos, al bárbaro desvia,
Juntando con el della su semblante;
Y dícele: «Aunque esté Talguen delante,
Te quiero yo abrazar, amiga mia,
Pues en estar conforme con la tuya,
Mi voluntad no es menos que la suya.

»Conténtese que en ser despues le sigo,
Porque en amarte no hay á quien yo siga,
Que tan primera soy en cuanto amiga,
Como él lo puede ser en cuanto amigo.»—
«Yo, dice la de Talgue, así lo digo,
Aunque ninguno habrá que no lo diga,
Y así, Gualeva, tienes en mi seno
Tan íntimo lugar como Talgueno.»

Tambien aquel indómito y altivo
Llegarse y abrazalla bien quisiera,
Aunque es de condicion esquiva y fiera,
Pero con la mujer no hay hombre esquivo;
Mas teme que es tocar en lo mas vivo
A su mujer, celosa de que quiera,
Y no se quiere ver en tal presura,
Cual fué la del suspiro en la espesura.

Verdad es que amistad entre ellas via,
Mas la envidiosa hembra, si entra el celo,
Da con la mas amiga por el suelo,
Porque el amor no sufre compañía;
Y así sin abrazalla cual querria,
Le dice desde afuera el Tucapelo:
«Con tal que así te hallásemos, Quidora,
Yo digo que te pierdas cada hora.»

Ella responde: «Ya por mí lo hallo,
Y no sé si mi bien disiente dello,
Ser mas la grave pena de perdello
Que la ligera gloria de hallallo;
Y como quieras bien considerallo,
Famoso Tucapel, no hay mas en ello,
De que como este bien está presente
Y el mal es ya pasado, no se siente.»

Llegóse, habiendo dicho desta suerte,
Al sanguinoso cuello de su amado,
Diciéndole: «¿Qué es esto? ¿Estás llagado?
Que yo lo estoy, Señor, de sólo verte.»
Él dice: «Aunque me hubieran dado muerte,
Hubiera della ya resucitado
Con solo haberos visto, vida mia,
Pues no hay morir en vuestra compañía.

»Mas no ha millares de horas lo que digo,
Ni es léjos do me vi la muerte al ojo,
No por haberme yo mostrado flojo,
Que Tucapel es desto buen testigo,
Sino por ser tan bravo el enemigo,
Que Marte se gobierna por su antojo;
Mas ya de mis heridas, aunque tales,
Apenas me han quedado las señales.»

Ella replica entonces: «Yo te ruego
Me digas deso el dónde y la manera.»—
«Salgamos, dice el bárbaro, acá fuera,
Que yo lo contaré por órden luego.»
Salieron, y sentados junto al fuego
La maliciosa gente y la sincera,
Persuaden á la huéspeda que cene
Y con decir sus penas los despene.

La cual condescendiendo fácilmente,
Que no la obliga á menos su contento,
Toma lo que le basta por sustento
A un cuerpo que su alma ve presente,
Y empieza á referir con sesga frente
El desigual discurso de su cuento
Desde que echando menos á su vida,
Anduvo sola, prófuga y perdida.

No canto por sus puntos el suceso,
Por ser el mismo casi de Gualeva,
Y en él no haberse visto cosa nueva,
Mas que dolores y ansias en exceso;
Anduvo una prolija noche en peso
Haciendo de su fe costosa prueba,
Hasta que al asomar del tardo dia
Se vió con esta inculta compañía.

La cual atiende en júbilo bañada,
De ver que aquella mísera tragedia
Se concluyese en próspera comedia
Allí en su tosca y rústica morada.
Duró la dulce historia en ser contada
Por los quidóreos labios hora y media,
Y luego le pidió su alegre dueño
Contase las grandezas de su sueño.

Mas ella dijo: «Bien será que á veces
Lo sucedido á entrambos se refiera:
Yo quiero con mi sueño ser postrera,
Segura de que no serán las heces;
Y digan los que están como jüeces
Si debes tú llevar la delantera
En esto del contar, que en ser amante
Yo voy con muchas leguas adelante.

»Que pues, Talguen, agora en este punto
Yo acabo de cantar lo que he pasado,
Tú debes como diestro y descansado
Echar sobre mi voz tu contrapunto,
Cantando sin faltar en solo un punto
Lo que despues que faltas de mi lado
Has hecho y padecido como fuerte
Hasta luchar, cual dices, con la muerte.»

Juzgaron luego todos que era justo,
Así por la razon que le sobraba,
Como porque á Talgueno le bastaba
Ver que á Quidora en ello daba gusto;
Rendido pues el bárbaro robusto
En breve relató lo que pasaba,
Habiéndole primero referido
El caso de Gualeva y su marido.

Contóle del asalto en la muralla,
Del nuevo general que estaba en ella,
De su valor y pecho en defendella
Y con tan poca gente sustentalla;
De cómo se salió de la batalla
Por acabar su vida en brazos della,
De la feroz culebra el trance raro
Y aparicion tremenda de Lautaro.

Oyeron admirados los pastores
Tan grandes y estupendas maravillas,
Y aun daban solamente con oillas
A veces dentelladas y temblores;
Oyó Quidora, léjos de temores
Y sin mudar color en sus mejillas,
Como la que sin ver ha visto tanto,
Que nada ya le puede dar espanto.

Mas cáusale dolor en sumo grado
Oir aquellas lástimas del primo,
Y ver que así la quiera por arrimo
Para quedar del pérfido vengado;
Con esto el corazon se le ha estrujado,
Bien como en su lugar lo está el racimo,
De cuya compresion un agua sale,
Que cada gota mas que perlas vale.

Protesta allá en lo hondo de su pecho
De trastornar la máquina del mundo
Y aun de bajar al báratro profundo
Para dejar su agravio satisfecho.
Yo desde agora ya lo doy por hecho,
Y es esta la razon en que me fundo,
Que la mujer ya puesta en una cosa
Hasta salir con ella no reposa.

Esto revuelve y esto determina,
Resuelta en que ninguno será parte
A que de su propósito se aparte
Ni tuerza un paso el pié de do camina;
Mas encubriendo aquel dolor y espina,
Aunque la penetró de parte á parte,
Para ocasion mejor que la de agora,
Así responde al bárbaro Quidora:

«Apoyo de mi vida, bien entiendo
Qué piensas de mi frágil pecho blando,
Que ya de haberte oido estoy temblando,
Por ser de suyo el caso tan horrendo;
Pues sábete que he visto mas durmiendo
Que lo que tu pudiste ver velando,
Y que es tu cuento extraño con el mio
Como con todo el mar un solo rio.

»Mas ya estarán los huéspedes cansados,
Y es tiempo que Gualeva con su esposo
Y tú, mi amado, rindas al reposo
Los no rendidos miembros trabajados.»—
«Estamos, dicen todos, tan cebados,
Y cada cual por sí tan deseoso
De que nos cuentes ya tu rara historia,
Que no hay de sueño gana ni memoria.

»Lo que pudiera ser inconveniente
Fuera no haber, Quidora, tú dormido,
Que de nosotros ten por entendido
Ser el descanso oirte solamente;
Y cuando no durmamos al presente,
Haráse allá despues de amanecido,
Que agora de la escura noche fria
Con tu presente luz harémos dia.»

Pues visto por la dama su deseo
Y como están colgados todos della,
Abrió para la voz la puerta bella,
Que cerca del coral lo deja feo;
Diciendo: «Fuerza es esta á lo que creo,
Mas yo quiero de grado padecella,
Si orejas me dais vos, y el cielo santo
Favor, si darle puede para tanto.

»Al mismo nuevo Apó, caudillo raro,
Que, como me pintais, vosotros vistes,
He visto yo tambien como pudistes,
Y aun por ventura yo le vi mas claro;
Mas hay un punto solo en que reparo
Por donde conocerle no debistes,
Y es dalle verde edad vuestra pintura,
Habiéndole yo visto en la madura.

»Aunque, si no me engaño, en este instante
Acabo de entender la causa dello,
Que en mi revelacion debí de vello,
Segun será los tiempos adelante;
Porque él estaba en reino bien distante,
Habiendo deste ya domado el cuello,
De donde no sin causa conjeturo
Que han sido mis visiones de futuro.

«Virey le vi del reino piruano,
Siguiendo en gobernalle tal camino,
Como si algun espíritu divino
En todo le llevara de la mano;
Estaba aquel distrito tan ufano,
Que desde el mar del Sur al ponto Euxino
Su próspero contento se extendia,
Yá mas la clara voz de don García.

»Donde antes que él viniese andaba todo
Pestilencial, hambriento y miserable,
Despues que vino anduvo saludable,
El mal escasamente, el bien á rodo;
En lo desmoderado puso modo,
A lo que vacilaba, en ser estable,
Y al fin, tocar sus piés aquel terreno
Fué deshacer lo malo con lo bueno.

»El fué tras el invierno, primavera,
Y tras escura noche, claro dia,
Despues de triste muerte yerta y fria,
Alegre vida, fácil, placentera;
En pos de tempestad horrible y fiera
Bonanza dulce y llena de alegria;
Por secos arenales, fresco rio,
Y sobre mustias flores el rocío.

»Bien como cuando va por alta cima,
El claro sol por brújula saliendo,
Que luego los ñublados van huyendo,
Con miedo que su lumbre los oprima;
Así del propio modo vi yo en Lima
Al refulgente Apó, que en pareciendo,
Fueron las pestes, males y pecados
Deshechos con su luz como ñublados.

»Los terremotos, antes temerarios,
Soberbios edificios humillaban,
Y los corruptos aires penetraban
Causando efectos mil trasordinarios;
En gruesa multitud los males varios
A costa de la tierra caminaban,
Sin perdonar ninguno cosa alguna
De cuantos hay debajo de la luna.

»Trataban al servicio de manera,
Que siempre andaba en casa el dueño insano
Con el rebenque y látigo en la mano,
Mas áspero que cómitre en galera;
Los miserables indios por do quiera
Rodaban sanguinosos por el llano,
Y á bien librar, por montes y por cerros
Andaban garleando como perros.

»Cesaron luego todos estos males,
Y en cambio de los techos derribados,
Del suelo al cielo fueron levantados
Colegios, monasterios, hospitales;
Los pobres beneméritos, leales,
Eran en breve dél remunerados,
Distribuyendo rentas y pensiones
Por las humildes casas y rincones.

»A todos alivió su grave carga,
Y al Indio en especial, difícil cosa,
Redujo á vida próspera y sabrosa,
De muerte mas que mísera y amarga;
Entre ellos asentó con mano larga
Un modo de vivienda ganancíosa,
Que á la delgada tierra en adelante
Dejó de bienes gruesa y abundante.

»Al fin lo puso todo en tal manera,
Que presto pareció la mejoría
De lo que en otro tiempo ser solia,
A lo que ya con él entonces era.
Parece por difícil que ello fuera
Que todo al gusto suyo se media,
Y que con libertad su dura planta
Hollaba á la fortuna la garganta.

»Honrábale en comun la ruda gente
Con título de bien afortunado,
Y en esto como vulgo andaba errado,
Pues no es el ser dichoso ser prudente;
Quien hace algun buen lance de repente,
No habiendo para hacelle pieza alzado,
Se dice venturoso en buen romance,
Mas no quien antes tuvo armado el lance.

»Así, cuando al que digo vez alguna
En fin dichoso acaso le saliera,
Sin que los medios únicos pusiera,
Dijéramos causallo su fortuna;
Pero si cosa próspera ninguna
Le sucedió mirándola de afuera,
Sino poniendo el medio conveniente,
¿Por qué ha de ser feliz y no prudente?

»Pues cuando, como digo, todo estuvo
Haciendo en punto música melosa,
Y puesta ya en el suyo cada cosa,
Adonde se extendiese mas no tuvo;
Tres años en tranquila paz mantuvo
Al mar soberbio y tierra polvorosa,
Sin que sobre esta polvo se hiciese
Ni viento sobre aquel se removiese.

»Mas yo no sé qué fué la causa dello,
Que cuando estaba el cielo de su estado
Mas limpio, mas sereno y espejado,
Para mirarse en él y para vello,
Salió con presuncion de escurecello
Por donde no pensaban un ñublado,
El cual segun llevaba ya el camino
Amenazaba recio torbellino.

BIBLIOTECA PÚBLICA LEÓN

»Ora la causa fuese muchedumbre
De túrbida materia vaporosa,
Que en la cabeza váguida y temblosa
Turbase á la razon su clara lumbre;
Ora lo fuese el hábito y costumbre
De que se precia el mundo en cada cosa,
Que es no tener sosten en cuantas tiene;
Ora que nunca un bien tras otro viene;

»Ora que su dichosa estrella quiso,
Poniéndole en peligro semejante,
Darle capaz materia y abundante
Adonde echase el resto de su aviso;
Y necesariamente fué preciso
Para mostrar su pecho de diamante,
Echando fuera el ánimo de dentro,
Tal golpe, tal borrasca, tal encuentro.

»En menos campo que este no pudiera
Tirar de su valor la barra grave,
Y aun pienso, por el mucho que en él cabe,
Que si le echara todo, no cupiera;
Con todo, fué el negocio de manera,
Que á no saber, yo os juro, lo que sabe,
Causara tal pedrisco aquel ñublado,
Que hubiera ya perdídose el ganado.

»En esto sí dirémos fué dichoso
Aquel gobernador por excelencia,
Que tuvo quien le hiciese resistencia
Para mostrar su brazo vigoroso;
Y como á sol, su signo venturoso
Le puso tal ñublado en competencia,
A fin de que, teniendo á quien hiriese,
La fuerza de sus rayos descubriese.

»Fué como los que venden atriaca,
Que dejan de una víbora morderse
Para que su fineza pueda verse,
Pues luego el mal, tomándola, se aplaca;
Así fortuna desta nube saca
Que venga el claro sol á conocerse,
Pues cuanto mas de opaco hubiere en ella,
Arguye mas virtud el resolvella.

»Por donde me parece, y no me engaño,
Que fué su dicha causa deste hecho,
Para que la ganancia y el provecho
Corriesen con la pérdida y el daño;
Indicio grande fué de amor extraño
Ponerle su fortuna en tal estrecho,
Solo para que así desta manera
Mas claro se pudiese ver quién era,

»Y no es en el varon pequeña gracia
Hallar así ocasion en que arrojarse,
Como por falta dellas el quedarse
Es en fogosos ánimos desgracia;
No descubriera el fuego su eficacia
Faltándole materia en que cebarse,
Ni fueran lo que son los araucanos,
Si nunca hubieran sido los cristianos.

»Así su fortaleza don Hurtado
Ni su saber tan claro demostrara,
Ni tanto su renombre levantara,
Si no se hubiera Quito levantado;
Allí pues era el túrbido ñublado,
Mas para que la historia vaya clara
Y no trabaje nadie en percebilla,
Quiero tomar de atrás la correndilla.

»Soñaba pues, ¿qué digo? No soñaba,
Mas verdaderamente así lo via,
Que cuando aquel insigne don García
De todo bien pacífico gozaba,
Allá el remoto Quito se alteraba
Sobre pagar lo justo que debia,
Y por alzarse el mísero con ello
Del yugo de su rey alzaba el cuello.

»Mandaba el sumo Apó que se cobrase
Por mil razones lícitas movido,
Y estaba el cumplimiento cometido
A quien por él en Lima gobernase;
Mas como largo tiempo se pasase
Sin que se hubiese á términos traido,
Porque ninguno á tanto se atrevia,
En práctica el que digo lo ponia.

»Para este se guardaba tal empresa,
Dignísima de un ánimo y un pecho
Que solo por hallar un paso estrecho,
Por infinitos anchos atraviesa;
Los hechos mas difíciles profesa,
Y todo se le deben de derecho
Como este, que por serle tan debido,
Por él y no por otro fué cumplido.

»Mas antes que el Virey ejecutase
La cédula real y mandamiento,
Quiso para fundallo mas de asiento
Que el grave caso en junta se tratase;
Y como allí sobre ello se altercase,
Hallóse de comun consentimiento
Ser cosa razonable y conveniente,
Aunque era con algun inconveniente.

»Sin esperar á mas se pregonaban
En todo su distrito mil papeles,
Por donde mucha copia de aranceles,
Haciendo algun estrépito, marchaban;
Los unos cuesta arriba lo tomaban,
Mas otros que vasallos eran fieles,
Anteponiendo el débito al trabajo,
Rodaban, al cumplillo, cuesta abajo.

»Quién al comun y público interese
El que es privado y propio preferia,
Quién pliegues en la frente se hacia
Porque su bolsa no lo deshiciese;
Cuál, como de maduro seso fuese,
Alegre aquella carga recebia,
Y cuál mostraba, echándose con ella,
El poco suyo mas que el peso della.

»Segun en lo interior estaba el seno,
Agora firme, agora vacilante,
Se daba á conocer por el semblante
Feroz, turbado, plácido y sereno;
Mas otros á la lengua echado el freno,
¡Oh cosa tanto en estas importante!
Manifestaban una por la frente,
Quedándose con otra diferente.

»Es un profundo abismo de cordura
En tales ocasiones ser callado,
Y estando el corazon alborotado,
Fingir tranquila y mansa la figura;
El rio mientras tiene mas hondura
Veréis que va mas sesgo y sosegado,
Disimulando, á causa de su fondo,
Aquel raudal que lleva por lo hondo.

»Algunos, con verdad ó con mentira,
Brotaban mil palabras descompuestas,
Aunque despues lloviéndolas á cuestas,
Las llamas apagaban de su ira;
Estaban otros muchos á la mira
En todas las demandas y repuestas,
Que ni eran bien traidores, ni leales,
Sino del tercio género, neutrales.

»Mas todos, cuál de fuerza, cuál de grado,
Cuál de vergüenza pura, cuál de miedo,
Pasaban con buen ánimo y denuedo
El desabrido gusto del bocado;
Y aunque por le tener tan estragado,
Les era por entonces bien acedo
Ver el provecho grande que hacia,
Causaba ya menor el acedía.

»Como era tanta pues la diligencia,
Con que esto el Visorey solicitaba,
Ya el dos por ciento en Lima se cobraba
Y en todo el territorio de su Audiencia;
Llevábanlo ya todos en paciencia,
Mas quien ajeno della lo llevaba
Mostraba del vil ánimo las heces,
Y al fin, al fin llevábalo en dos veces.

»Pues, como tengo dicho, dado caso
Que la razon con muchos no valia,
El miedo tan á raya los tenia
Que nadie osaba dar un solo paso;
Porque segun el ánimo era escaso
En dar al Rey lo poco que pedia,
Lo andaba en cometer sus desatinos,
Que nunca son osados los mezquinos.

»Si alguno allá consigo retirado
Daba lugar á algun intento loco,
Se le representaba luego el coco
Y con semblante fiero don Hurtado;
Que aun en su pensamiento asegurado
No le dejaba estar mucho ni poco:
Tal es entre las otras esta ofensa,
Que no hay seguridad en quien la piensa.

»Así que, por temor ó miramiento
De aquel segundo César africano,
No solamente se iban á la mano,
Mas, como tengo dicho, al pensamiento;
Cortaba su furor y atrevimiento
Tenerle, por su mal, tan á la mano,
Que no era levantada bien la dellos
Cuando la dél estaba ya sobre ellos.

»Mas Quito, por estar tan apartado,
Jamás imaginó que llegaria
El radiante sol de don García
A deshacer su túrbido ñubiado;
Pero quedóse el mísero burlado,
Pues cuando menos dello se temia,
Tan presto amaneció sobre su asiento,
Que no le diera alcance el pensamiento.

»Pues ya que en todo Lima y su distrito
En buen estado y punto estaba puesto
Lo por el Rey Católico dispuesto,
Soñé que su virey lo enviaba á Quito;
Y que por dar sabor al apetito,
Si hubiese desabridose con esto,
Razones tan legítimas les daba,
Que si ellos fueran della, les bastaba.

»Mostrábales por término discreto
Y con palabras graves y amorosas
Las causas necesarias y forzosas
Que tuvo el grande Apó para el efeto;
Y que era al fin tenerle mas aceto
Para el despacho bueno de sus cosas,
El aceptar de grado la presente
Con limpia voluntad y llana frente;

»Diciéndoles tambien que con hacello
En sí y en su interés cada uno hacia,
Pues el hispano Rey no lo queria
Con fin de acrecentar sus proprios dello;
Mas para que la tierra y mar con ello
Pudiese estar seguro de avería,
Pues nadie, aun en su casa, lo estuviera,
Si á costa del Católico no fuera.

»Demás de que en razon estaba puesto,
Cuando esta no valiera como vale,
Que diesen á su Rey siquiera el vale,
Habiéndoles él dado todo el resto;
De suerte que era lícito y honesto,
Pues que del justo límite no sale
Quien trata con el súbdito de modo
Que pide alguna parte por su todo.

»Rogábales con esto juntamente
Mirasen el solícito cuidado,
Que en todo lo demás habian mostrado
Con pecho fino y ánimo obediente;
Y como no era bien que lo presente
Dejase de seguir á lo pasado,
Mas antes pues caudal habia bastante,
Llevasen su buen crédito adelante.

»Con un estilo y término tan bueno
¿Qué bolsa tan de hierro no se abriera,
O quién tan corto de ánimo no diera
Lo proprio y, si era lícito, lo ajeno?
¿Qué potro no tomara bien el freno,
Por mala y recia boca que tuviera,
Si para que sabroso lo tascara,
Con esta sal envuelto se le echara?

»Oblígame por cierto á que me espante
Que no tomasen bien aquel bocado,
Por mas que fuera tósigo y bocado,
Con esta sal y salsa por delante;
Mas toda la del mundo no es bastante
Para salar un ánimo dañado
Como lo estaban muchos antes desto,
Aunque por ocasion tomaron esto.

»Achaque solo fué de aquella gente,
Y una malicia llena de ignorancia,
Que tan sin fundamento ni sustancia
Quisiese alzar el bélico accidente;
Ganar quisieron cetro llanamente,
Mas yo no les arriendo la ganancia,
Porque si de la sal no hicieron cuenta,
A fe que se les dió su salpimienta.

»Llevadas ya las cédulas á Quito,
Con cartas al cabildo y á la Audiencia,
Que por su majestad y su excelencia
Para obligalles mas se habian escrito,
Soñé que del olor el pueblo ahito,
Aun antes de llegar á su presencia,
Como tan mal estómago tenia,
Lanzaba lo que dentro dél habia.

»Y dando penosísimas arcadas,
Que aun referillo á vómitos provoca,
Su mal humor echaban por la boca,
A vuelta de parábolas preñadas;
Y en cónclaves y pláticas fundadas,
Mostrando su intencion dañada y loca,
Trataban de que nadie permitiese
Que tal imposicion se recibiese.

»La cual no solamente procuraban
Que se contradijese dentro en Quito,
Mas toda su diocésis y distrito
Para el efecto mismo convocaban;
Y aun á los otros pueblos despachaban,
Queriéndolos meter en el garlito,
Al Cuzco, á Chuquisaca y á los Reyes,
De su Virey diciendo las mil leyes.

»Y en especial pidiendo á cada una
Que en tanto que apelasen para España,
En resistir se diesen buena maña,
Aunque era la mejor hacerse á una;
Mas cuando no bastase traza alguna,
Por ello se pusiesen en campaña,
Clamando libertad para hacello,
Y no lo fué pequeña el pretendello.

»A tal razon venidos los recados,
Al removido y mal seguro asiento,
Mandó la real Audiencia en cumplimiento
Que fuesen como fueron pregonados;
Mas luego los del pueblo convocados,
Con mucha libertad y atrevimiento
Se fueron, ya dispuestos á violencia
Con la suplicacion ante la Audiencia.

»La cual, habiendo visto la tormenta
Y determinacion de aquella gente,
Puso silencio en ello cautamente
Hasta que al Visorey se diese cuenta;
Pues dióselo diciendo cuán exenta
Estaba la ciudad inobediente,
Y como por entonces mal su grado
Alzar la ejecucion habian mandado.

»Que como la justicia aquel denuedo
Y alborotado espíritu notase,
Temiendo que su vara se quebrase,
Le pareció tener el brazo quedo;
Pues cuando aquesta tiembla y tiene miedo,
Que es del sosiego público la base,
Ya el edificio y fábrica se inclina
Amenazando súbita rüina.»

Contando iba del sueño así Quidora,
Atentos los guerreros y pastores,
Cuando con dulce son los ruiseñores
Alegres nuevas daban de la aurora;
Mas canten solos ellos, que yo agora
Quiero que se suspendan mis tenores,
Porque será locura y desvarío
Que suene con su canto el ronco mio.

CANTO XV.

En que, prosiguiendo Quidora su milagroso sueño, cuenta la ya declarada rebelion de Quito. Despacha el Virey al general Arana con algunos soldados, para que, sin alboroto ni ser sentido, procure entrar la ciudad y sosegalla; sábese en ella, antes que llegue, su venida; retírase constreñido dos veces, persistiendo el pueblo, y creciendo mas cada dia en sus alteraciones y alborotos. Muere Bellido, maese de campo de los rebeldes, por órden de Arana. Entran de noche los conjurados á matar al presidente Barros en su casa, sospechando que hubiese sido la causa desta muerte. Suspende la India el cuento porque el auditorio duerma.

¡Oh cuánta fuerza tiene la justicia
Cuando la dejan libre y en su fuerza!
Mas ¡cuán por el contrario, si por fuerza
De su lugar y quicio se desquicia!
Que entonces sin su freno la milicia
En su corrida rápida se esfuerza,
Y entrando por los términos vedados
Destruye libremente los sembrados.

Pues ved si la milicia tanto puede
Estando la justicia desquiciada,
Cuando á sus piés la tenga derribada,
Qué tal será el tenor con que procede;
No hay paso ni lugar que se le vede,
Porque por todos va desenfrenada,
Corriendo, socolor de bueno y justo,
Desaforadamente tras su gusto.

No porque la justicia de su esencia,
Siendo virtud al vicio dé cabida,
Sino que, como dél se ve oprimida,
A su pesar le da mayor licencia;
Como Quidora dice, que la Audiencia,
Temiendo aquella gente removida,
Dejó que se saliera con su hecho,
Perdiendo por la fuerza su derecho.

Y en fin, si la maldad es tan bastante
Que sola puede aquello que le agrada
Con sombra de virtud autorizada,
¿Qué habrá que se le ponga por delante?
Veráse por mis versos adelante,
Siguiendo con la historia comenzada,
Que el pájaro sin lengua con su canto
Causó que la dejásemos un tanto.

Mas ya que Filomena, de Tereo
Hizo cantando público el delito,
Publíquenos la bárbara el de Quito,
Y aunque en diverso género mas feo;
Pues cuando el del semblante de Timbreo
Al de las flores lánguido y marchito
Tornaba en su color y lozanía,
Quidora desta suerte proseguia:

«Pues como voy contando de mi sueño,
Al Visorey la Audiencia despachaba,
Diciéndole cuán libre el pueblo estaba
Y rebelado ya contra su dueño;
Mas que para quitar el duro ceño
Con que el negocio en Quito se tomaba,
Enviase en testimonio declarado
Si en Lima estaba puesto y asentado.

»Porque con este ejemplo parecia,
Pues era, bien mirado, suficiente,
Que el pasmo aunque mortal de aquella gente,
Sin mas dificultad se atajaria;
Y visto que pagaban, pagaria,
Porque era al fin razon y causa urgente,
Si no miraran ellos otro norte,
Que fuese Quito al paso de la corte.

»Envióles prestamente don Hurtado
La certificacion y prueba desto,
Mas no bastó el ejemplo manifiesto
Para quedar el pueblo sosegado,
Diciendo que hasta estar certificado,
Si la ciudad del Cuzco estaba en esto,
En ello por ninguna suerte ó via
Aunque cayese el cielo no vendria.

»Llevárontes volando la fe dello,
Mas como estaban ellos mal con ella,
No fué ninguna parte venir ella
Para venir los pérfidos en ello;
Faltóles la palabra en el hacello,
Y no fué mucho haber faltado en ella,
Pues quien hiciere faltas en sus obras,
Es fuerza que en palabras haga sobras.

»Yo tengo para mí por cosa cierta,
Sacada de razon, adonde estriba,
Que apenas puede haber palabra viva,
Si para obrar la fe estuviere muerta;
La boca me parece que es la puerta
Por do mientras el alma está cautiva
Se manda en este cuerpo, que es su casa,
Diciendo muchas veces cuanto pasa.

»Excusas eran todas con intento
De dar algun color á su pecado,
Que ya de viejo estaba deslavado,
Aunque tomaban este fundamento;
Achaque fué de un ánimo sin tiento,
De mucho tiempo atrás afistolado,
Pero fingiendo que era llaga nueva,
Cuya contrariedad el hecho prueba.

»Porque despues de haberles acudido
El Visorey con cuanto le pedian,
Al fin ninguna cosa le cumplian
De cuantas le sacaban de partido;
Que como en esto el mal era fingido
Y de otra parte y no de allí lo habian,
Era poner remedio en el calcaño
Estando en la cabeza todo el daño.

»Bien claro lo que digo se mostraba,
Pues visto que el Virey, habiendo dado
Cuanto le fué por ellos demandado,
A mas andar los pasos les tomaba,
Y que ninguna excusa les quedaba
Con que dejar su crímen excusado,
Mostraron á la fin su inicuo celo
Echando la vergüenza por el suelo.

»Así que para nada fué bastante
Tener del Cuzco y Lima certidumbre
De haberse puesto en ellas la costumbre,
Pagándose hasta el último cuadrante;
Mas con su mal propósito adelante,
Ciega de la razon la clara lumbre
Y sin que vieran cuánta el Rey tenia,
Se fueron despeñando cada dia.

»Pues, como yo lo ví, no solamente
Dejaban de cumplir lo bien debido,
Mas ya con duro pecho pervertido,
Para contradecillo armaban gente;
Y hablando en los corrillos libremente,
Otro rumor no andaba ni rüido,
Sino de levantarse con la tierra,
Resucitando allí la civil guerra.

»No bien contra Filipo y su corona
De pocos fué pensado el maleficio,
Cuando creció por muchos, ¡oh mal vicio,
Cuán presto á los mortales inficiona!
Como si la pared se desmorona
Se va cayendo todo el edificio,
Así para estas cosas de alterarse
No está el negocio en mas que principiarse.

»El vulgo en especial y ruda plebe
Fué la que sin propósito ni tiento
Partió con el primero movimiento,
Que es fácil de mover la cosa leve;
Y es casi convertible con aleve,
Por ser de corto vaso y poco asiento,
Y como cañaheja suspendida,
Al disponer del céfiro traida.

»Pues desta popular y vil canalla
Era la que empezaba á declararse,
Que como tal no supo refrenarse,
Aunque pudieran otros enfrenalla.
Ya viérades limpiar mohosa malla,
Y el arcabuz sin caja aderezarse,
Acicalar alfanjes y terciados,
En larga y dulce paz de orin tomados.

»Ya viérades nombrarse para el hecho
Caudillos, adalides, oficiales,
Saliendo por cabezas principales
Los que mostraban mas dañado el pecho;
Ya viérades fijados trecho á trecho
Por corredores, puertas y portales
Pasquines mil y rótulos pesados,
Los mas á los oidores asestados.

»Diversos conciliábulos hacian,
Y espléndidos banquetes á menudo
Para fortalecer su intento crudo
En los que enflaquecido lo sentian;
Allí sobre el negocio conferian
Con libertad y término desnudo,
Soplando Anesidora con Lieo
Las llamas de su ilícito deseo.

»El cual se fué encendiendo á mucha priesa,
Y á mas en un convite celebrado
Que vino á hacerse fuera de poblado,
En medio un campo fértil y dehesa;
Allí voló mas alta la pavesa
Del pecho en ambiciones abrasado,
Determinando alzar del yugo el cuello,
No les moviendo mas que el gusto dello.

»Y á todos desde allí distribuian
A discrecion las casas y haciendas.
Ya daban provisiones de encomiendas
Y los repartimientos repartian,
Ya tras la diosa cálida corrian,
Tan sueltas con el ímpetu las riendas,
Que en la distribucion de los haberes
Eran tambien contadas las mujeres.

»Y no llegaba sola la malicia
A repartir las que eran inferiores,
Que el pensamiento alzándose á mayores,
Tocaba en los ministros de justicia;
Llegó la desvergüenza á su noticia,
Por ser efecto propio de traidores,
Que venga su secreto á revelarse,
Así como pretenden rebelarse.

»Fué pues de los oidores entendido
Ser quien estaba mas culpado en esto,
Mas libre, mas traidor y descompuesto,
Uno por nombre Alonso de Bellido;
No en vano tal renombre y apellido
Por sus progenitores le fué puesto,
Pues fué su condicion y culpa enorme
A la del zamorano tan conforme.

»El cual por ver que no era emparentado,
Y menos natural de aquel asiento,
Fué preso por el regio Ayuntamiento,
Mandándole poner á buen recado;
Mas luegó que en el pueblo rebelado
Supieron su prision y encerramiento,
Juntaron contra el Rey su gente y fuerza,
Resueltos en quitársele por fuerza.

»Y así con multitud de arcabuceros,
Y exenta voluntad arrebatada,
Se fueron á la Audiencia de coplada
Para sacar el preso á puros fieros;
Mas viendo los reales consejeros
Que darlo fuera cosa mal contada
Y dar avilantez al insolente,
Negaban al principio fuertemente.

»Mas fué tan sin respeto su porfía,
Y el desacato libre en tal exceso,
Que se les vino á dar en son de preso,
Y aun no se recebió por esta via;
Pasóse en largas réplicas el dia
Y la turbada noche casi en peso,
Instando en su demanda los tiranos
Con ganas de librallo por las manos.

»Llevarle al fin consigo no quisieron
Con título de preso ni culpado,
Ni hasta que como libre les fué dado,
Jamás en su poder le recebieron;
Por donde á duros términos vinieron,
Hundiendo con sus voces al Senado
Y haciendo de palabra y por escrito
Mas criminoso y grave su delito.

»Salieron con la suya como cuento
A pura libertad y desvergüenza,
Quedando los oidores con vergüenza,
Por no venir á todo rompimiento;
Que cuando el popular atrevimiento
A ya salir de límite comienza,
Es contumaz, flemático y temoso,
Pesado, incorregible y enojoso.

»Bien es verdad que en esto de la Audiencia
No se me acuerda bien lo que sonaba,
Mas no sé qué runrun y voz andaba
En contra y disfavor de su inocencia;
El tiempo dará en ello la sentencia,
Como quien de aclarallo todo acaba,
Que yo mientras está la causa escura,
Quiero seguir la parte mas segura.

»Pues viendo los oidores el insulto,
La rebelion patente y desafuero,
Segunda vez hicieron mensajero
Al Visorey, enviándolo en oculto,
Para que conocido aquel tumulto
Y alteracion del fácil vulgo fiero,
Pusiese en su quietud la diligencia
Que pregonaban dél por excelencia.

»Diciéndole del modo que se vian
A padecer violencias constreñidos,
Por ser de los rebeldes oprimidos,
Que á su querer forzados los traian;
Pues visto el Visorey lo que escribian,
Por excusar al reino de rüidos,
Retuvo en sí las cartas especiales,
Consejo conveniente en casos tales.

»La misma prevencion discreta y rara
En esto le sirvió de allí adelante,
Y para el hecho fué tan importante,
Que el reino de otra suerte se abrasara;
Pues á cualquiera pecho que llegara
Centella de alboroto semejante,
Hallando dentro al ánimo dispuesto,
Bien claro está si en él prendiera presto.

»Y bien se vió por obra lo que digo,
Pues solo de un relámpago que vieron,
De tal manera algunos se encendieron,
Que aun esto les bastara por castigo;
En el Callao de naves dulce abrigo
Tres hombres hechos cuartos perecieron,
Porque tocados desta llama fiera
Se alzaban ya con una real galera.

»Mirad la calidad desta centella
Y si hay poder que al fuego suyo iguale,
Pues aun estar en agua no les vale
Para que libres queden estos della;
Pues ¿qué diré del Cuzco? Solo vella
O ver el resplandor que della sale,
Es causa de que cinco levantados
De luz de vida caigan deslumbrados.

»En Ariquipa vi tras esto luego
Que no le aprovechando el ser templada,
Se destempló con dos, que de pasada
A la vislumbre vieron deste fuego;
Dejaron sin valer favor ni ruego
La horca de sus cuerpos ocupada,
Y otro en Cavana dió por esto mismo
Colgado el postrimero parasismo.

»Tampoco Chuquïapo con su tierra
Se pudo guarecer de aquesta llama,
Pues aunque de la Paz tambien se llama,
En uno su calor le hizo guerra;
De suerte, que si al valle ó á la sierra
Iba siquiera el eco de la fama,
Todo lo perturbaba y removia,
Y á los helados pechos encendia.

»Pues si una sola chispa desde afuera
Deste candente hierro fué bastante
Para llevarse doce por delante,
Si todo se pegara ¿qué pudiera?
Seguridad el suelo no tuviera,
Ni todo el mar del Sur ni de Levante,
Ni las veloces aves en su vuelo,
Ni los remotos astros en el cielo.

»Mas atajó la llama peligrosa,
Que á mas andar llegándose venia,
Tapando este portillo, don García,
Por donde ya se entraba licenciosa;
Y para que dolencia tan dañosa
Tuviese por entero mejoría,
La quiso consultar con hombres cuerdos
En generales cónclaves y acuerdos.

»De donde al fin salió determinado
Se despachase á Quito alguna gente
Con un caudillo práctico y prudente,
Solícito, mañoso y recatado,
Para que levantase aquel Senado,
Mediante su favor la baja frente,
Cumpliendo sin temor y con imperio
Lo que era de su cargo y ministerio.

»Hallóse de caudal para este efeto
Un hombre sustancial, por nombre Arana,
Varon de vida siempre limpia y sana,
De hecho y dicho en público y secreto;
Persona donde quiera de respeto,
De condicion entre áspera y humana,
Envejecido en años y prudencia,
Doctor con borla blanca de experiencia.

»Debajo cuya enseña y estandarte
Se congregó una escuadra de cincuenta
Soldados escogidos y de cuenta,
Y para no negárselas á Marte,
Usados á romper el baluarte,
Su brazo revolviendo en lid sangrienta,
Y algunos, si mi sueño no fué vano,
Famosos corredores (55) deste llano.

»Si mas tropel de gente se hiciera,
Quedara todo el reino alborotado,
Con entender que estaba Quito alzado,
De do mayor el daño se siguiera;
Y si tambien Arana solo fuera,
Pudiera ser que el pueblo libertado,
En viéndole en sus términos metido,
No le guardara el término debido.

»Consideró con esto don García
La antigua lealtad y fe de Quito,
Y como dentro dél y su distrito
Muchos intactos ánimos habria,
Que dellos el menor acudiria
En dando por el Rey un solo grito,
Si no fuese corriendo como gamo,
Volando como el pájaro al reclamo.

»De todas estas causas convencido,
Aunque cualquiera dellas era urgente,
Enviaba don Hurtado solamente
El número que tengo referido;
De algunos en secreto fué mordido
Por no entender su fin enteramente,
Mas poco le importó, que Apolo bello
No pierde porque yo no pueda vello.

»Fué rica la invencion por excelencia,
Y así salió conforme á su deseo.
¡Qué traza, qué discurso, qué tanteo,
Qué prevencion, qué aviso, qué prudencia,
Qué vivo pensamiento, qué advertencia,
Qué dar en este medio de un voleo!
Sin duda que la mano fué divina
De corte y eleccion tan peregrina.

»Mas aunque nada desto le moviera
A que la poca gente despachara,
El ser tan escogida le bastara
Para salir con cuanto pretendiera;
Escepto la cerviz de Arauco fiera,
¿Qué cuello tan erguido no domara
Aquel heróico brazo poderoso,
De número tan breve y compendioso?

»Pudieran allanar á todo el mundo
Los que en la cantidad eran cincuenta,
Mas en esfuerzo y ánimo sin cuenta,
Y de un valor y espíritu profundo.
Fué tercio sin primero ni segundo,
Un tercio que valió por otros treinta,
Pues el temer los tercios de su acero
Con el tirano fué el mejor tercero.

»Briosos eran todos por el cabo,
De corazon fogoso y atrevido,
Y nadie que dejase de haber sido
Alférez, capitan, sargento ó cabo;
Mostraba cada cual un pecho bravo,
Y dentro dél un Hércules metido,
Que no se le sacaran con tenazas,
Estragos, muertes, fieros ni amenazas.

»Deciros, atendiéndome, quisiera
Los ilustrados títulos y nombres,
Los méritos y partes destos hombres,
Si todas no, la mínima siquiera;
Que en sueños la verdad mi compañera
Me declaró sus hechos y renombres,
La cual en cuanto vi y os he contado
No se apartaba punto de mi lado.

»Esta era una mujer, aunque pequeña,
Hermosa mucho y bien proporcionada,
Aunque de estar malquista y maltratada,
Al parecer mas flaca que cenceña;
Pero con esto fuerte mas que peña,
Y cuando mas seguida y apurada,
Entonces mas entera y mas constante,
Porque tomaba el serlo por avante.

»De condicion austera parecia
A quien de fuera y léjos la miraba,
Mas para quien de cerca la trataba
Afable y humanada la tenia;
El traje y uso nuevo que traia
No ser de aquellas partes denotaba,
Y así como remota y extranjera,
Habiendo sobre qué se compusiera.

»Pues ella iba diciéndome al oido
Los puntos que ignoraba yo en la historia,
El apellido, el mérito y la gloria
De cada cual del bando referido;
Mas muchos ha llevádome el olvido,
Aunque eran todos dignos de memoria:
Así de cual y cual iré contando,
Segun me fuere dellos acordando.

»Figúraseme agora que le veo
Al jóven que llevaba el estandarte,
¡Oh qué disposicion, qué garbo y arte
Qué talle, qué apostura, qué meneo!
Parece que la gloria y el trofeo
Aseguraba él solo de su parte,
Por ser tan suyo el ser y esfuerzo de hombre,
Como don Diego de Avila su nombre.

»Pues otro que jugaba una sargenta
Con guarnicion y borlas de oro y plata,
Nombrábase Francisco de Zapata,
El que de sí jamás dió mala cuenta;
Y siempre usó en trabada lid sangrienta
Teñirse hasta los codos de escarlata,
Habiendo estado siempre adonde Marte
Quitó la luz al sol con su estandarte.

»Mostróseme otro célebre guerrero,
Que desde su niñez y tiernos años,
Aun antes de vestir mayores paños,
Vistió grabadas láminas de acero;
Su título era Ignacio y mas Hornero,
Bien quisto con domésticos y extraños,
Y así con mansos blando y convenible,
Como con bravos áspero y terrible.

»No menos orgulloso que valiente
Y de un gallardo y bélico denuedo,
Me señalaban otro con el dedo,
Maduro en seso, en años floresciente;
De cuya juventud y sangre ardiente,
Arauco habia probado el fruto acedo,
El cual don Juan Rodulfo se decia,
Pimpollo desta gruesa tierra mia.

»Un bravo cantabrez con estos iba
Por capitan, renombre de Urtiaga,
De fieros enemigos fiera plaga,
Y de un osado pecho y frente altiva;
Tampoco se le hizo cuesta arriba
Ir á curar á Quito de su llaga
Al capitan Proaño valeroso,
Relámpago de Marte fulminoso.

»Tambien aseguraba su partido
Ulloa, fuerte y práctico gallego (54),
Que entre los enemigos era fuego
Por las aristas débiles metido;
Don Juan Velazquez, de ánimo atrevido,
Y dado al militar y duro juego,
No menos se arrojó tras Marte airado,
De juvenil furor arrebatado.

»Acuérdome tambien que entre estos via (55)
Un mozo en flor, de espíritu gallardo,
Por nombre de Verdugo don Bernardo,
Que en belicosa cólera se ardia.
Al fin, de toda aquella compañia
Que el general llevaba en su resguardo,
Ninguno pude ver con menos pecho
Del que era menester para este hecho.

»Mas ¡ay! que en este punto se me acuerda
Otra famosa banda desta gente,
Briosa, fogosísima y valiente,
Y siendo menester, templada y cuerda;
Que no será razon que olvido pierda,
Dejándolos llevar de su corriente,
Sus inmortales nombres á lo menos,
De tácita alabanza y gloria llenos.

»Manrique, Bobadilla con Suaso,
Cortaza, un atrevido y bravo mozo,
Que apenas le apuntaba el negro bozo,
Pero mostraba ser de lastre y vaso:
Los cuales todos, visto el nuevo caso,
Con encendido pecho y alborozo
Iban á se ofrecer de propia gana
Para seguir al célebre de Arana.

»A quien con tan segura compañía
El Visorey mandaba se partiese,
Sin que el menor estrépito hiciese,
Porque esto, como dije, convenia;
Y así, ni voz de trompa se oia
Ni cosa que de guerra pareciese,
Mas á la sorda todo y encubierto,
A Lima repudiaban por su puerto.

»Adonde en un bajel, que á pique estaba,
Y fué por el fervor de don Hurtado
En mas que breve término aprestado,
La bulliciosa gente se embarcaba;
Al céfiro las velas entregaba,
Habiéndose las áncoras levado
Y de babor largada ya la escota,
A Guayaquil tomaban la derrota.

»Partióse pues Arana bastecido
Para cualquiera furor que se ofreciese,
Con órden del Virey que, si pudiese,
Entrase en la ciudad sin ser sentido;
Y siendo de la Audiencia recebido,
Por su disposicion se dispusiese,
Haciendo ejecutar lo que mandase
Si en el servicio regio redundase.

»Con esto por los campos de Nereo
Partió la nave haciendo su jornada,
De mas heróicos jóvenes preñada
Que el vaso de Jason y de Teseo;
Cualquiera dellos iba con deseo
De enrojecer los filos de su espada
En la corrupta sangre de tiranos,
Con tal que lo librasen por las manos.

»Pero la fuerte nao al cuarto dia,
Debió de ser del peso que llevaba,
Por cinco ó seis junturas reventaba,
Y al enemigo mar dentro metia;
La gente del peligro en que se via
Mayores fuerzas y ánimo sacaba,
Haciéndose en la bomba mil pedazos
Con el continuo juego de los brazos.

»Mas yendo el roto vaso desta suerte
Sin duda pienso yo que se perdiera,
Si no sé quién un grito no le diera
Bastante á redimillo de la muerte;
Diciéndole: «No tienes que temerte;
Seguro puedes ir en tu carrera,
Que no podrá ofenderte cosa alguna
En fe de don Hurtado y su fortuna.»

»Tan poderosa fué la voz que digo,
Que, siendo tal su riesgo y detrimento,
Llevó la frágil nave en salvamento
Cerca de Guayaquil hallando abrigo;
De donde en abrazando al suelo amigo,
Sin detenerse punto ni momento,
Marchaban para el pueblo rebelado
Con todo aquel silencio encomendado.

»Mas no se pudo hacer con tal recato
Ni tan secretamente la partida
Que, aun antes de llegar, no fuese olida
Del vulgo malhechor y pueblo ingrato;
Y es porque siempre son de grande olfato
Los que la vista tienen ya perdida,
Y siempre están alerta á cuanto pasa,
Temiéndose del que entra y sale en casa.

»Bastárale por pena y por castigo
Al pérfido traidor y aleve pecho,
Cuando otra no tuviera por derecho,
Aquel afan que siempre trae consigo,
Aquel estar temiendo al mas amigo
No quiera hacer con él lo que él ha hecho,
Aquel andar la barba sobre el hombro,
Y el aire que pasó causalle asombro.

»¡Qué descuidado vive y qué seguro
Un ánimo inocente y desculpado!
Desnudo por las calles anda armado,
Y solo en campo raso tiene muro.
Mas, al revés, el infido y perjuro,
¡Qué lleno de sucidio y qué azorado!
Apenas una espada resplandece,
Cuando tenerla encima le parece.

»No bien rumor alguno se levanta
Ni suena por el rey el menor grito,
Cuando se pone luego tamañito,
Cogiendo entre los hombros la garganta;
Por esto, con llevar cautela tanta,
Sintieron al de Arana los de Quito,
Que como malhechores se temian,
Y así ningun descuido padescian.

»Pero sintiendo Arana ser sentido
Del Atacunga, envió con diligencia
Sus cartas al Cabildo y á la Audiencia,
Como sagaz, astuto y prevenido,
Diciéndoles cómo él habia venido
Por órden especial de su Excelencia
A solo estar al suyo con su gente
En todo lo que fuese conveniente.

»Mas la ciudad no bien considerada,
Sin atender su término modesto,
Ni á que su Visorey por medio honesto
Le hubiese cometido la jornada,
Del todo en sus intentos aclarada,
Y sin señal de púrpura en el gesto,
En armas, confusion y behetría
Y en quintas con Hurtado se ponia.

»Pues para defender con todas veras
La entrada al general y su teniente,
Apriesa comenzaban á hacer gente,
Alzando con los pechos las banderas;
Y en práctica poniendo las quimeras
De aquella boda espléndida y caliente,
Nombraban sus cabezas ó malsines
Al son de cajas, trompas y clarines.

»Sacaban juntamente el estandarte,
Que era de la ciudad alborotada,
Entrándose con él de mano armada
A dar á los oidores desto parte,
Ganosos de que entrasen á la parte
De su intencion frenética y dañada
Con aprobar, aunque era á su despecho,
Cuanto ellos en sus juntas habian hecho.

»La cual aprobacion sirvió de asilla
Para que luego allí de los oidores
Nombrasen, como zorros, los traidores
Por general de todos á Zorrilla;
El cual, con intencion sana y sencilla
De componer al pueblo en sus furores,
Me acuerdo que aceptaba el nombramiento,
Mas antes aumentó su atrevimiento.

»Porque con esto viérades que luego
Alardes y reseñas se hacian
Para alistar la gente que tenian,
Moviéndolas con pagas y con ruego;
Y alborotando el público sosiego,
A punto de batalla se ponian,
Formando sus hileras y escuadrones
Con otras ardidosas prevenciones.

»¿Qué es esto? ¿Quién te asalta y sobreviene
Que así te estás ¡oh Quito! previniendo?
Y para tanta máquina y estruendo,
¿Qué poderoso campo es el que viene?
Mas ¡ay! que del que graves culpas tiene
Es cosa natural estar temiendo,
Que para el alma no hay en campo armado
Mas áspero enemigo que el pecado.

»Todo iba ya de pérdida y de rota,
Todo era confusion, bullicio y trulla,
Todo era estar en vela como grulla,
Y todo acicalar la espada bota;
Jugaban con la Audiencia á la pelota,
Y entrando algunos canos á la bulla,
Autorizaban estos desatinos
Por diferentes rumbos y caminos.

»Aun hasta las que tienen por oficio
El revolver la estambre por el huso,
Llevadas, como fáciles, del uso,
Andaban revolviéndose en el vicio
Y haciendo agravio al bélico ejercicio,
A mas de alguna vida que se puso,
Como furiosa y libre la librea,
Que es propia del varon en la pelea.

»Pero lo que de quicio me sacaba
Era llegar á tanto su malicia,
Que para alimentar á la milicia
Cualquiera libertad sus ojos daba;
Aquí se puede ver cuál todo andaba,
Pues la mujer tan llena de cudicia,
Llevada tras aquella furia loca,
No perdonaba el manto ni la toca.

»Por esto con razon demasïada
Dicen los hombres, dígolo de veras,
Que somos las mujeres noveleras,
Y la de mas susten arrebatada;
Pues nos parece el mundo entero nada
Para lo que es gastallo en ventoleras,
Y para lo que puede hacer al caso
No hay pecho menos fiel ni mas escaso.

»Bien sé que escupo en esto contra el cielo,
Mas, aunque en daño propio yo la diga,
Soy siempre de decir verdad amiga,
Si puede habella bajo deste velo;
Las que en virtud son aves de alto vuelo,
Van fuera de prenderse en esta liga,
Mas entre multitud es cosa usada
Lo poco reputallo como á nada.

»Por esto, aunque es verdad que en Quito habia
Algunas que en bondad brotaban lumbre,
Haber desotras tanta muchedumbre,
Como lanterna oculta, las cubria;
Mas de los hombres muchos limpios via,
Que nunca se tomaron desta herrumbre,
Aunque del miedo algunos sojuzgados,
Andaban como á sombra de tejados.

»Tan solamente el número tirano
Era el barajador de la baraja,
El cual, por ser crecida su ventaja,
Lo nivelaba todo por su mano;
Y como habia de buenos poco grano,
Habiendo de los malos mucha paja,
Apenas distincion se conocia,
Y así era todo paja y todo ardia.

»Pues esta, que en espeso remolino
Fué de su vendabal arrebatada,
Así como se supo la llegada
Del general ya próximo y vecino,
Quiso, poniendo atajo á su camino,
No solo rebatille de la entrada,
Mas que, necesitado, á rienda suelta
Al fresco Guayaquil diese la vuelta,

»Fingiendo, por mejor hacer su hecho,
Que si Pedro de Arana se volvia,
Pacífico el asiento quedaria,
Y el aparato bélico deshecho;
Mas todo el fin y blanco de su pecho,
Segun mi compañera me decia,
Era ganalle, habiéndose tornado
Los pasos fuertes que él habia ganado.

»Instaron de manera sobre el caso,
Sacando provisiones de la Audiencia
Y enviándole personas de conciencia,
De grande autoridad, prudencia y vaso,
Que el general retrujo atrás el paso,
Creyendo que el tumulto y diferencia,
Segun le aseguraban, cesaria
En viendo que por esto se volvia.

»Mas por no ver en Quito haberse vuelto,
De allí del Atacunga, do llegaba,
A un sitio que Riobamba se llamaba,
Dejó de andar mas libre, loco y suelto;
Pues antes, en mayor locura envuelto,
Delitos mas enormes perpetraba,
Ensordeciendo el cerco de la tierra
Con mas tropel y máquinas de guerra.

»Aunque eran poca parte todas estas
Para dejar su pecho asegurado,
Pues con haberse Arana retirado,
Les parecia tener un monte á cuestas;
Y así, con mas demandas y respuestas,
Siempre solicitaban al Senado
Que nuevas provisiones despachase
Para que mas el paso retirase.

»Enviábanle á mandar que así lo hiciese,
Poniéndole para ello por delante
Ser medio por entonces importante,
Con que mejor su intento consiguiese;
Pues como el general obedeciese,
A Chimbo se volvió, lugar distante
Del rebelado asiento treinta leguas,
Por ver si desde allí pusiese treguas.

»Mas era por demás, que el pueblo ingrato,
Del todo pertinaz y endurecido,
Y entonces mas revuelto y removido,
Solicitaba el bélico aparato;
En medio destos ruidos y rebato,
El principal autor, que era Bellido,
Pagaba justamente con la vida
La deuda por mil títulos debida.

»Arana daba el órden de matalle
En una noche lóbrega y secreta,
Haciendo disparalle una escopeta
Al tiempo del pasar por cierta calle;
¡Oh frágil vida, nao sin gobernalle,
Do baten tantos golpes de mareta,
Y no hay seguridad de alguna suerte
Hasta llegar al puerto de la muerte!

»Allí quedaba el mísero difunto,
Y allí con él sus frívolos intentos,
Sus fábricas, sus vanos pensamientos,
Sus torres, sus quimeras, todo junto;
Allí, de solo un golpe, en solo un punto
Mostraban la ruindad de sus cimientos,
Que lo que en semejante base estriba,
Su misma pesadumbre lo derriba.

»Debiera ser ejemplo el deste caso
Para que la rebelde compañía
Dejase el mal camino que seguia,
Sabiendo ya cuán malo estaba el paso;
Mas no le pareció volver el paso,
Por bien que vió el suceso de su guía,
Que el hombre, hasta que en sí lo experimenta,
Por ver el mal en otros no escarmienta.

»Antes con esto el pueblo provocado,
Tocando al arma, al arma libremente,
Y al punto convocándose la gente
Para vengar la muerte del culpado;
Partió en tropel con ánimo dañado
De dalla luego á Barros presidente,
Creyendo dél que en dársela á Bellido
El principal autor hubiese sido.

»Figúraseme agora aquel estruendo
Con que en su casa entró la turba fiera,
Diciendo en altas voces: «Muera, muera
Este que así nos anda persiguiendo;»
Tras esto, denostando, maldiciendo
Al que de merecello estaba fuera,
Subieron por el cuarto en que vivia,
Cubiertos de la media noche fria.

»A tal sazon entrado ya en su lecho,
Hurtar algun reposo procuraba
Aquel que de juzgar cansado estaba
Y de guardar á todos su derecho;
Mas de cuidados grandes lleno el pecho,
Mil vuelcos á una y á otra parte daba,
Y entonces muchos mas, adevinando
El mal que se le estaba aparejando.

»Sintió la baraunda, y puesto alerta,
Como sagaz, astuto y prevenido,
A la primera voz que dió el oido,
Vió la celada luego descubierta;
Saltó para salir por otra puerta,
Sin aguardar á ropa ni vestido,
Temiendo con razon venir á manos
De fieros enemigos y tiranos.

»Pero salir no pudo con su intento,
A causa de atajalle la salida,
Mas ¿dónde voy á dar? Que voy perdida,
Llevada tras el hilo de mi cuento;
El ver al auditorio tan atento
Me ha hecho, amigos, ser descomedida,
No viendo cual os tengo desvelados
Sin aflojar la cuerda á los cuidados.

»Dormid, dormid, que ya el calor se siente,
Por ir en su carrera el sol tan alto,
Que yo os quiero dejar con sobresalto,
Quedando en la prision del presidente.»
Obedeció á Quidora aquella gente,
Y á mí, que de reposo estoy bien falto,
Obedecella ya tambien me toca,
Siquiera mientras hablo por su boca.

CANTO XVI.

Cuenta Quidora todo lo restante del suceso de Quito hasta su pacificacion y castigo de los principales agresores, mediante la entrada á tiempo del general Pedro de Arana, por la mucha industria, avisos y prevenciones del Virey. Acabado el sueño, arguyen Tucapel y Talgueno sobre si la fuerza ha de ser preferida á la prudencia y maña. Quidora corta el argumento, proponiéndoles un enigma de otro sueño que habia soñado, tan breve cuan terrible y misterioso.

Proposicion de pocos entendida,
Aunque de suyo clara, eterna y fuerte,
Que ha de pasarse el paso de la muerte
Al paso de los pasos de la vida;
Por la una tiene esotra su medida,
Y desta pinta sale aquella suerte,
Pues mal se graduará de muerte buena
Quien de la vida el curso mal ordena.

Que si á la vida tiene por sustento
La tragadora muerte, cruda arpía,
Gustando siempre della noche y dia,
Sin que bocado pierda ni momento;
¿No es claro que conforme al alimento
Habrá de ser la sangre que se cria?
Quiero decir, que el hombre como vive,
Así para la muerte se apercibe.

Persuádete que no hay para que vayas,
Que arguye liviandad y seso vano,
A dar al quiromántico la mano
Para sacar la muerte por las rayas;
Pues ella á la verdad no mira en rayas,
Sino si va el vivir camino llano,
Porque, segun llevares el sendero,
Has de tener el fin y paradero.

Lo cual en voces públicas declara
A sus secuaces pérfidos Bellido,
Mas sordos no le quieren dar oido,
Y ciegos no le miran á la cara;
Ninguno en él advierte ni repara
Para dejar los pasos que ha seguido,
Mas yendo con los mismos adelante,
Prometen paradero semejante.

Bien presto se verá que ya Quidora,
Despues que el rubio sol medido habia
Lo que hay al caluroso mediodía
Desde la aljofarada y fresca aurora;
Comienza á levantar la voz sonora,
Diciendo á la despierta compañía,
De sus sanguinos labios ya pendiente,
Con término agraciado lo siguiente:

«No pudo el Presidente, como digo,
Hallar desocupada la salida,
Que por la turba en esto prevenida,
Estaba ya tomado aquel postigo;
Por donde preso fué del enemigo,
Para despues privalle de la vida,
Llevándosele entonces con violencia
A casa del fiscal de aquella Audiencia.

»Mas no les pareciendo estar seguro,
Ni para sus intentos bien guardado,
A parte diferente fué mudado,
Haciéndole un indigno trato duro;
Era el asiento lóbrego y escuro,
Do mucho tiempo estuvo molestado,
Con guarda rigurosa y modo esquivo,
Sin permitille hablar con hombre vivo.

»Tras esto persistiendo todavía
En que Pedro de Arana se volviese,
Sacaban provision por do lo hiciese,
Que á su pesar, la Audiencia concedia;
Mas parecer de Barros no le habia,
Que en tales desatinos consintiese,
Sino de los forzados senadores,
Y de los mal regidos regidores.

»En todo por entonces cautamente
El general experto habia venido,
Estándose en el sitio referido,
Sin alboroto alguno con su gente;
Do, por estar mandado que al presente
No fuese de los pueblos acudido,
Pasaba trabajosa y triste vida,
Pagando á costa propia la comida.

»Mas como devisase al fin su blanco,
Que era de le ganar los pasos fuertes,
Para que por ninguna de las suertes
Pudiese, para entrar, tenelle franco;
De iberó apartarse del barranco,
Astuto mas que el hijo de Laertes,
Haciéndose rehacio al retirarse
Hasta tener sazon de adelantarse.

»Tambien consideraba que la Audiencia
Como oprimida en todo procedia,
Por donde no de término saldria,
Si en esto le negase la obediencia;
Demás de ser ya tanta la insolencia,
Acrecentada en Quito cada dia,
Que habian de procurar echarle presto,
Si no se rehiciese en este puesto.

»Por esto el Visorey precisamente
Le encomendaba siempre no dejase
Los sitios de importancia que ocupase
Para poder seguro enviarle gente;
La cual, si el enemigo diligente
Los casos peligrosos le tomase,
Dificultosamente se enviaria,
Que no pequeño daño causaria.

»Mandábale que firme se estuviese,
Las manos por entonces en el seno,
Hasta tomar el pulso del ajeno,
Sin que pisada atrás de allí volviese;
Pues cuando entrar en Quito no pudiese,
Era tenerle á vista un duro freno
Para que no se fuese tan de boca
En su desenfrenada furia loca.

»Sentida pues á tiempo la balada,
Y habiendo el General, como avisado,
Propuesto, requerido y protestado
Sobre contradecir la retirada,
No solo no fué dél ejecutada,
Mas, por seguir el curso comenzado,
Trató de convocar para este hecho
La gente comarcana de provecho.

»A Guayaquil y á Cuenca despachaba,
A Loja y otras partes prestamente,
Para que le acudiesen con la gente
Que cada cual entonces se hallaba,
Todo siguiendo el órden que le daba
Aquel Virey magnánimo y prudente,
Por quien estaban antes prevenidos
Los pueblos y lugares referidos.

»En este tiempo Quito mas insano,
Y en todos sus designos menos cuerdo,
Estando los oidores en acuerdo,
Entraba con furor y armada mano;
Donde con libre término tirano
Uno, de cuyo nombre no me acuerdo,
Con treinta arcabuceros á su lado,
Se descompuso mas con el Senado,

»Diciendo en voz soberbia y arrogante
Por todos los presentes senadores:
Acaben, mueran ya los embaidores
De falso corazon y fiel semblante;
No lleven sus intentos adelante,
A costa de manchar nuestros honores,
Trayéndonos á todos engañados
Y echándonos á cuestas sus pecados.

»El cónclave con este sobresalto,
Dejados los asientos que tenian,
Para la plaza en fuga se ponian,
Llevados del temor en presto salto;
Do alzada por el Rey la voz en alto,
Los mas de la ciudad les acudian,
Y aun parte de los pérfidos con ellos,
Llevados á la voz por los cabellos.

»El perdigon, que de otras alas era,
Aunque á la falsa madre va siguiendo,
La desampara súbito en oyendo
El silbo de su madre verdadera;
Algunos del comun en tal manera,
Por mas que estaban sordos del estruendo,
Del natural señor la voz oida,
Dejaban al tirano fratricida.

»Por donde se llegaba á los oidores
En medio de la plaza tanta gente,
Que ya pudieran bien seguramente
Segar algunos cuellos de traidores,
Al menos á los que eran agresores
Del crímen atrocísimo reciente,
Mas ya encogido el ánimo en el pecho
No fué para extenderse á tanto hecho.

»Llevóse al General aviso desto
Por el fiscal y oidor, nombrado Mera,
Con órden de que luego se volviera,
Antes que la ciudad echase el resto;
Mas aunque por escrito iban con esto,
Dijeron de palabra no lo hiciera,
Pues algo les dañaba que estuviese
A los que tanto instaban que se fuese.

»Estando pues en esto, le llegaba
De Guayaquil un tercio de cincuenta,
Que para deshacer cualquiera afrenta,
Al parecer el mínimo bastaba;
El capitan (56) Carreño los enviaba,
Hombre de presuncion, de estima y cuenta,
Nieto de aquel varon de tal gobierno
Que supo gobernar al mismo infierno.

»Con estos á Riobamba dió la vuelta
Para mirar de cerca en este puesto
Si daba en proseguir su presupuesto
La pérfida canalla desenvuelta;
Y para que, acudiendo á la revuelta,
Llegasen á juntársele mas presto
Los que de los lugares comarcanos
Quisiesen por su Rey mostrar las manos.

»De Loja vi salir para este efeto
Al digno (57) capitan que la regia,
Persona donde quiera de valía,
De bravo corazon y grato aspeto;
De proceder y talle tan perfeto,
Que la envidiosa lengua no podia,
Aun con su mas sutil y agudo filo,
Cortalle de la ropa un solo hilo.

»Iba desde el estribo á la cimera
De un tigre la manchada piel vestido,
Y estábale tan bien aquel vestido,
Como si con el cuerpo le naciera:
Tanto que si en la piel instinto hubiera,
Al menos en lo bravo y atrevido,
No hiciera distincion del caballero
A la ferocidad del tigre fiero.

»Lorenzo era de Heredia el nombre deste,
Hijo de aquel (58) varon acreditado,
Conquistador del Inga y de su Estado,
Y aun hombre que pudiera serlo en este;
A quien jamás tocó la fiera peste,
De que el Pirú dos veces fué tocado,
Para que, no pudiendo alacranalle,
Tuviese bien el hijo en que imitalle.

»Iban con él Juan Mendez de Parada,
Cadena, Sandoval y Barahona,
Pacheco y Santillan, á quien Belona
Por especial favor ciñó la espada;
Y Sosa el de la cítara acordada,
Coria, Ocerin, que á Marte desentona,
Salazar, Avendaño, Dalvia y Pinto,
Digno de estar allá en el trono quinto.

»Eran, si bien me acuerdo, todos estos
Gente, segun la muestra declaraba,
De estimacion en paz, en guerra brava,
De honrosos cargos, títulos y puestos;
Otros le acompañan fuera destos,
Que para el fin y blanco que llevaba
No les faltaban pechos valerosos,
Robustos, arrojados, animosos.

»Llevaban ciento y treinta desta gente,
Pagados á su costa los ochenta,
Y los que nombro, que eran mas de cuenta,
A premio de seguille solamente;
Que un hombre así de pecho y grata frente,
Cuando con vendaval corre tormenta
La fe debida al Rey es norte cierto
Que emboca muchas naves por el puerto.

»Quiero decir, que en tales turbaciones,
Un hombre de valor y buen conceto
A sola su opinion y su decreto
Reduce las vulgares opiniones;
Que el vulgo nunca pesa las razones,
Mas como rudo en todo y mal discreto,
Y como pié del pueblo, está á la mira
Por ver á la cabeza donde tira.

»Al generoso Heredia me remito,
Que prueba mis palabras con sus hechos,
Y á que si en Quito hubiera tales pechos,
No se dañaran tanto los de Quito;
Sino que vió la suya sobre el hito,
Haciendo tuerto al Rey por sus derechos
Solo por no moverse á remediallo
Algunos: agradézcanme que callo.

»No hay para qué culpemos la rudeza
Del bando popular, sino del grave,
Pues, aunque no entregó su fe la llave
Del homenaje propio y fortaleza,
Al menos dió lugar con su tibieza,
Que en tales tiempos no sé á qué se sabe
Para que el pecho y ánimo plebeyo
A César inclinase y no á Pompeyo.

»Pero volviendo á Heredia, en presta vía
Llegó do Arana estaba en grande aprieto,
Tan encogido, sordo y tan secreto,
Que entre su gente apenas se bullia;
Mas luego que el socorro le venia,
Causaba en él y en ello tanto efeto,
Que cada cual en sí sintió mudanza,
Y con su fe crecida la esperanza.

»Tambien en Quito dió tal estampida
El oportuno auxilio desta gente,
Que comenzó la rápida corriente
A retardar un tanto en su corrida;
Tan útil fué como esto la venida
Del noble capitan, y aun francamente
Al General prestó dos mil ducados,
Que fué de gran socorro á los soldados.

»Envió de Paita Hernando de Valera (59),
Famoso capitan, de osado pecho,
Que siempre tuvo á Marte satisfecho
De su valor y al mundo de quien era,
Un bélico escuadron de gente fiera,
Granada toda y toda de provecho,
Para que dando desto el desengaño,
A Quito, por su mal, fuese de daño.

»No menos acudió de Cuenca luego
Una bizarra y fuerte compañía,
Con que sumado el número hacia
Trecientos hombres, todos como el fuego;
A tal sazon llegó de Lima pliego,
Por donde á los quitenses don García
Mandaba echasen tierra á lo pasado
Con que tuviese fin lo comenzado;

»Diciendo por sus letras juntamente (60)
Que su teniente Arana no pasase
De donde aquel despacho le tomase,
Por sosegar con esto aquella gente;
Pero de condicion que en lo siguiente
A lo que Marañon les ordenase
Como á visitador se remitia,
Mediante la opinion que dél tenia.

»Mas los de la ciudad no haciendo caso
De provision tan blanda y provechosa,
No echaban mano en todo de otra cosa
Sino de que frenase Arana el paso;
¡Oh grande ceguedad! Oh seso escaso
De gente para sí tan perniciosa,
Que de tan sanas cosas tome aquella
Con que forzosamente se degüella!

»El General habiendo conocido
La pretension del ánimo insolente,
Tuvo por lo mejor enviar por gente,
Diciendo al Visorey lo sucedido,
Y cómo por lo que él habia entendido
Era gastar el tiempo vanamente
Querer llevar por bien con celo santo
A los que por el mal se daban tanto.

»Porque era todo andar en dilaciones
Para poder mejor fortalecerse,
Y apercibiendo ejército, ponerse
A praticar sus crudas intenciones;
Por donde el prevenir sus prevenciones,
Que apriesa comenzaban á tejerse,
Para atajar sus fines era el medio,
Y al grave daño el único remedio.

»Pues al tenor y paso que llevaban
De crímenes que siempre cometian,
En breve tiempo al término vendrian,
Si tiempo mas y término les daban;
Pero que si los pasos les cortaban,
De remediarse fáciles serian,
Pues nunca en el principio son las cosas
Como despues al fin dificultosas.

»Por tanto que le enviase á su excelencia
Doscientos escogidos mosqueteros
Y copia no menor de arcabuceros
Con toda la posible diligencia;
Pues aunque la tiránica potencia
Juntaba en campo ya dos mil guerreros,
Con los que le quedaban y pedia
A entralles fácilmente se atrevia.

»Podrá notar alguno con cuidado
Cómo teniendo Quito tanta gente,
Y el General tan poca, mayormente
Estando todo ya tan declarado,
No fué de aquellos pérfidos echado,
Que tanto cudiciaban verle ausente,
Con tal poder y ejército de hecho,
Pues en la fuerza estaba su derecho.

»Respondo que jamás se persuadian
A que el maduro viejo así viniese
Sin que bastante número trujese,
Por mas que el desengaño desto vian;
Y era que como gran temor tenian,
Forzoso habia de ser les pareciese
Grande tambien la fuerza mas pequeña,
Que el miedo, y mas si es justo, así lo enseña.

»De donde es cosa llana y conocida,
Como la culpa destos era grave,
Pues solo en el lugar donde esta cabe
La tímida pasion tiene cabida;
Aunque tambien estaba reprimida,
Por ser la escoria, el cisco y el relave,
Que apenas de sí misma se fiaba
La gente que para esto se juntaba.

»El ínclito Virey, considerado
En cuanto riesgo estaba Quito puesto,
Y como por motivo y causa desto
Andaba el reino de uno y otro lado,
Habiéndolo primero consultado,
El pro y el contra, medio y fin propuesto,
Hallaba por forzoso y conveniente
Enviar con brevedad fuerza de gente;

»Al menos la que entonces parecia,
Que junta con el tercio valeroso
Del General solícito y mañoso
Para allanar á Quito bastaria,
Temiendo que de mal en peor iria
El aclarado vulgo sedicioso,
Y que la sanidad de su dolencia
Estaba en acudir con diligencia.

»Mas porque el son de trompas y atambores
Contra el pariente pueblo batizado
No perturbase súbito al ganado
Y escándolo causase en sus pastores,
A causa de que no eran sabidores
Del punto á que el traidor habia llegado,
Le pareció al Virey cauto y discreto
En junta descubrilles el secreto.

»Pues convocando mitras y coronas
De obispos y de graves religiosos,
Caudillos de sus órdenes famosos
Y célebres en todas cinco zonas,
Con seculares pláticas personas,
De sanos pechos y ánimos celosos,
Les declaró su fin y causas dello
Para justificar la suya en ello

»Pidiéndoles que en tales ocasiones,
Pues era tan conforme á sus oficios,
Al sumo Dios le hiciesen sacrificios,
En cuya mano están los corazones;
Para que, no mirando las traiciones
Y siempre perpetrados maleficios,
Por sola su bondad y ardiente pecho
Les alargase el brazo en tal estrecho.

»Despues que la sagrada compañía
Hubo las graves culpas escuchado,
Atónita miraba á don Hurtado,
Sintiendo luego bien de lo que hacia;
Porque como las cartas detenia,
Y Quito era lugar tan apartado,
Estaban casi todos ignorantes
De que tuviese causas tan bastantes.

»Pues con el parecer comun resuelto,
Mandaba al mismo punto hacer la gente,
La cual se levantó ganosamente
Contra el perjuro bando desenvuelto;
Con el tumulto bélico revuelto
Turbaba á Lima ya su cana frente,
Oyendo por aquella y esta parte
La ronca y fiera voz del fiero Marte.

»Maestre era de campo un caballero,
Don Francisco de Cárdenas llamado,
Varon de calidad, acreditado,
Y en estas ocasiones el primero;
A quien el bando y número guerrero
Para llevarle á Arana fué entregado
Con bastimentos, armas, municiones,
En dos aparejados galeones.

»Todo lo cual, admírome, se hacia
Con suma brevedad y diligencia
Por el conato grande y vehemencia,
Astucia y prevencion de don Garcia;
De mas de que llegaban cada dia
Avisos como aquella pestilencia
Iba cundiendo á mas andar por todos,
Tanto que ya los polvos eran lodos.

»Pues fuera de las culpas declaradas,
Llegaba á la ciudad Limense nueva
De haberle cometido la mas nueva
Y grave sobre todas las pasadas;
¡Oh mísero de aquel que sus pisadas
Alguna vez por tal camino lleva,
Donde es incierta siempre la salida
Y cierta á cada paso la caida!

»Fué pues que cuando ya el boton se abria
De la cerrada noche tenebrosa,
Y la mañana, pura y fresca rosa,
Rompiendo su capullo parecia,
Ciega del todo cierta compañía
De aquella parte infiel y criminosa,
Se fueron á palacio con intento
De dar á los oidores fin violento.

»Adonde con la trápala y rüido
Se puso incautamente á una ventana
Un triste mozo en flor, de edad lozana,
Pariente de Zorrilla conocido;
A quien del bando fiero y descreido,
Creyendo que era oidor ¡oh gente insana!
Enviaron una bala en fuego envuelta,
Que le dejó del cuerpo el alma suelta.

»Los senadores, viendo aquel pedrisco,
Furioso temporal y turbulento,
Se retrujeron todos á un convento
Por nombre del Seráfico Francisco;
Donde, como el ganado en el aprisco,
Todo encogido, mudo y tremulento,
Estaban esperando á que llegase
Quien desta gran ventisca los librase.

»El Visorey, sabiendo lo pasado,
Marchaba para el puerto diligente,
Adonde, haciendo muestra de la gente,
La encomendaba luego al mar salado,
Habiendo al don Francisco el órden dado
Con instruccion en todo conveniente,
Y aviso al General por tierra junto
Para que así estuviese todo á punto.

»Y porque se entendió que en Quito andaban
Algunos sacerdotes poco sabios,
Que al vulgo en sus siniestros y resabios
Con malos pareceres ayudaban;
De los que en Lima doctos se hallaban,
Por clara confesion de ajenos labios,
Enviaba las contrarias opiniones,
O por mejor decir, demonstraciones.

»Y sus prelados mismos daban órden,
Habiéndose entendido convenia,
Que el que tuviese cargo ó prelacía
Quedase solo súbdito en su órden;
Y aun por el mal ejemplo y gran desórden,
Que en otros mas castigo merecia
Por ser los que atizaban á la guerra,
Eran echados luego de la tierra.

»Al general tras esto despachaba,
Aun antes que por él se le pidiese,
Licencia y facultad con que pudiese
Marchar á la ciudad de donde estaba;
Porque si con la gente que se hallaba
Buena sazon de entrar se le ofreciese,
No por habérselo antes impedido
Dejase de acetar el buen partido.

»Consideró que el pueblo asegurado
Con que jamás Arana lo entraria,
Pues el Virey vedado se lo habia,
Pudiera ser abrirse de algun lado;
Por donde, no viviendo descuidado,
Calase el General su compañía,
Teniendo llano á Quito, si pudiese,
Primero que el de Cárdenas viniese.

»La prevencion le fué tan importante,
Que el punto de negocio estuvo en este:
Sin duda algun espíritu celeste
Andaba disfrazado en su semblante;
Pues mal pudiera un hombre ser bastante
A prevenir así las cosas deste,
Si solamente fuera acá del suelo,
Y no, como sospecho yo, del cielo.

»Mirad en lo que digo si lo era,
Que en siendo la licencia despachada,
Ya el presto General para la entrada
Enviaba á suplicar que se le diera;
Así, que para cuando se pidiera
Era por él cualquiera cosa dada,
Pues nadie por alguna de allá vino
Que ya no la tomase en el camino.

»Mas no se contentaba solamente
Su ingenio solertísimo con esto,
Ni con haber enviado así tan presto
El poderoso número de gente;
Porque para mostrarle mas potente
Al reino removido y descompuesto,
Enviaba acá y allá copiosas listas
Para causar temor do fuesen vistas;

»Echando fama que iban municiones
Y tan extrañas máquinas de guerra,
Que al pecho donde mas valor se encierra
Hiciera andar en flacas opiniones;
Todo para bajar los corazones
De aquellos que se alzaban de la tierra,
Abriendo en los de Quito puerta al miedo
Y en los del General á mas denuedo.

»De suerte que en el fin que pretendia
No le quedaba medio que pudiese,
Ni paso que tomado no le hubiese
Al tiempo que tomalle convenia;
Por do si todo bien le sucedia,
Era razon que bien le sucediese,
Si está en razon que el fin se proporcione
Y diga con el medio que se pone.

»El último que puso echaba el sello,
Que echalle sobre todos solo pudo,
Y fué certificar al pueblo rudo,
Dado que no bastase todo aquello,
De que para cegar su duro cuello,
Corriendo el riguroso filo agudo
En fe de su acusada rebeldía,
El en persona raudo partiria.

»¡Oh voz tan eficaz y poderosa,
Que bien mostraba ser la voz postrera!
Hizo temblar á todos la contera,
Y comenzó la gente á estar dudosa;
Corrió la voz por ellos silenciosa,
Haciendo que allanaran la carrera
Y la torcida senda enderezasen
Por donde al natural señor tornasen.

»No fué la voz dar voces en desierto,
Que ya de casa en casa discurria,
Y en una de secreto se decia
Cómo venia de gente el mar cubierto;
En otra se trataba ya por cierto
Que Arana en la ciudad entrado habia,
Creciendo el miedo en esta coyuntura
Aun mas de lo que tiene de estatura.

»Ya el corazon mas firme vacilaba,
Y al mas enhiesto vierais cabizbajo,
Ya el que solia tirar revés y tajo
En todas sus razones se atajaba;
Ya el mas placero en casa se encerraba,
Do hablando á su mujer en tono bajo
Y á hurto de los hijos, le decia
Lo que por todo el pueblo se rugia.

»Los pérfidos confunde y los abisma,
Causándoles la voz crugir de dientes,
Y viste de unos ánimos valientes
A los que están desnudos deste cisma;
De suerte que la causa es una misma,
Y salen los efectos diferentes,
Pues hace que se estrechen malos senos
Y vayan ensanchándose los buenos.

»Cual hace el trueno, á cuya causa queda
La densa y parda nube en rompimiento,
Que al inocente niño da contento
Y mata al gusanillo de la seda;
O como al que la cíptica vereda
En caluroso y raudo movimiento
Ya tiene tan trillada con su carro,
La cera ablanda y endurece el barro.

»Decidme, ¿es el traidor sino gusano,
Que cuanto hila y teje de marañas
Lo tiene que sacar de sus entrañas,
Muriendo al fin él mismo por su mano?
Y el ánimo no zaino, sino sano,
¿Es mas que un niño dado á buenas mañas,
Pues cuanto va ni viene no le cuida,
Que en todo su inocencia le descuida?

»El fido que somete al yugo el cuello
Y va derechamente su carrera,
Es justo se compare con la cera,
Adonde imprime bien el rey su sello;
Mas al que en la sazon de obedecello,
Rehuye la cerviz erguida y fiera,
Podrá llamarse barro endurecido,
A polvo y luego á nada reducido.

»Y aquella voz terrible y espantosa
No es fuera de razon llamarla trueno,
Si luego que la echó el Virey del seno
Rasgó la nube densa y procelosa,
Pues, como digo, fué tan poderosa,
Que quien tiraba en Quito mas del freno
Andaba ya compuesto en sus resabios,
Mordiéndose las uñas y los labios.

»Apoderóse el miedo afeminado,
Mediante aquel sonido bravo y fuerte,
En los rebeldes ánimos de suerte,
Que el mas fogoso estaba mas helado,
No revolviendo de uno ni otro lado
Sin encontrar la imágen de la muerte
Ni ver seguridad en cosa alguna
De cuantas muda y vuelve la fortuna.

»Pues yendo así la voz de mano en mano,
A la cabeza váguida llegaba
De un Vega, que las otras gobernaba,
Caudillo del ejército tirano;
Adonde no haciendo el golpe en vano,
No solo el trueno della le atronaba,
Mas dió sobre él con furia tan violenta,
Que, por su bien, al fin cayó en la cuenta.

»Estando pues cual veis que estaba Quito,
Tan sacudido, libre y descompuesto,
Jamás en proseguir el mal tan puesto,
Ni de querer tornar al bien tan quito;
Ya para hacer balance y finiquito,
Ya desta vez metido todo el resto,
Ya puesto en tres á punto de primera
Y brujuleando ya con la postrera;

»Ya que la banda pérfida tenia
Dos mil, si no eran mas, amotinados,
Todos á punto, ya determinados
Al venidero, triste y negro dia
En que el civil asalto y batería
Se habia de dar al Rey y sus aliados,
Por secutar mejor su mal intento,
Viniendo de una vez á rompimiento;

»Ya que la dura tierra estaba en punto
A canto, á pique, á nada de hundirse,
Y en ocasion igual de destruirse,
El reino de Pirú, y aun este junto;
Y cuando estaba ya, segun barrunto,
Un falso rey no léjos de elegirse,
La fuerza del tronido fué de modo,
Que presto lo dejó deshecho todo.

»Porque, segun os dije, el de la Vega,
De licitos temores ocupado,
Al tiempo que el ejército aprestado
Ya no esperaba mas que la refriega;
Aquella precedente noche ciega
Dejó secreto el bando conjurado,
Viniéndose do Arana residia
Con treinta de su lado y compañía.

»Llerena se nombraba el uno dellos,
Maese de campo á falta de Bellido,
Y Castañeda el otro convertido,
Con otros no de tanto nombre entre ellos.
Que al General, mostrando humildes cuellos
Y haberse de su culpa arrepentido,
Rogaban que á merced los recibiese,
Si su enmendado fin lo mereciese.

»El cual sagaz á todos admitia,
Y visto que con esto fácilmente
Se le iba ya pasando alguna gente
Y en Quito á los oidores acudia,
Habiendo echado cuenta que estaria
Vecino ya el socorro diligente,
Con el lugar, el tiempo y la ventura
Determinó gozar la coyuntura.

»Era, si bien me acuerdo, quien le instaba
Sobre que la ciudad entrada fuese,
Puesto que á su cuidado lo tuviese,
El cauto General, que en todo estaba,
Heredia, y quien mejor el resto echaba
De todo su interés, sin intereses,
Mas que servir al Rey con limpio celo,
Que es el que puede haber acá en el suelo.

»Pues dando aviso Arana á los oidores
Y á un bando de sesenta vizcaino,
Con quien se acarreaba de contino,
Por ser sus conterráneos y fautores,
Para que, sin sentillo los traidores,
Saliesen á una parte del camino,
A franquealle un paso peligroso,
Marchaba á Quito el viejo presuroso.

»Tal prisa y buena maña supo darse,
Que cuando en la ciudad vino á entenderse,
De atónita no supo qué hacerse,
Ni en tanta confusion determinarse;
Sus brazos no pudiendo levantarse,
Quedaban como yertos sin moverse,
Cual si tocados fueran del torpedo,
Mas tanto puede, y mas, un justo miedo.

»Que como estaban todos tan dormidos
Y de que entrase Arana descuidados,
Quedaban con su luz encandilados,
Y con la turbacion amodorridos;
Los ágiles de miembros, entumidos,
Los de fervientes pechos, resfriados,
Cual queda el agua cálida que hervia
Echando en ella un golpe de la fria.

»De suerte que ninguno fué bastante
A detener el curso de su entrada,
Por se quedar la turba tan turbada,
Que atrás no daba paso ni adelante;
Entonces ya la Audiencia rozagante,
De gozo y de su gente acompañada,
Ya el cuello enhiesto y libre del cuchillo,
Salió de la ciudad á recibillo.

»¡Oh cuán pomposamente vi que entraba
En medio de los graves senadores,
Al son de claras trompas y atambores,
Que dulce en fieles ánimos sonaba!
En alto el estandarte tremolaba,
Y las banderas varias en colores,
En vigorosos brazos sostenidas,
Iban al blando céfiro tendidas.

»En siendo desta suerte recebido,
Y del rebelde asiento apoderado,
Alzó cabeza el inclito Senado,
Haciéndola bajar al mas erguido;
Y comenzó á llevar su merecido
El ánimo inocente y el culpado,
Restituyendo el filo á la justicia,
Que tan mellado tuvo la malicia.

»Todo lo cual á sombra y al reparo
Del General entrado se hacia,
El cual en este tiempo no dormia,
Aunque era su velar á muchos caro;
Pues en la muda ausencia del sol claro,
En otra cosa apenas entendia
Que en adornar los altos corredores
Con estirados cuerpos los traidores.

»¡Qué horcas eran dellos ocupadas,
Qué jaulas de cabezas bastecidas,
Qué de soberbias casas abatidas
Y por su corrupcion de sal sembradas;
Qué próspera haciendas confiscadas,
Qué plagas de las honras y las vidas,
Castigo merecido y justa pena
Del que contra su rey se desenfrena!

»Con esto, ¡qué clamores, qué gemidos
Lanzaban de dolor mujeres bellas!
Parece que punzaban las estrellas
Sus penetrantes voces y alaridos;
Las bien casadas, ya por sus maridos,
Ya por sus caros padres las doncellas,
Al aire trenzas de oro repartian,
Y bellas manos cándidas torcian.

»Crece la pena, el daño y el tormento,
Las lástimas de verlo apriesa crecen,
Los niños y las madres enternecen,
Moviendo los peñascos de su asiento;
Al suelo, al aire, al fuego, al firmamento
Esponjan, rasgan, queman, estremecen
Con llantos, voces, gritos, peticiones
Sus ojos, lenguas, pechos, corazones.

»Y aunque es verdad que el duelo se templaba
Con ver la calidad del maleficio,
Adonde la justicia de su quicio
Ni su nivel un punto se apartaba;
Con todo sé decir que no dejaba
El tierno corazon de hacer su oficio,
Y mas las que de suerte lo tenemos
Que de cualquiera cosa nos dolemos.

»Mas dado que todo me dolia
Y derramaba lágrimas por ellos,
Cargando sobre mí la pena dellos,
Como la que del mal tambien sabia;
Ninguna cosa mas me enternecia
Que ver, como lo vi, morir entre ellos
Un viejo que acusaron por aleve,
Mas blanco ya que el copo de la nieve.

»Mas ¡que cayese aquel en ser perjuro,
Estando en lo postrero de su vida!
¿Quién esperara entonces tal caida?
Pero cayóse el triste de maduro;
¡Oh frágil ser humano mal seguro,
Pues en tu breve término y medida
No hay hora, cuanto y mas edad, segura,
Que verde se corrompe y aun madura!

»Quedaba el infelice viejo cano,
Despues de estar decrépito, corruto,
Porque maduro bien se pudre el fruto
Si, en viendo que lo está, no le echa mano;
¡Oh muerte! aquí era bien llegar temprano,
Pues si vinieras antes un minuto,
El fuera en su sazon por tí cogido,
Y no del pié del árbol ya podrido.

»Mas estas, Parca, son tus mañas viejas,
Que para quien te espera nunca asomas;
Lo que era bien dejaras, eso tomas,
Y lo que bien tomaras, eso dejas;
Bien que en el fin á todos emparejas,
Mas ¿no será mejor que siempre comas
Del fruto en su sazon y no en su verde
Ni cuando de guardado se nos pierde?

»Como el tembloso viejo se perdia,
Estando á vista ya de la posada,
Por solo que al salir de su jornada,
Se descuidó en torcer la recta via;
Pues como tal castigo se hacia,
La tierra al fin quedó tan afrentada
Y tan escarmentados sus vestiglos,
Que se gozaba en paz por largos siglos.

»Estaba cuanto digo ejecutado
Antes que don Francisco allí viniese,
Que como á la Puná llegado hubiese,
Daba noticia dello á don Hurtado;
De donde se volvió por su mandado
Haciendo que la gente se estuviese,
Mas que pasase á Quito parte della
Para lo que quisiese Arana en ella.

»Yo, que en admiracion me arrebataba
De ver cesar de golpe tanto estruendo,
Estaba preguntándome, durmiendo,
Si aquello era verdad ó lo soñaba;
Que visto cuan á canto el reino estaba
De ser ceniza, al paso que iba ardiendo,
Era para causar espanto sumo
Que fuego tal se fuese todo en humo.

»¿Quién, viendo tanta máquina y quimera
Con tan soberbias torres levantadas,
Y el cúmulo de cosas marañadas
Venirse á deshacer en tal manera,
A ley de buen discurso no dijera
Como eran cosas mas para soñadas,
Segun el alboroto y el rüido,
Solo con despertar desvanecido?

»Y así por una parte juzgo cierto
Ser sueño lo que deste Apó he contado,
Pues mal pudiera estándose sentado
Apaciguar tan bravo desconcierto;
Aunque por otra el ver con qué concierto
Y distincion me fué representado,
Me obliga y hace fuerza en que lo crea,
Dado que vanidad y sueño sea.

»Al menos una cosa en esto hallo,
Que si, como me dan sospechas dello,
Saliere el jóven célebre con ello
Y su valor viniere á secutallo,
El modo y proceder en revelallo
Habrá seguido el órden de hacello,
Pues lo que fuera sueño en el obrarse
Por sueño habrá venido á declararse.»

Con esto dió la bárbara hermosa
Remate, conclusion y finiquito
Al cuento ó cuentas frívolas de Quito,
Que no debió de serle fácil cosa;
A mí me ha sido bien dificultosa,
Por ser de cuanto falta y queda escrito
El reventon mas áspero y fragoso,
Estéril, intricado y peligroso.

Talgueno, que de gozo en sí no cabe,
«La cosa, dice, en esto mas extraña
Es que saliese un hombre á pura maña
Con hecho tan difícil cuanto grave;
Ninguna es bien que tanto se le alabe
Como el haber deshecho tal maraña
Con mano tan sutil y tal estilo
Que no se le quebrase un solo hilo.

»¿Qué médico tan médico supiera
Hacer que una postema tan hinchada,
Ya por algunas bocas reventada,
Con bien de la salud se resolviera,
Y sin que sangre ó fuego interviniera,
Ni punta de lanceta ni lanzada,
Quién la dejara limpia y tan vacía
De cuanta corrupcion en sí tenia?

»Con gran ventaja pienso yo que excede,
Y no hay para qué en ello se litigue,
Lo que por arte y maña se consigue,
A lo que la absoluta fuerza puede;
Pues el saber del ánimo procede,
Mas el vigor al cuerpo solo sigue,
Por donde tanto mas la industria vale
Cuanto es mejor la causa de do sale.»—

«Yo, dice Tucapel, no tomo en cuenta
Las trazas ni los medios estudiados,
Que se los dan los hombres asentados,
Mirando desde el puerto la tormenta;
Que Arana se pusiese con cincuenta
Al golpe de dos mil determinados,
No siendo en ayudalle Tucapelo,
Eso es para asombrar á tierra y cielo.

»Y para mí, mas pienso que hacia
En esperar que el pérfido viniera,
Que si saliendo acaso, le rompiera
En parte que excusallo no podia;
Pues mucho mas arguye de osadía
El que de intento al bravo toro espera,
Que quien sin intentar ponerse al trance
Hace necesitado algun buen lance.

»¿Podrásme tú negar, Talgueno hermano,
Quién hizo mas, hablando Colocolo,
O yo con toda España opuesto solo
Cuando (61) perdí dos dedos desta mano?
No hay para qué dudar lo que es tan llano,
Porque será negar la luz de Apolo
Querer que á los del coso se prefiera
El que mirando está de la barrera.»

Cortó Quiroda en esto la contienda,
Por excusar la réplica del dueño,
Diciéndoles: «Aun falta de mi sueño
La cosa mas terrible y estupenda;
Por quien será mejor que se suspenda
El auditorio, en número pequeño,
Y no por disputar en vano agora
Si la cabeza al brazo se mejora.

»Aunque es tan misteriosa y tan escura,
Que no sé yo quien pueda percebilla,
Pero diré yo el sueño con decilla,
Y diga quien pudiere la soltura;
De mí será mostraros la figura,
Que, yo fiadora, os cause maravilla,
Y del que fuere en sueños mas cursado
Decir á los demás lo figurado.

»Por una gruta negra y espantosa
Adonde luz escasa parecia,
Un drago ferocísimo salia
Lanzándose en el mar con sed rabiosa;
Y una dañina banda cudiciosa
De voladores grifos le seguia,
Que reparando el sordo y raudo vuelo,
Sacaban rica presa deste suelo.

»Mas cuando se tornaba ya gozoso
El drago con el hurto y presa nueva,
Salió tras él bramando de una cueva
Un bravo leon de cuello vedijoso,
Que contra el mar y viento proceloso
Iba de su vigor haciendo prueba,
Hasta que ya, cogiéndole en sus brazos,
Al ávido dragon hacia pedazos.

»Yo, que de la verdad mi compañera,
Saber qué fuese aquello deseaba,
Del sueño á vuestras voces despertaba
Quedándome ignorante de qué era;
No sé en el mundo cosa que no diera
A trueque de entender lo que soñaba,
Si no es haber hallado á mi Talgueno;
Dar todo lo demás daré por bueno.»

Lo mismo el auditorio suspendido
Estaba allí, Señor, significando,
Al tiempo que de súbito ladrando
Un perro del pastor entró herido;
Que por entre los bárbaros metido,
Y su dolor por señas declarando,
No viendo en todos ellos la que busca,
Se parte á la recámara en su busca.

Guemápu que lo ve, se altera tanto,
Y los presentes huéspedes de vello,
Que saltan luego á ver lo que es aquello,
Cesando de la plática entre tanto;
Donde podrá tambien cesar mi canto,
Pues ultra de faltarme ya el resuello,
Mientras hubiere trâfago y rüido
No puede ser el canto bien oido.

CANTO XVII.

Llega Pilcotur á la majada, enviado por Caupolican, en busca de Tucapel y Talgueno. Dales cuenta de la batalla de Biobio, refiriendo la arenga y persuasion que Galbarino hizo al Senado, mostrando sus cortadas manos, y cómo á causa desto habia resultado en todos nueva indignacion para hacer la guerra, aborreciendo todo lo que oliese á medios de paz. Descúbrese el encubierto bárbaro Molchen con el secreto de su nacimiento; ofrece Guemapu á su hija Llarea para que declare el sueño.

Do falta variedad, con frásis llano
Cualquiera compostura desagrada,
Que el obligado vale solo enfada,
Si no se mezcla el resto á cada mano;
Si por quebradas vais, quereis un llano,
Y si por mucho llano una quebrada,
Por dar en rostro un modo de camino,
Y aun el faisan comiéndose contino.

Si todo fuera Chile ensangrentado,
O turbacion y estrépito de Quito,
O fábulas de amor, fuera infinito
Un duro estilo y método cansado;
Mas ir de todo junto entreverado,
Engaña y entretiene al apetito,
Que el blanco de su gusto tiene puesto,
Cual dicen, en picar de aquello y desto.

Pues yo que voy siguiendo historia larga,
Si nunca me apartase de un sendero,
¿Qué cuerpo bruto, qué ánima de acero
Pudiera tolerar tan grave carga?
Que como la verdad desnuda amarga
Si no la viste el blando lisonjero,
Así cualquiera historia sale fea
Si con la variedad no se hermosea.

Y no hay para que nadie diga que esta
En escritura auténtica no cabe
Porque su autoridad se menoscabe,
O porque en opinion la deje puesta;
Pues va mas adornada y mas compuesta
La dama cuando tiene mas de grave,
Que sin adorno falta el aire y brío,
Y la materia en carnes tiene frío.

No faltarán primeras intenciones
Que juzguen esta traza no por buena,
Mas esto no me da ninguna pena,
Pues bien sé yo que en todo hay opiniones
Y mas diversidad de condiciones
Que granos en el médano de arena,
Y que estos aun es fácil que se cuenten,
Respeto de que aquellas se contenten.

Yo quise, sin que nadie me llevara,
Echar por esta parte mi carrera,
Y sé que así que así lo mismo fuera
Cuando por otro rumbo navegara;
Mas ya me vuelvo á Chile, patria cara,
Que ha mucho que salí de su ribera,
Andando vagaroso y peregrino
Por mal abierto y áspero camino.

Sosiegue Quito y salten los pastores
De ver en su mastín la llaga cruda,
Porque es la historia llana imágen muda,
Que habla si la pintan de colores;
Y porque para tantos mordedores
Es menester un perro, y aun de ayuda,
Y recogerse el hombre á las majadas,
Huyendo de su corte y navajadas.

Aquí, Señor, me pienso estar un rato,
Por ver en lo que para el alboroto,
Que á sitio tan pacífico y remoto
No deja de llegar algun rebato;
Visto el pastor la guarda de su hato,
Entrar corriendo sangre, un muslo roto,
Airado salta y sale del pajizo
Para dañar al que este daño hizo.

Mas ve que viene un indio de corrida,
Parece que en alcance del resuello,
La cara polvorosa y el cabello,
Mas triste que un amante de partida;
Con su listada manta retorcida,
Atravesada al cuerpo desde el cuello,
Y de sudor brotando gruesas gotas,
Que corren de la frente á las ojotas.

Carcax de piel de tigre variado,
Que las plumosas flechas encerraba,
De los robustos hombros le colgaba,
Sonando ya de aquel, ya deste lado;
Y el arco mas que grana colorado,
Que la nervosa cuerda sujetaba,
A quien su dueño solo daba vuelo
Para clavar las jaras en el cielo.

Desta manera el bárbaro venia,
Y á medio trote, paso desta gente,
Al cual caminan todos largamente
Tres veces cuatro leguas en un dia;
Talgueno conocerle ya queria,
Mas, porque le estorbaba el sol de frente,
La mano, como suelen, puso en ella,
Para favorecer la vista della.

Reconoció mirando, y satisfecho
De que era Pilcotur, su primo hermano,
Desarrimó la frente de la mano,
Y dióse un golpe súbito en el pecho:
Tras esto, adelantándose algun trecho,
Se parte á recibir al araucano,
Que luego fué de todos conocido
Y con solemne aplauso recebido.

Mas él, maravillado, se traspuso
De ver al que juzgado habia por muerto
Ya surto en el vital y dulce puerto,
Sin que supiese como allí se puso;
Y no quedó Talguen menos confuso
De haber en tal paraje descubierto,
Sin entender el fin á que venia
El que de sus parientes mas queria.

En esto ya en la casa de occidente
Molduras de oro fino se labraban,
Que con su resplandor manifestaban
Querer entrar en ella el sol fulgente;
El cual sus ojos puestos en oriente,
Que solos sobre el agua le quedaban,
Y haciéndole un humilde acatamiento,
Se retiraba al húmedo aposento.

Apenas hubo puéstose Timbreo,
Cuando la madre triste de Megera
Echó con libertad el cuerpo fuera,
Que tuvo en su depósito Neréo;
Y en prendas ó señal de su trofeo
Enarboló su lóbrega bandera,
A cuya sombra está la compañía,
Que por su mal obrar desama el dia.

Recógense á la choza todos luego,
Adonde refiriendo á lo que viene
El mensajero, atónitos los tiene,
Y helados, aunque estaban junto al fuego;
Espántanse de oir tan duro juego
Y la sangrienta lucha tan solene,
Que así manchó de almagre el atavío
Y venerables canas de Biobio.

«Tres horas, dice el Indio, peleamos,
Con suspension igual de la fortuna,
Hasta que de la próxima laguna,
Ya faltos de vigor nos abrigamos;
Do tanto los alientos refrescamos,
Que sin poder valelle fuerza alguna,
Al Español ufano retrujimos,
Y por sus pabellones le metimos.

»Mas luego por el mucho esfuerzo y maña
Que el belicoso jóven supo darse,
El campo nuestro vino á retirarse,
Perdiendo parte dél con la campaña;
Y aunque esta al fin quedó por los de España,
Bien poco les quedó de que alabarse,
Pues de vencer llevaron solo el nombre,
Dejando mucha sangre con un hombre.

»Con todo, fueron pérdidas dispares,
Pues tanto les creció la fuerza y bríos,
Que si ellos de la suya hicieron ríos,
Nosotros de la nuestra hicimos mares;
Por donde ya sin almas, á millares
Andaban sobre agudos cuerpos fríos,
Bebiendo cuanta sangre allí podian,
Segun la sed que della padecian.

»Allí rindió Mancon al duro hado,
Su espíritu y valor jamás rendido,
Allí, sin que pudiera ser valido,
Quedó del suyo Guérpoco privado;
¡Oh triste sol infausto y desdichado,
Que viste allí un estrago tan crecido,
Y mas infausto yo, pues gozo aliento,
Estándome la muerte mas á cuento!

»Si entre ellos me la diera el cielo esquivo,
¡Oh cómo para mí se hubiera abierto!
No porque yo quisiera, siendo muerto,
Salir de cuanto mal padezco vivo,
Pues este ya no fuera buen motivo
A un hombre en las desdichas tan experto,
Sino porque siguiéndolos en muerte,
Participara yo su buena suerte.

»Si viérades, indómitos guerreros,
Los daños que yo vi (¡nunca los viera!
Aunque ninguno fué de tal manera
Como no ver allí vuestros aceros),
Pues nunca, si pudiera entonces veros,
Arauco á tales términos viniera,
Ni usaran de sus piés los araucanos,
Teniendo de la suya vuestras manos.

»¿A dónde ó cómo habeis estado ausentes,
Gastando en ocio tanta valentía,
Sin ver las fieras muertes de aquel dia,
Libradas en amigos y parientes?
En cargo sois, ¡oh pechos eminentes!
A vuestro grande esfuerzo y osadía,
El interés y gloria que ganara,
Si á tanto mal presente se hallara.

»Mas aunque muchas cosas hubo, amigos,
Con que moverse un áspide pudiera,
Dejadas todas juntas, yo quisiera
Que de una sola fuérades testigos;
Fué tal, que aun á los propios enemigos,
Helada ya la cólera doliera,
Pues mientras que la herida está caliente,
Aun el que la recibe no la siente.

»El caso fué, mas es tan duro el caso,
Que dudo si podré tener aliento
Con que llegar al fin de lo que intento
Primero que el dolor me corte el paso;
Pues yo no soy cortado del Caucaso,
Ni recibí de tigres alimento,
Para que no desmaye en el camino
De tus fragosidades, Galbarino.

»Mas yo las pasaré ligeramente,
Por mas que con razon te ofendas dello,
Templándome el pesar que siento en ello
La causa del placer que está presente;
Pues como el triste á vueltas de otra gente
A dura sujecion rindiese el cuello,
Solo por ser la vida á su desgrado,
Fué solo de la muerte reservado.

»Envióle del ganado alojamiento
El Español sin manos á su tierra,
A fin de que ella toda y cuanto encierra
Viniese de temor á rendimiento;
Y cuando en general ayuntamiento
Tratábamos las cosas de la guerra,
Contándole por muerto con los otros,
El mísero arribó sobre nosotros.

»Entró de la manera que venia
Al tiempo que en el ínclito Senado,
Sobre seguir ó darse á don Hurtado,
Muchos y varios plácitos habia;
Mas aunque parte dél contradecia
Lo que es rendir el cuello no domado,
Los mas, mirando el público interese,
Eran de parecer que se rindiese.

»Estando la consulta en este punto,
He aquí que Galbarino se presenta
Con sola media túnica sangrienta,
Sangriento el rostro, cárdeno y difunto;
Donde, sin alcanzalle el huelgo, junto
Con una voz cansada y tremulenta,
Echó del freno á fuera los troncones,
Y á vueltas de la sangre estas razones:

»Si tal injuria y término inhumano
Contra mi honor privado solo fuera,
Y ser comun á todos no entendiera,
Como lo entiende el impío y puro Hispano;
Antes, invicto cónclave araucano,
Allá en el centro escuro me escondiera,
Que haceros de mi acerbo mal testigos,
Por no vengar con él mis enemigos.

»Mas como en mí el tirano poderío
Quiere agraviar á todo Arauco junto,
Porque pongais la mira en vuestro punto,
No reparé en quitarla yo del mio;
Que si como de vuestras manos fio,
Tomais el daño destas por asunto
Para querer vengaros y vengarme,
De todo habré venido á desquitarme.

»Ejemplo os dan en mí de cruda pena,
Y muestra de rigor en lo que os muestro,
Enviándome á que os sirva de maestro
Por quien sepais venir á la melena,
No viendo que aunque soy cabeza ajena,
Soy miembro principal del cuerpo vuestro,
Y no corrupto, inútil ni dañado,
Para que mereciera ser cortado.

»Mirad en el estado que me ha puesto
Ponerme á la defensa del Estado,
Pues yo me estoy cayendo de mi estado
Por solo que él no caiga de su puesto;
Y bien pudiera yo excusarme desto
Si me quisiera dar por excusado,
Porque con mucho menos que hiciera,
A todos, y aun á mí, satisficiera.

»Mas nunca se le puso por delante
Su bien particular á Galbarino,
Del vuestro, sí, que tuvo de contino
Acompañado el ánimo y semblante;
Pues con torcer su brazo algun instante,
Nunca viniera el triste á lo que vino,
Pero mirando á vos, por no torcello,
Entrambas manos dió y aun daba el cuello.

»Yo puse el pecho al agua y aun al lodo
Por solo el bien que á todos se endereza,
Yo por guardar del golpe á mi cabeza
Le recibí en las manos deste modo;
Yo he vuelto como parte, por mi todo,
Hasta dejar partirme pieza á pieza:
Mirad si es bien que agora de su parte
El mismo todo vuelva por su parte.

»Mas si esto no quereis tomar en cuenta,
Fingidme un hombre extraño aquí venido,
Por vuestra fama y nombre conducido,
Para que me vengueis de tal afrenta;
Mirad lo que delante se os presenta,
Mirad mi faz, mi cuerpo y mi vestido,
Mirad aquí mis brazos destroncados,
Y como troncos fértiles podados.

»Poned ante los ojos la nobleza
Por vuestros antegénitos ganada,
Y tanto de vosotros sustentada,
Que aun añadisteis codos á su alteza;
Y no vengais agora á tal bajeza,
Cual es dejar su sangre deslustrada,
Si no lavais las manchas de la mia,
Con solo no mostrar la vuestra fria.

»Por cuanto sufriréis que España diga,
Y que de vos el nuevo Apó discante,
Que si antes del Arauco fué un gigante,
Agora despues dél es una hormiga;
¿Qué veis en él de nuevo? Qué os obliga
A no llevar el crédito adelante?
Pues no son mas sus fuerzas á lo menos,
Si vuestras voluntades no son menos.

»Y si ello fuere así, que nunca sea,
En vano hicisteis obras hazañosas,
Pues sirven de que siendo tan hermosas,
Descubran mas las faltas de la fea;
Y haceis que de vosotros no se crea
Haber llegado al fin tan grandes cosas,
Porque por una mala, justamente
Las buenas son de dueño diferente.

»Pesad con vuestro peso lo que digo,
Antes que algun pesar pueda causaros,
Mas desto lo que mas debe irritaros,
Para vengar la injuria del amigo,
Es que imagine el áspero enemigo
Que por temor y mal ha de llevaros,
Y que como á los niños con asombros
La carga ha de poneros en los hombros.

»¿De vos ha de tener el vil cristiano
Reputacion tan soez y tan ratera?
¿Quién¡ ah! pensara ¡oh cielo! que viniera
A tanta baja el crédito araucano?
A no me haber ganado por la mano
La desta cruda gente carnicera,
Yo mismo, porque tal no imaginara,
Allí delante dél me las cortara.

»¿Pensais que haberme enviado deste modo
A diferente blanco se endereza,
Sino á que escarmenteis en mi cabeza
Y á que vengais de puro miedo en todo?
¿Pues sufriréis que os ponga tan de lodo
Un mozo que á nacer agora empieza,
Y que por dos batallas que ha vencido
Se trate entre vosotros de partido?

»¿No veis que la fortuna compelida
De su mudable pérfida costumbre
Los quiere encaramar allá en su cumbre
Para que dén allí mayor caida;
Y que les queda poco ya de vida,
Pues lanzan tan de golpe tanta lumbre,
Como la vela que echa llamaradas
Estando en las postreras boqueadas?

»Y en los haber así favorecido
Nos hace la fortuna mil favores,
Pues por haceros altos vencedores
Os pone con las nubes al vencido;
¿Qué gloria, me decid, hubiera sido
Vencerlos, si en valor fueran menores?
O ¿cómo se ha de ver el desta diestra
Si el hado no se pasa á la siniestra?

»Pues entender, gravísimos varones,
Que vienen estos falsos con intento
De propagar su ley ó sacramento,
Es engañar los propios corazones;
Pues si ella es buena fe, tendrá razones
Con que convenza nuestro entendimiento,
Y no querrá mover las voluntades
Con estas insolencias y crueldades.

»Porque es un manifiesto desvarío,
Que mas nuestro derecho y causa esfuerza,
Querer que se reciba á pura fuerza
Aquello que consiste en albedrío;
Y si algo vale en esto el voto mio,
Vuestro robusto brazo no se tuerza
Por entender que al blanco blanco miran,
Pues no es sino amarillo adonde tiran.

»Este es adonde libran su tesoro,
Y no en librar las almas de pecado;
Por este de sus venas se han sangrado:
Tanto con ellos pueden las del oro;
Por este, mas que el turco, inglés y moro,
Sulca la tierra y mar el baptizado,
Por este negará sus padres mismos,
Y bajará por este á los abismos.

»Por este y no por mas nos hace guerra,
Y si la paz pretende que le demos
Es solo porque deste le saquemos,
Abriendo las entrañas de la tierra;
Por este con castigos nos atierra,
Por este, que es su fin, usa de extremos,
Y por tener sus manos deste llenas
Mirad lo que secuta en las ajenas.

»No sé que mas os diga, ni lo siento,
Aunque para moveros, araucanos,
Bastara verme, cual me veis, sin manos,
Que es el mayor motivo y argumento;
Solo vuestro provecho es el que intento,
Y cuantos yo tuviere salgan vanos,
Si para mí no tengo que os alcanza
La parte principal de mi venganza.

»A todos toca mas que á Galbarino;
Volved por el honor que en vos se encierra,
Haciendo al enemigo cruda guerra,
Que yo abriré sin manos el camino;
Y cuando nos faltare buen destino,
No faltará á pesar de cielo y tierra
Contra cualquiera daño y mala suerte
El último remedio de la muerte.»

»En este punto el Indio desangrado
Quebró de su decir el tierno hilo,
Porque de sangre falto, y no de estilo,
Al duro suelo vino desmayado;
Nosotros, dando allí por apagado
De su vital antorcha ya el pabilo,
Saltamos condolidos á tenello,
Alzándole de tierra el laso cuello.

»Mas luego, restañándole de presto
Aquella poca sangre que tenia,
Sentimos que la llama revivia
En el calor que dió señales desto;
Que para echarle el alma de su puesto
Golpe ninguno dado se le habia,
Y así, fué darle vida fácil cosa,
Aunque la tuvo entonces peligrosa.

»Ninguno allí se halló tan duro pecho,
Con ser de todos casi aborrecido,
Que, viéndole, no fuese enternecido,
Y en interiores lágrimas deshecho,
Quedando con la crueza deste hecho,
Todo lo que era trato de partido,
Por general sentencia y comun voto,
Disuelto, cancelado, nulo y roto.

»Y fué por todos juntos acordado
Que luego, sin que mas se dilatase,
Contra el osado jóven se juntase
Todo el poder inmenso del Estado;
Envió sus mensajeros el Senado,
Y á mí me cupo en suerte que os buscase,
Para que de camino juntamente
Pudiésemos venir haciendo gente.

»Hase cumplido bien de parte mia,
Sin permitir un punto descuidarme,
Ni en tan prolijo curso repararme
Un tanto á desfogar la fantasía;
Van acudiendo tantos cada dia,
Que debe ya de estar, sin engañarme,
Ejército bastante en la campaña
Para llevarse en peso á toda España.

»Y aun antes que á buscaros me partiera,
Al eco solamente del zumbido
Tal número de gente habia venido,
Que en hombros al Olimpo sostuviera,
Toda tan arrogante, brava y fiera,
De corazon tan grande y atrevido,
Que el que las da menores, da señales
De hacellas con el dedo en pedernales.

»Mas entre todos sale y se descuella,
Se muestra, se descubre, se levanta,
Como con la pequeña humilde planta
El encumbrado cedro junto della,
Un mozo que no estima en lo que huella
Lo que á los mas intrépidos espanta,
Ni piensa que hay poder en tierra ó cielo
Para poder tocalle en solo un pelo.

»Molchen se dice el jóven descubierto,
Hijo, segun algunos, de Lautaro,
O como quieren otros, nieto caro
Del ínclito Ainavillo, en Maule muerto;
Pero lo que se tiene por mas cierto
Es que Pereguelen, el viejo claro,
Le tuvo en la bellísima Glaroa,
De que ella misma dicen que se loa.

»Mas ora le hayan otros engendrado,
Ora de alguno destos lo haya sido,
A todos puede ser atribuido,
Honrándose con él el mas honrado;
Y siendo tan de cuenta y señalado,
La causa porque dél no se ha sabido
Es por haber estado siempre oculto,
Cubriendo de los padres el insulto.

»Porque la madre, es público en Arauco,
Que estando deste bárbaro preñada,
Fué con el viejo adúltero hallada,
De su marido el príncipe de Rauco;
Y que por ser su deudo Millalauco,
No fué por el paciente repudiada,
Que anduvo por matar al niño muerto
Aun antes que saliese el parto al puerto.

»Pero la astuta hembra tuvo modo,
Que nunca á la mujer le falta en esto,
Con que Molchen en salvo fuese puesto,
Y ella sacase libre el pié del lodo;
Que saben darse maña para todo,
Y en el mayor peligro, así tan presto
Se hallan el remedio que es mas sano,
Como si le tuvieran en la mano.

»Y es que naturaleza en cualquier obra,
Como la perfeccion que puede, esmalta,
Lo que por una parte en ellas falta,
Por otro lo repara, suple y sobra;
Pues como en las mujeres flacas obra
Aquella inclinacion de caer en falta,
Segun habian de dar los tropezones,
Así las proveyó de los bordones.

»Crióse pues secreta la criatura
En un lugar bien léjos del nativo,
Hasta que el triste padre putativo
Murió dos meses ha de pena pura;
Que entonces por la madre, ya segura,
Fué luego descubierto el mozo altivo,
Haciéndole ella siempre compañía,
Porque sin él no ve la luz del dia.

»Mas como le informase un mensajero
Del apercebimiento bullicioso,
No pudo sosegarse de orgulloso
Hasta que se arrojó tras Marte fiero;
Llegó la madre casi á lo postrero,
Sobre mudar su intento peligroso,
Mas no le aprovechando cosa alguna,
Le quiso acompañar en su fortuna.

»Hale seguido siempre en el viaje,
Y agora, yo presente, en el Senado
Se presentó el mancebo por soldado,
Sin interés de sueldo ni de gaje,
Mostrando estilo, término y lenguaje,
Tan rico, tan cortés y tan cortado,
Que al paso que llevaba en sus razones,
Iba trayendo á sí los corazones.

El veinte de su edad agora empieza,
Mas tiene de la cresta al suelo un salto,
Que puesto con Lincoya aun es mas alto,
Y saca de los otros la cabeza;
Pero mirado junto y pieza á pieza,
A nadie ha parecido en cosa falto,
Por ser de proporcion tan acabada,
Que puede por milagro ser mirada.

»No menos es airoso que derecho,
De rostro y pensamiento levantado,
De nadie, sino de hombros derribado,
Es de espaciosa espalda y alto pecho,
Ancho de voluntad, de cinta estrecho,
De piés y de razones abreviado,
De esquiva condicion, de intento noble,
Y de sencillo trato y fuerza doble.

»Mas hay en tanto bien un mal terrible,
Que un mal entre mayores bienes cabe,
Y es que su mucho bueno se lo sabe,
Teniendo el ser mejor por imposible;
Fuera de que enojado es insufrible,
Porque si empieza, no hay hacer que acabe;
Y ora siga razon, ora la huya,
Ha de salir en todo con la suya.

»Es hombre de gratísimo semblante,
Mientras sin ira está; mas si se aira,
Asombra con mirar á quien le mira,
Atropellando cuanto ve delante;
Tan duro, incorregible y arrogante,
Que donde ya una vez pone la mira,
Sin reparar adonde va la jara,
Aprieta los pulgares y dispara.»

Talgueno, que con grata y sesga frente,
Al primo Pilcotur escucha atento,
Responde interrumpiéndole su cuento:
«¿Qué cosa habrá perfecta enteramente?
Qué tal salud se vió sin accidente?
Qué descansada vida sin tormento?
Qué cielo tan barrido y espejado
Do no parezca mancha de ñublado?

»Sin duda aquel Autor, cualquier que sea,
Que da y ha dado ser á toda cosa,
Pintar ninguna quiere tan hermosa
Do no haya algun borron ó mota fea,
A fin de que por esto el hombre vea
Cómo es su mano en todo poderosa,
Pues le limita el ser, la vida, el modo,
Y él solo, en sí, por sí lo tiene todo.»

Así Talgueno dice, y al instante
El bravo Tucapel diciendo salta:
«No sé por qué razon te dan por falta
Ser ¡oh Molchen! soberbio y arrogante;
No siendo tu cimiento tan bastante,
No fuera bien hacer torre tan alta,
Pero si tanto ahondas cuanto subes,
Seguro puedes ir hasta las nubes.

»Pues anda todo agora tan perdido,
Y á tanta confusion el mundo viene,
Que un hombre en la figura que se tiene,
En esa de los otros es tenido;
Y tanto ya la envidia se ha extendido,
Que quien de ajenas laudes se mantiene,
No haciendo de las propias su comida,
Ayuno se estará toda la vida.

»Así que yo no culpo ni condeno
Al que, estribando en lo que el mozo estriba,
Tuviere condicion de suyo altiva,
Que en quien lo puede todo, todo es bueno;
Antes me cuadra y llena tanto el seno
Un proceder soberbio y muestra esquiva,
Que su mayor desden y confianza
Sustentaré por digna de alabanza.

»Holgara de tenerle por amigo,
Y procurara serlo, si no fuera
Por entender lo mal que me estuviera,
Habiendo sido el padre mi enemigo;
Y cierto me pesara si conmigo
En algo neciamente se pusiera,
Porque pudiendo ser tan buen soldado,
No fuera deste mundo malogrado.»—

«Cesad agora deso, amado mio,
Le dice, regalándole Gualeva,
Pues luego que de vos tuviere nueva,
Abajará la cólera y el brío;
Y cuando ya con loco desvarío
Venir quisiere el mísero á la prueba,
Le pagaréis el daño de la muerte
Con dársela por ese brazo fuerte.»

No dicen ambos mas, que Pilcoturo
En gloria de Molchen, así replica:
«Si es cierto lo que dél se certifica,
Bien puede, perdonadme, estar seguro,
Porque jamás se ablande el pecho duro
De aquella que mis penas glorifica,
Sino pregonan dél hazañas tales,
Que nunca las oyeron los mortales.

»De un hombre supe yo que lo sabia,
Que aun cuando de los quince no pasaba
Al tigre y al leon desquijaraba,
Y al bravo toro al yugo sometia;
Al potro mas indómito que via,
No con mayor industria sujetaba
Que con ponelle piernas y apretallo
Hasta que no pudiese meneallo.

»Pues no es menor la fama de ligero,
Antes publican serlo en tanto grado,
Que tiene con el ciervo y el venado,
Y aun va, si quiere, á veces delantero;
Mirad si para ser tan buen guerrero
Como cuantos vinieren y han pasado,
Que merecieron ser llamados Martes,
Tiene el osado mozo buenas partes.

»Y si esto de sus tiernos años cuentan,
Mirad en la robusta edad presente
Lo que será; un asombro de la gente
Y un pasmo á los que mas se desatientan.
Bien puede ser que en algo desto mientan;
Yo digo lo que dicen solamente,
Mas breve quedarémos satisfechos
De si los dichos dicen con los hechos.

»Agora pues que ya yo tengo dada
La cuenta que por vos me fué pedida,
Manifestando el fin de mi venida,
Es justo me la déis de vuestra estada.»
Calló con esto y fuéle relatada
La historia que yo tengo referida
De Tucapel, Talgueno y de Quidora,
Queriendo ser Gualeva relatora.

Dejó maravillado al mensajero
El áspero discurso de la historia.
Aunque le fué despues crecida gloria
Saber el venturoso paradero:
Callaban todos, cuando el ganadero
Les trujo, por su fin, á la memoria
El sueño del dragon y cueva escura,
Pidiendo que se viese la soltura.

A todos agradó lo que pedia,
Por ser á peticion de su deseo,
Y mas por entender, á lo que creo,
Que el sabio Pilcotur lo entenderia;
Y así, determinado que otro dia
Partiesen todos cuatro y el correo,
Instaron que de nuevo propusiera
Quidora la vision que vió postrera.

Ella, por darles gusto vino en ello,
Tornando á proponelles el problema,
Sobre que cada cual con ansia extrema
Mil cosas entendió sin entendello;
Hendieran de sutiles un cabello,
Pero el que mas agora en esto rema
Ese camina mas á lenta boga,
Y en mar de confusion al fin se ahoga.

Alguno en su discurso parecia
Haber interpretado alguna cosa,
Mas cotejado el texto con la glosa,
En mucho de lo dicho desdecia:
Por donde en mas en todos se encendia
La gana de saberlo cudiciosa,
Y es porque, mientras mas en algo duda,
La hambre del ingenio es mas aguda.

Guemápu que los mira deseosos,
Y el que tambien extremo lo desea,
Les dice: «Puede ser que mi Llarea,
Arrimo de mis años tremulosos,
Que suele para sueños misteriosos
Tener una especial y viva idea,
Acierte, aunque mujer, en el sentido
De lo que tantos hombres no han podido.

»Aunque salir agora la muchacha
Sospecho que será á disgusto della,
Que como casi nadie suele vella,
En viendo en casa huéspedes se empacha;
Lo cual entiendo yo que no es la tacha,
Sino la perfeccion de la doncella,
Y es porque la vergüenza en todo caso
Es la mejor vasera de su vaso.

»Mas yo procuraré, como ello os cuadre,
Que el natural temor y su vergüenza,
Aunque le llegue al ánima, se venza,
Por acudir al gusto de su padre.»
Rogáronselo todos, y la madre,
Dejando de las manos una trenza
Que para su pastor tejiendo estaba,
Ligera obedeció lo que él mandaba.

Fuése derecha al último aposento,
Adonde la zagala residia,
Que á la sazon un tierno llanto hacia,
Por ver á su (62) Palquin en detrimento;
Y por hacer menor su sentimiento,
Tendido en su regazo le tenia,
Donde si de razon el perro fuera,
Su mal por tanto bien agradeciera.

Mas luego que le dijo la pastora
Como su caro padre la llamaba,
Se levantó del suelo donde estaba,
Limpiándose las lágrimas que llora;
Ya sale, ya la ven, ya se colora,
Ya la serena vista en tierra clava,
Ya para, ya camina, ya tropieza,
Ya de puro corrida se endereza.

Llegóse al fin haciendo su mesura
A los guerreros bravos, que de vella
Se quedan tan turbados como ella,
Por ver tan acabada hermosura;
Contemplan elevados su figura,
Y dicen entre sí colgados della
Que tanta perfeccion belleza y gala
De mas debe de ser que de zagala.

Las dos Quidora y Guale, que en un punto
La miran y se miran sin hablarse,
Tornándola á mirar para gozarse,
Y apacentar la vista en su trasunto,
Dicen callando: «¿Bien tan grande junto
En un rincon pajizo ha de encerrarse?
Mas antes él es digno de tenerla,
Que dentro de la concha está la perla.»

Alabánsela al padre dignamente,
El cual de gozo el ánima bañada,
Dice á la hija el fin por que es llamada,
Habiendo ya besádola en la frente;
Mas ella en regalada voz doliente:
«¿Cómo estaré, le dice, para nada,
Habiendo trastornádome el sentido
El ver á mi Palquin tan mal herido?»

Bajó diciendo así los ojos bellos
Para que se abrasase el suelo frio,
Dejando al aire diáfano vacío
Del lleno resplandor que daban ellos;
Y como por la clara aurora dellos
Vertiese algunas gotas de rocío,
Que daba el fresco abril de sus mejillas,
Como al amanecer las florecillas;

Sintiólo mucho mas la niña tierna
Cuando en su busca vido que salia
El perro, de quien tanto se dolia,
Gimiendo y arrastrando con la pierna;
Mas luego resonó la voz materna,
Hablando con aquella compañía,
Sobre que no les diese mucho espanto
De ver que su Llaré llorase tanto.

«Porque sabed, les dice la pastora,
Que si es para las niñas este oficio,
No debe parecer en ella vicio,
Pues cumple, cuando mas, los trece agora;
Fuera de que tambien mi hija llora,
El interés que pierde y beneficio
Si el tierno cachorrillo se muriera,
Que nunca tal desman el cielo quiera.

»Pues él en todo tiempo la acompaña,
Él de los otros perros la defiende,
Él, si la deja alguna vez, entiende
En trastornar el campo y la montaña;
De donde vuelve presto á la cabaña
Con el zorzal ó tórtola que prende,
Y aun mas de cuatro veces le ha traido
Entero con sus pájaros el nido.

»Y cuando llega el tiempo del verano,
Que cogen ya los cándidos panales,
Él va con los pastores y zagales,
Y se lo trae en la boca entero y sano;
Él nunca ha de comer por otra mano,
Que si se pasa un sol y dos cabales,
Ayuno se estará, como él no vea
Que come por la mano de Llarea.

»Mirad si con razon la zagaleja
Hace por el cachorro sentimiento,
Que, como si tuviera entendimiento,
Agora de sus males se le queja.»
Apenas acabó la simple vieja,
Cuando Talguen les hace juramento
De no salir de allí sin que sanase,
Con tal que la vision interpretase.

Con esto la zagala satisfecha,
Pidió que el sueño fuese relatado,
Para que, siendo della declarado,
La escura cifra dél fuese deshecha;
Mas porque ya la cena estaba hecha,
Les pareció á los padres acertado
Que todo hasta despues se difiriese
Para que al gusto nada interrumpiese.

Determinado así, por ver que es hora,
Comienzan á cenar, y en acabando,
Se pone en gran silencio todo el bando,
Atentos al enigma de Quidora;
La cual su voz levanta, mas ahora
La quiero yo bajar, considerando
Que ni es á la salud ni al gusto buena
La música pesada sobre cena.

CANTO XVIII.

Donde, con ocasion de interpretar Llarea el misterioso sueño, toma la mano el autor, arrebatándole el cuento de la boca, á cantar la felice victoria que del inglés Richerte Aquines se alcanzó en la mar del Sur, siendo ya marqués de Cañete y visorey del Pirú el Gobernador de quien la historia trata, en cuyo tiempo fué ganada esta primer batalla naval en este mar. Llega el canto hasta que don Beltran de Castro y de la Cueva, á quien el Marqués encomendó la jornada, sale del puerto.

¡Oh falso emperador, monarca indino,
Señor universal, comun tirano,
Oh pérfido interés y cuán temprano
Echas tu marca al pecho femenino!
Tan presto las enseñas tu camino,
Que en viéndolas andar les das la mano,
Porque de chicas hechas a tratarte,
No puedan cuando grandes olvidarte.

Pudiera yo, en razon de confundirte,
Ponerte á medio mundo por ejemplo,
Mas yo no sé, interés, porque me templo,
Pues todo entero sé que da en seguirte;
No hay hombre que no guste de servirte
Y perfumar las aras de tu templo,
Teniendo en él colgados sus despojos,
Y á ti sobre las niñas de sus ojos.

Pudiera, digo, pues, hacer probanza
De la verdad llanísima que digo,
Trayendo en esta causa por testigo
A cuanto con su vista Febo alcanza;
Mas bien me sacará de la fianza
El canto que dejé y agora sigo,
Adonde la bellísima Llarea
Temprano se vistió de tu librea.

Sin ti ninguna cosa fué bastante,
Ni el caro engendrador ni madre cara,
Para que la vision interpretara
Ni para alzar del suelo su semblante;
Mas luego que, interés, te vió delante,
Con señas de placer mostró la cara,
Pues que por la salud del perro herido,
Bailó, cual dicen dél, á tu sonido.

Alegre pues la bella pastorcilla,
Al fin como mujer interesada,
Despues de estar la gente sosegada,
Atenta oyó la extraña maravilla;
Y luego con la mano en la mejilla,
Como en profundo sueño sepultada,
Y alguna vez moviendo la cabeza,
Se estuvo trasportada grande pieza.

Pero despues que, vuelta en su sentido
Del arrebatamiento que tenia,
Frenó la desbocada fantasía,
Que ya tan adelante habia corrido,
Con rostro demudado y encendido,
Tanto que no ser ella parecia,
Así soltó la lengua represada,
Tras un raudal profético llevada:

«Milagros nuevos, raras extrañezas,
Terribles casos, hechos prodigiosos,
Portentos inauditos y espantosos,
Hazañas peregrinas y proezas,
Heróicos brazos llenos de grandezas,
Osadas manos, pechos valerosos,
Con otras grandes cosas hay cifradas
En esas breves sílabas preñadas.

»Por esa gruta negra se denota
Un ángulo del mundo, allá una tierra,
Llamada por las gentes Inglaterra,
Que en torno el ancho mar ciñe y escota;
La cual porque le ponen cierta nota,
De que en la falsa fe que sigue yerra,
Estando en sus errores ciega y dura,
Se figuró tan lóbrega y escura.

»Por ese fiero drago ha de entenderse,
Quidora, un grande inglés, un gran pirata,
Que con la sed hiposa de oro y plata,
Por un estrecho mar querrá meterse;
Y muchos que tras él han de moverse,
Para matar la hambre que los mata,
Son los alados grifos que tú vias,
Mas ávidos que vientres de harpías.

»Y habérsete, Quidora, figurado
En aves de rapiña solamente,
Misterio tiene, y es que aquella gente
Da siempre tras lo puesto á mal recado;
Que su alimento en eso está librado,
Y deso vive, aunque es costosamente,
Pues siempre traen las vidas al tablero
Sobre una tabla frágil y madero.

»El venturoso lance y rica presa
Que hizo aquel dragon parando el vuelo
Es un despojo grande que este suelo
Dará, por su descuido, á gente inglesa;
Esto será, mas no con tanta priesa
Que treinta y siete vueltas no dé el cielo
De las con que se cumple cada un año,
Primero que nos dé la deste año.

»Haráse en Mapochó la rica pesca,
Porque será de (63) veinte mil dorados,
Con otras diferencias de pescados,
Mas no sabrá el inglés lo que se pesca;
Que allí estará perdiendo el aura fresca
Y dando larga cuerda á sus soldados,
Que no la dar le fuera mas cordura,
Pues desto ha de nacer su desventura.

»De allí se irá despues con tal reposo,
Que pueda en un patáj Valparaíso
Enviar quinientas leguas el aviso
Al visorey de Lima poderoso,
Primero que el corsario perezoso,
De asegurado intrépido y remiso,
Acabe de salir al mar abierto,
Por irse á su placer de puerto en puerto.

»Irá sin prevencion de lo futuro
Sondando sirtes, vados y bajíos,
Y sin dejar quemados los navíos,
Por dallos en rescate de oro puro;
Que si les diera fuego bien seguro
Con pasos perezosos y tardíos
Y sin contradicion de cosa alguna,
Pudiera proseguir con su fortuna.

»Que si ha de ser su pérdida causada
De que se dé al Virey aviso dello,
No les dejando vaso en que traello,
Tuviera la ganancia asegurada;
Pero su condicion de levantada
Tendrá como en estima de un cabello
Que venga á sus orejas este robo
Hasta que se las haya visto al lobo.

»Parecerále al pérfido británo
Ser imposible haber en Lima fuerza
Que de su paso mínima le tuerza
O pueda hacer su curso menos llano;
Pues nunca habrá podido el peruano
Echalle de sus términos por fuerza,
Y ser en general su rica gente
Para naval conflicto insuficiente.

»Esforzará el descuido fuera desto
Para que no apresure el lento paso
La torre y casa fuerte de su vaso,
Bastante á todo el mundo en contrapuesto;
Y el entender que si hay en Lima puesto
Do alguna guarnicion se encierre acaso,
Ni municion tendrá ni artillería
Que para ver su nao le dé osadía.

»Mas dado que hasta entonces haya sido
Del modo que el inglés ha de entendello,
A la sazon irá engañado en ello,
Porque tendrá ya Lima otro marido:
Que sobre cuantos ha de haber tenido
Así levantará cabeza y cuello
En componella toda y adornalla,
Que por milagro vengan á miralla.

»Este ha de ser el jóven que al presente
Quiere tentar los pulsos del Estado,
Que habrá subido á mas sublime estado,
A trono y á lugar mas eminente;
Virey será de título excelente,
Y heredará un ilustre marquesado,
Aunque esto y mas en él tendrá por menos,
Segun serán sus méritos de buenos.»

Así lo va explicando la pastora,
Cuando Talguen diciendo la detiene:
«¡Qué bien lo que del jóven dices viene
Con lo que dél soñaba mi Quidora!
Es á saber, que el cielo desde agora
Dispuesto para grande bien le tiene,
Pues ella en sueños dice que le via
Cual tú le estás mirando en profecía.»—

«Yo no reparo en esto ni le envidio,
Responde Tucapel, su buena suerte,
Sino que por no darle yo la muerte
Se vaya desta guerra y su presidio;
Este es el pensamiento con que lidio,
Y para mí de todos el mas fuerte,
Que salga vivo un hombre deste suelo
Do tuvo por contrario á Tucapelo.»—

«Tú sientes, dice luego su querida,
Que se te escape á fuerza de los remos,
Y á mí me aflige el cómo quedarémos,
Si bien ó mal despues de su partida;
Mas téngolo por plática perdida
Que mas sobre este punto platiquemos;
Mejor será dejallo por agora
Para que así prosiga la pastora.»

Calló por esto el bárbaro atrevido,
Y todo á su callar quedó callado,
Mas yo que mientras todos han hablado
He solo sus razones atendido,
Por las de la zagala he colegido
Que lo que entonces fué profetizado
Es lo que agora acaba de cumplirse,
Si pudo bien tan grande predecirse.

Porque notado el tiempo adonde apunta,
Y en especial decir la profecía,
Que gobernando en Lima don García,
El drago habia de dar aquella punta;
Parece que uno y otro bien se junta
Para sacarme adonde yo queria,
Hallando que el vencido inglés de agora
Es el que dijo entonces la pastora.

Por donde solo yo sin su concurso
Ni haberla menester de aquí adelante,
Explicaré del sueño lo restante,
Llevando un apacible y fácil curso;
Que para no salir de mi discurso
Fué necesario enredo semejante,
Con que ni del Pirú las cosas dejo,
Ni de mi Chile, que es el fin, me alejo.

BIBLIOTECA PÚBLICA LEON

No quito yo que allá en su choza cuente
Y siga la zagala lo que toca,
Mas quiero que lo diga por mi boca,
Si fuese para tanto suficiente;
Y que mediante el suyo, mi torrente
Se lleve esta ganancia, que no es poca,
En pregonar la gloria, al mundo nueva,
De don Beltran de Castro y de la Cueva.

Y pues que la ocasion se me ha venido,
Teniéndolas yo quedas, á las manos,
Los hechos de las suyas soberanos
Diré, con que, Señor, me deis oido;
Que redundando en gloria lo que pido
Del jóven que tenemos entre manos,
No hay para qué mostreis la vuestra escasa,
Pues cuanto en esto dais se os queda en casa.

Mas para no cansaros repitiendo,
Si hubiese que empezar de nuevo agora,
Supuesto lo que dijo la pastora,
Iré como pudiese prosiguiendo;
No porque de mi ronca voz entiendo
Que puede ser mas dulce ó mas sonora,
Mas porque de futuro no se cuente
Lo que podrá contarse de presente.

Demás de que se dice mas á gusto,
Y se refiere el caso por entero,
El cual si se contara venidero
No pienso que viniera tan al justo;
Tambien me pareció que fuera injusto
Dejar en opinion lo verdadero,
Pues era andar mirando con antojos
Lo que se ve delante de los ojos.

Partido pues el tardo inglés pirata
Del ensenado mar Valparaiso
Con el despojo próspero que quiso
De muchos bastimentos, oro y plata;
Se despachó volando una fragata
Al ínclito Marqués con el aviso,
La cual en quince vino como un rayo
A siete sobre diez del mes de mayo.

El año es el presente en que esto escribo,
De mil, que con quinientos y noventa,
Contando cuatro mas remata cuenta,
A la sazon que sale el tiempo estivo;
Esto es acá en las partes donde vivo,
Que allá en la grande España es otra cuenta,
Adonde por abril entra el verano,
Con su querida Flora de la mano.

Llegado al dulce término marino
El frágil y cansado navichuelo,
Envió las corvas áncoras al suelo,
Y á Lima un alboroto repentino;
Do cuando la turbada nueva vino,
Mostraba haber el rojo y claro Delo,
De donde con su viva luz mas arde,
Dos horas inclinádose á la tarde.

En esta coyuntura don Hurtado,
Ajeno de salud poblaba el lecho,
Mas avisado súbito del hecho,
Se levantó teniéndose en su estado;
Que no ha de estar el hombre recostado
Cuando conviene estar en pié derecho,
Así por serle propia tal postura,
Como por ser mas ágil y segura.

Hizo el Virey llamar, como solia,
A cónclave y acuerdo sobre el caso,
Que nunca sin consejo daba paso,
Pues le llevaba en todos por su guia;
Do les mostró los daños que hacia
El robador inglés con solo un vaso,
Corriéndoles la mar de tiempo á tiempo
Ya como por su gusto y pasatiempo.

Y como no era bien que se saliese
Ufano, haciendo siempre destos lances,
Porque despues la tierra á muchos trances
En los que son mas duros no se viese;
Mas que importaba mucho no se fuese
Sin irle desta vez á los alcances,
Haciendo desta vez lo de potencia
Por castigar su pérfida insolencia.

Mas que era conveniente y necesario
Enviar para este fin poder entero,
No obstante que dijese el mensajero
Ser de una sola vela el del cosario,
A causa de entenderse lo contrario
Por otro aviso y nueva que primero
La gente del Brasil enviado habia,
Por donde ser mas fuerza parecia.

Fuera de que era bien considerado
Que en esta mano todo el resto fuese,
Dado que al enemigo se creyese
En solo haber dos naos desembocado;
Porque llevar el hecho asegurado
Con algo mas de costa que se hiciese,
Era mejor que, yendo en duda alguna,
Encomendallo todo á la fortuna.

Pues vistas por aquel ayuntamiento
Las causas bastantísimas que daba
Para probar lo mucho que importaba
Se castigase tanto atrevimiento;
Salió de general consentimiento,
Viendo que la ocasion les convidaba,
Resuelto que siguiesen al britano
Con presuroso pié y armada mano.

Porque con este medio se entendia,
Supuesto que no fuese el fin contrario,
Que desta plaga y mal tan ordinario
La costa deste Sur se limpiaria;
De suerte que no entrase cada dia
Exento por sus puertos el cosario,
Haciendo en los que estaban sin defensa
Un daño cada vez sin recompensa.

Para lo cual fué el órden y concierto
A que el Marqués movió con sus razones
Que aparejase el Rey sus galeones,
Ociosos por entonces en el puerto;
Los cuales por el ancho mar desierto
Con gente, bastimentos, municiones,
Y un digno general de esfuerzo y arte,
Saliesen en demanda de Richarte.

Así el audaz pirata se decia,
Y Aquines por blason, de clara gente,
Mozo, gallardo, próspero, valiente,
De proceder hidalgo en cuanto hacia;
Y acá, segun moral filosofía,
Dejando lo que allá su ley consiente,
Afable, generoso, noble, humano,
No crudo, riguroso ni tirano.

Perdiéronse las naves de su armada
En la angostura y boca del Estrecho,
Quedándole una sola de provecho,
Tan bella, que la Linda fué llamada,
Para cualquier encuentro aparejada,
Por ser su gente plática y de hecho,
Y ella, de bien armada y guarnecida,
Bastante á no temer y á ser temida.

Con esta, falto ya de bastimento,
Y de otras cosas mil menesteroso,
Entró por el chileno mar ondoso,
Do se le hizo un buen acogimiento;
Porque en al Mapochote, rico asiento,
Halló lo que buscaba mas copioso
Que si por ello á Lóndres aportara
Y mucho tiempo atrás lo aparejara.

Allí tomó, sin serle defendidos,
Con un bajel á cinco descuidados
De cables, jarcias, lonas pertrechados,
Y de comida en colmo abastecidos;
Con muchos tejos, mal ó bien habidos,
Que fué la rica pesca de dorados,
Arriba figurada por Llarea,
Si bien aquel oráculo se crea.

Estuvo regalándose en el puerto,
Que fué para su infierno paraiso,
Viniendo por el pueblo, que lo quiso,
Con las tomadas naves á concierto;
Mas fué de bien seguro y mal experto
Dejalles quien pudiese dar aviso,
Aunque su capitan astuto y sabio
Mil veces se mordió por ello el labio.

Mas como de su nao tan grande estima
Y del Pirú caudal tan poco hiciese,
Cosa no se le dió de que se diese,
Segun se dice atrás, aviso á Lima;
Pero la que entendió ser dulce lima,
Presto será tan agra, que le pese
Cuando se llegue el tiempo de proballa
Al estrujalle el zumo en la batalla.

Para lo cual no duerme don Hurtado,
Aunque de acuerdo sale entre dos luces,
Que luego van las lanzas y arcabuces
Al puerto del Callau por su mandado,
A fin de que le tengan bien guardado
Contra los enemigos de las cruces,
Mientras en la ciudad la trompa brama
Y al bélico furor incita y llama.

Señala luego tres capitanías
En tres valientes hombres señalados,
Para que, cada cual de á cien soldados,
Levante tres lucidas compañías,
Y que con ellas dentro de tres dias
Se pongan en la mar aderezados:
Pulgar, Manrique y Plaza son sus nombres,
Del arte militar famosos hombres.

Despacha sus domésticos tras esto
Con los que su persona traen guardada,
Para que en la galera y naos de armada,
Haciendo guarnicion, se embarquen presto;
Y cuando en curso lóbrego y funesto
La media noche y mas era pasada,
Él mismo apresurándose camina,
Sin esperar la luz, á la marina.

La que le presta el cielo es tan escasa,
La noche tan espesa y tan escura,
Que no pudiera ver con su espesura
Sin hachas el lugar por donde pasa;
No lleva sino algunos de su casa,
Porque para la priesa que procura,
Ya sabe que es forzoso inconveniente
Querer llevar tras sí tropel de gente.

En hora, poco mas, allí se puso,
De donde siete millas hay mortales,
Estando con la gota y otros males,
Que siempre contra el bien el mal se opuso;
Allí vigilantísimo dispuso
Y proveyó las cosas esenciales
Con que formar en breve armada gruesa
Para tomar los pasos de la inglesa.

Y así, ni á las veneras de la playa
Ni á sus encarrujados caracoles
El rubio sol tornó de tornasoles
Tejidos por la mano de su Aglaya;
Ni Dóris se vistió cerúlea saya
Con guarnicion de crespos arreboles
Picada por las puntas del tridente
Primero que él hiciera lo siguiente.

Ordena que un pataje por la posta
Vaya de puerto en puerto y cala en cala
A dar aviso desta nueva mala
Para que esté sobre él toda la costa;
Y luego, dando un salto de langosta,
A Méjico atraviesa y Guatimala,
Haciendo que se ponga todo alerta,
No salga el enemigo por su puerta.

A Panamá despacha otro pataje
Para que el cordubense don Fernando
No deje, puesto á punto con su bando,
Que por allí el inglés tenga pasaje;
Este es un señalado personaje,
El cual habia partídose, llevando
Con suma brevedad la plata y quinto
Al digno sucesor de Cárlos Quinto.

Pues ya que todo el mar así previno,
Envió la costa arriba de la tierra
Por (64) chasquis á los valles y á la sierra,
Poniendo en todo el órden que convino;
De suerte que los pasos del camino
Todo lo que es posible toma y cierra,
A fin de que los sueltos luteranos
Por piés no se le vayan de las manos.

En tanto que en el puerto pedregoso
Previene don Hurtado lo que cuento,
Se desencasa Lima de su asiento
Con el tropel y estruendo belicoso;
Do el iracundo Marte sanguinoso,
Queriendo secutar su crudo intento,
Se viene de su alcázar en persona
Acompañado solo de Belona.

Por toda la ciudad discurre luego
El acerado escudo en la siniestra,
Y sacudiendo el asta con la diestra,
Incita á su costoso y duro juego;
El mismo enciende, ceba, sopla el fuego,
Y á todos tan colérico se muestra,
Que el mas helado y tibio, si le mira,
Le queda el corazon ardiendo en ira.

Por todos la furiosa llama cunde,
A todos llama el áspero ejercicio;
El mas compuesto sale ya de quicio
Y en confusion tan grande se confunde;
La populosa fábrica se hunde
Con el rumor, la priesa y el bullicio,
Y mar soberbio es ya la humilde tierra
Hinchada con los vientos de la guerra.

Ya están allá las últimas esferas
Con agua destas ondas rociadas,
Y al retumbar de trompas atronadas
Ensordecido el mar y sus riberas;
Ya con los estandartes y banderas
Las anchurosas calles entoldadas,
Ya del cernido polvo tanto sube,
Que á Lima deja ciega con su nube.

El alboroto, el tráfago el rüido,
La confusion, estrépito y tumulto,
El desacorde son y espeso bulto
De voces mal distintas al oido;
La trápala del vulgo removido,
La turbacion de muchos en oculto,
Por toda la ciudad y partes della,
Uno con otro junto se atropella.

Mas tanta polvareda y baraunda
No es de manera que haya de ser parte
A que del justo límite se aparte
El órden de la guerra ó se confunda;
Pues antes, si se mira bien, redunda
En dalle lo que es suyo al fiero Marte,
Que mientras mas y mas la furia crece,
Mejor en medio della resplandece.

Y no es posible falte por la gente,
Porque la ordena, rige y acaudilla,
No menos que el sagaz oidor Castilla (65),
A quien dejó el Marqués por su teniente;
Varon que en los estrados dignamente
Ocupa y llena bien la primer silla,
Siempre de la justicia firme atlante,
Y agora en esta guerra vigilante.

Encima de un caballo poderoso,
De cinta y cabos negros, alazano,
Andaba el mismo Cónsul por su mano
Haciendo diligente al perezoso;
Tan eficaz, activo y cuidadoso
Como, cuando era tiempo, grave y llano;
Virtud que en un sugeto apenas cabe
Mostrarse por igual humano y grave.

Con esto la ciudad por todas vías
Se mete en mas calor, se enciende, arde,
Haciéndosele guarda cada tarde
De dos aseguradas compañías:
¡Oh cuánto se cudician estos dias,
No solamente á fin de hacer alarde
De los gallardos ánimos fogosos,
Sino de varios trajes licenciosos!

Tendido el pié, la mano en la sargenta,
Al paso de la caja resonante,
Tan desdeñoso va el caudillo infante,
Cual si de sí no mas hiciera cuenta;
Su alférez, que en el tercio se presenta,
Abate la bandera tremolante,
Disparan sus cañones los soldados,
Que van por sus hileras ordenados.

Mas entre los gallardos capitanes
Del número del pueblo señalados,
Hizo señal con todos sus soldados
El fuerte Juan Bayon de Campomanes;
Porque él salió galan, ellos galanes,
Él ricamente armado, ellos armados,
Él todo lleno de ánimo y de brios,
Y todos ellos desto no vacios.

Mostrólo bien á cierta coyuntura,
Que habiendo menester el puerto gente,
Marchó con sus infantes diligente
Camino largo, á pié, de noche escura,
Por donde arando va la tierra dura;
Mas género de bestia no consiente,
Porque para los suyos no hay caballos,
Y él quiere, no llevándolos, llevallos.

Fué hecho de vasallo al rey tan fido,
Que bien probó con él si procedia
Al paso de su padre, el cual tenia
Renombre de leal bien merecido;
Mas al Callau volvamos, que me olvido
De lo que en él ordena don García,
Y el popular tumulto me ha estorbado
Para poder oir si me ha llamado.

El cual, despues de tantas prevenciones,
Todas tan importantes como cuento,
Con otras que por no alargar el cuento
Forzoso han de pasarse entre renglones,
Apercibió en tres fuertes galeones
Cuanto era menester para el intento,
Poniendo en órden otros tres patajes,
Que puedan ir sirviéndoles de pajes.

Entre la del fanal y su almiranta
Fueron sesenta piezas repartidas,
De bronce duro y sólido fornidas,
Cuya respuesta al cielo se levanta,
Y de seguridad y fuerza tanta,
Que bien manifestaban ser fundidas
Por el famoso artífice Tejeda,
Digno de que esta gloria le suceda.

Otras catorce gruesas le metieron
Al galeon San Juan por los costados,
Y á cada cuatro versos asomados
Por proa en los patajes se pusieron;
Entre los cuales junto repartieron
A veinte y cinco pláticos soldados,
Todos con arcabuces y mosquetes,
Agudas picas, duros coseletes.

Ya estaban en el puerto recogidos
Pulgar, Manrique y Plaza con su gente,
Y fuera desta mas de ciento y veinte,
De solo caballeros ofrecidos;
Que en otras ocasiones conocidos,
Tambien lo quieren ser en la presente,
Pues mientras puede mas el noble pecho,
Nunca remata cuentas con lo hecho.

Fué Lorenzo de Heredia el uno destos,
Que luego se embarcó con diez soldados,
Todos á costa suya sustentados,
Y todos á cualquier peligro puestos;
No menos acudió con pasos prestos,
Sin esperar á ser de los llamados,
Que solo su valor le llama y lleva,
El claro don Francisco de la Cueva.

Por general se estaba ya escogido
Por tan alta empresa ¿quién dirémos?
Delante de los ojos le tenemos,
Aunque sobre ellos debe ser tenido;
Aquel varon en todo esclarecido,
Hijo del gran señor conde de Lémos,
Cuñado del Virey, que es otra cuña,
Para apretar mejor el bien que empuña.

Aquel que en otras muchas y esta prueba
Deja, para seguille, al mundo rastro,
Ilustre don Beltran, honor de Castro,
Y luz resplandeciente de la Cueva;
Aquel que por blason y gloria nueva
Merece en vida estatua de alabastro,
Y en muerte, si la muerte al fin le llama,
Altares consagrados á la fama.

No es esta esotra cueva de ladrones
Adonde tan escasa luz habia,
Pues siempre el sol está en su compañia
Bañándole los últimos rincones;
Mas es la insigne cueva de leones
De donde aquel bravísimo salia,
Aquel de pelo pardo, vedijoso,
Que nos predijo el sueño misterioso.

Ni es el rugiente leon de los del lago,
Mas el que con el mar á brazos puesto
Y á trance de peligro manifiesto
Siguió con tal teson al fiero drago;
Pues este, de quien digo y poco hago,
Aunque dijera mas y mas sobre esto,
Es el que en sí tomó de tal empresa
La carga principal que tanto pesa.

Mas á sus duros hombros ya sabia
Que el mucho peso della no era nada,
Pues que llevaron otra mas pesada
En tiempos que mas tiernos los tenia;
Porque de veinte y dos aun no seria
Cuando se le fió una gran jornada
Y veinte mil guerreros á su cargo,
De que salió con todo buen descargo.

La del Final dijeron á esta guerra,
Y por su grave peso yo no dudo
Sino que quien con ese entonces pudo,
Agora no dará con este en tierra;
Por donde sin errar, que nunca yerra,
Le da el Virey sus armas y su escudo,
Que fuera de venille tan nacidas,
Le son por otros títulos debidas.

Pues uno fué tambien salir á ello
El propio don Beltran ganosamente,
Por ser el mas idóneo y suficiente
Y el que mejor podrá salir con ello;
Asió de la ocasion por el cabello,
Sabiéndose ofrecer á la presente,
A quien si de las manos se le fuera,
No sé qué mano echársela pudiera.

A todos fué de gusto el nombramiento,
Por ser á todos gustos acertado,
Y apenas acabó de ser nombrado,
Cuando se echó de ver su acertamiento;
Que el natural orgullo y ardimiento,
En firme apoyo y basa sustentado,
Dió luego la señal y claro indicio
De cuán seguro estaba el edificio.

Al puerto en eligiéndole camina,
Llevado raudamente de su gana,
Y allí, desde la tarde á la mañana,
No sabe qué es salir de la marina;
Allí con el fantástico se indigna,
Allí con el doméstico se humana,
Allí levanta el ánimo al humilde,
Y al fin de su deber no deja tilde.

Allí de viva espuela sirve al flojo,
Y de calor al tépido y al frio,
De mil ocupaciones al baldio,
De manos y de piés al manco y cojo;
Al soñoliento le hace abrir el ojo,
Al encogido y laso pone brio,
Por donde á todos da lo necesario,
Curándoles el mal con su contrario.

En el honroso oficio de almirante
Fué de los mas granados elegido
Un hombre en fuerte y sangre esclarecido,
Segun lo testifica su semblante;
No menos arrojado que constante,
Ni menos caudaloso que partido;
Su nombre es don Alonso, aquel de Vargas (66),
Aquel de lengua breve y manos largas.

Este con todo el lustre y ornamento
Que á su valor y término debia,
Y dos tan solas prendas que tenia,
Mancebos de gallardo pensamiento;
En un bajel hermoso al mar y viento,
Haciendo plato á cuantos dentro habia,
Se dió, sin reparar en cosa alguna,
Dispuesto al disponer de la fortuna.

Cerca de don Beltran al diestro lado,
Para tener seguro el mar incierto,
Va siempre Miguel Angel, hombre experto,
Magnánimo, capaz, acreditado;
En tales ocasiones tan probado,
Que ya de su valor al descubierto,
Y de su clara estirpe dió la muestra
Llevándola adelante con la diestra;

A quien de luengos años á esta parte
El Visorey presente y los pasados,
De cargos y de títulos honrados,
Han dado con razon la mejor parte,
Y á quien sobre Neptuno vido Marte
Ponerse á duros trances arriscados,
Saliendo muchas veces bien con ellos,
Y siendo general en muchos dellos.

A cuya causa agora don García,
Hallándole varon de tanta prueba,
Le hace consultor del de la Cueva,
Por dalle aun mas honor del que tenia;
Donde, como dirá la pluma mia,
Ganó renombre nuevo y gloria nueva,
Habiendo sido, á costa de Richarte,
En el suceso próspero gran parte.

Ya pues la playa toda centellea,
Segun que don Beltran la va encendiendo;
Ya todo á su calor está hirviendo,
Ya gente armada bulle y hormiguea;
Mas, cuando al respirar de la marea
Se van las negras hondas extendiendo,
Todo en silencio allí se trueca y muda,
Quedando la ribera sola y muda.

Mas ya que sobre el campo cristalino
El padre de Faeton su luz dilata,
Haciendo de las ondas fina plata,
Y al arenoso márgen de oro fino,
Veréis con un tropel tan repentino,
Que el ánimo y sentidos arrebata,
Estar de gente ya la mar tan llena,
Que frisa en cantidad con el arena.

¡Oh qué se ve por una y otra parte
De gala, orgullo, garbo y gallardía!
¡Qué de valor, esfuerzo y lozanía,
De Alcides envidiada y aun de Marte!
¡Oh descuidado apóstata Richarte!
Procúrate volver á quien te envia,
Y toma, si pudieres, otro rumbo,
Porque tu perdicion está en un tumbo.

En daño tuyo un leon se despereza,
Que ya la parda y crespa crin sacude,
A cuyo bramo brava gente acude,
Asegurada en fe de su braveza;
Pues huye, que esperar será simpleza,
Aunque la tierra, el viento, el mar te ayude,
Porque si tienes mano tú en el suelo,
El tiene mano y brazos en el cielo.

Da luego pues al céfiro las velas,
Y larga las escotas presto, larga,
Carga de velamentos, carga, carga,
Que te darán alcance si no vuelas;
Mira que ya se calza las espuelas
Uno que corre bien carrera larga,
Pues bate, pica, rompe los ijares,
Y no por hacer piernas te repares.

No sé si á mis clamores das oido,
O si será posible haber llegado
Donde, con ser tan grande, no ha tocado
Este rumor del puerto y su rüido;
Mas sé que nunca da tan gran tronido,
Sino es que caiga rayo acelerado,
Y si este á lo mas alto se endereza,
Guarda, Richarte, guarda tu cabeza.

Y guarte no repares con la mano,
Que te la cortarán á cércen luego,
Sino con ambos piés, que en este juego
Mas vale ser de pié que no de mano;
Aunque esto pienso yo que ya es en vano,
Por mas que sobre el agua lleves fuego,
A causa de le haber acá tan vivo,
Que ya está el pié de todo en el estribo.

Con una brevedad jamás pensada,
A lo que desta tierra se entendia,
Y aun á lo que en España ser podia,
Se puso á punto y órden el armada;
Pues para ser, cual digo, aparejada,
Aun era escaso tiempo de año y dia,
Y no se vió el Marques en el otavo
Sin que de todo hubiera dado cabo.

La máquina artillada fué tan buena,
Que deshiciera torres diamantinas,
Pedreros, esmeriles, culebrinas
Con balas de navaja y de cadena;
El salitrado polvo mas que arena,
Gurguces, lanzas, dardos, jabalinas,
Rodelas, petos fuertes, morriones,
Y sobre todo grandes corazones.

Ingenios van con esto juntamente
Para matar los fuegos del cosario
Y responder con ellos al contrario
En la sazon y tiempo conveniente;
Al fin, que todo va cumplidamente
Lo que es á tal jornada necesario,
Conforme á la persona que la guia
Y al crédito y honor de quien le envia.

Lleva tambien la armada religiosos,
Del alma y aun del cuerpo defensores,
Jesuitas dotrinales, redemptores,
Y aquellos de los púlpitos famosos;
Van muchos instrumentos sonorosos,
Van chirimías, cajas, atambores,
Van pífaros, clarines, van trompetas,
Van sacabuches, flautas y cornetas.

Y para gala, pompa y ornamento
Se ocupan gavias, topes, burriquetes,
De flámulas, banderas, gallardetes,
Llevados donde quiere el manso viento;
De cuyo delicado movimiento
Están como colgados los trinquetes,
Por verse ya la flota de manera,
Que solamente es aire lo que espera.

Vuelvo á decir que es cosa extraña y nueva
El ver acá en las Indias despachada,
No mas que á vuelta de ojos una armada
Como esta con la máquina que lleva;
¿Que gloria pues habrá que no se deba,
Por mas delgado estilo celebrada,
A quien por su cuidado fué bastante
Para salir con obra semejante?

Las gracias al felice don García,
Despues de Dios, se deben solamente,
Que estuvo desde atrás continuamente
Haciendo municion y artillería;
Y como si por clara profecía
Le fuera este futuro mal presente,
Así con su prudencia lo previno,
Que el sabio tiene mucho de adivino.

Pues cuando, como digo, nuestra armada
Estuvo puesta en órden esperando
Que ya el amigo tiempo fuese entrando
Para salille luego á la parada;
No permitió el Virey fuese levada
Sin que tan generoso y fuerte bando
Gozase su presencia y faz augusta,
Bastante galardon y paga justa.

Entróse en un esquife, que á la orilla
Estaba de laureles encrespado,
Y con acorde música llevado,
Se va cortando el agua á remo y quilla;
Parece que el soberbio mar se humilla,
Reconociendo la honra que le han dado,
Pues mas tendido y llano que la palma,
Le lleva, como en ellas, por su calma.

Llegado á los soberbios galeones,
Envuelto con la salva en humo y grita,
Y aun en placer de vellos los visita,
Sin perdonar los últimos rincones;
Do á todos con altísimas razones
Alegra, favorece, mueve, incita,
Dejándolos por ellas mas pagados
Que á mucha fuerza y colmo de ducados.

Con esto da la vuelta á la marina,
Y luego es una pieza disparada,
Llamando á recoger los de la armada,
Usanza militar y disciplina;
En tanto Apolo Délfico reclina
Su lúcida cabeza trasudada,
En el regazo fresco de Aretusa,
Dejando á Clicie huérfana y confusa.

Entró la virazon con mano larga,
Hiriendo los ondosos gallardetes,
Con que largaron luego los grumetes
Así como el piloto dijo, larga;
Hace gemir al mar la grave carga,
Y el viento rechinar á los trinquetes,
Que puesto ya en virar su amor y estudio,
Al puerto dan libelo de repudio.

Tan rauda por el mar la armada cuela,
Haciéndole escupir al cielo espuma,
Que ya por popa deja mano y pluma,
Sin que mi vuelo tenga con su vela;
Mas fuera de ser poco lo que vuela,
Agora de cargada se embaluma,
Por donde hasta alijar del peso un tanto,
Mar en través habrá de estarse el canto.

CANTO XIX.

Llega don Beltran al puerto de Chincha, donde, siendo primero descubierto de Richarte, que estaba en aquel paraje, se da á virar la vuelta de la mar, huyendo á toda priesa. Síguenle los nuestros hasta que, sobreviniendo un terrible temporal, con la escuridad de la noche le pierde de vista, y las naos desaparejadas por el viento arriban al Callao. Repáranse en él los dos mejores navíos con toda brevedad, dejando los demás por ser uno solo el del enemigo, y salen en su busca segunda vez; hállanle en Tacamez surto, donde se da principio á la espantosa naval batalla.

Si por algun camino sospechara
Que era, Señor, tan áspero el que sigo,
No sé si voy errado en lo que digo,
Aun dudo si por vos lo comenzara;
Mas como descubrió tan buena cara,
Semblante grato, plácido y amigo,
Imaginé, engañándome, que fuera
Conforme lo de dentro á lo de fuera.

Entré por valles, prados y florestas,
Como la misma palma de la mano,
Mas presto se acabó el camino llano,
Y comencé á trepar por agrias cuestas;
Causólo que me eché la carga á cuestas,
Sin atentalla en una y otra mano,
Mas buena me la dan por este yerro,
Pues dando dellas voy de cerro en cerro.

Y si de la fragosa tierra esquiva
Al hondo mar me fuí, por mas atajo,
El agua dél me da mayor trabajo,
Pues sufro, ya la muerta, ya la viva,
Agora proejando costa arriba,
Agora arrebatado costa abajo,
Tal vez con desgarron, tal vez sin viento,
El frágil botiquin de mi talento.

Ya doy con él en una yerta roca
De rígido sugeto, duro y frio,
Ya encallo al mejor tiempo en un bajío
Cuando hay materia buena pero poca;
Ya cuando el viento del caudal se apoca,
En congojosa calma estoy baldío,
Ya si la tempestad de cosas carga,
Alijo muchas buenas de la carga.

Mas estos infortunios y contrastes
Espero que han de serme allá en el puerto,
Volviendo la memoria al mar desierto,
Lo que en la dulce lira son los trastes;
Que si como al principio me llevastes,
Con alentar mi voz, por campo abierto,
No me dejais al fin, claro Mecenas,
Galernos me vendrán á manos llenas.

Y si por falta dél quedó mi nave
Sin ir en seguimiento de la armada,
Suspensa el alta mar atravesada,
Por alijar cansancio, peso grave;
Agora volará con alas de ave,
En fe de vuestro espíritu llevada,
Tan zafa, tan boyante y tan ligera,
Que á todas lleve ya la delantera.

Sulcando van el mar á popa via
Las poderosas naves en conserva,
No viendo ya las flores ni la yerba
Que nuestra generosa madre cria;
Solo se ve la blanca sierra fria,
Por ser de cumbre altísima, superba;
Mas tan opaca, lóbrega y ñublosa,
Que mas parece nubes que otra cosa.

Quisiéronse enmarar por mas acierto,
Para si se enmarase el enemigo,
Tenelle ya cerrado este postigo,
Que era, para escaparse, el mas abierto;
Y si viniese ya de puerto en puerto,
Estaban avisados, como digo,
De suerte que al Virey la nueva dada,
Se la llevasen luego á nuestra armada.

Mediante pues estar tan prevenido
Y haber en todo tal correspondencia,
Tuvo un aviso luego su excelencia,
Despues que don Beltran hubo partido,
De cómo habia el cosario parecido
Mostrando sobre Arica su potencia,
Que no era de un bajel ni vela sola,
Sino de tres, y mas una ventola.

Adonde juntamente habia tomado,
Sobre lo que de Chile se traia,
Un barco de un arráez, en que venia
Gran suma y diferencias de pescado;
Y el dueño dél, habiéndose librado,
Fué el mismo que avisó de lo que habia,
A quien, porque informase mas de cierto,
Enviaron los que mandan aquel puerto.

Por esta relacion quedó creido
Que el descubrir Aquines vela tanta
Es por haber hallado su almiranta,
Que en Chile dijo habérsele perdido;
Mas el Marqués á todo apercebido,
No de saber el número se espanta,
Antes le nace dello gusto y gloria,
Por ser en mas honor de la victoria.

Acude con solícita presteza,
A luego prevenirse y guarnecerse,
Y siempre mas y mas fortalecerse
De toda guarnicion y fortaleza;
Y aunque gastaba en esto con largueza,
De tal manera en ello supo haberse,
Que no hizo gasto al Rey sino tasado,
Con atencion de verle tan gastado.

Si preguntais que cómo fué posible
Gastar al Rey tan poco haciendo tanto,
Responderé que yo tambien me espanto,
Mas puédese tener por infalible;
Que yo no sé decillo, aunque es decible,
Pues no cualquiera dicho cabe en canto;
Solo sabré deciros en sentencia
Que tiene para todo la prudencia.

Por esta pues, que en él ha sido suma,
Apercebió segunda vez armada,
La cual en menos tiempo fué aprestada
Del que en decillo gasto con la pluma;
Y para no gastalle, digo en suma
Que así como la nueva le fué dada,
Se vió otra vez cubierta la marina
De gente brava y máquina broncina.

Con esta peltrechó la galizabra,
Hecha por órden suya en este asiento,
Y un bergantin, que en él está de asiento
Con otro galeon como una zabra;
Correspondiendo la obra á su palabra,
Y su palabra y obra al pensamiento,
De suerte, que era dicho y aun obrado
Casi con la presteza que pensado.

Previénese lo dicho para guarda
De treinta ó mas patajes y navíos,
De bélica defensa tan vacíos,
Que los rindiera un tiro de bombarda;
Y porque si el inglés audaz no aguarda,
Temiendo del católico los brios,
Le puedan ir siguiendo en el instante
Antes de haber pasádose adelante.

Demás de que si arriba nuestra armada
(Suceso casual y contingente)
Desnuda del reparo conviniente,
Será con esto en breve reparada,
Para que así prosiga su jornada,
Sin rebalsar un punto la corriente,
Hasta volcar en ella al enemigo,
Haciendo por llevársele consigo.

Despuéblase por esto el pueblo todo,
Poblándose de gente la ribera,
Y andan la costa arriba y por do quiera
Los prevenidos órdenes á rodo;
Pues como fué el cuidado en este modo,
Fué la corresponsion de tal manera,
Que apenas el británo parecia
Cuando por cada puerto se sabia.

Que luego iba la voz de mano en mano
Con fuegos, avisando en cada parte,
Por do jamás el pérfido Richarte
A tierra osó salir del mar insano;
Temióse, con razon, de armada mano,
Reconociendo fuerza y baluarte,
Y gente de á caballo por la playa,
Que es la que á los cosarios mas desmaya.

Así que sin poder dañar, forzado
Se vino prosiguiendo su viaje,
Hasta llegar á Chincha, que es paraje
De Lima treinta leguas apartado;
Mas dando aviso desto á don Hurtado,
Al punto despachó con el mensaje
Un volador chinchorro á nuestra armada
Para que fuese á Chincha enderezada.

Ya Febo doce veces en oriente
Su luminosa faz mostrado habia,
Y armado la noturna sombra fria,
Su negro pabellon sobre el tridente;
Sin que del enemigo nuestra gente
Supiera por alguna suerte ó via,
Causa para sus ánimos penosa,
Y mas sentida entonces que otra cosa.

Por donde luego en dándoles la nueva,
Fué tan crecido el júbilo y tan lleno,
Que todo no cupiera en otro seno,
Sino es en el capaz del de la Cueva;
El cual, torciendo el rumbo que ora lleva,
La vuelta va del término terreno,
De donde estaba entonces desviado,
Por ir, como dijimos, engolfado.

Privaba ya la negra noche fria
De su juridicion al claro viso,
Cuando llegó á las naves el aviso
Y á tierra don Beltran tomó la via;
Mas al esclarecer del blanco dia,
Antes de haber el rústico de Anfriso
Al mar su greña de oro descubierto,
Se descubrió Richarte sobre el puerto.

Fué vista dél primero nuestra armada,
Mas no con tan agudo movimiento
El temeroso gamo corta el viento
En viendo al cazador que está en celada,
Cuan presto comenzó la vuelta dada
Aquínes á virar á barlovento,
Y aquel de Castro á dar de las espuelas
Cargando por ganársele de velas.

Ganárale sin género de duda,
Porque se le iba apriesa ya ganando,
Si le durara mas el tiempo blando
Que respiraba entonces en su ayuda;
Mas como luego el próspero se muda,
A la mejor sazon se fué mudando,
Y haciéndose, de manso tiempo afable,
Un recio temporal intolerable.

Ya no llevaba mas el protestante
De su ligera lancha y nao altiva,
Porque las otras dos que dije arriba,
De Arica no pasaron adelante;
Que visto ser su carga no importante,
Y que para el camino por do iba
Habian de ser forzoso inconveniente,
Le pareció dejallas cautamente.

Al un pataj mandó meter á fuego,
El cual de Chile solo habia sacado,
Y al otro, que topó en el mar salado
Usando de piedad, largóle luego;
Mas del batel, ganado en aquel juego
Donde hizo la ganancia del pescado,
Formó la suelta lancha el enemigo,
Que agora lleva rápido consigo.

El ínclito Beltran le va siguiendo,
Por mas que el mar hinchado se levanta
Y el desbocado viento se adelanta
Sin órden y con ímpetu corriendo;
Hasta que ya de término saliendo,
Su furia mas que indómita fué tanta,
Que rotas las riendas, freno y todo,
Se desapoderó de todo en todo.

La capitana rompe el masteleo,
Quedándose la gavia mal segura,
Y luego va tras él la ovencadura,
Que deja al árbol flaco, mocho y feo;
El cual, rendido ya, sobre Nereo
Con gran vaiven arroja su estatura,
Haciendo que una nave tan ligera
Se quede reparada en su carrera.

El galeon San Juan, que ya venia
Al de Bretaña mas vecino y junto,
Se desaparejó de todopunto,
Dejando á su pesar lo que seguia;
Vinieron á la mar de romanía
Los árboles y velas todo junto,
De suerte que la fuerza de fortuna
No le dejó siquiera con alguna.

Descuéllase de modo la tormenta,
Que ya se pone en quintas con el cielo,
Queriéndole cubrir de escuro velo
Mas denso que en la noche turbulenta;
El piélago de túmido revienta,
Y con ventosas alas sube en vuelo,
Llevándose la nao para que tope
En el sidéreo techo con el tope.

Roncando se alza arriba el mar ondoso,
Y abajo están hirviendo sus arenas;
Escóndense tritones y sirenas
Allá en lo mas oculto y cavernoso;
Al arreciar de Bóreas proceloso,
Rechinan jarcias, gúmenas, entenas,
Y cada golpe ó súbita grupada
Da muestras de querer tragar la armada.

Eterno Dios, ¿no está de vuestro dedo
Esta globosa máquina pendiente?
Y el bramador del húmido tridente,
¿A vuestra voz no está callado y quedo?
¿No está el abismo trémulo de miedo
Rendido á vuestro brazo omnipotente?
No sois el contador de las estrellas,
Y el que sabeis nombrar á todas ellas?

No sois el que dejais con vuestro palmo
Al ancho mar Océano medido
Y aquel en cuya palma sostenido,
El orbe todo está, segun el psalmo?
Pues ¿cómo, justo Dios, benigno y almo,
Si veis al mar furioso y removido,
Disimulais con él de tal manera
Como si vuestro súbdito no fuera?

Ya vemos que por vos en esa playa,
Viniendo con tal ímpetu, le enfrena
Un freno baladí de flaca arena,
Que á todo su pesar le tiene á raya;
Y para que de boca no se vaya,
No quiere mas apremio ni otra pena
Que vuestro eficacísimo precepto,
Al cual está doméstico y sujeto.

Acuérdome, Señor, cuando dijistes
Que en una parte el mar se recogiese
Para que así la tierra pareciese,
Que en el lugar mas ínfimo pusistes;
Y cuando allá en el Exodo quisistes
Que el mismo mar sus aguas dividiese
Para que le pasasen á pié enjuto
Los que sacó Moisés de su tributo.

Pues no es menor agora vuestro mando
Ni vuestra voluntad que entonces era,
Mas antes, si aumentarse en vos pudiera,
Se fuera por nosotros aumentando;
Ni van á menos bien los deste bando
Que los de la jacóbica bandera
Para que pasen ellos sin mojarse,
Y estos estén á pique de anegarse.

Que si ellos van con íntimos deseos
De ya firmar sus piés en vuestros llanos,
Los nuestros de poner, Señor, las manos
En riscos, donde habitan Amorreos;
Y si ellos son idólatras hebreos,
¿Estos no son católicos cristianos?
Si allá por ley escrita en piedras viven,
¿Acá por gracia en almas no la escriben?

Y si poneis los ojos en la guia,
¿Escóndeseos á vos que los guiaba
Allí Moisés, el hijo de la esclava,
Aquí Jesus, el vuestro y de María?
Tampoco por aquel que los envia
Dirémos que el favor se menoscaba,
El cual es, cuando menos, don Hurtado,
De vos en todo tiempo regalado.

Ni por el que los lleva me parece
Haber desmerecido vuestra mano,
Por ser un gran varon de pecho sano,
Que, como en lo demás, en virtud crece;
Pues ¿qué es lo que á los unos favorece
Y causa que á los otros déis de mano?
Abismos son, Señor, del pecho vuestro,
Do pierde pié el ingenio corto nuestro.

Por cuya cortedad es cosa injusta
Que vuestro ser sin límite se mida,
No siendo sino falsa tal medida,
Pues la que alcanza mas menos ajusta;
Y cosa que no fuese recta y justa
Ya fuera del justísimo sentida,
Si el hombre de las vuestras no sintiera,
Dejándose llevar de fe sincera.

Mas á lo que el humano entendimiento,
Segun su corto número rastrea,
Entiendo yo que toda esta pelea,
Y tal reventazon de mar y viento,
Es para mas entero cumplimiento
De todo lo que en esto se desea,
Pues sabe ya el de mas estrechas sienes
Que siempre saca Dios de males bienes.

Si de dificultad no fuese llena,
¿Qué cosa hubiera digna de memoria?
¿Quién da su punto al dulce de la gloria
Si no probó el amargo de la pena?
Si la batalla no es de buena á buena,
Tampoco puede serlo la victoria,
Ni gusta del verano, alegre y tierno
Quien no gustó del triste y duro invierno.

Fuera de que es costumbre recebida,
Por ser tan en razon fundada y puesta,
El estimar la cosa en lo que cuesta,
Sin ser por otra causa en mas tenida;
Que si es dificultosa la subida
Por un breñoso risco y agria cuesta,
Tan grande es el placer allá en la cumbre,
Como lo fué al subir la pesadumbre.

Pues quiero ya que el rústico me entienda,
No diga que disparo y desatino,
Si no declaro mas, porque convino,
Que el viento y mar saliesen de rienda;
Y aunque metido voy por otra senda,
Yo volveré muy presto á mi camino,
Porque el bramar del túmido tridente
Podrá sacarme á tino fácilmente,

Quiero decir que vino la tormenta
Por especial favor del alto cielo
Para que don Beltran acá en el suelo
Su mérito aumentase, si se aumenta;
Pues no fuera el vencer de tanta cuenta
Sino cubrir su lustre con un velo,
Segun la suerte, al menos, del que digo,
Rendir con tal ventaja al enemigo.

Y de su noble pecho yo no dudo,
Sino que el General en conociendo
Que el robador inglés iba huyendo
Con una sola nave por escudo,
En parte se gozó, si en parte pudo,
De que le fuese el mar contraviniendo,
Por solo no poner pesadas manos
En quien así le muestra piés livianos.

¿Qué hazaña, qué proeza, qué alto hecho
Fuera ganar con seis un solo vaso,
Con tal facilidad, al primer paso,
Y sin haber pasado alguno estrecho?
No fuera cosa digna de su pecho,
Aunque pudiera en otro hacer al caso,
Y así no quiere el cielo que le alcance,
Porque es humilde el mate al primer lance.

Atájale esta llama y fácil vía
Llevándole por la áspera y sangrienta,
Porque como la costa se acrecienta,
Vaya subiendo el precio y la valía;
Y para su ganancia y granjería
Quiere que á don Beltran se tome en cuenta
La lucha de la mar y sus vaivenes,
Que es para mas favor hacer desdenes.

Tropelle, rompa estorbos y contrastes,
Halle dificultad en la jornada,
Porque estos en empresa tan honrada
Son como en fina piedra los engastes.
No suena bien la cítara sin trastes,
Ni brota olor el agua sosegada;
Forzoso es menester que se revuelva
Para que en suavidad al aire envuelva.

Por donde el temporal que sobreviene
Tan rígido, tan recio y repentino
Es un particular favor divino
De aquel que siempre da lo que conviene;
Así que cuanto para y se detiene
El claro General en su camino,
Tanto para su gloria se adelanta,
Que nunca de otra suerte fuera tanta.

Y el impedille el paso deste modo
No es mas que un embargalle la hacienda
Para despues, pasada la contienda,
Volvérsela con réditos y todo;
Que nunca mete Dios el pié en el lodo,
Y mas al que en sus manos se encomienda,
Sino para sacalle libre y sano
Poniéndoselos limpios en lo llano.

No es mas la gran tormenta levantada
Sino querer de oficio el mismo cielo
Hacer una probanza acá en el suelo
En honra del que hace esta jornada;
Y porque vaya mas autorizada,
Sin que sospecha quede ni repelo,
Cita primero al mar, que el daño causa,
Haciéndole fiscal en esta causa.

Pues donde el mismo Dios toma á su cargo
La honra de la Cueva y el provecho,
¿Quién duda que saldrá con su derecho
Aunque los pleitos vayan á lo largo?
Desfleme ese revuelto mar amargo,
Dé arcadas, dé ronquidos, alce el pecho,
Que todo es ya señal de dar el alma
Para quedar despues en muerta calma.

No piensen que es lo dicho congruencia
O solo por lograr algun concepto,
Sino que Dios para este solo efeto
Hizo que el mar hiciese resistencia;
Y ser esta la causa es evidencia,
Si se ha de colegir por el efeto,
Pues vino á ser feliz la costa abajo,
Despues de haber costado algun trabajo.

Ultra de que jamás en tal paraje
Se levantó en la mar tormenta alguna,
Ni en el mudable rostro de fortuna
Echó de ver mudanza el marinaje;
Mas quiero dar la vuelta á mi viaje,
Que ya la digresion será importuna,
Si llaman digresion por un momento
Ponerme á dar razon de lo que cuento.

Y si me pide alguno estrecha cuenta,
Queriéndola mayor de mi tardanza,
Respondo que me vide en la bonanza,
Y que temí volver á la tormenta;
Hasta que agora, al son de ser violenta,
Juzgué que hubiera hecho su mudanza,
Mas como al fin es mal, estése entero,
Sin abajar un punto del primero.

Mas el valor de Castro se le opone
Constante en el peligro manifiesto,
Y tanto muestra el ánimo compuesto
Cuanto el furioso mar se descompone;
No hay cosa de trabajo á que perdone,
Que todo á cada parte acude presto,
Siendo cabeza y manos para todos,
Por vérselas meter hasta los codos.

El removido piélago hirviendo
Acá y allá frenético se mueve,
Tal vez en tanto grado el cuerpo embebe,
Que la menuda arena se está viendo;
Tal vez tan sin compás le va extendiendo,
Que al firmamento ya sus aguas bebe,
Y con la espuma gruesa que le escupe
Su limpio y raro velo mancha y tupe.

Pues ¿qué diré del viento sibilante
Y de la extraña furia con que vienta?
A cada soplo tierra y mar avienta,
Y el cielo á resistille no es bastante.
Mas don Beltran con pecho de diamante,
Así en la fiera lucha se sustenta,
Que sin hacer desden se tiene fuerte,
Venciendo la contraria con su suerte.

No pierde para atrás un solo paso,
Ya que para adelante no le gana,
Por ver la mar en contra tan insana
Y habérsele deshecho el fuerte vaso;
El Almirante solo en tal fracaso
Porque su nao estaba entera y sana,
Sigue tras el inglés con un pataje,
Mas puesto el duro viento le hace ultraje.

Ya, ya le daba alcance á toda priesa,
Ya, ya le estaba próximo y vecino,
Al tiempo que cerrándole el camino
La noche en medio dél se le atraviesa;
Lanzóse al mar tan lóbrega y espesa,
Y tempestad tan grande sobrevino,
Que derrotados todos de su via
No se pudieron ver despues al dia.

Ni pudo el fugitivo de Richarte
Hurtar el cuerpo tanto á la tormenta,
Que al fin no le alcanzase, y aun de cuenta,
Porque le cupo della buena parte;
Y le trató Neptuno de tal arte,
Segun lo que despues acá se cuenta,
Que para mitigar su furia brava
Partió con él del robo que llevaba.

Mas viendo cada nao de nuestra flota
A su fortuna en tanto desconcierto,
Y que los enemigos era cierto
Seguir la costa abajo su derrota;
Despues de verse ya deshecha y rota,
Tuvo por lo mejor volverse al puerto,
De donde siendo en breve reparada,
Siguiese con la empresa comenzada.

Con este buen acuerdo fácilmente
Y á su pesar los nuestros arribaron,
Do sola su almiranta aderezaron,
Por ser la mas entera y suficiente;
Desembarcóse el tercio de la gente
Que con las otras naves se quedaron,
Dejándolas deshechas de su liga,
Al ver que no es mas de una la enemiga.

La galizabra sola se adereza,
Apercibida ya por don García,
Para ir con la almiranta en compañía,
Que va por capitana y por cabeza;
Porque en razon de ser tan rica pieza,
Negár-ele este nombre no podia,
Ni á esotra que á seguilla se levanta
El título trocado de almiranta.

Con estas dos, que nadie las iguala,
Y una ligera lancha que pudiese
Reconocer los puertos que quisiese,
Entrándose en cualquier caleta y cala;
Para que de ninguna hiciese escala
Por donde el enemigo se le fuese,
Partió segunda vez el de la Cueva
Con un orgullo nuevo y ansia nueva.

Quedóse don Alfonso mal su grado
Por falta de salud y no de brio,
Y porque, como dije, su navio
Fué para capitana señalado;
Mas el Virey discreto y acertado,
Buscando quien hinchese este vacío,
Halló de mano larga y ancho seno
Un hombre que le dió colmado el lleno.

Heredia es el que digo, nuevamente
A tan ilustre cargo promovido,
No menos á sus méritos debido
Que á su robusto brazo y pecho ardiente,
Pues dello dió señal tan evidente
En el tropel de Quito removido,
Fuera de haber probado ya la mano
A costa de otro inglés en el Vallano.

Partióse pues con este buen arreo
Ligero don Beltran la vez postrera,
Porque el haberse vuelto la primera
Fué de mayor espuela á su deseo;
El arribar entonces fué el paseo
Para pasar agora la carrera
Y hacerse atrás el toro de Jarama
Para embestir mejor á quien le llama.

A tierra va tan junto y arrimado,
Que raspa con las áncoras por ella,
Porque el inglés ha de ir varando en ella
Si no desvara el rumbo comenzado;
Y como no es su intento dalle lado,
Mas antes dar con él, se abraza della,
Siguiendo siempre el curso, el medio y traza
Que se endereza mas á darle caza.

En vuelo da tras él con sesgas alas
Por el desierto cano y ondas frias,
Reconociendo puertos y bahías,
Recodos, senos íntimos y calas;
Que si antes con el mar anduvo á malas,
Le favorece ya por todas vias,
Mostrándosele fácil y tratable
Con viento largo, próspero y durable.

Ya pasa por Chancáy la racimosa,
Ya de la fértil Guaura se adelanta,
Ya de Guarmey se aleja, ya de Santa,
Tierra por los mosquitos enojosa;
Ya de Trujillo apenas se ve cosa;
Por popa deja á Chérrepe y á Manta;
Cechúra queda atrás y Santa Elena,
Tras Paita donde hace luna buena.

Ya con la misma priesa pasa presto
El cabo de Pasáo en su carrera;
Hácia la punta va de la Galera,
Tomando relacion en cada puesto;
De donde sin hacérsele molesto
Prosigue lo que nadie prosiguiera,
Dejando atrás los raudos espolones
Mil cabos, puntas, morros, farellones.

Apenas esta punta fué doblada,
Cuando á las dos, y dos del medio dia,
Tacámez les descubre su bahía,
De entonces para siempre celebrada;
Y en ella ya de un áncora colgada
Para seguir su curso y larga via
Una pomposa nave rica y bella,
Con una presta lancha al bordo della.

En viéndola los nuestros como digo,
Tan linda que á los ojos se les viene,
Y que consigo lancha sola viene,
Gritan alegres: «¡Alto! el enemigo;»
El cual sin alargarse de su abrigo
Así como los ve no se detiene
En despachar allá su lancha suelta
Para que reconozca y dé la vuelta.

Su capitan al punto salta dentro
Con otros diez intrépidos britanos,
Y viénense los once luteranos
Buscando nuestras naves al encuentro;
El impar don Beltran, que está en su centro
Por verse la ocasion tan á las manos,
Manda que luego al punto el Almirante
A recebir la lancha se adelante.

Ordénale con esto diestramente,
Por ser su nao pequeña, que se vaya
Sin discrepar la vuelta de la playa,
Y él toma la del mar en continente;
Tan bien diciplinada va su gente,
Que sin salir un paso de la raya,
Obedeciendo acuden á sus puestos,
Ya para adverso y próspero dispuestos.

La lancha á remo y vela dividiendo
El aire delicado y crespas olas,
Vino á llegarse á tiro de las bolas,
Que el almiranta juega con estruendo;
De donde luego, alzando un son horrendo,
Salen por tres abiertas portañolas
Tres globos, que cosidos con el agua,
Mas chispas van echando que una fragua.

Ninguno fué tan cierto que sirviese
Aun de tocar la lancha en frente puesta,
Sino de que en oyendo la respuesta,
Ser gente contra sí reconociese;
Y de que conociéndola volviese
En busca de su nao veloz y presta,
La cual, viendo que era nuestra armada,
Salió con gran denuedo á la parada.

Y así levando el áncora al momento,
Sobre que sola estaba de partida,
A todas velas parte, revestida
De un ánimo gallardo y ornamento.
No sale con tan raudo movimiento
El agua rebalsada y detenida
Habiéndole soltado la represa,
Como la ya levada nave inglesa.

El espolon herrado y rostro encara
En nuestra capitana fieramente,
Y con exenta y desdeñosa frente
Se viene á don Beltran como una jara;
El cual con un valor y muestra rara
Sale á frenar el paso á su corriente,
Habiéndole ganado el barlovento,
Ganancia en estos juegos de momento.

El uno para el otro dejan irse,
Así de iguales ímpetus llevados,
Y á tiro de cañon los dos llegados,
Empieza su furor á descubrirse;
Mas antes que comiencen á batirse
Con versos, no por número hinchados,
Es fuerza dar espíritu á los mios
Ya para tanto lánguidos y frios.

¡Oh coro de las nueve sacrosanto,
A cuyo son se mueve el fijo polo!
Y tú, planeta ilustre, claro Apolo,
Que llevas el compás en este canto;
Haced vuestro poder, si puede tanto,
Porque mi aliento agora pueda solo,
Subiendo otava arriba cada punto,
Poner tan altas cosas en su punto.

Distaba tal espacio del poniente
El natural artífice del dia,
Que para dar el término á su via
Dos horas le faltaban solamente:
Cuando los dos bajeles frente á frente
Se llegan á poner en punteria,
Y los gallardos ánimos de dentro
Se van determinados al encuentro.

Mirad aquí ya juntos y encarados
Al vedijoso leon y drago fiero
Con mas furor que el toro al bramadero,
Si ya se ve los piés dejarretados,
Jamás por esos aires delicados
Un águila caudal y azor ligero
Se dejan ir las alas tan tendidas,
El corvo pico y garras encogidas.

Fué la cosaria nave la primera
Que viéndose de cómoda postura,
Soltó una brava pieza de la mura
Largando de su tope la bandera;
Mas no tan presto alzó la llama fiera
Cuan presto, removiendo el agua pura,
Le dieron la respuesta repentina
Por boca de una y otra culebrina.

Con esto don Beltran se va llegando,
Y el animoso inglés al mismo punto,
Hasta que á nuestra prora casi junto,
Sobre babor la suya fué doblando;
Ya entonces de ambas partes levantando
Un infernal estrépito y trasunto,
Se comenzó á jugar la artillería
Con que temblar el centro parecia.

La salitrada especie en humo vuelta,
Al cielo de los ojos arrebata,
Y el mar, que de antes era fina plata,
Muestra su faz en velo escuro envuelta;
El agua con el fuego está revuelta,
Que ya como otras veces no le mata,
Porque él agora es mucho si ella es mucha,
Y así se tienen fuertes en la lucha.

El encumbrado monte se derrumba
Desvanecido al son que allá le toca;
Vacila de temor la firme roca
Cuando junto de sí la bala zumba;
En las cavernas cóncavas retumba;
Por entre bosques hórridos revoca;
Resurte de los valles y quebradas
El eco de las bocas disparadas.

Mas viendo la española capitana
Haber así revuéltose la inglesa,
Que por babor le pasa á toda priesa,
Llegándose á medir con su mediana;
A orza va buscándola, con gana
De verse ya las manos en la presa,
Y fórmase una cruz de los baupreses,
Pronóstico siniestro á los ingleses.

Por deshacella el pérfido se alarga,
Y el abordar sin tiempo rehusando,
Vuelve por estribor cañoneando,
Y á veces extendiendo pica larga;
Mas dánle aquí los nuestros otra carga
Las piezas desta banda disparando,
Con que lo mas granado de su gente
Bajó por entre el agua al fuego ardiente.

Ya de bermeja sangre se matiza
El cristalino campo de Neptuno,
Ya vuelan por el diáfano de Juno
Los cuerpos convertidos en ceniza;
Ya la encendida bala descuartiza
Y de los dos costados lleva el uno,
Ya muele, rompe cuero, carne y huesos,
Ya siembra el rojo mar de blancos sesos.

Este deja tullido, aquel contrecho,
Allí no mata al otro á la venida,
Y mátale despues de recudida,
Volviéndole á buscar de largo trecho;
Aquí veréis al uno abierto el pecho,
Al otro la cabeza dividida,
Allá tendido un cuerpo ya sin brazos,
Acá deshecho el otro en mil pedazos.

En esto el Almirante que seguia
La fugitiva lancha, no pudiendo
Cogella al fin por írsele metiendo
A tierra todo aquello que podia;
Temiendo zabordar dejó la via,
Y el rostro al mar sanguino revolviendo,
Viró para su nave á toda priesa
Ganoso de abrazarse con la inglesa.

La cual por estribor la vuelta dada
Y habiendo de un picazo atravesado
Desde su bordo al nuestro un buen soldado
Que quiso abalanzarse á la pasada;
Pasó con una furia acelerada
Cosida bordo á bordo y lado á lado,
Hasta que echando fuera cuerpo y punta,
Su popa con la nuestra quedó junta.

Aquí con sobra de ánimo Richarte,
Queriendo quebrantar el del cristiano,
El mismo por las suyas le echa mano,
Valiéndose de un lazo, al estandarte;
Pero don Diego de Avila, que Marte
Aun no se le sacara de la mano,
Supo con otros cinco defendello
De suerte que el inglés salió mal dello.

Están á su defensa Juan Manrique
Don Juan Velazquez, Pedro de Reynalte,
Por quienes no hay recelo de que falte,
Aunque las vidas tengan tan á pique;
Y menos faltará por Juan Enrique,
Como la fiera muerte no le asalte,
Ni por Mondéjar, mozo de buen brío,
Hasta quedar de espíritu vacío.

En esto hay opiniones, cosa dura,
Y cáusalo haber sido el hecho bravo,
Porque otros lo atribuyen á algun cabo
Que se trabó del asta por ventura;
Mas la que tengo yo por mas segura
Es que ninguna dellas da en el clavo,
Y pues de vista nadie fué testigo,
Concédase al valor del enemigo.

Fuera de que ninguno niega en ello,
Que padeciese fuerza el estandarte,
Y que esto fué en el tiempo que Richarte
Sacó de un arcabuz herido el cuello;
Y aun porque se alabase menos dello,
Un fiero pedreñal por otra parte
A la misma sazon le dió en un brazo,
Dejándole sin carne gran pedazo.

Mas él con una bala suya gruesa
Que entró por la toldilla de la ropa,
Rompiendo cuantas astas allí topa,
Con ellas ambos bordos atraviesa;
Pero sin que dejase cosa lesa,
Habiendo allí de gente mucha tropa,
Y fué milagro viendo como vino,
El no llevarlos todos de camino.

Otra metió de punta diamantina
Por el amura de babor tan brava,
Que mata un artillero donde estaba
Cargando una disforme culebrina;
Y con la misma furia se encamina
Derecha al infeliz que la zallaba,
Llevándose el quemado cuerpo en vuelo
Y haciéndole volar el alma al cielo.

Pasa por otro, y llévale al soslayo
La piel de todo el vientre de manera,
Que parte de lo interno le echa fuera
El contrahecho, ardiente y vivo rayo;
Mas no sintiendo desto mas desmayo
Que si por otro el daño sucediera,
El propio sin ayuda de vecinos
Recoge sus calientes intestinos (67).

Y habiendo ya ligádose la herida
Con apretarse en ella una toalla,
Vuelve Encinal tan recia la batalla
Como si aquello fuera darle vida;
Do luego, sin que nadie se lo pida,
La ya cargada pieza impele y zalla,
Cumpliendo con su oficio tan entero
Que nadie le llevó el lugar primero.

Aguirre, natural de Guipuzcóa,
Y digno capitan de artillería,
Por una y otra banda discurría
Corriendo sin parar de popa á proa;
Merece el cantabrés eterna loa,
Pues fuera del fervor con que regia
Siempre los tiros hechos por su mano,
Fueron los mas dañosos al británo.

Al cargo de la pólvora preside,
Como persona á tanto suficiente,
Hormero, con Cherinos juntamente,
Cuyo trabajo esquivo no se mide;
Que como ponen todo aquel que pide
Su ministerio y la ocasion presente,
Y juntas ambas cosas piden tanto,
Es fuerza que trabajen con espanto.

Pues por el gran cuidado y la presteza
Que en estos y en los otros se hallaba,
Richarte á su despecho mitigaba
El desigual ardor de su fiereza;
Aunque sacando fuerzas de flaqueza,
A mas perder mas ánimo mostraba,
Y como ya picado en este juego,
Brotaba por su rostro vivo fuego.

Entre su gente encima de cubierta,
A los contrarios tiros descubierto,
Y de su misma sangre ya cubierto,
Los mueve, los anima, los despierta;
Promételes tener vitoria cierta,
Aunque de lo contrario está mas cierto,
Mas sábelo encubrir con el semblante
Para que siempre vayan adelante.

El claro don Beltran por otra parte
Enhiesto, firme, grave y levantado,
Descubre aquel valor aventajado
Que el cielo francamente le reparte;
Y en cambio de la túnica de Marte,
De solo natural esfuerzo armado,
Parece imágen dél sacada al vivo,
De que se está preciando el Dios altivo.

Solícito á su bando solicita,
Al falto ya de espíritu conforta,
Al sin sazon colérico reporta,
Al que parece inhábil habilita;
Lo mas dificultoso facilita,
Y estando todo en todo lo que importa,
De su persona da tan buen descargo,
Que colma las medidas de su cargo.

Con esto crece tanto la osadía
De nuestro generoso bando amigo,
Y tanta priesa dan al enemigo,
Que sin poder sufrillo se desvía;
Mas cuando imaginó que ya tenia
Fuera de nuestra popa algun abrigo,
Ve cerca al Almirante, y en su talle
Los filos con que viene de abordalle.

Bien que se ve el apóstata deshecho;
Pero su presuncion soberbia es tanta,
Que para recibille se adelanta,
Poniendo sin temor al agua el pecho;
Mas el que de cerrado y tan estrecho
Apenas halla paso á la garganta,
Justo será suspenda libro y canto,
Que un libro y una voz no pueden tanto.

Es fuerza y fuerza grande que se quede
La comenzada historia en esta parte,
Pues ya me va faltando ingenio y arte,
Y nadie puede mas de lo que puede;
Mas si el benigno cielo me concede
Del todo que me falte alguna parte,
Yo sacaré tras esta la segunda
Con pié mas lento y mano mas fecunda.

Queda lo principal y mas granado
De lo que solo á Chile pertenece,
Por donde lo de agora es flor que ofrece
El fruto para entonces sazonado;
Déjolo pues aquí, considerado
Que la materia y no la forma crece,
Y porque si han gustado de escucharme,
Quiero con tal ganancia levantarme.

FIN DE ARAUCO DOMADO.

TABLA

por donde se entienden algunos términos propios de los indios, por tratar materia propia suya.

Chicha, es vino hecho las mas veces de cebada y maíz tostado y molido, y algunas de frutilla ó murta.

Macána, arma ofensiva, es una asta de madera de dos brazas y mas de alto, gruesa como la muñeca, remata arriba haciendo un codillo mas ancho que lo demás del asta en forma de cayado; juéganla á dos manos, con cuyo golpe derriengan un caballo.

Mádi, es una semilla negra, que seca y molida se hacen della unas bolas envueltas en harina; son de gran regalo y sustento para los indios.

Máule, es un rio caudaloso, que dista cuarenta leguas de Santiago; vadéase por muchos brazos y balséase por uno.

Molle, es una regalada fruta de árboles silvestres, de que se hace la mejor chicha.

Muday, es la misma chicha de maíz, mas suave.

Pérper, es tambien la de maíz, mas gruesa y menos fuerte de todas.

Ulpo, que los indios llaman, si se puede escribir, *ulldpu*, es el principal y mas ordinario mantenimiento dellos, el cual solamente es harina de maíz ó cebada tostada, desleida en agua fria; sírveles de comida y bebida juntamente, y desto hacen su cocaiv y matalotaje cuando caminan, llevando una talega de esta harina y un cestillo para hacer el ulldpu, tan tejido, que nunca el agua echada en él se vierte ni rezuma. Es alimento muy fresco y mas sustancial y regalado cuando la harina lleva de aquel mádi que arriba se declara.

De la calidad de la frutilla no trato, porque el ser tan regalada y rica fruta, pienso que la tiene dada á conocer por toda la tierra.

NOTAS DEL AUTOR.

(1) Tocados como día dema.
(2) Granos azules menudos como aljófar.
(3) Cunas de tal hechura que las puedan llevar á cuestas por do quiera que van.
(4) Una canasta tejida de bejucos.
(5) Chigua, es á modo de fardel armado sobre aros de cañas verdes y trabado de tomizas de paja.
(6) La ciudad de Santiago.
(7) Especie de paja como cuchillos.
(8) Madera de que se hace el mejor carbon de las Indias.
(9) Caupolican.
(10) Léase el canto xv de la *Araucana*.
(11) Donde tiene su casa.
(12) El Gobernador.
(13) Don Luis de Toledo.
(14) Don Pedro de Portugal cuando andaba en la guerra, siendo de ochenta años.
(15) Don Felipe de Mendoza.
(16) Don Cristóbal de la Cueva, de la casa de Alburquerque.
(17) Pedro Fernandez de Córdoba, casa del Gran-Capitan.
(18) Don Alonso de Ercilla.
(19) Julian de Bastidas.
(20) Gaspar y Baltasar Verdugo.
(21) Don Luis de Velasco.
(22) Rodrigo de Quiroga, que fué despues del hábito de Santiago.
(23) Don Pedro Mariño de Lovera.
(24) Pedro de Murguía.
(25) Alonso de Reinoso.
(26) Don Simon Peirera.
(27) Lorenzo Bernal de Mercado, que fué despues maese de campo.
(28) El mariscal Martin Ruiz de Gamboa, que fué despues gobernador de Chile.
(29) El capitan Pedro de Olmos Aguilera.
(30) Lope Ruiz de Gamboa.
(31) Diego Cano, gran soldado.
(32) El capitan Gregorio de Oña, padre del autor, que murió peleando en la guerra de Chile.
(33) Orompello, hijo suyo primogénito.
(34) Ave inmunda de Chile.
(35) El maestre de campo.
(36) Indios amigos que sirven á los españoles; llámanse yanaconas.
(37) Entiéndese indios amigos.
(38) Dios, porque Apó es lo mismo que Señor.
(39) Porque les ha vencido el Gobernador dos batallas juntas.
(40) Don García, que hace la guerra con otro intento mas justificado que los demás.
(41) Increpacion de Galbarino á los indios amigos.
(42) Porque lo dijo cuando mató á Guilleu que le habian de cortar las manos. Canto x.
(43) De don Felipe de Mendoza, hermano del Gobernador.
(44) El demonio.
(45) Mujer de Talgueno.
(46) Es buen agüero entre los indios ver una culebra.
(47) Imitacion de Virgilio, lib. II de la *Eneida*.
(48) Virgilio, lib. II de la *Eneida*.
(49) Frases latinas.
(50) Comidas propias de los indios.
(51) Cazuelas de barro.
(52) Bebidas, véase la tabla.
(53) Porque fueron soldados de Chile con Arana.
(54) Capitan de Chile.
(55) Natural de Chile.
(56) Bartolomé Carreño, que era corregidor de Guayaquil.
(57) El capitan Lorenzo Fernandez de Heredia, caballero nacido en estas partes, corregidor de Loja y Zamora.
(58) El maese de campo Gonzalo Fernandez de Heredia, de la casa del conde de Fuentes.
(59) El capitan Fernando de Varela, corregidor de Paita, valeroso soldado de Flándes.
(60) El licenciado Marañon, visitador y oidor mas antiguo de la audiencia de Quito.
(61) *Araucana*, canto IX.
(62) El nombre del mastin.
(63) Los pesos de oro que robó en Santiago y otras muchas cosas de comidas y aparejos de navios.
(64) Indios correos de á pié.
(65) El doctor Alonso, criado de Castilla, oidor mas antiguo de la audiencia de Lima.
(66) Don Alonso de Vargas Carvajal, señor de Tarapacá.
(67) Buen ánimo de un artillero de sesenta años.

ENDIMION,

DE

MARCELO DIAZ CALLECERRADA.

A DON MARTIN RODRIGUEZ DE LEDESMA Y GUZMAN,

CABALLERO DEL HÁBITO DE CALATRAVA, SEÑOR DE SANTIZ, DEL CASTILLO DE ALMESNAR, SANTAREN, EL ACEBRE, SALINAS, ESTACAS, PALACIOS, SANMAME, PELILLA, CASTILLEJO DE GUEBRA, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DEL SERENÍSIMO INFANTE DON FERNANDO.

Cuando leí la fábula de Pomona, que escribió vuestra señoría con tanta erudicion y tan tiernos años, siendo rector dignísimo de la universidad de Salamanca, determiné seguir el estilo claro y cierto de Castilla, contra quien se levantaban entonces torres de presunciones vanas, fundadas solo sobre la oscuridad, que es nada puro. No se debe poco al Mercurio que con docta vara discierne el camino peligroso del seguro al dudoso caminante; y esta deuda sola, de las muchas que á vuestra señoría tengo, pretendo pagar ahora con los tres *Cantos de Endimion* que á vuestra señoría presento, no para que con su amparo los libre de los catonianos dientes (que no hay censura, aunque los anime intencion dañada, que no espire alguna provechosa correccion), mas para que la emiende y examine si pertenece á la escuela de Lope de Vega, de quien vuestra señoría aprendió, y á quien yo á voces llamaré maestro con eterno elogio mio, porque lo es doctísimo de España, de Europa, del orbe. Que la opinion loable de los sabios gimnosofistas que de los altos varones no contaban los esclarecidos hechos de nobleza heredados de sus padres, sino las heróicas dotes de entendimiento y sabiduría, me hace á mí callar, ahora que deseo hablar con acierto de vuestra señoría, los altos progenitores de la antigua baronía de su casa, en quien ponen los anales y crónicas de España los mejores oficios y mas fieles de la casa real de Castilla y los servicios mas honrados, mas leales, en quince nobles abuelos hasta vuestra señoría de padre á padre. Porque sin que diga lo que á vuestra señoría da el famoso tronco de Toral por su madre nobilísima, ha sido vuestra señoría en sus primeros, cuanto largamente dice el escasísimo padre Mariana, con admiracion de los amigos y horror comun de los mal intencionados (si no los ha gastado todos su acreditada fortuna con merecimientos conocidos tan despacio). Esto habrá bueno cuando sea premiado vuestra señoría, que tendrá tan recto el sol, que no le siga la envidiosa sombra cuando tantas veces disputaron su razon los enemigos y amigos. Vuestra señoría reciba este mi pequeño ofrecimiento, que así pretendo yo quedar mas obligado á servirle, á imitacion de vuestra señoría, que se obliga al segundo beneficio por el que hace primero; y ponga este buen deseo entre los efectos sanos del pan que comí en casa de vuestra señoría, á quien Dios guarde muchos años.

Marcelo Diaz Callecerrada.

AL LECTOR.

Lo que pensaron los antiguos de la *Luna y Endimion* extendí yo en estos versos, porque es fácil añadir á lo inventado. Fingieron que la Luna, preciada tantos siglos tan de casta, tan de fria, ardió en los amores de un pastor, tan recatada y empachosa, que sin dejar simple nombre á las historias de su gozado fin, solo se lee obscuramente: en la mas cerrada noche la enamorada *Luna, de Endimion*, con cristalina copa liba el clavel del purpureante labio. Va repartido en tres cantos lo que pudo fundar este sugeto. En el primero, Vénus, baldonada de la Luna, incita á Amor que la enamore y rinda sus presunciones. Abrásase por Endimion la helada diosa en el segundo. Y en el tercero le adormece para el recatado fin de sus amores, trayendo sueño de los famosos campos de Bayas y de Cumas.

Así dejo la oscuridad para los agudos Aristóteles, que aun esto que te he advertido te sabrian decir los versos, sin que como Camoes me reprehendieras. Puede ser ocasion fácil á ficcion mas misteriosa el ingenioso fundamento; y puede ser alguna vez difícil añadir á lo pensado, si se busca otra cosa mas del agradable sonido de las palabras; como sea así, que la atencion de los lectores deba mirar despues las voces que el concepto, y que las palabras significativas primero el significado. Enseñábame un docto de Aristóteles en su poética, respetada con amor ó con temor de los que bien ó mal sienten, que el menos mal poema constaba de tres cosas: alma, potencias, accidentes ó colores, atribuyendo al alma la invencion en la ordenada historia, á las potencias los manuales conceptos, y á los colores las convenientes voces y palabras, y que tenia el mejor lugar en la fábrica poética el animado cuento, los pensamientos agudos el segundo, y las hermosas voces el tercero. Yo, de la manera que supe, usé destos preceptos en este brevísimo poema, que llamara égloga si siguiera mi juicio. Sé con todo eso que no erré en el asunto, porque le confieso deuda del muy erudito señor don Francisco Bravo de Acuña, en quien mayor edad admira tanto la restauracion á luz de humanistas, de filósofos, de padres, con las extrañas agudezas, con las inimitables novedades, humanadas tal vez al mas elevado estilo de las musas. Así me defiendo contra tu grave juicio con la opinion de aprobadísimos censores.

Por lo que toca á las palabras, á cuyo ruido atienden primeramente muchos en este cultivado siglo, te digo con brevedad que de tal manera buscamos el resplandor hermoso y el agrable sonido, que se diga alguna cosa que llames sin indignidad sustancia; y te advierto que si á palabras mejores y mas decentes acomodares estos pensamientos mismos, respetaré yo en tí elocuencia magistral, y me dejarás para otra ocasion mas enseñado. Verás algunas voces de ajena lengua, no fáciles ni muy sabidas, porque nadie abomine extraña fuente, aunque la vea turbia. Para lo cual me tentaron tres eficaces razones: que se ha de dar algo á la opinion contraria, seguida ya de muchos hombres; que se pueden poner con tal templanza colocadas, que no muden ni perviertan á los que las ignoran el sentido; que alguna vez alivia al concebir deseoso el extranjero decir, y el concepto que no cabe en un lenguaje, exprimen fácilmente dos idiomas.

Si te parece largo el prólogo, no le midas con la pequeña obra, que presto verás otras, si inspira aliento el favor con que sueles animar los balbucientes. — *Vale.*

ENDIMION.

CANTO PRIMERO.

La cipria diosa en la mitad del dia
Al tronco de un aliso recostada,
De su perdido amante suspendia
El llanto y la pasion enamorada.
Velaba el niño dios; Vénus dormia
De celosos temores descuidada;
Que no durmiera Vénus, si en los cielos
Hubiera diosa que le diera celos.

Entonces la quietud de los amores
El gusto de su causa contemplaba,
Y en los descansos del amor mayores,
Amor las inquietudes recelaba;
Temia el mas querido en los favores
Disfavor y desdenes: así estaba
Todo el humano sentimiento, estando
Vénus durmiendo y el amor velando.

Velaba el dios rapaz con arco y flecha,
Este de oro, aquella de diamante;
Era en el manso fuego aura deshecha,
Y en el viento era llama rutilante;
Cuando la cárcel del sentido estrecha
Dejaba en calma la deidad amante,
Y aparente custodia era Cupido
Del fantástico alcázar del sentido.

Amor, ¿qué prestan flechas diamantinas,
Ni los arcos de oro acrisolados,
Si fuga de tus plumas cristalinas
Arrebatan espíritus alados?
No temen mortal golpe almas divinas,
Ni tu fuerza enamora enamorados,
Porque al cautivo que una vez inflamas,
Libres armas le das contra tus llamas.

Sale de sí la enamorada diosa,
Y como mira atento el dios vendado,
En las mejillas animada rosa
Y clavel en los labios animado,
Piensa que el alma con prision dichosa
Es divina atencion de su cuidado,
Que de excelente amor indigna fuera
De humano cuerpo la atencion grosera.

Instantes son á tus veloces viras
Las distancias, amor, é inmensidades;
Mayor fuego en mayor ausencia espiras,
Mayor llama en mayores soledades;
Rudas composiciones y mentiras
Simples del pecho, y cándidas verdades
Tu causa amada son y aborrecida,
¡Oh espíritu incompuesto de la vida!

La indómita potencia de la muerte
No es como tú valiente y atrevida,
Que tú con poderosa mano fuerte
Tiras á lo mejor de nuestra vida;
El destino legal forzosa suerte
Cumple en cosa á la ley fatal rendida;
Tú, domador de exentos señorios,
Sujetas absolutos albedrios.

Cumple el punto mortal la Parca helada
Y los escasos términos fatales,
Y en la precisa meta señalada
El crecimiento para de los males;
No bien así las almas inmortales
Reciben la pasion enamorada,
Ni hay término de bien ó mal posible
Señalado en alma indivisible.

Mas fuerte es el amor, que union forzosa
Es de extremos, que aun fueron disonantes,
Que la muerte, carencia maliciosa,
Y negra desunion de almas constantes;
Las vencidas ventajas dan gloriosa
Corona vencedora á los triunfantes;
Por eso rinden con distinta palma
La muerte al cuerpo y el amor al alma.

Cuidaba el niño ciego, que asistia
En amoroso sueño sosegada
El alma, y con celeste compañía
En cuerpo de jazmin deidad rosada;
Mas la divina mente padecia
En la inmortal esfera arrebatada,
Alta imaginacion, hondo cuidado
De aborrecible mal adivinado.

Empezaron señales exteriores
De sobresalto y movimiento inquieto,
Y de molestas causas interiores
Daban al aire dolorido efeto;
Túrbase el claro rey de los amores,
Porque al órden fatal teme sujeto
Cuanto Vénus y Amor abrasa, y cuanto
Impera Jove, y quema Radamanto.

Que grave mal y sentimiento aqueja
En el sobresaltado sueño escaso,
Su bella causa hermosa, que se queja,
Cual si imaginacion hiciera al caso;
Resuelve aljófar la inmortal guedeja,
Movimientos procuran vista y paso,
Mas la vista embarazan los cabellos,
Y el paso ocupan los coturnos bellos.

Diga tu infante, bella reina hermosa,
Dándole voz el hijo de Cilene,
Porque la suspension rompa amorosa
Y el amador espíritu despene;
¿Qué deidad de belleza cuidadosa
Anima tu descuido y entretiene,
Cuando en el verde pabellon dormida
Dabas al campo y á las flores vida?

¿Eras clavel divino por la tarde,
Cuyo patente espíritu en el viento
Purpúreo con empíreas llamas arde?
Eras en el febeo crecimiento
Con sacra ostentacion, con bello alarde
La rosa de mas alto nacimiento?
¿O eras esparcida al sol oriente
Del lirio liberal la flor patente?

¿Eras con el rocío del aurora
El fresco abril de la celeste esfera
Que cuanto en hielo tímido atesora
Ostenta en alentada primavera?
Eras del sol el resplandor que dora
La desatada siesta lisonjera
Cuando el amor revela ocultas puertas
De adoradas beldades encubiertas?

Eras la fruta reina, cuyos granos
Son con dorada union rubís ardientes,
Si los amores reyes soberanos
Son de inmortales almas obedientes?
¿Franquearon tu beldad inquietas manos?
¿Hizo tus gracias el dolor patentes
De aquel acerbo sueño fatigada
¡Oh reina del calor! franca granada?

Hay dama, clara diosa, que ha contado,
Dice fué parlería de Cupido,
El indecente modo descuidado
En que te puso el sueño aborrecido;
No es mucho que un rapaz lo haya parlado,
Es mucho que una ninfa lo haya oido,
Porque dentro de aquel peñasco hueco
La impura parlería escuchó el eco.

Y tú, Filis extraña, que la roca
Habitas sola y el escollo duro,
Porque en la soledad tu hermosa boca
Beba sin adulterio el aire puro;
Tú, de Febo cristal, donde no toca
Nocturna voz ni pensamiento impuro,
Y en pretension de incógnitas verdades
Habitas singular las soledades:

Mira cómo los cielos tu extrañeza
Castigan justos y tus presunciones,
Pues contra el resplandor de tu pureza
Escuchas de un lascivo dios razones;
Mal engañada ¡oh ninfa! en la aspereza
Solitaria el honor guardado pones,
Que en lo habitable digna compañía
Aquel indigno lance vedaria.

Que haber á solas á Cupido hablado
En lugar retirado y escondido,
Es disculpa ignorante que has pensado,
Que tú, Filis, tu voz misma has oido;
Fuera de que es el dios acreditado
De intrépido, lascivo y atrevido,
Y logrará mejor su impuro y ciego
Fuego el que causa en otros torpe fuego.

Dijo, que al tiempo que la bella diosa
En la apacible sombra reposaba,
Estaba en su creciente calurosa
El sol que estivos aires abrasaba;
Que era sagrario á su deidad hermosa,
Trasparente cendal, con quien jugaba
Céfiro, que revela á enamorados
Voluntarios despojos descuidados.

Que la dura pasion que padecia
Movia el bello cuerpo atormentado,
Y el envidioso sueño descubria
De lácteas flores mármol congelado;
Pasaba del coturno la porfia
Del aire burlador y del cuidado,
Y lo demás que relató Cupido
No tiene voz ni cabe en el sentido.

Dijera yo que del ardiente pecho
Vénus con ambas manos levantaba
El liviano cendal que sobre el pecho
Pesadumbres olímpicas cargaba;
Que siendo el corazon lugar estrecho
Al fuego que sus alas abrasaba,
Huyendo el nuevo mal y nuevas malas,
Batió los brazos como ardientes alas.

Que los purpúreos labios el aliento
Movia apresurado y vehemente,
Cual si naciera el fiero sentimiento
Sin dias del alma y la pasion doliente;
Que detenido con rigor violento
El ímpetu de quejas elocuente,
Rudos suspiros daba mal formados,
Que del dolor son hijos abortados.

Turbado con las tímidas señales
De su dormida causa el rey Cupido,
Teme que los espíritus vitales,
En sollozo resueltos y en gemido,
Huyen con sombras tristes y mortales,
Desamparando el cíprico sentido,
Y que en aquella soñolenta calma
Algun siniestro dios le roba el alma.

«Madre, le dice, de la blanca mano
Asiendo con temor, madre, repite,
¿Cuyo es el hado triste, soberano,
Que con tu gusto y mi poder compite?
A ti que al gusto celestial y humano
Haces de ambrosía y néctar real convite,
¿Alimentan ahora sinsabores,
Sobresaltos brindándome y temores?

»Juro tu gusto á mi valor, y juro
Hacerte del supremo dios vengada,
Por el sagrado humor del lago obscuro
Y su negra corriente arrebatada;
Tú burlarás la luz de Jove puro
En rudas formas torpes trasformada,
Si Júpiter excelso allá en sus cumbres
No abate sus manubias á tus lumbres.

»Dime ¿qué dios? ¡oh reina! te ha ofendido,
Si no acusas á Jove soberano,
Si tan libre presume y atrevido
Que esta flecha no teme en esta mano?
¿Di si te indigna Marte encruelecido,
O si el inmenso rey del Oceáno
Te amedrenta, ó te abrasa en fuego interno
El rey tirano del confuso infierno?

»Que sabrá el frio Dios del reino helado
Que le puede abrasar libre mi fuego,
Y el árbitro de Averno consagrado
Que hasta su corazon de plomo llego;
La ira amansaré de Marte airado,
Al sol entre sus lumbres haré ciego,
Y la deidad de todos te prometo
Que no ha de quedar dios el dios sujeto.»—

«No es dios el que me pena, caro hijo,
Ni me ofende á mi humano atrevimiento,
Vénus resuelta en vivo llanto dijo,
Que el humo del terrestre descontento
No toca en el empíreo regocijo;
Ni dios hay tan grosero que el contento
Turbe del corazon de Vénus, antes
Los dioses buscan mi favor amantes.

»Diosa se llama, hijo, la atrevida
Luna, de quien oi fieros baldones;
Si mi vida, Cupido, con tu vida,
Y si mi muerte con tu muerte pones,
Sienta la luna, hijo, aquella herida
Que abate los altivos corazones,
Y la oculta soberbia de su frente
Castigue humilde liviandad patente.

»Era la suave tarde, hijo, cuando
Con su rosada claridad mi estrella
Las veces del ausente sol tomando,
Era sola en el cielo ardiente y bella;
La luna entonces, su carroza armando,
Mis cándidas palomas atropella;
No sé, querido Amor, si fueron estos,
En los que prorumpió, viles denuestos:

»Bien en lugar de Febo alumbraria
La madre obscura del infante ciego;
Bien con mi casto hielo quedaria,
Impura Cipria, tu venéreo fuego;
Huyan medrosas una y otra pia
Lascivas de tu carro, que yo llego,
Y soy febéa luz contra tu noche,
Con blancos cisnes y nevado coche.

»Vénus, tan mentirosas altiveces
En bajo abismo cubran tus verdades,
Que olvidada de ti misma padeces
Naufragios de gloriosas tempestades;
Cuanto por tu fingida luz mereces,
Fundado en tus violentas vanidades,
Es montaña de mar, que esfera suma,
Cuando nace acomete y muere espuma.

»Al resplandor que afectas alentado,
¡Oh reina! de tus luces, mucho daña
El traje militar de Marte airado
Que vistes varonil por la campaña;
No dice bien el polvo del ganado
Que en el troyano campo Simois baña,
Ni el que te enegreció color profano
En la oficina obscura de Vulcano.

»Si has presumido, loca, por ventura,
Numerando de Febo ínclitos nombres,
Lo universal contar de tu hermosura,
Que es comun á los dioses y á los hombres;
Razon forma tu error poco segura,
Porque á lo universal faltan renombres,
En que yo tus desprecios aseguro;
Es limpio el sol tambien, cándido y puro.

»Si tuviste las veces venturosa
En Chipre de alentada primavera,
Porque del alba en la primera rosa
Inspiró tu deidad beldad primera;
De esfera ingenio traes poco anchurosa,
Y aspiras ignorante á grande esfera,
Que el sol está obligado á curso eterno,
El otoño, el estío y el invierno.

»Mala sazon es, Vénus, el estío;
Quémante delicada los calores;
No te está bien á tí el invierno frio,
Que te lastiman mucho sus rigores;
Templados tiempos el venéreo brio,
Y primavera piden tus amores,
¡Oh justa, igual y siempre santa diosa,
Y en extremados vicios virtuosa!

»Sigue de Pafos, sigue de Citera
El aire adulador, el muelle viento,
La cancion de tus aves lisonjera
Escucha blanda con oido atento;
Llena está de temor la noche fiera,
Y morirás si atiendes al accento
De tristes aves, que en la sorda calma
Con medrosa pasion hielan el alma.

»Yo, que en vez de la cama regalada
En soledades busco el duro suelo,
De calor el estío fatigada
Y en el invierno de pesado hielo;
A duros infortunios enseñada,
De extremo á extremo pasaré en el cielo,
Que triunfa del calor el hielo mio,
Ni temo helada yo el rigor del frio.

»Empresa, Vénus, desmedida tomas,
Círculos giras vanamente extensos;
Di, ¿cómo en sola noche tus palomas,
Cómo atropellarán nublados densos?
Si cuando en oriental lucero asomas
Con la vista de piélagos inmensos
Occidental pereces asombrada,
Di, ¿tú qué harás en índica jornada?

»Tú con veces del sol? Tú la divina
Sustituta del sol cuando interpola
Ausencias desta esfera cristalina?
¿Di si podrás correr de noche sola
Sin Aglaya, Talia y Eufrosina,
O si has de navegar la inmensa bola
De aquestas niñas tres acompañada,
Sin cuyas gracias eres humo y nada?

»Vuelve á tu breve reino, deidad breve,
Tú que afectas de sol eternidades,
Que en Chipre verás claro cuanto debe
Tu duracion á sus amenidades;
Su verdura de un sol la vida bebe,
Y de otro sol padece sequedades
La venerada flor que da corona
¡Oh eterna Vénus! á tu real persona.

»Vénus, que aspiras á celestes lumbres
Y tu fin con deseos eternizas,
Sube veloz tus ericinas cumbres
Y de su rey contempla las cenizas;
Segura yo que tu esplendor encumbres,
Si las revuelves y su aviso atizas,
Y que sol has de ser, que el sol oriente
Conoce cuando nace su occidente.

»O si Chipre y el monte siciliano
Indigna ocupacion es á tu empleo,
Llévete al aire líquido y liviano
Tu alado parto el volador deseo;
Ya sobre trono de cimiento vano
Dar luz al orbe y presidir te veo
Cuando constelacion eres volante,
Y en vez de firme sol estrella errante.

»Mia es la presidencia soberana
De las tinieblas, y el poder nocturno
En el celeste giro es de Diana,
Como del sol el resplandor diurno;
Febe soy, del dorado Febo hermana,
Y con partido y alternado turno,
Suya es la luz del meridiano coche,
Y mios los imperios de la noche.—

»Así por inovadas maravillas,
Quemándome la helada en fuego raro,
Dijo, y turbó las simples avecillas,
Que son á mi candor símbolo claro;
Ellas sin hiel, sinceras y sencillas,
Huyeron mudas con temor avaro
Cuando hicieron los cisnes de la luna
En mis lágrimas música importuna.

»Entonces, hijo, si de la venganza
En tus valientes flechas no pusiera
Y en su filial amor firme esperanza,
Eterno el sueño temporal volviera;
Hijo, si mi dolor contigo alcanza
Otro dolor, si justamente espera
Contigo el hado mio comun suerte,
Y si tu muerte pende de mi muerte;

»Busca, hijo mio, en tu temida aljaba
Entre todas la flecha mas torcida,
Y en el libre y soberbio pecho cava
Lugar á una pasion aborrecida;
Amor allí con tu diamante clava,
Mas en la causa de su amor querida
Has de infundir con plomo penetrante
Olvido eterno de su eterna amante.

»Hiélala en vivo fuego, y su aspereza
Abrasa ingrato con ardiente hielo,
Y el soberbio blason de su limpieza
Desde su altiva cumbre mida el suelo;
Que no es digno lugar al altiveza
Desta desvanecida el alto cielo,
Si el cielo es con razon del abatido,
Y es el suelo del loco presumido.

»Agora en Latmio por las altas rocas
Que las ondas del mar Jónico bañan
Mi enemiga mortal vírgines pocas
Con presumidos coros acompañan;
¡Oh si en sus cumbres las cantoras bocas
De las que altivas lo habitable infaman
Llorasen á Diana despeñada,
De honrada esquiva en vil enamorada!

»Instable diosa, ¿tanto persevera
Tu candor aparente en un estado?
¿Tan firme pisa tu voltaria esfera?
Yo te vi repetir, Pluton amado
En torpe sombra, Proserpina fiera;
Yo en el robo te vi disimulado,
Aunque hacias de niebla obscuro manto
Con placentera faz enjuto el llanto.

»Indomeñable reina del tormento,
Tú que fatigas mil y mil afanes
Con riguroso cetro violento
Impones dura á los rendidos manes;
Baja á cobrar, cruel, víctimas ciento
Que ofrece un miserable, porque allanes
Su entrada á los Elíseos, y el cuidado
Deja de sol á sol no interesado.

»¿Eras tú límpio sol ¡oh impura! cuando
Tomabas digna la erizada forma
Y obscuro ser del animal nefando
En que el bajo deseo te trasforma?
Hijo, si aborreciendo y si olvidando
Tales las vidas son, que tu ira informa
En el cerdoso cuerpo infundas, pido,
En lugar de alma y sal, salaz olvido.

»Y la rasgada boca ladradora,
De fiero can furioso alborotado,
Dice con Febo ¿cuándo el orbe dora
Benévolo, benigno y sosegado?
Mal de sol semejanzas atesora
La escaseza del mal intencionado,
Que liberal el sol lo alumbra todo,
Sea alcázar soberbio ó humil lodo.

»Si piensas que de Pirois presuroso
Imite tu corrida las carreras,
Vano intento fabrican ambicioso,
Simplicísima Luna, tus quimeras;
Que es oro y fuego Pirois luminoso
En clin y piés, y pisan tus esferas
Tu desacierto vario y vago yerro
Clines de lana vil y piés de hierro.

»¿Tú de Febo renombres peregrinos
Afectas, y me das comunes nombres,
Diosa trivial, expuesta en los caminos
A los dioses vulgares y á los hombres?
¿Mis altos atributos y divinos
Pospones, ignorante, á tus renombres;
Que á Jove di generacion primera,
Y eres tú de mortales vil partera?

»Hijo, porque el dolor inestimable,
Oyendo tú mis quejas se mitiga,
Escucha agora la ocasion notable
De un cuento que aborrece mi enemiga;
Que no hay quien niegue su locura instable
Oyéndole contar, ni hay quien diga
Que no dé yo baldones á Diana
De poco recatada y de liviana.

»Júpiter, cuyo es el homenaje
Supremo de la esfera trasparente,
Miró en las selvas el desnudo traje
A tan preciada virgen indecente;
Corrido el sumo dios manda que baje
Mercurio al mundo y hábito decente
Haga para una virgen, que en los cielos
Reina presume ser de castos hielos.

»El hijo de Cilene los talares
Movió ligero con su fuerza alada,
Y á Diana en solivagos lugares
Halló con rudas fieras ocupada;
Llega Mercurio, y ante sus altares
Propone arrodillado la embajada;
Dicen que oyó con despejada frente
Al dios, que la miraba atentamente.

»Por cierto, dijo, pensamientos nobles
Y cosas altamente peregrinas
Quitan á Jove de sus altos mobles
Sacras ocupaciones y divinas;
Teme que aquí mirada destos robles
O que adamada soy destas encinas,
¡Yo que escuché con ásperos rigores
De los empíreos dioses los amores!—

»Sabe Tonante que las brasas hiela,
Replica, tu aspereza desdeñosa
Y que las llamas líquidas congela
Tu cadena de hielos poderosa;
Ni Jove sumo tu hermosura cela,
Ni Jove ignora con pasion celosa
Que infiel se llama la desconfianza
Y que es madre de fe la confianza.

»Mas ordena que destos bosques sea
Tu deidad justamente reverencia,
Y de celestes y terrestres deas
Ajuste el traje justa diferencia;
Desnudas estas por las sombras feas
Admitan cuidadosa competencia,
Y tú, vestida por los verdes prados,
Persigas, cazadora, sus cuidados.

»Y es la mayor razon de mi embajada,
Que así lo ordena el dios omnipotente,
A quien la empírea gente consagrada
Rendido honor ofrece y obediente;
Así naturaleza va ordenada
Y baja de los cielos la corriente;
Que cumplas tú de Jove los mandados
Y Jove los decretos de los hados.

»Calló la Luna, y concedió callando
Cuanto el cielo mandaba, y el deseo
De la nuncia deidad iba quemando
En frio amor helado, torpe y feo;
Llega Mercurio, y el candor tocando
Intacto con el sabio caduceo,
Malicioso midió prolijamente
A su talle vestido competente.

»Parte el dios, y una clámide divina
Trae de argentado velo trasparente,
Y con la turquesada jacerina
Coturno ardiendo en oro reluciente;
Cúbrese la nevada clavellina
El hábito virgíneo, y luego siente
Mercurio que con rostro zahareño
Murmura que le viene muy pequeño.

»Segunda vez Mercurio á su medida
Digno hábito fabrica, y sin embargo
Se quejaba otra vez Cintia vestida
Que el adorno prolijo es ancho y largo,
Mercurio á la ocasion favorecida
Mas atendia que al celeste cargo,
Porque con ocasion de la embajada
Habló mil veces con la diosa helada.

»Sospechó al fin Mercurio si admitia
Sus amantes caricias y desvelo;
Que esta sospecha entonces la tenia,
Atento al raro caso todo el cielo;
Si al facundo calor la nieve fria,
Si á la elocuente llama el duro hielo
Sujetaba los ásperos rigores,
Resuelta amante en líquidos amores.

»Señora, dijo, del sereno polo,
Que con luces mas claras y mas bellas
Oficio ejerces del ausente Apolo,
Con hombres no, con lúcidas estrellas;
Que dan tus lumbres luz al orbe solo
Con los reflejos que resultan dellas,
Siendo de tu beldad el remanente
Sobrada ocupacion al sol ardiente.

»Yo haré que groseras posesiones
No compongan de hoy mas feliz estado;
Que en el altivo cielo otros blasones
Ha de poner mi amor desesperado;
Pura diosa, si limpias intenciones
Alguna vez de premios has dignado,
Sea mi premio amarte, sea quererte,
Que amándote no aspiro á merecerte.

»Mercurio soy, del dios mas excelente
Primogénita luz, hijo heredero,
Que de los rayos el imperio ardiente
Bibra Tonante con rüido fiero;
Con el son de mis voces elocuente
Turbo en los dioses el cónclave entero,
Y el presidente sumo está sujeto
Al decreto que yo solo decreto.

»A mi lengua inmortal pagan tributos
Los abismos, el orbe, el firmamento;
Sabio eloquio mi habla da á los brutos,
Y mi voz á las piedras movimiento;
Mas yo que de tan altos atributos
Ser el sugeto celebrado siento,
Mas soy, divina diosa, si tú quieres,
Que solo sea lo que tú quisieres.

»Estas voces que dió, la diosa helada
Pienso yo que fingió que no entendia,
Que al retórico dios disimulada
Habló y serena con respuesta fria,
Dile al supremo rey que su embajada
Respeta humilde la obediencia mia,
Que Mercurio el científico ha ignorado
Cumplir de Jove el celestial mandado.

»Que el adorno primero rutilante,
Que á mi talle pensabas competente,
Le trazabas imprövido en menguante,
Y necio le traias en creciente;
Luna soy, que preciada de inconstante,
Aspecto mudo, varío y diferente;
Mira tú allá si Júpiter alcanza
Adornar de firmeza mi mudanza.—

»Dijo, y el sabio númen: Si de instable
Tan claramente ¡oh Luna! te glorias,
Ni seas causa de Mercurio amable,
Ni aspiren, Luna, á ti finezas mias;
Objeto firme y ocasion durable
Mis ansias buscarán, que por dos vías
Dicha tienen, ó eternas desdeñadas,
O con eterna posesion amadas.—

»Arrebató á Mercurio de su acento
El desdeñoso fin, y arrebatado
Con los talares férvidos, el viento
Partió sutil y dividió delgado;
Pienso que dió á la Luna descontento
La ausencia del galan enamorado;
Quisiera ella que el dios sin esperanza
Y con firmeza amara su mudanza.

»Sucedan, tierno rey de mi albedrío,
Mis quejas á la alegre cantilena,
Si otra vez mi dolor y el llanto mio
Paciente escuchas y mi acerba pena;
Diana agora el congelado brio
Desata ardiendo por la cumbre amena
Del empinado Latmio, cuya frente
Envidia firme Faeton ardiente.

»Desta esquiva cruel ¡oh hijo amado!
Ruégote que tu acero el paso acorte,
Antes que vital aire el brazo airado
De una cierva, que sigue, anhela corte;
Que vi su corazon enamorado
Volar en busca de su fiel consorte,
Cuando desta infiel Cloto acometida
Huyendo bebe el aire de su vida.

»Antes que su veloz curso consiga
La fiera con su fuerza pasadora,
Deseo yo que tú de mi enemiga
Partas la vil espalda voladora;
Pague su amor y logre su fatiga
Doble deslealtad y fe traidora;
Quiera de hoy mas; adore ya olvidada
La que olvidó querida y adorada.

»Que á la diosa que teje sus tranzados
Con dorados suspiros amorosos
Abrasarán desdenes mal mirados,
Consumirán olvidos perezosos;
Así la muerte en justicieros hados
Blandos puntos alterna y rigurosos;
Que la razon adore sinrazones,
Y la inviolable fe ame traiciones.»

Dijo, y sin responder el dios, miraba,
Como si arrebatado pensamiento
Entonces le ocupase de su aljaba
El número de flechas violento;
Una acaso que oculta ya olvidaba
Halla, y dice tomándola contento:
«No pensé yo tener digno enemigo
De tal desdicha y tan mortal castigo.»

Aspera, tosca, gruesa, retorcida,
De algun roble arrancada ó duro fresno,
Digna ocasion de perezosa herida,
Causa de olvido digna y odio eterno;
Era el extremo y punta aborrecida
Plomo del negro lago del infierno,
Y las pesadas alas, rudas, frias
Plumas eran de pálidas arpias.

En esta con la vira mas tirana
De cuantas el valiente dios traia,
Con gruesas letras escribió: Diana
Desvanecida, loca, necia y fria;
Revuelve mas la aljaba soberana,
Y otra flecha que en oro puro ardia
Ostenta, que de Júpiter divino
Determinó á sus rayos el destino.

«Con este pincel, dice, el nombre doro
En el amante de su causa amada.»
Parecia la vira línea de oro,
Tan derecha corria y tan delgada;
Esta dulce dolor y tierno lloro
En las almas infunde. Rematada
Iba una extremidad, y otra volante
Con verde pluma y punta de diamante.

Aquí formó unas letras que imposible
Fué percebirlas al mortal sentido,
Que amoroso carácter es legible
Del alma sola y corazon herido;
Mas hízose la cifra inteligible,
Y declaró el efecto producido
Que *Endimion* escribió puro y sencillo,
Entonces el mas bello pastorcillo.

«Vén, el rapaz con voz encruelecida,
¡Oh madre! dijo, y sin tardanza alguna
La rüina verás y la caida
Desta misera, intrépida, importuna;
Hoy en viles abismos abatida
Verás clavar la frente de la Luna,
A los montes pidiendo y los collados
Cubran sus pensamientos derribados.

»Tú, madre, para verme y para vella
Has de asistir con disfrazado velo,
Cubierta con las luces de tu estrella
Que ya brillante sale por el cielo;
Aquí verás quemar la nieve, y della
Roja lumbre salir; aquí del hielo
Llamas de empedernidos corazones,
Siendo mis flechas duros eslabones.»

Hecho el concierto, las pintadas pias
Unidas de Cupido prestamente,
Pasan del Jonio mar las ondas frias,
Tocan del Latmio la empinada frente;
«¡Animo, dijo Amor, oh flechas mias!
Que ya la causa de mi enojo ardiente
En cazadora guerra embebecida,
Miro volando tras la cierva herida.»

Deja el carro ya Vénus, y tirando
Las voladoras alas bebe el viento
Que la bella Diana pisa cuando
Anhela á imaginado seguimiento;
Así las justas iras van volando
Tras de la ira injusta, así el violento
Hado las diligencias arrebata
Y á quien sigue á matar persigue y mata.

Así en pos de la causa pretendida
El apetito ciego se abalanza,
Así la posesion es perseguida
Del ardiente deseo y la esperanza;
¡Oh puntos faltos de la escasa vida,
Que en la mitad de su fatiga alcanza
Con triste palma y con fatal trofeo
La muerte á la esperanza y al deseo!

Levanta el brazo Cintia, y la dorada
Flecha que traspasó el nevado pecho
Arrojó de su ira arrebatada
El ferviente venablo á su despecho;
«Traidora mano, dice enamorada,
Causa cualquiera tú del traidor hecho,
¿Por qué no acometió tu fuerza avara
Con herida tan dulce cara á cara?»

Cayó en el campo la deidad rendida,
Y los altos espíritus en calma
Dulce destino daban á la vida,
Grata muerte causaban en el alma;
Ni supo mas de abrir la abierta herida,
Ni mas de á voces confesar la palma
Que de los libres bríos mas exentos
Llevan de Amor los arcos violentos.

Nunca fué, Amor, tu proceder liviano
Si en un punto rindieses los amantes,
Que de tu vira y arco soberano
Son pesadas tardanzas los instantes;
Tiro instantáneo de plomada mano
Aves resuelve líquidas volantes;
En un soplo la luz de otra se inflama,
Y en un punto la llama de otra llama.

Que Amor, si fué del alma acto perfeto,
Sin méritos ejerce libre oficio;
Ni examina las causas del sugeto,
Amor, que es puramente beneficio;
Espere igual el merecido efeto,
Contemple justo el galardon propicio
Merecimiento vil, que amor no es paga,
Si bien con otro amor amor se paga.

Era de ver la Luna enamorada,
Resuelta toda en llanto y en gemido,
Cual si fuera mil tiempos enseñada
En la amorosa escuela de Cupido;
Amara los desdenes desdeñada,
Adorara olvidada el fiero olvido,
Dejara de querer si lo quisiera
De su querer la causa verdadera.

Nevado ser, composicion de hielos,
¡Oh Luna! en tu sereno cielo tienes,
Y año de nieve y hielo año de bienes
Los campos esperaron de los cielos;
Ya derretida en blando lloro vienes,
En suspiros deshecha y en desvelos,
Que así tu duro ser ha convertido
En lluvia liberal el sol Cupido.

La causa por quien dulce padecia
La enamorada diosa preguntaba;
¡Qué ciega inquisicion la diosa hacia!
¡Qué amante en la pregunta necia andaba!
Cierto fué que otra causa no amaria
Que la que el pecho entonces le abrasaba,
O deidad superior la desease,
O fuese hombre mortal el que ella amase.

Miraba atenta el pecho lastimado,
Y como de la espalda al tierno pecho
Pasaba fieramente atravesado
El duro pasador firme y derecho;
Mira el nombre de oro que grabado
La flecha exprime, indivisible, estrecho;
Fué á ver si era de dios ó si de hombre,
Y de *Endimion* leyó el amado nombre.

CANTO II.

De luz cubierta en retirada parte,
Vénus clamó cayendo su enemiga:
«¡Oh parto digno del sangriento Marte!
La antigua Délos ya tus arcos siga;
Flechador mas valiente ha de llamarte
A su pesar el hijo de la amiga
De Jove, que una fiera venenosa
Fué vencida de aquel, de tí una diosa.

»Ya, caro hijo, la mitad del hecho
Tu fortuna te dió y mi justa suerte;
Agora de su amado hiere el pecho
Con desprecios de amor y odiosa muerte;
Ame la Luna, adore á su despecho,
Odio constante siga olvido fuerte,
Condenando á tormento perdurable
De su inconstancia el vario ser mudable.

»Aquel desprecio firme con que olvida
El amado la causa enamorada,
Aquel rigor por quien con vil huida
La causa amante muere despreciada;
Quiero yo que eternices en su vida,
Que de fria aversion, que es puro nada,
No quiero muerto mal, mal quiero vivo,
Odio con ser y olvido positivo.»

Esto diciendo Vénus requeria
El hijo de su cólera rigente
La vira helada, la saeta fria,
Hija cruel de lóbrega corriente;
Probóla al arco, y perturbado el dia,
Pálida noche dió medrosamente,
Y estremeció el austero mal posible,
La inculta peña, el árbol insensible.

La airada diosa la miró serena
Sin turbacion, sin miedo y sin mudanza,
Como blason glorioso de su pena,
Como trofeo honroso á su esperanza;
¡Cuánto á femíneos pechos enajena
La indignada pasion! ¡Oh cuánto alcanza
En piedras el dolor inanimadas,
Que no pudo en las diosas enojadas!

Acaso entonces, mas de tiempo eterno,
Por órden infalible de los hados,
Un pastorcillo en Latmio, un jóven tierno,
Libre de pena y libre de cuidados,
Contra el pesado frio del invierno
Y contra estivos aires abrasados,
Pastaba con el llanto del aurora
Su ganado y con réditos de Flora.

Endimion le llamaban las corrientes,
Endimion hermosísimo los prados,
Y repetian Endimion las fuentes
Con ecos de cristales consagrados;
Dulce nombre á las diosas eminentes
Era Endimion de aquellos empinados
Cerros, y era Endimion nombre suave
Al bruto, al racional, al pece, al ave.

Era Endimion al tiempo del aurora
Rubio Memnon de aljófar coronado;
Era cuando el ardiente Febo dora
Su média esfera Adónis adamado;
Era cuando la noche néctar llora
Digna causa Endimion y digno hado,
Que sin arbitrio y resistencia alguna
La exencion cautívase de la Luna.

Libre rapaz, si bien no presumido
De libertad en lances amorosos,
Que entre soberbio igual y entre rendido
Los medios veneraba virtuosos;
Años eran los mismos de Cupido
Con dotes de belleza tan hermosos,
Que en el cielo por dicha ni en la tierra
Jamás emprendió amor tan justa guerra.

Acaso mientras el ganado bebe
De Latmio la corriente cristalina,
Saludaba el pastor con himno breve
La blanca luz de oriente clavellina;
Entonces el dios niño que se atreve
En la ocasion sacrílego divina,
Miróle torvo y disparó derecha
Al tierno corazon la dura flecha.

Yo, Amor, que las dictadas leyes tomo
Sin distinciones de tu imperio rico,
Yo, que sean de oro, sean de plomo,
Mi gusto á tus saetas sacrílico;
Yo, que con tu querer mi arbitrio domo,
No resistiera: resistió el pellico
Del libre pecho al grave mal volante,
Entonces el vellon vuelto diamante.

Que asido el plomo en el pellico blando,
Sin sentirlo el pastor sereno y ledo,
El fiero pasador quedó temblando,
Que le causó la resistencia miedo;
Cupido el caso insólito admirando,
Turbado, sin hablar, estuvo quedo
Mirando á Vénus, que el temor tenia
Como helado clavel y rosa fria.

Ignorando confusas las deidades
El indeciso acuerdo que tendrian,
Pensaban si consortes calidades
A Endimion y á la Luna componian;
Si agradables estrellas, amistades
En los dos tan recíprocas ponian,
Que á la Luna adorase el pastor tierno,
Y la Luna al pastor en giro eterno.

«Hiérele con amor, dijo la diosa
Si no recibe infiel ni admite olvido;
Mas porque así mi queja lastimosa
El agravio compense recibido,
Una aficion le infunde vagorosa
Sin esperanza y un amor perdido;
Quita la pluma desta flecha verde,
Ponla pajiza que esperanzas pierde.»

Cuanto Vénus pensó fué al punto hecho,
Y reforzado ya el rapaz valiente,
A lo mejor del descuidado pecho
Encaminó la flecha vehemente;
Creció de Vénus el cruel despecho,
Que atenta mira al pastorcillo, y siente
Que daba al tiempo que sonaba el tiro
Un ay ligero y un leve suspiro.

Sin aguardar consejo de su madre,
Conmoviendo la aljaba el dios flechero,
«¿Habrá, rapaz, saeta que te cuadre?
Dijo, centellas respirando fiero;
Esta que arbolo del crinito padre
Partió jactante el corazon entero,
Cuando entre hazañas inclitas burlaba
Mis flechas libres y mi exenta aljaba.»

Amor, que despreciada ve su traza
Y de un pastor vencido se barrunta,
La cuerda disminuye y adelgaza
Del arco fuerte y los extremos junta;
La flecha que del sol la limpia raza
Imita, el aire parte, y de su punta
Efecto solo fué del dios oido
Un sollozo sin queja dolorido.

Inspira tú, Caliope divina,
Cuánto dolor y cuánto sentimiento
En espumantes iras Ericina
Quemada repartia por el viento.
Lúgubre rey, si tu rigor se inclina,
Vomita Alectos, tronará mi acento,
Cuántas venganzas de tu fiel consorte
Imprecaba la amiga de Mavorte.

«Dioses, lloraba, que con peto duro
De un desnudo pastor guardais el pecho,
Pálidas sombras del averno obscuro,
Que un rústico cubris á mi despecho;
Baje el dolor á vuestro centro impuro
De mi apretado corazon estrecho;
Peor estado allí tengan mis males,
Mis quejas y mis ansias inmortales.

»Y tú, ferrado rey, que el pecho tierno
O guarneces con bronce ó con diamante,
Intento animas sacramente eterno,
A fin aspiras y á blason constante;
Que la sagrada reina del infierno
Es de un mortal y de un pastor amante,
Y tú á la deste amor causa impediente
Opones duro la murada frente.

»Vos, manubias de Júpiter supremo,
Vos trisulcas centellas repartidas,
Si, lo que conjeturo y lo que temo,
Estais de su desdicha condolidas,
Yo, que en injurias hórridas me quemo,
Yo, que ardo en envidias encendidas,
Brasa engendrada soy y llama roja
Del poderoso brazo que os arroja.

»Si presumis, deidades, que el violento
Imperio y la potencia soberana,
A mi sagrado númen instrumento
Oponiendo mortal, créditos gana;
Si pretendeis que al alto firmamento
La esfera terrenal ultraje ufana,
Si pervertis los órdenes fatales,
Oponiendo mortales á inmortales;

»Guardad al pastorcillo, que el destino
De mi poder sacrílego resiste,
Entristezca á un espíritu divino
El vil desprecio, y la impotencia triste;
Y tú, parto inmortal, que el real camino
De aborrecer, de enamorar perdiste,
Corre desesperado, guia ciego,
Donde de envidia nos sepulte el fuego.»

Mientras la reina cíprica sacaba
Estas centellas del dolor terrible,
Cupido atento del pastor miraba
El pellico á sus flechas invencible;
Buscaba las defensas y tentaba
Los aceros solícito, invisible,
Que puso el defendiente dios delante
Al arco de oro y flecha de diamante.

Mas Endimion, que todo conmovido
De encubierta deidad el pecho siente
Y el fuego caluroso de Cupido
Con el vecino resplandor ardiente,
Cierra vanos discursos al sentido,
Levántase del prado, y prestamente
Dividiendo las densas espesuras,
Al señor de la llama dejó á escuras.

«Síguele, dijo Vénus, y Cupido,
¿Qué importa, madre, mi correr alado
Tras Endimion, si vuela defendido
De causa cierta y de preciso hado?
Yo cuidadoso el rústico vestido
Del pecho á las espaldas he mirado,
Y ya por infalible y alta suerte
Le absuelve alto conjuro de la muerte.

»Si te acuerdas ¡oh amante reina! (llevo
La infalible corriente de los hados
A su principio) cuando el alto Febo
De Admeto el rey pastaba los ganados;
De aquel manso, que siempre de oro nuevo
Arrastraba vellones encrespados
Por los tesalios campos, y era solo
Manso cuidado al desterrado Apolo:

»Ya que no pudo como al rey Admeto
Librarle de la deuda de la muerte,
Porque Jove inmortal hizo sujeto
Al hado cuanto quiso y á la suerte;
Fuerza de bronce y diamantino efeto
Inspiró en el vellon divina y fuerte,
Y quiso en especial que de mis viras
Rompiese helado las ardientes iras.

»Agora el sabio Febo adivinando
La suerte ilustre, el inclito fracaso
Que de su amada Febe iba contando
El año, el dia, la hora, el punto, el paso;
Arma á Endimion de aquel pellico cuando
De la soberbia hermana teme el caso,
Como si fuera á una presumida
Mejor amar, que ser aborrecida.

»Mas siente amar la de la altiva frente,
Cuando contempla su altivez rendida;
Menor agravio aborrecida siente,
Que puede ser de amor no conocida;
Amando del amor la causa ardiente
Obliga siempre á mas amor querida,
Y por no ser con deudas obligada
Se quiere aborrecida y despreciada.

»Huya el libre Endimion agora exento,
Mas sujeto á los plazos desdichados,
Que al intromiso mal, pena y tormento
Tiene la suerte puntos dedicados;
Alguna vez el caluroso viento
Desnudará al pastor y los cuidados,
Y de la Luna entonces mas querido,
Beberá odio mayor, mayor olvido.

»Vague la Luna en tanto, busque y siga,
Y en lóbregas y en mudas confusiones,
Ni amiga causa adores ni enemiga
Con dudosas y equívocas razones;
Maldiga el odio y el amor maldiga,
Y abomine neutrales corazones,
Que con mérito amigo ni enemigo,
Ni son dignos de premio ni castigo.»

Dijo Amor, y la hija de la espuma,
«Huyamos, hijo, que de la tirana
Las pias suenan por la esfera suma,
No sea que otra vez borrar Diana
Con sus desprecios mi esplendor presuma;
Tenga ya de absoluta y soberana
Reina los soñolentos resplandores
Si duerme el sueño, Amor, que tus amores.»

Cubriéronse de sombra, y por el cielo
Atropellando nieblas espantosas,
Diana pareció, que de su hielo
Oros vibraba y llamas luminosas;
Que nunca puso en el noturno velo
Tales rayos ni lumbres tan hermosas,
Ni tanto de fulgor cerco flamante
La lluvia prometió tan abundante.

Si es el amor el círculo perfeto
Que cuantas líneas hácia el alma tira
En el centro rematan, que sujeto
Es del inmenso círculo que mira;
Yo te adivino en el dorado seto
Que ya tu enamorada lumbre gira,
¡Oh Luna! que perpetuamente llores,
Que sin fin sientas y sin fin adores.

Era milagro nuevo ver el hielo
Y el pecho frio del calor tocado
Cuánta queja esparcia por el cielo
Y cuánto lloro por el viento alado;
La cauta noche con prudente velo
Al exceso oponia enamorado
De su Diana el vergonzoso manto,
Mas dividióle de la Luna el llanto.

»Dulce Endimion, cualquiera que tú seas,
Humano pobre ó número soberano,
Yo, la mas pura de las altas deas,
Yo, casta reina del candor ufano,
Aspiro humana á las humosas teas
Que anuncia blanca tu candente mano
Y es de mis votos ya único empleo
Endimion y Diana y Himeneo.

»Júpiter dispensó, que dió licencia
A los de amor divinos pensamientos;
Quizá evitó la sabia Providencia
Casos forzosos, casos violentos;
Causa disponga firme diligencia,
Causa den á mi amor livianos vientos:
Yo te adoro, yo soy libre obediente
Y á dos fines sujeta indiferente.

»Si eres dios, Endimion, la semejanza
Que entre los dos Amor puso forzosa
Fundará á mis deseos la esperanza:
A Endimion dios adore Cintia diosa;
Mas si por dicha lo mortal alcanza
En tu querido ser alguna cosa,
Gran fundamento á grande amor tenemos,
Que bajeza y alteza son extremos.

»Si fueres dios, amiga Caristía,
De celestial ambrosía y néctar puro
Con amistad y blanda compañía
Hará en la comun mesa lazo duro;
Y yo, dulce Endimion, te adoraria,
Si fueses hijo del olvido obscuro,
Que aun no quisiera yo fuese criado
De otra potencia mi pastor amado.

»Yo te sacara de la sombra fea
Con resplandor y lumbre tan hermosa,
Como piensa de tí la clara idea
Y la imaginacion pinta amorosa;
Así del corazon que te desea
No discurriera la pasion celosa
Si con la hermosa luz que entonces diste
De la artífice mano amado fuiste.

»Yo inventaré una union tan excelente,
Dulcísimo Endimion, si eres hombre,
Que á la esperanza admire mas ardiente,
Que al mas desesperado ardor asombre;
Y porque mi concepto conveniente
Sencilla voz no exprime ó simple nombre,
Llámale tú, cuando de voz le formes,
Junta amada de cosas desconformes.

»¿Quién eres, dulce causa, dónde vive,
Claro Endimion, la lumbre soberana?
De quién viviente luz, de quién recibe
Anhelo, ardor, la lumbre de Diana?
¿Dónde la mano angélica que escribe
Carácter celestial con pluma humana?
Dónde el original que exprime helado
Con líquidos amores mi cuidado?

»Vos, deste caos ingratas confusiones,
Que con obscuridad y noche fria
Dividís dos unidos corazones
Como un dia claro de otro claro dia;
Vos que dais en dudosas intenciones
Indubitable palma á la luz mia
Y abatís de ventíferos nublados
Penachos hasta el cielo levantados;

»No interpongais de dudas tan valientes
Tan descollados montes espantosos,
Porque al fin uno y otro convenientes
A mi amor y esperanza son forzosos;
Sea Endimion de luces trasparentes
Parto, sea de olvidos perezosos,
Hijo Endimion, por Endimion muero,
Rico Endimion ó pobre, Endimion quiero.

»Este nombre esculpido el alma tiene
En lo mas inmortal con un diamante;
A mi pecho Endimion solo conviene;
Mi pecho de Endimion solo es amante;
Sea dios ó mortal, nacido viene
A mi pensar y á mi querer constante,
Y es concepto Endimion libre y exento,
Que dió feliz mi claro entendimiento.

»Noche, yo luz á tus dudosas deas
Di cuando con sueños espantables
Penaban tristes y con sombras feas;
Tú explicas liberal puntos amables;
Noche, escasa á mi amor ni oculta seas;
Así las nieblas de tu horror palpables
Encubran tus amantes mas queridos,
Que me dés al pastor de mis sentidos.

»Corona de fulgores, cerco de oro,
Que coronais de amor mi libre hielo,
Ya en la anunciada lluvia suelta lloro;
Oiga mi llanto el rey de mi desvelo.
Pastor que adamo y Endimion que adoro,
Ya del cielo me escuches, ya del suelo,
Blando es el hielo y es la nieve ardiente;
Di si tu oido mis mudanzas siente.

»Que si de amar á mas amar subiendo,
Es inconstante ser y ser mudable,
Yo que infinitos grados voy haciendo
Cerca de mi divina causa amable,
Entre mis nombres sublimar pretendo
Por excelso, por ínclito el de instable,
Y mudanzas hará infinitamente
Mi anhelo ardor, mi adoracion ardiente.

»O si tu amor disiente á mi albedrío,
Y no te suena bien lo de inconstante,
Trueca, Endimion, el atributo mio
Que renueva el amante al otro amante;
Tú en brasa convertiste el hielo mio;
Haz tú de mi mudable ser constante,
Y pues eres el dios de mis quereres,
Quita y pon almas como tú quisieres.»

Este llanto, este ardor que Cintia siente
Con la de su pastor confusa duda,
Era en los cielos válida corriente,
Lluvia en la tierra fácil y menuda;
Acaso entonces una clara fuente
Bebia de Endimion la hueste ruda,
Cuyo dios trasparente y cristal santo
Turbaba de la Luna el ciego llanto.

Las cándidas ovejas sacudian
El tesoro de oriente que bajaba;
Las ondas consagradas recibian
Lo que la bruta gente desechaba;
Las doradas arenas que subian
Se mezclaban con perlas, y saltaba
El agua con calor que recibia
Del llanto ardiente de la Luna fria.

El pastor venerando algun portento
De las divinas y fatales cosas,
Con temor y sagrado rendimiento
Tocó el labio en las ondas fervorosas;
No las bebió, mas vuelto al firmamento
Con blandas voces dijo: «¡Oh qué hermosas
Parecen las dos lumbres de tu frente,
Bella Diana, en esta clara fuente!»

Por ventura, Cupido, si estuvieras
Con tu aljaba y tus flechas allí junto,
A tu poder y á tus aciertos dieras
Puntual sazon y sazonado punto;
Amor, yo deseara que anduvieras,
Y siempre descuidado y siempre á punto,
Con el mudable amado cuidadoso,
Y con el firme amante perezoso.

Al tiempo que el pastor la faz al cielo
Alzó, fué visto de la Luna bella,
Que allí reconoció de su desvelo
La ocasion y la causa de su estrella;
Llena de turbacion, con fuego y hielo
La voz resuelve y la palabra sella,
Duro caso que á todo amante asombra,
Que es del mayor amor el temor sombra.

Bien quisiera la Luna que empezara
Endimion y su pena le dijera;
Quisiera que Endimion amante hablara
Lo que Diana desdeñosa oyera;
Quisiera que al pastor Diana culpara,
Que á Diana el pastor disculpa diera;
Porque tratar así cosas humanas
Es avisado estilo de Dianas.

Mas ¡oh Luna! que frustran tus desvelos
Los decretos noctívagos de Juno;
Que es órden interpuesto de los cielos
Que sin flecha de amor ame ninguno;
Febo el Tesalio de acerados velos
Cubrió al simple pastor; ni pudo alguno
De los de Amor agudos pasadores
Pasarle el peto ni infundirle amores.

No supo decir mas la casta diosa
Que mirar á Endimion tan dulcemente,
Que sin amar amara la amorosa
Llama el pastor que el hado no consiente;
Mas cuanto la violencia poderosa
Pudo hacer del objeto vehemente,
De Cintia amó Endimion la clara lumbre,
Si es amor la inclinada pesadumbre.

Quien llama acto al amor libre y exento
Niega que amó Endimion, en quien Cupido
De amores no infundió libre tormento;
Pero quien defendió el amor asido
A las inclinaciones, sentimiento
Tiene opuesto; que amor en tal sentido
Es en almas forzoso y corazones
Como en los fundamentos relaciones.

Sea causa fatal á dos amantes
Lo que la conveniencia firme alcanza,
Opuestos dos hermosos semejantes,
¿Quién negará amorosa semejanza?
Quién no confiesa en causas consonantes
Del amoroso efecto la esperanza?
Quién pervirtiendo esencias inmortales
Niega que son iguales dos iguales?

Mira el pastor los cándidos fulgores
De Cintia repetidos en la fuente,
Y de forzosos, no libres amores
El peso natural que oprime, siente;
Causas de amor dijera yo mayores
Las que no tienen vida diferente
Del alma, con quien tienen alma unida
Las que tienen un ser con nuestra vida.

Amar queria el pastor, y no queria,
Que aunque la inclinacion le arrebataba,
Amor el acto libre suspendia,
Porque Endimion amor libre ignoraba;
La causa helada en viva llama ardia,
El amoroso efecto no sacaba
Con sabia claridad, con clara ciencia
El alma de confusa indiferencia.

Reverberaba en líquidos cristales
La clara luz ardiente de la diosa,
Y de la fuente y llamas inmortales
Repercusa nacia lumbre hermosa;
El resplandor de Cintia paternales
Causas dispuso con la fuente undosa,
Y el luminoso efecto que nacia
Era parto de amante compañia.

Dijo Endimion entonces: «Esta llama
Que deste resplandor y desta fuente
Nace y el medio alumbra, amor se llama,
Y unido efeto en causa diferente;
Pues, como dijo Cintia, ¿no te inflama
El ejemplo de amores evidente,
Y no dispones tú como estas ondas
Alma que engendre amor y correspondas?

»Tiene amor una gloria, que al sugeto,
Sea rústica peña, infunde ciencia,
Y entre la causa obscura y el efeto
Distingue con aguda diferencia;
Rudo es el libre, inculto y en efeto
Sin lumbre, sin razon, sin experiencia;
Y aquel en quien de amor la luz no arde
Ignora presto y raciocina tarde.

»Endimion era libre, y de su amante
El agudo argumento no concibe,
Que es libertad rudeza de diamante,
Y razon delicada no recibe;
Cuidó que aquella vida relumbrante,
Que en Cintia y en sus bellos rayos vive,
Pedia reina y diosa adoraciones,
No enamorada humanos corazones.

»Ya sé, luciente Delia, que naciste
Nieta del cielo y parto de Latona;
Ya sé, Diana, que engendrada fuiste
Del rey que á las demás diosas corona;
Sé que la noche obscura dia hiciste
Con veces de la délfica persona,
Y que eres dignamente tú en los cielos
La reina sola de los castos hielos.

»Yo te rindo solivagos cuidados,
Porque en serena noche eres Diana;
Por hija de los cielos adorados
Veneracion te ofrezco soberana;
Por vireina del sol los sublimados
Inciensos en la tarde y la mañana;
Por casta hija de Júpiter prometo
A tu pureza celestial respeto.»—

«¿Hay desesperacion en el infierno
Tan áspera, tan dura, tan amarga?
¿Puso Megera de dolor interno
Al corazon ligero tanta carga?
No hay tormento mayor ni mas eterno,
Ni pena tan dañosa ni tan larga,
Como en vil confusion de obscuro olvido
Con el amante hablar desentendido.

»No quiero yo, pastor, ser respetada
Como parto de Júpiter ni el cielo;
Yo de Endimion pretendo ser amada,
Y que no ingrato mires mi desvelo;
Agora, mi pastor, de tí adorada
Me niega obscuro temeroso velo,
Si me quieres hermoso, como á hermosa,
O si me adoras hombre como á diosa.

»¡Oh reyes dioses que en la empírea esfera
Potencias sois! oh príncipes deidades
Solos á quien negó la suerte fiera
Satisfaccion de puras amistades!
¿Qué averiguada fe cierta y entera
Confunden vuestras altas calidades?
Ni dice el alma qué estima en los reyes,
Si del amor, si del temor las leyes.

»Si fueras tú, Endimion, rey en el cielo,
Y deste monte fuera yo pastora,
Fácil supiera yo si tu desvelo
Mi razon respetaba por señora;
Entonces fuera el reverente hielo
Familiar llama y fuego, mas ahora
No sé si el sacrificio soberano
Es divina ambicion ó amor humano.»

Dicho, Endimion postrado de rodillas,
El resplandor de Cintia luminoso
Con puras voces claras y sencillas
Adoró y con afecto religioso;
Conociólo la Luna, y sus mejillas
Fuentes volvió de llanto tan copioso,
Que sobre los vellones derramado
Dejó el campo el pastor con su ganado.

«Sigue, dijo Diana, tus ovejas
Y la rústica grey, pastor grosero;
Vive tú desdeñando lo que dejas,
Que yo siguiendo tus desdenes muero;
Cierra, pastor ingrato, las orejas,
Ni oigas de la luna el llanto fiero,
Que lloverán fulmíneos mis amores
Truenos horribles, trémulos fulgores.

»Sigue de tus ovejas esparcidas,
Pastor infiel, sin órden los cuidados;
Formen ideas mal desvanecidas
Tus vanos pensamientos derramados;
Las campesinas fieras homicidas
Hagan suerte feroz en tus ganados;
Ni sienta el fido can el presto robo
Del tigre ardiente y vigilante lobo.

»Quiera el cielo, si el cielo al fin reserva
Al delito castigo merecido,
Que niegue á tu ganado el prado yerba
Y cristal el arroyo endurecido;
Serenidad á tiempo y lluvia observa,
Y el contingente efecto merecido
A tu cansada fe responda avaro
Sin lluvia en ocasion ni tiempo claro.

»Sóbrenle á tu zurron quejas sin cuento,
Pastor ingrato, y en tu infiel oido
La falta se repita de sustento
Con voz cansada y pálido gemido;
Tu cayado bien triste y malcontento
Te niegue justo alivio retorcido,
Y si en tu grey al fin buscas descanso,
El can te muerda y desconozca el manso.

»Nubes y confusion, bajad seguras
Y el ganado ofuscad descarriado,
Que ya no guiarán con lumbres puras
Al pastor mis estrellas ni al ganado;
Logre la obscura suerte sus venturas
Con la ventura que Endimion ha hallado;
Y en la noche, sin senda ni camino,
Encuentre incierto cierto su destino.

»¿Qué dorada ocasion con rayos rojos
A la cándida luz prefieres mia?
Qué causa dulce, ingrato, de mis ojos
Te lleva y de mi casta compañía?
Si es celosa ocasion á mis enojos
En esta oculta selva alguna dria,
Bien desprecias pureza cristalina,
Rudo Endimion, por la deidad de encina.

»Torreada madre, reina montañosa,
Que habitas con espíritu divino
La cumbre de la sierra pedregosa,
Y dejas, profetisa, el real camino:
Inspira á Cintia la pasion celosa
Que al pérfido doncel convierta en pino;
Sobresalga entre todos descollado
Mi pastor desleal avergonzado.

»Mas yo que deslealtad culpo traidora,
Y yo que fe baldono fugitiva,
¿Por qué con trato infiel me quemo agora?
¿Cómo en traicion me abraso fugitiva?
Viva, Endimion, tu ley despreciadora,
Y tu tirano imperio, Endimion, viva;
Sabré morir viviendo despreciada,
Sabré vivir muriendo mal pagada.

»Yo, querida ocasion, yo siento y vivo
Con aire de tu espíritu forzoso;
Yo he de seguir tus fugas fugitivo
Y tus fieros desdenes desdeñoso;
Las esquivezas tuyas, dulce esquivo,
Amaré y las tardanzas perezoso,
Y en víctima agradable tus rigores
Pondré sobre el altar de mis amores.

»Si eterna fuere ¡oh amado! tu esquiveza,
Si duraren eternos tus desvíos,
Un retrato amaré de mi pureza
Y un semejante de los hielos mios;
Y si mudas cual yo naturaleza,
Aliento nuevo, espíritus y brios,
Vuelto de frio hielo estrella amante,
Seguiré con amor mi semejante.

»Siga tu voz el manso placentera;
Calle el zurron y súfrate el cayado,
Libre de rabia ardiente y boca fiera,
Viva, pastor hermoso, tu ganado;
Goce con siempre verde primavera
Tu ventura feliz eliseo prado,
Y con aire seguro y cielo eterno
Ni temas el estío ni el invierno.

»Yo desviaré otra vez, si amo prudente,
La ardiente lluvia y el ardor lluvioso
Del sereno cristal, felice fuente
Donde bebieres tú, pastor hermoso;
Yo con serena luz y clara frente
Despejaré este medio tenebroso,
Porque huya tu grey amada y siga
Amiga prohibicion ley enemiga.

»Di, mi dulce Endimion, ya amante seas
Claro de los fulgores de Diana,
O ya con sombras distraido feas
Aborrezcas mi lumbre soberana;
Si objeto soy cualquiera que deseas,
Con memoria de mí sólida ó vana,
Si me da algun estado en tí la suerte,
Sea vida infeliz ó feliz muerte;

»Sea Diana de tu amor amada,
Sea de tu rigor aborrecida;
Sácame tú de la confusa nada
¡Oh valeroso dios! á alguna vida;
O ejerce odiosa tu pasion amada,
O amante tu pasion aborrecida:
Tibios medios no quiero, extremos pido,
Que el tibio proceder provoca á olvido.

»Entre dicha y desdicha no quedara
Con estrella de bien y mal ajena;
Si tu cuidado con mi amor llenara,
Gozara yo de amor la gloria llena;
Tuviera de la pena que causara
En tus amores merecida pena,
No el caos y confusion de mi memoria,
Insensible á la pena y á la gloria.»

Así Cintia lloraba, así queria
A un rapaz pastorcillo, á un niño exento
Cintia, que en frio ardor y llama fria
Las luces abrasó del firmamento;
Así la diosa libre el mal sentia,
Que hizo en los altos dioses sentimiento;
Así la midió el hado justiciero
Con la medida que midió primero.

Entonces Endimion sobre el ganado
Velaba con amor tan cuidadoso,
Que aun leves á la vela y al cuidado
Treguas no concedia de reposo;
El hijo de Calisto habia tocado
En la mitad del globo luminoso,
Y era el pastor en el discurso largo
Lince de bronce y acerado Argo.

«Duerme, claro Endimion, descansa y duerme,
Dijo mirando á su pastor Diana,
Que sabré yo tambien pastora hacerme
Cuidadosa en la noche y la mañana;
Sé yo, en la tarde, lámpara volverme,
Y en el aurora antorcha soberana,
Y con áureo vellon de luces bellas
Fulgores rijo y apaciento estrellas.

»¿No has visto por la tarde ladradores
Canes atentos mi esplendor mirando
Cómo contra famélicos rigores
Están mis claras velas avisando?
Pastora universal de los pastores
Soy, que las fieras nieblas desviando,
Traigo en la obscura noche claro dia,
Que aparta al lobo y al leon desvia.

»Yo velaré mejor, yo haré la vela
Con mas cierto reloj y hora mas cierta;
Yo, á quien el vivo temor que me desvela,
Tiene con celos y amor despierta;
Al tiempo que el brumoso invierno hiela,
Y hace el calor á la campaña yerta,
Velaré yo debajo de los cielos,
Pastor amado, con amor y celos.

»Que veles de la tarde hasta el aurora,
Si velas sin amores descuidado;
Expuesto yace á boca tragadora
En medio de la noche tu ganado;
Cuidado sin amor no tiene hora,
Ni sin celos hay punto descuidado,
Que el que no cela y ama cosa cierta,
Es velador sin luz y llama muerta.

»Duerme tú, porque yo mire dormido
El claro resplandor de tu hermosura;
Deja el alma que adore tu sentido,
Si no puede gozar el alma pura;
Duerme, porque á mi pena agradecido,
Le valga á mi desvelo su ventura,
Que gozando yo así tu imágen muerta,
Con mi esperanza soñaré despierta.

»Duerme, pastor, que de mi casto hielo
No mires el blason á quien desea
Caido y derribado por el suelo
La llama connubial de humosa tea;
No mires de tu olvido y mi desvelo
La hermosa guerra y la batalla fea,
Ni la lid afrentosa que ha tenido
Mi amor despierto con mi honor dormido.

»Duerme, Endimion, que mides justamente
El premio igual á la esperanza mia,
Sea del esperar el alma ardiente,
Sea del poseer la vida fria;
Dormido aparta espíritu viviente,
Y dormido el vital aire desvia,
Que por trofeo á mi esperanza pones
Premios sin vida y muertas posesiones.

»Dioses de negra peña y mármol duro,
Que con aspecto plácido y severo
Feliz imperio moderais seguro
Del sueño hermoso y del letargo fiero;
Cintia, la diosa del invierno puro,
Vuestra divina estancia tocar quiero;
Despierten á mi luz y rayo fuerte
Los que en la sombra duermen de la muerte.

»Sueño pido á un pastor, que desvelado
No admite helado y frio mi desvelo,
Sueño divinamente fabricado
De resplandor de llama y flor de hielo;
Caiga Endimion, amante descuidado,
Junto á su aprisco en el ameno suelo,
Que infunda así dormido en mi memoria
Un alma celestial su muerta gloria.»

Dijo, y las blancas pias arrancaban
A las previstas señas obedientes,
Cuando las nubes pálidas bajaban
Medrosas de las ruedas relucientes:
Ligeras unas con temor volaban,
Otras corrian con fulgor ardientes,
Cuando Delia entre lumbres inmortales
Toca del sueño lóbregos umbrales.

CANTO III.

Hay entre Báyas y la antigua Cuma
Un sitio liberal, ameno, donde
Jamás alberga la pesada bruma,
Ni sus rayos el sol jamás esconde;
Siempre con toldos á la llama suma,
Y con abrigos siempre corresponde
Al invierno cruel la estancia amena,
Llena de abriles y de mayos llena.

Aquí de hiedra y álamos torcidos
Un pabellon umbroso se levanta,
Que en sacra ociosidad á los dormidos
Dioses recrea y en holgura santa;
Blando cristal de arroyos esparcidos
Suavemente fácil se quebranta,
Dando apacible escándalo sonoro
A las aguas de plata guijas de oro.

Tres capillas aquí divinamente
Coros alternan diestros y suaves,
Que responden al son de la corriente
Los aires puros y las dulces aves;
Con proporcion variada competente
Allí los tiples suenan, altos, graves,
Que de los aires el compás maestro
Las aves y las aguas rige diestro.

Color eliseo los amenos prados
Conservan con el riego cristalino,
Y espira de los árboles cargados,
Suave olor y espíritu divino;
Aquí el campo distinguen variados
Albergues mil sin senda ni camino,
Porque en tocando la dormida tienda,
La yerba crece y bórrase la senda.

A imitacion de la celeste esfera
El sitio ameno y apacible alcanza,
Con visos de perpetua primavera,
Orden alegre, armónica templanza;
Ni mejor posesion el prado espera,
Ni hay de mas dulces frutos esperanza;
Que el alma, en dulce sueño sepultada,
Nada apetece ni le falta nada.

Y como de los ejes celestiales
Que sustentan triunfante el firmamento
Con ordenadas vueltas y cabales
Persevera diverso el movimiento;
Así en las primaveras inmortales
Del vario sitio y del florido asiento
Firme se muda, y persevera moble
La consonancia y variedad inmoble.

El arbólico alcázar fabricado
De huecas ramas, verdes y pomposas
Erige en la mitad del fresco prado
Piramide de yerbas olorosas;
Aquí, en alto descanso sepultado
Yace difunto á las visibles cosas
Con arrugada frente y torvo ceño
El rey temido del profundo sueño.

La pesada cabeza coronada
Con diadema de blanda dormidera,
Pobladas sien y cejas, y cerrada
La estrecha frente con guedeja fiera;
Ancha nariz, que rompe violentada
Una respiracion que otra no espera;
Labio flamante desmedido y bronco,
Puerta patente del sonido ronco.

Letargo llaman este los que llaman
El imperio del sueño dividido,
Cuyos efectos lóbregos infaman
Con fantásticas sombras el sentido;
Lecho al resuelto dios forman y enraman
Del álamo las hojas denegrido,
Con que Alcides muró la osada frente,
Cuando el trifauce can ligó valiente.

El sueño (este es el otro rey que impera
La aurora y prima noche sosegado)
Duerme con grata faz y placentera
Niveo en serenas flores y rosado;
Que amenidad de blanca primavera
Y de su cielo el resplandor dorado
Medio prenuncian de templanza bella
En el dormido signo y quieta estrella.

Suavemente destrozadas rosas,
Y blandamente azahar deshecho,
Con descuidado aliño cuidadosas,
Daban al dulce dios sabroso lecho:
Ardian las mejillas amorosas;
Azucenas nevaba el blanco pecho,
Y coronaban la serena frente
Flor de hiedra y oliva floreciente.

Los descuidados ojos defendidos
De transparentes delicadas puertas,
Sin aparente error, á los sentidos
Visibles cosas representan ciertas;
No envanecen allí premios fingidos,
Ni descaecen esperanzas muertas,
Que lo claro disciernen de lo obscuro
Párpados de cristal luciente y puro.

No entre el objeto allí ni la potencia
Intermedia falible el blanco diente,
Ni con mediana luz, si cierta ciencia,
La densa punta de taurina frente;
Que funda la verídica experiencia
Medio mas claro y lumbre mas valiente,
Y muestra la verdad clara y constante
Cristal de roca á punta de diamante.

En hora desigual descansa y pena
El blando sueño, el rígido letargo;
Uno es quietud de cielo dulce llena,
Otro llena inquietud de infierno amargo,
Con gozo y con dolor, con gloria y pena,
Con breve gusto y con tormento largo,
Y tan opuestos son en sus desvelos,
Que el uno tiene amor y el otro celos.

El uno y otro dios de sus rendidos
Contraria ostentacion hace y alarde:
Uno en el alba muestra sus dormidos,
Otro sus muertos en la obscura tarde;
Unos con nobles pechos y atrevidos,
Otros con el servil miedo cobarde,
De plomo obscuro mar reman forzados,
Pasean mar de leche enamorados.

Satisfacciones unos animosos
Fundan del alba al venidero dia;
Agravios otros flacos y medrosos
Anuncian tristes en la tarde fria;
Y como en el sentido son forzosos
Los casos de la fuerte fantasía,
Estos el seco fin soñado pierde,
Y aquellos gana su esperanza verde.

Unos que al númen lóbrego sujetos
Estigio plomo beben congelado,
En el alma ejercitan los efetos
Del miedo obscuro y del temor pesado;
¡Duro mal! Que prorumpen los conceios
Del abortivo parto imaginado,
Cuando el violento dios junta á la boca
Inmoble puerta de pesada roca.

Temen, y del temor las penas vivas
Huyen con presto miedo perezosos,
Que implicaciones hórridas y esquivas,
Resueltos pasos atan y dudosos;
Alas de presto viento fugitivas
Das ¡oh ligero miedo! á los medrosos,
¿Cómo al que teme agora infundes, cómo
Correr de mármol y volar de plomo?

Otros que la porcion toman debida
Por grado ó fuerza del obscuro lago,
A quien de hierro líquido bebida
Brinda la muerte y ferrugíneo trago;
Las nueve vueltas de la Estige fida
Siguen con movimiento errado y vago,
Y al fin en hierro frio naufragantes
Repiten giros otra vez errantes.

Estos las claras cosas con antojos
Perturban de colores diferentes,
La cándida luz llaman rayos rojos,
Y los fulgores blanca nieve ardientes;
Las tres dobladas puertas de sus ojos
Son triangulares vidrios transparentes,
Y juzgan con fantásticos errores
El miedo celos y el temor amores.

Otros que el aqueróntico Leteo
Anega en culpas y en obscuro daño,
Absorta la esperanza y el deseo
En mar licuente de confuso estaño,
De la deslealtad y trato feo
No penetran falidos el engaño,
Y en las pesadas ondas sumergidos,
Dan crédito al pesar de los sentidos.

Estos cuya altivez émula aspira
Al sol en sus efectos señalados,
Doradas platas crian con mentira,
Y con afectacion oros plateados;
Verdad la falsedad su vista mira
Y juzgan los oidos engañados
Que es plata y oro de sencillas manos,
Y hacen doble moneda dobles Janos.

Desta manera duermen los rendidos
Al soñolento número perezoso,
Y tan pesado mal en los sentidos
El pensamiento carga sospechoso;
Allí el fiero Leteo sumergidos
De pena á pena los arroja undoso,
Y en cada vuelta de la Estige fiera
Los atormenta el dios de su manera.

Mas el celeste sueño, que en la vida
Infunde con amores vital muerte,
Otros efectos su pasion valida
Introduce en el alma de otra suerte;
No allí fuegos empíreos presumida
Toca imaginacion sensible, fuerte,
Ni á los negros umbrales de Caronte
Baja arrojada del Olimpo monte.

Ninguno ofusca con turbado lloro
El claro objeto que miró en el dia;
Si miente alguna vez, mentira de oro
Al sueño fiel y á la aprehension confia;
Júpiter inmortal tanto decoro
Concedió á la amorosa fantasía,
Que lo que niega el decretado daño
Conceda á los amantes el engaño.

Júpiter ordenó que si engañase
El soñolento error á estos dormidos,
Cuanto su amor quisiese y desease
El hado concediese á los sentidos;
Que su esperanza el amador gozase,
Que con mutuos amores respondidos
Premiase el vigilante amor la amada
Con cierta posesion, pero soñada.

¿Qué bien no determinas al amante?
¡Oh causa del amante venturosa!
Oh estrella defendida con diamante!
Oh valida intencion, firme y forzosa!
Si con fingidas luces obversante
Gloria tu amor anima tan hermosa,
¿Qué dará amor con verdaderas lumbres
Cuando te encimen sus gloriosas cumbres?

El ardor de los unos que bañaba
Licor fragrante de purpúreas rosas,
De rubicundo amor representaba
Señales al amado vergonzosas;
Cándidas rosas el amor mezclaba,
Que es grata junta de contrarias cosas,
Y era en el dulce sueño consagrado
Su mas querido amor blanco y rosado.

Aquí al amor de rosa los desvelos
Nunca guardaron con recelo impuro,
Que sin otra defensa de los cielos
Consigo mismo amor vive seguro;
Aquí llama sin humo, amor sin celos
Limpia, acrisola y diviniza puro,
Que por defensas fieles y divinas
Son guardas de la rosa sus espinas.

Otros licor de púrpura bebiendo,
De flamante clavel electo y fino,
El vino consagrado están durmiendo,
Que de los dioses es néctar divino;
Quieren sin discurrir, llegan corriendo
Al fin sin las tardanzas del camino,
Y con amor tres veces abrasado
Gozan sin pretender feliz estado.

Estos aroma inspiran, que de muerte
Preservan el reposo corruptible,
Que una suerte es remedio de otra suerte,
Y fin de un imposible otro imposible;
Así el destino firme se pervierte
Con determinacion de hado infalible,
Así á la dicha de la nieve cana
La llama del clavel destruye ufana.

Otros jazmin y cándida azucena
Beben resuelta en néctar cristalino,
Que del impuro amor grosera pena
Prohiben al espíritu divino;
Llama de accidental color ajena,
Y fuego libre de accidente indino
Bebe el enamorado casto, y bebe
Alma de hielo y corazon de nieve.

El dorado alhelí de los discretos
Brinda al gusto deshecha la esperanza,
Que del amar variable á los efetos
No atienden de tormenta ni bonanza;
Desesperados viven, ni sujetos
Al desden, al recelo, á la mudanza;
Que toca libertad de tanta esfera
Quien ama y por amar se desespera.

En el florido pabellon ninguno
Inspira violeta turquesada,
Que ignora el sitio con sus celos Juno
Tras de la hermosa vaca desvelada;
Argos allí cobarde é importuno
Punto no tiene ni hora señalada,
Que en el alba, en la siesta y en la tarde
La satisfecha luz durmiendo arde.

Tampoco la jaspeada clavellina
Inclina al sueño con licor variado,
Ni á sereno placer su jaspe inclina
De colores inciertos matizado;
El simple amor composicion declina
Recto, sencillo, puro ni doblado,
Porque entre dos amantes ser alcanza
De una balanza fiel y otra balanza.

Solo el celeste lis que en vez de celos,
Turquesado una vez, otra dorado,
Ya el rubio sol retrata, ya los cielos
Exprime con simbólico dechado,
Sus dormidos ajenos de desvelos
Alimenta y ajenos de cuidado,
Si es cosa natural á los mortales
Contemplar los secretos celestiales.

Tales allí el espíritu florido,
Tales flores inspira el suave aliento,
Que absorbe el corazon, y en el sentido
Extasis celestial cumple contento;
Así el sagrado amor favorecido
Seguro va en perenne crecimiento,
Porque la posesion mas alcanzada
Es de los mas discretos mas amada.

Estos umbrales la nevada diosa
Pervertida de amor tocaba, cuando
La noche de la esfera luminosa
Iba el obscuro medio declinando;
Calan sus luces por la selva umbrosa,
Las no violadas sombras asombrando,
Y el resplandor á su dormir sereno
Fué en vez de rayo de fulgor y trueno.

Que los retiros lóbregos heridos
Con el caliente hielo destemplado
Revelaban patentes sus dormidos
Al repentino resplandor nevado;
Los soñolentos dioses conmovidos,
Con miedo el uno, el otro con cuidado
Alzó el letargo retorcido ceño,
Y cristalinos párpados el sueño.

«Dioses de la quietud y del descanso
A mortal é inmortal, clamó Diana,
Vosotros que inspirais sereno y manso
Espíritu á la tarde y la mañana:
Perdon merezca que cansada canso;
Venia pido, que soy la soberana
Reina candente de nevados hielos
Y me abrasan ahora amor y celos.

»Si son de las deidades celestiales
Por suerte igual comunes los afetos,
Y á los bienes los dioses y á los males
De los amigos dioses van sujetos;
Si temen en los cielos inmortales
Los inmortales cielos los defetos,
Si refieren los dioses á sus cuentas
De no vengadas diosas las afrentas;

»Dioses, con providencia prevenida
Pido eviteis el venidero daño,
La rüina infeliz y la caida
Mayor que fabricó artífice engaño;
Dioses, yo soy la diosa presumida;
Dioses, mirad qué presto el desengaño
Con blandas llamas del empíreo cielo
Derribó mis alcázares de hielo.

»Mi amor es Endimion, y vos el medio
A mi dudoso honor pensad seguro,
Que es Endimion querido mi remedio,
Sea con puro amor ó con impuro;
Si confesado el duro mal, remedio
El venidero mal, austero y duro,
Cintia lo dice: despertad, dormidos;
Endimion es pastor de mis sentidos.

»A mí la clara lumbre de mi hielo
Y mi sacra pureza cristalina
Ofrece medio agora á mi desvelo,
Que apruebe docta vuestra luz divina;
Llueva sueño al pastor de vuestro cielo,
Que al sueño desvelado ya se inclina,
Cuando en el campo su velar bizarro
La vuelta espera del fulgente carro.

»Porque mi deshonor no vea despierto,
Deseo yo gozar su amor dormido,
Si amor se ha de llamar el acto muerto,
Y sin jüicio el acto consentido;
Este fin me propuso el hado cierto,
Cualquier medio de mí será elegido,
O sea natural ó violento,
Si firme toca mi fatal intento.

»Amor me dijo que con luz le hablase,
Honor me dijo que sin luz le viese,
Que discurriendo su razon le amase,
Que su razon callando le quisiese;
Ordenó mi jüicio que tomase
Medio que entre los dos sentencia hiciese,
Y que siguiendo honesta mis venturas,
Si las hallase, las gozase á escuras.

»Conmoved, sacros dioses, el consejo
De silentes potencias sosegado;
Libre á vuestra eleccion el medio dejo,
No el dulce fin que necesita el hado;
Ni os persuado mas, ni mas me quejo
Del evidente mal amenazado;
Haga vuestro consejo docto y sabio
Señora á Cintia del fatal agravio.»

Hay á los lados de la tienda umbrosa,
Por donde el sueño ofrece oculta puerta,
Bañados de una y otra undante fosa,
Dos árboles de obscura forma incierta:
Uno en la calentura maliciosa
Del celoso rocía muerte cierta,
Otro en su riego su verdor bañando
Inspira en los amantes sueño blando.

¡Ay del amor que llega aquí cansado
Del rígido desprecio y del camino,
Si por suerte infeliz le pone al lado
Del pesado letargo su destino!
Durmióse el dios que el árbol desdichado
Desamparado vió, mas el divino
Sueño atendió, caido el númen ronco,
Que hablaba Delia desde el sacro tronco.

Temió de Cintia el femenil empeño
El dios y el infortunio de la diosa,
Y como los que duermen, con el sueño
Niegan nada y conceden toda cosa,
Inspira al punto de su amado dueño
A Cintia la respuesta presurosa,
Y un ramo que ofreció el árbol vecino
Le dió bañado en riego cristalino.

Cerró el númen los ojos esto hecho,
Y á la radiante lámpara la puerta:
Parte veloz Diana, que en el pecho
Razon á su deseo lleva cierta;
Pasa de la Campania el mar estrecho,
Toca de Latmio la campaña muerta,
Que tenia el silencio sepultados
Los canes, los pastores, los ganados.

Solo Endimion atento no dormia,
Raro caso, sin celos, sin amores,
Y el claro parto de Titon queria
Despertar sus caballos voladores;
Llega Diana, y en la noche fria
Hielos aparta, esconde resplandores,
Que para estivo amor y amante estío
Es invierno la luz y infierno el frio.

Tendió de leve niebla vergonzosa,
Sobre la clara faz obscuro velo,
Confusa con temor y amor la diosa;
Mas las estrellas desde el alto cielo
Con maligno esplendor y luz curiosa
Maliciosas notaban el desvelo
Constante y la caida irreparable
De su altivez y su deidad mudable.

Sacude el ramo cerca de la frente
La sacra Delia á su pastor querido,
Y de las hojas el humor madente
Los retiros penetra del sentido;
Rindese al sueño el velador valiente,
A dulce ociosidad, á grato olvido,
Dando la cesacion que le trasforma
Materia libre para amante forma.

Junto al antiguo aprisco venturoso,
Del famoso Endimion albergue estrecho,
Sobre un pequeño cerro cuidadoso
Daba, si grato y apacible, lecho;
Aquí vencido del humor jugoso
Recostaba el pastor el diestro pecho
En el cansado brazo sobre el suelo,
Dejando libre el corazon al cielo.

La diosa, que miraba sepultado
Al pastor y en olvido suave muerto,
Toca con mármol el exento lado,
Que ofrece con descuido descubierto,
Y dijo: «Dime, corazon alado,
Si dormido Endimion estás despierto,
¿Qué pensamiento agora el alma inflama,
Si pena mi pastor, si cela y ama?

»Dime, fiel corazon, así del viento
Con estrella tus alas alentada
Eternamente beban suave aliento,
¿Es Cintia, de Endimion amado, amada?
Es Cintia de Endimion grato contento?
O por suerte fatal y hora menguada
¿Es á Endimion el rendimiento mio
Causa de olvido y causa de desvío?

»Dime, fiel corazon, que siempre al sueño
Argos celeste veles invencible,
Si quiere otra ocasion mi amado dueño,
Si con mi amor compite amor posible,
Si á mi esfera de luz cristal pequeño
Opuesto eclipsa, impide aborrecible,
Si con desvelo infiel á mis desvelos
Otro amor le entretiene y me da celos.

»Dime, fiel corazon, que de la vida
Orígen seas y árbitra balanza,
Si señaló la suerte aborrecida
Desesperado premio á mi esperanza,
Si de falible amor causa falida,
Si de infalible causa firme alcanza,
Si queriendo seré tan inmudable
Como querida fuí varia y mudable.

»¿Qué diosa terrenal, dime, qué diosa
En el divino solio de los cielos,
De mis celestes dichas envidiosa,
Opone astuta á mis amores hielos?
Vosotras, cumbres de Pelion y Osa,
Escalas no seréis, pondréis mis celos
Cuando la imaginacion mia os remonte,
Gigantes fieros, monte sobre monte.

»Di, corazon leal, que no lo seas
Cuando el pastor soñare desvelado
Tristes anuncios, fantasías feas,
¿Dónde la fantasía y el cuidado
De mi cuidado y mi Endimion empleas?
¿A qué dichas dichoso aplica el hado
Memoria del pastor agradecido,
O á qué desdichas del pastor olvido?»

Pesaba tanto la marmórea mano
Sobre el pecho al pastor, que no podia
Dar por la voz el alma paso llano
A la fida respuesta que salia;
Próvido entonces sobre el viento vano
Amor á los intentos asistia
De su agraviada madre, y á la diosa
Con sencillez habló tan maliciosa.

«¿Sabes por dicha de un pastor, pastora
(Así el amor disfraza las deidades),
Por quien Cupido preguntaba agora
A este monte, á estas mudas soledades,
Que blasona la flecha vencedora
De amor y las rendidas libertades,
Y se llama Endimion, que aspira ufano
A la exencion del arco soberano?

»Que si le hallo, Amor me ha prometido
Desta cumbre la mas hermosa dria,
Porque grosero paga con olvido
Sagrado amor y con memoria fria;
Díjome que era dél aborrecido
Cuanto la blanca Luna le ofrecia,
Y á los sátiros momos burladores
Contaba de la Luna los favores.

»Que queria mudar la oculta suerte
Y jugar con los dos de amor trocado,
Que Cintia con horror huyese fuerte
Del agreste pastor el vil cuidado;
Que fuese á Cintia de Endimion la muerte
Vida, y vida al pastor enamorado
De su Cintia fatal la ingrata vida,
Y espíritu la llama aborrecida.»

No fabricaba Amor esta mentira
Porque Cintia al pastor aborreciese,
Que no podia la amorosa vira
Querer mal si el pastor ingrato fuese;
No porque á enojo y á indignada ira
Con los viles desprecios la moviese,
Que no ignoraba Amor que los desprecios
Rémora solo son de amantes necios.

Quiso Amor que la Luna aborrecida
Su mas ingrata causa mas amase,
Que de bajos denuestos ofendida
La majestad por su ofensor penase;
Quiso Amor que á su real llama encendida
Materia de querer supeditase
Por caricioso amor duros rigores
Y olvidos frios en lugar de amores.

Fué á responder la Luna, y solamente
Encontró con el viento despejado
Que diese á su dolor y pena ardiente
Campo en la muda noche sosegado;
«Lumbre, lloraba, de mi clara frente,
Honor de mi corona consagrado,
¿Cómo á los piés rendida humilde llego
De un vil rapaz y de un infante ciego?

»Mas no eres ciego, niño de mis ojos;
Nombre de lumbre y resplandor mereces,
Que con dorada luz y rayos rojos
En mi razon ufano resplandeces;
En esta obscuridad claros despojos,
Si bien dormidos, á mi amor ofreces,
Y eres de noche ya con rayo nuevo
A mi febeo ardor ardiente Febo.

»Alumbra, claro Amor, veré dormido
El pastor de mi vida. Con dorado
Vellon la frente duerme defendido
Y el pecho libre con vellon nevado;
¿Cómo, di, blanca nieve, has resistido
Al fuego de mis voces abrasado?
Cómo el rizo esplendor de sus orejas
Sutil lamentacion cierra á mis quejas?

»Sois del triunfante Amor arcos triunfantes,
Arqueadas de sus ojos dulces cejas,
Por donde palmas del Amor ovantes
Entran y del Amor cautivas quejas;
Sois de sus lumbres párpados radiantes,
Puertas azules y doradas rejas
Con celosías próvidas por donde
La fuerza que á traicion saltea esconde.

»Sois, cejas, bellos iris, que en la obscura
Noche de mi Endimion y su descanso
Nuevas del sol y de su lumbre pura
Por el aire esparcis sereno y manso;
Pues no reposo en mi fatal ventura,
Ni en vuestra dicha celestial descanso,
Que las nuevas de paz para la tierra
Son nuncios para mí de amante guerra.

»Vosotros, ojos, que dormís en tanto
Que os pueden adorar mis ojos ciegos,
Porque sepan templarse con el llanto
Los de sus albas luminosos riegos;
No desperteis del cielo sacrosanto
Las lumbres altas, los empíreos fuegos,
Porque si sale el sol por la mañana
No quedará con su pastor Diana.

»Y vos, mejillas de escarlata hermosa,
De quien la cipria reina avergonzada,
Huyendo tiñe la nevada rosa
En el rojo licor del pié bañada;
No de mi bella causa poderosa
Me desperteis la llama sosegada,
Que á una dormida luz y muerto ejemplo
Pira inmortal encumbro y sacro templo.

»Frente, campo de nieve no tocado,
Seguro del Amor, campo sereno,
Donde el arco y las flechas ha ensayado
Para la dulce herida con que peno;
Láctea serenidad, mar sosegado
De blancas dichas y bonanzas lleno,
Espejo de plateados arreboles,
Que eres alba nevada de dos soles;

»Pues eres campo fértil, cuya nieve
A tu grato cultor y á su esperanza
De dulces frutos altos colmos debe;
Pues eres mar, en cuya fiel bonanza
El navegante intrépido se atreve;
Pues eres alba, cuya faz alcanza
Despues de funeral silencio umbroso
Con despejada luz aliento hermoso;

»Sea de mi esperanza el fruto cierto,
Y del inmenso mar en que navego
Cierto el amado fin, seguro el puerto;
Libre mi posesion de abismo ciego,
Libres mis esperanzas de mar muerto
Naveguen, si á tu blanca frente llego,
Hasta que de oro puro en cerros bellos
Descubran ricas Indias tus cabellos.

»Y tú, rubia corona, que dorado
Término eres de la blanca frente,
Cuya guedeja y resplandor rizado
Noche de humanos ojos no consiente;
Tú, que con bellos lazos enredado
Tienes de amores el imperio ardiente,
Y en tus sienes cautivan con decoro
Los Cupidos de perlas rizos de oro.

»Bien á la régia púrpura y diadema
Absoluta el pastor humilde asciendes,
Que de la Luna la deidad suprema
A un humilde pastor unir pretendes;
No puedes hacer junta mas extrema,
Amor, ni sabes mas ni mas entiendes,
Que fraguar una union tan soberana
Que divina resulte y salga humana.

»Boca divina, inspira voz ardiente,
Diré que eres sufragio del tesoro
Que el aliento reserva del oriente
Y del aurora el rutilante lloro;
Yo el oráculo adoro reverente
De tu sagrada inspiracion, y adoro
Humilde tu querer, que tus mandados
Solas mis causas son, solos mis hados.

»Cinta de carmesí purpúrea, breve,
Por quien el fino múrice envidioso
Pálida envidia y macilenta nieve
Cubre en el retirado mar undoso;
Labio que de coral el alma bebe
Y el vivo aliento del clavel fogoso,
¿Cómo la roja sangre está vertida
Y con raro milagro detenida?

»Escuadron ordenado en dos hileras
De iguales, blancos y menudos dientes,
De cuya proporcion las once esferas
Trasladaron mensuras relucientes;
Glorias eternamente duraderas
Señaleis al pastor, fuertes, valientes,
Ni rija rey imperios divididos,
Que siglos firmes anunciais unidos.

»Nectárea inspiracion, que infundes vida
Al alba y á la siesta y á la tarde
En la pira de aromas encendida,
Donde el purpúreo Fénix indio arde:
Traslada aliento á mi pasion vencida,
Segura tú que mi pasion te guarde
Con siempre nueva vez y eterna suerte
Tu renovada vida con su muerte.

»Si eres de fuego espíritu flamante,
¿Cómo te alienta, dime, un pecho helado?
Tambien se abrasa el bronce y el diamante
Con el fuego de amor vivificado;
¿Cómo, si no eres fuego, mi constante
Pecho de frio hielo congelado
Has destruido, á fuer de sol de oro,
Resuelto en fácil lluvia y blando lloro?

»Yo siento, amado dios (tanto merece
Nombre la causa hermosa que me alienta),
Que de mi anhela vida el alma crece
Si tu anhélito vivo me alimenta;
Yo siento que la vida desfallece,
Si escasa la reprimes ó violenta:
¿Cómo con una vida padecemos
De frio y de calor los dos extremos?

»Yo siento aquí por la divina puerta
De tus celestes voces soberanas
Evidente razon, respuesta cierta
De mis desvelos frios y ansias vanas;
Aquí mi desengaño ofrece abierta
Puerta, y del alma cierra las ventanas,
Cuando dormido desengaños sabios
De tu descuido dejas á los labios.

»Aquí tu dulce boca, si dulzura
La fe puede afirmar sin el sentido,
Con vivas esperanzas asegura
El premio de mis ansias pretendido;
Y yo que mi deseo y mi ventura
Inquiero de ocasion débil asido,
La muerte evito al desengaño esquivo.
Y con la vida de tu engaño vivo.

»Mas tú, Noche divina, que eres manto
De amante culpa y del amor que yerra,
Tiende el obscuro velo sacrosanto
Entre los claros cielos y la tierra;
Cléguese mi esplendor y lumbre en tanto
Que mi labio su labio hermoso cierra;
O pásese á mi pecho el hielo frio,
O á su pecho se mude el fuego mio.»

Dicho, Diana blandamente toca
El descuidado labio adormecido
De su pastor, y de su hermosa boca
Mide el clavel de purpura encendido;
Quedó la varia como inmoble roca,
Alma constante el variador sentido,
Fijo norte la Luna se hizo queda,
Y centro firme la voltaria rueda.

Poco faltó que Cintia no imitase
De su Endimion querido el dulce sueño,
Y los despiertos ojos no dejase
En confianza al alma de su dueño:
Poco faltó que el hado no sacase
Del animoso y atrevido empeño
A Diana la vida, á Cintia el alma
En tanta cesacion, en tanta calma.

Vénus entonces á su hijo: «Llega,
Dice, que allí por el siniestro lado
Para tu pasador y llama ciega
Oportuno lugar descubre el hado;
Propon al cielo, á Júpiter alega
La dura ofensa de mi honor violado,
Y tú mas diligente de tu parte
Haz que el pellico defensor se aparte.»

Corre el Amor solícito ¡oh imprudencia
Del dios rapaz, del niño bullicioso!
¿Por qué necio sin ojos y sin ciencia
Maduras, niño, fin dificultoso?
Puntos que dió difícil providencia,
Consentidas sazones del reposo
Del hado vigil, y despierta suerte
¿Tu ignorancia pueril rompe y pervierte?

¡Oh fuerza de infelice punto activa,
Que puedes dar en imposibles muertos
Vivificante union y junta viva,
Si nacen males de tu vida ciertos!
Inciertos fines la atencion conciba,
Y los favores el amor inciertos,
Que estorbará mejor el enemigo,
Amor que desazona amor amigo.

¿Sabrá la suerte lóbrega por dicha
Blancas horas fraguar, y de la muerte
Podrá tomar aliento la desdicha
Con hado inverso y implicada suerte?
¿Cómo, si hay vez que el órden de la dicha
Tuerce el amado fin y le pervierte,
Y de estrella mas clara y mas dichosa
Desdicha se derrama mas forzosa?

Amor, que de la Luna enamorada
Es la mitad del alma, y cuyo intento,
Contra la firme estrella desdichada
Clavar quiere en el alto firmamento,
Desazonó la suerte deseada,
Turbó á Diana su feliz contento;
¿Qué muertes niegas, ¡oh suerte infelice!
Si al felice mató suerte felice?

Amor, á quien la altiva Cintia hermosa,
Siendo de su valor alto rendida,
Teje verde corona mas hermosa
Y palma rinde mas ennoblecida,
El punto y la ocasion turbó amorosa
Del mismo Amor buscada y pretendida,
Que contra el infeliz puede la dicha
Cuando gastó sus fuerzas la desdicha.

Tocó el blanco pellico presuroso,
Tentó el siniestro lado del aviso,
Y cuando al arco el pasador furioso
Aplicar inmaturo y presto quiso,
Su calor enjugó el humor jugoso
Del soñolento ramo, y de improviso
Se halló la Luna sin hermoso dueño,
Sin fin Cupido, y Endimion sin sueño.

El pastor que otra vez la llama ardiente
Sintió de Amor en el pellico blando,
Cuando Cupido la inmortal corriente
De las causas estuvo averiguando;
Con sabia astucia y con nonor prudente
Del amoroso prado levantando,
A Vénus deja y á su Amor burlada
Con una muy hermosa retirada.

Sombras, si entonces el dolor sagrado
Huyó del corazon á los retiros
De Cintia, que perdió su enamorado,
Ni oyó la ciega noche sus suspiros;
Yo lo que oí no mas os he contado,
Mas lo que imaginé no sé deciros.
Icaro ya mi voz, Icaro llama:
Espera un poco, presumida fama.

FIN DE ENDIMION.

FÁBULA DEL GENIL,

POR PEDRO ESPINOSA.

IDILIO.

Tambien entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,
Y á los dioses de escarcha tambien prendes
Como á Vulcano con lascivo juego;
Del sacro olimpo á Júpiter desciendes,
Y á Febo dejas, sin su lumbre, ciego,
Y á Marte pones con infame prueba
Que de tu madre las palabras beba.

El claro dios Genil sintió tus lazos,
Que á la náyade Cínaris adora;
Ella le hace el corazon pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora;
Corta las aguas con los blancos brazos
La ninfa, que con otras ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas
En aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante
Con las náyades vido estar bordando,
Y por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando;
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando;
Paró el agua á su queja, y por oilla
Los sauces se inclinaron á la orilla.

«Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
Seréis, dice, testigos de mi pena
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desden llena;
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente
Que es de una sierra de cristales vena,
Soy dios, y con mis ondas fuera Tétis,
Si no atajara mi camino el Bétis.

»Vestida está mi márgen de espadaña
Y de viciosos apios y mastranto,
Y el agua clara, como el ámbar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo;
No hay en mi márgen silbadora caña
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas
Para hacer las hénides guirnaldas.

»Hay blandos lirios, verdes mirabeles
Y azules, guarnecidas alhelíes,
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes;
Hay ricas alcatifas y alquiceles
Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ambares y azahares por el viento.

»Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi márgen veo estar honrado;
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napeas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

»Así del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos arpados los sarmientos,
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos;
Por flexibles tarahes sube y trepa
La inexplicable hiedra y los contentos
Ruiseñores trinando: allí no hay selva
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

»Mas ¿qué aprovecha ¡oh lumbre de mis ojos!
Que conozcas mis padres y riqueza,
Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?»
Dijo, y la ninfa de matices rojos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza,
Con desden da á entender que el dios la enoja,
Y arroja el bastidor y el oro arroja.

Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la Sirena;
Helósele su voz en la garganta
Como cercado de engañosa hiena;
No tanto á vírgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena,
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz que de temor le embiste.

En sí volvió del ya pasado espanto
Cuando quiso el contrario del contento,
Y halló que las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento;
La libertada cólera entre tanto
Le obligó á que dijese y el tormento;
«¡Oh tú, hija de montes y de fieras,
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.»

Dijo así, y codicioso del trofeo,
Al alcázar del viejo Bétis parte,
Cuyo artificio atrás deja el deseo,
Que á la materia sobrepuja el arte;
No da tributo Bétis á Nereo,
Mas como amigo sus riquezas parte
Con el que es rey de rios, y los reyes
No dan tributo, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucientes puertas,
Ricas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas;
Ve que rayos de luces inmortales
Dan y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.

Colunas mas hermosas que valientes
Sustentan el gran techo cristalino;
Las paredes son piedras trasparentes,
Cuyo valor del occidente vino;
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pié blando en líquido camino
Corren cubriendo con sus claras linfas
Las carnes blancas de las bellas ninfas.

BIBLIOTECA PÚBLICA LEON

De suelos pardos, de mohosos techos
Hay doscientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima colchas de pintadas tobas;
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran entre juncias y ovas,
Donde á los dioses del profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.

Vido, entrando Genil, un vírgen coro
De bellas ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes cribos de esmeraldas hechos;
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follajes de carámbano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.

Un rico asiento de diamante frio
Sobre gradas de nácar se sustenta,
Donde preñadas perlas de rocío
Al alcázar dan luz, al sol afrenta.
El venerable viejo, dios del rio,
Aquí con santa majestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son los caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiracion del fuego,
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Bétis cuenta luego,
No sé si mas lloroso que turbado;
Dió luz á su justicia estando ciego
De lágrimas que amor habia brotado,
Y no hubo menester el dios amigo,
Ni mas informacion ni mas testigo.

«No será tu aficion con desden rota,
Le dice Bétis, que tambien tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla;
Granada de tus templos es devota,
Si hecatombe á mis templos da Sevilla,
Y por tí gozo ilustres vasallajes
Desde el Hispades dulce al negro Arajes.»

En Cólcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un Triton que á servir á Bétis vino;
A este manda llamar á consistorio
A todos los del reino cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento
Vienen venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas;
Otros, como á la garza fácil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma;
Otros vienen ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores y de tallos tiernos.

Cuantas viven en fuentes ninfas bellas,
Que burlan los satíricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos,
Vinieron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos,
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando aliento,
Y las vistas suspensas y divinas
A Bétis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él con grave movimiento
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo y llovió el techo.

«No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi márgen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra
Mientras teme dudosa que la sorba;
Ni pardo monte ni cerúlea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro dios divino
Que ha merecido á Bétis por padrino.

»Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro,
No cañaveras frágiles, tus sienes,
Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes;
Tú, aquel potente dios á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas en liviano coro
Para darte tributo ciernen oro;

»Hoy gozarás de Cínaris los brazos,
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa,
Y en legítimo fuego y dulces lazos
Dejaréis á Cidálida envidiosa.»
Dijo, y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto, que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.

No hay dios á quien el llanto no recuerde
Si con la compasion hace su tiro,
Y así el aljófar que la ninfa pierde
Costó mas de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno que el crin de sauce verde
Tendió sobre la frente de zafiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban
Del desden de la ninfa murmuraban.

Como cuando en solícitos tropeles
Por mayor majestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre selvajes cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,
¡Oh Cínaris! mas todas tus querellas
Bétis mirando, el caso facilita;
Que el melindre, que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita,
Y así, queriendo un monte hacer llano,
La mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble se levantan
Los dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: «Himeneo, himeneo.»
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando en agua convertida.

FIN DE LA FÁBULA DEL GENIL.

LA RAQUEL,

DE DON LUIS DE ULLOA Y PEREYRA.

De los triunfos de amor el mas lucido,
El trance de dolor mas apretado,
La causa de poder mas ofendido,
El fin en el favor mas desdichado,
El rigor mas cruel que ha cometido
Violencia irracional, canto inspirado,
No por conceptos de mi genio solo,
Yo los escribo, dictalos Apolo.

Vos, Príncipe, que fuisteis el primero,
El único seréis á quien elija
Mi musa en su defensa, porque espero
Razon de que se valga y se corrija,
Y que, alumbrada del mejor lucero,
Al templo de la Fama se dirija,
Donde, si vuestro amparo la defiende,
No inmunidad, veneracion pretende.

No presumo, Señor, que se suspenda
La integridad del público cuidado;
Si que, avara Partenope, no entienda
Que profano incapaz vuestro sagrado:
Deidades hace la votiva ofrenda;
Aun es mas que reinar ser invocado,
Y yo ni al ocio el embarazo intento:
Bastaréis para mí menos que atento.

Oidme pues, acaso, que yo fio
Que os he de disponer aclamaciones,
Donde el exceso de calor y frio
Hacen inhabitables las regiones;
Llevando en alas del aliento mio
Vuestro nombre á las últimas naciones,
Para que le venere cada una
Por mayor que la envidia y la fortuna.

Despues que coronado de victorias,
De Alfonso Octavo el militar denuedo
Dió materia feliz á las historias,
Y puesto el orbe en respectivo miedo
Consagró de las Navas las memorias
En el inclito templo de Toledo,
Quiso dar á las leyes la voz viva
Que el sordo estruendo de las armas priva.

Fatigaba el católico deseo,
En la pureza de la fe celoso,
Asegurarse del contagio hebreo,
Al comercio de fieles peligroso;
Que la torpeza de los vicios feo,
Y en la supersticion escandaloso,
Sembrando la cizaña su porfia,
Aun estorbaba cuando no nacia.

Ya, viéndose vencidas las razones
Contrarias al estado en el delito,
Que no hay verdad segura de opiniones
Y tiene defensor cada delito,
Se repitió con públicos pregones
Justo destierro del infame rito:
Tembló la Sinagoga al gran decreto,
Estremecida del comun aprieto.

Y en una junta que formó secreta
Ruben, que por pontífice aquel año
El crédito lograba de profeta,
Menospreciando en el peligro el daño,
Dijo que á hermosa virgen se cometa
Solicite del Rey el desengaño,
Y que será, con ánimo constante,
Segunda Ester en caso semejante.

Eligióse Raquel, en quien se via
Toda la perfeccion sin competencia,
Y el mas hermoso resplandor del dia
Vistió de luto en la primer audiencia;
Y con tan inclinada cortesía,
Que mas fué adoracion que reverencia,
Salió el aurora de nubloso velo,
Y á las plantas de Alfonso se vió el cielo.

Y libres del cendal las luces bellas,
Que dejaron al Rey en ceguedades,
Verificó mejor que las estrellas
La fuerza de inclinar las voluntades.
¡Qué fácil los discursos atropellas,
Si con muda elocuencia persuades,
Hermosura infeliz, siempre nacida
Para mortal estrago de la vida!

Desconócese el Rey cuando examina
La diferencia que en el alma siente:
En gustoso tormento se imagina
O en pena que le aflige dulcemente;
Y el alivio engañoso que destina
Por lisonja del ánimo doliente,
Hace que del veneno se renueve
La sed ardiente que la vista bebe.

La majestad cobarde se retira
Introduciendo la desconfianza,
Y viéndose mirar cuando no mira,
Descubre y no conoce la esperanza.
Raquel, que en el extremo de la ira
Halló tan improvisa la mudanza,
Extrañaba el enojo por suave,
Y turbábala mas lo menos grave.

Al dar el memorial tembló la mano,
Y al recibirle el Rey endurecido,
Todas las señas recató de humano,
Hasta que de las ansias oprimido,
Olvidó en el semblante soberano
La violencia, y en partes dividido,
Algun afecto que dejó los lazos
Fuera suspiro juntos los pedazos.

Volvió á cobrarse, que permite el fuego
En los principios tanta resistencia,
Y por fingir que se negaba al ruego,
Sin fenecerla levantó la audiencia;
Y entrando á sosegar tan sin sosiego,
Que cada accion envuelve una violencia,
Cerró la puerta golpe acelerado
Para doblar la llave y el cuidado.

Cercado de rebeldes invasiones,
En los reparos del combate piensa,
Temiendo las humanas prevenciones,
Que se conjuran todas en su ofensa;
Estrechan mas el sitio las pasiones,
Y sola la razon á la defensa
En todas partes vigilante estaba
A cuantas armas el amor tocaba.

Por frecuentes temblores que sentia
Temió que el corazon se le minaba;
Fuéle á reconocer, y vió que ardia
Por una parte, y que por otra helaba;
De varios elementos se valia
El ingeniero que el volcan formaba,
Porque en Vesubio racional se pruebe
La mezcla de la llama y de la nieve.

Raquel en tanto, menos discursiva
Que crédula del Rey á la dureza,
Quiso culpar la presuncion altiva
En la lumbre del sol de su belleza;
Que reducir del monte fugitiva
Pudo la fiera de mayor rudeza,
Y en rayos mas activos y suaves
Examinar la reina de las aves.

Neutral, desconfiaba y presumia,
Borrando un accidente otro accidente;
Ya salir de palacio pretendia,
Y ya lo ejecutaba negligente;
Cuando advertida de que el Rey queria
Revocar el destierro de su gente,
El temor del enojo se deshace,
Y otro temor de la esperanza nace.

Quedó á la novedad menos inquieta,
O mas osadamente quedó hermosa,
Y en su semblante amaneció perfeta
La luz que se eclipsaba temerosa,
Succediendo á la cárdena violeta
La púrpura soberbia de la rosa,
Y lo aparente del celeste ornato
Dejó de ser temor y fué recato.

Así, despues que se crió señora
Del alcázar de Amor Siquis ufana,
La recató la soledad, autora
De las libres ofensas de Diana;
Y entre las opulencias, donde ignora
Si las ministra diligencia humana,
De voces invisibles asistida,
Temió la honestidad y no la vida.

Sobre seguridad del vencimiento,
Espera el Rey á la infeliz hebrea;
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradiccion teme y desea;
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos,
Victoria apellidaron los sentidos.

No rumores de bélicos clarines
Dieron principio al amoroso asalto;
El aura sí, movida en los jazmines,
Que coronan el álamo mas alto,
Y el eco derramado en los jardines,
Nunca al ejemplo del deleite falto,
Que repite de dulces ruiseñores,
Ansias de celos, lástimas de amores.

Juntóse la eleccion, con el destino
El trato, en que las llamas se eternicen;
Lo misterioso de su ser divino
Elogios inmortales solemnicen,
Y rindanse á su efecto peregrino
Cuantos conjuros los encantos dicen,
Cuantos engaños los hechizos hacen,
Cuantos venenos en Tesalia nacen.

Quiso decirse entonces que recibe
Fuerza con el auxilio del encanto
Vénus, y que á sus gustos apercibe
Tristes ministros del oscuro llanto;
Ella, que en las empresas que concibe
Sabe que por sí sola puede tanto,
Burlando de rumores ignorantes,
Estrechó la prision de los amantes.

Equívocas las almas, no sabian,
En éxtasis de dulces confusiones,
Si una por otra se sustituian,
O juntas animaban las acciones;
Y las ciegas lazadas reducian
A tan estrecha union sus corazones,
Que al formar los alientos se trocaban
O con un movimiento respiraban.

Ya no son dos las vidas, ni se admite
Division de potencias racionales;
Cada sugeto juntas las repite,
Tratándose por términos mentales;
Y tanta elevacion se les permite,
Que sin voz, sin cariño, sin señales,
Por milagro de amor que comprehenden
Se acuerdan, se enamoran y se entienden.

Amor no se celebre que trajese
La luna hasta la tierra su deseo,
Que al cielo Ganimedes ascendiese,
Y que el abismo penetrase Orfeo;
Todo en el culto de tus aras cese,
Y en la solemnidad deste trofeo
Solo te aclamen victoriosas palmas,
Dios de los dioses, alma de las almas.

Un príncipe clemente, justiciero,
Victorioso, feliz, sabio tuviste,
Guardando de un halago lisonjero
Oscura cárcel de tiniebla triste;
Donde del tiempo ni al mordaz acero
Limar alguna parte permitiste
Que diese en el espacio de siete años
Un átomo de luz á sus engaños.

En tanta noche la razon dormida,
Ya con el clavo del gobierno roto,
De la justicia y de la fe oprimida,
Zozobraba la nave sin piloto;
La paz por todas partes combatida
En las ondas del público alboroto:
El reino, sin el sol que le alumbraba,
En tenebrosa oscuridad estaba.

Y porque tanto fuego no emprendiese
Mayor incendio con mayor olvido,
Llegó á tratarse que el remedio fuese
Entre los ricos hombres prevenido;
Y como á tales juntas asistiese
En el lugar del voto preferido,
Por calidades de prudente viejo,
Así fué de Alvar Nuñez el consejo.

»Ya por vuestra desdicha, castellanos,
Del Hércules sabréis, que os gobernaba,
Cómo le cercan pensamientos vanos,
De nueva Yole la prudencia esclava;
Y que olvidadas las robustas manos
Del peso formidable de la clava,
Lisonjeando de ninfas el estilo,
Al huso femenil tuercen el hilo.

»Esta de la nacion mas infamada
La sangre de los godos amancilla;
Su voluntad es ley tan venerada,
Que falta adulacion para cumplilla,
Cuando á su arbitrio la cerviz postrada,
O cobarde, inclinamos la rodilla,
Como propio recibe el homenaje,
Como ajeno le trata en el ultraje.

»Poco juzga de sí cuando consiente
Humilde adoracion de los mortales,
Si no pasa con ánimo insolente
A gobernar los astros celestiales;
Si la cansan las noches, obediente
De Neptuno á los líquidos umbrales,
O se detiene el sol ó lo parece;
Si la enfadan los dias no amanece.

»Alfonso, del ardiente iman tocado,
Sigue la falsa luz de sus estrellas;
En piélago de llamas anegado,
O en espumoso golpe de centellas,
Siempre de nuestras voces retirado,
Sordo al despacho, mudo á las querellas;
Con que en el ocio la discordia nace,
Yace el gobierno y el estado yace.

»Con lastimosas lágrimas contemplo
Cuánto las obras de virtud se truecan,
Y cómo llega la codicia al templo,
Donde las fuentes de piedad se secan,
Obedeciendo todos al ejemplo,
Que los príncipes mandan cuando pecan,
Y en la vida culpable de los reyes,
No son vicios los vicios, sino leyes.

»Oficio es el reinar ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama,
Y en el mayor poder es el imperio
Mas corto si se ajusta con la fama;
Entre Neron, Calígula y Tiberio
Voluntario el deleite se derrama;
En las fatigas de los reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.

»De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos, ó suspensos ó postrados,
Siendo el arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados;
Solo la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados;
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales, sino viles.

»No siempre en lo profundo del secreto
Está nuestra paciencia suspendida;
Haga ruido el dolor con el aprieto
Y parezca viviente nuestra vida;
Permítase que dentro del respeto
Gima la lealtad tan oprimida,
Si el furor de un exceso en otro exceso
Arriesga que se rompa con el peso.

»No la corona del mayor planeta
Dejeis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finge que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva;
Rayos que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudos tan estrechos pasen,
Respeten el laurel, la hiedra abrasen.

»Sacrifiquemos esta ofrenda impía
En gracia de los reyes ofendidos,
Que fueron con violenta tiranía
En voluntarios lazos oprimidos;
Hallará en este ejemplo la osadía
Con que les embarazan los sentidos,
Para recelo del osado intento,
Esmaltado de sangre el escarmiento.»

Aquí llegaba ronco, y prosiguiera
Concitando los ánimos feroces,
Si de Fernando Illán no se opusiera
La lozanía con airadas voces;
«Tú, que lo ardiente de la edad primera,
Le dijo, entre cenizas desconoces,
Como incapaz el accidente culpas
De mas ejemplos y de mas disculpas.

»Resplandor celestial que se deriva
De la divinidad es la belleza,
Y se descubre con la luz mas viva
Entre las almas de mayor pureza;
Amarla es la virtud con que cultiva
Toda su perfeccion naturaleza,
Y es de la humanidad frágil defecto
Pasar á destemplanza en el afecto.

»Es el amor deidad tan misteriosa,
Que con ningun concepto se percibe;
Siguiendo su bandera victoriosa,
Milita todo cuanto siente y vive;
Aman los elementos la forzosa
Correspondencia que su ser recibe,
Amanse las estrellas á su modo,
Ama el Autor universal de todo.

»Sin haberse ajustado á la medida
Del pecho celestial, ni haber hallado
Alfonso de la ciencia encarecida
Lo que se llama infuso ó inspirado,
No es de sus capitanes homicida,
Ni sacrílego el templo ha profanado,
Introduciendo en ceremonias feas
Ritos de concubinas idumeas.

»Amar la imágen del Autor supremo
Adonde mas perfecto resplandece
Es la substancia del delito extremo,
Que tu discurso bárbaro encarece;
Y que no asiste del gobierno al remo
Todo lo que á tu antojo le parece,
Remitiendo el imperio, en que de paso
De tu veneno se derrama el vaso.

»Llévanse á fuer de varios temporales
Los reyes, como el cielo los envia,
Y en votos y plegarias de leales,
De su justicia la igualdad se fia;
No hay otro medio lícito en sus males,
Ni solo es la violencia alevosía;
Las no muy limitadas persuasiones,
Los consejos prolijos son traiciones.

»Y tu brutalidad, que atroz imita
Al caribe voraz, que hambriento vierte
La sangre humana, sediciosa incita
El pueblo, y á su envidia le convierte,
El fin de la hermosura solicita,
Y al alma de su Rey traza la muerte;
¿Cómo no llueve fuego prodigioso
Júpiter en tu intento escandaloso.»

No pudo decir mas por el estruendo
Que lo estorbó del pueblo conmovido;
Ya su costumbre bárbara eligiendo,
Todo lo racional quedó vencido,
Y la parte cruel obedeciendo
La rudeza del público alarido,
En repetidas confusiones era:
«Raquel ha de morir, ó Raquel muera.»

Y para que el intento imaginado
Mas breve y fácil mas se ejecutara,
Fue cómplice la caza, celebrado
Divertimiento que el poder ampara;
Arte á las majestades dedicado,
Que la fatiga del reinar repara;
Empresa que las fuerzas ejercita
Y las agilidades habilita.

A los montes salió menos distantes
El engañado Rey, no sin recelo,
Que para vaticinios los amantes
Tienen afinidades con el cielo;
En la primera noche los instantes
Cuenta ausente por siglos el desvelo,
Hasta que á sus errores le convierte
El perezoso hermano de la muerte.

Parécele soñando que los vientos
Remueven juntos la discorde guerra,
Y en todos los etéreos movimientos,
O que se trueca el órden ó se yerra;
Que mudan su lugar los elementos,
Y el sol, no permitiéndose á la tierra,
Así como en el luto de Tiestes,
Retira las demás luces celestes.

Con triste duelo, con funeste llanto
La madre del amor se le aparece,
Y en sangrientos pedazos, de su encanto
Deshecho todo el ídolo le ofrece;
Envuélvese el dolor con el espanto,
Y el ansia congojosa que padece
Le levanta ó le arroja, si no muerto
O no dormido, bien ó mal despierto.

No lo incierto del sueño le asegura,
Ni en las dificultades se sosiega;
Sabe que no es dichosa la hermosura,
Que todo es fácil á la envidia ciega;
Que no merece parte en la ventura
Quien á los hados perezoso ruega,
Y quisiera ligarse al pensamiento
Para entrar en Toledo por el viento.

De animado relámpago se fia,
Al céfiro legítimo heredero,
Que las exhalaciones competia
Del alma de su dueño; y lisonjero
Tanto esfuerza el aliento en la porfía,
Que arrojado no fuera tan ligero,
Con ansia de alcanzar cada suspiro,
En el vuelo de un sacre ni en el tiro.

Estaba el año de la edad adulta
En el principio con que ostenta ufano
La preñez que en los árboles resulta
De las virilidades del verano;
El alma Céres con virtud oculta
En verdes mieses multiplica el grano,
Y ordena Juno que Fabonio vuelva
Para esmaltar florífera la selva.

Y aunque la hermosa amante ver quisiera
El calor en la noche remitido,
No deja su epiciclo por esfera
De las divinas luces elegido;
Que si no aljaba de las flechas, era
Taller de los arpones de Cupido,
Con que todos los tiros son mortales,
Afiladas las armas en cristales.

Del lazo, en que se prenden, importuno
Libra los hermosísimos cabellos,
Y para suspenderse en cada uno
Quisiera amor innumerables cuellos;
No fuera su color tan oportuno
Si todo el sol se trasformara en ellos;
Por milagro de amor naturaleza
Juntó la oscuridad y la belleza.

Borrones son las luces con que ordena
De rosicler el alba los colores
Cuando compiten de su tez serena
Con la mezclada lucha de las flores,
En que salen mas veces la azucena,
Y alguna los claveles vencedores;
Solo los labios en que amor reposa
Admiten pura la flamante rosa.

El incendio divino de sus ojos,
Que á vencimientos celestiales pasa,
Para lograr eternos los despojos,
Anima, no consume lo que abrasa;
Y en medio de dulcísimos enojos,
Aun cuando alumbran con la luz escasa,
Hallan las almas, que su ardor condena,
Abismo celestial, gloriosa pena.

Las demás perfecciones resplandecen,
Reducidas á union tan soberana,
Que la disculpan si la desvanecen,
Y se compiten por tenerla ufana;
En cuantas hermosuras se encarecen
Nunca se vió la humanidad tan vana
Ni con tantas divinas calidades
Para poder triunfar de las deidades.

Perdona, Celia, que retrato humano
Ni á tu belleza original ofende,
Ni la osadía de pincel profano
Emulacion sacrílega pretende;
En tu memoria del dibujo vano
Idólatra mi alma se suspende,
Y en fiel demostracion de mi cuidado
A tí te adoro y á Raquel traslado.

Alzando entonces la fatal cortina,
Nemesis permitió que se mostrara
Que los últimos átomos destina
A la labor de Láquesis avara;
El fin de la hermosura determina.
¡Oh cuánto algun soberbio se templara
Si al juzgarse inmortal, hiciera el cielo
Que de su estambre se corriera el velo!

Ya persuadian al mortal reposo
Del sueño, descendiendo las estrellas,
Cuando le turba ruido temeroso
Que da fortuna de iras y querellas;
Y aunque las voces, por lo numeroso,
Eran confusas, se aclaraba en ellas:
«¡Muera quien nuestra libertad cautiva!
¡Viva la paz y la justicia viva!»

No cuando al fuego de la cuarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto,
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto;
Despeñado, primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto,
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.

Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las hebillas;
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas,
«Traidores», fué á decirles, y turbada,
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo: «Caballeros,
¿Por qué infamais los ínclitos aceros?

»¡Una mujer acometeis rendida
Como si fuera ejército enemigo!
¿Amar á vuestro Rey, correspondida,
Puede solicitar tanto castigo?
Mezclada de mi sangre y de mi vida,
Toda su majestad vive conmigo;
Podrá vuestro rigor verle deshecho,
Primero que sacarle de mi pecho.

»Mal pudo á tanto Rey, á imperio tanto,
Resistirse rebelde mi flaqueza;
Estas sangrientas fuentes de mi llanto
Basten á enternecer vuestra dureza;
Y desta vana compostura, cuanto
Tan ciegamente se llamó belleza:»
Rompió las piedras, suspirando entonces,
Y se irritaron los vivientes bronces.

Herida ya una vez, «no se remita,
Dijo, con nueva luz lo que merezco;
A tí, causa primera, solicita
Mi alma en la fatiga que padezco;
A tu piedad, sin límite infinita,
El holocausto de mi vida ofrezco;
Anima tú eficaz mi sentimiento,
Y hasta martirio eleva mi tormento.»

Con las venas sin número rompidas
No apagan de los ánimos voraces
El ansia los sedientos homicidas.
Dureza fué de pechos pertinaces
Repetir tantas veces las heridas;
Pero querer hacerlas tan capaces
Que pudiesen salir dos almas juntas,
Clemencia fué de las crueles puntas.

¡Oh mudanza forzosa en la fortuna
Que vanidad en tu valor blasona!
La que á sus plantas ostentó la luna,
Pareciéndole poco la corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna
Entre la turba vil que la baldona,
Es víctima sangrienta de villanos;
¿Esto acontece y duermen los tiranos?

No fué bien de los bárbaros feroces
Ejecutado el prodigioso insulto,
Cuando en las alas de su amor veloces
Y en las tinieblas del temor oculto
Llegaba el Rey, y las dolientes voces
Le fingen un agüero en cada bulto;
Fúnebre luz, que trémula lucia,
Al desengaño trágico le guia.

Reconocióle, y el rigor airado
Acusa de los dioses celestiales;
Generoso leon, por esforzado
Y por rey infeliz de irracionales,
Mirando en el semblante destrozado
Las prendas de su alma ya mortales,
Para resucitarlas con bramidos
Pide brutalidad á los gemidos.

En los jazmines pálidos se arroja,
Que deshojados y marchitos mira,
Y explica dolorido la congoja
En la debilidad con que respira;
El clavel, que marchito se deshoja,
Contempla inmóvil, asustado admira,
Y suspendiendo indicios de viviente,
Muestra que siente mas en que no siente.

De los injustos hados al intento
Ya toda la beldad obedecia,
Y con tan apacible movimiento,
Que pudiera lucir cuando vivia;
Al despedirse del postrero aliento,
Para mostrar que el cielo se rompia,
Abrió los ojos, y al cerrarlos luego
Todo lo que alumbró lo dejó ciego.

Dando las señas de su fin constante,
Tres veces se afirmó sobre los brazos,
Y persuadida del preciso instante,
Átropos corta los vitales lazos;
Pártese el alma, y del mortal amante
Sale deshecho en líquidos pedazos
A recibir los últimos despojos
El corazon vertido por los ojos.

Cómo despues de las perdidas horas
Dió el Rey toda la edad al escarmiento,
Labrando las virtudes triunfadoras
A su fama glorioso monumento:
Decidlo, de Hipocrene moradoras;
Permitase al dolor mi desaliento,
Que voz de hierro durará sonora
Cuando espira Raquel y Alfonso llora.

FIN DE LA RAQUEL.

EL DEUCALION,

POEMA

DE DON ALONSO VERDUGO DE CASTILLA,

CONDE DE TORREPALMA.

La horrenda historia del undoso estrago,
Castigo universal del orbe entero,
Y de su acerbo fin terrible amago,
Repite ¡oh Musa! si al idioma ibero,
Si á la bética lira, si al halago
De mi sonante rima lisonjero,
Como inspirastes al cantor latino,
Grata concedes tu favor dinino.

Y tú del numeroso Apolo, en tanto,
De Mercurio elocuente alto museo,
Suspende para oir mi humilde canto,
A la lira la accion ó al caduceo;
Perdone el fuego á la copela, en cuanto
Sobre el agua cruel pendiente veo
Tu piadosa atencion, mientras conoces
Que escorias son de tu crisol mis voces.

Ya la indignada Astrea abandonaba,
Ultimo número, el inicuo mundo,
Y ya la férrea edad aprisionaba
Entre muros el antes errabundo
Pueblo; ya mal sufridos levantaba
Sus tronos la ambicion, y del fecundo
Tronco de la impiedad y la malicia
Brotaba la licencia y la injusticia;

Tiránico el poder, las leyes muertas,
Venerado el delito, el culto vano,
La piedad falsa, las cautelas ciertas,
El trato fraudulento, el juicio insano,
Erraba el mundo; y á las altas puertas
Del claustro de los dioses soberano
Llamaba con igual desasosiego
La impía queja y el devoto ruego.

Jove la execracion mas que el gemido,
Atónito escuchó, y el indignado
Rey del etéreo olimpo conmovido,
Los dioses junta atento y alterado;
Duda el celeste coro, y prevenido
El silencio, con ánimo inflamado
Vierte en la exhortacion que los conspira,
Así la majestad, así la lira:

«¿Hasta cuándo, deidades soberanas,
Su engaño el mundo seguirá grosero,
Y el contrario agitar de las humanas
Pasiones copiará su caos primero?
¿Dónde llevan los hombres sus livianas
Mentes? ¿Qué error les odia el verdadero
Bien de la dulce paz, ó qué malicia
Deprava la recíproca justicia?

»La fugitiva Astrea aun no ha librado
Su pura toga del audaz insulto,
Y á su etéreo solar se ha refugiado
Rehusando indignada el falso culto;
De la fe y la virtud acompañado
Se retira el honor del vulgo inculto,
Y el amor la fraterna sangre olvida,
Y en ella la inocencia huye temida.

»Yace la religion; ¿qué templo, qué ara
Vió rectos humos ni sencillo ruego,
Sin que el voto sacrílego manchara
Mas que la sangre el jaspe, el puro fuego?
Ya en vez de la piedad, ruega la avara
Ansia de suceder, y en culto ciego
Hallar pretenden la deidad propicia
Cómplice de su error ó su injusticia.

»Ya de los anchos términos del mundo
Todo el espacio aun es límite breve
Al humano poder, que furibundo
Tirano, usurpadoras armas mueve.
Entre lagos de sangre el triunfo inmundo
Canta impío, y sacrílega se atreve
A asaltar las esferas celestiales
La ambicion de los míseros mortales.

»Vosotros lo decid, que de la insana
Guerra sufristeis los trabajos duros,
Y, afrenta es referirlo, de la humana
Audacia recelasteis mal seguros;
¿Por ventura bastó á la soberana
Mansion la altura de sus claros muros
Para que no intentasen los gigantes
Escalar sus alcázares distantes?

»Mirad ¡oh sumos dioses! profanados
Los templos en honor vuestro erigidos;
Ved en horrenda púrpura bañados,
Titubear los tronos mal sufridos;
Los inocentes lares apagados
Con sangre ó en incendio convertidos,
Y si aun vive algun justo, opreso duda
Entre argolla servil ó espada aguda.

»Ya de nuestra clemencia escarnecida
Los abusados límites ignoro,
Y temo que humillado piedad pida
Al vano mundo el soberano coro;
O que intente su audacia presumida
A los cielos borrar los astros de oro:
Tanto sufrir infama la constancia,
Y hace complicidad la tolerancia.

»Si tanto se tolera, otro esta silla
Indigno ocupe, y este cetro grave
Rija con débil mano, al cual se humilla
Cuanto en el seno aun del futuro cabe;
El flaco imperio entonces sin mancilla,
La deidad vana de ultrajar acabe
El mundo; mas no á mí, en cuya clemencia
Pende su disoluble consistencia.

»Aun se vibra en mi mano el inflamado
Trisulco, á las maldades prometido,
Que al Pelion sobre el Osa levantado
La alta mole arruinar supo esgrimido;
Aun se oye á Licaon encarnizado
Vagar las selvas con nocturno aullido,
Y aun estremece el pardo Lilebeo
Cuando palpita exánime Tifeo.

»Aun hay, Júpiter, dioses; hoy os juro
Vengados; arda en fuego portentoso
El ínfimo orbe, cuyo vulgo impuro
La última pena pruebe criminoso.»
Tal diciendo, abre airado el limbo oscuro,
Que es sepulcro de Encélado nubloso,
Y los adustos cíclopes convoca
Al negro umbral de la tartárea boca.

Ya los fieros ministros fiera exhiben
La enorme llama, y en la fragua etnea
Inmenso yunque prontos aperciben,
Y el sonante martillo á la tarea.
Mas en su inalterable ley escriben
Los necesarios hados que aun no sea
Abrasada la tierra; muda intento,
E impera igual estrago á otro elemento.

Al vago reino del cerúleo hermano
La dominante horrenda voz convierte,
Y «¡oh tú! dice, del líquido Oceano
Grande moderador, mi acento advierte;
La forcejada rienda de la mano
Dura relaja á la cuadriga fuerte,
Deja esta vez tu reprimida saña
Correr libre por la árida campaña.»

Inspira el Jove undoso la sonante
Concha, y el eco vuelve repetido
Horrísono el Triton aun mas distante,
Ronco alentando el caracol torcido;
De las tormentas présago, el nadante
Vulgo de los delfines conmovido
Cruza nadando; el pescador se espanta,
Truena el polo, y el golfo se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa
Eolo la caverna de los vientos:
Huyen silbando de la gruta odiosa,
Y empañan las esferas sus alientos;
Vierte el astro su lluvia procelosa;
Arma Orion sus truenos truculentos;
Aun del aura, aun del céfiro las plumas
Perezosas ventilan negras brumas.

Muge el undoso toro levantadas
Las puntas de sus cuernos litorales;
Al repetido incurso atropelladas
Van huyendo las playas desiguales;
Las ondas prodigiosamente hinchadas
Amenazan las luces celestiales,
Y de negro vapor lluvioso velo
A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes,
Que bebió en riego escaso el verde prado,
Los peñascosos cauces impacientes
Rompen, y el campo borran inundado;
Los viejos ríos, las mojadas frentes
Levantan con horrible ceño airado,
Y las urnas volcando, aun juzgan poca
La vasta plenitud de su ancha boca.

Con ímpetu ruinoso los torrentes
Disuelven de los montes las raíces,
Envolviendo en sus túmidas crecientes
Los pueblos y los campos infelices;
Con largo miedo suerte igual las gentes
Esperan de la sierra en las cervices,
Mientras admiran su áspero desierto
De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes; ya la quilla
Navega el valle en que arrastró primero;
La altura en que anidaba la sencilla
Paloma alberga al tiburon roquero;
Los peces se deslizan en cuadrilla
Sobre la grama en que saltó el cordero;
El risco ya es escollo, y ya á la piedra
Cubren las algas que vistió la hiedra.

El piloto, que al fin de su jornada
Desde léjos descubre el patrio suelo,
La improvisa tormenta viendo armada,
Las faenas duplica y el anhelo;
En tanto de las ondas superada
La patria, pierde el tino y el consuelo;
Fluctúa extraño mar la propia tierra,
Y en sus techos las áncoras aferra.

Cuál al cercano asilo refugiado,
Torre eminente ocupa ú alta roca,
Y del inmenso piélago cercado,
Crecer ve el agua, y ya su muerte toca;
Cuál corre al templo y á los piés postrado
De ídolo colosal clemencia invoca;
Urge el peligro, y olvidando el culto,
Sube á los hombros del gigante bulto.

Cuál de la erguida palma la accesible
Caña trémulo escala, cuál confia
Del añoso nogal al inmovible
Tronco, y salvarse en la alta copa fia,
Temiendo solo si al embate horrible
La podrida raíz ceder podria;
Resiste por su mal firme y profunda,
Y el que nadara leño, árbol se inunda.

El viejo labrador, que vió primero
De la turbia creciente arrebatada
Su pingüe siembra, su guardado apero,
Y al fin nadar su choza destrozada,
Próvido al monte huye, y el ligero
Vulgo de su familia la erizada
Altura busca, el hombro trabajado,
De la pobre riqueza mal cargado.

Guia el anciano, y de la tierna planta
Del niño la torpeza reprehende:
Mas que la fuga el riesgo se adelanta;
Ya nadie á conservar su carga atiende;
Ya del mísero viejo se quebranta
El ánimo y la fuerza; mas suspende
La reverencia al hijo: huye esperando,
La mano, el brazo, el hombro al padre dando.

Yacen bajo las aguas sepultados
Los altos templos, los palacios reales,
Y los marinos dioses admirados
Registran los ignotos penetrales;
Ya en vez de las espigas coronados,
Ve Cibeles sus frisos de corales;
Y donde tripudiaban las bacantes,
Coros tejen las dríades nadantes.

A las escasas cumbres retirados
Se estrechan en el último recinto,
Los que sin eleccion juntó asombrados
Duro consorcio al ámbito sucinto;
Sin que el pastor los silbe, los ganados
Y las fieras se asocian por instinto
En la cima, que juntos yacer deja
El perro al lobo y al leon la oveja.

Crecen las ondas, crece la tormenta,
Y compiten la última esperanza
Los hombres y las fieras; ya es sangrienta
Muerte de uno la vida que otro alcanza;
Desalojar al flaco el fuerte intenta;
Sobre el fuerte el ligero se abalanza;
Huye del toro vírgen temerosa,
Y otra al cuello indomado ascender osa.

El fino esposo apenas ocupada
La espalda del caballo belicoso,
Los brazos tiende á la que ya inundada
Su nombre clama en hábito amoroso;
La cadera á la esposa destinada
Ocupa al enemigo, y al dudoso
Trance, que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Lo levanta á los hombros afligida;
Del miedo y de las olas perturbada
En el piélago cae desvanecida,
Y aun en la ansia letal agonizando,
Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban
Las aguas, y al cubrirlas el mar fiero,
De míseros nadantes se escuchaban
Los roncos votos y el clamor postrero;
Con monstruosa expansion se dilataban
Las ondas de su espacio verdadero,
Y cuanto mas extensas, menos graves,
El peso no consienten de las naves.

Del líquido sutil humedecidas
Fluye la tierra sus innatas sales,
Y en légamo se funden derretidas
Las eminentes cumbres desiguales;
De los vientos las ondas impelidas
Forman corrientes, y ellas los canales;
Y en vehemente y vario movimiento
Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descollaba
De laureles inmunes coronado
El bifronte Parnaso, en que bañaba
Los umbrales del templo venerado
De Témis la onda inquieta, y azotaba
Tan tormentosa el pórtico elevado,
Que al alto friso del sagrado muro
Salpicó de espumoso limo oscuro.

En poca barca prodigiosamente
Del espumoso Ponto sustentada,
Escasa copia sí, pero inocente,
Afligida, mas no contaminada,
Yugo imponia á la soberbia frente
Del mar, freno á la furia desatada
Del viento, aquella de inocencia pura
Celeste inmunidad, salud segura;

Deucalion solo y Pirra por los hados,
Como inocentes raros ejemplares
De virtud incorrupta, preservados
De la culpa y la ruina populares;
Entrambos de los númenes sagrados
Cultores pios, que unos patrios lares,
Un tálamo juntó, y en breve pino
Unió el amor y conservó el destino.

Puerto feliz al leño zozobrado
Si poca tierra da la cima breve
Y mucha duda al ánimo turbado,
Cual débil esperanza elegir debe;
Dichoso el buque sí, pero cascado,
Mal otra vez á tanto mar se atreve;
La cumbre escasa bien se representa
Ultima en la rüina, mas no exenta.

Ya no hay contra quien armen vengativa
Su ira los cielos; Júpiter serena
El ceño torvo, y la violencia activa
De ondas y vientos aplacar ordena;
El mar, cuya tormenta destructiva
Los montes disolvió, ya de la arena
No sufre el peso, y liquidando el seno
De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la etérea Juno
Tiende el gayado manto; el sol renace;
El bramido del ábrego importuno
Cesa, y la nube el aquilon deshace;
Sus rüinosos ímpetus Neptuno
Templa; la tierra entre las ondas nace;
Huye el mar; y ya en pardos horizontes,
La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yerta
Restituirse el mundo absortos miran,
Y con tierna memoria y vista incierta
La antigua tierra en nueva forma admiran;
Y la llanura en partes descubierta,
Ya las últimas aguas se retiran;
Y las húmedas sierras al sombrío
Valle destilan gota á gota el rio.

Llora el orbe desierto el generoso
Nieto de Prometeo, y «¡oh cuán dura
Vida nos guarda el cielo, clama ansioso,
Sobreviviendo á tanta desventura!
Nosotros solo en cuanto luminoso
Febo descubre, de su lumbre pura
Gozamos noche eterna y mar profundo;
Todas las gentes cubre todo el mundo.

»Sola tú, solo yo, con igual suerte
Vivimos; en los dos la especie humana
Fallece ó se conserva, si la muerte
Fiera nuestro consorcio no profana;
Aun con terror la triste vista advierte,
De nubes una y otra cumbre cana:
Si uno faltase ¡qué infelicemente
Seria el otro el único viviente!

»Yo, si tú de las ondas sumergida
Fueses, no escuchen voz tan ominosa
Los cielos, no quedara con la vida,
Ni rehusara los hados de mi esposa;
Mas tú, si de la barca combatida
Caer me vieses á la mar undosa,
¿Cómo pudieras en tan triste suerte
Salvar tu vida ni sufrir mi muerte?

»Pero esta singular, esta de tantos
Riesgos mortales vida conservada,
Don generoso de los dioses santos,
Rindase á su bondad roconocida;
Suceda la piedad á los espantos,
Y antigua religion la nueva vida
Consagre; sea adoracion profunda
El primer culto de la edad segunda.

»Los dioses de los templos profanados
Y de la desolada tierra huyeron;
Los altares dejaron indignados,
Y de los tardos votos se rieron;
En el etéreo olimpo retirados
Con rostro enjuto el comun llanto vieron:
Solo Témis severa en alto templo
Al castigo preside y al ejemplo.

»Mas si es placable la celeste ira,
Víctima ya á su enojo el mundo ha sido;
Ya tanta ruina á la piedad conspira,
Ya tanta pena el crimen ha abolido;
No en vano á su clemencia la fe aspira,
Que entre sus puras leyes ha vivido:
Honremos la deidad, y escuche luego
El justo númen nuestro justo ruego.»

Con medrosa piedad en el limoso
Umbral imprimen la devota planta;
El templo en un silencio pavoroso
Oscuro asombra, é inundado espanta;
Fétido cieno, en vez del religioso
Fuego, cubre profano el ara santa;
Póstranse al frio jaspe; y así en tanto,
Con voz tímida alterna ruego y llanto.

«¡Oh tremendo del mundo criminoso
Inmaculado númen, de su ruina
Sola reliquia, y del delito odioso
Inevitable ultriz, Témis divina!
Si en tanto estrago cumplen prodigioso
Su indinacion los cielos, si termina
Su cólera, no sea, cual contemplo,
Venganza estéril tan costoso ejemplo.

»Desolada la tierra, gira en vano
El sol, trayendo al mundo inútil dia,
Mientras desierto el orbe del humano
Vulgo, las focas, los delfines cria;
¿Serán estos del culto soberano
Dignos ministros en su esfera fria?
No os falte ¡oh dioses! tanto sacrificio;
Porque la virtud viva, nazca el vicio.

»Benignos conservad cuantos ofrece
Héroes grandes, justísimos varones,
La venidera edad, si no perece
La emulada virtud de las naciones;
Aun entre la mas bárbara florece
Rústica religion, y en pobres dones
Honra vuestra clemencia el aldeano,
Como en sus hecatombes el tirano.

»¡Ojalá como supo el grande abuelo
La humana forma al barro primitivo
Dar ingenioso, y usurparle al cielo
Para llama vital su fuego activo,
Pudiera yo, imitando su desvelo,
Dar nueva gente al tiempo sucesivo!
Mas quien puede implorar clemencia, puede
Cuanto el cielo á los ruegos fiel concede.»

Calló, y de horror absorto religioso
El flébil eco hasta el silencio escucha;
Alta luz mueve el templo, y el dudoso
Animo entre esperanza y temor lucha;
El duro labio aliento prodigioso
Informa; y suerte pronunciando mucha,
Así predice, articulando el viento
En frase oscura, pero en claro acento.

«Salid, cubrid el rostro, y desceñidos,
Los huesos á la espalda id arrojando
De vuestra madre.» Callan suspendidos
El cruel vaticinio interpretando;
Atónitos vacilan, y afligidos,
Repitiendo tal vez, tal repugnando
Amarga suerte, la que aun no dispensa
Los patrios manes de la impía ofensa.

Rompe el silencio Deucalion: «No yerra
Mi fe, dice; el misterio he descubierto;
Piadosa, no inhumana ley encierra;
Las deidades no engañan, todo es cierto;
Gran madre de los hombres es la tierra,
Huesos las piedras suyos; si el desierto
Mundo poblar el hado así prescribe,
Piadoso y fácil modo nos exhibe.»

Flamea, no ruborosa, á la inspirada
Casta propagacion el rostro cela,
La que del hombro pende desatada
La aun no virgínea zona, libre tela;
Forma luego en nupciales imitada
Supersticiosos ritos, que á secuela
Del fausto ejemplo anuncian religiosos,
Copia á la prole, dicha á los esposos.

Con indecisa fe, con titubeante
Mano á la espalda frías piedras tiran,
Y tímida la accion, el paso errante,
La paludosa tierra inciertos giran;
Aun el ánimo duda repugnante
El prodigio que obran y no miran,
Pero constante su piedad prosigue,
Y el fin, que aun esperar duda, consigue.

Vegeta el duro canto, se enternece,
Y trasmutado de interior fermento,
De órganos y de humores se enriquece,
Y al vital se prepara movimiento;
Ya de la humana forma haber parece
El primero confuso lineamento,
Cual en dudosas señas de la errante
Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse, y mil términos en vano
El otra vez comun campo produce,
De vario sexo, como lo es la mano,
Cuyo tiro á viviente lo reduce;
En las perfectas formas soberano
Aflato auras vitales introduce;
Muévense, sienten, piensan, hablan, aman,
Y en pueblos por el orbe se derraman.

Las brutas formas, el calor suave,
La templada humedad, la aura fecunda
Imprimen; y la tierra aborta grave
De su primera prole grey segunda;
La fiera montaraz, aérea el ave
De los tímidos céspedes redunda;
Y semiformes los reptiles yacen,
Siendo aun parte del légamo en que nacen.

Desnuda entonces, y jamás vestida
Del antiguo verdor la tierra vuelve,
O por fatal castigo enflaquecida,
O porque el agua su vigor disuelve;
En tener frutos, en escasa vida
Naturaleza su poder resuelve,
Moderando los astros mas propicios
La fuerza en su virtud á nuestros vicios.

¡Oh de pétreo orígen prole dura,
Generacion de mármoles helada,
Cuya rebelde rigidez aun dura
En tus feroces pechos propagada!
¡Oh feliz tu primera compostura
De barro humilde y de alta luz formada,
En cuya masa tierna y obediente
Aun fué docilidad el ser viviente!

Pudo de piedra á hombre conducirte
La piedad de los dioses; y pudiera
A tu fría inaccion restituirte
Con pena digna su virtud severa;
Solo sus santas leyes reducirte
No pueden de hombre á justo; pues espera
Que quien lo frágil reparando enmienda,
Tambien lo duro quebrantando ofenda.

FIN DEL DEUCALION.

LA AGRESION BRITÁNICA,

POEMA

POR DON JUAN MARIA MAURI.

Cuando al volver de las marciales proras,
Que al marítimo inglés opuso España,
Lleva hasta Calpe y las orillas moras
Olas de sangre el mar que á Cádiz baña;
Musa doliente, que el estrago lloras,
Y aspiras á cantar la noble hazaña
Desta bárbara lid, tímido en tanto,
La pérfida ocasion diga tu canto.

A Europa ya asolaba impio Mavorte,
Cuando improvisa ¡astro feliz! del cielo
En medio al coro de su alegre corte
Bajó la Paz en sosegado vuelo;
Y tendiendo del austro al rudo norte
Su manto, cual la noche el vago velo
Que adormece á los míseros mortales,
De Europa un tiempo adormeció los males.

Así rompiendo tempestad fragosa,
Tal vez conturba el celestial palacio
Do Juno ostenta su poder; la diosa
Ordena: al punto en el etéreo espacio
Iris descoge el ceñidor de rosa
Que borda el sol con nácar y topacio,
Y huyen los vientos á sus cuevas hondas,
Reluce el aire, aquiétanse las ondas.

Hendió mas grata luz la niebla triste (1),
Que es de Lóndres atmósfera, y le debe
Selva y prado su gala, á par que viste
De sombra la razon, la tez de nieve.
Populosa ciudad, entonces viste
Aquí y allí la alborotada plebe
Agitarse y correr, y mano á mano
Al extranjero apellidar hermano.

Tan solo con frenética porfía
En la tribuna ilusos oradores (2)
Insultaban la paz. El Nilo via (3)
Del yermo así los negros moradores
Contra el astro del mundo y dios del dia,
Ciegos lanzar sacrílegos clamores;
Y el dios, girando fúlgido, torrentes
Verter de lumbre en sus oscuras frentes.

Mas la cándida Paz su risa altera,
Que tímida gozarse apenas osa,
Y entre celajes ocultar quisiera
El dulce brillo de su faz hermosa.
Cual niña, que tal vez por voz grosera
Repelida se aflige y vergonzosa,
Busca el regazo de su madre, adonde
Las delicadas lágrimas esconde.

No mas, diosa gentil, no mas receles
Que se atreva á tu luz cólera necia;
Luego hallarás adoradores fieles.
Glorias de Roma y brillos de la Grecia
Hoy ostentando, un trono de laureles
Te ha preparado la inmortal Lutecia (4):
Ven, y gozosa á tu divina planta
El rayo depondrá que al orbe espanta.

Llega al palacio (5), que precede amena
Simétrica floresta, y salva presto,
Presto la plaza, que aun de sangre llena
Figuro, y despedir ambiente infesto.
De aquí, si á Témis sigue el sesgo Sena,
Otro palacio esquiva ¡oh cuán funesto!
Ya sin igual ruidoso laberinto,
Que es de Europa compendio en su recinto.

Dócil, voluble, intrépido, arrogante,
Uniendo en sí contrarios caractéres,
Al galo ve la Paz á un mismo instante
Cubrir los mares, fatigar á Céres,
Surcar las auras, ocupar brillante
Foro y saraos, pórtico y talleres,
Que á todas partes con acepto influjo
Esparcirán su caprichoso lujo.

Mira al bátavo así, nacion mañosa (6),
Sus mil canales recorrer, y al prado
¡Cuántos bajeles lleva el ancho Mosa!
¡Qué adornos Flora al arenal salado!
Y el habitante en calma igual reposa,
Si bien, mas que su lecho el mar alzado,
Bramando empuje el ténue balüarte
Que al ímpetu feroz opuso el arte.

Hácia el plácido sur la dulce dea
Ya se vuelve: «¡Humillad la frente adusta,
Gigantes de Pirene! A España vea
Venturosa otra vez, cual noble y justa;
España, á quien la lámpara febea
Jamás niega su luz, señora augusta
De mas reinos que holló con sus falanges
El magno Macedon, deidad del Gánges (7).»

Oriente de tan ínclitos varones
En armas y poder, que á tanta altura
Sublimaron tus bélicos pendones;
Sagrario del honor y fe mas pura;
Por ella, España, en acoger los dones
De la alma Paz no temes, y segura
Luego en tus senos, desatar consientes
De tu riqueza las opimas fuentes (8).

Aquí su olivo el bético Silvano
Despoja, y Baco sus racimos de oro;
Allí cede la oveja á diestra mano
De su vellon el cándido tesoro;
Mientras purpúreo el insectillo indiano,
Ya del Sidonio múrice desdoro,
Los albos copos á teñir se apresta,
Cual púdico rubor frente modesta.

Se apresta el polvo que en pureza tanta
Copia el zafiro del cerúleo cielo,
Y el tinte, cuyo brillo no adelanta
A las mieses dorando el dios de Delo,
Con las fragantes hojas de la planta
Que de nuestra region se veda al suelo,
Y los despojos que falaz amante
Vistió de Europa el robador Tonante.

Mas ¿qué otra planta en vástago lozano
Predilecta del sol, frondosa crece,
Y esclavo della el útil africano,
Tal vez con ayes lánguidos la mece?
Liba la abeja almíbares en vano
A cuantas flores primavera ofrece;
Con mas dulzura el tributario arbusto
En nevado panal deleita el gusto.

Deja el rico metal su cuna estrecha
Para bogar por los inmensos mares.
¡Ay! que ya astuta y ávida le acecha
La vil codicia! Altivos insulares,
No os infameis; sin dolo ni sospecha
Juró España la paz; en sus altares
Ardiendo está la antorcha todavía,
De esperanza y contento aurora y guia.

¡Esperanza falaz! ¡Triste contento!
Tal, quien perdido por fragosa sierra
Y en tormentosa noche errando lento,
Oye súbito trueno que le aterra,
Sordo llover y el rebramar del viento,
Ya tiembla que á su pié falte la tierra,
Ya inmóvil imagina el orbe entero
Entregado otra vez al caos primero.

Si en el afan que su valor destruye,
Una próvida luz próxima advierte,
¡Oh cuál su pecho al gozo restituye!
¡Cómo el pavor en júbilo convierte!
¿Dónde vas? ¡Ay de ti! Mísero, huye
Esa pérfida luz, astro de muerte,
Que á ser despojo al caminante lleva
De infame banda en espantosa cueva.

Dejando atrás los límites del mundo,
Adonde del Cocito al márgen toca,
Voraz, inmenso báratro profundo,
Que turbias llamas por la vasta boca
Vomita, hirviendo siempre, y cieno inmundo,
En la que mas despunta, áspera roca,
La feroz hija de Plutou y Alecto,
La Discordia, labró su albergue infecto.

Desde él escucha horrísonas serpientes (9)
Silbando, aullar los infernales perros,
Y hostigando á las sombras delincuentes,
Mil chasquidos crugir; los triples hierros
Que arrastran, rechinar, y mil dolientes
Gritos henchir sus lóbregos encierros.
Mas no le basta aun; lenta la Parca,
Y ociosa está, á su vez, la estigia barca.

«¿Qué importa, dice, á mi furor tan presto
Romper la paz, y que émulos insanos
Respiren otra vez mi ardor funesto,
Galo y breton? ¿Qué sirve armar sus manos,
Si los sujeta al piélago interpuesto
Su encono á desfogar con ecos vanos,
Y en ambas playas, cual de arado inerme,
Sin sangre el hierro está, y el bronce duerme?

»Mas ¿ya no soy la que en dogal estrecho (10)
Cambio el abrazo fraternal, y torno
En tumba de venganza el casto lecho?
¡Víboras, de mi frente horrible adorno,
Bajad, heridme en el fecundo pecho!
¡Brote á raudales, con su hiel en torno,
Nuevas artes de mal que adentro encierra;
Vierta en la paz las furias de la guerra!»

Dice, y veloz alzándose, la pura
Atmósfera del globo señorea;
Mas ya ha depuesto su letal figura,
Torvo mirar y la incendiaria tea;
De la que siempre atesorar procura,
Y mientras mas adquiere, aun mas desea,
De la codicia estéril, anhelante,
El porte adopta y pálido semblante.

Alado cetro, alígero calzado,
En dos alas ciñéndose la frente,
Adáptase tambien, cual ve pintado
Su protector (11), la lucradora gente.
Ya azota el aire en vuelo arrebatado,
Y el aire gime al rebatir frecuente;
La mortífera flecha voladora,
Menos rápida así, silba sonora.

Al pié de un monte ameno (12), en verde llano
Que artificioso césped entapiza,
Besando el solio del poder británo,
El Támesis en calma se desliza;
Su espalda azul, rival del Océano,
Semeja, tal con mástiles se eriza,
La no remota selva, á quien renombre
Diera el Cantor-Filósofo del hombre.

Ve la náyade allí, cerca del puente (13),
Que dos fangosas márgenes oprime,
Vecino al mar y el último al oriente,
Un monumento de que el sabio gime;
Injurioso padron que al mundo miente,
Y envuelta allá, su cúpula sublime,
Junto al arco central un templo asoma (14),
Emulacion del tutelar de Roma.

Por cima, en pos del insular Senado,
La Discordia solícita con ala
Rápida pasa al panteon nublado,
Que héroes, sabios y príncipes iguala.
Aquí del arco de occidente al lado (15),
A su carrera el término señala,
A tiempo que del monte al llano cae
La noche, y dulce calma al hombre trae.

Ya la faccion reinante en Inglaterra
El privado banquete reünia (16)
Do, cantando Evohé (17), los planes cierra,
En que estragos y lloro al mundo envia.
Entonces encender en nueva guerra
Danubio y Reno, y aun la Neva fria
Meditan, cuando entre ellos de repente
Al fingido Mercurio hallan presente.

«¡Vedme! prorumpe: El númen soy que mando
Los hados de la bélica Bretaña,
Y en perenne balanza estoy pesando
Cuanto á sus lucros ó conviene ó daña;
Culpado os he de lentitud: ¿á cuándo
Dilataréis acometer á España,
Que, reina de otro mundo, á Tétis muestra
Flotas, despojo fácil de la vuestra?

»Ved cuál, amante de la paz, prodiga
Su opulencia... ¡Y á quién!... Piérdala presto;
¡Acometed!»—En la regente Liga
Hay quien á la ambicion hermane un resto
De antiguo honor, que á responder le obliga.
«—¡Perjurarse! ¡Invadir! ¡Nuncio funesto!
¡Ay! que mi patria á perdicion se arroja
Al punto que esas máximas acoja.

»No espere fe quien á la suya falta,
Ni leyes dar quien huella la justicia,
Ni vence aquel que al indefenso asalta,
Ni sirve al pueblo quien sus almas vicia.
Y si es verdad que de Albion el alta
Agigantada mole se desquicia,
Caiga Albion; mas, víctima primero
Que de su iniquidad, del noble acero.»

A tales voces centelleando: «¿Es esta,
Exclama el númen, la nacion que inspiro?»
Y terrible, espumante, el cuello enhiesta;
Ruge, y veloz, con invisible tiro
A cada pecho una serpiente asesta,
Que flexible, ondeante, en sesgo giro
Arrastrándose, busca á donde prenda,
Y de oro en sed hidrópica le encienda.

Su aliento luego, pestilente plaga,
Con las nubes que esparce allí Liéo (19)
Mezclando, á todos la memoria apaga,
Cual entre nieblas del mortal Leteo.
Cual la mente el mirar confuso vaga;
Vibra la Furia el falso caduceo,
Y los sumerge á la region profunda,
Que en rico mineral pródiga abunda.

Si bien Pirene en puntas de diamante
A las etéreas auras se sublima,
Y del golfo Tirreno al mar de Atlante
Los recios brazos tiende y falda opima;
La esmalta Céres con pincel brillante,
Mientras marmórea nieve orla su cima,
Y se derrumba en rugidor torrente,
O se liquida saludable fuente;

Si Apenino en su altura excelso niega
Que humano pié sus términos transite,
Y antes allá se espacia en grata vega,
Que al delicioso Edén quizá compite;
Y humillándose mas, rendido llega
A perderse en la concha de Anfitrite,
A un lado envuelto en olas espumosas,
Al otro en frutos y adorantes rosas;

Débil remedo son de la alta, ingente
Sierra adusta y feraz, trono de Páles (20),
Que alzando, en medio al ecuador, la frente (21)
Del austro vió los yermos arenales,
Y eslabonando fué la zona ardiente,
Y va á encontrar las osas boreales;
Que tanto en montes se enriscó fecundo
El hemisferio occidental del mundo.

Donde, á par de la cumbre áspera, inculta,
Hórrida, veis hermosos bosques frios;
Do los barrancos que el verdor oculta
Abismos son y piélagos los rios;
Y un monte y otro monte allí sepulta
En cavernosos cóncavos umbrios
El rojo mineral y tersa plata,
A los hijos del sol dádiva ingrata.

Centros que taladró con hierro duro
Armado el hombre, y portentosos techos
Que encorva audaz, susténtalos seguro,
Firmes columnas levantando á trechos;
Mas, retemblando el subterráneo muro,
Miro, y peñascos estallar deshechos (22),
Y entre sulfúrea nube y parda arena
Su brillo traslucir la ansiada vena.

¡Cuál se alboroza al columbrar su brillo
La británica junta alucinada,
Que prestigioso el infernal caudillo
A estas internas bóvedas traslada!
«¡Vuelva el fuego á tronar; caiga el martillo,
Suba, y caiga otra vez; la honda quebrada
Hoy ahóndese mas; esclavos, ea,
Los hornos irritad, arda la tea!

»¡Arda, y mas oro á descubrir nos lleve!»
Dicen, y en pos de resplandor lejano,
Pidiendo van que su mirar se cebe
En pilas de metal; ¡metal tirano!
Si al mundo todo su poder conmueve,
Ved en su cuna ensangrentada mano
Buscarle; entre miseria y llanto nace:
Fruto del crímen, criminales hace.

Ya pisan otros ámbitos; ahora
Es oro cuanto ven; dorados bronces
Sustentan la áurea cúpula sonora;
De oro las puertas son, de oro los gonces;
La fuente es oro líquido; se dora
El aire con los hálitos; entonces
A fuer de tanta magia, ebrios deliran,
Y oro tan solo y frenesí respiran.

Y á otra señal de la tartárea maga
Ven disiparse bóvedas y muros,
Y de éter bañar la esfera vaga
Naciente aurora con albores puros;
Y un adormido piélago que halaga
Con ala afable el céfiro, y seguros,
A la merced de su dominio blando,
Cuatro bajeles plácidos bogando.

—«Cargados van del mineral luciente
Que ansiando estáis, y os robarán; las horas
Vuelan; ¡acometed!»—¡Discordia, tente!
Estas no son las naves robadoras,
Que de Esparta hácia el parco Simoënte (23)
Por tí lanzaron las nocturnas proras,
Robando á Atrida su consorte bella,
Y sus tesoros y el honor con ella.

(24) Cual la diosa, á quien árbitra su mano
Brindó su poma (25) disputada en Ida,
Prendó los ojos al garzon troyano
La Tindárida (26) hermosa agradecida;
Boga con ella seductor y ufano,
Y las sirenas que su voz convida
La claman en dulcísimos cantares:
«¡Salve, Citéres, hija de los mares!»

¡Ay! ¡Qué de sangre á tu cuchilla impura
Prepara, oh diosa atroz! ¡Cuál te recreas
Contemplando esa fácil hermosura
Que en mal hora verán las puertas Sceas! (27);
Castiga, es justo, la traicion perjura (28);
Mas hoy las naves que en dañar te empleas,
Alegres llevan á la patria orilla
Legítima riqueza y fe sencilla.

—«Cargadas van del mineral luciente
Que ansiais; acometed!»—En son tremendo
Así concita á la britána gente
Erinnys (29) otra vez; y al fin mordiendo
Al corazon la férvida serpiente,
Que antes les arrojara el monstruo horrendo,
Ciegos, furiosos, abrasados braman,
Y «¡acometer! ¡acometer!» exclaman.

No bien pronuncian el decreto infando
Que repetido, irrevocable cunde,
Y es el estrago irremisible, cuando
De azufre y pez en torno se difunde
Fétida nube, y bronca á par tronando,
A los abismos la Discordia se hunde
Rauda, que ya feroz contar le tarda
Las infinitas víctimas que aguarda.

Prosigue en tanto navegando leda
La pacífica armada, y gratas olas
Pide á la mar propicia le conceda
Hasta avistar las playas españolas;
Cuyas almenas alegrando, pueda
Enarbolar flamantes banderolas,
Y con salva sonante rompa el sueño
De la que espera fiel su ausente dueño.

Así, depuesto el sanguinario brio,
Libre y señor del valle placentero,
Llega y saluda el frecuentado rio,
Alborozado el alazan guerrero (30);
Y campeando en noble señorío,
Lozano, hermoso, impávido, ligero,
Al aire da las crines vagarosas,
Y amante solicita sus esposas.

Vaga sin recelar que artero lazo
Que el interés en asechanza tiene,
Lanzado á su cerviz por ágil brazo,
A servidumbre indigna le condene;
Próximo así de su llegada el plazo,
Leda la flota navegando viene;
—«Mas, ved: ¿son nubes, ó remota sierra?
¡Tierra, tierra, piloto, tierra, tierra!

»¡Albricias! Vengan las votivas copas,
Y el mas puro licor que el cedro encierra;
Al marinero y militantes tropas
Viértase. Aterra-té, náutico, aterra.
Mas... ¿qué otras naves?... Las subidas popas
Manifiestan alcázares de guerra.»
—Sí; y vuelan, llegan, y á ceñiros vienen,
Alzan bandera y el cañon previenen.

Fatídico furor mi pecho inflama;
Musas del Ebro, ¡engrandeced mi canto!
Altivo suba al templo de la Fama,
Baje tambien al reino del Espanto;
De nobles manes la memoria clama
Holocausto mejor que luto y llanto;
Oid do quiera que mi voz alcanza
Lúgubres ecos responder: «¡Venganza!»

«¿Qué aparato agresor? ¿Cuál es tu empresa?
El español prorumpe: ¿Acaso pudo
Entre mi patria y la nacion inglesa
Ya disolverse el amistoso nudo?»—
«No: responde el breton, la paz no cesa;
Tal vez de tu Monarca el regio escudo (31)
Nos cubre en Francia; en Lóndres se descoge
Su pabellon; España nos acoge.

»Ríndete empero al punto, y nadie intente
Resistir; obedece.»—«Antes abiertos
Los abismos del mar naves y gentes
Hundan; sus héroes destrozados, muertos
En esta inicua guerra Anglia lamente;
Del galo invicto atónitos los puertos
Oigan romper tronante el bronce y trompa;
¡Españoles, en tanto, el vuestro rompa!

»—Indefensos estáis;—lo sé, lo sabe
Quien al cauto agresor el rumbo traza;»
A vuestro lado á la niñez süave
Y al dulce sexo débil amenaza;
Esa misma opulencia en cada nave
¡Peso fatal! la abruma y embaraza,
No hay esperanza de vencer; mas llenos
De honor, morir lidiando ansiais al menos.

Id y cerrad, y buque á buque embista;
Tórnese en rayo el hierro, en furia el arte.
Mas ¡cielo! ¿Qué espectáculo mi vista
Hiere con mas horror que el mismo Marte?
Como ligera revolante arista
Arde, ó centella rápida que parte,
Los árboles abrasa, y ve el estrago
El pastor antes que se oyó el amago;

Ese bajel ¡ay triste! ardió (32); subiendo
Del agua al aire va la nube lenta,
De llama y humo en remolino horrendo,
Con mil vidas cargada: ¡ay Dios! Violenta
La combustion con espantoso estruendo
Tronó; sobre su espalda empero ostenta
Hirviente el mar errátiles despojos,
Del humo negros, ó con sangre rojos.

Y una mujer... ¡oh suerte!... Dulces prendas
De conyugal amor la dió Lucina;
Tres vírgenes ya tímidas ofrendas
Que al pudoroso tálamo destina,
Y un noble jóven las salobres sendas
Surca, y con ellas y con él camina;
Y su esposo... ¡infeliz!... Lidiar le cabe,
Y al hijo, á par del jefe, en otra nave.

¡Quién la escena de horror habrá que cuente,
Oh mísero Alvear! que viste, yerta
La sangre, cadavérica la frente,
Que el pelo eriza en crin; cárdena, abierta
La boca; envueltos como en ascua ardiente
Los ojos... ¡llanto no!... la vista incierta,
Anudada la voz en la garganta,
Trémulo el cuerpo y con inmóvil planta!

Tu matrona animosa, á un leño asida
Con el siniestro brazo, en él suspende
Una de aquellas almas de su vida;
Otra á la blanca túnica se prende,
Otra, á merced del piélago mecida,
A su madre infeliz, lánguida, tiende
Las inválidas manos.—«¡Ven!»—Al ruego
Sordas las ondas, se la ocultan luego...

Mas torna á verse; de hermosura el sello
Guarda el pálido rostro todavía,
Y una cinta con ámbares el cuello,
Dádivas de su hermano en dulce dia.

Ya en un vaiven el húmedo cabello
Su madre pudo asir; la mano fria
Ya estrecha, ya se juntan; ¡ay! de pronto
Rómpese el leño y trágalas el Ponto!

Musa, treguas me da! Mi pecho cede
Al peso del dolor, ni tú resistes:
Lánguido alzarse tu pincel no puede,
Y sofocan mi voz lágrimas tristes.
Mas tu favor constante me concede;
Que no se apague el fuego que me distes,
Y mas que nunca el corazon doliente
Con santa indignacion hervir le siente.

Llévese el agresor, llévese, guarde
Los tesoros que ansió con tanto anhelo;
Llévese en ellos su traicion cobarde,
El odio y maldicion de tierra y cielo.
Vaya de su victoria haciendo alarde;
¡Victoria infame! que en amargo duelo
Convertirán con vengadora furia
Los que lloraron la alevosa injuria.

Sí, que implacable genio en vano un dia
¡Oh de estrago y dolor era reciente!
Sobre los senos de la patria mia
Del mal vertió las urnas de repente.
Llega á saciarse de la Parca impía
Con tanta mortandad la sed ardiente;
Mas no las fuentes del valor se agotan,
Que héroes sin cuento las cenizas brotan.

¡Ay! que los manes su letal reposo
Rompen; con ayes lastimeros llena,
Y el aire turba un lívido coloso;
Quéjase herida por el mar la arena;
Otra lúgubre voz del centro undoso
Trasciende, y en querella aguda suena;
Y del viento los ásperos silbidos
Tambien imitan funebres gemidos.

Ecos son de venganza; á nuevas lides
Prepárate con noble confianza,
¡Oh patria mia, que aun Bazanes, Cides
Ves, y Pelayos que te dén venganza!
Y el Dios tal vez, á quien favor le pides,
Contra la iniquidad sus rayos lanza;
Él, que del aire y de los orbes dueño,
Los hace estremecer con solo un ceño.

De esta agresion, ministros inhumanos,
Temed, temblad el brazo justiciero!
Temblad con mas razon, viles tiranos,
Que osasteis concertar crímen tan fiero!
Ni patria os quedará, ni amor, ni hermanos!
Eterna execracion del mundo entero,
Jamás en vida vuestro ansiar sosiegue,
Y hasta el seno de paz la tierra os niegue!

RELACION

DEL COMBATE DE LAS CUATRO FRAGATAS, EXTRACTADO DEL DIARIO DE NAVEGACION DE DON DIEGO DE ALVEAR, CAPITAN DE NAVÍO, MAYOR GENERAL Y SEGUNDO JEFE DE LA DIVISION.

La division se componia de cuatro fragatas: la *Medea*, la *Fama*, la *Mercedes* y la *Clara*; y venian á las órdenes del jefe de escuadra don José de Bustamante y Guerra, habiendo salido de Montevideo el dia 9 de agosto de 1804 con destino á Cádiz, y tenido una navegacion feliz, si se exceptúa el desarrollo de unas calenturas malignas entre las tripulaciones, que debilitaron mucho á la gente. El dia 5 de octúbre dieron vista á las costas de España, esperando entrar á la siguiente mañana en Cádiz; por lo que navegaban tranquilas y gozosas, habiéndose cerciorado repetidas veces, y muy particularmente aquella misma mañana, por un buque dinamarqués, de que la neutralidad de España la conservaba en paz con Francia é Inglaterra.

« La *Clara*, dice Alvear, hizo á este tiempo señal de tres velas al primer cuadrante, que á las ocho se conocieron ser cuatro, que hacian por nosotros; y recelando ser buques de guerra, se puso la señal 246 de zafarrancho de combate, y sucesivamente la de formarse (127) en línea de tal, mura á babor; órden natural que se ejecutó con prontitud, quedando la *Fama* por cabeza de línea ó á vanguardia, la *Medea* y *Mercedes* en el centro y la *Clara* á retaguardia, como estaba ordenado desde nuestra salida de puerto en las tablillas correspondientes. Seguiamos en esta disposicion con todo aparejo nuestro rumbo E. N. E. á vista ya de toda la costa del cabo de Santa María, pues á eso de las nueve se demarcó Montefijo al N. E., 5° E.; á cuya hora, ya próximas las embarcaciones, reconocidas ser fragatas de guerra inglesas por su bandera, y de crecido porte, cargamos nuestra insignia y bandera de popa, y se fueron colocando cada una por el través de las nuestras respectivas conforme iban llegando á barlovento. La de nuestro través, que era la principal y la mayor de todas, nos preguntó en inglés por el puerto de nuestra salida y de nuestro destino, y se le respondió en el mismo idioma *que de la América para Cádiz.* Entonces se quedó un poco atrás, por haber cargado su mayor y juanetes; disparó un cañonazo con bala, tal vez para afirmar su bandera ó para que la aguardásemos y hacernos alguna otra pregunta, como lo hicimos, metiendo en facha la sobremesana y cargándola sobre juanetes: ella marcó los suyos y la mayor, y acercándose nos dijo « que iba á enviar su bote con un oficial». Entretanto se puso la señal de estrechar mas las distancias, y seguidamente la 310 de puerto, que repetia la órden de zafarrancho y preparacion al combate. A eso de las nueve llegaria el bote al costado, y subiendo el oficial inglés, dijo en pocas palabras á nuestro general, por medio de intérprete, de parte de su comodoro que «se hallaba con órden de su majestad británica para detener esta division y llevarla á Inglaterra, aunque fuese á costa de un reñido combate, para cuyo solo y único objeto habia venido con aquellas cuatro fragatas de gran fuerza, bien pertrechadas y marineras, tres semanas antes, en relevo de otra division que habia estado con igual encargo... y que por lo tanto, no estando declarada la guerra entre las dos naciones, ni teniendo órden de hacer presas ni detener ningunas otras embarcaciones, le parecia á su comodoro debiamos evitar la efusion de sangre y dar cumplimiento á la enunciada resolucion de su Soberano, siendo un partido decidido, y de que no podia prescindir.»

»Nuestro General, que sin necesidad de intérprete habia entendido muy bien aquella relacion, y aun habia dicho al inglés en su propio idioma si podrian entrar en algun otro puerto de España que no fuera Cádiz, donde notoriamente se daba por sentado y aseguraban las noticias públicas bloqueaban á varios buques franceses; á que se respondió exclusivamente y ya con cierta aceleracion y desasosiego, diciendo que le llamaban de su fragata: ordenó se reuniese brevemente toda la oficialidad, la cual, á vista de un caso tan extraordinario, é instruida por el mismo General de las órdenes con que se hallaba de su majestad (que Dios guarde) de haber de sostener con honor, en caso de ataque, la gloria de sus armas, pensó si podrian tomarse algunas treguas, examinando el asunto y enviando un oficial á bordo del comodoro. A este punto el inglés, que se habia salido al alcázar, hizo señal á sus buques con un pañuelo blanco, y diciendo al intérprete que volveria por la decision del Consejo ó Junta de guerra, se retiró en su bote. Decididos todos nosotros entre tanto por el partido mas glorioso del combate antes que ir á otros puertos que los de la Península, como lo ordenaba el Rey y exigia el honor de su pabellon, tomó cada cual su puesto, aguardando las resultas, pareciendo increible llegasen á verificar las vias de hecho con que nos habian amenazado. Mas apenas llegó el bote á su fragata, nos tiró esta un cañonazo con bala, que sirviendo de señal á las otras, la emprendió cada una con la suya, siendo la primera la del costado de la *Mercedes*, que la dió una descarga cerrada de fusilería y artillería, y respondiendo toda nuestra division con una prontitud y oportunidad que no podia aguardarse de tales circunstancias, se hizo en aquel momento el fuego general. Seria esto como á las nueve y cuarto, ó poco mas; y á la media hora de un fuego bien nutrido y sostenido por una y otra parte fué servido el Señor de las victorias conceder á nuestro enemigo una ventaja decisiva, que hasta allí no habia podido conseguir con la gran superioridad de sus fuerzas, afligiéndonos á nosotros con un incidente de los mas desgraciados y tremendos. ¡Saltó la *Mercedes* por los aires con estruendo horrible, cubriéndonos de una espesa lluvia de ruinas y de humo! y doblándonos sin perder instantes la fragata que la batia, acabaron bien pronto entre las dos todos los recursos y medios de defensa.

»La *Fama*, que previó luego nuestra triste situacion y sus inevitables consecuencias, fué forzando de vela, y nadie pudo desaprobar su conducta. La *Medea*, metida entre los fuegos de dos fragatas, las mas poderosas, de artillería de á veinte y cuatro y coronadas de cuarenta y dos, servidas con llaves, desarbolada, con sus dos palos de mayor y mesana atravesados, la verga seca hecha trozos, faltos los principales cabos de labor, varios obenques y brandales; sin escota ni estay mayor, braza, driza y escotin de

gavia y juanetes; partidas ó acribilladas todas sus velas, y en una palabra, enteramente desmantelada y sin gobierno, y lo que es mas, toda su gente abatida y llena de consternacion por el reciente é infeliz suceso de la *Mercedes*; no pocos heridos y muertos, retirados muchos mas y escondidos sobre cuarenta, á título de convalecientes: la *Medea*, digo, no es extraño se viese en la dura necesidad de arriar su bandera, como lo dispuso nuestro General de comun acuerdo á eso de las diez y media, oido uno por uno el voto de todos, oficiales, comandante y mayor, que no discreparon. La *Clara* no obstante siguió todavía batiéndose como un cuarto de hora, hasta que cargada por las demás, la obligaron á rendirse. Entonces la de nuestro costado de sotavento emprendió tambien la caza de la *Fama*, que continuaba asimismo batiéndose en retirada con la suya respectiva, y que á larga distancia, con rumbo á Cádiz ó al Estrecho, se perdieron todas tres de vista como á las tres de la tarde, oyéndose aun los últimos cañonazos. (Al cabo fué alcanzada y presa.)

»A eso de las once del dia, ó poco despues, vinieron á bordo los ingleses con alguna tropa y marinería para hacerse cargo del gobierno y composicion de la fragata, que habia quedado, como se ha referido, muy desmantelada; y lo mismo practicaron con la *Clara*, trasbordando la mayor parte de sus tripulaciones á bordo de las suyas con algunas otras providencias y precauciones no ajenas del caso; pero en todo con la mayor urbanidad y atencion, sin tocar á nuestros equipajes ni armas ni tratarnos como prisioneros de guerra, y sobre todo permitiendo á nuestro General y al mayor se quedaran con algunos otros oficiales, capellanes, cirujanos y asistentes que gustasen: siendo uno de los primeros cuidados de todos despues del combate que los botes fueran en diligencia á los despojos que habian quedado de la *Mercedes*, por si podian salvar alguna gente, como lo ejecutaron con increible celeridad, acercándose tambien una de las fragatas, y lograron recoger hasta cincuenta individuos de la tripulacion, incluso el segundo comandante y teniente de navío don Pedro Afan, que hallaron sobre los troncos y resto del castillo, que aun se conservaba, habiendo perecido todos los demás, en que se cuenta la familia del mayor, que escribe este *Diario*, compuesta de su mujer doña María Josefa Barbastro, cuatro niñas, Manuela, Zacarías, María Josefa y Juliana, y tres niños, Ildefonso, Francisco Solano y Francisco de Borja, que eran los siete hijos que iban con su madre, no pasando ninguno de ellos de diez y siete años de edad, con otro sobrino que la acompañaba y un dependiente y cinco esclavos sirvientes, el padre y cuatro hijos; no restándole al enunciado de tan infeliz desastre mas hijo que Cárlos Antonio, cadete de dragones de Buenos-Aires, portaguion de la expresada capital, que le acompaña en la *Medea*; habiendo perdido tambien en el servicio de su majestad á su hijo mayor Benito en la peste de Cádiz, cuando apenas principiaba la carrera militar de su padre en el cuerpo de Reales Guardias Marinas del departamento de Cádiz.

»Las cuatro fragatas inglesas eran de la fuerza siguiente:

Nombres.	Capitanes.	Cañones.	Dotacion.
Indefatigable.	Moore.	46	330 hombres.
Lively ó Ligera.	Hammonet.	50	280 —
Amphion.	Sutton.	36	250 —
Medusa.	Gore.	42	250 —

»Las cuatro fragatas españolas, cargadísimas y con muchas personas de trasporte, eran de la fuerza siguiente:

Nombres.	Capitanes.	Cañones.	Dotacion.
Medea.	D. Francisco Piédrola.	46	279 hombres.
Clara.	D. Diego Aleson.	38	264 —
Fama.	D. Miguel Zapiain.	34	264 —
Mercedes.	D. José Goicoa.	38	282 —

»En esta perecieron doscientas cuarenta y nueve personas, inclusas ocho mujeres y varios niños que venian de trasporte.»

NOTAS.

(1) Se atribuye á las nieblas de Inglaterra la frondosidad del país y la brillantez comun del color de sus naturales. Asimismo la especie de enfermedad tétrica de que adolecen, vulgarmente llamada esplin (*spleen*).

(2) Varios individuos del Parlamento de la faccion adicta á Pitt, quienes bajo el anterior gobierno de este habian tenido parte en la administracion, impugnaron con el mayor teson y vehemencia los preliminares de Lóndres, y despues la paz de Amiens. Fox, hoy secretario de Estado para los negocios extranjeros, aunque en oposicion con el ministerio que habia concluido aquel tratado, siempre habló en favor de la paz.

(3)
Le Nil a vu sur ces rivages
Les noirs habitants des déserts
Insulter par leurs cris sauvages
L'astre éclatant de l'univers.
Cris impuissants, fureurs bizarres!
Tandis que ces monstres barbares
Poussaient d'insolents clameurs,
Le Dieu, poursuivant sa carrière,
Versait de torrents de lumière
Sur ses obscurs blasphémateurs.

(Le Franc de Pompignan.)

(4) Lutecia; antiguo nombre de Paris.

(5) El palacio llamado de las Tullerías, hoy habitacion del Emperador; el jardin del mismo nombre; la plaza de Luis XV, donde en tiempo del terror se ejecutaban las sentencias de muerte; el rio que atraviesa por Paris; el palacio de la Justicia, el cual reune todos los tribunales; el palacio llamado Real, que fué morada de los duques de Orleans y primer centro de la revolucion. El mismo edificio encierra paseo, fondas, cafés, tiendas de todos géneros y comestibles, obradores de todas las artes y oficios, casas de juego, casas de préstamo, casas de disolucion, teatros, liceos, y el Tribunado.

(6) La Holanda; su rio principal que baña á Rotterdam; los canales en cuyas aguas los buques mayores navegan por medio de las ciudades y de los campos; el arte que sobre arenas y en los parajes mas áridos ha sembrado la vegetacion; los diques que contienen el Océano y al Zuyderzeo á una altura superior al nivel de la de los edificios.

(7) El Gánges; rio de la India, donde Alejandro recibió honores divinos, habiendo pasado á la conquista de aquel imperio inmediatamente despues de la de Egipto, y que el oráculo de Júpiter Ammon le hubo declarado hijo de dios.

(8) Siguen indicados los principales productos de España y sus Indias; aceites, vinos, lanas, cochinilla, añil, palo de Campeche, tabacos, cueros de Buenos-Aires, azúcares, oro y plata.

(9) *Hinc exaudire gemitus et saeva sonare*
Verbera, tum stridor ferri tractaeque catenae.
. . . . . .
Continuo sontes ultrix accincta flagello
Tisiphone quatit insultans. . . . . . .
. . . . . .
. . . . . *Stygiaeque canes ululare per umbras.*
(VIRG. *Aeneid.*, Lib. VI.)

(10) *Tu potes unanimes armare in praelia fratres;*
. . . . . *Tibi nomina mille,*
Mille nocendi artes. Fecundum concute pectus;
Disjice compositam pacem, sere crimina belli.
(VIRG., *Aeneida*, Lib. VII.)

(11) Mercurio, dios del comercio....

(12) El monte de Richmond, la llanura de Kent, los prados artificiales de Inglaterra, el rio de Lóndres, la selva de Windsor, cantada por Pope, autor de *El Ensayo sobre el hombre*.

(13) El puente llamado de Lóndres, situado en el barrio del Comercio.

Un monumento de que el sabio gime....

La columna llamada tambien de Lóndres, colocada en una plazuela inmediata á aquel puente. En su base se lee haber sido los católicos romanos los autores del incendio, en cuya memoria fué erigida. Pope, que era de familia católica, zahiere tan injuriosa y falaz inscripcion al principio de una de sus sátiras en los dos versos siguientes:

Where London's Column, pointing to the skies,
Sike á tall Bully, lifts his head and lies, etc.

En castellano: «Donde la columna de Lóndres, apuntando al cielo, como un corpulento baladron alza la cabeza, y miente, etc.»

Deseoso de contribuir cuanto me fuese posible á la misma justa vindicta y revolver contra los sectarios las armas de que suelen abusar en ofensa nuestra, al llegar á este punto, le traté con bastante extension.

Pareciéndome despues demasiada para un episodio, determiné presentar el trozo entero aparte en esta nota:

Ve la náyade allí cerca del puente,
Que dos fangosas márgenes oprime,
Vecino al mar, y el último al oriente,
Un monumento de que el sabio gime;
Injurioso padron que al mundo miente.
¡Oh musa de verdad, párate y dime
Cómo al pueblo animara á un tiempo mismo
Cívico celo y ciego fanatismo!
En su gran capital ávida presa
Hizo la llama; al ímpetu violento
Del aquilon, prestísima atraviesa
De uno al otro edificio, y ciento y ciento
Arden; del humo entre la nube espesa
Ya en los altos reluce; árdese el viento,
Todo es fulgor, y el Támesis al lado
Repite el fuego en su cristal helado.
Y cunde; ardiendo están calles enteras;
Por todas partes la ciudad se abrasa;
¡Incendio atroz! — Cesó; ni rastro vieras
Del templo humilde y la modesta casa.
Solo esqueletos son las moles fieras,
Y alcázares esconde enorme masa
De escombros y ceniza; ay Dios! y humanos
Cuerpos, ya polvo y simulacros vanos.
Decreta el pueblo con ofrendas pías
Al cielo alzar votivo monumento,
Donde recuerde en venideros dias
Aquel estrago y víctimas sin cuento.
¿Qué hálito de pestíferas arpías
Inficionó su religioso intento?
Qué maléfico sér, siempre velando,
Torció la senda al seducido bando?
El monstruo, ya lo dije, el monstruo horrible,
Del culto que á su Dios el hombre ofrece
Torvo profanador, y mas temible
Cuanto mas santa su intencion parece,
Sedicioso, falaz, raudo, terrible,
Que débil al nacer, súbito crece,
Y oprimiendo con férrea planta el suelo,
Esconde el ceño hipócrita en el cielo.
Támes, si en tu ribera arder las fraguas
Creiste de los cíclopes gigantes,
Y los raudales que en la mar desaguas
No el incendio á templar fueron bastantes,
Ni tu raudal, ni las inmensas aguas
Tampoco de ese mar bastaron antes
A templar los incendios que en el mundo
Sembró del monstruo el soplo furibundo;
Ve esa inscripcion, infiel acusadora,
Atestiguar que por rencor oculto
Encendieron el hacha abrazadora
Los pocos fieles del romano culto.
¿No ordena el Dios á quien su gremio adora
Que el perdon solo opongan al insulto,
Al opresor resignacion paciente,
Y á toda potestad sumisa frente?
Fué el fanatismo, de tus hijos guia,
Quien la grabó con su puñal sangriento;
Y su consorte fiel y reina impía,
De quien era frenético instrumento,
La Discordia su mano conducia;
Ella de entonces con feroz contento
Mirando esa region, mil veces vuelve,
Y en tempestades lóbregas la envuelve.

(14) El segundo puente llamado de los Frailes Negros; (*Black-Friars-Bridge*) promedia á Lóndres, que se divide en dos partes de levante y poniente. La primera es del distrito de los comerciantes é industriales; la segunda encierra el barrio de la nobleza, los teatros y el gobierno. Junto á este segundo puente descuella la gran iglesia de San Pablo, metropolitana del culto anglicano. Está construida bajo el modelo de la de San Pedro de Roma; pero no luce en comparacion de lo que debiera, por hallarse ahogada con los edificios agolpados allí, y que la ciñen tan de cerca, que apenas queda al rededor una calle regular.

(15) Junto al tercero y último puente viniendo del mar, es decir, del oriente al ocaso, está la abadía ó panteon que llaman de Westminster, así como el puente mismo y tambien toda aquella media parte de la capital. El expresado edificio incluye igualmente las dos salas del Parlamento.

(16) Se sabe que en Inglaterra los asuntos de Estado, los mas graves, suelen tratarse de sobremesa en reuniones de los principales individuos del partido ministerial con los del Consejo Real ó Intimo (*Privy-Council*).

(17) ¡Evohé! aclamacion á Baco.

(18) No ha faltado en Inglaterra misma quien repruebe del modo mas enérgico el atentado, que es el asunto de este canto. Entre los escritos publicados bajo este sentido en aquella ocasion el mas sobresaliente fué dado á conocer á España por una traduccion de don Juan Bautista Arriaza, agregado entonces al ministerio de su majestad católica en Inglaterra.

(19) Liéo, nombre de Baco.

(20) Pales, diosa de los bosques y pastos.

(21) El Chimborazo, monte el mas alto de los Andes, se halla en el mismo ecuador, cerca de Quito.

(22) *Ast pulvis semper pressa constrictus arenâ*
Sulphuream pariter longamque foramine caudam
Demittit, rapidis arsuram posteà flammis.
. . . . . .

Tum montana silex ingenti explosa fragore
Emicat, et saltu diversa infrusta dehiscit.
(LANDIVAR, *Rusticatio Mexicana*, lib. VII.)

(23) Simoente, rio vecino á Troya.

Atrida, nombre dado por hijo de Atreo á Menelao, rey de Esparta. Su consorte Elena, robada por Páris, príncipe troyano.

(24) Es bien conocida la fábula del juicio de Páris, quien al nacer, extrañado de la casa paterna, por haber predicho el oráculo que seria causa de la destruccion de Troya y hallándose de simple pastor en el monte Ida, vino á ser árbitro de la contienda entre Juno, Pálas y Vénus.

(25) La manzana de la hermosura; llámase aun mas comunmente la poma de la Discordia, por haber sido esta diosa infernal la que en medio del concurso de los Inmortales que asistian á las bodas de Tétis y Peleo, arrojó aquella fruta funesta, en despique de no hallarse convidada como los moradores del Olimpo.

(26) La Tindárida; nombre de Elena por hija de Tíndaro.

(27) Las puertas Sceas; puertas de Troya, muy nombradas en la *Ilíada*.

(28) Páris se hallaba acogido en el palacio de Menelao bajo las leyes de la hospitalidad, virtud tan eminente en aquellos tiempos, y cuyos fueros eran tan sagrados.

(29) Erinnys, nombre equivalente á Furia, frecuentemente usado por Virgilio.

(30) Son muchos los poetas que han sacado comparaciones del caballo. He creido agradaria á algunas personas el ver reunidos los trozos siguientes:

The Wanton courser thus with reins unbound,
Breaks from his stall and beats the trembling ground;
Pamper'd and proud he seeks the wonted tides,
And laves, in height of blood, his shining sides;
His head non freed, he tosses to the skies;
His mane disshevel'd o'er his shoulder flies;
He snuffs the females in the distant plain,
And springs, exulting, to his fields again.
(ILIAD., *Traduc. de Pope*, cant. VI.)

Qualis, ubi aruptis fugit praesepia vinclis
Tandem liber equus, campoque potitus aperto:
Aut ille in pastus armentaque tendit equarum;
Aut assuetus aquae perfundi flumine noto
Emicat, arrectisque fremit cervicibus alte
Luxurians: luduntque jubae per colla, per armos.
(VIRG., *Aeneid.*, lib. XI.)

Qual feroce destrier, ch' al faticoso
Honor del' arme vincitor sia tolto,
E lascivo marito in vil riposo
Fra gli armenti, é ne' paschi erri disciolto;
Se 'l desta ò son di tromba, ò luminoso
Acciar, colà tosto annitrendo è volto.
Giù, giù brama l' arringo, è l' huom sul dorso
Portando urtato riurtar nel corso.
(TASSO, *Jerusal.*, cant. XVI.)

Tandis qu'impétueux, fier, inquiet, ardent,
Cet animal guerrier qu'enfanta le trident,
Deploie, en se jouant dans un gras pâturage,
Sa vigueur indomptée et sa grace sauvage.
Que j'aime et sa souplesse et son port animé!
Soit que dans le courant du fleuve accoutumé
En frissonnant il plonge, et luttant contre l'onde
Batte du pied le flot qui frémit et qui gronde;
Soit qu'à travers les près il s'échappe par bonds;
Soit que livrant aux vents ses longs crins vagabonds,
Superbe l'oeil en feu, les narines fumantes,
Beau d'orgueil et d'amour, il vole à ses amantes.
(DE LILLE, *Poeme des jardins*, chant. I.)

(31) Oficiales ingleses, presos en Paris, obtuvieron su libertad á beneficio de la mediacion de España, solicitada por el gobierno británico, al tiempo que daba la órden de saltear las naves y propiedades españolas.

«Es notorio además que, no solo permanecia aun el enviado de España en Lóndres, y habia un representante británico en Madrid, sino que admitidas en nuestros puertos las embarcaciones inglesas, habian venido á acogerse y tomar en ellos provisiones frescas las mismas que traian ya la órden de la agresion.»

(*Monitor* del 30 de octubre de 1804.)

(32) La fragata *Mercedes*, incendiada al principio del combate.

FIN DE LA AGRESION BRITÁNICA.

LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS,

CANTO ÉPICO

POR DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

Canto el valor del capitan hispano
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones;
El que deshizo el trono mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones;
Empresa digna de su aliento solo,
Si en verso cabe y si me inspira Apolo.

Dictame, musa, como ya cursado
El golfo con borrascas turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Fué terror del idólatra sangriento,
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las amigas flotas.

Allí sus huestes ordenaba un dia
El gran caudillo, en militar alarde:
Asombra la feroz caballería,
Tal es el fuego que en los brutos arde;
La robusta y audaz infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde;
Tocan clarines y las cajas suenan,
Y en confuso rumor los montes truenan.

Sandoval, entre todos el primero,
Se muestra altivo, en un caballo, armado
El pecho y ancas de bruñido acero,
Y apenas por su dueño sujetado;
Lleva el pavés sin cifra ni letrero,
El peñasco de Amaya en él pintado,
Blason de su linaje, y por decoro
La banda negra sobre campo de oro.

Robusto el cuello y ancha de cadera,
Con lazos en la crin de cintas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas,
De bordada melania la pechera
Y bélicos adornos de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Albarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atrás la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido;
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido;
Y mostrando cuán poco le moleste,
Era su empresa el arco de Cupido
Roto y la aljaba. En potros jerezanos
Le siguen con respeto sus hermanos.

Ordaz, las fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido el semblante,
Monta un peceño, y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante.
Velazquez con cubiertas adornadas
De plata y borlas y un leon rapante,
Que en el adarga por blason traia,
Era á los suyos compañero y guia.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel, cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas;
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por timbre mayor, con letras de oro,
El ave de Gabriel quitada al moro.

Admira tan lucida cabalgada
Y pompa militar doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina;
Hácia el casto Aguilar, que entre apiñada
Muchedumbre descubre, se encamina,
Primero haciendo, en muestras de obediencia,
A Cortés, su señor, la reverencia.

Y al llegar dice: «¡Oh caro compañero,
A mí por tus desgracias semejante!
¿No me dirás de este escuadron primero
Quién son aquellos que se ven delante?
Muchos ya he visto, mas saber espero
Patria y nombres y el mérito brillante
Que á tanta empresa sus alientos guia.»
Y apacible Aguilar la respondia:

«Olid, señora, es este, en blanco armado,
Que va escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho;
Pacheco, de los otros apartado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Honor de los señores de Villena.

»Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima; aquel otro García,
A quien sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes, por quien Turia se gloría;
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto enamora en célica armonía,
Que estar mas que la tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

»Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que vïolento
Vive en la paz, y á los peligros viene;
Mírale cuán robusto y corpulento;
Cómo blandió la pica y la sostiene;
Cota le cubre de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

»Ese determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces lidiando en duro empeño
Almetes dividió, petos y adargas;
Mira en la suya el muro malagueño,
El puente roto, y en hileras largas
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquiceles.

»Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el francés en Italia le temia
Cuando el Gran Capitan le vió á su lado;
Farfan es aquel jóven que blandia
El asta, y de los suyos apartado,
Se acuerda triste en leve sombra y vana
De su dulce Sevilla y de Triana.

»Soto el de Toro, Olea el de Medina
Son aquellos que ves; aquel Portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo;
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tórmes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Aténas española.»

Prosiguiera Aguilar; mas presuroso
Llegó batiendo á un tremecen los lados,
Mercado, enardecido el rostro hermoso,
El mas niño de todos los soldados,
Noble doncel del adalid famoso;
Y apartando los indios admirados:
«Plaza, gritaba á la interpuesta gente,
Plaza, que pasa el general al frente.»

Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta Méjico el eco fué zumbando;
Atruena la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando;
Corral, Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡Divina Clio,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamás tuvo objeto como el mio
Ni tan glorioso capitan triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se presenta á su ejército delante!
¡Oh qué valor ostenta y qué nobleza!
Y ¡cuánta heroicidad y gentileza!

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente,
Con plumajes y airon empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente;
Banda le cruza el pecho, recamada
Con oro y perlas de la mar de Oriente;
Pende la espada á la siniestra parte,
Ministra de las cóleras de Marte.

La gruesa lanza istriada y rebutida
De barras de metal, lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida,
Que bordó con primor sutil aguja;
Y al impulso y veloz arremetida,
Hace corriendo que al blandirse cruja,
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

El soberbio animal la crin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea;
Con agudo relincho el aire enciende,
E indómito y ufano se pompea.
En cuanto ¡oh Bétis! tu raudal comprende
Por los fértiles campos que rodea,
Animal no se vió de igual figura,
Ni en tal ferocidad tanta hermosura.

Cortés recorre así los escuadrones
Con pronta vista y plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante;
Y exclama: «¡Oh valerosos campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A decir tanta hazaña celebrada
Que el esfuerzo acabó de vuestra espada?

»De adverso clima, de enemigos fieros
Habeis triunfado con asombro mio;
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuánto la ensalza vuestro heróico brio;
¿Quiénes serán de vos los mensajeros
Que navegando por el norte frio
Busquen de Europa la distante orilla
Y lleven estas nuevas á Castilla?

»¿Y al rey don Cárlos, al monarca hispano
Refieran una accion tan señalada,
Y cómo tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere nobles osadías
Con astucias traidoras y falsías.

»Y como á su despecho y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves españolas,
Y culto en ella el Hacedor eterno;
Y en el rio tambien de banderolas,
Que de Grijalba descubrió el gobierno,
Tomado el puerto, la enemiga tierra
Sufrió vencida el peso de la guerra.

»Ni ¿cómo callaréis la memorable
Batalla de Tabasco y su conquista,
La multitud que opuso formidable
Para que nuestros ímpetus resista;
Y cómo en su derrota miserable,
A los campeones que la cruz alista
Paz les pidió medrosa y reverente,
Y al yugo inclina la soberbia frente?

»Decid tambien que al fuerte y poderoso
Emperador de Ocaso, Motezuma,
A quien su inmenso Méjico en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á impedir el horroroso
Holocausto que al ídolo perfuma,
Con víctimas humanas, anhelantes,
Corazones y entrañas palpitantes.»

Dijo, y á todos tímido recelo
En la respuesta peligrosa ataja,
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja;
Y cubriendo del mar el ancho velo
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa
Los rumbos de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Que de airon carmesí la frente ornaba,
Con flecos en el verde mosquitero,
Montejo entre los otros se mostraba,
Y volviendo al galan Portocarrero,
Que fino en su amistad le acompañaba,
De malla y peto y fuerte lanza armado,
Mal reprimiendo á un alazan tostado;

«Jóven, le dice, si dejar la guerra
Pareciese vileza y cobardía,
No á gozar las delicias de mi tierra
Anhelo vergonzoso me desvia;
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente
Que de este suelo tímido me ausente.

»Yo solo ofrezco por la gran llanura,
Burlando de Velazquez las armadas,
Velera nave conducir segura
De España á las riberas apartadas;
Si en tí el esfuerzo que heredaste dura,
Si honor pretendes, y á las mas osadas
Empresas el que es noble se previno,
En esta adquirirás blason divino.»—

«Sí, le responde, generoso aliento
Y amor me excitan á seguir tu suerte;
Contigo al mar me entregaré y al viento;
Unido á tí, despreciaré la muerte;
Sepa Cortés el atrevido intento,
No padezca el honor si acaso advierte
Que entre tantos caudillos principales
De duda ó de temor se ven señales.»

Cerca del capitan todos estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados,
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados;
Del mensaje difícil razonaban.
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al Rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de placer alborozado
Torres el veterano exclama: «¡Oh cielo,
En cuya proteccion siempre ha fiado
Mi patria con solícito desvelo!
No está el brio español tan apagado,
Ni en clima tal, ni en tan remoto suelo,
Cuando aun se admira entre feroces gentes
Esta virtud de jóvenes valientes.

»¡Oh mancebos fortísimos! decia,
Id á la dulce España, que no espero
Ver ya jamás, que al culto de María
Mi última edad sacrificarla quiero»;
Y en tanto al menor de ellos le ceñia
Un rico tahalí, que en trance fiero
El quitar supo en anchurosa plaza
Al Malique Alabez, ganando á Baza.

Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando;
Al canal de Bahama y su bajío
La resonante prora enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Cuando el dañado espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales;
El cavernoso báratro se hiende
Al sentir manifiestas las señales
Que larga edad se están allí temiendo,
Y en su amenaza al orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia
Que la nacion de España vencedora
Al católico yugo humillaria
Los reinos del ocaso y de la aurora;
El príncipe infernal, que conocia
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio junta de su negra gente
Y así blasfema en cólera impaciente:

«Con que ¿no solo habeis de ser vencidos
Del angel bello, á cuya lumbre pura
Cobardes nos miramos y abatidos,
Sino ¡qué horror! de humana criatura?
¡Oh espíritus eternos, qué atrevidos
Fuisteis al Hacedor! ¿Temeis su hechura?
¿Veréis, sin que á furor la ofensa excite,
Que un hombre solo mi poder limite?

»Mas ¡ay! que ese adalid el mismo dia
Que nacer vimos al sajon Lutero
Nació tambien para la afrenta mia,
Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero;
Visteis con cuán escasa compañía,
Mísero, fugitivo y comunero,
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.

»Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Víctima le hago á un tiempo y delincuente,
De vida eterna y temporal le privo;
Y allí templo consagra reverente
A la Madre del Hijo de Dios vivo,
A esa mujer, entre las otras pura,
Que pisó mi cerviz rebelde y dura.

»En ella estriba todo el gran denuedo
De la nacion que favorece y guia;
Ella al indio cruel dió espanto y miedo,
Porque sin ella España ¿qué seria?
Ya miro que la fe de Recaredo
Ilustró los antípodas del dia,
Y el sacerdote, asombro allí no visto,
Baja á sus manos con su voz á Cristo.

»Ver me parece en hierros espirando,
Abatido, sangriento, á Motezuma,
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma;
Mil sujetas naciones, venerando
Las nuevas leyes que dictar presuma...
¡Tremendo Dios! ¿Tanto favor á sola
La soberbia fierísima española?

»Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros cuando al alto asiento
De Dios llevamos bélicos furores;
El ardua empresa excite vuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores,
Pues contra España no hay en la campaña
Otro poder que el de la misma España.

»Mientras Narvaez á impedirlo llega,
Hinchendo el leste su volante lona,
Con sedicion atropellada y ciega
Arda iracundo el pueblo de Belona.»
Dijo, y al punto el báratro se entrega
A horrible confusion; gimió Gorgona,
Silban y braman monstruos diferentes,
Escamosos dragones y serpientes.

No de otra suerte ó con menor estruendo
Desquiciándose el polo centellante,
Su clara lumbre el cielo obscureciendo,
Reventando el infierno horror tronante,
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
La tierra temblará y el mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

A los dos mensajeros ya partidos,
El buen viaje gritan desde tierra;
Los tósigos de averno enfurecidos
En los ánimos viles hacen guerra;
Grado con los peñates atrevidos
Mal en el pecho su rencor encierra;
Busca entre el vulgo apoyos, y el primero
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

«¿Hasta cuándo, infelices, les decia,
Durará vuestro engaño? Y hasta cuándo
Os cegará la vana altanería
De ese imprudente, á quien le dais el mando?
No es valor la frenética osadía,
Ni honor se adquiere en perecer lidiando,
Ni ¿qué espíritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa?

»¡Qué demencia! Los jeques africanos,
Ricos, vecinos, moros y valientes,
Nuestras playas infestan, y en lejanos
Climas lidiamos ignoradas gentes;
Sin fatiga pudiéramos sus llanos
Correr, sus tronos abatir potentes,
Sus calabozos despoblar oscuros,
Quebrantados de Fez los altos muros.

»¿No os afrenta del pueblo bautizado
Que esté en prisiones la sagrada Hella,
Habiendo sus ejércitos llegado
Hasta el Nadir y el túmulo del dia?
Allá sí que católico soldado
Siendo el celo de Dios mi amparo y guia,
Combatir, padecer fuera mi suerte,
Feliz en la victoria ó en la muerte.

»Pero aquí, miserables, ¿qué ventura,
Qué honor, qué galardon esperarémos?
Triste fin nuestro error nos asegura;
¡Ay, cuán pocos á España volverémos!
Despedazados en la estancia impura
De los deformes ídolos serémos...
Seguidme, dijo, al mar.» Grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en el vasto monumento
Ofrenda de Filipo al gran Levita,
De entre los montes desatado el viento
Al valle con furor se precipita;
Gira en las anchas bóvedas violento,
Donde el arte milagros deposita,
Temblando el coro en sus espacios zumba,
Y el pórtico magnífico retumba;

Así la zuiza militar en tierra,
Y á bordo la marítima saloma
Anuncian ya levantamiento y guerra,
Y cólera feroz al rostro asoma.
Cortés, en cuyo corazon se encierra
Esfuerzo, que ningun peligro doma,
Las turbas corre, y lleno de osadía,
«Compañeros heróicos, les decia:

»¿Qué es esto, generosos españoles?
Qué es de vuestro valor? Qué estoy oyendo?
Vosotros sois de la milicia soles;
A vuestro brazo el orbe está temiendo.
¿Con que vuestras mesanas y penoles
Leyes supieron dar al golfo horrendo,
Con que osásteis lo mas con alma presta...
¿O despreciais lo poco que nos resta?

»Pues no lo despreciéis. Alto destino
A la senda nos llama de la gloria,
Y un opulento imperio nos previno,
Recompensa y honor de la victoria;
Y no fácil será, que en tal camino
Daréis asunto á la veraz historia
Para que hazañas malditas cuente,
Posibles en vosotros solamente.

»No el temor cabe en pechos tan osados,
Ni olvido lo que sois ¡oh campeones!
Yo os vi de huestes bárbaras cercados
Defender de Castilla los pendones,
Yo os vi romper los ídolos tostados,
Abominable error de mil naciones;
Y mudo el orco al temerario intento,
Alzar la cruz sobre su altar sangriento.

»Aquí estais todos, compañeros fieles;
Nuevos triunfos de vos la patria espera:
Vamos, dijo, á vencer.» Mas los noveles
Coronan impacientes la ribera;
Con las dagas hiriendo en los broqueles
A Cuba, á Cuba, muchedumbre fiera
Repite, y crece su teson é instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia.

Pero ya viendo sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda arena con las manos
Al raudo movimiento impetüoso,
Y dice: «Auxilios débiles humanos
No dén favor al corazon medroso;
O venza ó muera: su única esperanza
Caiga deshecha al tiro de mi lanza»

Y alta la diestra atrás con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno: rápida crugia
La banderilla y silba rehilando,
Y á la nao capitana, á quien mecia
Crespa mareta, llega atravesando
La banda de estribor, y al golpe duro
El eco repitió su centro oscuro.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados
De honor, en diligencia acelerada
Arden, rompen los buques ancorados;
Terror infunde, la visera alzada,
El invicto adalid, y á los soldados
Que mas en el motin mostraron brio
Hace dar al través con su navío.

Ya el robusto bajel se sumergia
Del hermoso Saucedo en ondas fieras,
El que en Sanlúcar vió zarpar un dia
Adornado de flámulas ligeras,
Y el de Godoy tambien, que despedia
Grato aroma de antárticas maderas;
El que condujo á Dávila violento,
Y Arguello sobre todos corpulento.

El fuerte galeon empavesado
Que comandaba Ordáz el arrogante,
Su mismo capitan le ve abrasado,
Por dar satisfaccion de sí bastante;
Arvenga el levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
En humo y llamas que sonando crecen.

Blanca paloma entonces, descendiendo
Sobre los pabellones, presurosa
Hacia Méjico vuela, despidiendo
Visos alegres de su pluma hermosa,
Y al aire luz purísima esparciendo;
Como despues de lluvia impetüosa,
El iris corvo, en el opaco oriente,
Finge colores, con el sol enfrente.

Cortés, ambas las manos levantadas,
Dice: «Ya advierto, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas;
Cumplir tu voluntad es mi destino.»
Los suyos, empuñando las espadas,
Juran no desistir del gran camino
Hasta ensalzar en vez del culto horrendo
La cruz que tremolada van siguiendo.

FIN DE LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS, POR DON NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN.

LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS,

CANTO ÉPICO

POR DON JOSÉ MARIA VACA DE GUZMAN.

Hijos de Palas, ínclitos varones,
Imágenes gloriosas de su aliento,
Las armas suspended, y las naciones
Oigan la hazaña que cantar intento,
Con que á su gente y bravos campeones
Supo empeñar al último ardimiento
El héroe grande, que enlazó al hispano
El opulento imperio mejicano.

Grata á mis votos ven; desciende, Clio,
Y baña mi expresion en luces bellas;
Furor divino inspira al verso mio,
Y seguiré sus peregrinas huellas;
Del eliope adusto al scita frio
Levantaré su fama á las estrellas;
Su heróica accion ensalzaré de suerte,
Que triunfe del olvido y de la muerte.

Pisaba yo del claro Manzanares
Una tarde las márgenes amenas,
Que dan envidia á los soberbios mares
Que saludan de Alcides las almenas,
Cuando á la vista de los regios lares
Besan el pié sus húmedas arenas,
Tejiendo lazos de cristal profundos
Al augusto monarca de dos mundos.

Divertida mi vista en la corriente
Con sus ondas risueñas y sencillas,
A objeto superior llevé la mente
Y «¡Oh sacras, dije, fértiles orillas
Del que tiene por cuna de su oriente
Las sierras que dividen las Castillas!
En vosotras prendió mas que en su cumbre
Del número Delio la radiante lumbre.

»¡Feliz patria, al emporio coronado
El semblante volviendo repetia,
De tanto noble ingenio, iluminado
Del fuego de la dulce poesía,
Cuyo elogio, á las musas reservado,
La voz desdeña y la alabanza mia!
¡Dichoso suelo! ¡Célebres umbrales,
Ocupacion de siglos inmortales!

»¡Dichoso suelo! Pero ¡mas dichoso
Español clima, que su ardor fomentas,
Y objeto digno, asunto generoso
En héroes invencibles les presentas!
Héroes que de tu espíritu brioso
En tus mismas entrañas alimentas,
Y de la guerra intrépidos leones
A rugidos asombran las regiones.

»Cuna de Marte, que mostrarnos puedes
Triunfos, conquistas, bélicos afanes;
Tú á Roma afrentas, á Cartago excedes;
Tú produces los fuertes capitanes;
En tus Vibáres, Córdobas, Paredes,
Pelaez, Toledos, Ponces y Bazanes
A respetar se dan del orbe todo
La cuna ibera y el origen godo.»

En tales pensamientos divertido
Las épocas de España repasaba,
Contra la injuria del ingrato olvido
Sus memorables fastos recordaba;
Campo fecundo descubrió el sentido,
Y de hazaña en hazaña meditaba
Cuantas empresas daba á los ingenios
El alto honor de sus marciales genios.

Cuando un éxtasis dentro de mí mismo
Siento que dulcemente me enajena;
De sublimes ideas de heroísmo
Avisa al pecho y el discurso llena;
En un deliquio tal, en tanto abismo
Voz imperiosa á mi ilusion resuena,
Que de la esfera sacra desprendida,
Ocupa el viento y mi atencion convida.

«Alza los ojos», dijo; y yo humillado
El celestial decreto obedeciendo,
Cada vez mas absorto y trasportado,
Juzgué que una matrona estaba viendo;
Hermoso su semblante, aunque tostado,
La majestad con el agrado uniendo,
Demostraba que saben las deidades
Pedir cultos, rindiendo voluntades.

En vez de mirto ó de laurel, ceñido
Un penacho de plumas á su frente,
El cuello ricamente guarnecido
De finísimas perlas de Occidente;
De los hombros, con joyas distinguido,
Un regio manto de algodon pendiente,
Y de nubes, por trono á su decoro,
Pisaba un globo con sandalias de oro.

Puesta la diestra mano en la mejilla,
Un arco á la siniestra acomodaba;
Llena de flechas en la espalda brilla
Sobre el cabello la dorada aljaba,
Y en dos columnas, que á sus piés humilla,
Los caractéres de Hércules burlaba,
Dando á entender que á fuerzas españolas
Fijar no pueden límite las olas.

En himnos cantan su dominio extenso
Los genios de su espíritu parciales;
Otros sus triunfos, su poder inmenso
Aplauden con bocinas y timbales;
Estos abrasan en su honor incienso,
Aquellos llevan las insignias reales,
Y terminando el júbilo ruidoso,
Le sucedió un silencio prodigioso.

Callaron todos con el rostro atento:
Suspéndense de Mántua los pastores;
Párase el rio, y su benigno aliento
No comunica el céfiro á las flores;
Hasta Febo, pendiente de su acento,
Dibujando en las plumas mil colores,
Segun me le pintó mi fantasía,
Quiso alargar los términos del dia.

«¡Oh jóven! El prodigio de mi idea
Prorumpió, hablando al parecer conmigo,
Los cielos quieren que tu norte sea,
Y he de partir la admiracion contigo;
Los blasones de España el mundo vea,
Pues América soy, de ellos testigo;
Ellos ilustran de Belona el templo;
De ellos Hernan Cortés será el ejemplo.

»No le demuestro el ímpetu domando
De la undosa vertiente de Grijalva;
Sus aguas con la sonda penetrando;
Hiriendo el aire con horrenda salva;
No entre los dardos del opuesto bando,
No en los pantanos donde le halla el alba,
Ni siguiendo al contrario presuroso,
Ni en Tabasco aclamado y victorioso.

»No vencedor del águila brillante,
Que al tlascalteca á guerras estimula,
O con imperio, que al traidor espante,
Abrasando las torres de Cholula,
O aprisionando al rey mas arrogante,
Que de mi clima el septentrion adula,
O rompiendo á Narvaez, ó la ira loca
Castigando del fiero Cualpopoca.

»Callaré á Otumba y su feroz campaña,
Que estremeció los montes de la luna,
Los peligros de Chalco en la montaña,
Tanto choque naval en la laguna,
Hasta que preso Cuaticmoc, España
Su imperio holló sin resistencia alguna,
Mientras del sol los puros rosicleres
La tez doraban de la hermosa Céres.

»Descubra el mar del Sur, las perlas y oro
Que encierra en sí de espléndidos quilates;
Tehuantepec rebelde su desdoro
Sienta, y Panuco bélicos combates;
No así le pinto: al Cáucaso y Peloro
Suba su nombre; el Tígris y el Eufrátes
Rindan postrados su corriente ufana
A los timbres del fértil Guadiana.

»Si quieres ver el ánimo valiente,
Que tanta gloria á tu nacion ha dado,
Prevenido en los riesgos y prudente,
Resuelto en las empresas y arrestado,
Un general de la española gente,
Cuyo valor el mundo ha respetado,
En el grande Cortés lo verás todo,
En el grande Cortés, mas de este modo.

»En ese lienzo, que el arrojo mio
Arrebató del templo de la Fama,
Dice, y con soberano poderío
A que le muestren á sus genios llama,
Verás el corazon, verás el brio
Que infatigable la deidad aclama.
¡Oh, cuándo callará su trompa! ¡Cuándo
Olvidará esta hazaña de Fernando!

»Yo volveré la copia á sus altares,
Y mi delito indultará la diosa;
Pero atiende primero, y no te pares
En inquirir la mano prodigiosa:
Dones fueron del cielo singulares;
Luces el sol la dió, matiz la rosa,
Y alma Cortés; que saben sus laureles
Comunicar su gloria á los pinceles.

»Ese salobre espacio que retrata,
Manso ofreciendo al español en vano
El regreso que él propio se dilata,
A mis islas ó al seno Gaditano;
Ese portento de flexible plata
Es el célebre golfo Mejicano;
Ese el teatro donde el mar de Atlante
Al castellano veneró triunfante.

»Aquese pueblo que su costa mira,
Cuya fuerte muralla fué creciendo,
No al dulce son de la tebana lira,
Sino al clamor de la trompeta horrendo,
Es Villa-Rica, que mi suelo admira,
Primicias nobles de marcial estruendo,
Con que animó Cortés sus campeones
A levantar eternas poblaciones.

»Aquel es el católico estandarte,
Que adorado por esos mares vino,
Donde á la voz de la piedad el arte
La señal estampó de Constantino;
Futuras dichas su esplendor reparte,
Y en la prosperidad de su destino
Es contra tanto bélico embarazo
De ella el impulso, de Cortés el brazo.

»Del nuevo Cid, del español Aquiles,
A cuya hazaña tu atencion conduces,
Son esas cajas, picas y fusiles,
Esos cañones, balas y arcabuces;
Él previene rodelas y escaupiles (1),
Él á los nobles brutos andaluces,
O templar sabe la pasion fogosa,
O enardecer la cólera espumosa.

»¿Qué otra cosa te dice ese trasunto
Que trabajó el pincel con arrogancia,
Sino que recopila en solo un punto
Todo el valor de España y la constancia?
Allí ves las pavesas de Sagunto;
Allí están las cenizas de Numancia;
Mira allí tus celtíberos atroces;
Aquellos son tus cántabros feroces.

»Suya es esa progenie de guerreros;
Esa, que llena mis alegres dias,
Si no es que ya se reproducen fieros
En Albarados, Dávilas, Mejias
Y Escalantes, que en jaspes duraderos
Graban su nombre y las venturas mias.
Hijos del sol determiné adorarlos:
Eran vasallos del invicto Cárlos.

»Pero verás las naves españolas
En que Alamínos, diestro Palinuro,
Llevarlos supo por extrañas olas
Y preservarlos del naufragio duro,
Ya abatiendo sus ricas banderolas,
Zozobrar en el puerto mas seguro,
El ancla fija, el mar sin movimiento,
El cielo claro, sosegado el viento.

»Corren el marinero y el piloto;
Jarcia y velas solícitos redimen:
¿Qué borrasca, dirás, qué airado noto,
Qué encalladoras sirtes las oprimen?
Qué Scila, qué Caribdis las ha roto?
Qué hado fatal que las nereidas gimen?
Qué tirano poder turba importuno
La eterna paz que las juró Neptuno?

»No han sido, no, del euro los enojos,
No la saña de Tétis las confunde;
Felices son, no trágicos despojos,
Los que á la playa el piélago difunde;
Vuelve al insigne Capitan los ojos,
Que allí á las tropas su coraje infunde;
Ese es Cortés cuando en la arena mia
Resonaba su voz, que así decia:»

—»En fin, llegó la suspirada aurora,
Ilustres compañeros en mi suerte,
De la hazaña mayor; el mundo ahora
Tema, al saberla, vuestro brazo fuerte;
Que no os asusta, mi atencion no ignora,
La hambre, el cansancio, la prision, la muerte:
Muerte, que es vida del honor, muramos,
Y de una vez del mar nos despidamos.

»Si aparenta catástrofe infelice
De esos buques la suerte inesperada,
Yo decreté su fin, yo los deshice,
Yo cerré el paso de la patria amada;
No así os ofendo, no el temor me dice
Que volveréis la espalda con la armada;
De vuestro pundonor sé que es ajeno;
Por eso como inútil la condeno.

»Aunque escucharse del opuesto clima
La voz parezca de la esposa amable,
El hijo tierno en su regazo gima,
Suspire el padre anciano y venerable;
Sé que el honor sus quejas desestima,
Que es la cera de Ulises despreciable,
Que está de mas la astucia en los oidos
A la débil ternura endurecidos.

»Si el eco de la sangre es halagüeño,
Es glorioso tambien; los ascendientes
Inspirar saben el heróico empeño
Que ha de llevarse á las remotas gentes;
Cuando en la cuna se os llamaba el sueño
Con cantares y arrullos diferentes,
Lauros de vuestros padres os cantaban,
Que á Isabel y Fernando coronaban.

»A su denuedo Nápoles se humilla,
Rinde el toscano mar ondas serenas,
Las armas de Aragon y de Castilla
Quebrantan de Navarra las cadenas;
Y huyendo Boadelin de su cuchilla,
Embotada en cervices agarenas,
Su destrozo en Granada acaba el rayo
Que en Covadonga fulminó Pelayo.

»Ellos, como vosotros, oprimieron
La espalda de ese mostruo cristalino;
De la Europa tambien se desprendieron,
Al Africa llevando el blanco lino;
A Oran ganaron, al Peñon rindieron;
Tembló de su poder el argelino,
Y tributaria se postró á su amago
La altiva sucesora de Cartago.

»Así venzamos los que así nacimos:
Nuestro es ya su valor, nuestro su acero:
La tierra hollamos, que á vencer venimos:
Perezca pues el leño lisonjero.
No á transportar tesoros le trajimos;
El grande Cárlos, Cárlos el Primero,
Despreciador del oro y la riqueza,
En sus héroes coloca su grandeza.

»Los hombres que malogra la milicia
Mientras cuidan el débil armamento,
Triunfos son que el Monarca desperdicia,
Reprimido en sí mismos su ardimiento;
Bisoños son: la militar pericia
No les dictó su vario movimiento,
Ni hollaron nieves ni sufrieron soles,
Pero tienen valor: son españoles.

»Roto el iman de la esperanza necia,
Reforzarán mi tropa reducida;
Al menor de ellos mi aficion aprecia,
Si llego á ver su cólera encendida,
Mas que á cuantos bajeles armó Grecia
Contra la injuria del pastor del Ida:
Sucedan pues las picas á los remos,
Y por ellos dos veces vencerémos.

»Sí, soldados, el rostro de la guerra
Es á la Hesperia grato, delicioso
El son del parche, que al cobarde aterra,
El eco del clarin armonïoso;
Ni extraña pienso que nos es la tierra,
Ni mi ejército poco numeroso:
De España somos; si en la lid entramos,
Nuestra es toda la tierra que pisamos.

»Y cuando á las edades venideras
Con tan vasta conquista, oh tiempo, asombres,
Dirás que contra inmensas huestes fieras
Valieron por ejércitos mis hombres;
En la altura pondrás de las esferas
Con letras de oro sus excelsos nombres,
Y el cielo admitirá tu fiel desvelo,
Pues la causa que siguen es del cielo.

»Ya á favor nuestro se explicó en cometas,
Que en la luz clara y en la noche fria
Ofuscaron la faz de los planetas
Con lúgubre mortal melancolía;
De serpientes de fuego las inquietas
Ráfagas de aquilon pobló algun dia,
Y herido del pavor este hemisferio
Vió cercana la ruina de su imperio.

»Nuestro furor los vaticinios llene
Con que infaustos oráculos le afligen;
Los poderosos cetros encadene
Que á Iztapalapa y á Tezcuco rigen;
La gran Temixtitlan se desordene,
Y á pesar sufra de su ciego origen
Colocados en su alto Capitolio
Del hijo de Filipo estatua y solio.

»Huitcilopoztli, númen insaciable,
Mónstruo sediento de la sangre humana,
No como en otros tiempos formidable,
Sus flechas sin vigor, su sierpe vana,
En el ara se estrelle detestable,
Precipitado de la azul peana,
Y el sacerdote en lastimosos gritos
Llore el baldon de sus inmundos ritos.

»Así lo manda el religioso Numa.
Qué tan noble piedad tomó á su cargo;
Por él surcamos de salobre espuma
Incierto rumbo peligroso y largo;
Despertará el terrible Motezuma,
Despertará de su mortal letargo,
Y dará el cetro á emperador mas digno,
Mas justo juez, monarca mas benigno.

»Cesarán los prodigios, los obscuros
Visos del sol envuelto en arreboles;
Verá el gran lago sus reflejos puros;
Serán los indios nuevos-españoles;
Olvidarán sus elevados muros
A sus axayacaces (2) y ahuitzoles,
Y el Nuevo-Mundo admirará en su infancia
La justicia, la paz y la abundancia.

»Plazas, templos, palacios y jardines
Serán ya admiracion y ya recreo;
Con mitotes (3) en públicos festines
Brindará esta region al europeo;
Nos traerá de sus mas remotos fines
Nácar y perlas, que cuajó Nereo,
La grana con que al múrice retrata,
Las piezas de oro y láminas de plata.

»Tepecuaquilco ofrecerá rendido
Anime (4), que á sus númenes aplaca,
Lucientes piedras de valor subido
Y bálsamos fragrantes Tepeaca;
Maderas Cuahuacan, que ha producido;
Toluca tilmas (5); púrpuras Oaxaca;
Tlauhquitepec las olorosas gomas;
Tlachco la dulce miel y las aromas.

»En sus ministros á sus claros reyes
Así demostrarán el amor tierno;
Tendrán al recibir las sabias leyes
Por don del cielo su feliz gobierno;
Y mientras en sus palmas y magueyes (6)
El jóven de Austria se dibuja eterno,
En Europa por glorias tan inmensas
Las plumas cansarémos y las prensas.

»Estos son los laureles que los hados
Destinan á los hésperos alientos;
¿Y el premio de los árboles sagrados
Que coronan los altos vencimientos
De la pasion de Apolo idolatrados,
De las iras de Júpiter exentos,
Hemos de despreciar? ¿Tan vil memoria
Podrá de España obscurecer la gloria?

»Antes, roto el timon y las entenas,
Las quillas á las ondas entregadas,
Dóris lamentará con sus sirenas
Esas tristes reliquias sepultadas;
Del pálido temor sombras, ajenas
De vuestro pecho invicto disipadas:
Vencer, soldados, ó morir, y entonces
Fatigaréis los mármoles y bronces.

»Morir famosos, ó vencer valientes;
Pompa triunfal ó decorosa pira
Solo os aguarda; á las futuras gentes
Ya el pierio coro vuestro aplauso inspira;
La fuga que evitamos diligentes
Será el objeto de la hispana lira,
Dando asunto á sus números suaves
La destruccion gloriosa de las naves.»—

»Esto el valiente general predice,
Y esto su copia allí con mudos labios;
La fama de dos siglos contradice
De la envidia los bárbaros agravios;
Y porque mas su hazaña se eternice,
Hoy la promueve el coro de los sabios,
Que con la noble vista al héroe atenta,
El prodigioso lienzo representa.

»Estos, que de Felipe el Animoso
Siempre velando en propagar el celo,
A las letras su lustre venturoso
Restituyen á costa de su anhelo,
La pura voz, el plectro numeroso,
La frase digna, todo su desvelo
Inútil juzgan, si en tan alta idea
La feliz patria su atencion no emplea.

»¡Oh Madrid, sabia madre de las ciencias!
Ya por Cortés ha puesto tu Liceo
A las musas del reino en competencias;
Ya el fuego celestial descender veo;
Ya las acordes métricas cadencias
Suenan gloriosamente en mi deseo:
Renazcan pues á influjos celestiales,
Renazcan sus Lucanos y Marciales.

»Y tú, jóven, que errante y discursivo
Los lauros de tu patria recorriste,
Y un modelo buscabas expresivo
De la region guerrera en que naciste,
Ya has visto bien aquel retrato vivo,
Ya su accion valerosa atento oiste,
Ya la grandeza adviertes de esta hazaña:
Este es Hernan Cortés; esta es España.»

Dijo América, y luego resonaron
De su séquito armónicos loores;
En una nube densa que formaron
Exhalados los húmedos vapores,
Los pavones de Juno arrebataron
De mi vista sus bellos resplandores.
Seguirlos quise, y ocultó su llama
La cumbre del nevado Guadarrama.

Como en la noche lóbrega y horrenda
Cuando Jove los polos estremece,
Si al caminante la perdida senda
A la luz del relámpago aparece,
Deslumbrado despues, en mas tremenda
Obscuridad su aliento desfallece,
Sin poder divisar los horizontes
Ni distinguir los valles de los montes;

Así el portento, que aun dudoso admiro,
Confuso me dejó, ciego y cobarde:
Vuelvo en mi con el susto, y me retiro
Al espirar los plazos de la tarde.
¡Oh caudillo el mas grande que vió el giro
De ese planeta, que ilumina y arde!
¡Qué no pudiste ser, si tanto asombras
Hallado en raptos y explicado en sombras!

NOTAS.

(1) Sayos de armas hechos de algodon para defenderse de las flechas.
(2) Emperadores de Méjico anteriores á Motezuma.
(3) Así llaman los indios á sus danzas.
(4) Resina semejante al incienso.
(5) Vestidura de que hacen los indios el mismo uso que nosotros de la capa.
(6) Planta que se cria con mucha abundancia en Nueva-España. En Andalucía la llaman pita.

FIN DE LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS, POR DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN.

LA INOCENCIA PERDIDA,

CANTO HERÓICO

POR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

Yo canto la funesta inobediencia
Del Padre de los hombres, que entregado
Dejó el mundo y su triste descendencia
A la implacable muerte y al pecado;
Desterrada la cándida inocencia
Diré tambien del suelo desdichado;
La cólera irritada del Eterno
Y el vengativo triunfo del Averno.

Espíritu divino, que al doliente
Profeta, contra el pueblo endurecido
Desatastes el labio balbuciente
En tu sagrado fuego enardecido;
Tú me inspira; no ya la impura fuente
Busco, ni el Helicon envilecido;
Que en mas sublime ardor el pecho siento
Inflamarse á la llama de tu aliento.

Y de él arrebatado á la alta cima
De la excelsa Sion, mi voz sonora
Revolará desde el helado clima
Hasta el ardiente reino de la aurora.
Ya el soberano espíritu me anima,
Mientras del cielo la piedad implora
El mísero mortal, bañado en llanto,
A turbar las moradas del espanto.

Despues que del Querube audaz deshecha
La impía turba, cayó desde la altura,
Que á su orgullo soberbio vino estrecha,
Precipitado á la tiniebla oscura;
En su mansion, ya eterna cárcel hecha
De cuantos arrastró su desventura,
Afirma sus rencores inmortales
Y establece el imperio de los males.

En el profundo seno de la tierra
Yace la aborrecida monarquía,
Cuyas oscuras avenidas cierra
Sobrepuesta á su faz montaña umbría;
De los confines lóbregos destierra
Palpable niebla el resplandor del dia:
Solo de eternas nubes coronada
La cumbre brilla en rayos abrasada.

Por los oscuros cóncavos tendida,
Un mar de fuego el hondo abismo llena,
Que en olas se levanta embravecida
Contra el enorme peso que la enfrena;
Y del alzado risco despedida
En las cavernas hórrida resuena;
Baja á inundar el centro con su llama,
Y con nuevo furor otra vez brama.

Entre sus ondas el precito bando
Rabioso gime; y el feroz gemido
Repiten, sus rencores alentando,
La astucia vil y el odio fementido;
Ejerce la soberbia el torpe mando
De orgullosos espíritus temido,
Y á un lado puesta la guadaña fuerte,
Ociosa yace la implacable muerte.

El rebelde Querub rige y domina
Con duro cetro el reino tenebroso,
Reino que contra el cielo determina
Con nuevo atrevimiento hacer glorioso;
Mas al ver oprimido en su ruina
El valor de su espíritu ambicioso,
Brama, y sufre los ásperos dolores
Devorado de inútiles furores.

Empero por la mano omnipotente
Hecho el hombre feliz entonces mira,
Y de la envidia atroz el fuego ardiente
En venenoso anhélito respira;
El furor nuevo que su pecho siente
Perturba las mansiones de la ira,
Y en sus senos se eleva en ronco aullido
Mas rabioso el sacrílego alarido.

Mas el infausto Rey, que empresa nueva
Contra el poder divino ya medita,
El cetro extiende en la tartárea cueva,
Y con terrible voz su pueblo agita;
El bando averno su clamor renueva,
Y al trono en derredor se precipita;
Luzbel acalla el hórrido lamento,
Y así les dice en espantoso acento:

«Ya, secuaces (y en torno se estremece
Con sordo estruendo la interior montaña),
Veis como Dios en su criatura ofrece
Nuevo y odioso objeto á nuestra saña;
No penseis que mi orgullo desfallece
Por ver frustrada la emprendida hazaña;
Venció el poder inmenso; mas fué mia
La gloria del valor y la osadía.

»Y cuando gime mi fiereza altiva
Vencida en la cadena rigorosa
Con que de Dios la mano vengativa
Oprimió mi soberbia generosa;
¡Ah! ¿sufriré que amado el hombre viva
Del tirano opresor en paz dichosa?
Vosotros, compañeros de mi furia,
¿Podréis mirar ociosos tal injuria?

»Un vil pedazo de lodoso cieno
Del aliento de Dios recibe vida
E inmortal ser, y de grandezas lleno
Señor de entrambos orbes se apellida;
Cuanto produce del fecundo seno
La tierra, cuanto dora la tendida
Luz del sol desde el uno al otro polo,
Fué destinado para el hombre solo.

»Mas ¡oh! gloria mas alta y duradera
Es la que causa mi mayor tormento:
El celeste esplendor que en la alma esfera
Para siempre perdió mi atrevimiento:
En premio el hombre conseguirlo espera
Dando á ley blanda fácil cumplimiento,
Y en dulce lazo á su Criador benigno
Se unirá á mi despecho el polvo indigno.

»Antes ¡oh! ningun medio á la venganza
Omitirá el furor que me devora:
Bien sé que contra Dios poder no alcanza
Quien ya sintió su diestra vencedora;
Mas puedo pervertir con mi asechanza
La libre voluntad, de si señora,
En que se goza el hombre ¡don gracioso!
Mas ¡oh rabia! á nosotros cuán dañoso!

»Serálo al hombre, si el engaño mio
Consigue en el abismo destinado
Al mal, precipitar el albedrío
Que para el bien y el mérito fué dado;
El don celeste á torpe desvarío
Reduciré, de Dios así vengado;
Animo pues, ministros del Averno,
Las armas contra si nos da el Eterno.

»Una salud nos da nuestra rüina,
Y es no esperar salud, si ya vencido
El despiadado cielo me destina
A eterna rabia é inmortal gemido;
¿Qué temeré de la aversion divina?
Cuando con nuevas iras despedido
Vibre de su justicia el rayo fuerte
¿Podrá ser mas acerba nuestra suerte?

»Alto pues; tú, engañosa Astucia, vuela,
Vuela al jardin de Eden, y en su morada
A ser estrago de la dicha vela,
Que el hombre goza en paz afortunada;
Oculta entre sus flores la cautela,
Y en el tronco fatal pon la celada,
Haciendo que el precepto soberano
Deteste como ley de un Dios tirano.

»Y tú, Soberbia, el devorante fuego
Que encendiste en mi espíritu, prepara,
Dejando al hombre de sus llamas ciego;
Deslúcele al Criador la imágen cara;
Las oscuras moradas dejad luego,
Y á perturbar del cielo la luz clara
Audaces id, que en vuestro ministerio
Hoy la gloria aseguro de mi imperio.»

Dijo, y con el agudo cetro hiriendo
De la montaña el cóncavo costado,
Con impulso veloz salen hendiendo
Los genios el resquicio ya formado;
Vuelve á cerrarse con horrible estruendo
El paso á los dos solo franqueado;
Ellos, al órden del Querube fieles,
Se encaminan de Edén á los vergeles.

¡Ay! ¿Quién dará suspiros á mi pecho,
Quién á mis ojos llanto en abundancia
Para cantar en lágrimas deshecho,
¡Oh santa Eden, tu delicion estancia!
Mi voz á cuyo son ámbito estrecho
Fué el orbe, no ya en dulce consonancia,
Mas en gemido ronco, la memoria
Renovará de tu perdida gloria.

En todo el universo la natura
Con no alterado brillo relucia,
Y de graciosos dones la faz pura
De la felice tierra enriquecia;
El regalado fruto y mies madura
En sazon grata pródiga ofrecia,
Y el hombre hallaba en su fecundo gremio
A un plácido trabajo dulce premio.

El sol, monarca del brillante cielo,
De la luz clara padre refulgente,
Aun no giraba con torcido vuelo
Del Capricornio helado al Cancro ardiente;
Ni el can entonces con fogoso anhelo
Lanzaba estivos rayos inclemente,
Que los céfiros blandos ahuyentasen
Y las nacientes flores abrasasen.

Nunca á ilustrar el Escorpion lejano
Al contrapuesto polo se aureaba,
Ni á ocultar su esplendor en el mar cano
La encendida cuadriga apresuraba;
El árbol del sabroso fruto ufano,
No el inclemente hielo recelaba,
Ni de los prados el verdor nativo
Con torpes piés holló el invierno frio.

Mas por el medio cielo la carrera
Del astro luminoso señalada,
Brilló su luz en la extendida esfera
Hasta los firmes polos derramada;
De rosas siempre el alba placentera
Sembró del Aries rubio la morada,
Y siempre al sol dejando el mar sereno,
Nacer el orbe vió de un mismo seno.

Y así con igual ley el fuego interno
Que en raudo movimiento anima el mundo,
La baja tierra desde el giro eterno
Penetró y el Océano profundo;
El templado alimento en jugo tierno
Al fértil suelo dió su ardor fecundo,
Y el alma primavera por el viento
Siempre esparció su delicioso aliento.

Cuando la negra noche el manto oscuro
Tendia por los orbes silenciosa,
No aprisionado en su letargo duro
El triste mundo mísero reposa;
Antes en sueño fácil y seguro
Gozó el viviente la quietud dichosa,
Mientras brillaba en plácidas centellas
El trémulo esplendor de las estrellas.

Nace despues la rutilante aurora
Trayendo el nuevo dia en sus albores,
Y los puros aljófares que llora
Vierte en el seno á las dormidas flores;
Despierta el ave y con su voz canora
Saluda los primeros esplendores,
Y todo el universo en mudo canto
Entona á su Criador el himno santo.

Así grato placer no interrumpido
Gozó la tierra, el Hacedor glorioso
Las obras de su mano complacido
Mira y las da su auxilio poderoso;
Mas de cuantos vergeles ha esparcido
Del orbe en el recinto delicioso,
Para figura de su gloria quiso
Formar de Eden el bello paraíso.

Resurte en él la caudalosa fuente
Que sumida otra vez en honda cueva,
A todas las regiones su corriente,
El dulce riego y la abundancia lleva;
En él tambien sus ramos eminente
El árbol santo de la vida eleva,
Y al cuerpo que cansado desfallece
Recobrado vigor su fruto ofrece.

El hombre, mientras llega el esperado
Trono á ocupar en el empíreo cielo,
Fué por la mano inmensa destinado
Para labrar su floreciente suelo;
En él mira obediente á su mandado
Cuanto circunda el estrellado velo,
Del mundo el homenaje en él recibe,
Y á la natura leyes le prescribe.

El soberbio leon, que la montaña
Estremeció con su rugido fiero,
Viene á sus piés, depuesta ya la saña,
Humilde en pos del cándido cordero;
Deja á su voz el tigre la campaña,
Y enfrena el ave su volar ligero,
Y el monarca del piélago á su mando
Los vados espumosos va cortando.

Bajo sus piés, de tierna y fresca rosa
Súbito matizado el suelo mira,
Y del aura que liba vagarosa
Sus hojas, el olor grato respira;
Inclina el árbol la cerviz frondosa,
Que sacudida al aire en torno gira,
Para que tronque de su fruto opimo
El mas pintado ó mas fértil racimo.

Mas sobre los demás su copa umbría,
Rey de todo el vergel, eleva ufano
El tronco cuya fruta defendia
Suprema ley gustar al labio humano;
Humilde el hombre así reconocia
De su Dios el imperio soberano,
A este precio señor de cuanto encierra
El alto cielo y la profunda tierra.

De lirio virginal la sien ceñida
Y alba azucena la inocencia pura,
De la region dichosa desprendida
Muestra al hombre su angélica hermosura;
En celestiales lazos á él unida
La feliz tierra dominó segura;
Su amable mando con sagrado acento
Canta el coro del alto firmamento.

Con ella descendió su dulce hermana,
La dulce Paz, y al orbe amaneciendo,
Brilló entre hermosas nubes de oro y grana
Blanda quietud su oliva prometiendo;
¡Ah! no temido de la trompa insana
Entonces era el pavoroso estruendo,
Ni que fueran los campos florecidos
De humana sangre alguna vez teñidos.

Glorias tantas la tierra ya gozando,
Otra nueva, gran Dios, añadir quieres,
En nueva imágen tuya al hombre dando
Una fuente ignorada de placeres;
Infundiendo en sus miembros sueño blando,
Su pecho con benigna mano hieres,
El duro hueso animas, y de él labra
La mujer bella tu eternal palabra.

Cual la lumbrosa fuente coronada
De oro radiante y pura argentería
Rompe el mar de la aurora sonrosada
El claro sol iluminando el dia;
Ante su rostro el aura regalada
Los bulliciosos céfiros envia,
Que en juegos mil girando mansamente
Vuelan por las campiñas del Oriente.

Así ve amanecer naturaleza
A la que de sus ámbitos señora
De majestad ornada y de belleza
Con mas templada luz los orbes dora;
En torno con graciosa ligereza
Vaga el gozo y la risa encantadora,
Y amor, el santo amor al lado brilla
Del placer puro y la virtud sencilla.

El hombre al verla dulce fuego siente
Dilatarse en su seno, y la sincera
Gratitud rinde al Sér omnipotente,
Y su esposa la llama y compañera;
Por ella la alma tierra floreciente
Cubierta de sus hijos ver espera,
Y feliz sucesion que al cielo amiga,
Eternamente al Hacedor bendiga.

De Eden vagaba por la estancia amena
La madre de los hombres, cuando el prado
Desde el alto cenit con luz serena
Esmaltaba risueño el sol templado;
Entre las hojas plácido resuena
El soplo del favonio regalado,
Los vástagos agita de las flores
Y teje hermosas ondas de colores.

El dulce canto y el volar cansadas
Dejan las avecillas bulliciosas,
Y poblando las densas enramadas
A los nidos se acogen silenciosas;
En derredor sus ondas argentadas
Lleva entre orillas de jazmin y rosas
Sesgo el arroyo con susurro manso,
Que el dulce sueño inspira y el descanso.

Por sus márgenes Eva divertida,
Mientras en ver gozosa se complace
Ya el pajarillo que en la rama anida,
Ya el corderuelo que á la sombra pace,
O bien la tenaz hiedra al olmo unida
Como en frondosas vueltas á él se enlace,
Al sitio llega con dudosa planta
Do el fatal tronco al cielo se levanta.

La engañadora Astucia en tanto anima
Serpiente infiel, y sacudiendo enhiesta
La manchada cerviz, audaz sublima
Su cuerpo en giros mil por la floresta;
Del árbol se dirige á la alta cima,
Y en torno el aire con su aliento infesta,
Cual por el horizonte negra nube,
Cubriendo el cielo de tinieblas sube.

El tronco todo hasta la copa umbrosa
Ciñe plegada en una y otra espira,
Y ofrece entre las ramas cautelosa
La faz, que el padre alienta de la ira;
Contra Eva, que suspensa y silenciosa
El no tocado fruto ve y admira,
Mueve falaz el labio fraudulento,
Y así le dice en halagüeño acento:

«¡Oh tú, que altiva en tu beldad lozana
Pisas estas moradas de ventura,
Y reina de los orbes soberana
Ves rendida á tu mando la natura;
Si con esa tu gloria y fausto vana
Juzgas tocar á la mayor altura,
¡Ay cuánto tu error es! Tan falsos bienes
A cuán indigno precio los sostienes!

»¿Qué vale que por tí la ardiente lumbre
Del claro astro del dia se desprenda,
O que la noche inmensa muchedumbre
De eternos soles en la esfera encienda,
Cuando veloz por la celeste cumbre
Sigue de luces la esmaltada senda,
Si tú, señora de tan alto imperio,
Yaces sujeta á torpe cautiverio?

»Este tronco que observas misterioso
Tu oprobio lleva en su abundante fruto,
Y de tu mando exento y orgulloso
Solo te niega el general tributo
Que ofrecen los demás; precepto odioso,
Con que la envidia de un tirano astuto
Impedir quiso que atrevido el hombre
Emulase tal vez su gloria y nombre.

»Oye empero la ley que del destino
Al árbol prodigioso le fué dada:
Yo del jardin de Eden guardian divino,
Que fiel presido á su cerviz sagrada,
Te descubro del fruto peregrino
La secreta virtud, de tí ignorada;
En mi voz habla el cielo soberano:
Oye y penetra el tenebroso arcano.

»Quien sus pomas con noble atrevimiento
Pruebe, la ley injusta despreciando,
A par de Dios será, y en alto asiento
Con él dividirá del orbe el mando;
Ensalzará su nombre el firmamento
En angélicos himnos resonando,
Y tendrá cual los séres inmortales
La ciencia de los bienes y los males.

»Temible al mismo Dios, será su suerte
Soberana y excelsa independencia,
Y en el empíreo poderosa y fuerte
Dominará inmortal su descendencia;
Ve ya la desventura, ve la muerte
Que castigo será á la inobediencia,
Y rompe el negro velo del engaño
Con que en tu mismo bien temes tu daño.

»Goza, goza la gloria que destina
Al hombre venturoso el alto cielo;
El alma que te adorna, luz divina,
Aunque ceñida del corpóreo velo,
De otro imperio es capaz que el que termina
En cerco limitado el bajo suelo;
Sube pues á la cumbre sacrosanta
Y el orbe huella con gloriosa planta.»

Dijo la Astucia infiel: al torpe encanto
De la engañosa voz fácil oido
Eva da incauta; la Soberbia en tanto,
El sacrílego fuego ya emprendido,
El fuego que arrojó querube tanto
Al centro oscuro de inmortal gemido,
Invisible alimenta, y á su seno
Con él arroja su infernal veneno.

La primer madre por sus venas siente
Crecer no resistida la impia llama,
Y la ambicion del mando omnipotente
Y el esplendor de eterna luz la inflama;
Del devorante ardor ciega la mente
La mano tiende á la funesta rama;
Tres veces en troncar su fruto insiste,
Y tres la poma indócil le resiste.

¡Oh! dicta tú á mi acento lastimado
El triunfo del delito y la mentira,
Tú, que el empíreo, serafin sagrado,
Viste temblar á la divina ira:
Alienta el débil pecho lastimado
Y pulsa tú la destemplada lira;
Yo en tanto mancharé de lloro ardiente
Entre ceniza vil la faz doliente.

Ya, ya en su mano la infelice Eva
La bella poma ostenta victoriosa;
Ya de su arcano á la funesta prueba
Se prepara atrevida y orgullosa;
¡Ay! que al hambriento labio ciega lleva
El delito y el mal. Gimes llorosa,
¡Oh cándida Inocencia! Mas oido
En vano fué tu llanto y tu gemido.

¡Ay! que no solo la maldad impía
Ya en sus entrañas mísera alimenta,
Mas cómplice infeliz á su osadía
Contra la impuesta ley buscar intenta;
¡Ay! que ya á Adan, de pálida alegria
Bañado el rostro, el fruto le presenta:
Triunfa el averno por su voz: ¡Ay triste!
Probóle el hombre, y tú, Maldad, naciste.

Naciste, y del averno desquiciada
La eternal puerta, el bando fementido
A Luzbel la victoria malhadada
Aplaude con horrísono alarido;
El suelo entonces dejas tú, bañada,
Alma Inocencia, en llanto dolorido,
Y á las moradas vuelas celestiales
Negada ya á los míseros mortales.

La Paz su vuelo rápida siguiendo
A la region nativa se destierra,
Y la lanza fatal feroz blandiendo
Al mundo nace la implacable guerra.
El orbe gime; con horrible estruendo
Mueve sus hondos cóncavos la tierra,
Y siente el usurpado señorío
Que el rey ejerce ya del lago impío.

Reina del siglo, la Maldad levanta
De la patria del mal la frente altiva,
Coronada de horror; siguen su planta
De los males la hueste vengativa;
El vil placer que la razon encanta,
El impío furor, la envidia esquiva,
Y ya señora de la humana suerte,
Ante su rostro va la cruda muerte,

De cuantos el delito abominable
Dejando el negro averno, se acompaña,
El mas temido monstruo; ya implacable
Blandida cruge la feroz guadaña;
Amenazando el golpe formidable,
Brama impaciente en homicida saña;
Y á que el cielo destine solo espera
A su furor la víctima primera.

¡Mísero Adan! Y ¿dó á la inmensa ira
Te ocultarás seguro? Si ciñeses
Las raudas alas con que el rayo gira,
Y entre grupadas nubes te escondieses,
O de la aurora á la abrasada pira,
O al destemplado mar del polo huyeses,
Do quier Jehová domina; su venganza
Sobre los vientos poderosa alcanza.

¡Triste! en nieblas de muerte y sombra oscura
Y confusion y horror sumido yace;
Su cuello oprime pesadumbre dura,
Y un helado sudor su alma deshace:
En tanto del Averno nube impura
De tenebroso fuego y humo nace:
Fallece el dia; en medio la alta esfera
Pálido el sol oculta su lumbrera.

Entre el negro vapor y oscura llama
Luzbel triunfante su potencia ostenta
Al sometido mundo; en torno brama
Del abismo la hueste turbulenta:
«Vencimos, con horrendo acento clama
El feroce Querub: la ira sedienta
Si en el Inmenso ¡oh rabia! no podemos,
En víctimas sin fin ya cebarémos.

»Triunfamos contra Dios: la imágen bella
Que en brillo celestial lumbró el Eterno,
Es ya apagada y pálida centella
Que entre sus ondas sumirá el averno;
Triunfad, secuaces: á mi ardiente huella
Trono es el mundo do inmortal gobierno.
No hay Dios, tierra infeliz; el pueblo humano
Es bajo el cetro de mi augusta mano.»

Luzbel hablaba; súbito resuena
Rasgado el cielo en hórrido estallido;
Tembló el eje inmortal; el polo truena
Y el ancho mundo gime sacudido;
Roja luz el inmenso espacio llena
En voladores rayos encendido;
Bañado en fuego el aire resplandece,
Y el trono del Altísimo aparece.

Brilla el rayo en su diestra poderosa;
La llama del furor vorace vuela
Ante su augusta frente; temerosa
A sus iras el ángel la faz vela.
Su rostro es cual hoguera que ardorosa
A par del valle el alto monte asuela;
Angeles mil y mil al solio alzado
Acuden; mil y mil cercan el lado.

El Inmenso va á hablar; del firme asiento
Los collados eternos se encorvaron,
Y plegadas las alas en el viento,
El fiero Noto y Aquilon callaron.
Luzbel esquiva el divinal acento,
Mas opresores hierros lo ligaron.
Habla el justo Jehová; la voz potente
Oye, y tiembla de horror culpada gente.

«Y ¿dó están? dice: ¿La caterva impía
Burlará mi poder, ó á mi ira armada
Se librará? ¿Dó están? ¿La tiranía
Alzará contra mi su frente osada?
En cielo y tierra la potencia es mia;
Yo el Señor de las huestes; hacinada
Está, cual heno vil la grey traidora,
Y el ardor de mi aliento los devora.

»Culpado Adan, la ya abatida frente
Cubre entre el polvo vil de do naciste;
Yo te ceñí corona refulgente
Sobre cuanto de lumbres el sol viste;
Tú del averno la enemiga gente,
Hollando mi alma ley, necio seguiste;
Tu suerte sea el Averno; tiembla, ingrato;
Es inmudable mi eternal mandato.

»Vengad, criaturas, mi ultrajado nombre:
Tú, sol, que de la esfera diamantina
Vital calor y blando diste al hombre,
En destemplado ardor ora fulmina.
No la rosa gentil el suelo alfombre,
Mas el punzante cardo y ruda espina;
Brutos, feroces ya, no ya obedientes,
En él cebad los aguzados dientes.

»Con duro afan el infecundo seno
Rasgue á la tierra; el fruto suspirado
Solo produzca el árido terreno,
De llanto triste y de sudor regado.
Verde campo, tal vez de espigas lleno,
Verá talarlo en flor el Noto airado,
Y cuando brote escasa mies y verta,
Lágrimas de dolor sobre ella vierta.

»Prole de perdicion, hijos de muerte
El suelo cubrirán; cuando horrorosa
Baje la noche, gemirán su suerte,
Y del primero ser la noche odiosa.
Cuando del duro sueño los despierte
Con su temprano rayo el alba hermosa,
Maldecirán la luz aborrecida
En que á la luz nacieron de la vida.

»Cierra, Empíreo, tus puertas; las moradas
De lumbre inmensa y resplandor augusto,
De diamantino muro circundadas,
Mi reino negarás al pueblo injusto.
De muerte moriréis, gentes culpadas:
Así castiga el crimen Jehová el justo.
Vuestra mansion en siglos eternales
Será el oscuro imperio de los males.

»Y tú, sierpe, que diste fementida
El torpe acento al avernal engaño,
En apagado silbo ya abatida,
La culpa gemirás del primer daño;
Y robando la escama denegrida
De tu piel cada vez que nazca el año,
En sulco odioso por el suelo duro
Callada arrastrarás el pecho impuro.

»Y cuando, salpicada de colores,
Tal vez enhiestes la cerviz sangrienta,
Del mas bello jardin las tiernas flores
El tósigo envenene que te alienta;
La escondida caverna donde mores
El rudo golpe de la azada sienta,
Y tu cuerpo, á sus senos arrancado,
En trozos rompa el penetrante arado.

»Será un tiempo (mi voz omnipotente
Penetra el seno de la edad futura)
Cuando el hijo de Adan sobre tu frente
Vencedora pondrá su planta pura;
Y el furor del abismo prepotente
Feliz domando en la cervice dura,
Sobre el Empíreo ensalzará su nombre,
Adorado del ángel y del hombre.

»Cesará entonce el torpe ministerio,
Inmundo rey del tenebroso lago:
Dijiste: morirán en cautiverio,
Y envolveré la tierra en rudo estrago.
Solo dominaré; bajo mi imperio
Tendrá de su delito el justo pago
El vil linaje que Jehová abandona;
El Dios de las venganzas no perdona.

»Abate ¡oh monstruo! la orgullosa frente;
Yo, el Dios de los consejos: ¿abreviada
Será acaso mi diestra omnipotente?
Mortal, yo vi tu suerte lastimada;
Vila, y hube piedad; si brilla ardiente
De mi furor la fulminante espada,
Llora, infeliz mortal, llora y confia;
Tuyo el delito, la clemencia es mia.

»En plenitud de gloria resplandece
Sobre el Empíreo y mas mi ciencia suma;
A mi voz raudo el orbe desparece,
Mas que herida del cierzo negra bruma;
La lumbre, si fulmino, se oscurece,
Y apagada su hoguera el polo ahuma;
Y ¿haré de mi furor airada prueba
Contra la arista vil que el viento lleva?

Tú, de mi inmenso sér inmensa lumbre,
Hijo querido de eternal delicia,
Tú, vistiendo la ajena servidumbre,
La víctima serás de mi justicia.
Verás el rostro, humana muchedumbre,
Depuesto el rayo á mi piedad propicia,
Cuando dado al suplicio en alta cima,
El Rey del cielo moribundo gima.

»Y herido de la espada rigorosa
De mi furor, al aire sublimado,
Lo entregaré á la muerte pavorosa
Entre el cielo y la tierra abandonado;
Ante mis ojos correrá preciosa
La sangre pura, y lavará el pecado;
Y verá el hombre las empíreas puertas
Segunda vez para su dicha abiertas.

»El príncipe de paz, el fuerte, el santo
¡Oh tierra! á tí vendrá; no enfurecido
Rayo precederá, no armado espanto,
Ni del polo el horrísono bramido;
Tú, Inocencia, y tú, Paz, en dulce canto
Al triste mundo anunciaréis mi Ungido.
Volad, tiempos; ven, dia fortunado,
Y el reino de maldad será arruinado.

»El Testamento augusto que, á tu ruego,
Pérfido pueblo, di, ¿cómo olvidaste,
Cuando en ardor de fulminante fuego
Mi voz velada en truenos escuchaste?
Tú, no mi pueblo ya, mas pueblo ciego,
Tú no verás la lumbre que esperaste;
Tú mancharás las manos inclementes
En la sangre del Rey que dí á las gentes.

»Morirá, sí; mas del dolor interno
Su seno rasgará la tierra fria:
Los orbes, desquiciado el polo eterno,
Revolverán por ignorada via;
El astro de la luz, cual jóven tierno
Muerto en florida edad, en medio el dia
Pálido yacerá; y horror profundo
Envolverá en tiniebla el ancho mundo.

»¿Mi Santo empero en el sepulcro umbrío
Verá la corrupcion? ¿Yacerá el Fuerte?
Cual vence el sol las ondas del mar frio,
Vencerá los horrores de la muerte.
Tú, monstruo, lo verás del trono impío
Su poderoso acento conmoverte;
Y el abismo rompiendo fulminante,
La prole de Sion librar triunfante.

»Mas nueva grey en el terreno asiento,
Del amor prole, que en los dos inspira,
Dejará que inflamada por su aliento
Mi nombre lleve por do Febo gira;
Y hasta que en su perenne movimiento
Vuelva el tiempo los dias de la ira,
Cuando estalle la esfera en recio trueno,
Padre amoroso asistiré en su seno.

»Santa generacion, la gloria mia
Tú al orbe mostrarás; en cuanto encierra
Del claro Marsaroth á la Osa fria
Juzgarás las naciones de la tierra.
Paz y salud á tí; gemirá impía
En la avernal prision la cruda guerra;
Y á par será del solio do yo impero
El no manchado solio del Cordero.

»Los siglos volarán; rota la esfera,
Al abismo caerá precipitada;
Frenará el astro la inmortal carrera;
La fuente de la lumbre sepultada
Yacerá en nieblas; la creacion entera
Volverá al seno de la antigua nada;
Mas la eternal palabra de mi mente
Será en siglos de siglos permanente.»

Habló Jehová; renueva el coro alado
El himno sacrosanto de alabanza;
Da el bando impío grito despiadado,
Y al reino adusto del horror se lanza.
Adan, aunque el temor mas consolado
Con la serena luz de la esperanza,
Del dolor oprimido que le aqueja,
Lloroso, dulce Eden, de tí se aleja.

FIN DE LA INOCENCIA PERDIDA, DE DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

LA INOCENCIA PERDIDA,

POEMA EN DOS CANTOS

POR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

CANTO PRIMERO.

Recibe el plectro ya, profana Clio,
Que del Bétis me diste en las riberas,
Do con labios de risa el canto mio
Remedaron sus ninfas placenteras:
Ora vuele mi acento al sacro rio
Que de Eden fertiliza las praderas,
Y dividido en plácidos raudales,
Baña el Ofir arabio de corales.

Y en las regiones, do el primer viviente
Moró apenas en cándida inocencia,
Mi voz repita á la futura gente
El precio de su altiva inobediencia;
Y cómo el triste padre delincuente
Tornando en males la dichosa herencia,
Su linaje entregó con vil desdoro
A muerte, á esclavitud, á eterno lloro.

Tú, que del hombre la infelice historia
Trasladaste á los siglos inspirado,
Ora el hecho recuerda á mi memoria,
Que lo arrojó del venturoso estado;
Tú me da el alto verso en que la gloria
Cantaste del Señor al pueblo amado,
Y al mundo criminal será enseñanza,
Y hará temer la celestial venganza.

Yacia, herida la orgullosa frente,
En medio el hondo abismo el ángel fiero,
Despues que el Hacedor del brazo ardiente
Airado sacudió el rayo primero.
En su revuelto seno sordamente
El caos tembló, cuando al mayor lucero
Oyó entre la rebelde muchedumbre
Derrumbado caer de la alta cumbre.

Él, levantando pálido el semblante,
Despavorido al espantoso trueno,
Revuelve en derredor la vista errante
Vibrando llamas y mortal veneno:
Brama, y al alarido horrisonante
Retumba ronco el cavernoso seno;
«Dioses, dice, ¿me ois? ¡ah! no vencimos;
Mas no entienda Jehová que nos rendimos.

»Lanzados fuimos del celeste imperio:
Lanzados fuimos ¡ay! La suerte ciega
Triunfar le dió, y á infame cautiverio
Los mas altos espíritus entrega.
Vuela Miguel, y sobre el cerco aério
Triunfal insignia vencedor despliega,
Y trofeos arbola: el claro polo
El nombre de ese Dios aclama solo.

»Suya fué, no lo niego, la victoria;
Mas nuestro es el valor. El yugo odiado
De servirle rompimos: esta gloria
No borrará jamás funesto hado.
Renovarán los siglos la memoria
De nuestro invicto ardor: «de fuego armado,
Dirán, al cielo se atrevió el abismo.»
El atreverse solo es heroismo.

»No desmayeis ¡oh príncipes! No en vano
Hijos sois del olimpo. Renovemos
El conflicto primero, y al tirano
Nuevo órden de batalla presentemos.
Él determina en su consejo insano
Otros séres crear, y en los supremos
Tronos á par de sí levantar quiere
No sé cuál hombre vil que nos impere.

»¡Oh dioses! ¡oh furor! Los que ante el fuego
Que al solio cubre de Jehová, su furia
Ensayaron un tiempo ¿en vil sosiego
Verán con sesgo rostro tal injuria?
¡Ah! no, no será así; que en ira ciego
Aun respira Luzbel. La raza espuria,
Si á gozar llega de la torpe vida,
Perezca en sus principios destruida.

»Perezca el orbe. El desrollado velo,
Que en vivos rayos tornasola el dia,
Rotos los ejes caiga; estalle el cielo,
Y los séres sepulte en noche umbria;
En son horrendo derrocado el suelo
Ruede al abismo; guerra, guerra impía.
Cobrad, dioses, cobrad vuestros furores;
Serémos, yo os lo juro, vencedores.

»Los rayos aprestad. Del lago oscuro,
Do en sombras mora el erizado espanto,
Saldré á la odiada luz del cielo puro;
Del cielo... el cielo... ¡Ay triste! ¡Cual en llanto
Se torna mi furor! Mas ¡qué! ¿mi duro,
Mi indomable valor á un vil quebranto
Podrá rendirse? Yo? Luzbel? ¡Oh! Tema,
Tema el que usurpa la mansion suprema.

»Saldré á la odiada luz; yo seré espía
De sus obras; veré cuál la accion fiera
Deba ordenarse. ¡Al arma, oh hueste mia!
¡Al arma! Tiempo habrá que en lisonjera
Paz canteis la victoria.» Así decia
El soberbio, y la ruda cabellera
Vedijada de víboras se eriza,
Y en su frente silbando se encarniza.

Cual de Vesubio el cráter centellante
Horrendo luce y tiembla, el hondo brama,
Alzase el humo, en grupos ondeante,
Y en vellones de luz tal vez se inflama;
Súbito el negro abismo horrisonante
Columnas brota de sangrienta llama,
Y al derretido fuego abriendo calle
Voraz torrente se despeña al valle;

Rápido corre la feraz campaña
Allanando las selvas; el arado
Y el buey tardo arrebata, y la cabaña
Lleva, y al pastor dentro descuidado;
Hunde las altas cúpulas su saña,
Vuelca estruendoso el arteson dorado,
Cae sobre el mar sin aplacar su ira,
Y por las ondas encendido gira:

Tal raudo sale del abismo horrendo,
Envuelto en negras llamas el impío,
Y la garganta con rugido abriendo,
De fuego arroja ensangrentado rio.
Tembló abierta la sima con estruendo,
Y en aullido espantoso el reino umbrío
Se oyó tronar. A la tranquila tierra
¡Ay! se lanza Luzbel, clamando guerra.

La dulce llama, que de lumbre viste
El aire puro que al viviente anima,
Volando en rayos trémulos, embiste
Los ojos que enfermara el ciego clima.
Túrbase, y con las manos la faz triste
Cubre al rosado albor que le lastima:
Vacila, y con pié errante se apresura;
Párase luego, y observar procura.

Tercera vez la celestial lumbrera
A la noche rasgaba el pardo velo,
Derramando sus brillos por la esfera,
Que el aire hienden en sereno vuelo.
Fugada ya la lobreguez primera,
Que vistió de negror el rudo suelo,
La blanda luz resbala por las flores,
Y levanta reflejos y colores.

El ave, aun sin haber labrado nido,
Las plumas bate sobre el aura fria,
Y prueba á sostenerse, el cuello erguido,
Que mil cambiantes con la luz envia;
Y cuando ya el poder ha conocido
De las temblosas alas, su alegria
Publica, variando el dulce acento,
Que balbuciente imita el mudo viento:

El viento, enántes mudo, que pausado
Al despuntar de la primer aurora,
Osó apenas, de aljófares bañado,
Besar las flores que su faz colora;
Mas al hallarse súbito sembrado
De los medidos tonos que aun ignora,
Se esconde por las grutas, y suave
Remeda el canto que escuchó del ave.

En tanto la ovejuela en la llanura,
Latiendo el pecho con la nueva vida,
Celebra á par del lobo su ventura,
Y á triscar con halagos le convida.
O ya la frente alzando hácia la altura,
Ve las aves vagar embebecida,
Y á sus cantares, de ella no sabidos,
Responde simplecilla con balidos.

Mas cuando el Hacedor con fuerte mano
Los mudos senos lóbregos quebranta
De la nada vacía, y el humano
Del no ser á la vida se levanta,
Unidos corren en tropel ufano
Los animados todos á su planta;
Manso el tigre y la víbora inocente,
Con su lengua le halagan blandamente.

Y en mil y mil hileras agolpados,
Cual las olas de Océano, se extienden,
Cubriendo en torno los herbosos prados,
Que Tigris y Gehon sonoros hienden.
Los pájaros al aire derramados,
En colorida turba se desprenden,
Cual nube que matiza en oro y grana,
Coronada de lirios, la mañana.

Las alas plegan con murmurio blando,
Y en medio alzado, cual señor, el hombre,
Se posan silenciosos, esperando
La multitud naciente les dé nombre.
Adan, las palmas al empíreo alzando,
«¡Oh Eterno! clama... En inmortal renombre
Decidle gloria ¡oh cielos! Decid gloria,
Y ensalzad ¡oh vivientes! su memoria.

»Himnos, gloria decid...» El sacro acento
Sigue luego en dulcísima armonía
El pueblo de las aves: ledo el viento
Los blandos sones por la esfera envia.
Jamás gozó natura tal contento,
Ni del Gánges, saliendo el nuevo dia,
Tal alborada oyó. Las arpas de oro
Pulsa á sus cantos el celeste coro.

Del alto solio de zafir luciente,
Do en eterno esplendor velado posa
Sobre llamas, que el manto trasparente
Penetran á la noche silenciosa,
Con el cetro apartó el Omnipotente
Las densas nubes que su faz gloriosa
Esconden al mortal, y en la alta cumbre
Se vió á Jehová vestido en viva lumbre.

Y el rostro excelso que los cielos dora,
Cuando de la alta frente nace el dia,
Tomando al hombre, despidió á deshora
Un mar de luz por la region vacía.
Adan postrado al Hacedor honora
En himnos mil y cantos de alegría:
El gran Dios se complace en ver su hechura,
Y se inunda de júbilo natura.

Solo gime Luzbel. Lánguido hielo
Los miembros le desata: la faz yerta
Aparta sin color, y en tardo anhelo
Desmayado respira; ni aun acierta
A huir turbado, que el inmoble suelo
Falta á su vista errante; mueve incierta
La floja planta en pasos mal guiados,
Y al fin se arroja á los ardientes vados.

Calóse presto el monstruo, y la infiel gente
Huyó espantada al pavoroso estruendo.
Tal ardua roca sobre el mar pendiente,
Cuyas olas contino están batiendo
Su asiento carcomido, al rayo ardiente
Bajada se desploma en son horrendo:
Abrese el mar en círculos undosos,
Y en torno huyen los peces temerosos.

En medio el lago del eterno lloro
Quedó el dragon enorme derribado,
Tal que del alto Cénis á Peloro
Tendido el monstruo sobre el golfo airado,
Do Scila brama con hervir sonoro,
A un numeroso ejército, ordenado
En largas filas, diera paso abierto
Por sus espaldas al lejano puerto.

Y del largo desmayo con sollozos
Alzando la cerviz: «¡Oh fiera suerte!
¡Necio! clama: ¡Cuán necio entre destrozos
Arrastrar pensé al hombre á cruda muerte!
Solo yo moriré; y en puros gozos
De mis iras burlando el lodo inerte,
La planta ¡oh rabia! extenderá atrevido
Sobre el trono á Luzbel solo debido.

»¿Y no habré de vengarme? ¿La alta silla,
Mi solio impune ocupará? ¿Y mi diestra
Ora yacerá inmóvil? ¿Así humilla
El valor de Luzbel suerte siniestra?
¡Oh infamia, eterna infamia! La rodilla
Doblar no quiso la soberbia nuestra
De una deidad á confesar el nombre,
¿Y hoy ¡tristes! cederémos á un vil hombre?

»Mas ¡ay! cedamos: el tirano injusto
Así nos envilece. El orbe entero
A su imperio entregó, cual templo augusto
Do sacrificio ofrezca duradero.
Intérprete del mundo, el feudo justo
En cantos de alabanza al sér primero
Rinde el humano, y á su voz se inflama
Y al gran Autor la creacion aclama.

»Todo; todo le adora: fiel tributo
Le rinde todo. ¿Quién el fuerte lazo
Que el orbe liga al déspota absoluto
Cortar pudiera? O al mortal, ¿qué brazo,
Arrancar de sus aras? Solo un fruto,
Uno entre tantos, mientra en breve plazo
La tierra habita, el Hacedor le veda.
¡A tan vil precio nuestro cielo hereda!

»¡Ay! no (creedme, dioses) no es posible,
A nuestras fuerzas su eternal ventura
Contrastar: yo lo he visto... ¡Cuán terrible
Se aumenta mi dolor! La lumbre pura,
La luz que yo gozé... ¡Memoria horrible!
¡Tiempo, tiempo dichoso! Mas aun dura
Mi obstinacion; el fuego, el fuego ardiente
Solo quiero: Luzbel no se arrepiente.»

Así el fiero clamaba, y turbulento
En discorde algazara el torpe bando
Su discurso interrumpe. Cuál su intento
Aplaude ya, las armas arrojando;
Cuál cobarde le llama, y el asiento
Rebatar piensa y el tartáreo mando;
Cuál se arma á la batalla, y furibundo
Él solo quiere desolar el mundo.

No así en torrentes rápidos cayendo
Dividido el Niagára ronco suena,
Cuando rompe sus ondas con estruendo
Contra el profundo escollo que lo enfrena:
Ruge al embate el agua, y resurtiendo
En montes de vapor el campo atruena;
Oye el fragor de léjos ignorante,
Y la planta suspende el caminante.

Hé aquí en medio el tumulto en ira ardiendo
Se levanta Satan, Satan que altivo
Asiste siempre junto al solio horrendo,
Y á Luzbel en el choque primitivo
Sostuvo audaz. Su gran mole moviendo,
De la turba se alzó entre el fuego vivo,
Cual preñada de rayos negra nube,
Poniendo espanto, el horizonte sube.

«Y vosotros tambien ¡oh compañeros!
Estirpe del olimpo, ¿en vil desmayo
Yaceréis? dice. ¿Así, invictos guerreros,
Apartais de la diestra ocioso el rayo?
El rayo asolador, que los luceros
Del firmamento en el primer ensayo
Centellar vieron pálidos un dia,
Cuando el valor en nuestro pecho ardia.

»Y ya cual los cobardes campeones
Que, velada la faz, ante el tirano
Se postran palpitantes, ¿los blasones
De dioses olvidais? ¿El vil humano,
El polvo os ha de hollar? Ved ¡ay! los dones,
Los timbres ved de que os gloriais. Ufano
El cuello someted al nuevo yugo,
Al dueño imbécil que al tirano plugo.

»Mas ya en los rostros todos arder veo
El antiguo furor. Tú ¡oh Rey! destierra
Un temor afrentoso, y nuevo empleo
Haz de tus huestes en segunda guerra.
Manda armar las falanges: si, trofeo
Del que osó contra Dios será la tierra;
Y cuando fuese nuestro ardor vencido,
¿Qué perderá quien todo lo ha perdido?

»Los mas audaces de tu gente elige
Contra ese vil mortal; y si en su daño
No el valor aprovecha que les rige,
Aproveche á lo menos el engaño.
Yo pretendí ser dios... ¡Cuánto me aflige
Este voraz recuerdo, que acompaño
Con inútil llorar, llorar eterno!
¡Ay! Ser dios quise, y arrostré un infierno.

»¡Oh Rey! este fatal atrevimiento
Ha de inspirarse al hombre. Ose insolente
Su asiento alzar ante el excelso asiento
Do sostiene los mundos el Potente;
Ose igualarse á Dios; no en fiel acento
A la deidad adorará obediente;
Y siendo en el orgullo igual contigo,
Igual será tambien en el castigo.

»Del padre pecador progenie impía
Diseminada por el orbe extenso,
Las aras hollará do el fuego ardia
En oblacion perenne ante el inmenso;
Del oriente inflamado á la onda fria
Do la luz muere, el usurpado incienso
Elevará el mortal en ritos sacros,
Postrado á vuestros mudos simulacros.

»Si, que el mundo os honore: que devotos
Su adoracion, su sangre y aun sus vicios
Os tributen los pueblos. Pendan votos
Ante Osiri en soberbios edificios:
Caigan, de humanidad los lazos rotos,
Infantes á Moloc en sacrificios;
Y atónito el viviente grabe entonces
Vuestros nombres en mármoles y bronces.

»Y entonces tú, Camós, de castos lechos
El pudor alanzando, los infaustos
Placeres brutos bajo sacros techos
Acepta en religiosos holocaustos;
Y tú, Baal, en los humanos pechos
Sofocando el amor, que en nudos faustos
Los enlazara, enciende el feroz brio,
Con que devore al hombre el hombre impío.

»¡Tiempos, siglos dichosos, cuando al mundo
De la ciega ambicion ciego heroismo
Lance en sus iras el Erebo inmundo,
Y el hierro dé al mortal contra si mismo!
Por entre espigas que en tapiz fecundo
Doraron la campiña, el fanatismo
Hará correr en espumante senda
La derramada sangre en lid horrenda.

»Y entre amarillos huesos hacinados
Del delicioso fruto y verdes hojas,
Desnudo el tronco en los marchitos prados,
Lanzas mil cargará de sangre rojas;
¡Oh Rey, oh dioses! tan funestos hados
Al hombre acelerad; y entre congojas
Fallezca ¡oh si! fallezca el vil linaje,
La infame raza del averno ultraje.»—

«Fallezca, el feroz Príncipe responde;
Mas no, invicto Satan, tu ardiente celo,
¡Ah! no te arroje á nuevas lides, donde
Triunfe otra vez el enemigo cielo;
Mas cierto el fin alcanza, si se esconde
La débil fuerza bajo astuto velo.
¿Quién osó mas que yo? Mas vi al humano;
Y se hizo cuerdo mi furor insano.

»Tú pues sube á la tierra, y cauteloso
Haz que el viviente indócil se rebele
Contra su Criador.» No en son medroso
El taladrado bronce flechar suele
Globos de ardiente hierro, que alevoso
Destroce al hombre, y su morada asuele,
Cual jurando al mortal eterno estrago,
Saltó Satan del llameante lago.

Al mundo se fulmina: en vivo fuego
Nadando giran los sangrientos ojos;
Sus pasos la soberbia sigue luego,
Y audaz saciar ofrece sus enojos;
¡Disforme, horrendo monstruo! El rostro ciego
Las estrellas derriba: en sus arrojos
Tiende las negras alas, y sombría
Cubre el dorado sol y roba el dia.

La inobediencia altiva la acompaña,
El duro cuello erguido: corre presta
La descarnada muerte y su guadaña,
Aun no manchada, á la batalla apresta.
La crin revuelta y en rugiente saña
Brotando sangre toda, el hierro asesta
La guerra impía; y la traicion de flores
Cubre el dardo que vibran sus rencores.

En tardo paso lánguida camina
La hambre desmayada; ronco gime,
Y la plegada faz el llanto inclina,
Regando el suelo del humor que esprime;
La enfermedad pajiza se avecina
A la arada vejez; vil hierro oprime
El pié á la esclavitud. Siguen fatales
Los vicios, la impiedad, todos los males.

Y aullando ronco el ominoso bando,
Cual negra tempestad corre sangriento,
Las flores troncha, y en su giro blando
Detiene al ave con el torpe aliento;
La alma inocencia el escuadron infando
¡Ay! llegar ve: con maternal lamento
Vuela al hombre, y en lágrimas deshecha
A su regazo tímida le estrecha.

¡Infausto dia! ¡Infausto! Tú el primero
En abundosa vena el lloro diste
Al mortal ¡ay! el lloro lastimero
Que en sollozos ahoga mi voz triste;
Tú ¡oh sol! subiendo alegre el hemisfero
A Adan, señor del mundo alzarse viste,
Y apagando en el mar tu viva lumbre,
Viste á Adan en indigna servidumbre.

CANTO II.

Veló en tanto la faz de grato ceño
El Hacedor, y del semblante augusto
Súbito entre celajes nació el sueño,
Al malvado terror, solaz al justo;
Vuela en torno del hombre, y halagüeño
Sus ojos languidece en blando gusto;
Toca entonces su pecho el Dios potente,
Y fabrica de un hueso otro viviente.

No en tierno brillo la rosada aurora
De oriambar pintando el vago cielo,
Alza el cabello de la mar sonora,
Lloviendo perlas al florido suelo;
Ni de gualda y carmin Iris colora
En ledos visos el nubloso velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.

Nudo en ambos el cuerpo, mas celado
En dulce lumbre de inocencia pura,
Cual Febo en vivas ráfagas velado
En su esplendor esconde su figura.
No allí bastarda herencia del pecado
Rudas vestes cubrieron la alta hechura,
Do hiciera entre sus obras larga muestra
De su inmensa beldad la eterna diestra.

Mas ¿qué lengua, almo Dios, habrá que baste
Del espíritu á hablar, del sacro aliento
Que del seno eternal fuera lanzaste,
Encendiendo en su frente el pensamiento?
Espíritu divino, tú inflamaste
Del sabio rey el misterioso acento,
Que inspirado por tí, del alma santa
El dulce amor y la belleza canta.

Tú el placer le enseñaste y las delicias
Del tierno amante, en el regazo puro
De la esposa lazado entre caricias,
Y el blando beso, de su fe seguro.
Las breves horas al mortal propicias
Tú me dicta; tú enciende el labio impuro,
Y mi voz cantará la complacencia,
El candor y la paz de la inocencia.

Que nos ¡ay tristes! en fatal quebranto
Lanzados al nacer, no conocimos
La venturosa edad: en turbio llanto
Anegados los ojos, la luz vimos.
Tú, solo tú... Mas ¡ah! mi débil canto
Desmaya. Y qué, ¿dijera los opimos
Frutos de la inocencia un mortal ciego,
Si ya ardiera su labio el sacro fuego?

Los dos lazados en sabroso nudo
Pisaban inexpertos los verjeles
Del aromoso Eden. So el pié desnudo
De Adan se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas; en pos fieles
Les dan aves y fieras vasallaje.
¡Padres felices de infeliz linaje!

Alza la vista Adan: por la ancha esfera,
Morada inmensa del radiante dia,
Ve al sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los séres y alegría.
El frutecido suelo considera,
Del mar bullente la tenaz porfía
Por asaltar la tierra; y dueño solo
Se ve de Cinosura al otro polo.

Las tiernas flores de la frente ufano
Desciñe Febo al estrellado Toro,
Y mezcla en la Balanza el rubio grano
De la Doncella aligera tesoro.
Sube al fogoso carro, y de su mano
Desparce rosas entre espigas de oro,
Y embalsamando el céfiro de aromas,
Racimos llueve y olorosas pomas.

Ve el universo Adan, ve su morada,
Y queda inmóvil, cual del suelo pario
Brilla en real jardin piedra animada
Por mano de famoso estatuario.
Eva lo ve, y examinar le agrada
Las varias plantas, el esmalte vario
Que en colgantes sus flores esfabona,
Y entolda el prado y el pensil corona.

Mueve el pié terso hácia el nevado rio,
Que por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando;
Alzan las crestas sobre el lecho frio
De argentados vivientes mudo bando,
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el hondo seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta, ya en el bosque ameno
Párase á oir la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

En medio el Paraíso su guirnalda
Sobre palma y ciprés coposo extiende
Árbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomas de carmin suspende.
Árbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La hambrienta Parca, por fatal tributo
De quien gustare el engañoso fruto.

Eva lo entrevé y tiembla; ni se atreve
A adelantar la temerosa planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta.
Late el pecho anheloso, y lanza breve
El mal cogido aliento: ya adelanta
El pié... Infeliz ¡ay! huye; muerte, muerte
El tronco infausto de sus ramos vierte.

Llega al árbol fatal... Profeta santo,
Dame lágrimas: ¡Ay! tu lloro triste
Me da, y el verso do con débil canto,
El cautiverio de Sion gemiste.
¿Podrán cien lenguas el eterno llanto
Decir del universo? Tú me asiste,
Tú esfuerza mi sentir. Llorad, vivientes;
Todos vais á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta
Enorme sierpe de la hojosa cima
Súbito se desrolla y vibra enhiesta
La aguda lengua que Satan anima.
Plega en arcos la espalda, la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima;
Eva á su vista pavorida huyera,
Si temor la inocencia conociera.

Del monstruo el pecho llena, y rige astuto
El vil traidor. El escuadron de males
Cerca en torno al dragon con negro luto,
Quien comienza inspirado en voces tales:
«¿Por qué un ciego precepto el dulce fruto
Así os veda tocar? Sois racionales;
Sabed la razon dél.» Duda el aleve,
Y á rebelarse con la duda mueve.

«¿Temeis morir? prosigue; no os asombre
Una amenaza fútil. ¡Oh! bien sabe
Por qué os aterra Dios; quiere que el hombre
Bajo vil yugo á su opresor alabe.
Dioses seréis cual él; tan alto nombre,
Tan gran saber é independencia cabe
A quien el fruto divinal percibe:
Sabed ya la razon que os lo prohibe.

»¿Dó está esa libertad? ¿El albedrío
Dó está, de que os gloriais? Esclavos viles,
Esclavos os llamad, ó el señorío
Cobrad que en vano os dieron; ó serviles
Vasallos sed, ó dioses; os lo fio,
Podeis serlo; elegid.» A las gentiles
Ofertas Eva por el fruto arde
Y por hacer de libertad alarde.

Cual Sirio ardiente ó el nevoso Arturo
Cuando desciende al mar, su luz envia,
Del olmo traspasando el toldo escuro
Que susurrante mueve el aura fria;
Ora vivo reluce el fulgor puro,
Ora se empaña entre la pompa umbría;
Ya mengua el disco trémulo, ya crece,
Ya en centellas se parte y desparece:

Así de Eva la mente vaga incierta;
Ya se anima, ya teme. El fruto bello
Del ramo á troncar iba, y huyó yerta
La mano, y yerto se le alzó el cabello.
Otra vez y otra torna; ¡ay triste! cierta
A nuestra eterna infamia puso el sello.
Comió... ¿Qué mas diré? Comió. ¿Dó ardiente
El rayo está del vengador potente?

Comió, y al fiel Adan, que respetoso
Ni aun el árbol mirara, el don presenta
Con las ofertas del traidor doloso,
Y su temor y su esperanza alienta.
Insta, ruega amorosa; el tierno esposo
Cede, se rinde, y su osadía aumenta
Mas que el dolo, el amor; que es por su daño
Amor mas poderoso que el engaño.

La poma al labio llega cuando al cielo
Alzó acaso la vista, y de su mano
Cayó el fruto perdido; un mudo hielo
Cuajó densa la sangre al pecho insano.
Dos veces Eva con osado anhelo
Tornó á la mano lasa el don profano;
Dos veces cayó de ella, y ¡triste suerte!
Al fin revive para darse muerte.

Gustó la poma Adan, y el universo
Sintió súbito el crimen. La alta esfera
Robó entre sombras el semblante terso
Que los globos de lumbre reverbera;
Blando favonio en aquilon adverso
Mudó el soplo vital; de rabia fiera
Se vistió el bruto, y su obsequioso oficio
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adan; la seductora
Vióse desnuda, su candor perdido,
Cual marchito clavel se descolora
Doblado sobre el vástago partido.
La bella, dulce luz encantadora,
Rayo de luz eterna desprendido,
¡Ay! se oscuró en su faz, antes delicia,
Maldicion ya de la inmortal justicia.

Vióse y se avergonzó; y al bosque denso
Corre turbado y su ignominia esconde,
Las venganzas temblando del Inmenso,
A quien creyó igualarse. Mas ¡oh! ¿dónde,
Dónde de Dios huirá? Del orbe extenso
Patente el seno ve; á su voz responde
La muda nada en el abismo escuro;
Su faz vuelve la sombra en fuego puro.

¡Ah! vióle, sí, de su encumbrado asiento,
Y ardió súbito en ira: del semblante
Un mar corrió de llamas: ardió el viento,
Las montañas ardieron. Fulminante
Tronó en su enojo, y retembló al acento
Bajo su pié el olimpo vacilante:
Cubrióse el trono en centellantes nubes,
Y sus rostros velaron los querubes.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació; la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano
Brotando entre los dedos se derrama.
Iba á lanzarlo ya, y el Soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
En luz de gloria que á la tierra umbría
Amor, su faz bañando, difundia.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol, y el regio trono
Sobre su hoguera asiente, y al estruendo
De la trompa y los rayos, en su encono
Lance los astros en el caos horrendo,
No así parecerá. Dulce patrono
Ora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante la diestra alzada.

«Padre», dice, y los cielos la carrera
Suspenden á su voz; «Padre, mi gloria,
¿Tu bella imágen á la saña fiera
Entregas de Luzbel? ¿De su victoria
El impostor se jactará? El espera
Vengar de su castigo la memoria
Con el castigo del mortal amado,
Objeto dulce de tu excelso agrado.

»¿Y triunfará el infiel? Piedad inmensa,
Sola piedad y amor, es nuestra hechura,
Es tu hijo el mortal; su grande ofensa
Da mayor gloria á nuestra gran dulzura.
¡Oh! Viva el hombre! Tu poder suspensa,
Y mi poder admira la natura;
Ora admire tu amor; llore el impío
Que sus traiciones frustre el amor mio.

»Sus traiciones: rebelde en su malicia
Sublevó tus falanges; fementido
Ora seduce, y la inocencia vicia:
Un crímen y otro de Luzbel han sido.
Es así, Padre; la eternal justicia
Debe ser aplacada; no, no pido
Que el rayo pongas sin vengar tu nombre;
¡Oh! lánzalo en tus iras sobre el hombre.

»Mas ved el hombre en mí; yo su delito,
Yo he de satisfacer; arde inexhausto
Por salvarle mi amor; seré el precito,
Seré tu maldicion: ¡oh! sí, el infausto
Viva, yo moriré; venga infinito
Sobre mí tu furor. El holocausto
De mi pasion ¡oh Padre! tú recibe,
Y salva el hombre, que en mi muerte vive.»

Hablaba el Hijo, y de rosada lumbre
Un arco desplegándose, aparece
Entre el hombre y Jehová: sobre su cumbre
Alzado en cruz un leño resplandece.
A su vista la etérea muchedumbre
Se postra silenciosa; desparece
Súbito el rayo de la airada diestra,
Y mezclado en su ceño amor se muestra.

«He aquí, Padre, mi triunfo, el sacro Verbo
Prosigue; el ara ved en que inmolado
Hostia del mundo, en la figura siervo
Mi sangre verteré por el culpado.
¡Oh Padre! parto; el sacrificio acerbo
Me llama: parto de tu seno amado
A salvar á los hombres: tú, Dios fuerte,
Recíbelos por hijos en mi muerte.» —

«Sea, el Padre responde; así en mi mente
Lo ordené ante la aurora, cuando ungido
Te engendré de mi luz, saber potente,
Por quien los siglos hice. Fuiste oido
En el tiempo agradable. Tú la gente
Congregarás dispersa, y sometido
Cuanto aquilon y el mar y el austro alcanza,
Del mundo harás conmigo la alianza.

»Yo Dios, yo lo he jurado. Tú el eterno
Sacerdote serás; serán tu herencia
Los pueblos y naciones; tu gobierno
Son las lindes del mundo; tú sentencia,
Que tuyo es el juicio. El hondo averno
Postrarás; y el autor de inobediencia,
Cuando todo lo atraigas exaltado;
De su imperio del mal será lanzado.

»Ciñete y triunfa; en tu derecha mano
La fortaleza va; tú el poderoso.
Muere, sí; mas un brazo soberano
Te alzará de la tumba glorioso,
Primicias de los muertos. Este arcano
En medio de los siglos portentoso
Se mostrará al mortal: en tanto llore,
Y en tristes votos su salud implore.»

El Altísimo dijo; y dentro el seno
Lanzado el Verbo y el amor divino,
En su alma rostro de ternura lleno
Al hombre anuncian su feliz destino.
Depuso la justicia el raudo trueno
Que al brazo vengador sirve contino,
Y abrazó á la piedad, que en blando sello
El labio imprime en su semblante bello.

Y «santo, santo, en himno de alegría
Los serafines claman; á ti gloria,
Gloria al Dios Sabaot. La frente impía
Del dragon tú domaste; la victoria
Yace á las plantas de Jehová. ¡Oh! envía
A tu Cristo, y el hombre la memoria
De tus piedades con eterno canto
Celebrará bañado en dulce llanto.

»Ven; oh Jesus! Ya al mísero el tesoro
De tu pasion destella su consuelo,
Cual antes de nacer; sus rayos de oro
El sol despunta en el rosado cielo.
Lloved, nubes, al Justo.» El santo coro
Cantaba, y de su trono en alto vuelo
Se levantó Jehová; la sacra esfera
En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado
En aras va del huracan; delante
Vuela un querub, el brazo levantado
Con un dardo de fuego centellante.
Satan en duro hierro encadenado
Arrastraba al humano, y arrogante
«Triunfé», empezó á decir, cuando improviso
Aparece Jehová en el paraíso.

«Huye, le manda, pérfido. ¿Creiste
Poder frustrar mi soberano intento
De hacer feliz al hombre? Conseguiste
El premio digno; tu furor sangriento
El hombre postrará, y tu cuello triste
Quebrantará su planta.» El sacro acento
Oyó Satan, y raudo desparece
Cual humo ante aquilon se desvanece.

«Vivid, mortales, y esperad; propicia
Nacerá un tiempo la salud, que el llanto
En gozo torne y celestial delicia.
La salud nacerá; gemid en tanto.
Hombres futuros, mi eternal justicia
Adorad humillados con espanto;
Hijos de maldicion cuantos se animen
La marca impresa llevarán del crímen.

»Ellos, débil mujer, serán despojos
De tu dolor. Y tú de la morada
Do naciste, lanzado, con tus ojos
Baña la tierra en tu castigo armada.
Suda, infeliz, y llora cuando abrojos
Te vuelva el suelo por la miés sembrada;
Llora mientras que tornas á la tierra;
Que á tu deidad soñada el polvo encierra.»

Habló. De Eden el valladar no abierto
Se divide, y el árido camino
A los culpables muestra del desierto
Do los arroja el precursor divino.
A su perdido bien con paso incierto
Vuelven la faz llorosa; y sin destino
Salen ¡ay! del solar de la alegría
Donde ¡infelice yo! nacer debia.

FÍN DE LA INOCENCIA PERDIDA, POR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO,
Y DEL TOMO SEGUNDO DE POEMAS ÉPICOS.

INDICE.

Pág.

PRÓLOGO. v

CATÁLOGO DE POEMAS CASTELLANOS HERÓICOS, RELIGIOSOS, HISTÓRICOS, FABULOSOS Y SATÍRICOS. XIX

LA AUSTRIADA.

CANTO PRIMERO.—Trátase del orígen de los moriscos, y del estado en que el mundo se hallaba cuando se rebelaron, y qué causas tuvieron para ello. Determinaron alzar rey, y hacen reseña de la gente que hay útil para el ejercicio de la guerra, con un ardid extraño. . . . 4

CANTO II.—Coronan al reyecillo, y vense presagios y señales en el cielo y en la tierra que anuncian la rebelion. Los moriscos de la Alpujarra acuden la víspera de Pascua á alzarse con Granada; sobreviene tempestad que se lo impide hasta la siguiente noche; lo cual fué causa que los del Albayzin mudasen parecer. 10

CANTO III.—Vuelve la gente que habia salido á reconocer qué camino habian hecho los moriscos. El marqués de Mondéjar sale en su seguimiento, y no pudiendo alcanzarlos, se vuelve á Granada. El reyecillo se junta con su gente en Béznar, y entra en la Alpujarra haciendo grandes crueldades. Vuelve el Marqués á salir, y da batalla á Abenhumeya. 15

CANTO IV.—El campo de Abenhumeya va cada dia en aumento, y hace atrocísimos martirios en los cristianos que vivian en la Alpujarra. El marqués de los Vélez forma ejército á su costa por la banda de Murcia. El de Mondéjar, habiendo roto algunas veces los moros, va sobre las Guájaras y las toma por combate. 20

CANTO V.—Su majestad determina enviar á Granada al señor don Juan; trátase del nacimiento y crianza deste príncipe. Sale Alvaro Flores con una espía á prender al reyezuelo, y lleva mil hombres en su compañía.. 25

CANTO VI.—Huye Abenhumeya. Los soldados de Alvaro Flores saquean el lugar de Válor. Los moriscos les salen al camino y los matan. El señor don Juan llega á Granada. El marqués de Mondéjar, acusado de sus émulos, va á Madrid, y habiéndole oido su majestad, le da por libre. 29

CANTO VII.—Visto que las cosas de la rebelion ofrecian cada dia nuevas dificultades, determina su majestad que el Comendador mayor se venga de Roma y traiga consigo el tercio de Nápoles. Abenhumeya hace un parlamento á los suyos. El señor don Juan entra en consejo de guerra y hace un sustancial razonamiento.. 35

CANTO VIII.—El Comendador mayor parte de las Pomas, corre tormenta, y perdida parte de su armada, llega la demás á Cerdeña. El de Santa Cruz la rehace y va con ella á Barcelona, donde la entrega al Comendador mayor, el cual va á tomar tierra en Adra, y la primera cosa que emprende es romper la gente de Ventomiz. . . . 40

CANTO IX.—El Comendador mayor hace obsequias por los muertos; despues se embarca con don Sancho de Leyva. Al de los Vélez se le deshace el campo casi sin poderlo remediar. Su majestad manda llamar á cortes en la ciudad de Córdoba. Abenhumeya escribe á los del Albayzin, amonestándoles que se pasen con él. 43

CANTO X.—El reyecillo pone en ejecucion el designio de Verja y vuelve desbaratado. Don Diego de Leyva combate cuerpo á cuerpo con un valiente turco, y le vence y mata. El señor don Juan manda á don Antonio de Luna que vaya á las Albuñuelas. Arrendate mata al capitan Céspedes el fuerte. 51

CANTO XI.—Selim, emperador de los turcos, determina pedir á venecianos la isla de Chipre. El Comendador mayor se apunta en el consejo de guerra con el marqués de los Vélez. Salen los dos caudillos con grueso ejército en busca de Abenhumeya, y despues de haberle desbaratado, se aloja el campo en dos lugares de la Alpujarra. . 53

CANTO XII.—Pone el turco en ejecucion el pedir á Chipre, y viene con gran ejército: á esta sazon se aventaja el reyezuelo en un recuentro que tuvo con el de los Vélez, el cual da la vuelta á Baza. Don Fernandillo, habiendo intentado la empresa de Adra, hace estratagema para ganar á Motril, y un morisco le ordena la muerte. . . . 61

CANTO XIII.—Abenabo, dando crédito á Diego Alguacil, determina con los turcos de matar á su pariente el reyecillo. El turco combate á Nicosia en el reino de Chipre. Su santidad y el Rey envian socorro, y no llega á tiempo por tenelle las galeras muy contrario; y así, dan la vuelta sin efeto, sabida en el camino la triste nueva de Nicosia.. 63

CANTO XIV.—Los turcos ponen en ejecucion la muerte de Abenhumeya. Alzan á Abenabo por su rey. Huzen, capitan turco, se enamora de Zara, y es causa de la muerte del reyecillo. Diego Alguacil, su primer enamorado, sale en campaña con su competidor. Abenabo cerca á Órgiva, y el de Sesa la socorre con dificultad.. 72

CANTO XV.—La guarnicion de Órgiva se pasa á Motril. Galera, lugar muy fuerte, se rebela y fortifica. Los moriscos de Huéscar tratan de alzarse con la ciudad. El señor don Juan y el duque de Sesa salen de Granada á buscar los enemigos. 77

CANTO XVI.—El señor don Juan llega con su ejército á Baza, y pone cerco sobre Galera, donde los enemigos estaban muy fuertes. Suceden en los asaltos extraños acaecimientos, hasta que al fin se entra á viva fuerza. Entre tanto el de Sesa corre con su ejército por toda la Alpujarra, provocando á batalla al Abenabo. 82

CANTO XVII.—Su alteza toma por fuerza un lugar llamado Seron. Luis Quijada, mal herido de un balazo, da el alma á Dios. El duque de Sesa anda en la Alpujarra contrastando al Abenabo, el cual con estratagemas rehusa la batalla; los enemigos rompen y desbalijan una escolta al marqués de la Fabara. La serranía de Ronda se rebela. 88

CANTO XVIII.—El duque de Arcos rompe los enemigos. Los de la Alpujarra hacen conjuracion de matar al segundo

Pág.

reyecillo; el cual, presintiéndolo, da comision al Habaqui para que trate con el señor don Juan sobre los medios de la reducion. El duque de Arcos da la batalla á los moriscos de la Serranía, en la cual los vence y mata al Meliche. El Habaqui acabó la vida en su demanda. Y en fin se concluye la guerra con la muerte de Abenabo. 94

Canto xix.—Establécese la Liga, y es nombrado el señor don Juan por generalísimo della. Selim junta poderosa armada, reforma á Pialí y hace general al turco Alí-Bajá. Su alteza hace su jornada y recibe en Nápoles el estandarte de la Liga por mano del cardenal Granvela, delegado de su santidad.. 100

Canto xx.—El señor don Juan pasa de Nápoles á Cicilia, y junto con los dos generales en consejo, satisface la desconfianza que, conforme á su natural, tenian los venecianos. Toma despues tierra en Mecina, de donde parte con toda la armada la vuelta de Levante. Llega á Corfú, y de allí á las Guminizas, rompiendo infinitos inconvenientes. 105

Canto xxi.—Siembra el demonio discordia entre la armada cristiana, y así llega á la Chafalonia puesta en gran peligro y confusion. El señor don Juan con admirable prudencia compone aquel tumulto, y estando en esto llega nueva cierta de la pérdida de Famagusta. 111

Canto xxii.—Sabido por Alí-Bajá que su Alteza se le cerca, determina en consejo salille al encuentro y darle la batalla; llegan las armadas una á vista de otra, y el viento que traia favorable la del enemigo, milagrosamente se le vuelve por proa. Hácese reseña general del uno y otro bando. 117

Canto xxiii.—Estando las armadas para embestir, hace cada general razonamiento á su gente. Comiénzase la memorable y espantosa batalla. Mueren don Bernardino de Cárdenas, Barbarigo y el conde de Briático, y suceden otros casos dignos de admiracion, durando neutral el fin de la victoria. 125

Canto xxiv.—Cuéntanse muchos casos dignos de memoria, y el glorioso suceso en favor de los cristianos: muere Alí-Bajá y quedan sus hijos presos, sin infinito número de muertos y captivos. Y en efeto se concluye la mayor hazaña de mar que por el escrito ni relacion se halla en la memoria de los hombres. 130

VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE DEL GLORIOSÍSIMO PATRIARCA SAN JOSEF, ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA.

Canto primero.—Del nacimiento del glorioso patriarca san Josef.. 139

Canto ii.—De la Concepcion pura y nacimiento de nuestra Señora. 142

Canto iii.—De como visitó Josef á nuestra Señora recien nacida. 147

Canto iv.—De la eleccion del santo Patriarca para esposo de nuestra Señora. 151

Canto v.—De los desposorios de nuestra Señora y san Josef.. 154

Canto vi.—De la pureza del glorioso san Josef. 159

Canto vii.—De la Anunciacion de nuestra Señora. . . . 163

Canto viii.—De la Encarnacion del Hijo de Dios. . . . 167

Canto ix.—De la Visitacion.. 171

Canto x.—De la vuelta á Nazaret, y cómo vió san Josef la preñez de nuestra Señora. 175

Canto xi.—De la satisfacion que dió san Josef á nuestra Señora. 180

Canto xii.—Del trabajo de san Josef, y el edicto de César Augusto.. 184

Canto xiii.—Del camino hasta llegar á Betlem.. 189

Canto xiv.—Del nacimiento de nuestro Redentor. . . . 193

Canto xv.—De la venida de los pastores. 197

Canto xvi.—De la circuncision de nuestro Redentor. . . 202

Canto xvii.—De la adoracion de los Reyes, y presentacion en el templo. 206

Canto xviii.—De la huida á Epigto. 210

Canto xix.—De la muerte de los Inocentes, y puericia de Cristo nuestro Redentor. 215

Pág.

Canto xx.—De la vuelta de Egipto á Nazaret. 220

Canto xxi.—De cuándo perdieron nuestra Señora y san Josef á Cristo nuestro Redentor. 224

Canto xxii.—De algunas alabanzas de san Josef, y de la pasion de nuestro Redentor.. 229

Canto xxiii.—De la enfermedad y muerte del glorioso san Josef.. 234

Canto xxiv.—De la descension del alma del glorioso san Josef al Limbo, y de su subida en cuerpo y alma á los cielos. 239

CREACION DEL MUNDO.

Dia primero. 246

Dia segundo. 251

Dia tercero. 256

Dia cuarto. 263

Dia quinto. 269

Dia sexto.. 276

Dia séptimo. 282

NÁPOLES RECUPERADA POR EL REY DON ALONSO.

Canto primero. 291

Canto ii. 295

Canto iii. 302

Canto iv. 307

Canto v. 312

Canto vi. 317

Canto vii. 321

Canto viii.. 326

Canto ix. 331

Canto x. 336

Canto xi. 341

Canto xii. 346

PRIMERA PARTE DE ARAUCO DOMADO.

Exordio. 353

Canto primero.—Que trata cómo el marqués de Cañete don Andrés de Mendoza, visorey del Pirú, á pedimento del reino de Chile, y de la necesidad y aprieto en que estaba, le envió socorro y fuerza de gente, así por mar como por tierra, yendo por general della y gobernador de aquel reino don García Hurtado de Mendoza, su legítimo y claro hijo. 354

Canto ii.—En que los araucanos, sospechosos del mal suceso por ver alguna declinacion en su fortuna desde la muerte de Lautaro, se juntan en borrachera general, donde los agoreros por señales celestes pronostican su vecina perdicion, é invocando al demonio, les da cuenta de la venida del nuevo Gobernador, el cual toma puerto en Coquimbo, ciudad de la Serena. Van aquí juntamente declarados los varios modos que los indios tienen de festejarse y celebrar sus banquetes, y algunos extraños ritos de que usan en sus intenciones y diabólicas idolatrías.. 358

Canto iii.—En que el Gobernador, visto el exceso con que los indios de paz eran tratados por sus encomenderos, y el mucho desórden que en servirse de ellos habia, trayéndolos sobremanera apurados, hace unas breves ordenanzas, con que los alivia su grave carga; provee juntamente lo importante así á la quietud de la tierra, desterrando sus inquietadores, como al aumento de nuestra religion y buen ejemplo de los naturales. Llegada la gente y caballos que venia por tierra, se embarca con toda ella, sin tocar en Santiago, para la ciudad despoblada de la Concepcion, en cuyo viaje le corrió una grande y peligrosa tormenta. 362

Canto iv.—Declara el fin que tuvo la tormenta, y cómo don García, llegado á la bahía de la Concepcion, toma puerto en la isla de Talcaguano, adonde está dos meses esperando los caballos, hasta que, constreñido de la necesidad, pasa á la Tierra firme, haciendo en ella un fuerte, en el cual, recogido con su gente, aguarda la que por tierra viene. En el ínter se junta contra él todo el infierno en consulta general, y de ella sale Megera á dar aviso á Caupolican de la oportunidad y buena coyuntura que tie-

Pág.

ne para dar sobre el nuevo fuerte y destruille, antes que le llegue el socorro que espera. 368

CANTO V.—Recréanse Caupolican y su querida Fresia en una floresta, adonde habiendo pasado amorosas razones, se entran á bañar en una fuente. Llega Megera con su embajada, y efectuado su intento, se vuelve á los abismos. Vienen veinte mil indios sobre el nuevo muro de Penco, donde se comienza el asalto con mucho furor y sangre de ambas partes. 373

CANTO VI.—Prosíguese el asalto, donde en particular se cuentan hechos grandiosos, así de los españoles como de los araucanos, y el mucho esfuerzo que unos y otros mostraron este dia; hasta que por la mucha industria, órden y valor del General, los indios se retiran, quedando los nuestros victoriosos. Refiérese la refriega que una manga de los enemigos tuvo con la gente de la mar, que habia quedado en los navíos, y venia á socorrer el fuerte. Sale Tucapel de la batalla mal herido, y echándole menos su mujer Gualeva, sabida la rota de los suyos, hace un lastimoso y grande sentimiento. 379

CANTO VII.—Donde Gualeva, no hallando á su marido, ni quien le dé nuevas dél, se determina de ir en su busca. Quita para esto las armas á un indio, partiéndose con ellas la vuelta del muro. Cuéntase lo que le pasó con Leucoton y Rengo, habiéndolos encontrado en su camino, y la extraña fuerza de sus amorosos sentimientos, afectos y quejas, hasta que halló á Tucapel en medio del bosque. 384

CANTO VIII.—Vuelto en sí el llagado Tucapel de su desmayo y frenesí, conoce á su mujer, llamándola con extrañas ansias, hasta que hecho su poder, la torna tambien en sí. Rehusa el indio la cura de sus llagas, movido de su acostumbrada soberbia, hasta que, convencido por Gualeva, la consiente, recibiendo con ella alguna mejoría. Oyen los dos un grande ruido, que venia rompiendo por lo mas espeso de la montaña, adonde el suceso queda suspendido por contar lo que don García hizo y le sucedió despues de la batalla. Concluye el canto con un razonamiento hecho á su gente y una espantosa nueva que un mensajero le trujo, dándole aviso de cómo venia sobre él toda la tierra junta. 390

CANTO IX.—En que el Gobernador, sabida la nueva, despacha al capitan Ladrillero por la mar al rio de Maule, en busca de la gente de Santiago. Adelántanse cien hombres al socorro del fuerte, lo cual entendido por los enemigos, que ya venian sobre él, se vuelven, no osando acometelle. Llega todo el resto del campo á juntarse con don García, donde, pasados algunos dias, se hace reseña general de toda la gente; señálanse en ella algunos caballeros particulares, no por compañías ni órden, por no se haber nombrado los oficios antes, sino despues de la muestra, para cuyo efecto se hizo. Marcha todo el campo á Biobio para pasar al estado de Arauco. 394

CANTO X.—Llega el campo al rio grande de Biobio, donde, contra el parecer de todos, el Gobernador se resuelve de pasarle, usando para ello de un maravilloso ardid de guerra, con que desvela al enemigo, que de la otra banda le esperaba fortificado. Pasa toda la gente, y envia don Hurtado á correr la tierra tres leguas adelante para ver de asegurar su alojamiento. Dan veinte mil indios en los corredores, viénense retirando hasta el asiento de su real, donde se traba la batalla que llaman de Biobio, por haber sido casi á su ribera. Cuéntase lo que pasó entre Orompello y Galbarino sobre la muerte de Hernan Guillen, que los indios mataron por haberse desmandado del real á comer frutilla. 399

CANTO XI.—Siguen los nuestros la retirada y los indios el alcance, hasta que, llegados á entrar casi por el campo, mediante el órden y presteza del señor Gobernador, son resistidos; y revolviendo sobre ellos, que iban derramados, los hace recoger en la ciénaga, donde la arcabucería con el principio de la noche da fin á la batalla, dejando los mas desbaratados y muertos. Señálanse en esta pelea algunos particulares de los caballeros españoles con los mas bravos de los araucanos. 404

Pág.

CANTO XII.—Hace Galvarino una invectiva, reprehendiendo á los indios amigos, que le traen preso para ser justiciado. Mándanle cortar las manos, donde muestra el indio su crecido esfuerzo y obstinado corazon, instando en que le dén muerte; mas envíanle vivo por ejemplo á su tierra. Cuéntase lo que á Tucapel y Gualeva sucedió en el bosque, prosiguiendo su extraña y maravillosa aventura. Parece Talgueno vivo ante ellos, habiendo sido ya llorado por muerto; promete contar las grandes cosas que le han pasado. Dase en la moralidad y principio del canto la razon de ser los indios antes del nuevo Gobernador siempre vencedores, y despues en su gobierno vencidos. 410

CANTO XIII.—Pártense los dos amigos con Gualeva del bosque, guiándolos Talgueno: cuéntales por el camino el proceso de su prodigiosa historia. Llegan al anochecer á la cabaña de unos pastores, adonde, siendo cariñosamente albergados, despues de cena, tratan un poco de la vida pastoril. Concluye el canto con una vehemente sospecha entre los tres, de que Quidora, mujer de Talgueno, estaba mas adentro en la misma choza. . . . 416

CANTO XIV.—Halla Talgueno á su Quidora, recíbense alegremente, danse cuenta de lo que á cada uno le ha pasado despues que se apartaron, cuenta la india las cosas extrañas que ha visto en sueños, profetizando las felicidades de don García en los tiempos, respecto de entonces, venideros. Comienza á referir la rebelion de la ciudad de Quito sobre no querer admitir las alcabalas justamente puestas por el Rey nuestro señor. 422

CANTO XV.—En que, prosiguiendo Quidora su milagroso sueño, cuenta la ya declarada rebelion de Quito. Despacha el Virey al general Arana con algunos soldados, para que, sin alboroto ni ser sentido, procure entrar la ciudad y sosegalla; sábese en ella, antes que llegue, su venida; retírase constreñido dos veces, persistiendo el pueblo, y creciendo mas cada dia en sus alteraciones y alborotos. Muere Bellido, maese de campo de los rebeldes, por órden de Arana. Entran de noche los conjurados á matar al presidente Barros en su casa, sospechando que hubiese sido la causa desta muerte. Suspende la India el cuento porque el auditorio duerma. 428

CANTO XVI.—Cuenta Quidora todo lo restante del suceso de Quito hasta su pacificacion y castigo de los principales agresores, mediante la entrada á tiempo del general Pedro de Arana, por la mucha industria, avisos y prevenciones del Virey. Acabado el sueño, arguyen Tucapel y Talgueno sobre si la fuerza ha de ser preferida á la prudencia y maña. Quidora corta el argumento, proponiéndoles un enigma de otro sueño que habia soñado, tan breve cuan terrible y misterioso. 433

CANTO XVII.—Llega Pilcotur á la majada, enviado por Caupolican, en busca de Tucapel y Talgueno. Dales cuenta de la batalla de Biobio, refiriendo la arenga y persuasion que Galbarino hizo al Senado, mostrando sus cortadas manos, y cómo á causa desto habia resultado en todos nueva indignacion para hacer la guerra, aborreciendo todo lo que oliese á medios de paz. Descúbrese el encubierto bárbaro Molchen con el secreto de su nacimiento; ofrece Guemapu á su hija Llarea para que declare el sueño. 439

CANTO XVIII.—Donde, con ocasion de interpretar Llarea el misterioso sueño, toma la mano el autor, arrebatándole el cuento de la boca, á cantar la felice victoria que del inglés Richerte Aquines se alcanzó en la mar del Sur, siendo ya marqués de Cañete y visorey del Pirú el Gobernador de quien la historia trata, en cuyo tiempo fué ganada esta primer batalla naval en este mar. Llega el canto hasta qué don Beltran de Castro y de la Cueva, á quien el Marqués encomendó la jornada, sale del puerto. . . 444

CANTO XIX.—Llega don Beltran al puerto de Chincha, donde, siendo primero descubierto de Richarte, que estaba en aquel paraje, se da á virar la vuelta de la mar, huyendo á toda priesa. Síguenle los nuestros hasta que, sobreviniendo un terrible temporal, con la escuridad de la noche le pierde de vista, y las naos desaparejadas por el viento arriban al Callao. Repáranse en él los dos mejores

Pág.

navíos con toda brevedad, dejando los demás por ser uno solo el del enemigo, y salen en su busca segunda vez; hállanle en Tacamez surto, donde se da principio á la espantosa naval batalla. 450

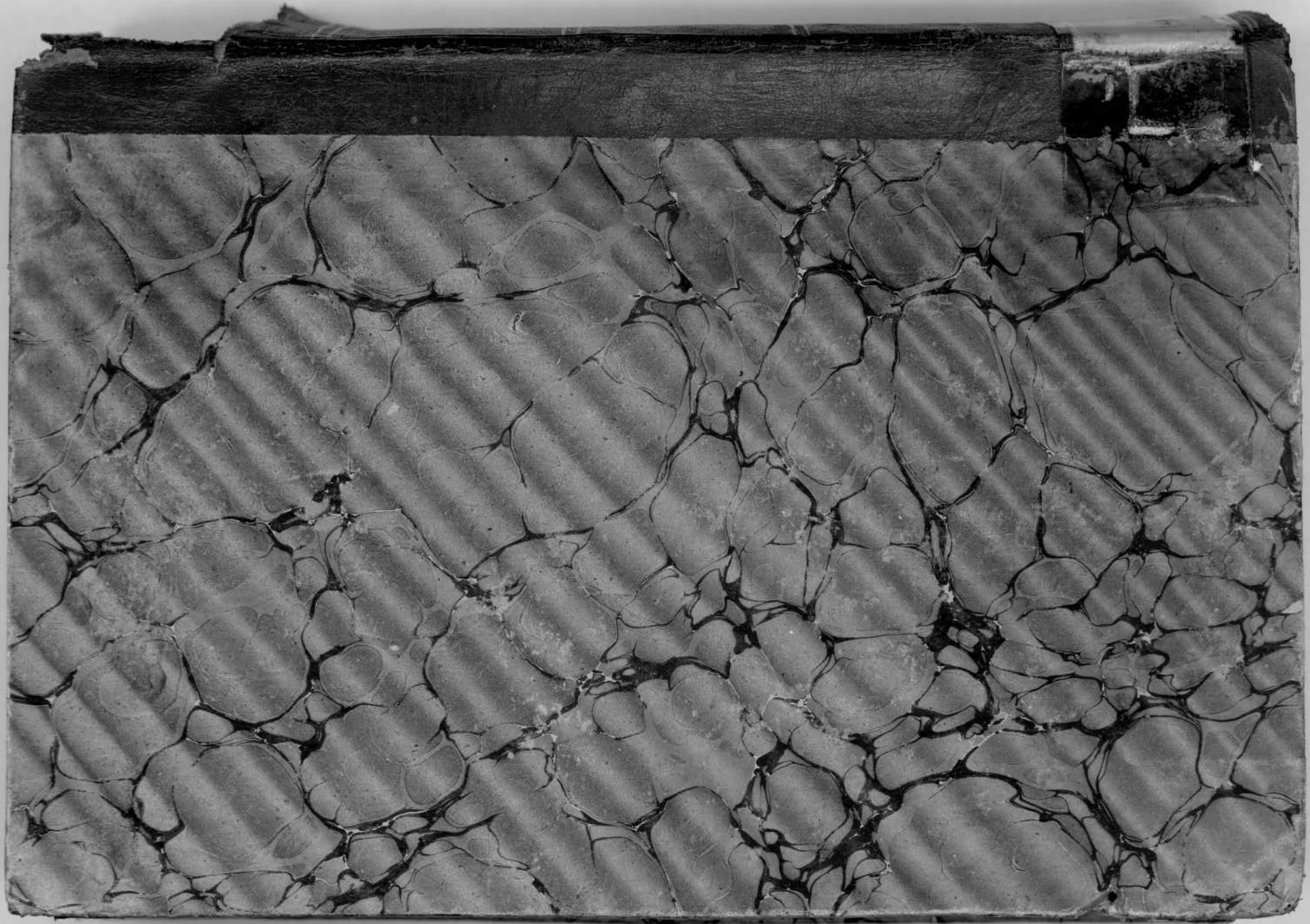
ENDIMION. 459
CANTO PRIMERO. 464
CANTO II. 469
CANTO III. 475
FÁBULA DEL GENIL. 477
LA RAQUEL. 483
EL DEUCALION. 487
LA AGRESION BRITÁNICA. 491

Pág.

Relacion del combate de las cuatro fragatas, extractado del diario de navegacion de don Diego de Alvear, capitan de navío, mayor general y segundo jefe de la division. . . 491
LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS, POR DON NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN. 495
LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS, POR DON JOSÉ MARÍA VACA DE GUZMAN. 499
LA INOCENCIA PERDIDA, POR DON ALBERTO LISTA Y ARAGON. 503
LA INOCENCIA PERDIDA, POR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.
CANTO PRIMERO. 509
CANTO II. 512

FIN DEL ÍNDICE.

BIBLIOTECA PÚBLICA
LEON



BIBLIOTECA
DE
AA. ESPAÑOLE

29

POEMAS EPICOS

2

4000